

IDAD A
CCIÓN C



CONSULADO

Y

IMPERIO

DC201

T5

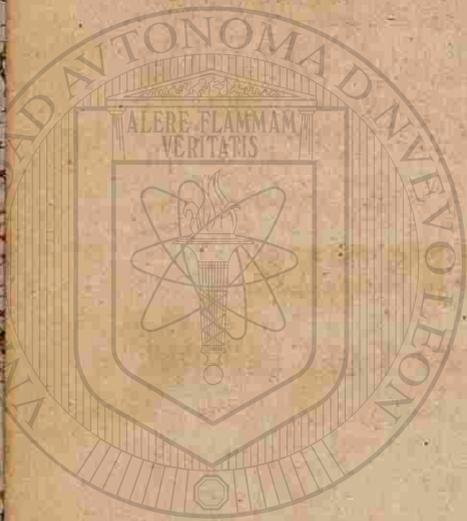
1846

v. 9

c. 1



1080045719



Lo#7 C#161

HISTORIA
DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Biblioteca popular.

T. IX. 1

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los dias se publican dos pliegos, uno de cada una de las dos secciones en que está dividida la *Biblioteca*, y cada pliego cuesta **dos cuartos** en Madrid y diez maravedises en provincia, siendo de cuenta de la empresa el porte hasta llegar los tomos á poder de sus corresponsales. Las remesas de provincias se hacen por tomos; en Madrid puede recibir el suscriptor las obras por pliegos ó por tomos, á su voluntad.—Para ser suscriptor en provincia hasta tener depositados 12 rs. en poder del corresponsal por cuyo conducto se le remitirán las obras. Los suscriptores de Madrid pagan de 47 en 17 pliegos por lo menos, que á razon de dos cuartos hacen una peseta.

EN MADRID.

En el Gabinete literario, calle del Príncipe, número 25.

SE SUSCRIBE.

EN PROVINCIAS.

En todas las librerías del reino y administraciones de correos, corresponsales del Señor Mellado, editor de esta publicacion.

Estab: Tipog. de MELLADO.

HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO,

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR M. A. THIERS.

Traducida al castellano

POR DON JOAQUIN PEREZ COMOTO.

TOMO IX.



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

MADRID, 1850:

MELLADO EDITOR.

CALLE DE STA. TERESA, NUM. 3.

54684

17018

Dc201

75

1846

V-9



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Biblioteca Universitaria
Carretera Alfonso X

DIRECCION GENERAL DE BI

LIBRO TREINTA Y UNO.

Bailen.

Situación de España durante los acontecimientos de Bayona.—Espíritu de que se hallaban animadas las diversas clases de la nación.—Indignación sorda, pronta a estallar al menor incidente.—Publicación oficial de las abdicaciones arrancadas a Fernando VII y a Carlos IV.—Efecto prodigioso de esta publicación.—Insurrección simultánea de Asturias, Galicia, Castilla la Vieja, Extremadura, Andalucía, y de los reinos de Murcia, Valencia, Cataluña y Aragón.—Formación de juntas rebeldes, declaración de guerra a la Francia, levantamiento general y asesinatos de varios generales.—Primeras medidas adoptadas por Napoleón para reprimir la insurrección.—Regimientos aguerridos sacados de París y de los campamentos de Bolonia y de Breaña.—Envío de tropas polacas a la Península.—Reprime el general Verdier el movimiento de Logroño, el general Lasalle el de Valladolid, y el general Frère el de Segovia.—El general Lefebvre-Desnoettes, a la cabeza de una columna, compuesta en su mayor parte de caballería, dispersa a los aragoneses en Tudela, Mallén y Alagon, viéndose precisado luego a detenerse delante de Zaragoza.—Acciones por el general Duhesme en las cercanías de Barcelona.—Marcha del mariscal Moncey sobre Valencia, y residencia del mismo en Cuenca.—Movimiento del general Dupont sobre Andalucía.—Este mismo general encuentra a los insurgentes de Córdoba en el puente de Alcolea, logra deshacerlos, derriba las puertas de aquella ciudad y penetra en ella a viva fuerza.—Saqueo de Córdoba.—Matanza de los enfermos y heridos franceses en todas las calles.—Detención del general Dupont en Córdoba.—Peligrosa situación de la escuadra del almirant Rosily en Cádiz, aguardando a los franceses, que al fin no llegan.—Atacada en la rada de esta ciudad por los españoles, se ve obligada a rendirse despues de la mas viva re-

Dc201

75

1846

V-9



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Biblioteca Universitaria
Carretera Antigua

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO TREINTA Y UNO.

Bailen.

Situación de España durante los acontecimientos de Bayona.—Espíritu de que se hallaban animadas las diversas clases de la nación.—Indignación sorda, pronta a estallar al menor incidente.—Publicación oficial de las abdicaciones arrancadas a Fernando VII y a Carlos IV.—Efecto prodigioso de esta publicación.—Insurrección simultánea de Asturias, Galicia, Castilla la Vieja, Extremadura, Andalucía, y de los reinos de Murcia, Valencia, Cataluña y Aragón.—Formación de juntas rebeldes, declaración de guerra a la Francia, levantamiento general y asesinatos de varios generales.—Primeras medidas adoptadas por Napoleón para reprimir la insurrección.—Regimientos aguerridos sacados de París y de los campamentos de Bolonia y de Breaña.—Envío de tropas polacas a la Península.—Reprime el general Verdier el movimiento de Logroño, el general Lasalle el de Valladolid, y el general Frère el de Segovia.—El general Lefebvre-Desnoettes, a la cabeza de una columna, compuesta en su mayor parte de caballería, dispersa a los aragoneses en Tudela, Mallén y Alagon, viéndose precisado luego a detenerse delante de Zaragoza.—Acciones por el general Duhesme en las cercanías de Barcelona.—Marcha del mariscal Moncey sobre Valencia, y residencia del mismo en Cuenca.—Movimiento del general Dupont sobre Andalucía.—Este mismo general encuentra a los insurgentes de Córdoba en el puente de Alcolea, logra deshacerlos, derriba las puertas de aquella ciudad y penetra en ella a viva fuerza.—Saqueo de Córdoba.—Matanza de los enfermos y heridos franceses en todas las calles.—Detención del general Dupont en Córdoba.—Peligrosa situación de la escuadra del almirant Rosily en Cádiz, aguardando a los franceses, que al fin no llegan.—Atacada en la rada de esta ciudad por los españoles, se ve obligada a rendirse despues de la mas viva re-

sistencia.—Rodeado por los insurgentes el general Dupont, hace un movimiento retrogrado para que se le incorpore el refuerzo que había pedido, y va á tomar posición en Andujar.—Inconvenientes de esta posición.—Ignorancia completa que se tiene en Madrid del estado de las divisiones del ejército francés, á consecuencia de la interceptación y asesinato de todos los correos.—Inquietud que inspiran los generales Monecy y Dupont.—Envío de la división Frere en auxilio del primero, y de la división Vedel al socorro del segundo.—Nuevos refuerzos mandados desde Bayona por Napoleón.—Columnas de gendarmería y de guardia nacional colocadas en la frontera.—Formación de la división Reille, destinada á levantar el bloqueo que sufría el general Dubesme en Barcelona.—Reunión de un ejército sitiador delante de Zaragoza.—Formación de una división de tropas agueridas al mando del general Mouton, para contener el Norte de la Península, y escoltar al rey José.—Entrada de este en España.—Lentitud de su marcha.—Lléname José de tristeza al ver á todos sus súbditos sublevados contra él.—Acontecimientos militares en las provincias de su tránsito.—Golpe infructuoso sobre Zaragoza.—Reunión de las tropas insurgentes del Norte de España bajo el mando de los generales Blake y Cuesta.—Movimiento del general Bessieres hacia ellos.—Batalla de Ricosaco, y brillante victoria del general Bessieres.—Bajo los auspicios de esta victoria, apresura el rey José su entrada en Madrid.—Acogida que tuvo en la capital.—Acontecimientos militares en el Mediodía de España.—Campaña del general Monecy en el reino de Valencia.—Paso por el desfiladero de las Cabriñas.—Ataque infructuoso contra Valencia.—Retirada por el camino de Murcia.—Importancia de los acontecimientos de Andalucía.—La división Gobert recibe órdenes para secundar á la de Vedel y socorrer al general Dupont.—Situación de este en Andujar.—Dificultades que encuentra para proporcionar viveres á sus tropas.—Calores escesivos.—Vedel toma posición en Bailen despues de atravesar á viva fuerza los desfiladeros de Sierra Morena.—Establécese Gobert en la Carolina.—Obstinación del general Dupont en permanecer en Andujar.—Reunidos los insurgentes de Granada con los de otros diferentes puntos de Andalucía, presentanse el 13 de julio delante de Andujar, y atacan esta posición sin obtener un gran resultado.—Vedel, que se había apresurado á dirigirse intempestivamente desde Bailen á Andujar, recibe órden para regresar en tiempo poco oportuno desde Andujar á Bailen.—Mientras esta ciudad queda libre de las tropas francesas, atraviesa á viva fuerza el Guadalquivir el general español Reding, y habiéndose opuesto á su paso el general Gobert muere en el campo de batalla.—Reemplazo de Gobert por el general Dufour.—Dando crédito á rumores falsos, referentes á que los españoles se habían dirigido por un camino de travesía á los desfiladeros de Sierra Morena, los generales Vedel y Dufour, se apresuran á marchar hacia la Carolina, volviendo á dejar descubierta á Bailen.—Consejo de guerra en el campo de los insurgentes.—Decidese en él atacar el último de

aquellos puntos, atendidas las dificultades que ofrece la toma de Andujar.—Atacada Bailen á consecuencia de esta decisión, es ocupada sin resistencia.—Sabedor de esta noticia el general Dupont, pónese inmediatamente en marcha hacia esta ciudad.—Encuentra en ella el grueso de los insurgentes.—Batalla desgraciada de Bailen.—Imposibilitado el general Dupont de forzar las filas enemigas para incorporarse á sus lugar-tenientes, se ve obligado á pedir una suspensión de armas.—Tardío é inútil regreso de los generales Dufour y Vedel sobre Bailen.—Conferencias que produjeron la desastrosa capitulación de Bailen.—Violación de estas capitulaciones al muy corto tiempo de haber sido firmadas.—Retiénesen prisioneros á los franceses que debían ser conducidos á Francia, con libertad de poder continuar luego sus servicios.—Barbaros tratamientos que experimentaron.—Funestos efectos de esta noticia en toda España.—Entusiasmo de los españoles y abatimiento de los franceses.—Españolado el rey José con la nueva de estos acontecimientos resuelve abandonar á Madrid.—Retirada del ejército francés sobre el Ebro.—El general Verdier que logra penetrar en Zaragoza á viva fuerza, y hacerse dueño de parte de la ciudad, se ve obligado á evacuarla para incorporarse al ejército francés en Tudela.—El general Dubesme, despues de una infructuosa tentativa contra Gerona, se ve precisado á encerrarse en Barcelona sin haber podido ser auxiliado por el refuerzo del general Reille.—Reacción producida por estos acontecimientos en Portugal.—Alzamiento general de los portugueses.—Esfuerzos del general Junot para reprimir la insurrección.—Prontitud con que acude el gobierno británico á secundar la insurrección de Portugal.—Envío de otros muchos cuerpos de ejército á la Península.—Desembarco de sir Arturo Wellesley en la embocadura del Mondego.—Marcha del mismo sobre Lisboa.—Brillante acción dada por tres mil franceses contra quince mil ingleses á Rolica.—Apresúrase Junot á salir al encuentro de los ingleses con escaso é insuficiente número de fuerzas.—Batalla desgraciada de Vimeiro.—Capitulación de Cintra, estipulando la evacuación de Portugal.—Réstales ya únicamente á los franceses de toda la Península el terreno que media entre el Ebro y los Pirineos.—Desesperación del rey José y vivos deseos que manifiesta de regresar á Nápoles.—Sentimiento que espresa Napoleón, pronta y cruelmente castigado de sus faltas.

Quando Napoleón dejó á Bayona para visitar á su regreso á París, la Gascuña y la Vendée, ya no conservaba ninguna de las ilusiones que había abrigado por un momento, relativamente al espíritu público de la España, y á la facilidad con que

presumió haber podido disponer de ella. Una insurrección parcial al principio, pero que llegó á ser universal con una rapidez asombrosa, acababa de estallar, haciendo llegar hasta él los ecos de un odio implacable. Contaba, empero, para reprimir esta insurrección, cuyos síntomas podían muy bien hacer presumir hasta entonces, que sería semejante á la de las Catabras, con sus jóvenes soldados y algunos regimientos aguerridos que habían recibido orden de marchar á los Pirineos: y si bien es verdad que tal vez empezaba ya á sentir un desengaño, y que quizás se hallaba pesaroso de haberse metido en tan árdua empresa, faltábale, no obstante, mucho que aprender sobre el particular, y estábale reservado, para antes de restituirse á París, el conocer á fondo todas las consecuencias de la falta cometida en Bayona.

Pasado el mes de marzo, los españoles experimentaron en corto tiempo las emociones mas encontradas. Concibiendo esperanzas á la presentación de las tropas francesas, llenos de regocijo con la caída de la antigua corte, y de ansiedad al ver obligado á Fernando VII á ir á buscar á Francia el reconocimiento de su régio título, tardaron muy poco en comprender lo que trataba de hacerse en Bayona, y encendióse al punto en su corazón el odio mas ardiente. Este sentimiento, en honor de la verdad, no era en todos igualmente intenso y profundo. Las clases elevadas y aun una gran parte de la clase media, apreciando los beneficios que podía reportar la regeneración de la España por las manos civilizadoras de Napoleon, animadas contra el extranjero de sentimientos menos salvajes que los de la plebe, y menos propensas que

esta á los disturbios, lamentaban y sufrían únicamente por la mortificación de su orgullo, vivamente herido por la manera con que se pretendía disponer de su suerte. Esto no obstante, si se hubieran empleado con ellas los debidos miramientos, y desplegado ante su vista con rapidez un número de fuerzas irresistible, quizás hubiera sido dable el contenerlas y aun tal vez atraerlas á nuestra devoción. Pero el pueblo, y los frailes con especialidad, estaban tan exasperados, que para dulcificar el sentimiento de su ultrajado orgullo, eran insuficientes la esperanza de una regeneración, cuyas ventajas eran incapaces de apreciar, ni la tolerancia respecto al extranjero á quien detestaban, ni el amor al reposo, ni el temor al desorden. Aquel pueblo, así el de las calles como el de los campos y el de los conventos, vehementemente, ocioso, cansado mas bien de la tranquilidad que anhelante de ella, é indiferente al incendio de las ciudades y á la tala de los campos, en los que nada poseía, se aprestaba á satisfacer á su manera el mismo instinto de agitación que satisfizo en 1789 el pueblo francés emprendiendo y ejecutando una gran revolución democrática: hallábase dispuesto á desplegar para el sostenimiento del antiguo régimen todas las pasiones demagógicas que había desplegado el pueblo francés para la fundación del nuevo: iba, en fin, á ser tan violento, tumultuoso y sanguinario en defensa del trono y del altar, como lo había sido contra ambos su vecino, é iba á serlo en proporción de la efervescencia de su sangre y de la ferocidad de su carácter. Hay que confesar, sin embargo, que los sentimientos que acabamos de describir, hallábanse mezclados en el pueblo espa-

fiol con un sentimiento generoso: el amor al suelo patrio, á sus reyes y á su religion, objetos que le eran igualmente caros, y bajo cuya noble inspiracion estaba destinado á dar inmortales ejemplos de constancia y muy frecuentemente de heroísmo.

Ni soy ni seré jamás adulator de la multitud. Hállome, al contrario, dispuesto á provocar su tiránico poder, ya que me ha tocado en suerte vivir en un tiempo en que domina y perturba el mundo. Esto no obstante, le hago la debida justicia, reconociendo que sino vé, siente en cambio, y que en las raras ocasiones en que es preciso cerrar los ojos y obedecer á los instintos de su corazon, en vez de un consejero á quien convendria escuchar, es mas bien un torrente cuya fuerza hay que seguir. Las inspiraciones del pueblo español, por lo tanto, aunque rechazaba un excelente príncipe y unas buenas instituciones al rechazar la monarquia del rey José, tal vez serian mejores que las de las clases elevadas. Obró noblemente al negarse á recibir un beneficio que procedia de una mano estraña, y á pesar de su ceguera, vió con mas claridad y mejor que los hombres perspicaces, al creer que podia hacer frente á un conquistador á quien no habian podido resistir los mas formidables ejércitos y los mas expertos generales.

La partida de Fernando VII. á la cual sucedió la de Carlos IV y la de los infantes, habian revelado claramente las intenciones de Napoleon, y el pueblo de Madrid, sin aguardar á mas, se sublevó el 2 de mayo, de la manera que dejamos dicha en el precedente libro. Verdad es que este alzamiento le valió el ser acuchillado por las tropas de Murat; pero tambien tuvo la satisfaccion indecible de de-

gollar unos cuantos franceses, que sucumbieron aisladamente á los golpes asestados por su mano. La nueva de la partida de la familia real esparcida en un abrir y cerrar de ojos por Estremadura, Andalucía y la Mancha, hubiera bastado por si sola, para hacer estallar el incendio que ardia subterráneamente; pero la pronta y terrible represion ejecutada por Murat, heló de espanto á las provincias y logró contenerlas por algun tiempo. Los semblantes de sus moradores manifestábanse melancólicos y taciturnos, al propio tiempo que revelaban el mas profundo rencor. Cedióse por el pronto al temor de una mano amenazadora; pero las narraciones exageradas de la sangre vertida en Madrid, y los pormenores de los acontecimientos de Bayona, propagados por la correspondencia de los conventos, acrecentaban por instantes el concentrado furor de que se hallaban poseidos los ánimos, é iban preparando una nueva esplosion, tan súbita, tan universal, que ni el golpe mas oportuno hubiera sido suficiente para detenerla.

Nó obstante, si Napoleon dando mayor importancia á esta grave empresa, hubiera diseminado por todas partes las fuerzas suficientes; si en vez de los ochenta mil bisoños hubiese tenido ciento cincuenta mil soldados aguerridos para reprimir á la vez á Zaragoza, Valencia, Cartagena, Granada, Sevilla y Badajoz, como lo estaban Madrid, Burgos y Barcelona; si la quebrantada salud, por último, de Murat le hubiese permitido atender y mostrarse en todos los puntos, quizás hubiera podido impedirse la propagacion del incendio, en la suposicion de que sea dable á la fuerza material, máxime cuando se halla esta fuertemente sobreescitada. Desgraciada-

mente, y mientras que el general Moncey ocupaba con veinte mil reclutas el ala izquierda de la capital, desde Aranda á Chamartin; mientras que el general Dupont cubria la derecha desde Segovia al Escorial con diez y ocho mil soldados; mientras que el general Bessieres con unos quince mil dominaba á Castilla la Vieja, y con diez mil el general Dubesme á Cataluña (1). Asturias por retaguardia, Galicia por la derecha, Aragon por la izquierda, y por la parte de vanguardia Estremadura, la Mancha, Andalucia y Valencia, permanecian libres, y contenidas únicamente por las autoridades españolas, deseosas á no dudarlo, de la conservacion del orden, pero lastimadas de dolor, al propio tiempo, y con un ejército á su mando que participaba de todos los sentimientos del pueblo. Era evidente, pues, que estas autoridades no podian desplegar una grande energia para reprimir una insurreccion, con la cual simpatizaban en secreto. Habiase logrado contenerla, no obstante, bajo la impresion que produjo el 2 de mayo y merced á la expectativa en que se estaba relativamente á los sucesos definitivos de Bayona, si bien se descubrian en los ánimos de una manera ostensible, señales inequívocas de una ansiedad extraordinaria y de una pasion violenta proxima á estallar.

En esta situacion, y vivamente sobreescitada la imaginacion del pueblo, daba éste acogida á los rumores mas estraños, de los cuales eran el testo mas comun el viage forzado de la familia real á Bayona. Decíase que los principales personajes

(1) El resto de los 80.000 soldados bisoños enviados á España, hallábase en los hospitales.

del reino serian conducidos, lo mismo que la real familia, á aquella ciudad, la cual llegó á considerarse como una sima que debia tragarse cuanto habia en España de mas ilustre. Que detrás de la monarquía y de los grandes, debia tocarle tambien su turno al ejército, cuyos batallones serian conducidos uno tras otro á Bayona, y de allí á las costas del Oceano, donde se hallaban ya las tropas del marqués de la Romana, con el objeto de hacerlos perecer en alguna lejana guerra intentada para el engrandecimiento del tirano del mundo. Y no era esto solo: decíase ademas, que la poblacion entera debia ser arrebatada por medio de un alistamiento general que agoviaria la Peninsula como tenia agoviada á la Francia, y que la flor de la nacion española iba á ser sacrificada á los atroces proyectos del nuevo Atila. Dábanse sobre este punto los mas singulares pormenores, corriendo como cosa cierta la construccion de una gran cantidad de esposas y grillos que habian sido trasportados á las cajas del ejército francés, con el objeto de conducir amarrados de pies y manos á los infelices españoles pertenecientes al alistamiento. Afirmábase haber visto y aun tocado aquellas esposas, de las cuales se decia que las habia á miles, depositadas en los arsenales del Ferrol, donde, sin embargo, no se habia presentado todavia ni un batallon siquiera del ejército francés, donde se trabajaba entonces con la mayor actividad por orden de Napoleon en la restauracion de la marina española, y donde se estaba, en fin, preparando una espedicion para poner las ricas colonias de la Plata al abrigo de los ataques de la Inglaterra. Estos rumores iban acompañados de otros de un valor análogo, referentes á

que regida la España por un rey francés, se obligaría á todo el mundo á hablar y á escribir en este idioma, y á que vendrian acompañando al monarca una nube de empleados que se apoderarian de todos los empleos.

La primera y mas grave consecuencia de estos rumores, fué una desercion casi general del ejército español por miedo de ser trasportados á Francia violentamente. En Madrid llegó hasta el punto de marcharse cada noche de doscientos á trescientos hombres. Escapábanse los soldados sin sus oficiales unas veces, y otras con ellos, llevándose consigo armas, bagages y municiones. Los guardias de Corps, que se hallaban en el Escorial, fueron tambien desapareciendo poco á poco hasta que no quedó ni uno siquiera en el trascurso de breves dias. Y no fué solamente en la capital donde esta desercion se dejó sentir: manifestose igualmente en Barcelona, en Burgos y en la Coruña. Los desertores, por lo general, huían ó hácia la parte del Mediodia, ó hácia las provincias cuya agitacion y lejana distancia ofrecian un asilo mas seguro á los fugitivos. Los de Barcelona se dirigian hácia Tortosa y Valencia. Los de Castilla la Vieja procuraban ganar el reino de Aragon y meterse en Zaragoza, cuya comarca era reputada como invencible por los españoles. Los de la Coruña iban á incorporarse con el general Taranco, que se hallaba á la sazón con sus tropas al Norte de Portugal. Los de Castilla la Nueva, finalmente, huían unos hácia Guadálajara y Cuenca, desde donde tenian buena retirada á Valencia y Zaragoza, y otros hacia Talavera, desde donde Estremadura les ofrecia un asilo seguro é impene- trable. Los generales españoles, habituados á la

subordinacion, daban cuenta exacta de esta desercion espantosa, la cual los iba dejando sin medio alguno para mantener el órden, fuese el que fuese el soberano impuesto definitivamente á la desgraciada España.

No quedaban, pues, más tropas unidas y compactas que las del Mediodia, y las de Andalucía con especialidad, punto el mas lejano de los franceses, y adonde todos hubieran querido ir á no haber sido por esto mismo: desgraciadamente para nosotros aquellas tropas eran las mas numerosas, puesto que ademas de los nueve mil hombres desparramados en el campo de San Roque, delante de Gibraltar, contábase la guarnicion de Cádiz, considerable en todas épocas, y la division del general Solano, marqués del Socorro, que fué destinada primero á la ocupacion de Portugal, traída luego á las cercanias de Madrid, y mandada por último á Andalucía de donde aquel era capitán general. Unida la division del marqués del Socorro á la del campo de San Roque, que mandaba el general Castaños, formaban un cuerpo de ejército de veinte y cinco mil hombres, á cuyas filas no se habia extendido la desercion. Añádanse á esta fuerza las tropas suizas enganchadas al servicio de la España desde mucho tiempo antes. Los dos regimientos suizos de Preux y de Reding se reunieron en Talavera por órden del mismo Napoleon, para ir á incorporarse en seguida en la division primera del general Dupont que debia ir á ocupar á Cádiz, en cuyas aguas, como llevamos dicho, se hallaba surta una escuadra francesa. Habíanse dirigido así mismo sobre Granada por órden del emperador, los tres regimientos suizos estacionados en Torto-

sa, Cartagena y Málaga, en donde el general Dupont debía ir recogidos á su tránsito. Napoleón pensaba que colocándolos, son sus mismas palabras, en una corriente de opinion francesa, servirían á la causa de la monarquía moderna y no á la de la antigua. Estábase empero, reservado desgraciadamente verse defraudado en todas sus miras por el movimiento que arrastraba los corazones. Las autoridades militares españolas, así como las clases ilustradas, aun cuando lamentaban poco la suerte del gobierno incapaz y corrompido que acababa de caer, no por eso estaban menos indignadas por los acontecimientos de Bayona, y hubieran desertado de muy buena voluntad hacia las provincias inaccesibles para los franceses. Solamente á Murat, que tenía sobre ellas algun ascendiente, era dable el haberlas mantenido dentro de su deber: pero invadido por una fiebre violenta, débil, postrado en cama, pudiendo soportar apenas que se le hablase de asuntos de guerra, é incomodándole hasta el ruido de los pasos de sus oficiales, habia cobrado aversion al país donde no estaba llamado á reinar; atribuía la culpa de su muerte, que creía cercana, llamaba á su esposa é hijos con gritos dolorosos, y se empeñaba en que se le permitiese ponerse en camino inmediatamente. Era preciso, no obstante, detener mal de su grado hasta la llegada de José á este hombre héroe y débil á la sazón como un niño, por el temor de que llegase á desaparecer completamente con su marcha el fantasma de autoridad de que se servían para ordenarlo todo en su nombre. Sabedores los españoles del estado en que se hallaba Murat, á quien habian trasladado al campo y el

cual no podia por ende mostrarse á ellos, consideraban su enfermedad como un castigo de la Providencia: castigo que por otra parte hubieran querido que recayese, no sobre este general, á quien compadecian mas que detestaban, sino sobre Napoleón mas bien, blanco de allí para en adelante de su inexorable odio. Gentes habia cuya pasión las impulsaba hasta el estremo de decir, que Murat habia sido envenenado por orden de Napoleón, para que bajase con él á la tumba el secreto de sus tramas abominables. ¡Tan cierto es que la imaginación popular, cuando llega á conmoverse y sobreescitarse, divaga é inventa sin cuidarse lo mas mínimo no solo de la verdad, pero ni aun de la verosimilitud siquiera!

La ansiedad de los habitantes de Madrid habia llegado á tal punto, que el menor ruido en una calle, las pisadas de un piquete de caballos en una plaza pública bastaban para atraer á ella á la población en masa. En todas las ciudades corrian las gentes á agruparse en torno de los correos para recoger noticias, y permanecian reunidas horas enteras discutiéndolas é interpretándolas. El pueblo, los artesanos, los grandes de España, el clero regular y secular, y las clases todas confundiendo con esa familiaridad tan comun en la Península, pasaban la mayor parte del tiempo en los parages públicos conversando sobre los acontecimientos políticos. La curiosidad, la expectativa, la cólera, y el odio agitaban por donde quiera, de tal modo los corazones, que la mas leve chispa era suficiente para producir un vasto incendio.

Tal era, pues, la disposición de los ánimos cuando se esparció la nueva de las abdicaciones.

forzosas de Carlos IV y Fernando VII, publicadas en la *Gaceta de Madrid* del 20 de mayo, á consecuencia de la manifestacion en favor del rey José dictada al consejo de Castilla: y aun cuando esta nueva no podia, á decir verdad, coger á nadie de improviso, por cuanto ya se sabia por conducto de una porcion de emisarios que Fernando VII se hallaba prisionero en Bayona y acosado por las mas amenazadoras intimaciones para que cediese su corona á la familia Bonaparte, con todo, la publicacion oficial de este sacrificio, obtenido merced al cautiverio del hijo y á la debilidad del padre, obró en los ánimos con indescribible violencia. Mostráronse profundamente indignados por el acta en sí misma, y cruelmente ofendidos por los términos irrisorios en que se hallaba redactada. El efecto fué instantáneo, general, inmenso.

Oviedo, capital de Asturias, hallábase ya á esta sazón en estremo agitada por dos circunstancias accidentales; á saber: por la convocacion de la junta provincial, que acostumbraba á reunirse de tres en tres años, y á causa de una sumaria que se trató de formar á algunos españoles por insultos inferidos al cónsul francés de Gijón. Esta sumaria, ordenada por el gobierno de Madrid, fué acogida con una reprobacion general, que se concibe muy bien, atendiendo á que el que mas y el que menos se sentia en disposicion de repetir lo que habian hecho los autores del crimen que se trataba de castigar. El correo de Madrid trajo la noticia de las abdicaciones, y con ella se colmó la medida de los asturianos. En aquella provincia, que veia á ser una España dentro de otra, y á la cual inspi-raban toda clase de innovaciones la misma aver-

sion que manifestára hácia ellas en otro tiempo la Vendée, el espíritu público era tan compacto que las personas mas ilustres simpatizaban completamente con el pueblo. Pusieronse estas á la cabeza de la insurreccion, y el 24 de mayo, dia de correo de Madrid, se concertaron por mediacion de los frailes y de las autoridades municipales, con las gentes del campo, para apoderarse de Oviedo. A media noche y al toque de rebato, descendió efectivamente el pueblo de la montaña hácia la ciudad, invadióla, é incorporándose á sus moradores, marcharon juntos en busca de las autoridades, las depusieron del mando, y confrieron todos sus poderes á la junta, la cual escogió para presidente suyo al marqués de Santa Cruz de Macerano, personage de los mas ilustres del pais, enemigo acérrimo de los franceses, partidario apasionadísimo de la casa de Borbon, y adornado de sentimientos patrióticos, que nos complacemos en elogiar, por mas que fuesen contrarios á la causa de Francia. A impulso de este personage, consideráronse las abdicaciones como nulas, los acontecimientos de Bayona como atroces, como rota la alianza con la Francia y se declaró solemnemente la guerra á Napoleon. Despues de proceder de esta suerte, apoderáronse de todas las armas que existian en los reales almacenes de la provincia, abundantemente provistos, por constituir su fabricacion una de las industrias mas principales del pais: sacáronse de ellos mas de cien mil fusiles, de los cuales se distribuyó una parte al pueblo, reservando la otra para surtir á las provincias inmediatas: hicieronse considerables donativos por el clero y los ricos propietarios con espe-

cialidad, para proveer las áreas de la insurrección: proclamóse el restablecimiento de la paz con la Gran Bretaña y decidióse que partieran á Londres á bordo de un corsario de Jersey, dos diputados con plenos poderes para invocar la alianza y socorros de la Inglaterra. Uno de estos diputados fué el vizconde de Matarosa, despues conde de Torreno, célebre entre los hombres de nuestra época como ministro, como embajador, y como escritor de los mas notables.

Pero el entusiasmo de los españoles no podia estallar desgraciadamente sin ir acompañado de las crueldades mas espantosas, y la mucha sangre que se derramó poco despues en otras provincias, iba á correr igualmente en Asturias, si en pro de la honra y fama de este principado, no hubiera logrado contener su efusion un dignísimo sacerdote. Hallábanse á esta sazón en Oviedo dos comisionados, que por instigaciones de Murat habian recibido orden de acelerar la sumaria intentada contra los ofensores del cónsul de Gijón; un comandante general llamado La Llave, que manifestó pocas simpatías hacia una insurrección, á su juicio, en extremo imprudente, y el coronel de los carabineros reales, y el del regimiento de Hibernia, que mostraron una opinion contraria á la de sus subalternos, cuando se trató de decidir si convendria estorbar ó favorecer el movimiento popular. Declarados traidores los cinco por la voz publica, la autoridad recientemente constituida, se vió precisada á ponerlos presos para acallar y apaciguar al populacho. Con el fin de sustraerlos al furor de este, la junta determinó poco mas tarde hacerlos salir del principado; pero aprovechando el pueblo esta oca-

sion para apoderarse de sus personas, llevó á cabo su intento, y una multitud compuesta en su mayor parte de voluntarios, los tenia ya amarrados á unos árboles para pasarlos por las armas, cuando un canónigo (el clero secular de España se portó en todas las provincias infinitamente mejor que el clero regular) que tuvo la feliz idea de dirigirse en procesion al lugar donde iba á perpetrarse el crimen, logró salvar á las victimas, poniéndolas bajo la protección y amparo del Santísimo Sacramento. No fué este el único esfuerzo del dignísimo clero español para impedir la efusion de sangre; mas quizás seria el único que obtuvo buen resultado, porque la España tardó muy poco en convertirse en teatro de los crímenes mas atroces, perpetrados no solo en las personas de los franceses, sino en las de los españoles mas ilustres y mas amantes de su país.

La insurrección de Asturias se adelantó dos ó tres dias tan solo á la del Norte de España. Burgos donde el mariscal Bessieres tenia su cuartel general, permanecia tranquila. Pero Valladolid, libre de las divisiones del general Dupont, que habia recibido orden para marchar al otro lado del Guadarama, y las ciudades de León, Salamanca, Benavente y la Corona, se conmovieron extraordinariamente con la noticia de las abdicaciones. Esto, no obstante, como las llanuras de Castilla y del reino de León no ofrecían obstáculo alguno que impidiese á la caballería francesa atravesarlas á galope, vacilaron algun tiempo en insurreccionarse abiertamente. El reino de Galicia, protegido como el principado de Asturias por montañas casi inaccesibles, fué el primero que respondió á la señal da-

da en Oviedo. En la Coruña, capital de aquel reino, quedaba aun un número considerable de tropas españolas, á pesar de que la mayor parte de su guarnicion habia seguido al general Taranco que se hallaba en Portugal. En Galicia, que puede ser considerada como uno de los principales centros del poder español, dominaba el espíritu de subordinacion militar y administrativa. El capitán general Filangieri, hermano del célebre jurisconsulto napolitano de este nombre, y persona tan ilustrada como prudente, cuerda y generalmente bienquista de la poblacion por su caracter afable, aunque un poco sospechosa para los españoles, por lo que tenia de estrangera, se habia propuesto mantener el orden en la provincia de su mando, y pertenecia al número de los gefes militares y civiles que consideraban la insurreccion imprudente y poco provechosa para el pais. Habiendo llegado á su noticia que el regimiento de Navarra, uno de los que guarnecian la Coruña, se hallaba predispuesto á secundar á los insurgentes, lo hizo salir para el Ferrol, consiguiendo con esta y otras análogas disposiciones ganar algunos dias: así es, que el 30 de mayo aun no habia cundido hasta Galicia la insurreccion que en 24 del mismo mes habia estallado en Asturias, y que se creia declarada también, ó muy próxima á serlo en Leon, Valladolid y Salamanca. Pero el 30 era el dia de San Fernando, festividad en la que se acostumbraba á enarbolar en el palacio del gobierno y en todos los edificios públicos, banderas con la efigie del santo, y por temor de que la práctica de este inveterado uso se interpretase como un homenaje rendido al soberano, preso á la sazón en Bayona, y á quien habian

obligado á abdicar, se prescindió en aquella ocasion de esta costumbre. Ante semejante espectáculo, el pueblo de la Coruña ya no fué dueño de contenerse por mas tiempo. Agrupóse una inmensa turba, compuesta de hombres, mugeres y muchachos, en torno de la guardia que protegia la entrada del palacio del capitán general, y empezó á gritar desafortadamente: ¡viva Fernando! mostrando al mismo tiempo ininidad de estampas con la imagen del Santo rey. Los muchachos, como mas atrevidos, se metieron entre los soldados, que los dejaron atravesar sus filas; siguieron á aquellos las mugeres, y al cabo de un instante vióse el palacio invadido, cuajado de gente, y ondulando en su cima la bandera con la efigie del Santo, que antes no se habia querido enarbolar. El capitán Filangieri se vió precisado á emprender la fuga.

Acto continuo formóse una junta como por ensalmo, proclamóse la insurreccion, declaróse la guerra á la Francia, ordenóse como en Oviedo un alistamiento general, y distribuyéronse armas entre la multitud, sacando de los reales almacenes cuarenta ó cincuenta mil fusiles, que fueron repartidos á todos los que se ofrecian á empuñar las armas. El regimiento de Navarra fué llamado inmediatamente y recibido en triunfo. El clero y la nobleza se apresuraron á contribuir con donativos, y el tesoro de Santiago de Compostela remitió 2 ó 3.000.000 de reales. Sin embargo, como el capitán general Filangieri era generalmente bienquisto, y como todos reconocian la necesidad de poner á la cabeza de la junta un personage eminente, ofreciéronle la presidencia y consintió en aceptarla. Aquel hombre bellissimo, cediendo aunque á su pe-

sar, al entusiasmo patriótico de sus conciudadanos, se decidió á ponerse al frente de ellos, decidido á compensar con la prudencia de sus medidas, la temeridad de las resoluciones impremeditadas. La primera de las que adoptó fué dar orden al general Taranco, quien como ya hemos dicho se hallaba á la sazón en Portugal, para que se restituyese á la Coruña con sus tropas; diseminó en seguida á los paisanos entre los cuerpos de línea para engrasar su fuerza, y empleando además el considerable material de guerra que tenía á su disposición en armar á los nuevos alistados, se apresuró de esta manera á organizar una fuerza militar que sirviese para algo.

Entre tanto, y á fin de interceptar la marcha de las tropas enemigas que podían venir de las llanuras de Leon y de Castilla la Vieja, se dirigió con sus fuerzas más disciplinadas á las gargantas de las montañas de Galicia, y las repartió entre Villafranca y Manzanal. Desgraciadamente, y como por vía de recompensa del celo que había empleado en escoger por sí mismo los puestos más ventajosos para las tropas, algunos frenéticos que no podían perdonarle su moderantismo, ni mucho menos una prudencia que armonizaba tan mal con sus desordenadas pasiones, lo asesinaron de la manera más atroz en las calles de Villafranca. En este pueblo había un destacamento del regimiento de Navarra, al cual, suponiéndole irritado todavía á consecuencia de su destierro al Ferrol, se le atribuyó este crimen, que vino á ser el prelude de la matanza de la mayor parte de los capitanes generales.

La conmoción de Galicia se estendió instantá-

neamente al reino de Leon, donde se reprodujo el alzamiento de la misma manera, y con las mismas formas que en la Coruña, así que llegaron á aquella ciudad ochocientos hombres de tropa, enviados por esta al efecto. Creóse una junta; declaróse la guerra; decretóse la sublevación en masa, y repartióse entre los alistados las armas reservadas á este fin de los arsenales del Ferrol, Oviedo y la Coruña. El terreno de la provincia de Leon es bastante llano, y los escuadrones del mariscal Bessieres no se hallaban á una distancia muy remota; verdad es que Valladolid distaba de ellos menos todavía; pero al imprudente entusiasmo de los españoles bastábase el no tener los escuadrones enemigos á la vista para emprender los pronunciamientos populares; el que las tropas estuviesen cerca, no era para ellos un obstáculo. El capitán general de Valladolid era á la sazón don Gregorio de la Cuesta, antiguo militar; inflexible observador de la disciplina, de carácter severo, hombre á quien habían llegado al alma, como á todos los españoles, los acontecimientos de Bayona, pero el cual opinaba al mismo tiempo, que no era posible resistir al poder de la Francia, y aun se inclinaba á creer que era preciso recibir de sus manos la regeneración política, resignándose á descenderse de la honda herida abierta al orgullo nacional, en gracia de los beneficios que debían resultar necesariamente de la reforma general de los abusos. El corazón de aquel jefe hallábase poseído además de una aversión profunda á la multitud, cuya intervención en los asuntos del estado no le era dable soportar. El populacho de Valladolid, á quien los acontecimientos de Oviedo, Leon y la Coruña habían con-

movido extraordinariamente, y el cual ardía en deseos de mostrarse tan sensible como las otras poblaciones del Norte á la noticia de las abdicaciones de Bayona, se reunió en masa, corrió amotinado á situarse bajo los balcones del capitán general, y le obligó á que se presentara. Asomóse á uno de ellos el pundonoroso veterano, y mostrando á la multitud su severo semblante, procuró oponer algunas razones sensatas contra un alzamiento que hacia peligroso la proximidad de las tropas francesas: sus palabras, empero, fueron acogidas con estrepitosos silbidos por la multitud, la cual erigió una horca delante de la casa del capitán general, quien, ante semejante espectáculo, no resistió mas á los deseos del pueblo, y se adhirió á una insurrección que á su juicio era una locura. Valladolid, pues, lo mismo que las otras ciudades pronunciadas, tuvo su junta rebelde; su alistamiento general, y su declaración de guerra.

Segovia, ciudad situada á algunas leguas sobre el camino de Madrid, se sublevó tambien, á pesar de hallarse tan próxima la tercera division del general Dupont al mando del general Frére, el cual estaba acampado en el real sitio del Escorial. En el alcazar que domina á Segovia, hallaba establecido á la sazón el colegio militar de artillería, cuyos alumnos y profesores se pronunciaron tambien, y reunidos al pueblo, hicieron barricadas en la ciudad. Igual ejemplo siguió Ciudad-Rodrigo, cuyos habitantes dieron muerte al gobernador, porque no se habia apresurado á pronunciarse. La noticia de todas estas sublevaciones conmovió, como no podia menos, á la capital de la monarquía, la cual se contuvo, sin embargo, porque el cuerpo de

ejército del mariscal Monecy, la guardia imperial, la caballería entera de las legiones, y la presencia en fin, de la division al mando del general Dupont en Aranjuez, el Escorial y Toledo, le impidieron hacer demostracion alguna. La poblacion de Madrid, por otra parte, creia haber pagado ya suficientemente en el 2 de mayo su deuda de patriotismo, y aguardaba á que las provincias del reino acudiesen á libertarla de sus cadenas. Toledo, que habia intentado sublevarse tambien algunas semanas antes, y cuya insurrección fué reprimida á tiempo, esperaba asimismo que acudieran á librarla de sus opresores, presenciando con una satisfacción mal disimulada, las universales demostraciones de la indignacion nacional. La Mancha participaba de este mismo sentimiento, y lo probaba dando asilo á los desertores, los cuales encontraban en todas partes alojamiento, viveres, y auxilios de toda especie para encaminarse á las provincias mas lejanas, que eran el punto de reunion de las tropas españolas.

La rica y fértil Andalucía, contando con sus propias fuerzas y con la distancia que la separaba de los Pirineos, y aspirando á ser el nuevo centro de la monarquía desde que Madrid se hallaba ocupado por las tropas invasoras, fué una de las primeras que se resentieron del golpe asestado contra la dignidad nacional. Esta provincia no aguardó como las otras para sublevarse el día de San Fernando: bastóle la noticia de las abdicaciones, y estalló el 26 de mayo por la tarde. En Sevilla hacia ya algun tiempo que se conspiraba con este fin. Un noble español oriundo de Estremadura, el conde de Tilly, hermano del que tanto figuró en la re-

volucion francesa, personaje inquieto, emprendedor, de bastante mala nota, y aficionado á las novedades fuesen del género que fuesen, obraba secretamente de concierto con hombres de todas condiciones para preparar una sublevacion contra los franceses. Otro personaje mas singular aun, y que tampoco era hijo de Sevilla, si bien se hallaba constantemente en esta ciudad desde los últimos acontecimientos, un tal Tap y Nuñez, que vivia del contrabando de Gibraltar, que era un buen español sin embargo, y que poseía en grado superior el talento de captarse la voluntad de la multitud, habia adquirido tambien sobre el pueblo bajo de la ciudad mencionada un gran ascendiente. En el instante mismo que se supo la noticia de las abdicaciones, pusieronse de acuerdo ambos conjurados, y escogiendo por unanimidad el 26 de mayo, dia de la Ascension, para la sublevacion de la provincia, reunieron en la tarde del mismo una inmensa turba compuesta de gentes del pueblo y de soldados del regimiento de Olivenza, y poniéndose á su frente, marcharon hacia la maestranza de artilleria, invadieron el establecimiento y se apoderaron de las armas que en él habia almacenadas. El pueblo de Sevilla se armó con una rapidéz asombrosa, y empezó á discurrir frenético por las calles. La municipalidad creyó conveniente abandonar la casa de ayuntamiento y establecerse en el hospital militar, para deliberar con mas calma é independencia. Los sublevados se apoderaron de la casa de la ciudad, é instituyeron en ella una junta rebelde semejante á las que en casos análogos se instituian en toda España. El cabecilla Nuñez, por inspiracion de las personas que con él conspira-

ban, fué quien designó los individuos que habian de componerla, escogiendo á este fin hombres turbulentos, de esos que son populares en tiempo de conmociones, y algunos reflexivos y prudentes, cuya gravedad sirviese de contrapeso á la inconsistencia de los otros. Aquella junta, participando de la proverbial jactancia de los hijos del país, no vaciló en proclamarse con el pomposo dictado de *Junta suprema de España é Indias*, ni se tomó el trabajo de encubrir su ambicion de gobernar la España, mientras que las dos Castillas estuviesen ocupadas por las tropas francesas. Todo esto se llevó á cabo con un entusiasmo que fuera imposible de describir. Pero como era de esperar, la exaltacion del pueblo degeneró al dia siguiente en sanguinaria. Hizosele sospechosa la municipalidad, sin otro motivo que el de ser una autoridad antigua, y por la sencillísima razon de que era la demagogia encubierta bajo el mando del realismo, la que triunfaba en aquella época, y acusóla de tibieza patriótica y hasta de estar en secreta connivencia con el gobierno de Madrid. El conde del Aguila, presidente de aquella corporacion, y uno de los caballeros mas principales de la provincia, se presentó á la junta en nombre de la municipalidad, ofreciéndose á obrar de comun acuerdo. Al verlo la multitud, empezó á pedir á gritos su cabeza, y la junta, que estaba muy lejos de participar de los feroces instintos del populacho, intentó salvarle fingiendo que lo llevaba prisionero á uno de los fuertes de la ciudad. Desgraciadamente se vio defraudada en tan buen intento, porque apoderándose los insurgentes del conde del Aguila en su tránsito á la prision, condujéronlo violentamente

al patio de ella, donde, amarrado á una balaustrada, fué asesinado á tiros por la turba, que llevó su ferocidad hasta el estremo de arrastrar el cadáver por las calles. En medio de la exaltacion popular, y no obstante el terror que comenzaba á apoderarse de las clases elevadas, acordáronse, sin embargo en Sevilla algunas disposiciones que las circunstancias exigian imperiosamente. Decretóse la declaracion de guerra á la Francia, el alistamiento de todos los hombres de 15 á 45 años, y el envío de comisionados á todas las ciudades de Andalucía para sublevarlas y atraerlas á la devocion de la *Junta suprema*. Los principales puntos que se escogieron á este propósito, fueron Badajoz, Córdoba, Jaén, Granada, Cádiz y el Campo de San Roque. Al declarar la guerra á la Francia, contrájose tambien el formal empeño de no deponer las armas hasta tanto que Napoleon hubiese repuesto en su trono á Fernando VII, y se hizo la promesa de convocar, así que la guerra quedase terminada, las córtes del reino, con el fin de poner en práctica ciertas reformas, cuya utilidad y conveniencia se preciaban de conocer sin necesidad de que los estrangeros fuesen á iniciarles en los derechos de los pueblos. Porque es de advertir que los nuevos insurgentes comprendian la necesidad de oponer, cuando menos, algunas promesas á la Constitucion de Bayona.

El punto hácia el cual se dirigian mas especialmente las miras de los insurgentes sevillanos, era la ciudad de Cádiz, donde residia el capitán general Solano, marqués del Socorro, quien al mando de la provincia reunia el de todas las fuerzas residentes en el Mediodía de España. La junta

de Sevilla, por lo tanto, estimó oportuno mandar un comisionado á aquella ciudad, para decidir al marqués á tomar parte en la insurreccion, y otro con el mismo objeto al general Castaños, comandante general del Campo de San Roque. El conde de Teba, que era el delegado por la junta de Sevilla para representarla en Cádiz cerca del capitán general, se presentó á éste con todo el orgullo propio de los sublevados, dando con ello una prueba de su poca cordura, mediante á que el marqués del Socorro tenia un carácter tan vehemente como altivo, y se hallaba muy bienquisto del ejército y apreciado por la ciudad. El marqués del Socorro, por otra parte, así como todos los generales españoles de alguna instruccion, se hallaba perfectamente convencido del poder de la Francia, y consideraba por ende una imprudencia la insurreccion en que tan ciegamente querian lanzarse sus compatriotas. Así lo habia dicho á su regreso de Portugal lo mismo en Sevilla que en Badajoz, con un lenguaje tan enérgico y tan esplicito, que ofuscó extraordinariamente á los conspiradores. Acordábanse estos muy bien de sus palabras, y esta era la razon porque desconfiaban de sus intenciones. Inmediatamente que el general Solano tuvo noticia de la mision que traia á Cádiz el conde de Teba, convocó en su casa una junta de generales para oír las proposiciones de Sevilla. Todos los individuos del consejo se adhirieron á la opinion del marqués, conviniendo en que cuantas razones militares y politicas se hallaban al alcance del entendimiento humano militaban en contra de una insurreccion armada contra la Francia; así lo declararon en un manifiesto, en el que, despues de

aducir razones para probar la inconveniencia de semejante lucha, concluían por ordenar un alistamiento voluntario, sugerido únicamente por su deseo de mostrarse deferentes al voto popular, aun cuando lo consideraban desatinado á todas luces. La lectura de este documento, que se mandó fijar en los parages públicos, y en el cual se veía una concesion al lado de una severa censura, produjo tan viva conmocion en los habitantes de Cádiz, que, reuniéndose en tumulto, se dirigieron con ademán hostil hacia la casa del capitán general. Un jóven de entre la multitud, que se constituyó en intérprete de ella, discutió con el general Solano, consiguió perturbar la imaginacion de aquel valiente guerrero mas habituado al mando que á discutir con semejantes interlocutores, y le arrancó la promesa de que al día siguiente se verían cumplidos los deseos populares. No contenta con esto la multitud, quiso terminar la jornada entregándose al pillage, y al efecto se dirigió amotinada al alojamiento del consul Leroy, cuya casa saqueó completamente, obligando á aquel representante de la Francia, tan venerado y temido pocos días antes, á refugiarse al bordo de la escuadra del almirante Rosily, estacionado tres años hacia en las aguas de Cádiz sin haber podido obtener relevo.

A la mañana siguiente ya habia concebido un nuevo deseo el populacho. Empeñóse en comenzar sin demora la guerra contra la Francia, y lo puso por obra acribillando con todos los fuegos de la rada la escuadra del almirante Rosily. Las turbas se regocijaban en extremo con la idea de un triunfo tan facil como insensato, puesto que ha-

bían de obtenerlo contra una marina aliada y en provecho de la marina inglesa. Este triunfo, no obstante, era mas difícil de lo que á primera vista parecia, en atencion á que los navios cuya destruccion se intentaba, se hallaban tripulados y mandados por bizarros marinos, que se portaron como héroes en la jornada terrible de Trafalgar, desafiando á la muerte inmóviles en su puesto, mientras que la mayor parte de los marinos españoles encomendaban su salvacion á la fuga (1). Los buques, por otra parte, que componian la escuadra del almirante Rosily estaban mezclados y confundidos con la escuadra española surta en aquel apostadero, y de consiguiente no era posible destruir la primera sin que padeciese tambien la segunda. Asi lo decian todas las personas sensatas pertenecientes á la marina y al ejército, añadiendo, que hallándose como se hallaba en el Norte la expedicion del marqués de la Romana era

(1) Nunca hubiéramos creído, á no verlo comprobado terminantemente asi en este tomo como en el anterior, que el autor distinguido de la *Historia del Consulado*, incurriendo en el defecto de parcialidad del cual debieran estar exentos los historiadores que rayan á su altura, llevase su pasion hasta el extremo de pretender imprimir el baldon de cobardía en los héroes españoles que sucumbieron en el combate de Trafalgar, pagando con su vida la falta de pericia del general francés que mandó las mirinas aliadas en aquel desgraciado encuentro. ¡Decir que los españoles encomendaron su salvacion á la fuga en el combate de Trafalgar!... ¡Atreverse á lanzar sobre ellos tan bochornosa nota, cuando en aquella memorable batalla hubo navio español cuya tripulacion entera sucumbió á los golpes enemigos, y halló honrosa tumba en el seno de las aguas!.... Querer

de presumir que la harian espiar cruelmente cuantos desmanes se cometiesen en el puerto de Cádiz con la escuadra francesa. El lenguaje de la razon y de la humanidad, sin embargo, no era el que se escuchaba con mas atencion en aquellos momentos.

La reunion de generales, convocada de nuevo al siguiente dia por el marqués del Socorro, se adhirió al voto popular, y algunos de los individuos que la componian, hicieron recaer cobardemente la culpa de los sucesos del dia anterior y la débil resistencia que se habia opuesto á las masas, sobre el noble marqués. Restaba empero por resolver la cuestion grave é importantísima, referente al ataque inmediato contra la flota francesa. Esta cuestion concernia mas principalmente á los oficiales de marina que á los del ejército, y aquellos declararon que era espuesto el cañonear la escuadra del almirante Rosily, por quanto se arriesgaba tambien el destruir los navios españoles. La

amenguar su bizzarria y despojarlos de sus glorias para restituir con ellas á los que fueron quizás la causa única de aquella derrota, en la que, salva la prez del combate, libraron por vencedores que vencidos! ¿Ha olvidado Mr. Thiers, por ventura, el consejo de guerra formado contra Villeneuve á consecuencia del combate de Trafalgar? ¿Le parece acaso sospechosa la narracion que de los hechos acaecidos en aquella memorable batalla hacen su compatriota Dumanoir y otros marinos franceses que se encontraron en ella, los cuales rinden en sus escritos á la marina española el tributo de entusiasmo y admiracion debido á los héroes? La posteridad no podrá menos de juzgar severamente al autor de la *Historia del Consulado* por una pobreza de espíritu indigna de tan esclarecido talento!

(Nota del Trad.)

notificacion de este parecer de personas competentes, comunicada al pueblo en la plaza pública, volvió á agrupar á las turbas en derredor de la casa del marqués del Socorro, á quien se echaba en cara esta nueva resistencia al voto popular, y al cual mandaron aquellos tres diputados para que le pidiesen esplicaciones. Habiéndose asomado uno de ellos á un balcon de la capitania general para dar cuenta á las masas del éxito de su mision, y no logrando que su voz fuese oida en medio del tumulto, la turba creyó ó fingió creer que se rehusaba el darle satisfacciones, é invadió el palacio. El marqués del Socorro fué á refugiarse contra el peligro que le amenazaba á casa de un irlandés amigo suyo, establecido en Cádiz, el cual residia muy cerca de la capitania general. Desgraciadamente fué descubierto por un fraile que habia ido siguiéndole los pasos, y denunciado por él á la multitud, la cual fué á buscarle á la casa que le servia de asilo, y arrancándolo de los brazos de la valerosa muger del irlandés, que hizo los mayores esfuerzos por prótegerle contra los asesinos, lo condujo por las calles escarneciéndole, acibillándole de heridas, y haciéndolo sucumbir por último con un golpe mortal, que el marqués recibió con la dignidad y sangre fria de un esforzado guerrero. De esta manera, y empezando por degollar á sus generales mas ilustres, fué como el pueblo español preparaba su resistencia á los franceses.

Tomás de Morla, adulador hipócrita de la multitud, y hombre que, bajo una capa de elevado orgullo, ocullaba la mas cobarde sumision á todos los poderes, fué nombrado por aclamacion capitán

general de Andalucía en reemplazo del marqués del Socorro. Una de sus primeras determinaciones fué el mandar parlar á varios al almirante Rosily, intimándole la rendición de la escuadra, á cuyo mensaje contestó el bizarro marino francés, declarando que no haría tal hasta despues de apurar en defensa del honor de su pabellon cuantos medios estuviesen á su alcance. Tomás de Morla procuró ganar tiempo, y sin atreverse á atacar á los franceses ni á resistir abiertamente á los deseos del pueblo, se limitó á ordenar que los navios españoles fuesen á situarse en una posicion menos pelizrosa que la que á la sazón ocupaban. Cádiz tuvo tambien su junta rebelde, la cual aceptó la supremacia de la de Sevilla, y se puso en comunicacion con los ingleses. El gobernador de Gibraltar, sir Hew Dalrymple, comandante de las fuerzas británicas existentes en aquel punto, habia enviado á esta sazón emisarios á Cádiz con objeto de negociar una tregua, ofrecerle la amistad de la Gran Bretaña, socorros de mar y tierra, y una division de cinco mil hombres que debía llegar en breve de Sicilia. Los españoles aceptaron la tregua, y acogieron favorablemente los ofrecimientos de una alianza; pero respecto á la introduccion en sus puertos de una escuadra inglesa, no pudieron menos de mostrarse indecisos y de pararse á reflexionar sobre la adopcion de tan grave medida. El recuerdo de Tolon era mas que suficiente para abrir los ojos sobre el particular á los mas ciegos.

Así las cosas en Cádiz, y mientras habian ocurrido en esta ciudad los acontecimientos que acabamos de referir, el comisionado que mandara la junta de Sevilla al Campo de San Roque para con-

ferenciar con el general Castaños, fué muy bien recibido por este militar ilustre, al cual le reservaba la fortuna un papel mucho mas brillante de lo que él se prometia, y aun quizás de lo que deseaba. El general Castaños, como todos, o la mayor parte de los miliares españoles de aquella época, no habia aprendido del arte de la guerra mas que lo poco que se sabia en el antiguo régimen, y con especialidad en el país mas atrasado de Europa. Pero si su pericia militar no escedia mucho á la de sus conciudadanos, era en cambio político diestro, de un talento claro y penetrante, y estaba muy lejos de participar de las pasiones salvages del pueblo español. En un principio juzgó á la insurreccion tan severamente como la habian juzgado otros comandantes militares, se esplicó francamente sobre este punto con el coronel Rogniat, enviado á Gibraltar con el objeto de inspeccionar la costa, y afectó aceptar la regeneracion de la España por mano de un príncipe de la casa Bonaparte de tan buen grado, que la administración francesa que gobernaba interinamente en Madrid hasta la llegada del rey José, creyó poder contar con él en un todo. Pero cuando Castaños vio que la insurreccion llegó á hacerse tan general, tan violenta y tan imperiosa, y que el ejército se hallaba dispuesto á asociarse á ella, ya no vaciló mas, y se sometió á la junta de Sevilla, reprobando en el fondo de su corazon, pero muy en secreto, la misma conducta que con calor y entusiasmo aparentaba seguir en público. Tenia bajo su mando de ocho á nueve mil hombres, que unidos á la fuerza que guarnecía á Cádiz, y sin contar los cuerpos esparcidos por la provincia, componian un total disponible

de quince á diez y ocho mil hombres de tropas organizadas, idóneas para servir de apoyo al alzamiento popular, y de núcleo para un numeroso ejército de insurgentes. Al conferir á Tomás Morla el título de capitán general de Andalucía, habíase reservado para Castaños el mando superior de las tropas, que éste aceptó sin vacilar, recibiendo poco despues orden para concentrarlas entre Sevilla y Gádiz.

El ejemplo dado por la primera de estas dos ciudades, fué seguido inmediatamente por todas las demas de Andalucía. Jaén y Córdoba se insurreccionaron tambien, y se emanciparon de la junta de Sevilla. Córdoba, situada cerca del nacimiento del Guadalquivir, confió el mando de sus insurgentes á un oficial, llamado Agustín Echevarri, que al frente de una partida estaba á la sazón persiguiendo á los bandidos y contrabandistas de Sierra-Morena, y el cual se hallaba muy familiarizado con la vida de guerrillero, por haberla ejercido por espacio de muchos años en las famosas montañas cuya vigilancia y custodia le estaba encomendada. Este oficial logró atraer á sus filas y hacer soldados suyos á los mismos hombres que estaba encargado de perseguir pocos dias antes, y agregándoles los paisanos de la alta Andalucía, se dirigió con toda su gente á los desfiladeros de Sierra-Morena á fin de interceptar el paso á los franceses.

La conmocion general llegó tambien, como no podia menos, á Estremadura, provincia en la que, por ser de las ménos civilizadas, y por componerse en gran parte de pastores y de gentes poco dadas al comercio, habia penetrado apenas el espíritu de

innovacion, y el odio al estrangero conservaba toda su energia. Aunque vivamente agitada está provincia á consecuencia de las abdicaciones de Bayona y de la noticia del alzamiento de Sevilla, no se pronunció hasta el 30 de mayo, dia de San Fernando. El pueblo de Badajoz se irritó igualmente que el de la Coruña, por no ver enarbolada sobre los murallas de aquella plaza la bandera con la efigie del Santo, y por no oír el estampido del cañon, que resonaba todos los años el dia de esta solemnidad. El pueblo se dirigió á las baterías, y encontró á los artilleros en sus puestos, sin atreverse á aplicar la mecha. Una muger osada los abrumó de reconvençiones, y arrancando el bota-fuego de mano de uno de los soldados, disparó el primer tiro, á cuya señal conmovióse la ciudad entera, reunióse el pueblo en masa y se pronunció, dirigiéndose amotinado, segun costumbre, á casa del gobernador, el conde de la Torre del Fresno, á fin de ponerle en la alternativa de adherirse á la insurreccion ó resignarse á sufrir la muerte. El gobernador de Badajoz era un militar de corte, de carácter sumamente dulce, sospechoso como amigo del príncipe de la Paz, y reputado por sus compatriotas como poco adicto al pensamiento temerario de una sublevacion general contra los franceses. Los insurgentes comenzaron por parlamentar con él, y la ambigüedad de sus respuestas los dejó muy poco satisfechos. La llegada de un correo, portador de algunos despachos para el capitán general, que se presentó precisamente en el momento de la insurreccion, acabó de confirmar sus sospechas. Suponíase que los despachos referidos eran comunicaciones procedentes de Madrid, esto es, de la auto-

ridad francesa, la cual, á juicio de los insurgentes, tenia mas imperio sobre el capitan general que las inspiraciones del patriotismo español. Bajo la influencia de esta suposicion, invadió la multitud la casa del conde de Torre de Fresno, el cual se vió obligado á huir. Perseguido, empero, por la turba, y alcanzado en un cuerpo de guardia, adonde habia ido á buscar asilo, le dieron muerte en brazos de sus mismos soldados; hecho lo cual, se constituyó una junta que aceptó sin vacilar la supremacia de la de Sevilla, se invitó al pueblo á tomar las armas, se le distribuyeron cuantas habia en los almacenes de Badajoz, y como esta ciudad, situada en las fronteras de Portugal, dista tan poco de Elvas, donde se hallaba á la sazón la division Kellermann, perteneciente al cuerpo de ejército del general Junot, se acordó escitar el patriotismo de sus habitantes, á fin de que trabajaran noche y dia en la reparacion de las murallas, al mismo tiempo que dirigir proclamas á las tropas españolas existentes en el lusitano reino, estimulándolas á la desercion con el ofrecimiento de un asilo seguro en la ciudad, y el de emplear su abnegacion cívica de una manera útil.

Granada, ciudad situada en uno de los estremos de las provincias meridionales, se sublevó igualmente, si bien necesitó para ello, como todas las que tardaron á insurreccionarse, ademas de la emocion de las abdicaciones, la que produjo en otras la festividad de San Fernando. Hallábase agitada y conmovida como toda España, y el 29 de mayo se presentó con estrépito en las calles de la ciudad y en medio de un pueblo predispuerto á la turbulencia, un oficial procedente de Sevilla,

que se llevó tras sí la multitud hasta la casa del capitan general, Escalante, hombre prudente y tímido, á quien pusieron en grande aprieto las proposiciones que aquel le comunicó de parte de la junta. El tenor de estas proposiciones se reducía á estimularle al pronunciamiento y á la declaracion de la guerra á la Francia, sobre lo cual aplazó Escalante la respuesta para el siguiente dia. Era como ya hemos dicho, la festividad de San Fernando: el pueblo se reunió en tumulto, y empezó pidiendo una procesion en honra y gloria del santo rey: de esta exigencia pasó á otra relativa al rey prisionero, á quien proclamó bajo el título de Fernando VII, terminando por obligar al general Escalante á establecer una junta rebelde, cuya presidencia le fue conferida. A todo esto siguió el decreto del alzamiento general, y la declaracion de guerra. Un joven catedrático de la universidad, despues embajador y ministro, el señor Martinez de la Rosa, fué enviado á Gibraltar á pedir armas y municiones, que le fueron otorgadas de la mejor voluntad del mundo. Con ellas se armó á un considerable número de paisanos, que fueron regimentados en debida forma, y los cuales se reunian diariamente para hacer el ejercicio. Como hemos manifestado ya, habia tres excelentes regimientos de suizos, que Napoleon queria concentrar en Granada para apostarlos en la carretera de Andalucía, á fin de que el general Dupont, que habia incorporado ya á las tropas de su mando los otros dos que se hallaban en Madrid, pudiese recogerlos á su tránsito. Uno de estos regimientos estaba á la sazón en Malaga, el otro en Cartagena, y otro en Zaragoza. Napoleon creia,

que colocando los cinco al lado de los franceses, conseguiria atraerlos á su devocion. El alzamiento de Granada, sin embargo, destruyó sus miras, y el regimiento que se hallaba en Málaga emprendió la marcha para la primera de estas dos ciudades. El gobernador de la segunda, Teodoro Reding, suizo de nacimiento, fué nombrado comandante general de las tropas de la provincia.

En ella, como en todas las demas, corrió la sangre de una manera horrible. En Málaga fueron asesinados el cónsul francés y otro personaje español. Pedro Trujillo, antiguo gobernador de aquella ciudad, á quien hacian sospechoso para con el populacho los vinculos de amistad y parentesco que le unian á las señoritas Tudo, fué arrestado en Granada y conducido á la A hambra para satisfacer los deseos de la multitud. Queriendo salvarlo la junta, decidió trasladarlo á un parage mas seguro, y en el tránsito de una á otra prision fué arrebatado por los revoltosos, que lo asesinaron cobardemente, y llevaron su ferocidad hasta el extremo de arrastrar el cadáver por las calles. Por sospechosos tambien, y por satisfacer las exigencias populares, fueron arrestados igualmente, y conducidos á una cartuja, donde se creia que estarian con mas seguridad, el corregidor de Velez-Málaga, y un tal Portillo, sabio economista empleado en Andalucía por el príncipe de la Paz, para que fomentara en aquel pais el cultivo del algodón. Aprovechando, empero, los frailes cartujos un dia de fiesta, en el que, segun costumbre, habian acudido al convento á comprar y beber vinos gran número de gentes, las escitaron al asesinato de los dos presos, y esta escitacion

produjo el efecto apetecido en los paisanos, ébrios á la sazón la mayor parte. El infortunado corregidor de Velez-Málaga, por consiguiente, y el sabio Portillo, fueron bárbara y cruelmente degollados. El asesinato y el saqueo eran por do quiera compañeros inseparables del alzamiento de la nacion española. No lejos de Granada, en Jaen, que ya se habia pronunciado para entonces, señalaba otro crimen odioso la nueva revolucion. Esta ciudad habia enviado á Valdepeñas á su corregidor, con el fin de desembarazarse de él, y fué fusilado en la mencionada villa por los paisanos de la Mancha.

Cartagena se habia anticipado á todas las sublevaciones de que hemos hecho mérito. El 22 de mayo, en virtud de la noticia de las abdicaciones y del arribo del almirante Salcedo, que se disponja á partir para las islas Baleares con el objeto de conducir á Tolon la escuadra que ya se habia dado á la vela, fué el dia en que se pronunció Cartagena con el doble motivo de proclamar al verdadero rey y salvar la flota española. Constituyóse inmediatamente la junta, decretóse el levantamiento general, y espidióse al punto una contraórden á la escuadra. El pronunciamiento puso á disposicion de los insurgentes considerables pertrechos de armas y municiones de guerra, las cuales fueron distribuidas sin demora entre los pueblos comarcanos. Murcia, correspondiendo al llamamiento de Cartagena, se sublevó dos dias despues, ó sea el 24 de mayo. El mando de los voluntarios de ambas provincias fué conferido al señor Gonzalez de Llamas, antiguo coronel de milicias provinciales. El punto designado para la cita

fueron las orillas del Júcar, con el objeto de poder dar la mano a los valencianos.

Efectivamente: á esta sazón acababa de pronunciarse también Valencia, cuya sublevación se verificó con circunstancias bien horribles. Aquella rica y populosa ciudad, situada en medio de su fértil huerta, no tenía menos pretensiones á dominar que Sevilla y que Granada. Sus moradores, de carácter vivo, ardiente, y tumultuoso, no eran susceptibles de dejarse sobrepujar por los de alguna otra provincia; así es, que se pronunciaron el día mismo que trajo el correo la noticia de las abdicaciones. Un charlatán revoltoso de esos que se desviven por arengar al pueblo, se puso a leer ante una multitud de gentes reunidas en una de las principales plazas de Valencia la *Gaceta de Madrid*, que contenía las abdicaciones, y terminada la lectura desgarró el papel, gritando: ¡*mueran los franceses, viva Fernando VII!* La multitud se agrupó en torno suyo, y en seguida se dirigió amotinado al domicilio de las autoridades, para obligarlas á tomar parte en la insurrección. Antes de dar este paso y queriendo proporcionarse un jefe, eligió al padre Rico, fraile franciscano, elocuente y audaz, que no vaciló en ponerse á la cabeza de los revoltosos, y en conducirlos á casa del capitán general, el conde de la Conquista. El padre Rico halló á éste tan poco inclinado á secundar los deseos de la turba, como los capitanes generales de otras provincias se habían mostrado en circunstancias análogas, atendiendo á lo que les aconsejaba la prudencia, y su aversión á la multitud. Obligóte, empero á seguirle, no queriendo asesinarlo entonces, por que se reservaba sin duda el

hacerlo mejor poco tiempo despues. Desde la capitania general se dirigió el fraile con los revoltosos al tribunal del *Acuerdo*, magistratura principal de la provincia, á la cual dictó sus resoluciones, arengando, ordenando y decidiendo por sí y ante sí á nombre de los sublevados. Acto continuo resolvióse y púsose por obra la formación de una junta, en la cual alternaban como individuos de ella los mas grandes señores del país, con los agitadores mas viles del populacho, y no pareciéndoles ni bastante celoso ni suficientemente enérgico el conde de la Conquista, eligieron para el mando de las tropas al conde de Cervellon, grande de España y propietario de los mas ricos de la provincia. Decretóse asimismo el alistamiento general, y se pidieron armas á Cartagena, que, como es de presumir, se apresuró á enviarlas.

Hasta aquí nada hubo en el pronunciamiento de Valencia que fuera censurable, considerado bajo el punto de vista de la insurrección y del patriotismo español. Pero las autoridades, á pesar de hallarse subyugadas, eran tenidas por sospechosas, mediante á que se habían adherido mal de su grado á un movimiento que les parecia funesto para su país, porque colocaba á la España entre el peligro de las armas francesas por una parte, y el de un furioso populacho por otra, y queriendo los revoltosos asegurarse de la clase de comunicaciones que aquellas remitían al gobierno de Madrid, interceptaron un correo y mandaron la correspondencia que conducía al conde de Cervellon, para leerla á presencia de la multitud. Las comunicaciones ofrecían en efecto motivo bastante para degollar á los mas altos funcionarios, puesto que en ellas se

pedian socorros al gobierno de Madrid contra el pueblo insurgente. La hija del conde de Cervellon, á cuya presencia pasaba esta escena, conociendo el peligro, se avalanzó sobre los papeles y los hizo mil pedazos á la vista de la multitud, la cual se contuvo subyugada por este rasgo de valor de aquella muger noble. Singular nacion, que, como todas las que conservan la sencillez de las primitivas costumbres, y no teniendo otras virtudes, ni otros vicios que los que traen su origen de la misma naturaleza, daba simultáneamente ejemplos de la mas atroz barbarie y de la abnegacion mas noble!

Pero el pueblo valenciano no tardó mucho tiempo en resarcirse de la sangre que por entonces le impidieron derramar. Habiase echado de ver que un caballero principal de la provincia, llamado don Miguel de Saavedra, baron de Albalat, asistia con poca exactitud á las sesiones de la junta, de la qual era uno de los vocales; y esta falta de asistencia, que procedia únicamente de vivir el baron retirado en el campo por el temor de que se despertase el recuerdo de la época en que, siendo coronel de milicias, hizo fuego sobre el populacho de Valencia para restablecer el orden, se atribuyó á distinto motivo, é instantáneamente se esparcieron rumores de que el baron de Albalat hacia traicion á la causa del alzamiento. En su consecuencia, fueron á buscarle á la posesion donde habitaba, trajéronle preso á la ciudad, y las personas interesadas por su suerte, lo condujeron á casa del conde de Cervellon, creyéndolo allí mas seguro que en ninguna otra parte. El padre Rico corrió presuroso en su busca con el objeto de ponerlo en salvo, y así lo solicitó del conde, quien, menos animoso que su hija,

y mostrándose poco dispuesto á comprometerse por un antiguo amigo, que habia acudido á él á pedirle la vida, imaginó el mandarlo á la ciudadela, de la qual se habia apoderado el pueblo, merced á la complicidad de las trepas, y donde eran conducidos todos aquellos á quienes se queria libertar del furor de la multitud. El padre Rico, deseando ardientemente la salvacion de aquel infeliz, se puso á la cabeza de la escolta, y logró conducirlo sin contra tiempo alguno, á pesar de los esfuerzos de un populacho sediento de sangre, hasta la plaza mayor de la ciudad. Pero al llegar á ella, la turba, mucho mas numerosa y compacta á la sazón, forzó las filas de soldados que custodiaban al infortunado baron de Albalat, le arrancó de entre las manos de los que le defendian, lo asesinó sin piedad, y llevó su encono hasta pasear por las calles la cabeza de aquel infeliz, suspendida de la punta de una pica.

Este acontecimiento llenó de consternacion á la ciudad de Valencia, y con especialidad á las clases elevadas, las cuales eran reputadas por sospechosas, como lo fué la nobleza de Francia en 1793. Para conjurar el peligro, multiplicaban aquellas los donativos voluntarios, y se inscribian en el alistamiento general: no consiguieron, empero, conjurar la tormenta, ni calmar la desconfianza y la cólera de la muchedumbre, las cuales iban cada dia en aumento. Era, pues, evidente que no bastaria una victima para extinguir el furor sanguinario. La autoridad del padre Rico empezó á ser minada por un rival, procedente de Madrid, por el canónigo Calvo, fanático, cuyas pasiones se habian exaltado en una lucha de jesuitas contra jansenistas, en la qual habia tomado partido á favor de los primeros y en

contra de los segundos. El objeto que condujo á Valencia al canónigo Calvo, no fué otro, segun todas las probabilidades, que el de encontrar campo mas vasto donde ejercer sus furios. Afectaba una estremada devocion, tardaba mas tiempo que ninguno en decir la misa, y llegó á ser el principal ídolo del populacho. Adoptando el tema ordinario de todos aquellos, que en las revoluciones quieren sobrepujar á los demas, acusó de apatia y tibieza al padre Rico. Por aquel tiempo habia en la ciudadela de Valencia, de trescientos á cuatrocientos franceses, muchos de ellos comerciantes establecidos luengos años hacia en la ciudad, y á quienes por un sentimiento humanitario y con el fin de sustraerlos al furor de la multitud, se les habia conducido al mencionado sitio. El atroz Calvo logró persuadir á una bandada de fanáticos que allí se encerraba el único sacrificio agradable á los ojos de Dios, el único holocausto digno de la causa que servian, y dudando el poder penetrar en la ciudadela con su tropa de asesinos para consumir el crimen abominable que meditaba, colocó á sus secuaces en una poterna que daba sobre la orilla del mar, se introdujo despues en la ciudadela, y afectando humanos y compasivos sentimientos, hizo creer á los franceses que iban á ser pasados todos á cuchillo, sino se apresuraban á huir precipitadamente por la poterna que conducia á la playa. Aquellos infelices, dejándose guiar por este consejo, salieron todos, incluso los niños y las mugeres, por el punto fatal que se les habia indicado como la via única de salvacion, y apenas asomaron á la poterna, empezaron á herirlos despiadadamente á tiros, á sablazos y á puñaladas. Los asesinos cu-

biertos de sangre de pies á cabeza, y estenuados de fatiga, imploraron gracia para unos sesenta que quedaban por degollar. Viendo el canónigo Calvo, que el celo de sus secuaces se iba ya estinguendo, cedió en la apariencia á sus súplicas, se encargó de llevar consigo las sesenta víctimas que aun no habian sido sacrificadas, y conduciéndolas á un sitio apartado, donde tenia una tropa de refresco, acabó en él la execrable mortandad. ¡Asi espiaban nuestros compatriotas, sin tener en ellas la menor culpa, las faltas de su gobierno!

Semejantes sucesos produjeron en todos los valencianos, que no pertenecian á la hez del pueblo, el dolor mas profundo. El padre Rico, no pudiendo mostrarse indiferente á estos actos que mancillaban la causa de la insurreccion, intentó al siguiente dia denunciar ante la probidad y la conciencia publicar los crimenes del canónigo Calvo: vencido, empero, por éste, y no habiendo logrado que su intencion prevaleciera, tuvo precision de ocultarse, y su rival fué proclamado audazmente individuo de la junta, con no poco terror y escándalo de todas las gentes honradas. Quedaban todavia ocho desgraciados franceses, los cuales habian escapado hasta entonces como por milagro, de la matanza general, y no sabiendo donde refugiarse, acudieron al verdugo de sus compatriotas y se postaron á sus pies en el seno mismo de la junta. Calvo los hizo degollar ó consintió en que se perpetrara á su presencia este crimen, y la sangre de las nuevas víctimas saltó sobre los vestidos de los vocales de la junta, que huyeron de ella sobrecogidos de espanto y de terror.

A tantos crimenes, sin embargo, sucedió, como

no podía menos, una reaccion. Cobrando nuevo valor el padre Rico, salió del sitio donde se habia ocultado, restituyóse á la junta, atacó de frente al canónigo Calvo, denuncióle, redujolo á procurar tan solo su defensa, consiguió desconcertarlo, y obtuvo, en fin, su arresto. Conducido primeramente á las islas Baleares, y traído despues á Valencia, Calvo fué juzgado, condenado y ahorcado en su prision. Las gentes honradas comenzaron desde entonces á recobrar un poco de ascendiente sobre los bandidos que habian dominado a Valencia; y esto unido al celo que empleaba en armarse la poblacion, conociendo que pronto se veria precisada á defenderse contra la justa venganza de los franceses, si bien no los estinguió del todo, contribuyó al menos á atenuar algun tanto los atroces crímenes de que acababa de ser teatro odioso la ciudad de Valencia.

Todas las ciudades de aquella parte del litoral, como Castellon de la Plana, Tortosa y Tarragona, siguieron en breve el general ejemplo. Barcelona misma, ciudad casi tan populosa como la capital de las Españas, y habituada, si no á mandar, á no obedecer nunca al menos, ardia en grandes deseos de pronunciarse. La noticia de las abdicaciones, traída por el correo de 25 de mayo, produjo en los barceloneses una irritacion tan violenta, que al punto empezaron á desgarrar los bandos fijados en las esquinas, y un pueblo inmenso se mostró en los parages públicos, llevando henchido de odio el corazon y la cólera en los ojos. Pero el general Duhesme, á la cabeza de doce mil hombres, mitad franceses y mitad italianos, logró contener el movimiento, amenazando desde la ciudadela y desde el

castillo de Montjuich incendiar la ciudad, si insistia en sublevarse. Barcelona tembló bajo la férrea mano que la amenazaba, si bien no se tomó la pena de disimular el odio profundo que la inspiraban sus opresores. Murat, cuyas ilusiones respecto á la España no se habian desvanecido, volvió á conceder á los catalanes el derecho de uso de armas, del cual les privára Felipe V, queriendo recompensarlos de esta manera por su aparente sumision. Los catalanes correspondieron á esta prueba de confianza, comprando inmediatamente cuantos fusiles y municiones se vendian en los almacenes públicos, y llevando este afan hasta el estremo de enagenar así los habitantes de las montañas como el pueblo de las ciudades, cuanto tenían de mas precioso, con el fin de proporcionarse medios para adquirir armas. El menor incidente, el suceso mas insignificante se convertia diariamente en Barcelona en causa de motin. Una piedra desprendida del castillo de Montjuich, alcanzó casualmente á un pescador, y este desgraciado, herido segun se decia por los franceses, fué paseado sobre unas parihuelas por toda la ciudad para escitar la indignacion pública. La presencia de nuestras tropas, sin embargo, bastó para sofocar en su origen aquel desórden. Otro dia un pifano de los regimientos italianos vió á un muchacho español que estaba burlándose de él, y habiendo sacado el sable para imponer respeto al insolente, dió margen con esta demostracion á un nuevo tumulto, que por aquella vez amenazaba ser general. El ejército francés, no obstante, logró detener los progresos de esta insurreccion con una prudencia y una moderacion asombrosas. La indisciplina de las tropas italianas

cuya conducta era menos reservada que la de las nuestras, contribuía mucho también á irritar el ánimo de los españoles, y de los barceloneses revoltosos con especialidad, los cuales viéndose reprimidos con tal tesón, huyeron á Valencia, Manresa, Lérida y Zaragoza. La capital del principado por consiguiente, se mostró desde entonces, sino devota á los franceses, tranquila al menos.

Gerona, Manresa, Lérida, y las demas ciudades de Cataluña, se sublevaron también. Todas las villas y aldeas hicieron otro tanto. Pero, como hallándose comprimida Barcelona, era punto menos que imposible el que el principado emprendiese movimiento alguno capaz de inspirar serios temores, de aquí resulta la prueba de que si se hubiese tomado mejor las precauciones, y si se hubieran colocado á tiempo en las principales ciudades de España fuerzas bastantes, si no impedir la insurreccion general, se hubiera logrado cuando menos contenerla y atenuarla mucho en sus progresos.

Zaragoza, en fin, la inmortal Zaragoza, como es fácil de adivinar, no fué de las últimas en responder al grito de independencia española. El 24 de mayo, es decir, dos dias despues que Cartagena, dos antes que Sevilla, y en el mismo en que Asturias se pronunciara, trajo á aquella ciudad el correo de Madrid la noticia de las abdicaciones; y esto bastó para sublevarla. El pueblo de Zaragoza, lo mismo que el de las demas ciudades, se dirigió amotinado á casa del capitán general don Juan Guillermi, y encontrándole tan tímido y tan poco dispuesto á la sublevacion como se habian mostrado los capitanes generales de otras provincias, lo depuso del mando y lo reemplazó con su gefe de

estado mayor, el general More, quien al siguiente dia convocó una junta, tanto para satisfacer los votos del pueblo, como para rodearse de un consejo que compartiese con el la responsabilidad. Conociendo una y otro el peligro que corrían hallándose como se hallaban á la vez bajo la férula del populacho y bajo la de las tropas francesas que ocupaban á Navarra, mostraron una perplejidad, de resultas de la que el pueblo, á quien difícilmente hubiera satisfecho el celo mas exaltado, determinó, sin ensangrentarse con ellos como habia sucedido en otras partes, desembarazarse de los gefes que no participaban de su entusiasta ardor, y conferir el mando á un personage célebre, llamado José Palafox de Melzi, sobrino del duque de Melzi, vicescanciller del reino de Italia. Palafox era un arrogante mozo, de edad de veinte y ocho años, que habia servido en guardias de corps. Adicto en extremo á la persona de Fernando VII, fué á visitarlo á Bayona, y hallándolo cautivo y violentado en esta ciudad, regresó á Zaragoza su patria, en cuyas cercanias aguardó oculto el momento favorable de servir al rey, cuya legitimidad no podia en su concepto ponerse en duda. Sabedor el pueblo de todas estas particularidades, corrió en su busca para conferirle el mando de capitán general. Aceptólo José Palafox, y llamando á su lado para que supliesen con sus luces la falta de conocimientos militares y políticos, que reconocía en sí, á un religioso valiente y entendido, á un esperto y antiguo oficial de artillería, y á un profesor que le habia dado lecciones en la niñez, se puso al frente de los asuntos de Aragon. Su alma heroica, empero, debia tardar muy poco á suplir sobradamente las dotes para el

mando que le faltaban. Palafox convocó inmediatamente la diputacion de la provincia, decretó un alistamiento general, y llamó á las armas á todo el valiente y bizarro pueblo aragonés, el cual no solo se apresuró á acudir al llamamiento del jóven general, sino que se anticipó á él con el mas ardiente entusiasmo. La agitacion, por último, fué tal, que Logroño, de cuya ciudad distaban solamente cinco ó seis leguas las tropas francesas, y todas las poblaciones limitrofes á Aragon y Navarra se pronunciaron tambien. Otro tanto hizo Santander, ciudad situada á nuestra derecha y á la misma retaguardia casi de nuestras columnas.

Véase, pues, como en solos ocho dias, (desde el 22 al 30 de mayo) y sin que ninguna de las provincias obrase de concierto con otra, se sublevó la España entera, impelida por un mismo sentimiento; por el de la indignacion que escitaron los acontecimientos de Bayona. Los rasgos característicos de aquella insurreccion nacional fueron unos mismos en todas partes, á saber: indecision en las clases elevadas; sentimiento unánime é irresistible en las clases inferiores, el cual tardó muy poco á convertirse en una abnegacion sin ejemplo de una y otras; instituciones locales de gobiernos, insurjentes; alzamiento en masa; desercion del ejército organizado para incorporarse á la insurreccion; donativos voluntarios del alto clero, y ardor fanático del clero de inferior categoría; patriotismo por donde quiera, obcecacion, ferocidad, acciones heroicas, y atroces crímenes; una revolucion monárquica, en fin, que procedia exactamente como pudiera hacerlo una revolucion democrática, puesto que el instrumento era el mismo, es decir, el pue-

blo, y mediante á que el resultado prometia ser idéntico tambien; esto es, la reforma de las antiguas instituciones que se habia ofrecido á la España, para resistir á la Francia con sus armas propias, con sus propios medios.

La noticia de las sublevaciones espontáneas, que estallaron desde el 22 al 30 de mayo, no llegó sino sucesiva y lentamente á Bayona donde residia entonces Napoleon, y en cuya ciudad permaneció todavia el mes de junio y los primeros dias de julio. En un principio supiéronse únicamente las que se verificaron en las provincias situadas á derecha e izquierda del ejército francés ó sea en Asturias, Castilla la Vieja y Aragon. El entorpecimiento de las comunicaciones, grande siempre en España, y cuyo retardo se hizo mucho mayor en aquella época, porque no solo se interceptaban los correos, sino que frecuentemente se les asesinaba, fué causa de que hasta el estado mayor francés, residente á la sazón en Madrid, supiese muy poco de lo que ocurría mas allá de Castilla la Nueva y de la Mancha. De lo único que se tenia conocimiento era de que en las demas provincias reinaba una gran turbulencia y una estremada agitacion: ignorábanse, empero, pormenores, y solo en el trascurso de todo el mes de junio, fué cuando se llegó á saber poco á poco lo que habia ocurrido en fin de mayo, y esto, merced á las confidencias ó á las bravatas de los españoles, los cuales referian en Madrid cuanto en cartas particulares recibidas por conducto de especiales mensajeros, se les revelaba.

Así que Napoleon supo en Bayona los acontecimientos de Oviedo, Valladolid, Logroño y Zara-

goza, los cuales á pesar de haber ocurrido en puntos tan próximos al en que él se hallaba, no llegaron á su noticia sino siete ú ocho dias despues de haber sido consumados, se apresuró á dar las órdenes mas prontas y mas enérgicas para contener la insurreccion antes de que llegase á estenderse y consolidarse. Anticipadamente habia tenido cuidado de colocar entre Bayona y Madrid sobre las retaguardias del mariscal Moncey y del general Dupont el cuerpo de ejército al mando del mariscal Bessieres, compuesto de las divisiones Merle, Verdier, y Lasalle. La division Merle constaba de algunos terceros batallones, sacados de las costas, y de algunos batallones cuartos procedentes de las legiones de reserva. La division Verdier se componia de los regimientos provinciales señalados con los números desde el 13.^o al 18.^o inclusive, puesto que los doce primeros, como ya hemos dicho, formaban parte de la division del mariscal Moncey. Esperábase ademas de un momento á otro la llegada de los regimientos polacos admitidos al servicio de la Francia, cuya fuerza total consistia en un soberbio regimiento de caballeria de novecientos á mil caballos, el cual llegó mas tarde á hacerse célebre bajo el nombre de lanceros polacos y en tres buenos regimientos de infanteria de la fuerza de mil quinientos á mil seiscientos hombres cada uno, conocidos con los nombres de primero, segundo y tercer regimiento del Vistula. Napoleón, por último, habia ido trayendo sucesivamente, ya de Paris, ya de las divisiones establecidas en las costas, los regimientos 4.^o de ligeros y 15.^o de línea, primero, y el 2.^o y el 12.^o de ligeros y el 14.^o y 14.^o de línea despues, haciéndolos sucederse los unos á los otros, de Pa-

ris al campo de Boulogne, del campo de Boulogne á los de Breñaña, y de los campos de Breñaña á Bayona, á fin de evitar el que estuvieran ociosos, y proporcionarles ocasion de ser útiles en todos los puntos donde se detuviesen. Ademas de toda esta fuerza, mandó venir á marchas dobles dos batallones aguerridos de la guardia de Paris. Asi, pues, si Napoleón no tenia á la mano todos los recursos suficientes para reprimir inmediatamente la insurreccion española, suplia en cierto modo esta falta su genio organizador, y habia logrado ya reunir algunas fuerzas, con las cuales podia aplicarse al mal el primer remedio, puesto que ademas de los seis regimientos franceses de antigua formacion, y tres regimientos polacos, traia los numerosos destacamentos, que, bajo el titulo de regimientos de marcha, estaban destinados á reclutar los regimientos provisionales, (1) y los cuales iban prestan-

(1) Por los títulos de todos estos regimientos puede formarse una idea aproximada de la complicacion á que habian dado márgen las necesidades y los recursos, en la organizacion militar, que Napoleón manejaba con tanto genio. Habia primeramente los antiguos regimientos franceses de línea, señalados con los números del 1 al 112 y los regimientos ligeros del 1 al 52 esparcidos en Polonia, Alemania, Italia é Illiria, los cuales tenian sus correspondientes batallones de deposito sobre el Rhin ó sobre los Alpes.—Habia ademas los regimientos llamados provisionales, compuestos de compañías sacadas de los batallones de depósito, y que se hallaban destacados en España para servir en ella bajo una forma temporal.—Habia asimismo los destacamentos sacados mas tarde de los mismos depósitos para reforzar los regimientos provisionales, y cuya fuerza formaban en las expediciones los regimientos de marcha.—Las cinco legiones de reserva,

do servicios en el camino que tenian que recorrer, antes de refundirse en aquellos.

Napoleon ordenó inmediatamente al general Verdier que se dirigiese á marchas dobles sobre Logroño con mil quinientos infantes, trescientos caballos y cuatro piezas de artillería, para hacer con esta ciudad un ejemplar severo. Al general Lefebvre-Desnoettes, oficial bizarro y brillante que mandaba los cazadores á caballo de la guardia imperial, le ordenó asimismo que se trasladase á Pamplona con los lanceros polacos, algunos batallones de infantería provisional, y seis piezas de artillería, mandándole tambien que recogiese los terceros batallones que constituian la guarnicion de aquella plaza, y que con toda esta fuerza, la cual compondria un total de cuatro mil hombres próximamente, se dirigiese á marchas forzadas sobre Zaragoza para hacer entrar en orden á los habitantes de la capital de Aragon. Una diputacion compuesta de algunos individuos de la junta debia preceder al general Lefebvre-Desnoettes y emplear cuyos tres primeros batallones componian el cuerpo de ejército del general Dupont, los cuartos una de las divisiones del mariscal Bessieres, y los quintos y sextos por último, que faltaban por organizar, pertenecian á una nueva categoria.—Habia en fin, las tropas italianas, las polacas, y las suizas, las cuales formaban parte tambien de las fuerzas de que disponia Napoleon. Preciso será, pues, que el lector siga con una atencion sostenida estas categorias tan numerosas y diversas, si quiere estimar en lo justo el arte con que Napoleon manejaba su ejército, y si se quiere comprender especialmente, en qué consistia el que, á pesar de este arte prodigioso, empezasen á ser sus recursos inferiores á la inmensidad de la empresa en que desgraciadamente se habia empeñado.

con los sublevados medios de persuasion antes de hacer uso de la fuerza: si aquellas, empero, no bastaban, habiase resuelto que fuese aplicada esta al mal de la manera mas enérgica. Napoleon ordenó ademas al mariscal Bessieres, que en el instante mismo en que el general Verdier terminase su mision en Logroño, se dirigiese con la caballería del general Lasalle sobre Valladolid para restablecer la tranquilidad en Castilla la Vieja. Al general Savary mandóle que fuese á Madrid á encargarse interinamente del mando confiado á Murat, á la sazón enfermo, y que diese órdenes á nombre de éste, como si en realidad no hubiese ocurrido cambio alguno. Prescribióle tambien que mandase sobre Segovia, para sofocar su alzamiento, la tercera division del general Dupont al mando del general Frere, que se hallaba entonces en el Escorial, y que espidiese sobre Zaragoza una columna de tres á cuatro mil hombres, haciendo un movimiento á la izquierda en retaguardia sobre Guadalupe. Habiendo llegado á noticia del emperador algunos rumores referentes á la insurreccion de Valencia, dispuso que partiese de Madrid la division del mariscal Moncey, reforzada con un cuerpo auxiliar español, y que avanzando hasta Cuenca, no pasase de esta ciudad, si los rumores referentes á aquella eran infundados, y prosiguiese su marcha, si eran ciertos. Como esta fuerza, sin embargo, no era suficiente para reducir una ciudad de cien mil almas, (sesenta mil en la poblacion, y cuarenta mil en la huerta). Napoleon ordenó al mismo tiempo al general Duhesme, que mandase desde Barcelona sobre Tarragona y Tortosa la division Chabran, la cual, reprimiendo du-

rante su marcha los movimientos de Cataluña, y reduciendo á la devocion de la Francia el regimiento de suizos residente en Tarragona, debia caer sobre Valencia por el litoral, mientras que el mariscal Moncey venia sobre ella por la parte de las montañas.

Pero lo que mas especialmente llamaba la atencion de Napoleón, eran Andalucía y la flota francesa surta en las aguas de Cádiz. Desde los primeros momentos habia pensado en ordenar al general Dupont que se dirigiese hacia Andalucía, donde le parecia que se habia dejado acumular demasiado número de tropas españolas, y donde temia ademas alguna tentativa de parte de los ingleses. De antemano habia dado orden á aquel general de que colocase la primera de sus tres divisiones en Toledo, la segunda en Aranjuez, y en el Escorial la tercera, á fin de que escalonadas de este modo en el camino de Madrid á Cádiz, estuviese pronto á partir á la primera señal. Así que llegó á Bayona la noticia de las insurrecciones, el general Dupont recibió en efecto la órden de partida, y á fines de mayo se puso en marchar con direccion á Sierra Morena. Napoleón tenia gran confianza en este gefe, que hasta entonces se habia portado siempre con extraordinaria bizarría y tenido constantemente la fortuna de su parte, y al cual destinaba el baston de mariscal á la primera ocasion oportuna que se ofreciese. Napoleón no dudaba que Dupont la encontraria en España, y hasta este infortunado general lo creia tambien. ¡Ni el uno ni el otro contaban, empero, con el horrible y cruel misterio del destino, cuyo favor y cuyos rigores son siempre inesperados!

No queriendo Napoleón, que aquel general se

internase en el interior de España sin medios suficientes para que se pudiera sostener, le mandó diversos refuerzos. Primeramente ordenó que marchase á Toledo la segunda division, para que pudiese incorporársele en caso de necesidad; en seguida mandó que se le diese toda la caballeria correspondiente al cuerpo del ejército confiado á su mando, y los guardias marinos que debian tripular los dos nuevos buques preparados en Cádiz; y determinó, por último, que se le juntasen tambien los dos regimientos suizos de la antigua guarnicion de Madrid (el de Reding y el de Preux), que á la sazón se hallaban reunidos en Tarragona. La division Kellermann, por otra parte, correspondiente al cuerpo del ejército de Junot, situada en las fronteras de Portugal, y los otros tres regimientos suizos existentes en Tarragona, Cartagena y Málaga, que Napoleón suponía concentrados en Granada, hacian subir el cuerpo de ejército del general Dupont á veinte mil hombres cuando menos, sin contar su segunda y tercera division, y componian entre todos una fuerza bastante de seguro para reprimir la Andalucía y salvar á Cádiz de un golpe de mano de los ingleses. El general Dupont, por lo tanto, recibió orden de marchar aceleradamente sobre el punto que mas preocupaba el ánimo de Napoleón; es decir, hacia Cádiz y en auxilio de la escuadra del almirante Rosily.

A consecuencia de estas órdenes debian quedar en Madrid dos divisiones del mariscal Moncey y otras dos del general Dupont, mediante á que las últimas, colocadas en el Escorial, Aranjuez y Toledo, debian considerarse como si estuvieran dentro de la capital misma. Quedaban ademas la guar-

día imperial y los coraceros, ó sea una fuerza de veinte y cinco á treinta mil hombres, sin contar los regimientos aguerridos que componian la escolta del rey José. Creíase por tanto que esta fuerza sería suficiente para cualquier caso imprevisto, ignorando sin duda hasta qué punto era intensa, audaz y general especialmente la insurreccion.

Ademas de todas las órdenes antedichas, las cuales fueron comunicadas directamente á las provincias del Norte y por conducto del estado mayor de Madrid á las del Mediodía, mandáronse establecer en la capital, bien fuese en el real palacio, ó bien en el Buen Retiro, verdaderas plazas de armas, en las cuales pudiesen quedar en deposito los heridos, los enfermos, las municiones, las cajas, y todo el bagage, en fin, del ejército.

El general Verdier fué el primero que emprendió la marcha desde Vitoria á Logroño con el 44.º regimiento provisional, unos doscientos caballos próximamente, y cuatro piezas de artillería. Habiendo sabido en la Guardia, villa situada á cuatro leguas del Ebro, que el puente de Logroño se hallaba ocupado por los insurgentes, pasó el rio por el Ciego, valiéndose de barcas, y en la mañana del 6 de junio llegó á las puertas de aquella ciudad. Los insurgentes, compuestos de gentes del pueblo y de campesinos y paisanos de las cercanías hasta el número de dos ó tres mil hombres, habian obstruido la entrada de la ciudad, acumulando á sus puertas toda especie de materiales. Ademas de este medio de defensa, habian formado una batería de siete cañones viejos, montados por carreteros de la poblacion sobre cureñas arregladas á su modo, y detrás de esta trinchera aguardaron al enemigo

animados del mayor entusiasmo; pero con poca bravura, puesto que á las primeras descargas huýeron ante nuestros soldados hisofios, los cuales separaron en un momento todos los obstáculos que impedían la entrada. Esta primera derrota de los insurgentes fué tan rápida, que no dió tiempo al general Verdier para dar la vuelta á Logroño, arrollarlos y hacerlos prisioneros. Nuestros infantes en lo interior de la ciudad, y nuestra caballería en el campo, mataron unos cien hombres á bayonetazos y á sablazos. Por nuestra parte solo tuvimos un muerto y cinco heridos, entre ellos dos oficiales. Cogiéronse á los insurgentes sus siete piezas de artillería y unos ochenta mil cartuchos de fusil. El obispo de Calahorra, á quien mal de su grado habian obligado á ponerse á la cabeza de la insurreccion, obtuvo la gracia de que la ciudad de Logroño no fuese entregada al saqueo, y de que purgase la pena á que se habia hecho acreedora, pagando solamente una contribucion de 120,000 reales, cuya suma fué distribuida inmediatamente entre los soldados.

La conducta que los sublevados mostraron en esta ocasion, no era seguramente muy á propósito para formar una gran idea de la resistencia que podrian oponernos en lo sucesivo los españoles. El general Verdier se apresuró á regresar á Vitoria, para que su tropa reemplazase en el cuerpo de ejército del mariscal Bessieres á las que habian sacado los generales Merle y Lasalle, que acababan de partir para Valladolid. El general Lasalle con el 10.º y 12.º de cazadores, y el 17.º provisional de infantería, perteneciente á la division Verdier, y el general Merle con toda su division compuesta de

un batallón del 47.º; de otro del 86.º, de un regimiento expedicionario, y de otro correspondiente á las legiones de reserva, marcharon á la mencionada ciudad por Torquemada y Palencia, siguiendo las orillas del Pisuerga, que desde las montañas de Vizcaya (1) va á desaguar en el Duero, atravesando por Valladolid. Mientras que estos generales ejecutaban el indicado movimiento de vanguardia, el general Frere, por el contrario, abandonó el Escorial, dirigiéndose sobre Segovia, que como ya hemos dicho, también se hallaba pronunciada. Castilla la Vieja por tanto, se veía atravesada por dos columnas, una de las cuales iba avanzando por el camino de Burgos á Madrid, mientras que la otra retrocedía por el mismo camino. Como la distancia que tenía que recorrer el general Frere no era tan grande, llegó, antes que aquellos á la de Valladolid, á la ciudad de Segovia, la cual halló ocupada por los alumnos del colegio de artillería, y por una nube de paisanos que la habían invadido, cometiendo en ella toda clase de excesos. Los insurgentes habían hecho barricadas en toda la ciudad, y formado baterías con las piezas destinadas á la instruccion de los alumnos del colegio. Todos estos obstáculos sin embargo, fueron insignificantes para nuestras tropas, las cuales, además de tener todo el ardor de la juventud, hallábanse hacia mas de un año en las filas del ejército, sin haber disparado ni siquiera un tiro de fusil. Por lo que forzando con una rapidez increíble las trincheras de Segovia, mataron á bayonetazos cierto número de

(1) Mr. Thiers padece aqui un error geográfico, puesto que el Pisuerga nace en la provincia de Santander.

paisanos, y espulsaron el resto, los cuales se apresuraron á huir despues de haber saqueado las casas encomendadas á su defensa. Los desgraciados habitantes de la ciudad se habían dispersado por no verse espuestos á los excesos de los sitiados y sitiadores, y si bien es verdad que no lograron su fin, atendida la conducta de los primeros, pocos desmanes tuvieron que lamentar de parte de los segundos. El general Frere trató con bastante consideracion á la ciudad, puesto que no hizo mas que apoderarse del inmenso material de artillería que habia en el colegio militar.

Los presuntos defensores de Segovia se replegaron sobre Valladolid huyendo á la desbandada, como si el general Frere, que no tenía caballería, hubiese ido en su persecucion. El director del colegio de artillería don Miguel Ceballos, emprendió también la retirada con ellos, y segun es costumbre entre los soldados que huyen ante el enemigo, atribuyeron su derrota á traicion ó cobardía, por parte de aquel gefe, á quien condujeron preso á la mencionada ciudad, á pesar de que no habia el antecedente mas mínimo que pudiese dar margen á semejante suposicion. La entrada de Ceballos en Valladolid produjo un gran tumulto en la ciudad. Los nuevos reclutas de la insurreccion, que se hallaban haciendo ejercicio de fuego en el Campo Grande, se lanzaron sobre él, y desentendiéndose de los gritos de su esposa que le acompañaba, así como de los esfuerzos de un sacerdote, que bajo el pretexto de recibir la confesion de la victima, pedía que se le concediesen algunos instantes, fué desapiadadamente degollado y arrastrado por las calles y plazas públicas. Algunas mugeres frenéticas

de la ciudad, pasaron despues por ella los sangrientos restos del cadáver.

Aquel triste suceso, continuacion de tantos otros de la misma especie, produjo en el capitán general don Gregorio de la Cuesta, jefe mal de su grado de la insurrección de Castilla la Vieja, una impresión tan dolorosa y profunda, que no se atrevió á resistir á los gritos de un populacho estravagante, el cual vociferaba por partir inmediatamente al encuentro de la columna francesa que venia marchando desde Burgos sobre Valladolid. Esta columna, como hemos dicho ya, era la de los generales Lasalle y Merle, los cuales traían á sus órdenes infantería y caballería en número tres veces mayor del necesario para poner en fuga á todos los insurgentes de Castilla la Vieja. El anciano y severo capitán general de Valladolid, calculando con prudente cordura que á lo sumo podría hacerse frente á las tropas francesas en una ciudad defendida con fuertes trincheras, y abrazando la resolución de mantenerse firmes hasta morir, consideraba que sería la mayor insensatez el ir á desafiar en campo raso al ejército mas vigoroso de Europa. Viéndose amenazado, empero, si resistía, de sufrir igual suerte que la que habia cabido al desgraciado don Miguel Ceballos, salió con cinco ó seis mil paisanos entre los que habia algunos desertores del ejército, con cien guardias de corps de los que habian huido del Escorial, con doscientos ó trescientos caballos del regimiento de la Reina, y unas cuantas piezas de artillería, y se situó en el puente de Cabezon, punto que dista dos leguas de Valladolid, y por el cual atraviesa la carretera de Burgos á esta ciudad.

El general Lasalle habia ido barriendo todas las partidas de insurgentes, apostadas para impedirle el paso, maltratando especialmente á la que encontró en Torquemada. Al llegar á Palencia, el obispo de esta diócesis, á la cabeza de los habitantes principales de la ciudad, salió á su encuentro; solicitando que no se hiciese en ella daño alguno, gracia que le fué otorgada por el general Lasalle, exigiendo únicamente algunos viveres para sus soldados. El 12 de junio por la mañana avistaron nuestras tropas el puente de Cabezon, donde se hallaba situado don Gregorio de la Cuesta. Las posiciones, escogidas por el general español, no denotaban ciertamente su gran táctica militar, ni un buen golpe de vista. El general Cuesta habia colocado su caballería delante del puente; detrás de la caballería una línea de mil doscientos infantes; la artillería en el puente mismo; destacándose en guerrilla algunos paisanos para que vigilasen los vados del Pisuerga, y colocando el resto de su reducido ejército al otro lado del rio sobre las alturas que dominaban el derrotero. El general Lasalle mandó avauzar á dos regimientos de caballería y á los cazadores del 17 provisional, los cuales atacaron al enemigo con su bravura acostumbrada. Su caballería arrolló la de los españoles, obligándola á lanzarse sobre su propia infantería, y cargando en seguida sobre ella nuestros cazadores, la hicieron replegarse, logrando al mismo tiempo arrojar de su posición á los que guardaban los vados. Desde entonces introdujose en el campo enemigo una confusión tan horrible; que apiñados infantes, caballos y artillería sobre el puente, recibían el fuego de las tropas españolas situadas en

la orilla opuesta, las cuales tiraban indistintamente sobre amigos y adversarios. Apoyando el general Merle con toda su division al general Lasalle, logróse franquear el paso del puente y desalojar al enemigo de las posiciones que ocupaba al otro lado del Pisnerga. La caballería nuestra acuchilló á los fugitivos, haciendo en ellos considerable mortandad. Quince muertos y unos veinte ó veinte y cinco heridos, fué toda la pérdida que sufrimos en aquella accion: la de los españoles fué de quinientos ó seiscientos hombres entre heridos y muertos. El general Lasalle entró en seguida en Valladolid, donde no se le opuso resistencia alguna, y cuya ciudad casi se dió el parabien de verse libre de los bandidos que la habian ocupado bajo pretexto de defenderla. Los españoles no pudieron menos de mostrar un gran sentimiento al ver que el principal de sus generales habia sido tan pronta y completamente derrotado.—Don Gregorio de la Cuesta se retiró seguido de algunos ginetes por el camino de Leon: incorporáronsele despues algunos insurgentes que iban huyendo en la misma direccion al través de los campos, y á medida que llegaban, deciales á todos el anciano general que les estaba bien empleada su suerte, por haber osado desafiar con tropas indisciplinadas á un ejército bien organizado y acostumbrado á vencer la Europa.

El general Lasalle recogió en Valladolid gran cantidad de armas, municiones y viveres, y no causó la estorsion mas minima á la ciudad. El resultado de las acciones de Logroño, Segovia y Cabezon no indicaba hasta entonces mas que mucha presuncion, la mas crasa ignorancia, y el furor mas concentrado en los insurgentes; pero no re-

velaba todavía ningun hábito de guerra, y sobre todo, ni la mas minima prueba de aquella tenacidad con que se tropezó despues. Por lo tanto; aun cuando en el ejército empezó á saberse que la insurreccion era universal, causóse esto muy poca inquietud, y llegó á persuadirse de que seria fácil reprimirla en todas partes con la misma prontitud que habia estallado. Lo que por entonces sucedia en Aragon, contribuia tambien en gran manera á aumentar esta confianza. El general Lefebvre-Desnoettes habia llegado á Pamplona y organizado allí su columna, la cual, como ya hemos dicho, debía componerse de tres mil infantes, mil caballos y seis piezas de artillería. Terminados que fueron todos los preparativos, y dejando en Pamplona la diputacion encargada de llevar proposiciones de paz á los habitantes de Zaragoza, el general Lefebvre partió de la mencionada ciudad el 6 de junio, en la conviccion de que la violencia que los insurgentes mostraban en todas partes, no daria lugar á recurrir á otros medios que á las lanzas de los polacos. El 7, conforme iba marchando hácia Valtierra, encontraba despoblados todos los lugares, porque los vecinos iban á reunirse con los rebeldes. En esta última poblacion supo que el puente de Tudela estaba destruido, y que habian sido conducidas á la ciudad cuantas barcas habia sobre el río. El general Lefebvre, por tanto, se detuvo en Valtierra para procurarse medios de pasar el Ebro, á cuyo efecto hizo bajar del Aragon, río que desagua en aquel, unas grandes barcas, con auxilio de las cuales atravesó el Ebro por frente á Valtierra. Al día siguiente (el 8), llegó á dar vista á Tudela, en cuyas cercanias habia una nube de insurgentes,

que le hacian fuego de guerrilla ocultándose detrás de las zarzas. El grueso de la fuerza de los sublevados, compuesto de unos ocho á diez mil hombres, hallabase situado en las alturas que dominan la ciudad. El marqués de Lazan, hermano de don José Palafox, era quien mandaba esta fuerza. El general Lefebvre, haciéndose preceder de sus cazadores y de numerosos pelotones de caballería, logró ir de posición en posición desalojando á los insurgentes hasta las murallas mismas de Tudela. Al llegar á ellas hizo alto; y trató de parlamentar con los revoltosos para evitar los medios violentos, y sobre todo la necesidad de penetrar en la ciudad á viva fuerza. Los insurgentes, empero, recibieron á tiros á sus parlamentarios, y llevaron su osadía hasta á hacer fuego sobre él. El general Lefebvre entonces mandó cargar á la bayoneta, y sus jóvenes soldados, entusiastas y valientes como de costumbre, llegaron á paso de carga á las posiciones del enemigo, desalojaronle de ellas y se apoderaron de su artillería. Los lanceros partieron á galope en persecucion de los fugitivos y lograron acuchillar un número considerable. Nuestras tropas entraron acto continuo en la ciudad á paso de ataque, y en los primeros momentos entregáronse los soldados al saqueo de la ciudad. El general Lefebvre, sin embargo, restableció bien pronto el orden, y se mostró compasivo con los habitantes. Nuestra pérdida consistió en unos diez soldados entre muertos y heridos. La de los insurgentes ascendió á unos trescientos ó cuatrocientos hombres, muertos detrás de sus trincheras unos, y los otros en su fuga á través de los campos.

Dueño ya de Tudela el general Lefebvre, y encontrando destruido el puente de esta ciudad, y sublevados los pueblos un poco distantes de ella, creyó que debia asegurar su marcha, desarmando las villas comarcanas y reparando el puente, que es, por decirlo así, la llave de Pamplona. Empleando, pues, los dias 9, 10 y 11 de junio en la reparacion mencionada, en hacer una batida por los campos, y en desarmar los pueblos, pasando á cuchillo á los que se obstinaban en no rendirse, se puso en marcha el 12 despues de dejar espedita la via de las comunicaciones, y llegando en la mañana del 13 delante de Mallen, encontró allí otra vez á los insurgentes, mandados por el mismo marqués de Lazan, y reunidos en número de ocho á diez mil paisanos ademas de dos regimientos españoles. El general Lefebvre, obligando primero á replegarse á las guerrillas esparcidas por las inmediaciones de Mallen, atacó en seguida la posición, lo cual no era muy difícil, mediante á que los insurgentes indisciplinados huían á refugiarse, así que hacían la primera descarga, detrás de las tropas de líneas, y tirando por encima de ellas, solían matar mas españoles que franceses. Atacado, pues, el enemigo por un flanco, y deshecho sin dificultad, nuestros soldados atrollaron todo cuanto á su paso encontraban. Los lanceros polacos, á quienes se mandó en persecucion de los fugitivos, no dieron cuartel, y habiendo logrado pasar el Ebro, animados de su sed de sangre, mataron ó hirieron mas de mil españoles. La pérdida que sufrimos por nuestra parte fué tan de poca consideracion como en la accion de Tudela, puesto que escasamente ascendierá á veinte hombres. La rapidez y energía

de nuestros ataques, la poca constancia de los paisanos, el embarazo en que necesariamente debían hallarse las tropas españolas de línea, colocadas casi siempre entre el fuego que hacían nuestros soldados y el de los fugitivos, y la confusión, en fin, que reinaba entre los insurgentes, bastan para comprender la brevedad de los combates, la insignificancia de nuestra pérdida, y la importancia de la de los enemigos, de los cuales perecían menos en la acción que en la fuga, y bajo la lanza de los polacos.

El 14 continuó el general Lefebvre su marcha hacia Zaragoza, y volviendo á encontrar á los insurgentes sobre las alturas de Alagon, tratólos como en Tudela y Mallen, obligólos á retirarse en precipitada fuga, dejó de perseguirlos como otras veces, merced á la fatiga de sus tropas, y aplazó para el siguiente día el presentarse al frente de Zaragoza.

El 15 de junio por la mañana dió en efecto vista á esta ciudad, y de muy buen grado hubiera entrado en ella á viva fuerza: pero el penetrar con tres mil infantes, mil caballos, y seis piezas de á cuatro en una población de cuarenta á cincuenta mil almas, llena de soldados y especialmente de paisanos resueltos á defenderse como furiosos, dentro de una ciudad cuya destrucción les importaba poco, mediante á que los mas eran vecinos de los pueblos comarcanos, no era ciertamente cosa fácil. La fortificación de Zaragoza consistía en una vieja muralla, resguardada por un fuerte castillo, y por una porción de conventos situados de corta en corta distancia. A pesar de que dentro de la población reinaba la confusión mas grande, y de hallarse las

tropas, los insurgentes, y los habitantes asaz descontentos unos de otros, puesto que los soldados se quejaban de que los paisanos saqueaban, asesinaban, y solo sabían huir, al paso que estos echaban en cara á las tropas que no impedían el que fuesen derrotados, en punto á la defensa de la ciudad, todos estaban conformes en resistir á todo trance y en no entregarla sino reducida á cenizas. Aquellos paisanos furiosos, animados por el deseo de agitarse á consecuencia de una larga inacción, si bien eran inútiles y cobardes en campo raso, mostrábanse dispuestos á defenderse con la mayor bravura, resguardados con las murallas de una ciudad, de la cual eran esclusivos dueños. El bizarro Palafox, por otra parte se hallaba animado de iguales sentimientos, y el sorprender, por tanto la ciudad despues de haberse tomado el partido de sacrificarla antes que rendirla por aquellos que no eran hijos de ella, era imposible. Así pues, en el instante mismo en que el general Lefebvre se acercó á las murallas con su corta division, las vió coronadas de una inmensa multitud de furiosos, y de todas partes empezó á caer sobre sus soldados un granizo de balas. Como la fuerza principal de la division era de caballería, y como su tren de batir consistía solo en seis piezas de á cuatro, fuéle preciso detenerse, y acampando sobre una altura á la izquierda del Ebro, mandó desde allí el dia-rio de sus operaciones al cuartel general de Bayona, reclamando al propio tiempo el envío de fuerzas mas considerables de artillería é infantería, á fin de batir las fortificaciones de la plaza, las cuales no consistían tan solo en la muralla que circundaba á Zaragoza, sino en una infinidad de grandes

edificios, que seria preciso conquistar uno tras otro despues de haber abierto brecha en el muro.

La situacion de la Cataluña, entre tanto, ofrecia dificultades de otro género, si bien tanto ó mas graves que las que presentaba Zaragoza. En vez de hallarlo todo fácil en el campo, y difícil en las cercanías de la ciudad, sucedia precisamente todo lo contrario, puesto que Barcelona se hallaba en nuestro poder, y el campo era un pais montañoso erizado de fortalezas y de poblaciones de ercrido vecindario pronunciadas. Desde la insurreccion general de los últimos dias de mayo, el general Duhesme con sus seis mil franceses sobre poco mas ó menos, y sus seis mil italianos; hallábase bloqueado, por decirlo así, dentro de Barcelona. —Gerona, Lérida, Mauresa, Tarragona, y casi todas las poblaciones principales estaban sublevadas: los habitantes de ellas se aproximaban hasta el pie de las murallas de la ciudad, y hacian fuego sobre nuestros continelas. Con todo, habiendo recibido el general Duhesme el 3 de junio la órden en que se le prescribia que dirigiese la division Chabran sobre el camino de Valencia, á fin de que pudiese secundar al mariscal Monecy, la hizo partir el 4 designándole la ruta por Lérida, con el objeto de que durante la marcha pudiese observar lo que ocurría en Aragon. El general Chabran, puesto al frente de una excelente division francesa, no halló grandes obstáculos en el camino real, sobre el que se mantuvo constantemente; trató bien á los habitantes, obtuvo viveres, que no podian negarse á una division de tan respetable fuerza, y llegó casi sin disparar un tiro á Tarragona. Su entrada en esta ciudad no pudo ser mas oportuna para estor-

bar la insurreccion, puesto que el regimiento suizo de Wimpfem que la ocupaba, vacilaba aun en tomar partido. El general Chabran pacificó, pues, á Tarragona, exigió á los oficiales suizos palabra de honor de que permanecerian fieles á la Francia, la cual consentia en tomarlos á su servicio, y puso órden, por el momento al menos, en aquella plaza importante.

Pero los insurgentes, que aguardaban tan solo la salida de aquel general y la de la division de las tropas francesas de Barcelona, para abrumar á nuestros soldados, procuraron aprovechar esta ocasion, poniendo en práctica sus intentos. El famoso convento de Mont-Serrat, situado en medio de las rocas, y en una de las montañas que circundan á Barcelona por la parte de tierra, era tenido por uno de los principales focos de insurreccion. El rio de Llobregat que corta esta cintura de montañas antes de perderse en el mar, era uno de los obstáculos que habia que vencer para llegar á aquel convento. El objeto de los insurgentes era apoderarse de las orillas de este rio, y establecerse en ellas escogiendo fuertes posiciones para encerrar de este modo al general Duhesme en la capital y cortarle el paso á Tarragona, mediante á que el Llobregat tiene su curso hácia el Mediodia de Barcelona por entre ambas ciudades. Descando el general Duhesme saber á punto fijo lo que habia en Mont-Serrat é impedir á los insurgentes que se interpusiesen entre él y el general Chabran, mandó salir de Barcelona al general Schwartz á la cabeza de una columna de infanteria y caballeria, con órden de dirigirse sobre el Llobregat, de atravesarlo, y de proseguir luego

por Bruch hasta llegar al convento. Este bizarro oficial, que partió de la capital del principado el 5 de junio, no encontró al principio de su marcha mas que insurgentes que le cedían el terreno sin disputárselo. De consiguiente pasando el Llobregat sin dificultad alguna, y atravesando del mismo modo por Molins del Rey, Martorell y Esparraguera, llegó sin novedad hasta Bruch. Pero cuando desde esta población quiso dirigirse sobre Montserrat, oyó sonar el tambor en todos los pueblos, vióse asaltado por una nube de paisanos en guerrilla, supo que todos los lugares de los alrededores se estaban atrincherando, que se destruían los puentes é inutilizaban los caminos, y temiendo verse envuelto por los insurgentes, resolvió retroceder. Para poner esta resolución en práctica, tuvo que vencer dificultades de todo género, y con especialidad en la villa de Esparraguera, donde se había atrincherado una larga calle. Preciso le fué trabar los mas encarnizados combates á cada paso. Los hombres disparaban desde las ventanas, y las mugeres y los muchachos arrojaban desde los tejados sobre las tropas gruesas piedras, aceite y agua hirviendo. Por último, al ir á pasar nuestros soldados un puente, destruido de manera que se viniese abajo al menor bamboleo, una de nuestras piezas de artillería se hundió con él, y tuvimos que lamentar algunas desgracias. El general Schwartz regresó con su gente á Barcelona el 7 de junio, estenuado de fatiga y mermada su division con un considerable número de heridos y muertos. Era evidente, pues, que aquellos paisanos fanáticos, insignificantes en la llanura, debían llegar á hacerse muy temibles al abrigo de las casas, ó

cuando estuviesen resguardados por calles atrincheradas, puentes obstruidos, rocas, bosques, ó detras de cualquier obstáculo, en fin, desde donde pudieran pelear á cubierto.

Envalentonados los insurgentes con la retirada del general Schwartz, tuvieron la audacia de establecerse el 8 y el 9 de junio sobre las márgenes del Llobregat, ocupando los pueblos de San-Boy, San Felices, y Molins del Rey. Su plan estribaba en encerrar al general Duhesme en Barcelona, y en cortarle toda comunicacion con el general Charbran. Comprendiendo, empero, el general Duhesme que no debía dejarles llevar á cabo semejante designio, salió de la capital el 10 con su fuerza dividida en tres columnas á fin de desalojar á los insurgentes de las posiciones que ocupaban. Llegando al despuntar el día á las márgenes del Llobregat, nuestros soldados lo atravesaron con el agua hasta la cintura, lanzáronse acto continuo sobre los pueblos ocupados por el enemigo, tomáronlos á la bayoneta, cogieron en ellos una infinidad de insurgentes de los cuales mataron un número considerable, y por via de castigo entregaron á San Boy á las llamas. En la tarde de aquel mismo día regresaron triunfantes á Barcelona, trayéndose la artillería del enemigo, y causando no poca sorpresa al pueblo de la capital, que se había prometido no volver á verlos. Este hecho de armas impuso algun tanto á los habitantes tumultuosos de aquella populosa ciudad, y mantuvo en su indecision á las clases acomodadas, que allí, como en todas partes vacilaban entre su orgullo nacional profundamente herido, y el temor de una lucha contra la Francia bajo la dominacion de una desenfrenada mul-

itud. Inquieto, sin embargo, el general Duhesme por la situación del general Chabran, quien como va hemos dicho, se hallaba bastante lejos de él en Tarragona, escribió á Bayona diciendo que la expedición prescrita á este general para que fuese á secundar al mariscal Moncey en los muros de Valencia, ofrecía grandes peligros, tanto para la división de Chabran como para las tropas de Barcelona, y en esta atención pidió permiso para mandar á aquella que retrocediese á la capital del principado.

Tales eran los acontecimientos ocurridos en el Norte de la España á consecuencia de las órdenes espedidas directamente desde Bayona á las tropas existentes entre los Pirineos y Madrid. Las órdenes transmitidas por conducto del estado mayor de la corte á las tropas que debían operar en el Mediodía, fueron ejecutadas con la misma puntualidad. Murat proseguía en un estado que le era de todo punto imposible ordenar nada; pero el general Belliard, que estaba haciendo sus veces interin llegaba el general Savary; espidió al mariscal Moncey y al general Dupont las instrucciones del emperador. El mariscal Moncey con su primera división al mando del general Musnier, partió de Madrid hácia Cuenca para dirigirse sobre Valencia. El general Dupont salió asimismo de Toledo con su primera división que mandaba el general Barbou, para dirigirse por los campos de la Mancha á Sierra Morena. La división Vedel, que era la segunda de Dupont, fué á Toledo á reemplazar á la división Barbou. La división Frere, tercera del cuerpo del ejército al mando de aquel general, y la cual habia vuelto á restituirse al Es-

corial desde Segovia, fué á Aranjuez en reemplazo de la división Vedel. Quedaban, pues, en la capital y sus cercanías unos treinta mil hombres de infantería y caballería, con los cuales habia suficiente, sin duda, para atender á cualquier necesidad del momento. De toda esta fuerza destacóse únicamente una columna de tres mil hombres, destinada á marchar sobre Zaragoza por Guadajara, y la cual no pasó de esta ciudad.

El mariscal Moncey se puso en marcha el 4 de junio con una división francesa de ocho mil cuatrocientos hombres, de los cuales eran húsares ochocientos, y diez y seis piezas de artillería. En pos de él debían marchar á incorporársele mil quinientos hombres de infantería española y unos quinientos caballos de la misma nación, con los cuales hubiera ascendido el número de sus fuerzas á mas de diez mil hombres, y á quince ó diez y seis mil las que debían juntarse al frente de Valencia, en el caso de que se hubiera verificado la reunion de la división del general Chabran con el cuerpo del ejército del mariscal Moncey. Desgraciadamente ofrecía muchas dudas la posibilidad de esta reunion, y en la noche que precedió á la partida de la división francesa, desertaron además las dos terceras partes de las tropas españolas, merced á cuya defección se debilitó en tales términos el cuerpo auxiliar, que ya no merecía la pena de hacerle emprender la marcha. El mariscal Moncey por lo tanto salió para su expedición con ocho mil cuatrocientos hombres de tropa francesa, jóvenes si se quiere, pero entusiastas y disciplinados. El primer día fué á dormir en Pinto, el segundo á Aranjuez, y el tercero á Santa Cruz, el cuarto á Tarancon, y así sucesivamente haciendo

jornadas muy cortas con el fin de no cansar á los soldados, y con el de irlos acostumbrando poco á poco al calor y á las penosas fatigas de la marcha. El mariscal Moncey cuidaba mucho de sus soldados, vejando todo lo menos posible á los habitantes, y así es que en todos los pueblos le suministraban víveres y hallaba buena acogida. Los españoles le conocian desde la guerra de 1793, y habia conservado entre ellos una reputacion de sentimientos de humanidad, que le sirvió de mucho. Preciso es confesar tambien, que, como ninguna ciudad importante de las provincias del centro se habia pronunciado, reinaba en ellas bastante calma. El mariscal Moncey, por lo tanto, no tuvo que vencer dificultad alguna así para proseguir su marcha como para proporcionar víveres á sus soldados. Habiendo llegado el 7 á Tarazona, concedió á sus tropas todo el día 8 para que descansaran, y partió al siguiente, yendo á dormir el 9 á Carraseosa, el 10 á Villar del Horno, y el 11 á Cuenca.

En esta ciudad resolvió detenerse algunos dias con el fin de adquirir noticias tanto acerca de Valencia como respecto al general Chabran, con quien contaba para llevar á cabo su mision. Saliéronle, empero, fallidas sus esperanzas, mediante á que estaba interceptado el paso de las montañas interpuestas entre Cuenca y Cataluña, y á que en el desfiladero de Requena eran detenidas todas las comunicaciones procedentes de Valencia. Cuanto se sabia á lo sumo respecto á esta ciudad, era que la insurreccion era violenta en extremo y perseverante, que se habian perpetrado los asesinatos mas atroces, y que solo á viva fuerza podria conseguirse penetrar en la poblacion. El mariscal Moncey, á

cuya noticia habia llegado que el general Chabran se hallaba en Tarragona, calculando que éste no podria caer sobre Tortosa y Castellon de la Plana, lo menos hasta el 23 de junio, espidióle una orden para que no retardase su marcha, y dispuso las cosas de modo que su misma division no llegara á las llanuras de Valencia hasta el mencionado dia. A este fin tomó el partido de permanecer en Cuenca hasta el 18, proponiéndose marchar en seguida hácia Requena, y aplazar el paso de los desfiladeros de las montañas de Valencia para el momento oportuno en que pudiese obrar de concierto con el general Chabran. Durante los seis dias de su permanencia en Cuenca, proponiase el mariscal Moncey, ademas de proporcionar este descanso á sus tropas, el proveerse de medios de transporte, y tomar minuciosos pormenores acerca del camino, difícil por lo áspero y poco frecuentado, que tenia que recorrer. Fácilmente se concibe, que si bien no dejaba de tener sus ventajas un sistema de operar tan metódico, podia traer en cambio funestas consecuencias, puesto que daba tiempo á la insurreccion para organizarse y establecerse en Valencia de una manera sólida.

El general Dupont, entretanto, proseguia su marcha hacia Andalucía. Como ya hemos dicho, partió de Toledo á fines de mayo, y á los pocos dias de su expedicion, se le incorporaron los dragones del general Pryvé que debian reemplazar á los coraceros, los marinos de la guardia imperial, y los dos regimientos suizos de Preux y Reding. La fuerza de la division Barbon, que podia calcularse en unos seis mil hombres de todas armas; los marinos de la guardia imperial, cuyo número ascendia á unos

quinientos ó seiscientos soldados excelentes para toda clase de servicio por mar y tierra; la caballería compuesta de cazadores y dragones hasta la fuerza de dos mil seiscientas plazas; la artillería é ingenieros que constaría de unas setecientas á ochocientas, y los suizos, en fin, que serian unos dos mil cuatrocientos, formaban entre todos un total de doce á trece mil hombres (1). El general Dupont atravesó la Mancha sin ninguna dificultad, pero notando que esta provincia, desierta en tiempo de paz, se hallaba á aquella sazón mucho mas desierta que lo de ordinario, y encontrando en todas las villas, aldeas y lugares, señales evidentes de un odio reprimido pero violento; vióse precisado á caminar con infinitas precauciones, para impedir que quedasen rezagados algunos soldados. Atravesó asimismo sin encontrar resistencia alguna los desfiladeros de Sierra Morena, y llegó el 3 de junio á Bailen, lugar de siniestra memoria, del cual estaba muy lejos de presumir entonces el general Dupont que sería un día teatro de la mas espantosa desgracia. En esta ciudad fué donde supo la insurrección de Sevilla y del Mediodía de España, la sublevación de todos los pueblos, y la reunión de las tropas á los

(1) Todas estas cifras están tomadas de los estados mas auténticos, y las he estampado despues de someterlas á una infinidad de confrontaciones. Es importantísimo el que consten de una manera precisa, puesto que el general Dupont se atribuyó en el consejo de guerra un número de tropas mucho mas corto, y el fiscal las hizo subir á un número mucho mas crecido. El número exacto de ellas es el que yo fijo, deduciéndolo de los estados del general Dupont, de los del ministerio de la Guerra, y de los particulares de Napoleon.

insurgentes. Dudábase, empero, aun de la conducta que observaría el general Castaños, comandante general del campo de San Roque, y abrigábase, en cierto modo, la esperanza de que se mostrase adicto á la causa de la nueva monarquía, porque en conversaciones recientes habidas entre el mencionado general y algunos de nuestros oficiales, habia manifestado bastante indecision, y una desaprobacion marcada hácia el pronunciamiento. Lo que se sabia de un modo positivo, era que los tres regimientos suizos de Tarragona, Cartagena y Malaga, á los cuales se les suponía en Granada dispuestos á ir á incorporarse con el ejército francés en el camino de Sevilla, acababan de ser envueltos por la insurrección y precisados á tomar parte en ella; este incidente podia ser peligroso respecto á la fidelidad de los otros dos regimientos suizos que militaban en nuestras filas, mediante á que solo la victoria debia decidir el lado á que habian de inclinarse. El alzamiento de Badajoz y de toda la Estremadura no ofrecian tampoco grandes probabilidades de poder reunir á nuestro ejército la division Kellermann, enviada desde Lisboa á Elvas. Pero aunque todas estas consideraciones no eran ciertamente muy á propósito para infundir aliento al general Dupont, tampoco eran tan alarmantes que pudiesen decidir á retroceder á un general, que, acostumbrado como estaba á vencer tantas veces ejércitos austriacos, prusianos y rusos, á pesar de la desproporcion del número de sus tropas, debia dar naturalmente poca importancia al tropel de paisanos que tenia que combatir. Resolviendo, pues, á marchar animosamente en su busca, creyó, sin embargo, de su deber participar al estado mayor de Madrid la rapi-

dez asombrosa con que habia cundido la insurreccion, y pedirle de paso la reunion de todo su cuerpo de ejército, á fin de poder dominar la Andalucía, cuya conquista, decia aquel en su parte, se reduciria únicamente á un paseo.

Desembocando por los desfiladeros de Sierra Morena sobre Bailen, y hallandose en el valle del Guadalquivir, inclinóse sobre la derecha, y resolvió dirigirse á Córdoba, siguiendo el curso del rio, con el objeto de dar un buen golpe á la vanguardia de la insurreccion. El 4 de junio llegó á Andújar, y á pesar de haber adquirido alli nuevos pormenores referentes á la sublevacion de Andalucía, persistió con mas fuerza aun en su resolucion de marchar contra los insurgentes, si bien volvió á reclamar á la corte que se procurase la pronta reunion de las tres divisiones que componian su cuerpo de ejército.

En Andújar supo, en efecto, el general Dupont de una manera mas detallada y precisa las dificultades que debia ofrecer el camino de Córdoba. Agustín Echavarrí, destinado en otro tiempo segun hemos dicho, á purgar á Sierra Morena de los ladrones y contrabandistas que la infestaban, habiase puesto á la cabeza de ellos, de los paisanos de la comarca, del pueblo de Córdoba, y de los habitantes de los pueblos inmediatos. Tenia además á sus órdenes los tres batallones de milicias provinciales, y alguna caballería, que, unidos á la fuerza indicada componian un total de cerca de veinte mil hombres, de los cuales carecian quince mil al menos de toda disciplina. Hé aqui, pues, lo que se llamaba el ejército de Córdoba, el cual estaba acampado á la sazón sobre el Gua-

dalquivir, y era dueño del puente de Alcolea. Despreciando alta y poderosamente á semejantes adversarios, el general Dupont se fué en derecha á ellos, y decidió tomarles aquel puente, cuya importancia militar no era de seguro tanta como la del puente de Halle, del cual desalojó con ocho mil franceses á veinte mil prusianos. A consecuencia de esta decision continuó bajando por la orilla del Guadalquivir á fin de irse aproximando á Alcolea y á Córdoba. El 5 llegó á Aldea del Rio, el 6 al Carpio, y el 7, al despuntar la aurora se presentó á la vista del puente de Alcolea.

La posicion adoptada por los insurgentes para cubrir á Córdoba, habia sido escogida con bastante acierto. El camino real de Andalucía, que hasta aquella ciudad sigue constantemente el valle del Guadalquivir, recorre con el rio, ya por una orilla, ya por otra, las tierras mas risueñas y fértiles, cubiertas por todas partes de olivos, naranjos, pinos y palmeras. A la derecha del valle, y á distancia no muy remota, distinguense las sombrías crestas de Sierra Morena; á la izquierda y á una distancia muy lejana distinguense asi mismo las azuladas y vaporosas cimas de las montañas de Granada. La carretera, que al entrar en el valle va por la derecha del Guadalquivir, pasa á la izquierda en Andújar. En el puente de Alcolea vuelve á tomar la derecha, y no la abandona ya hasta Córdoba, ciudad situada á las orillas del rio, en cuyas cristalinas aguas se reproducen sus moriscas torres. Aun cuando por esta parte es vadeable casi siempre el Guadalquivir, y especialmente en verano, no por eso deja de ofrecer dificultades de algun valor, merced á lo escarpado de sus

márgenes: la posición, por tanto, del puente de Alcolea, que ofrecía un paso cómodo á la artillería, era de bastante importancia. Este puente es largo y angosto, y termina en la misma población. Los españoles habían obstruido la entrada por medio de una fortificación que consistía en un reduto y en un profundo foso. Para defender estas fortificaciones, habíanlas artillado y guarnecido de tropas, teniendo la precaución de colocar á derecha é izquierda del camino real una nube de guerrilleros emboscados entre los olivos. Habían además obstruido el puente, metido dentro de Alcolea gran número de certeros tiradores, colocado sobre una altura que dominaba las orillas del río doce piezas de artillería, y formado en orden de batalla el resto de sus fuerzas sobre una vasta esplanada. Para inquietar á los sitiadores y entretenerlos; mandaron al otro lado del Guadalquivir, por debajo de Alcolea una columna de tres ó cuatro mil hombres, la cual, siguiendo la orilla izquierda, que ocupaban los franceses, debía procurar batirlos por el flanco, mientras que aquellos atacaban de frente el puente de la villa.

Era preciso, pues, barrer la nube de guerrilleros colocada entre los olivos, aproximarse á la fortificación, destruirla, franquear el puente, hacerse dueños de Alcolea, obligar á que repasase el Guadalquivir la columna que tenían al flanco, y caer en seguida sobre Córdoba, que dista de allí dos leguas únicamente. El día daba tiempo para todo, puesto que nuestras tropas habían llegado á avistar al enemigo á las cinco de la mañana, y era uno de los mas largos del mes de junio. El general Dupont puso á la cabeza del ejército la bri-

gada Pannetier, compuesta de dos batallones de la guardia de París, y de otros dos de las legiones de reserva. Destacó á derecha é izquierda algunas guerrillas, colocó en segunda línea la brigada Chabert, y en tercera á los suizos, y dispuso en fin, sobre el flanco izquierdo toda su caballería para contener el movimiento de la columna que subía por el Guadalquivir. Al mismo tiempo tuvo la precaución de enviar al capitán Baste con unos cien marinos de la guardia imperial á que se escurriese por debajo del puente para examinar si estaba minado, y ordenó que el ataque fuese vivo é impetuoso para no perder tiempo en tentativas.

Dada que fué la señal de batalla, y habiéndose empeñado en fuego la artillería y las guerrillas francesas, las batallones de la guardia de París al mando del general Pannetier y del coronel Esteves, avanzaron hácia el reduto. Los granaderos se arrojaron bizarramente al foso, á pesar del fuego vivísimo de fusilería que el enemigo hacía sobre ellos, y encaramándose en hombros unos de otros penetraron en la fortificación por las troneras de los cañones, mientras que el capitán Baste, que había terminado el reconocimiento, se introducía por uno de los costados. Tomado, pues, el reduto de esta manera, los granaderos se precipitaron sobre el puente, atravesáronle á la bayoneta, perdiendo algunos hombres, entre ellos el capitán, oficial bizarro que tan valientemente los había conducido al asalto, y llegaron en seguida al pueblo de Alcolea. Marchaba en pos de ellos la tercera legión, y juntos emprendieron denodadamente el ataque de la villa, en la cual, si bien es cierto que perdimos mas soldados que en el ata-

que del puente, en cambio mataron nuestras tropas mucho mayor número de paisanos, de los cuales fueron pasados gran parte á cuchillo en las casas mismas del pueblo. Alcolea tardó muy poco en hallarse en nuestro poder. Durante este combate tan rápido y tan enérgico, el general Fresia había logrado contener en la otra orilla del Guadalquivir á la columna española encargada de entretener nuestro ejército. Una vigorosa carga de nuestros dragones la obligó á replegarse prontamente, y á repasar en desorden á la orilla opuesta.

Nuestra pérdida en esta brillante acción fué de unos ciento cuarenta hombres, pudiendo calcularse la del enemigo en triple número de muertos dentro del recinto de Alcolea.

Después de tomado el puente, necesitábanse algunos instantes para cegar el foso del reducto á fin de facilitar el paso de la artillería y caballería del ejército: por lo que poniendo al punto manos á la obra, consiguióse el indicado objeto, y se confió la custodia del puente á los marinos de la guardia. El grueso de los españoles se replegó sobre el camino de Córdoba, situándose en la cima de una esplanada que termina por un lado en el Guadalquivir, y linda por el otro con Sierra Morena. El ejército francés se formó al pie de esta esplanada en columna cerrada por batallón, y con la artillería y caballería colocada de trecho en trecho de la columna. Después de dejarle tomar algun descanso, el general Dupont dió orden de seguir adelante, y á la sola vista de nuestras tropas marchando hácia el enemigo en orden de parada, los españoles huieron desordenadamente, dejándonos espedita la

carretera de Córdoba. El general Dupont les hizo en la fuga algunos prisioneros, y se apoderó de parte de su artillería.

El ejército francés prosiguió sin interrupcion su marcha, á pesar del calor intenso del medio dia, y á las dos de la tarde se ofreció á su vista la ciudad de Córdoba con sus infinitas torres, y su preciosa mezquita, hoy catedral, que domina la poblacion. Para no dar á los insurgentes tiempo de recobrar y de ocupar á Córdoba de una manera que hiciese mas difícil la toma de esta ciudad por un ejército que no llevaba consigo tren de batir, el general Dupont quiso apoderarse de ella sin demora, y á fin de libertarla de las consecuencias de un asalto, intimó al corregidor que la rindiese. Hallándose oculto este magistrado, tanto por miedo á los franceses como á los españoles, ninguna respuesta obtuvo la intimacion mencionada, y los insurgentes por su parte, rehusando escuchar las exortaciones de un sacerdote que se les envió con igual objeto, recibieron á tiros á los oficiales franceses que se acercaron á las puertas de la ciudad en calidad de parlamentarios. No habia, pues, otro remedio que usar de la fuerza para entrar en Córdoba. Aproximóse por tanto la artillería, y derribando las puertas, penetraron nuestras tropas en la ciudad formadas en columna. El ejército francés tuvo que forzar en las calles una porcion de trincheras, y tomar una por una las casas donde se habian hecho fuertes los contrabandistas y los bandidos de Sierra Morena. El combate fué encarnizado y sangriento. Nuestros soldados enfurecidos con esta resistencia, penetraron en las casas, dieron muerte á los bandidos que encontraron en ellas, y

arrojaron gran número de ellos por los balcones y ventanas. Mientras que unos se hallaban empeñados en esta lucha, habían perseguido otros el grueso de los insurgentes, que saliendo por el puente de Córdoba, huían precipitadamente por el camino de Sevilla. En el combate, empero, tardó muy poco en convertirse en la perpetración de los mas horribles escesos, y aquella infortunada ciudad, una de las mas antiguas y de las mas interesantes de España, fué entregada al pillage. Los soldados franceses despues de conquistar á precio de su sangre cierto número de casas, y de dar muerte á los insurgentes que las defendian, no tuvieron el menor escrúpulo en establecerse en ellas, y en usar de todos los derechos de la guerra. Encontrando á los insurgentes que dego laban cargados de efectos adquiridos por medio del pillage, quisieron á su vez saquear tambien, cebándose mas principalmente en artículos de consumo, que en objetos de valor para llenar sus mochilas. Al efecto, bajaron á las bodegas abundantemente provistas de los mejores vinos de España, destaparon las cubas á culatazos, é hicieron tal destrozo, que algunos de ellos se ahogaron en el vino vertido de los toneles. Otros se embriagaron en tales términos, que mancillaron el brillo del ejército francés, arrojándose sobre las mugeres y haciéndolas sufrir todo género de ultrages. La oficialidad, fiel á su dignidad propia, hizo esfuerzos inauditos para poner fin á aquellas escenas horribles, y hasta se vió en la precision de tirar de la espada contra sus mismos soldados. Las tropas que habían ido en persecucion de los fugitivos al otro lado del puente de Córdoba, regresaron á la ciudad ávidas del pillage, y como desde el dia anterior no

se les había distribuido racion alguna, comieron y bebieron tan desordenadamente como las otras, aumentando tambien los escesos y la desolacion. Los paisanos por su parte, acompañaron en el saqueo á los soldados franceses; de modo, que la desgraciada ciudad de Córdoba fué presa en aquel terrible dia, de los bandidos españoles y de nuestros soldados desenfrenados y hambrientos. Lo que allí ocurrió fué verdaderamente un espectáculo doloroso, el cual produjo las mas tristes consecuencias por el eco que hizo despues en España y en toda Europa. El general Dupont mandó tocar generala para acarrear los soldados á las filas; pero sea que estos no se hallasen en estado de oírlo, sea que no quisiesen obedecer, lo cierto es que aquella determinacion fué infructuosa; y que de todo el ejército del general Dupont, solamente la artillería y la caballería que se habían quedado fuera de la ciudad permanecian en órden. Si una columna de tropas enemigas hubiera retrocedido en aquel instante á la ciudad, hubiera cogido á toda nuestra infantería dispersa, sumida en la embriaguez y entregada al sueño ó á los escesos mas desenfrenados. Aquella vergonzosa embriaguez fué la que puso término al desórden, puesto que nuestros soldados, faltos de fuerzas para sostenerse, se habían arrojado por tierra entre los muertos, los heridos, y cabe á los mismos españoles á quienes habían hecho prisioneros ó degollado.

A la mañana siguiente, aquellos mismos hombres, dóciles y humanos como de costumbre, acudieron á las filas á los primeros golpes del tambor. Restablecióse el órden inmediatamente, y los habitantes infortunados de Córdoba se vieron libres de

la desolacion que sufrieron por espacio de algunas horas. A escepcion de la casa arzobispal, que habia sido asaltada por hallarse en ella el estado mayor de los revoltosos, todos los lugares sagrados, incluso los conventos, á pesar de estar reputados como los principales focos de la insurreccion, se libraron de la devastacion y del saqueo (1). Acuarteláronse en seguida los soldados en los edificios públicos, distribuyéronseles raciones regulares á fin de que no tuviesen pretesto alguno para la indisciplina, y cada cosa en fin, volvió á su antiguo estado. Las mochilas de la tropa fueron registradas minuciosamente, y el dinero que se encontró en ellas se depositó en las cajas respectivas de los regimientos. Habíanse cogido ademas algunos depósitos de metálico procedentes unos de los donativos voluntarios hechos por los particulares y por el clero á la insurreccion, y pertenecientes otros al tesoro público. El total del dinero recogido en estos depósitos, ingresó en la caja general del ejército, para pagar los sueldos atrasados (2). Volviendo á tranquilizarse poco á poco los habitantes de Córdoba, fueron regresando á la ciudad, y hasta formaron empeño por conservar en ella al ejército

(1) Tampoco en esto es exacto Mr. Thiers, puesto que algun tiempo despues de los criminales escosos de Córdoba, halláronse multitud de vasos sagrados en las mochilas de los prisioneros de la division del general Dupont, conducidos á Cádiz á consecuencia de la batalla de Baylen.

(Nota del Trad.)

(2) Si en la distribucion que se hizo de estos fondos, hubo algo de malo, consistió únicamente en una gratificacion concedida á los generales y oficiales superiores,

francés, con el fin de no verse espuestos á nuevos y sangrientos combates en las calles y en las plazas. Para dar una prueba de lo que habia que esperar de los suizos, parécenos suficiente el consignar aqui que unos doscientos ó trescientos que militaban á las órdenes de Echavarri, se pasaron á nuestras filas despues de la posesion de Córdoba; al paso que un número igual sobre poco mas ó menos de soldados, pertenecientes á los regimientos de Preux y Reding, que se hallaban con nosotros, abandonaron al ejército francés para pasarse al enemigo. Era evidente, pues, que aquellos soldados estrangeros, fluctuando entre el gusto de servir á la Francia, y su antiguo apego á la nacion española, andarian saltando de uno en otro partido para fijarse definitivamente en aquel por el cual se declarase la victoria.

El escarmiento terrible que sufrió la ciudad de Córdoba, amedrentó y exasperó á la vez el ánimo de los españoles. Sobreponiéndose no obstante, en ellos el ódio al terror, formaron de alli á poco el proyecto de reunir toda la Andalucía en masa para abrumar al general Dupont y vengar en su gente el saqueo de Córdoba, que como es de presumir, recargaban con los mas negros colores. Hasta en las mas miserables aldeas no se oia hablar de otra cosa que de la degollacion de las mugeres, niños y ancianos; de la violacion de las doncellas y de

de la cual tenian una necesidad indispensable. Esta gratificacion fué de tres y de cuatro mil francos por individuo, segun su clase, y de ella se hizo mencion en las cuentas del ejército. Asi resulta de un exámen escrupuloso y detallado de las mismas.

la profanacion de los santos lugares: aserciones, á decir verdad, horriblemente engañosas, mediante á que si bien es innegable que por un momento fué grande y terrible la confusion, el saqueo no fué tan considerable como se decia, y ninguna la matanza, escepuando en los insurgentes cogidos con las armas en la mano. Esto no obstante, resonó en toda la Andalucía un grito general contra los franceses, asaz detestados ya antes de aquella época, para que hubiese necesidad de aumentar con mentidas narraciones el odio que inspiraban. Hizose, pues, juramento de degollar hasta el último, y en lo posible fué religiosamente cumplida esta palabra.

Inmediatamente que nuestras tropas atravesaron las montañas de Sierra Morena en las cuales no fué posible dejar destacamento alguno á causa de su reducido número, un tropel de insurgentes de los que fueron arrojados de Córdoba, se apresuraron á ocupar los desfiladeros, invadiendo las poblaciones inmediatas á la carretera, y degollando sin piedad á cuantos franceses viandantes, enfermos ó heridos encontraban. El general René fué asesinado de esta manera, y su muerte fué acompañada de las circunstancias mas atroces. Aprovechando los revoltosos de Jaen nuestra partida de Andújar, invadieron la ciudad, y degollaron todo un hospital de enfermos. La esposa del general Chabert hubiera sido tambien irremisiblemente asesinada á no haberse interpuesto un sacerdote. En el pueblo de Montoro, situado entre Cordoba y Andújar, se perpetró tambien una atrocidad digna de canibales. Habia quedado en él un destacamento de doscientos hombres para guardar una

panaderia, destinada á la fabricacion de pan para el ejército francés, mientras que éste verificaba su entrada en Córdoba. La vispera del dia mismo en que tuvo lugar esta, es decir, antes de los presuntos escesos que habia cometido, los habitantes de las cercanias, procedentes unos de Sierra Morena, y de los lugares comarcanos otros, se lanzaron de improviso y en número muy considerable, sobre el destacamento francés, y degollaron todos los soldados con un refinamiento de crueldad inaudita. Acto continuo crucificaron á unos en los árboles, colgaron á otros y encendieron hogueras bajo sus pies, y enterraron medio vivos á algunos. Aquellas víctimas de la guerra experimentaron toda clase de sufrimientos aplicados por la mas brutal y la mas infame barbarie. Cinco ó seis soldados que lograron escapar milagrosamente de la matanza, trajeron esta infausta uoticia al ejército francés, el cual bramó de corage al tener de ella conocimiento, y se mostró de alli en lo sucesivo muy poco dispuesto á la clemencia. La guerra iba tomando, pues, un carácter de ferocidad, sin cambiar por ello el corazon de nuestros soldados, los cuales, pasado el calor de la pelea, volvian á mostrarse tan humanos y compasivos como acostumbra serlo, y como lo han demostrado en toda Europa, recorriéndola como vencedores, pero jamás como bárbaros.

Establecido en Córdoba el general Dupont, procuró aprovechar los recursos que aquella gran ciudad le ofrecia para rehacer su ejército y reparar el material de guerra; habiendo quedado, empero, reducidas sus tropas á unos doce mil hombres, dos mil de ellos suizos, cuya fidelidad era poco

segura, no le era dado continuar su marcha por Andalucía hasta tanto que se le incorporasen las divisiones Vedel y Frere, una de las cuales habia quedado en Toledo, y la otra en el Escorial. El general Dupont habia reclamado el envio de ellas con instancia, y contando con este refuerzo, que habria hecho ascender el número de sus tropas á unos veinte y dos mil hombres, se prometia atravesar la Andalucía como en triunfo, extinguir el incendio de la insurreccion que ardia en Sevilla, atraer á la devocion del rey José al general Castaños y á las tropas disciplinadas, pacificar el Mediodía de la España, salvar la escuadra del almirante Rosily, y desbaratar de esta manera todos los proyectos que abrigaban los ingleses sobre Cádiz. En esta atencion aguardaba con la mayor impaciencia los pedidos refuerzos, sin concebir la menor duda acerca de su próxima llegada, esperando en las comunicaciones que al efecto habia enviado á Madrid. Faltaba saber, empero, si estas habian llegado á su destino, hallándose como se hallaba custodiada Sierra Morena por sus antiguos ladrones, los cuales degollaban todos los correos, sin dejar pasar ni uno solo.

Pero mientras que el general Dupont aguardaba en Córdoba, donde habia entrado el 7 de junio, los antedichos refuerzos, la sublevacion de Andalucía iba tomando de dia en dia mayor consistencia. Las tropas españolas de linea, reunidas en número de doce á quince mil hombres, caminaban á concentrarse en Sevilla. Los nuevos sublevados, aunque eran menos numerosos de lo que se habia presumido, iban organizándose, sin embargo, y comenzaban á disciplinarse. Parte de ellos ingresa-

ban en el ejército para engrosar sus filas, y parte eran destinados á formar batallones de voluntarios, á los cuales se distribuyeron armas, y se trató de darles alguna instruccion. El trascurso de tiempo, por lo tanto, redundaba tan en provecho de la insurreccion, que lo empleaba en hacer preparativos, como en desventaja del ejército francés, cuya situacion empeoraba de dia en dia, mediante á que además de no llegar el esperado refuerzo, el calor, que crecia sin cesar, aumentaba de un modo considerable el número de los enfermos, y afectaba notablemente la moralidad de los soldados. Al propio tiempo nuestra escuadra de Cádiz corria tambien grandes peligros.

La agitacion que despues del asesinato del marqués del Socorro reinaba en aquella ciudad sometida esclusivamente al dominio del mas infimo populacho, acrecia por momentos. El nuevo capitán general Tomás Morla, procuraba mantenerse en el puesto, adulando á la multitud, y permitiéndole perpetrar cada dia el número de excesos bastantes para satisfacerla. Acto continuo de haber asesinado aquella al general Solano, empezó á clamar por la destruccion de nuestra flota y por la matanza de los marineros franceses: cosa muy natural, atendidos los instintos del populacho de Cádiz, pero de difícil ejecucion contra una fragata y cinco navios franceses, tripulados por tres ó cuatro mil marinos á quienes perdonó la muerte en el combate de Trafalgar, y los cuales teniendo como tenian á su disposicion de cuatrocientas á quinientas piezas de artilleria, hubieran incendiado las escuadras españolas y todos los arsenales de Cádiz, antes de dejarse abordar por uno solo de los insurgentes.

Añádase á esto que hallándose nuestros buques á la entrada del muelle de Cádiz, cerca de la ciudad, y mezclados con la division española que se hallaba en estado de reparacion, podian destruir á esta á muy poca costa, y acerbillar con sus fuegos la ciudad. Verdad es que en tal caso hubieran los insurrectos apelado á la intervencion de los ingleses, y nuestros marinos no habieran podido menos de sucumbir á los fuegos cruzados de los fuertes españoles y de los navios de la Inglaterra; pero tambien lo es que habrian muerto vengándose cruelmente de aliados ciegos y de enemigos bárbaros.

Apreciando debidamente Tomás de Morla, y mucho mejor que el pueblo de Cádiz esta posicion, se guardó muy bien de esponerse á semejantes estrechos, y con su acostumbrada astucia procuró entrar en negociaciones. Al efecto propuso al almirante Rosily que se separase un poco hacia el interior de la rada, y que dejase á la division española colocarse á la entrada del muelle, de modo que separadas una de otra ambas escuadras, y evitando todo roce entre ellas, quedase á cargo de los españoles solos el cerrar la entrada de Cádiz á los ingleses: alegóse como pretexto para hacer estas proposiciones, el que aun quando se habia estipulado una tregua con la Inglaterra, no por eso estaba menos interesada la España en impedirle la posesion de sus grandes establecimientos maritimos. Persistiase en efecto en rehusar el socorro de cinco mil ingleses, cuyo desembarco habia ofrecido aquella nacion, y el almirante Rosily, que esperaba por momentos la llegada del general Dupont, de cuya marcha tenia noticia, aceptó las condiciones que se le presentaron en la confianza en la se-

guridad, por mejor decir, de hacerse dueño dentro de breves dias del puerto de Cádiz. En su consecuencia, y cesando en el empeño de que permaneciesen mezclados sus buques con los buques españoles, fué á situarse en lo interior de la rada, permitiendo á la division española que continuase á la entrada de ella.

He aqui, pues, lo que habia ocurrido en Cádiz durante los primeros dias de junio, que el general Dupont empleó en apoderarse de Córdoba. No tardó mucho, empero, el almirante Rosily en convenirse de que los manejos del capitan general Tomás de Morla no eran mas que una añagaza para ganar tiempo y para proporcionarse recursos con que poder acerbillar á la escuadra francesa en el interior de la rada, sin que resultase de ello grandes perjuicios á Cádiz ni á su arsenal.

Para que nuestros lectores puedan formarse una idea exacta de esta situacion, es preciso que tengan en cuenta que la rada de Cádiz, semejante en esto á la de Venecia y á todas las de Holanda, se compone de vastas lagunas formadas por los aluviones del Guadalquivir. En medio de estas lagunas se han abierto grandes estanques de agua para las embarcaciones, se han hecho canales, construido grandes almacenes, y aprovechado un grupo de rocas algo distantes de la mar, y unidas á tierra por medio de una especie de muelle para formar una inmensa rada y para cerrarla. Sobre estas rocas es donde se halla situada la ciudad de Cádiz, y dominando desde ellas la bahía que lleva su nombre, y pudiendo al mismo tiempo cruzar sus fuegos con los de Matagorda, que se halla situada á su frente, hace de todo punto imposible la entrada á las flo-

tas enemigas. La rada se abre por la parte del Oeste, y forma por el lado del Este una hondonada, la cual se comunica por medio de canales con los grandes establecimientos conocidos bajo el nombre de la Carraca. La distancia de esta entrada, cuya llave es Cádiz, á la Carraca, es de unas tres leguas. A las inmediaciones de ella hay una porcion de fuertes bien artillados con el objeto de hacer retroceder al enemigo. Pero en lo interior y en medio de las lagunas, de las cuales se sirven para llenar los estanques, la imposibilidad absoluta de penetrar en ellas hace de todo punto inútil la profusion de fuertes y de baterías.

Al ver traer á fuerza de brazos morteros y obuses á todas las baterías que podian hacer fuego sobre la rada, y al reparar en el equipo de las lanchas cañoneras y de bombardas, el almirante Rosily no abrigó ya la mas mínima duda acerca del objeto de aquellos preparativos, y concibió por ende el proyecto de aprovechar las altas mareas del plenilunio para lanzarse con sus buques armados en toda regla á los canales que conducen á la Carraca, punto que le proporcionaba la ventaja de ponerse al abrigo de los fuegos mas temibles, al paso que tambien la de poder defenderse largo tiempo, y la de hacer un gran destrozo antes de sucumbir. Mas para emprender tal operacion éranle indispensables vientos de Oeste, y en aquellos días soplaron de la parte contraria. Fuele preciso, pues, suspender la ejecucion de su proyecto, el cual tardó muy poco á ser imposible merced á la prevision de los oficiales españoles, que comprendiendo la intencion del almirante Rosily, se colaron por los canales conduciendo á la Carraca bu-

ques viejos, y anclaron una línea de chalupas cañoneras y bombardas provistas de artillería de grueso calibre, haciendo otro tanto por la parte de Cádiz, donde establecieron igualmente otra línea de chalupas y bombardas y se valieron tambien de los buques viejos. De este modo quedaba la escuadra francesa encerrada en el centro de la rada, fija en una posicion de la cual no podia salir, espuesta así á los fuegos de tierra como á los de las chalupas, y privada de los medios de trasportarse al punto desde donde hubiera podido causar mas daño.

El 9 de junio estaban ya terminados todos estos preparativos, y el general Morla, sin tomarse la pena de mandar parlamentario alguno al almirante Rosily, mandó empezar el fuego contra su escuadra. Veinte y una chalupas cañoneras y dos bombardas por la parte de la Carraca, y veinte y cinco de las primeras y doce de las segundas por el lado de Cádiz, dirigieron sus disparos contra nuestros buques. *El principe de Asturias*, buque que estaba destinado á pertenecer á la marina de la Francia, se aproximó á la línea de las cañoneras de la parte de Cádiz para servirles de apoyo. Las baterías de tierra cubiertas con grandes terraplenes que las ponian al abrigo de nuestros proyectiles, nutrian los demas fuegos con el de sesenta piezas de grueso calibre y el de cuarenta y nueve morteros. Nuestros cinco navíos y la fragata que completaba la division, manifestaron ante aquel granizo de balas y de bombas un vigor y una sangre fria digna de los héroes de Trafalgar. Desgraciadamente no les permitió el estado de la marea aproximarse á las baterías de tierra, las cua-

les hubieran sin duda alguna logrado destruir, y así es que recibían los disparos sin poder devolverlos de una manera eficaz, merced al espesor de los escudos. Vengábanse, en cambio, de las bombardas y de las chalupas cañoneras, de las cuales fueron á pique un considerable número. El fuego comenzó el día 9 á las tres de la tarde, duró hasta las diez de la noche del mismo día. El 10 volvió á empezar á las ocho de la mañana, y prosiguió sin interrupción hasta las tres de la tarde con las mismas circunstancias que la víspera. Al fin de este triste combate habian sido disparadas sobre nosotros dos mil doscientas bombas, de las cuales solamente ocho cayeron á bordo sin causar afortunadamente un daño de consideración. Nuestra pérdida consistía únicamente en unos trece muertos y diez y seis heridos de gravedad, al paso que quince cañoneras y seis bombardas habian sido destruidas, y puestos fuera de combate cincuenta españoles. Estas pérdidas, que hubieran sido insignificantes, si se hubiese tratado de obtener un gran resultado, eran grandes, estremadamente excesivas para un combate sin resultado alguno posible, y que solamente podía conducir á una mancha inútil. Tomás de Morla, que creía haber hecho bastante con esto para contentar al populacho de Cadiz, y que temía por otra parte el que la flota francesa tomase alguna resolución desesperada, envió un parlamentario al almirante Rosily intimándole que se rindiese, atendida la imposibilidad de defensa en que se hallaban los franceses en medio de una rada cerrada, y en la cual pudiera decirse que estaban como prisioneros. Insinuóle además, que en el caso de que accediese á aque-

lla intimación, estaban tomadas todas las disposiciones convenientes para poder ofrecerle un amistoso arreglo. El almirante Rosily contestó, que la rendición era inadmisibile, porque se sublevarian las tripulaciones de su escuadra y se negarian á obedecer: pero que en cambio ofrecia al general Morla la eleccion de cualquiera de las dos siguientes proposiciones: ó la de salir de la rada, préveia una promesa formal de los ingleses de que no le perseguirian en el trascurso de cuatro días, ó bien la de permanecer inmóvil en la rada, hasta tanto que los acontecimientos generales de la guerra decidiesen de su suerte y de la de Cadiz, á cuyo fin, y para que no pudiese concebirse temor alguno, se mostraba dispuesto á mandar á tierra todas sus municiones. El general Morla replicó, que, no pudiendo aceptar por sí y ante sí ninguna de las condiciones mencionadas, se veía obligado á someterlas á la deliberación de la junta de Sevilla, cuya absoluta autoridad obedecía todo el mundo en el Mediodia de la España. Aun cuando la proposición de este nuevo plazo no fuese mas que otra astucia del capitán general de Cadiz para procurar nuevos medios de destrucción, estaba muy bien el aceptarla al almirante Rosily, mediante á que cada momento se anunciaba como próxima la llegada del general Dupont, cuya entrada en Córdoba el 7 de junio se sabia ya. El almirante Rosily, por lo tanto, accedió gustoso á la proposición mencionada, esperando cada día, como se espera el anuncio de vida ó muerte, el estampido del cañon en el horizonte, señal de la aproximación del ejército francés.

Habiendo entrado en Córdoba el general Du-

point el 7 de junio, podía muy bien en efecto hallarse á la entrada de Cádiz para el 13 ó el 14. Durante este tiempo, sin embargo, iban cubriéndose las tierras comarcanas de reductos, de cañones, y de otros formidables medios de destruccion. Comprendiendo perfectamente el almirante, que si no era libertado por el general Dupont, tendria que sucumbir ante aquel diluvio de fuegos, y perder inútilmente tres ó cuatro mil marinos de lo mejor de la Francia, concibió un desesperado proyecto, el cual si bien no era el mas á propósito para salvarle, le ofrecia al menos una probabilidad de buen éxito, y la satisfaccion en todo caso de la venganza, destruyendo muchos mas hombres que los que podía perder su flota. Aun cuando todos los puntos para salir de la rada por la parte de Cádiz estaban obstruidos, el almirante, sin embargo, había logrado descubrir un paso practicable, y formó la resolucioa de lanzarse como un furioso, el dia en que volviese á empezar el fuego, sobre la division española que estaba peor armada y era poco mas numerosa que la suya, de incendiarla antes del arribo de los ingleses, de arrojarse en seguida sobre estos en el caso de que se presentasen, de destruir y de dejarse destruir, y la de fiar á la suerte, por último, el cuidado de salvar toda ó parte de su division. Mas para poner en practica tan desesperado recurso, era preciso que una feliz casualidad le deparase un viento favorable. Por lo que haciendo todos los preparativos de marcha, decidióse á esperar tranquilamente ó la presencia del general Dupont, ó una respuesta aceptable de la junta de Sevilla, ó un viento próspero.

Ninguna de estas tres circunstancias, empero,

se habían realizado aun el 14 de junio. El general Dupont no se había presentado; la junta de Sevilla exigia la rendicion sin condiciones, y el viento, que soplabá á la sazón de la parte del Este, impelia la flota hácia el interior de la rada, en vez de empujarla hácia la salida. Aquel mismo viento era precisamente el que se descaba en los dias anteriores, cuando aun no estaba obstruido el paso de los canales, para lanzarse sobre la Carraca. Los medios que el enemigo tenia á su disposicioa eran triples que los nuestros. No quedaba pues, otro recurso, que el de resignarse á sufrir una lenta é infatigable destruccion bajo un fuego de baterias, al que no se podía contestar de un modo que proporcionase el consuelo de la venganza. La rendicion, por tanto, ofrecia al menos la posibilidad de ser rescatados á los pocos dias por un ejército francés victorioso. Preciso fué, pues, arriar el pabellon sin otra condicioa que la de salvar las vidas. Los bizarros marinos de Trafalgar, víctimas constantes de la desgracia, merced á las combinaciones de una política que tenia menos de marítima que de continental, fueron sacrificados una vez mas en las aguas de Cádiz, y hechos prisioneros por una nacion aliada, que, despues de no habertos secundado en aquel memorable combate, se vengaba en ellos de acontecimientos generales en los que no habían tenido intervencion alguna. Los buques franceses fueron desarmados al punto, y sus oficiales conducidos á los fuertes en calidad de prisioneros con frenéticos aplausos de un populacho feroz. Tal fué la manera con que terminó en Cádiz la alianza marítima de dos naciones, con no poco regocijo de los ingleses, quienes como es de

presumir, tardaron muy poco á saltar en tierra, y empezaban á portarse en el puerto de aquella ciudad como si fuesen dueños de él. Tal fué tambien el modo con que iban desvaneciéndose una en pos de otra las ilusiones que nos habíamos formado sobre la Península, dejándonos entrever, á medida que se disipaban un inmenso peligro.

El almirante Rosily acababa de sucumbir por no haber llegado á tiempo el general Dupont para tenderle una mano: mas ¿qué hubiera sido tambien de este general si se hubiera atrevido á lanzarse con diez mil bi-ñones en medio de la Andalucía sublevada? Habíase contado con que todo cedería ante su presencia, con que cinco ó seis mil suizos reforzarían durante la marcha su cuerpo de ejército, con que una division francesa atravesaría pacíficamente el Portugal é iria á incorporársele entrando en España por Elvas, y con que de este modo por último podría dirigirse sobre Sevilla y Cádiz con una fuerza de veinte mil hombres. Arrollados, empero, la mayor parte de los suizos por la insurreccion, declaráronse adictos á ella. El reino de Portugal cuyos habitantes empezaron á no mostrarse impasibles ante la conmocion de la España, opuso tantas dificultades al paso de nuestras tropas, que á duras penas pudo avanzar el general Kellermann hasta Elvas con su caballería. Cuantas facilidades se habían soñado, fundándose en la antigua sumision de la España, se convirtieron en obstáculos poderosos. Cada pueblo, en fin, vino á ser un degolladero para nuestros soldados, escasearon los víveres, y sólo se encontraba en todas partes un clima devorador.

Al detenerse el general Dupont en Andalucía,

estaba muy lejos de sospechar que las cosas hubiesen llegado á tal estado. Cierto, que nunca contó muy confiadamente ni con el refuerzo de suizos que debía llegarle de Granada, ni con la division francesa que debía ir á reunirse con él atravesando el Portugal. Contaba solo con sus propias tropas; con la reunion de sus dos divisiones que componian un total de veinte mil franceses, número que consideraba mas que suficiente para llenar el objeto de su mision en Andalucía. Faltaba, empero saber si sus correos habían podido llegar á Madrid, donde habían quedado sus dos divisiones por lo que pudiera ocurrir en el centro de la España, y en esta incertidumbre permaneció diez dias en Córdoba aguardando unas instrucciones y un refuerzo que nunca llegaban. Al cabo de este tiempo, la noticia del desastre de la flota, la de la defeccion de los suizos y de las tropas del campo de San Roque, y la respuesta en fin del general Castaños al emisario que se le expidiera, la cual probaba que se había decidido de una manera irrevocable por la causa de los insurgentes, vinieron á revelar al general Dupont todo cuanto tenia su situacion de peligrosa. Por una parte veía ya dirigirse contra él asi por el lado de Sevilla como por su derecha, al ejército de Andalucía, al paso que por otra veía venir al de Granada sobre su izquierda y por el lado de Jaen. De estos dos ejércitos, el que mas peligros ofrecia por el pronto era el segundo, mediante á que desde la última ciudad no había mas que dar un paso para llegar á Bailen, llave de los desfiladeros de Sierra Morena, de donde estando en Córdoba, se hallaba el general á la distancia de unas veinte y cuatro leguas francesas. Semejante

situacion era por un lado insostenible; y el dejarla ofrecia por otro lado el inconveniente de tener que abandonar al enemigo el paso de Sierra Morena, quedándose sin medio alguno de salvacion. Harto le daban que hacer sin esto las indisciplinadas bandas de Agustín Echavarri que la infestaban, interceptando en ella todos los correos y convoyes. Vióse, pues, en la precision de abandonar mal de su sagrado á Córdoba, y de retroceder hácia Andújar, desde cuyo punto dominaba el Guadalquivir, se hallaba tan solo á siete leguas de distancia de Bailen, y mucho mas cerca de los desfiladeros de Sierra Morena. Y he aqui, como en vez de un *paseo en triunfo* por Andalucía, tuvo que emprender el general Dupont un movimiento retrógrado.

Como nada habia que motivase la celeridad, nuestras tropas emprendieron aquella retirada con orden y lentitud, partiendo de Córdoba en la tarde del 17 de junio á fin de caminar de noche, segun es costumbre en aquel ardiente clima en la estacion del calor. A consecuencia de las crueldades perpetradas por los españoles, de las cuales habia tenido noticia nuestro ejército, ninguno de los soldados enfermos ó heridos que no podian soportar las fatigas de la marcha, queria quedarse atras: fué preciso, por ende, que la division llevase en pos de sí una gran hilera de carros, que tardaron mas de cinco horas en desfilir, y los cuales figuraron luego en las gacetas de los españoles y de los ingleses como un convoy destinado á conducir los despojos de Córdoba, de cuya ciudad se sacaron unos 600,000 francos próximamente y algunos vasos sagrados, que fueron restituidos despues casi todos. Por otra parte bastaria para desmentir las aserciones de

aquellas gacetas, la consideracion de que con cuatro carros cargados de objetos preciosos, hay suficiente y aun de sobra para conducir el mayor botin imaginable. La causa, por consiguiente, de aquella interminable hilera de bagages no podia ser otra que la necesidad de trasportar de un punto á otro los heridos, los enfermos y las numerosas familias que habian seguido á nuestro ejército en la expedicion de España, confiando en que aquel seria mas bien destinado á la ocupacion un poco detenida, si se quiere, del pais, que á una guerra activa. Todavia quedaron, no obstante, en Córdoba algunos enfermos y heridos, confiados á la custodia de las autoridades españolas, las cuales cumplieron religiosamente la palabra empeñada al general Dupont de cuidar esmeradamente de ellos. Porque hay que advertir, que si bien eran temibles en los lugares y aldeas de España las odiosas crueldades de que hemos hecho referencia, este temor no podia ser tan fundado en las grandes poblaciones, donde dominaba por lo regular un pueblo humano y prudente, estraño á todas las atrocidades cometidas por la infima plebe.

Ninguna hostilidad tuvieron que rechazar nuestras tropas en el camino. Al llegar, empero, á la villa de Montoro, nuestro ejército no pudo menos de horrorizarse á la vista de los cadáveres de franceses sorprendidos aisladamente por el enemigo, de los cuales habia unos colgados en los árboles, medio enterrados otros, y descuartizados un gran número. Jamás habian perpetrado nuestras tropas ni sufrido en ningun pais atrocidad semejante, y eso que habian hecho la guerra por todas partes; en Egipto, en la Calabria, en la Iliria, en Polonia, en

Rusia! La impresion que les causó aquel espectáculo fué en extremo profunda, mostrándose menos exasperadas que entristecidas por la suerte que aguardaba a todos los que tuvieran que quedar rezagados por enfermos, heridos, ó a causa de la fatiga, la sed y el hambre.

Nuestro ejército llegó á Andújar en la mañana del 18. Los habitantes de la ciudad, temiendo que nuestras tropas quisiesen vengar en ellos los asesinatos y crueldades cometidos así en Andújar como en los pueblos comarcanos, habian huido dejando completamente desierta la poblacion. Registráronse las casas a fin de buscar víveres en ellas, y se encontraron suficientes para racionar el ejército por unos cuantos dias. El general Dupont alojó dentro del mismo Andújar los marinos de la guardia imperial, tropa la mas disciplinada y cuerda de toda su division. En seguida mandó emisarios a los habitantes de la ciudad para que regresasen á sus casas, promatiéndoles que no se haria daño alguno, y esta disposicion produjo el apetecido resultado. La ciudad de Andújar ofrecia para los heridos y los enfermos algunos recursos, de los cuales se usó con órden y método a fin de no agotarlos inútilmente. Procuróse ademas adquirir medios de subsistencia, ora con dinero, el cual no escaseaba, ora mandando á merodear partidas bien organizadas. Andújar tenia un antiquísimo puente sobre el Guadalquivir, con varias torres moriscas aspilleras, en las cuales se colocaron nuestras tropas mas escogidas. Erigiéronse ademas á derecha é izquierda algunas fortificaciones, y situando la primera brigada sobre el rio y en la vanguardia del puente, la segunda á los dos costados de la ciudad, los suizos á la

parte opuesta de ella, y la caballeria en la llanura, á fin de que pudiese observarse el pais hasta el pie de las montañas de Sierra Morena, se logró una posicion, en la cual no era difícil sostenerse largo tiempo y esperar con alguna seguridad los refuerzos pedidos á Madrid, en cuidando de abastecerse con actividad.

La posicion de Andújar, sin embargo, no dejaba de tener sus inconvenientes respecto á la custodia de los desfiladeros, y esta fué la primera falta de que tuvo despues que arrepentirse el general Dupont. El verdadero motivo, en efecto, que le habia impelido á abandonar á Córdoba y los muchos recursos que ofrecia aquella gran ciudad, no habia sido otro que el temor de que los insurgentes de Granada, que habian avanzado ya hasta Jaen, se dirigiesen por la izquierda del ejército a pasar el Guadalquivir por Menjibar, llegasen á Bailen, y cerrasen los desfiladeros de Sierra Morena. Distanto, como dista, Córdoba veinte y cuatro leguas de aquella ciudad, este peligro era realmente inmenso. Mas aun cuando Andújar dista siete leguas tan solo de Bailen, siempre era esta una distancia asaz considerable, y merced á ella podiamos correr el riesgo de que el enemigo se encajase de improviso en los desfiladeros. De mas á mas habia por el otro lado de Bailen algunas salidas, por las cuales podia penetrarse asimismo en Sierra Morena, á saber: los caminos de Baeza y de Ubeda, que van á dar sobre la Carolina, punto donde puede decirse que empiezan verdaderamente los desfiladeros. Era preciso, pues, vigilar á Bailen desde Andújar, y no solo á Bailen, sino á Ubeda y Baeza, lo cual exigia doble vigilancia. El partido mas conveniente, por tan-

to, que debió tomarse al abandonar á Córdoba, era proseguir firmemente en el cuerdo pensamiento que habia presidido á esta determinacion, dirigiéndose sobre Bailen misma, donde sola la presencia de nuestras tropas hubiera bastado para guardar la llave de los desfiladeros, y desde cuya ciudad hubiera podido vigilarse tambien por medio de algunos destacamentos de caballeria el camino secundario de Baeza y de Ubeda. Y no eran estas solas las ventajas que ofrecia la posesion de Bailen: tenia ademas la de su posicion topográfica, mediante á hallarse situada sobre dos colinas, la de tener aires mas puros, la de dominar el curso del Guadalquivir, y de poder, por último, caer rapidamente sobre el enemigo, cuando éste se dispusiese á atravesarlo. Cier- to, que si este rio no hubiera sido vadeable mas que por un punto, hubiera estado muy bien la determinacion de situarse en una de sus orillas á fin de estorbar el paso desde mas cerca; pero como el Guadalquivir tiene por aquella parte, y en la estacion del calor principalmente, una infinidad de vados, nada mejor podia hacerse que ir á situarse un poco mas atrás sobre una posicion dominante, desde la cual se descubriera bien el terreno y hubiese por ende posibilidad de arrojarse con rapidez sobre cualquier cuerpo de ejército que intentase atravesar el rio, y de arrollarlo en la hondonada que sirve á éste de lecho. Bailen reunia justamente todas estas ventajas. El sacrificio, pues, de dejar á Andújar, considerada como centro de recursos, era demasiado mezquino comparado con las razones que acabamos de esponer. No vacilamos en repetir, por tanto, que fué una verdadera falta el detenerse en esta ciudad en vez de llegar hasta Bailen, para im-

pedir toda clase de tentativas del enemigo sobre los desfiladeros. A pesar de todo, con una vigilancia activa no hubiera sido quizás imposible reparar esta falta y prevenir sus consecuencias. El general Dupont, como ya hemos dicho, se estableció en Andújar, resuelto á esperar en aquel punto nuevas de Madrid que nunca llegaban, por la razon sencillísima de que era raro el correo que lograba pasar por Sierra Morena.

He aqui, pues, cual era á fines de junio el resultado de los primeros esfuerzos hechos para reprimir la insurreccion española. El general Verdier habia sofocado el alzamiento de Logroño, y el general Lasalle el de Valladolid y Castilla la Vieja. El general Lefebvre habia obligado á encerrarse en Zaragoza á los aragoneses, pero se veia detenido al frente de esta ciudad. El general Duhesme en Barcelona veíase obligado á emprender un combate cada dia para mantener espeditas las comunicaciones con el general Chabran, á quien habia mandado salir para Tarragona. El mariscal Moncey, á la sazón en camino para Valencia, no habia pasado de Cuenca aun, por aguardar allí á que la division Chabran tuviese tiempo de adelantar su marcha. El general Dupont, en fin, que habia llegado triunfante á Córdoba, despues de tomar y entrar á saco en la ciudad, habia tenido que retroceder á los desfiladeros de Sierra Morena, cuya posesion no creia ya segura, y cambiado la posicion de Córdoba por la de Andújar. La flota francesa, surta en las aguas de Cadiz, acababa de sucumbir por falta de socorros.

De todos estos pormenores apenas se tenia conocimiento en Bayona y en Madrid, donde tan solo

se sabia lo concerniente á Segovia, Zaragoza, Valladolid, y lo de Barcelona á lo sumo. En cuanto á las ocurrencias del Mediodía de España, casi pudiera decirse que se estaba completamente á oscuras, mediante á que si de algo llegaban noticias á Madrid, era por conducto de emisarios secretos dirigidos á los conventos ó á las casas de los grandes. Esparcióse, en efecto, con marcadas señales de alegría entre los españoles adictos á Fernando VII la voz de que la flota francesa habia sido destruida; que las tropas organizadas de Andalucía y las del campo de San Roque, venian avanzando contra el general Dupont; que éste se habia visto obligado á levantar el campo, y que se hallaba bloqueado en Sierra Morena; que el mariscal Moncey saldria difícilmente ó no saldria de los desfiladeros de Requena; que Zaragoza permanecía firme é invencible; que la derrota de don Gregorio de la Cuesta en Cabezon no valia nada; que éste regresaba con el general Blake á la cabeza de los insurgentes de Asturias, Galicia y Leon, á fin de interceptar el camino de Madrid á los franceses; que el rey José, cuya partida de Bayona se estaba comunicando diariamente, no llegaria á verificarla, y que el formidable ejército francés, por último, se veria bien pronto obligado á evacuar la Península. El regocijo que producian en los habitantes de Madrid los rumores referentes al buen éxito que tenia la insurreccion, se traslucia con especialidad por las abundantes colectas que se hicieron en provecho de los insurgentes, y en el deseo que manifestaban de proporcionarles todos los socorros posibles.

El estado mayor de Madrid recogia por su par-

te todos estos rumores, y si bien no creia en ellos, inquietábanle sin embargo, y se apresuraba á transmitirlos á Bayona. El infortunado Murat insistió con tal fuerza en pedir permiso para regresar á Francia, que á pesar del empeño que habia de retener en Madrid este fantasma de autoridad, se le concedió al fin, y se habia aprovechado de él con la impaciencia de un niño. Con la ausencia de Murat, quedó de jefe esclusivo de la administracion francesa el general Savary, el cual tenia temblando á Madrid, tanto por su amenazador continente, como por la reputacion de ejecutor desapiadado de las órdenes de su señor, que habia adquirido. El general Savary, sagaz como él solo, apreció debidamente la situacion, y creyó oportuno enterar á Napoleon de ella, sin atenuar en lo mas mínimo su gravedad. Habiendo llegado á concebir temores acerca de los cuerpos avanzados del mariscal Moncey y del general Dupont, decidióse á desguarnecer de tropas á Madrid, y á mandar dos divisiones al Mediodia de la España. Para entonces ya habia sido espedido al general Dupont un convoy de municiones y galleta, el cual fué interceptado en Valdepeñas, villa en la que hubo que trabar un encarnizado combate para franquear el paso. El general Savary ordenó á la division Vedel, segunda de Dupont, y compuesta de unos seis mil hombres, que partiese desde Toledo á Sierra Morena á despejar los desfiladeros, é incorporarse en seguida con su general en jefe. Presumiase que habiendo partido éste con doce ó trece mil hombres, y reuniendo con la division Vedel de diez y siete á diez y ocho mil, se hallaria en estado de poder mantenerse en Andalucía. A pesar de esta presuncion,

intimósele la orden de que en todo caso procurase hacerse fuerte en los desfiladeros de Sierra Morena, á fin de estorbar que los insurgentes penetrasen en la Mancha. Dotado el general Savary de un tacto esquisito, y adivinando que el que estaba mas comprometido era el general Dupont, á causa de las tropas organizadas del campo de San Roque y Cádiz que iban marchando contra él, disponiase á enviarle á Madrideojos, ó sea á la mitad del camino de la corte á Andújar, su tercera division, al mando del general Frère, con cuyas tropas habria ascendido el total de la fuerza del general Dupont á veinte y dos ó veinte y tres mil hombres, y hubiera podido éste hacer frente á toda clase de acontecimientos. Siguiendo, empero, las observaciones de Napoleon, el general Savary mandó la division Frère, no á Madrideojos, que se halla situado en el centro de la Mancha, sino á San Clemente, que distaba sobre poco mas ó menos lo mismo del general Dupont, y desde donde podia acudir ademas en caso necesario al auxilio del mariscal Moncey, de quien tampoco se sabia nada, y el cual no tenia probabilidades de recibir socorro alguno por la parte de Tarragona, mediante á que, obligado á retroceder el general Chabran, acababa de restituirse á la capital del principado.

Tomadas estas precauciones, creyóse que nada habia que temer sobre los dos cuerpos de ejército destinados al Mediodía de la España, y que se podia aguardar tranquilamente la continuacion de los acontecimientos. Con la marcha de las divisiones Vedel y Frère, quedaban únicamente en Madrid otras dos divisiones de infantería (la segunda y tercera del cuerpo de ejército del mariscal

Moncey), la guardia imperial y los coraceros, fuerza que por el pronto era suficiente, mediante á que la llegada del rey José con nuevas tropas debia reponer bien pronto el ejército del centro bajo un pie respetable. El general Savary renunció con aprobacion del emperador al proyecto de mandar una columna sobre Zaragoza, dejando al cuidado del estado mayor de Bayona el mandar al frente de las murallas de aquella ciudad sublevada fuerzas suficientes para reducirla á la obediencia.

A esta sazón, terminóse la obra de la constitucion, hecha en Bayona, segun habrán visto nuestros lectores en el precedente libro. La partida del rey José para Madrid era, pues, importantísima por dos razones: por la necesidad de reemplazar cuanto antes la autoridad del teniente general Murat, y por la urgencia de que llegasen á la corte los refuerzos detenidos en Bayona para escoltar al rey José. Napoleon, en efecto, habia tomado las disposiciones necesarias para proporcionarle una reserva de tropas aguerridas, parte de las cuales debia acompañarle hasta Madrid, parte ir á reforzar al mariscal Bessieres, para que pudiese hacer frente á los sublevados de Asturias y de Galicia, que habian logrado rehacer á los insurgentes de Castilla la Vieja batidos en Cabezon, y otra parte, en fin, sobre Zaragoza para que contribuyese á la toma de esta importante ciudad. Como ya dejamos dicho Napoleon habia traído de Paris al campo de Bolognia, de éste al de Rennes, y del de Rennes á Bayona, seis regimientos aguerridos, á saber: el 4.º de ligeros, el 15.º de línea, el 2.º y el 12.º de ligeros, y el 14.º y el 44.º de línea: ademas de esta fuerza trajo tambien, siguiendo la misma ruta, dos

batallones de la guardia de Paris, las tropas del Vistula, y algunos regimientos espedicionarios. A los seis regimientos de antigua formacion, dirigidos sobre la España, habia reunido el 51.º y el 49.º de línea procedentes del Rhin, y dado órdenes para sacar de las orillas del Elba el 32.º, el 58.º, el 28.º y el 75.º de línea, regimientos valientes, que formaban parte del ejército de observacion del Atlántico. Todas estas fuerzas reunidas añadian un total de doce regimientos aguerridos á las tropas provisionales enviadas primitivamente á España. De este modo, pues, era como Napoleon habia preparado en Bayona una reserva considerable para hacer frente á las dificultades de una guerra, cuyas proporciones iban creciendo de una manera asombrosa. Y no se limitaron á esto solo sus precauciones. Temiendo que los guerrilleros de Navarra, Aragon y Cataluña se acercasen á insultar las fronteras francesas, lo cual hubiera sido en extremo bochornoso para un conquistador, que dos meses antes se creía dueño de toda la Península desde los Pirineos hasta Gibraltar, destinó á estas cuatro columnas de la fuerza de mil doscientos á mil quinientos hombres cada una, y compuesta de gendarmeria de á caballo, de guardias nacionales escogidos, de montañeses del Pirineo, organizados en compañías de tiradores, y de algunos portugueses, en fin, resto del ejército portugués trasportado á Francia. La mision de estas columnas era la de vigilar la frontera, rechazar todo insulto de las guerrillas españolas, y si preciso fuese, la de doblar la cima de los Pirineos para auxiliar á las tropas francesas cuando estas tuviesen necesidad de ello.

Todo esto, sin embargo, no era suficiente para los Pirineos Orientales, y habia ademas urgente precision de acudir al socorro del general Duhesme, que se hallaba bloqueado en Barcelona. Las cosas habian llegado á tal punto en esta provincia, que el castillo de Figueras, en el cual habia una reducida guarnicion francesa desde que fueron sorprendidas las plazas fuertes españolas en marzo último, se hallaba enteramente bloqueado y expuesto á rendirse por falta de viveres.

Napoleon, por tanto, resolvió formar una division de siete á ocho mil hombres, al mando de uno de sus edecanes mas instruidos, el general Reille, para enviarla con un convoy de viveres á Figueras, y á fin de que se reuniese en Gerona al general Duhesme, cuyas tropas con este refuerzo ascenderian al número de veintemil hombres próximamente. No era facil, empero, reunir una fuerza de aquel número en el Rosellon, puesto que de ordinario no solia haber estacionada tropa alguna ni en el Languedoc ni en Provenza. Esto, no obstante, Napoleon supo encontrar el medio. A la columna de gendarmeria, de guardias nacionales, de montañeses y portugueses, destinada á custodiar los Pirineos, bajo el mando del general Ritay, añadió dos nuevos regimientos italianos, uno de caballeria y otro de infanteria, los cuales formaban parte de las tropas toscanas, y habian recibido orden de dirigirse hacia Aviñon. Tenia ademas en el Piamonte las tropas de donde habian sido formadas la division Chabran y la division italiana Leschi. Napoleon volvió á sacar de ambas nuevos destacamentos, fáciles de encontrar á causa de la abundancia de gente que habia en los depósitos de alistados, y les ordenó que mar-

chasen hácia el Languedoc. Sacó ademas de Marsella, Tolon y Grenoble algunos terceros batallones que se hallaban de depósito en aquellas ciudades, un batallon de la quinta legion de reserva, estacionada en la última, y dirigiéndose por último á todos los regimientos que tenian sus respectivos depósitos en las márgenes del Saona y del Ródano, y los cuales pudiesen mandar por agua á Aviñon los destacamentos, les sacó á cada uno de ellos una compañía, con las cuales formó dos escelentes batallones, á los que dió el nombre de primero y segundo batallon provisional de Perpiñan. Tal fué la industria de que se valió para reunir un cuerpo auxiliar para Cataluña de siete á ocho mil hombres, sin mermar de una manera sensible los ejércitos de Italia y Alemania. Afortunadamente, permitiéndole la tranquilidad que reinaba en toda la Francia, el privarse sin inconveniente alguno de las tropas de depósito. Lo único de malo que ofrecian estas, era que como procedian de diverso origen y formacion, puesto que las habia suizas, italianas, portuguesas y francesas, y la mayor parte de los soldados eran jóvenes y poco aguerridos, ofrecian un conjunto extravagante, y solo podian servir de alguna cosa por la habilidad de los gefes á quienes fuese confiado su mando.

Despues de tomarse todos estos desvelos para traer á las fronteras de España las necesarias fuerzas, Napoleon se ocupó en distribuirlas con arreglo á las necesidades del momento. Para entonces ya habia ido encaminando sucesivamente sobre Zaragoza los tres regimientos de infanteria del Vistula, una parte de la division Verdier con este general á su cabeza, un gran tren de artilleria de

batir, y una columna de guardias nacionales escogidos, sacados del Pirineo, fuerzas que componian entre todas un cuerpo de ejército de diez á once mil hombres. Confió al general Verdier la direccion del sitio, y al general Lefebvre, que no era mas que un gefe de caballeria, le mandó á uno de sus edecanes, al general Lacoste, para que dirigiese los trabajos de ingenieros. Todo, en fin, hacia esperar, que con tan copiosas tropas, y con tan crecido tren de artilleria, no seria largo el sitio de la plaza. En todo caso, Napoleon tenia ya destinados al mismo fin algunos de sus regimientos mas aguerridos, los cuales se hallaban á la sazón en marcha hacia los Pirineos.

Acto continuo, ocupose de organizar con los regimientos llegados á Bayona, el cuerpo de ejército del mariscal Bessieres, cuya mision era proteger la marcha de José sobre Madrid, y hacer frente á los revoltosos del Norte, de los cuales cada día se oia hablar de una manera á propósito para aumentar la inquietud. De los seis regimientos aguerridos mandados venir primeramente, habian llegado ya el 4.º ligero y el 15.º de linea, el 2.º y 12.º de ligeros, y los dos batallones de París. Napoleon los destinó á las órdenes del bizarro general de division Montou, que se hallaba en España desde la entrada de los franceses, y formó con ellos dos brigadas. La primera compuesta del 2.º y 12.º de ligeros, y de los destacamentos de la guardia imperial, fué confiada al mando del general Rey. El mando de la segunda, formada con el 4.º ligero y el 15.º de linea, y el batallon de la guardia de París, fué conferido al general Reynaud. La antigua division del general Verdier,

parte de la cual continuaba á sus órdenes en el sitio de Zaragoza, fué incorporada á la division Merle, y dividida en cuatro brigadas al mando de los generales Darmagnac, Gaulois, Sabatier y Ducos. El general de caballeria Lasalle, que tenia ya el 10.^o y el 22.^o de cazadores y un fuerte destacamento de granaderos y cazadores á caballo de la guardia imperial; reunió á esta fuerza el 26.^o de cazadores y un regimiento de dragones provisional. Las tropas de la division al mando del general Montou podian calcularse en siete ú ocho mil hombres, las de Merle en ocho mil y tantos, y en dos mil las de Lasalle: de manera, que entre todas componian un total de unos diez y siete mil hombres. Los diversos y reducidos cuerpos, formados de la gente de los depósitos de convalecientes, y de batallones y escuadrones expedicionarios para guarnecer á San Sebastian, Vitoria y Burgos, hacian subir el número de tropas del mariscal Bessieres á unos veinte y un mil hombres destinados á contener el Norte de España, á reprimir los revoltosos de Castilla, Asturias y Galicia, á cubrir el camino de Madrid, y á escoltar al rey José.

De modo, que Napoleon habia enviado sucesivamente á España mas de ciento diez mil hombres, de los cuales habia repartidos cincuenta mil entre Madrid, Valencia y Andújar, á las órdenes del general Dupont, mariscal Moncey, y general Savary; veinte mil en Cataluña al mando de los generales Reyllé y Duhesme; doce mil al frente de Zaragoza con el general Verdier; de veinte y uno á veinte y dos mil en las cercanias de Burgos á las órdenes del mariscal Bessieres, y los restantes desparrramados en los diversos depósitos de la frontera. Tan

copioso número de tropas, por mas que gran parte de ellas se compusiesen de soldados bisoños y poco aguerridos, hubiera sido, á no dudarlo, mas que suficiente, para triunfaren España, si la guerra con esta nacion hubiese ofrecido el carácter de una guerra regular, y nuestros soldados hubieran tenido que habérselas con tropas de línea. Contra una nacion, empero, sublevada en masa, y contra todo un pueblo, que si bien no queria batirse en campo raso, se atrincheraba en las poblaciones, interceptaba convoyes y correos, y asesinaba los heridos, obligando de esta manera á cada division ó cuerpo de ejército á desmembrarse en destacamentos, que lo debilitaban hasta el punto de reducirlo casi á la nulidad, luego se verá que tan copiosas fuerzas no eran bastantes. Para reprimir aquella formidable insurreccion, hubieran sido menester por lo corto, sesenta ú ochenta mil hombres mas de tropas aguerridas, con cuyo aumento de fuerza, si se hubiera mandado en tiempo oportuno, quizá se habria obtenido el deseado fin. Pero Napoleon no queria sacar gente de otra parte que de los depósitos del Rhin, de los Alpes y de los del litoral, resistiéndose constantemente á disminuir los grandes ejércitos que aseguraban su imperio en Italia, Iliria, Alemania y Polonia; lo cual es una nueva prueba de una verdad, que el lector hallará frecuentemente reproducida en esta historia, á saber: que era imposible operar simultáneamente en Polonia, Alemania, Italia y España, sin esponerse á ser insuficiente en algunos de estos teatros de guerra, y en todos quizás al cabo de poco tiempo.

Llegado ya el momento de que el rey José entrase en España, Napoleon decidió, que una de

las dos brigadas de la division Montou, la que mandaba el general Rey, se incorporase á José Bonaparte en Irun, y fuese escoltándolo por toda la estension comprendida en el mando del mariscal Bessieres, á cuya vigilancia estaba encomendado el camino de Bayona á Madrid. Los nuevos ministros del rey José, señores O'Farill, Azanza, Ceballos y Urquijo, pertenecientes unos al consejo de Fernando VII, á gabinetes anteriores otros, y todos unánimes en ahorrar á la España una espantosa guerra, adhiriéndose á la nueva dinastía, iban en su compañía con los individuos de la antigua junta. Componíase el cortejo real de mas de cien carruages que caminaban al paso de las tropas. El rey José era de un carácter afable y bondadoso; pero hablaba tan mal el español, y conocia aun tan poco las costumbres de España, que tanto por su figura como por su lenguaje y otra porcion de cosas, revelaba demasiado que era extranjero. Acogido por esta causa con una malevolencia muy natural, y juzgado con una prevencion estremada, todo cuanto hacia daba pretexto á las mas desfavorables interpretaciones sobre su persona. En las ciudades ó villas populosas donde hizo noche durante su transito, se esforzaba por conversar con los principales habitantes de ellas, á quienes se tomaba el trabajo de reunir, dándoles de este modo pretexto para que ridiculizasen despues sus modales y su acento extranjero. Y si bien hubo ocasiones en que no dejaba de hacer impresion en ellos su extraordinaria bondad, esta impresion, sin embargo, era muy poco duradera, y en el instante mismo en que lo perdian de vista, no era un obstáculo para

que hiciesen mil retratos, mas ó menos ridículos, del rey *intruso*, como ellos le llamaban. La mayor parte se complacian en decir, que el rey José no era mas que un desventurado, á quien á pesar suyo se le obligaba á reinar en España, y víctima del tirano que oprimia á su familia lo mismo que al mundo.

Las impresiones que recibió el rey José en Irun, Tolosa y Vitoria, fueron tan tristes y tan hondas, que su alma débil, la cual le habia ya impelido mas de una vez á echar de menos al reino de Nápoles durante los dias de su permanencia en Bayona, sellenó de la mayor amargura al verse sublevado en masa, degollando á los soldados franceses, y dejándose matar por estos, el pueblo sobre el cual estaba llamado á reinar. Desde Vitoria, todas sus cartas se hallaban impregnadas del dolor mas vivo: *No puedo contar con una persona que me sea adicta*, fueron las primeras palabras que dirigió al emperador, y las que con mas frecuencia le repitió mas tarde. *Necesitamos cincuenta mil hombres de tropas aguerridas y cincuenta millones; si tardais en enviarlos, dentro de breve tiempo necesitaremos cien millones y cien mil soldados...* Tal era la conclusion de todas sus cartas. Dejando á los generales franceses la mision dura y desagradable de reprimir la revolucion, el rey José reservó solamente para si la prerogativa de la clemencia, y á sus peticiones de hombres y de dinero agregó en las cartas á su hermano quejas cotidianas sobre los excesos que perpetraban los soldados franceses, constituyéndose en su acusador constante y en apologista de los insurgentes. Esta conducta creó bien pronto entre José y el ejército perjudiciales divergencias, y llegó á

irritar al fin al mismo Napoleón. Muy cierto es, que nuestros soldados cometían á veces excesos punibles; pero estos excesos, no obstante, eran infinitamente menores que lo que merecían las atrocidades de que con frecuencia eran víctimas.

Seguramente que ninguna necesidad tenía Napoleón de la correspondencia de su hermano para conocer la estension de la falta que habia cometido, á pesar de que jamás quiso convenir en ella. Para entonces, ya sabia á fondo lo universal y violenta que era la insurreccion, si bien confiaba en la rapidez asombrosa con que habian los insurgentes en campo raso, para poder reducirlos á la obediencia sin dispendiar mayor número de tropas.—Tened paciencia, contestaba en sus cartas al rey José, y procurad que no desmaye vuestro valor. Ya cuidaré yo de que no os falten recursos, y de mandaros las suficientes fuerzas: en cuanto á dinero, con una administracion regular nunca puede llegar el caso de que escasee en España. Pero no os constituyais en acusador de mis soldados, á quienes vos y yo debemos cuanto somos: haceos cargo además que tienen que habérselas con bandidos, que los degüellan sin conmiseracion alguna, y que no hay otro medio para contenerlos que el del terror. Bueno que procureis atraeros la devocion de los españoles; pero hacedlo de modo que no se desanime el ejército francés porque esta seria una falta irreparable.—A estas reflexiones, que Napoleón dirigia á su hermano, agregó las instrucciones mas severas á los generales, recomendándoles espresamente que evitasen todo género de exacciones, y que se mostrasen al propio tiempo inflexibles para

con los revoltosos. La órden que mas frecuentemente se halla en su correspondencia, era la de no saquear, y la de que se fusilase sin piedad á los insurgentes, para evitar todo pretexto y gusto por la insurreccion.

Mientras que el rey José proseguia su viage hácia Madrid al paso de la infanteria; la guerra continuaba en Castilla la Vieja y en Aragon, ofreciendo sus alternativas acostumbradas. El general Verdier, que habia llegado á las murallas de Zaragoza con los dos mil hombres de su division, y encontrado al frente de esta ciudad los refuerzos de infanteria polaca, y de regimientos espedicionarios que Napoleón habia ido enviando sucesivamente, contaba con una fuerza de cerca de doce mil hombres, y con un numeroso tren de artilleria, traído de Pamplona. Para la mencionada época ya habia conseguido que el general Lefebvre-Desnoettes desalojase al enemigo de las posiciones esterioras, obligar á los insurgentes á encerrarse dentro de la plaza, y erigir numerosas baterias bajo la direccion del general Lacoste. Impelido por las vivas instancias de Napoleón, resolvió intentar un ataque decisivo en los dias 1.º y 2 de julio con veinte piezas de grueso calibre, y diez mil infantes que debian emprender el asalto. La ciudad de Zaragoza se halla situada á la derecha del Ebro, y solo tiene á la izquierda de este rio un arrabal. Desgraciadamente, y á pesar de las reiteradas órdenes del emperador, no habia podido conseguirse todavia echar un puente sobre el Ebro, de modo, que la caballeria pudiera atender á todas partes y privar á los sitiados de su comunicacion con los de fuera. Merced á esto, llegábanles á cada paso y sin difi-

cultad alguna por el arrabal de la orilla izquierda, viveres, municiones, y refuerzos de desertores y sublevados, hasta el punto de poderse decir que todos los insurgentes de Aragon habian logrado encerrarse en la ciudad. Situada Zaragoza, como ya hemos dicho, sobre la derecha del Ebro, hallábase ademas circundada de una muralla, flanqueada a la izquierda por un edificio bastante sólido, llamado de la Inquisicion, hácia el centro por el convento magnifico de Santa Engracia, y a la derecha por el no menos grande de San José. El general Verdier habia asestado una gran bateria de brecha contra el castillo de la Inquisicion, reservando para sí el mando de este ataque, por considerarlo el mas difícil, y el mas decisivo. Habia dirigido igualmente una bateria contra el convento de Santa Engracia, y otra contra el de San José, confiando el mando y la direccion del ataque de ambos puntos al general Lefebvre-Desnoettes.

El 1.º de julio, dada que fué la señal para la pelea, los veinte morteros y obuses, sostenidos y secundados por toda la artilleria de campaña, empezaron un fuego violento, dirigido no solo contra los sólidos edificios que se elevaban sobre la muralla, sino tambien contra la poblacion misma. Mas de doscientas bombas y de mil doscientas balas de obus fueron disparadas sobre aquella desgraciada ciudad, que llegó á incendiarse por diversos puntos, sin que sus defensores, que eran en su mayor parte forasteros, y los cuales situados en las casas inmediatas á los principales puntos contra los que iban dirigidos los disparos, habian sufrido muy poco, manifestasen ni la mas remota señal de desmayo. Los insurgentes habian coloca-

do tambien en bateria, bajo la direccion de algunos oficiales españoles del cuerpo de ingenieros, cuarenta piezas de artilleria que contestaban perfectamente á nuestros disparos. Tenian ademas guarecidos los puntos adonde mas probablemente podian dirigirse nuestras tropas, con columnas compuestas de soldados desertores del ejército español y mas de diez mil paisanos guarecidos en las casas. El 2 de julio por la mañana, y despues de haber abierto anchas brechas en el palacio de la Inquisicion y en los dos conventos que flanqueaban la muralla, nuestras tropas se lanzaron al asalto con todo el ardor peculiar de soldados jóvenes é inesperos. Hizoseles, empero, un fuego tan terrible desde el primero de los edificios mencionados, que no pudieron menos de pararse sorprendidos, y á pesar de los esfuerzos de los oficiales, no se atrevieron á penetrar mas adentro. Otro tanto sucedió en el convento de Santa Engracia. Solo el general Habert fué quien, consiguiendo apoderarse del convento de San José, logró proporcionarse una entrada en la ciudad. Con todo, cuando intentó penetrar en ella, halló atrincheradas las calles, y aspilleradas las paredes de los edificios, de manera que vomitaban todos ellos un granizo de balas. Quizás los soldados de Austerlitz y de Eylau hubieran arrostrado aquel fuego con mas bravura; pero no cabe duda alguna en que no hubieran logrado tampoco hacer grandes progresos ante obstáculos materiales de aquella especie. Era pues, evidente que contra una resistencia semejante habia que emplear nuevos y mas eficaces medios de destruccion, y que en vez de proseguir perdiendo hombres marchando á descubierto del

fuego de las casas, convenia mucho mas derribarlas á cañonazos y aplanarlas sobre las cabezas de los que las defendian.

Conservando el general Verdier el convento de San José de que se habia apoderado, hizo entrar á su tropa en los claustros, despues de sufrir una pérdida de treseientos á cuatrocientos hombres, asaz considerable en proporcion á un cuerpo de ejército de diez mil. El gran número de oficiales que sucumbieron en el asalto, probaba demostrado bien los esfuerzos valerosos que hicieran para mantener firmes á sus soldados á presencia de tantas dificultades.

El general Verdier resolvió esperar nuevos re- fuerzos, y sobre todo un tren de artillería mas considerable, para renovar el ataque de una plaza que se creyó en un principio poder reducir en algunos dias, y la cual, sin embargo, se defendia mejor que una ciudad regularmente fortificada. Enterado que fué Napoleon de este estado de cosas, envió inmediatamente al general Verdier los regimientos 14.º y 14.º de linea, que acababan de llegar á Bayona, y algunas piezas de grueso calibre.

La noticia de la resistencia de Zaragoza causó en España una estremada emocion, al paso que hizo subir de punto la jactancia de los españoles. El rey José, que á la sazón habia llegado á Bribiesca, iba recibiendo por todos los pueblos de su tránsito pruebas y señales inequivocas del odio profundo que profesaban estos á los franceses, y de su gran confianza en sus propias fuerzas. Las poblaciones por donde pasaba, ó se hallaban desiertas, ó era acogido en ellas con un silencio glacial, ó revelaban una exaltacion de orgullo tan inaudito, que

no parecia sino que los españoles habian conseguido sobre nosotros las mil victorias que la Francia habia alcanzado sobre la Europa. El fundamento principal de sus esperanzas era el ejército de don Gregorio de la Cuesta y de don Joaquin Blake, compuesto de los insurgentes de Galicia, Leon, Asturias y Castilla la Vieja, y que iba marchando á la sazón por Benavente á caer sobre Burgos. Los españoles no dudaban que el mencionado ejército alcanzaria una completa victoria contra el mariscal Bessieres, la cual unida á la resistencia de Zaragoza, no podia menos, segun ellos, de dejar libre de franceses el Norte de España. Nada de cierto se sabia por entonces acerca del Mediodía; pero los rumores desfavorables acerca de la suerte del mariscal Moncey en Valencia y de la del general Dupont en Andalucía iban acrecentándose diariamente, y los españoles ademas estaban confiados en que fuese cual fuese el éxito de las misiones respectivas de ambos general, tendrian que abandonarlas en breve uno y otro para reparar los descalabros sufridos en el Norte. Napoleon, por su parte, tambien era de parecer que el Norte era el que ofrecia á la sazón mas peligros, mediante á que en él estribaba la base de las operaciones de nuestros ejércitos, y en esta atencion, ordenó al general Bessieres que reuniendo á sus tropas las divisiones Merle y Monton (menos la brigada á las órdenes de Rey, que formaba la escolta de su hermano) y la caballería al mando del general Lasalle, marchase inmediatamente al encuentro de los generales Blake y Cuesta, y que cayendo sobre ellos procurase batirlos á todo trance. Segun Napoleon, el hacerse dueños del Norte y el dominar el camino de Bayo-

na á Madrid, era el interes principal del ejército y la condicion indispensable para nuestro sostenimiento en España. Asi es que recomendando muy especialmente al general Savary que tuviese fija toda su atencion en la parte del Mediodia, tan impenetrable y tan incierto, le habia prescrito, sin embargo, que enviase al mariscal Bessieres por Segovia todas cuantas fuerzas considerara que no eran de todo punto indispensables en la capital. — Un descalabro en el Mediodia, decia Napoleon, seria ciertamente un gran mal; pero una derrota de consideracion en el Norte, causaria tal vez la pérdida del ejército, y cuando menos la de la campaña, mediante á que haria preciso evacuar las otras tres partes de la Peninsula, para volver á recobrar en el Norte la posicion.

El mariscal Bessieres partió en efecto el 12 de julio de Burgos con la division Merle completa, con la mitad de la de Montou (la brigada de Reynaud) y con la division Lasalle, cuyas fuerzas componian un total de once mil infantes y mil quinientos caballos, parte de cazadores y dragonés, y parte de caballeria de la guardia. Con este número de tropas marchó resueltamente en busca de los sublevados del Norte, al mando, como ya hemos dicho, de los generales Blake y Cuesta.

Después de la derrota que en el puente de Cabezon sufriera el capitan general de Valladolid, habiase retirado al reino de Leon, y si bien se hallaba asaz descontento de los sublevados, cuya imprudencia le habia espuesto á un descalabro sensible, tenia, sin embargo, gran empeño en rehacerse, á cuyo fin procuró ordenar los elementos heterogéneos, de que se componia la insurreccion. El gene-

ral Cuesta contaba á la sazón con dos ó tres mil hombres de tropa, y con unos siete ú ocho mil voluntarios, compuestos de artesanos, estudiantes, gentes del pueblo y campesinos. A esta fuerza queria añadir los sublevados de Asturias, y los de Galicia con especialidad; porque en estos se hallaba comprendida una gran parte de las tropas de la division Taranco, que habia regresado ya de Portugal. Los asturianos, consultando antes que todo su propio interes, y creyéndose invencibles mientras que permaneciesen encerrados en sus montañas, no habian querido moverse á la invitacion del general Cuesta, y se limitaron á enviarle dos ó tres batallones de tropas organizadas. Pero la junta de la Coruña, menos prudente y mas generosa, decidió contra el parecer de don Joaquin Blake que habia reemplazado en el mando al general Filangieri, mandar todas las fuerzas de la provincia á las llanuras de Castilla la Vieja para que probasen suerte en las armas. Don Joaquin Blake, oriundo de una de las familias católicas inglesas que iban á buscar fortuna á España, era un militar de profesion, bastante instruido en su carrera, y se habia dedicado con esmero, sirviéndose de las tropas de linea que tenia á sus órdenes, á organizar un ejército capaz de hacer frente á un enemigo tan avezado á la guerra como los franceses. A este fin aumentó el cuadro de sus tropas de linea con algunos insurgentes, y formó con el resto de ellos batallones de voluntarios, á los cuales hacia que se les enseñase diariamente el ejercicio para darles alguna consistencia. Sea que el general Blake no estuviere ganoso de medir tan pronto sus fuerzas con los franceses, sea que realmente comprendiese has-

ta qué punto contribuye una buena organizacion al buen éxito de la guerra, lo cierto es que pedia de plazo algunos meses mas para descender á las llanuras de Castilla, durante los cuales queria disciplinar sus tropas al abrigo de las montañas de Galicia. Vencido, empero, por la voluntad de la junta, vióse obligado á ponerse en marcha y á avanzar hasta Benavente. El general Blake hubiera podido muy bien llevar consigo de veinte y siete á veinte y ocho mil hombres, mitad de los batallones antiguos, y mitad de los modernos: prefirió, sin embargo, dejar dos divisiones de retaguardia que guardasen los desfiladeros, y con otras tres que componian la fuerza de quince á diez y ocho mil hombres, se encaminó hacia Valladolid, y llegó á incorporarse en las cercanias de Medina de Rioseco con don Gregorio de la Cuesta el 12 de julio. Estos dos generales no podian seguramente entenderse ni armonizar uno con otro. El uno era de carácter imperioso y severo, y el otro, que iba mal de su grado á aventurar una batalla campal contra un enemigo hasta entonces invencible, se hallaba muy poco dispuesto á mostrarse dócil. El general Cuesta, como mas antiguo, se encargó del mando en jefe, y tuvo una entrevista con su colega en Medina para concertar las operaciones. Entre ambos generales podian presentar un ejército de veinte y seis á veinte y ocho mil hombres, el cual á hallarse compuesto de mejores soldados, debia ofrecerles probabilidades de triunfo contra el ejército francés que solo constaba de once á doce mil.

Medina de Rioseco se halla situada sobre una esplanada. A la izquierda, (para los españoles) estaba el camino de Burgos y Palencia, por donde

venian marchando las tropas francesas al mando del mariscal Bessieres, y á la derecha, el de Valladolid. Un destacamento francés de caballeria que marchaba de batida por entre los dos caminos, indujo á un error á los generales españoles, poco versados de suyo en punto á reconocimientos, haciéndoles creer que el enemigo venia por el camino de Valladolid, ó sea por su derecha. Esto era el 13 de julio por la tarde. Engañado el general Blake por estas apariencias, aprovechó la noche para pasar su cuerpo de ejército á la derecha de Medina sobre el camino de Valladolid. Al despuntar el dia, que en la estacion en que tuvo lugar lo que vamos á referir, amanece bastante temprano, los generales españoles se convencieron de que se habian equivocado, y Cuesta, que era el que se habia puesto el último en movimiento, detuvo su marcha, teniendo cuidado de apoyarse sobre la izquierda hácia el camino de Palencia, por donde venian avanzando los franceses. Creyendose allí mas en peligro, pidió refuerzos á Blake, el cual se apresuró á mandarle una de sus divisiones. Los generales españoles se encontraron, pues, formados en dos líneas, la primera de las cuales, mas avanzada que la otra y mas inclinada sobre la derecha, la mandaba Blake, y la segunda que estaba mas atrás y mas inclinada sobre la izquierda, el general Cuesta. Una y otra se quedaron inmóviles en esta situacion, aguardando á los franceses desde lo alto de la esplanada, porque se hallaban poco habituados á las maniobras para rectificar tan cerca del enemigo la posicion que habian tomado.

El mariscal Bessieres, cuyas tropas á consecuencia de una marcha tan rápida habian quedado

reducidas á nueve ó diez mil infantes, y mil doscientos caballos, no concibió temor alguno al ver frente de sí veinte y seis ó veinte y ocho mil hombres, porque tenía formada la mas alta opinion de sus tropas. Sentíase muy capaz por el contrario, de arrollar todo quanto se le pudiese delante con solos dos de sus regimientos aguerridos, y algunos escuadrones de la guardia. El bizarro Bessieres, oficial de caballeria formado en la misma escuela que Murat, é hijo como él de la Gascuña, tenía mucha tambien de la jactancia, prontitud, y bravura de aquel gefe. Distinguiendo desde bastante distancia, y á medida que marchaba avanzando con sus tropas por bajo de la esplanada de Medina de Rioseco, las dos lineas españolas, colocadas una detrás de otra, resolvió aprovechar el espacio que mediaba entre ellas, á fin de dirigirse antes sobre el flanco de la primera, y arrollada que esta fuese, caer luego en masa sobre la segunda. Púsole así por obra, mandando avanzar rápidamente al general Merle por su izquierda para que atacase al general Blake, y al general Mouton por la derecha para que fuese flaqueando la division Merle y se lanzase en seguida sobre Cuesta. La caballeria continuaba marchando con el esforzado y brillante Lasalle á la cabeza.

Participando nuestras tropas de la confianza de sus generales, treparon hácia la esplanada con una extraordinaria firmeza, y acometieron resueltamente la línea de Blake, recibiendo un fuego de artillería vivísimo y certero, porque hay que advertir que las tropas de esta arma eran sin disputa las mejores del ejército español. Nuestros soldados, que habian tenido ya sobradas ocasiones de ejér-

citarse en el fuego desde su entrada en España, dispararon sobre el enemigo con bastante acierto así que se aproximaron al alcance de los tiros de fusil. Acto continuo, marcharon sobre la línea enemiga, y llegaron hasta ella á la bayoneta. Los españoles no se resistieron largo tiempo; una carga que les dió el general Lasalle con los cazadores acabó de arrollarlos, y destrozada la izquierda de su primera línea española, la segunda quedó completamente á descubierto. Ante semejante espectáculo, una parte de esta avanzó espontáneamente hácia nuestras tropas y trató con una bizarría extraordinaria de resistir su choque, aprovechándose del desorden que el buen éxito mismo habia introducido en sus filas. Logró, en efecto, contenerlas por un instante, y hasta consiguió apoderarse de una de nuestras baterías que habia seguido el movimiento de la infanteria. Secundáronla en este desesperado esfuerzo los guardias de corps y los carabineros reales, que, á decir verdad, cargaron valientemente. La infanteria española, creyendo ya de su parte el triunfo, tiraba al aire los sombreros, gritando ¡Viva el rey! Pero el mariscal Bessieres habia dejado una reserva de trescientos caballos, pertenecientes á los granaderos y cazadores de la guardia imperial, los cuales, lanzándose á galope sobre el enemigo y gritando á su vez: *Viva el emperador!* ¡Fuera los Borbones de toda la Europa! arrollaron en un abrir y cerrar de ojos á los guardias de corps y carabineros reales, tratándolos como habian tratado en Austerlitz á los caballeros guardias del emperador Alejandro. El general Merle, que habia cumplido ya su mision destrozando la línea de Blake, se dirigió sobre el centro

de la del general Cuesta, contra la cual estaba ya combatiendo el general Mouton. Como puede presumirse, la segunda linea española no resistió largo tiempo el doble ataque de los reclutas del general Merle, y de los soldados aguerridos de aquel general. Arrollada, como poco antes lo habia sido la primera, volvió toda ella las espaldas, huyendo en el mayor desorden por la esplanada, y dirigiéndose á buscar un asilo á la ciudad. Lanzándose en aquel momento los mil doscientos caballos del general Lasalle sobre una masa de veinte y cinco mil fugitivos, llenos de indecible terror, y que iban soltando las armas, y dando desesperados gritos, hicieron en ellos una horrible carnicería. Poco rato despues, aquella inmensa llanura no ofrecia mas que un espectáculo asaz lamentable, puesto que vacian en ella cuatro ó cinco mil desgraciados, tendidos por los sables de nuestros ginetes. Los vastos campos de batalla del Norte, que tantas veces cubrieron nuestras tropas de cadáveres, no ofrecieron nunca un cuadro tan triste. Diez y ocho piezas de artillería, una porcion de banderas, y una multitud de fusiles abandonados por los fugitivos, quedaron en nuestro poder. Mientras la caballería, que no tenia otro medio para coger prisioneros que el de herir á los que huian, se encarnizaba acuchillándolos, la infantería se habia dirigido sobre la ciudad. Sus habitantes engañados por falsas noticias dadas por algunos soldados que habian abandonado el campo de batalla antes del fin de la accion, creían que la victoria se habia declarado á favor de los españoles, y estaban casi todos asomados á las ventanas. Poco tardaron, empero, á sufrir el mas cruel desengaño, viendo pasar por de-

lante de su vista el torrente de los fugitivos. Volviendo parte de ellos á recobrar su valor al verse dentro de las murallas, hicieron alto con ánimo de resistir á nuestras tropas. Pero el general Monteu con el 4.º ligero y el 13.º de linea, entró en la ciudad á la bayoneta, derribando cuantos obstáculos hallaba por delante, y en medio de aquel tumulto, conduciéndose los soldados como en una ciudad tomada por asalto, empezaron á saquear á Medina, la cual quedó á su discrecion por algunas horas. Los frailes del convento de San Francisco, que habian hecho fuego sobre los franceses desde las ventanas, fueron pasados á cuchillo todos ó la mayor parte.

Esta sangrienta victoria, que sometia á nuestro poder el Norte de la España, y que debia escarmentar por algun tiempo á los insurgentes, retrayéndolos de descender de las montañas á las llanuras, solo nos costó setecientos muertos y trescientos heridos; merced á los efectos felices de un ataque bien concebido y ejecutado con gran bizarría.

El mariscal Bessieres ordenó á la siguiente mañana su ejército, y emprendió aceleradamente la marcha sobre Leon, á fin de acabar de dispersar los fugitivos.

La noticia de la victoria alcanzada por nuestras tropas en Rioséco, produjo al menos por el pronto un notable cambio en el lenguaje de los españoles, los cuales abrigaban antes de ella la confianza de que nuestras tropas tendrian que dejar espedito el camino de Madrid, con lo cual sedestruiría por su base nuestro establecimiento en la Península.

El rey José, cuya marcha continuaba con la misma lentitud, había llegado á Burgos. Queriendo durante su tránsito captarse la voluntad de los pueblos, había procurado conquistarlos á fuerza de agasajos y de una estremada afectacion de humanidad vituperando constantemente la conducta de los soldados franceses, y aplaudiendo la de los españoles. Llegando, empero á convencerse al fin de que las conquistas que hacia, no compensaban el tiempo que en ellas empleaba; recibiendo á cada paso reiteradas invitaciones del general Savary para que fuese á mostrarse á su nueva capital; y tranquilizado sobre todo con la victoria de Riosco, puso fin á sus inútiles contemplaciones con los pueblos, que por su parte correspondian á ellas bastante mal, y emprendió de una sola tirada el viage de Burgos á Madrid, donde entró el 20 por la tarde á presencia de un pueblo que lo contemplaba con fria curiosidad, y sin oír ni una sola aclamacion, que no procediese del ejército francés, el cual aun cuando no tenia motivos para estar muy contento de su conducta, victoreaba en su persona al glorioso emperador, por quien estaba dispuesto á ir hasta el fin del mundo para pelear y morir.

Aun cuando la entrada del rey José en Madrid tuvo lugar despues que el ejército francés había obtenido una victoria, que debía restablecer la balanza de la opinion en favor suyo, encontró en la córte lo mismo que en todas partes una repugnancia visible de acercarse á su persona, que era en efecto, para desesperar á cualquiera. Los ministros, que habían aceptado su servicio, hallábanse tan consternados, que no pudieron menos de

confesarle, que bajo ningun concepto se hubieran adherido á su partido, si hubieran podido preveer hasta que punto iba á mostrarse contrario el país á la nueva monarquía. Los individuos de la junta de Bayona, que fueron acompañándole en el viage, se habían dispersado poco á poco. Los consejeros de Castilla, á quienes sus compatriotas echaban en cara la estremada complacencia con que se habían prestado á las exigencias de Murat rehusaban hacer el juramento de rendirle homenaje. Unicamente el clero, fiel á su principio de dar *al César lo que es del César*, fué el que se acercó á felicitar á la monarquía de hecho, ó por mejor decir, al hermano del autor del Concordato. El rey José se esplicó ante él de una manera muy significativa á favor de la religion, y habiendo logrado con moverle con sus palabras y con la buena disposicion de ánimo que dejó traslucir, su lenguaje, transmitido al pueblo despues de la entrevista, produjo bastante buen efecto en la capital. El cuerpo diplomático, queriendo contemporizar, no con el nuevo rey, sino con el emperador de los franceses, se había apresurado, como el clero, á rendirle homenaje. Con éste, con algunos grandes de España, comensales ordinarios é inevitables de la córte, que no pudieron menos de presentarse en ella, con los generales franceses, los ministros estrangeros, el alto clero, y algunos cortesanos de esos que tienen por hábito el andar cerca del trono, el rey José había logrado reunir una córte de bastante buena apariencia, á la cual hubieran convertido indudablemente nuevas y rápidas victorias en una córte respetable, y provista de los medios suficientes para conseguir, sino el ser amada, el ser obedeci-

da al menos. Pero si bien es verdad que acabábase de conseguir una señalada victoria en el Norte, era en cambio, muy dudoso que pudiera sucedernos otro tanto en el Mediodía. Habíase trascurrido un mes entero sin tener noticia alguna del general Dupont, y para saber algo acerca de su suerte, había sido preciso que su segunda división, la que mandaba Vedel, enviada en su auxilio, atravesase á viva fuerza los desfiladeros de Sierra Morena. Por este medio fué como se supo la toma de Córdoba, la evacuacion de esta misma ciudad verificada posteriormente, y el asiento del ejército en Andújar. Poco tiempo después, la insurreccion había vuelto á cerrarse sobre el general Dupont y el general Vedel, como la mar sobre un navío que surca sus aguas, y de nuevo volvieron á quedar interceptadas las comunicaciones. En cuanto á la suerte que había cabido al mariscal Moncey, sobre el cual escasearon también por largo tiempo las noticias, he aquí lo que llegó á saber, y lo que le había ocurrido durante los acontecimientos tan varios de Castilla, Aragon, Andalucía, y Cataluña.

El lector recordará que dejamos en Cuenca al mariscal Moncey, dando tiempo á que el general Chabran pudiese avanzar hasta Castellon de la Plana, mientras que éste por el contrario se había visto precisado á retroceder hácia Barcelona á fin de no quedar enteramente incomunicado con esta ciudad, á cuyo efecto, y para atravesar las villas de Arbos, Vendrell, y Villafranca, é incorporarse con su general en jefe que había salido á su encuentro hasta Bruch, había tenido que sufrir vigorosos choques. Ambos generales se encerraron en

seguida en Barcelona, y cada dia se veian en la precision de trabar encarnizados combates con los insurgentes, los cuales se acercaban para atacar á nuestras tropas hasta las puertas mismas de la ciudad.

El mariscal Moncey, que ignoraba todas estas circunstancias, había esperado en Cuenca desde el 14 al 17 de junio, al cabo de cuyo tiempo, y figurándose que el general Chabran había tenido el suficiente para acercarse á Valencia, se puso en movimiento por el camino casi impracticable de Requena, añadiendo al gran retraso de su estancia en aquella ciudad, el de una marcha lenta, muy buena, si se quiere, para sus tropas, mediante á que ni un solo hombre quedaba rezagado, pero asaz perjudicial por otra parte al conjunto de las operaciones. Pasando por Yortola y Buenacha, llegó el 20 á Minglanilla, y el 21 se encontró á las márgenes del Cabriel, teniendo enfrente de sí algunos batallones enemigos, suizo uno de ellos, y situados en el puente de Pajazo, posicion de las mas difíciles de tomar á viva fuerza. El Cabriel por este sitio corre entre escabrosas rocas. Para llegar al puente que lo atraviesa, hay que pasar un estrecho desfiladero, y después de franqueado el puente, queda otro desfiladero todavía mas difícil. Los insurgentes de Valencia, á quienes se había dado tiempo para establecerse en esta posicion, habían obstruido el puente, colocado una bateria á la entrada, y espareido por las rocas inmediatas un enjambre de guerrilleros. El mariscal Moncey trajo sobre este punto y por un camino de los mas escabrosos algunas piezas de artillería conducidas á brazo; destruyó con ellas los obstáculos aglomera-

dos sobre el puente, y destacando en seguida á derecha é izquierda columnas que, despues de vadear el Cabriel se lanzaron sobre los insurgentes apostados en las rocas, consiguió matar considerable número de gente al enemigo, y apoderarse de la posicion.

El mariscal Monecy empleó el dia 22 en ordenar sus tropas, y en hacer mas practicable el camino para su artilleria y bagages. El 23 hizo noche en Utiel, y el 24 llegó á un largo y angosto desfiladero, que conduce á través de las montañas de Valencia á la famosa y fértil campiña, conocida con el nombre de La Huerta. Este desfiladero, que lleva el nombre de *desfiladero de las Cabrerías*, y que está formado por el cauce de un barranco que habia que pasar y repasar cinco ó seis veces, era reputado por los insurgentes como inespugnable. El mariscal Monecy, merced á la lentitud de su marcha, habia dado tiempo de sobra á los sublevados para que se situasen en él y multiplicasen los medios de resistencia. Vencer de frente las dificultades que en aquel paso habian opuesto los insurgentes á nuestras tropas, hubierasido punto menos que imposible y causado enormes pérdidas: el mariscal Monecy por tanto, encargó al general Harispe que escogiese los soldados mas listos y los mejores tiradores, y que despues de hacerles dejar las mochilas, los condujese á las alturas inmediatas de derecha é izquierda para desemboscar á los españoles, y desalojándolos del desfiladero, convertir contra ellos sus propios medios de defensa. El general Harispe, á costa de inauditos esfuerzos y de mil combates parciales, fué tomando una á una las rocas y los escalones de la posicion, consiguiendo al fin caer

sobre la retaguardia de los españoles que defendian el desfiladero. Al ver sobre sí el enemigo las tropas francesas, emprendió la fuga, dejando espedito á nuestro ejército un paso, que hubiera sido imposible forzar, á haber tenido precision de atacarlo de frente. El mariscal Monecy, prosiguió triunfante su marcha hasta la venta de Buñol, donde hizo alto para dar tiempo á que se le incorporasen sus bagages, y á que se repusiese su artilleria, asaz deteriorada á causa de la aspereza de los caminos. Aun cuando en el pais semi-salvage que acababa de recorrer, faltaban no solo medios de reparacion sino hasta medios de subsistencia, la artilleria española, que cayó toda entera en poder de los franceses, surtió á nuestras tropas de piezas de repuesto, y la columna volviendo á emprender el 26 su marcha con direccion á Chiva, llegó el 27 por la mañana á la campiña de Valencia, cortada en mil acequias por las cuales se esparcen en todas direcciones las aguas del Guadalaviar; cubierta de cañamares de una estraordinaria altura, y poblada de naranjos, palmeras, y de la vigorosa vegetacion, en fin, de los trópicos. La vista de aquella fértil campiña no podia menos de regocijar á nuestras tropas, fatigadas en estremo del aspecto triste que acababan de recorrer. Pero si bien es verdad, que, merced á la lentitud de su marcha, llegaban en bastante buen estado, incorporadas todas á las filas, suficientemente racionadas, y en disposicion de combatir, encontraban en cambio á causa de esta misma lentitud bien preparado al enemigo, y dispuesto á defender la capital. Antes de llegar á ella, y como á unas dos leguas de distancia de sus muros, tenian que atravesar nuestros soldados por la

villa de Quarte el gran canal que hace variar de curso la mayor parte de las aguas del Guadalquivir, recomponer el puente que estaba cortado, apoderarse de la villa y de una multitud de puntos emboscados á derecha é izquierda en las casas de la campiña, ú ocultos por la altura de los cañamares. Todas estas dificultades, sin embargo, lograron entretener muy poco tiempo á nuestras tropas, las cuales atravesaron el canal, recompusieron el puente, se apoderaron de la villa, y avanzando al través de los campos y de las acequias, mataron, con pérdida por su parte de algunos hombres, un considerable número del enjambre de guerrilleros, que por todos lados hacían llover sobre ellas un granizo de balas. Por la noche, nuestro ejército vivaqueó junto á las murallas de Valencia. El general Moncey resolvió entrar sin perder momento en la ciudad, atacando simultáneamente las dos puertas de Quarte y de San José, que eran las primeras que se ofrecían á su vista por el camino de Requena. Valencia se halla circundada de una gruesa muralla, cuyo pie bañan las aguas por diferentes puntos. Sus puertas estaban atrincheradas con caballos de frisa y obstáculos de todo género, y millares de insurgentes, situados en los tejados de las casas, se hallaban dispuestos á hacer sobre nuestras tropas el fuego mas mortífero.

En la madrugada del 28 al despuntar el alba y despues de haber obligado á replegarse á las guerrillas enemigas, el mariscal Moncey lanzó dos columnas de ataque sobre las puertas de San José y de Quarte. Nuestras tropas lograron derribar fácilmente las primeras dificultades que estorbaban su marcha; al llegar, empero, cerca de las puertas, y

antes de hacer jugar la artillería, hubo precisión de arrancar los caballos de frisa que obstruían su entrada. Nuestros bizarros soldados se lanzaron una porción de veces bajo el fuego enemigo para ejecutar con hachas las operaciones mas peligrosas. Pero despues de muchas tentativas dirigidas por el general de ingenieros Casals, en las cuales sufrió nuestro ejército considerables pérdidas, hubo que reconocer la imposibilidad absoluta de forzar las puertas, blanco de sus ataques. Verdad es que aun cuando nuestras tropas hubieran conseguido su objeto, tampoco habrían adelantado mucho, mediante á que las calles de Valencia estaban atrincheradas por el mismo orden que las de Zaragoza, y para penetrar en la ciudad, habrían tenido que ir asaltándolas una por una. En esta convicción, el mariscal Moncey mandó replegar su gente, quedándose dueño de los arrabales tomados al enemigo.

Esta sangrienta tentativa, en la cual perdió cerca de trescientos hombres entre muertos y heridos, le obligó á meditar detenidamente sobre su situación. En primer lugar habia sacado de Madrid ocho mil y tantos hombres de los cuales se le habian desmembrado mil lo menos en la marcha entre soldados enfermos y fuera de combate. En segundo, acababa de saber por medio de los prisioneros, que el general Chabran habia tenido que replegarse á Barcelona. Por otra parte, reflexionó que la ciudad que tenia delante de sí contaba con el número de sesenta mil almas, aumentado hasta el de cien mil al menos con los campesinos de la Huerta que habian acudido á refugiarse dentro de sus muros, y que estaba resuelta á defenderse hasta morir por el temor que los franceses tratasen de vengar en ella los odiosos

asesinatos perpetrados por el canónigo Calvo en sus compatriotas. Y considerando, por último, que para vencer una resistencia semejante, necesitaba artillería de grueso calibre, el mariscal Monecy renunció cuerdamente á volver á intentar un ataque que no ofrécia probabilidad alguna de éxito, y que contribuiría tan solo á aumentar las dificultades de su retirada, aumentando el número de heridos que tendría que llevar tras sí. Una vez tomada esta resolución, el mariscal tuvo la feliz ocurrencia y la fortaleza de espíritu necesaria para ponerla en práctica sin la menor demora. Habíale dicho además, que el capitán general Cervellon se hallaba á la cabeza de siete ú ocho mil insurgentes en las orillas del Júcar, pequeño río, que después de serpentear por entre las montañas de Valencia, desagua en el mar cerca de Alcira, villa que dista algunas leguas de la capital. Las intenciones del capitán general de Valencia, por tanto, no podían ser otras, que las de atravesar la Hoerta é ir á colocarse en los desfiladeros de las *Cabreras*, con el fin de interceptar el paso á los franceses, lo cual debía procurar evitar á todo trance el mariscal Monecy, si no quería esponerse á un gran apuro, mediante á que, habiendo perdido los mejores soldados de su ejército, y viéndose embarazado con un considerable número de heridos, podía fracasar muy fácilmente, empuñando una lucha semejante á la en que obtuvo un éxito tan feliz cuando iba marchando sobre Valencia. Unido esto á que la carretera que atraviesa el Júcar por Alcira y que va por la provincia de Murcia á Almansa para evitar el paso de las montañas, era mucho mejor que la otra, aunque un poco mas larga, bastó para decidir al mariscal

Monecy á marchar recto sobre el Júcar con objeto de batir al general Cervellon, forzar el desfiladero de Almansa, y regresar por Albacete.

Habiendo llegado el 1.º de julio á las márgenes del Júcar, encontró allí á los insurgentes de Valencia y Cartagena, situados al otro lado del río, cuyo puente habían tenido la precaucion de cortar. El ejército francés atravesó el Júcar, vadeándolo por tres diferentes puntos, y restableciendo en seguida el puente, hizo pasar por él sus inmensos bagages. El 2 lo empleó en dar algun descanso á sus tropas, y el 3 habiendo llegado á su noticia que los insurgentes trataban de impedirle el paso por las montañas de Murcia, conocido con el nombre de desfiladero de Almansa, se apresuró á atravesarlo, y logró su intento sin tropezar con grandes dificultades, rechazando á los insurgentes donde quiera que se le presentaban, y apoderándose de parte de su artillería. Volviendo acto continuo á emprender su marcha lenta y metódica, llegó el 5 á Chinchilla y el 6 á Albacete. En esta ciudad supo con gran satisfacción, que la division Frère, que en un principio debió ir á situarse á Madridejos escalonándose sobre el camino de Andalucía, y que habia sido después enviada á San Clemente por orden del emperador, se hallaba muy poco distante de sus tropas, y el 10 de julio efectuó su reunion con ella.

El mariscal Monecy traía su division en buen estado, puesto que aun cuando llegó á Albacete un poco cansada, no habia dejado en el camino un solo herido, ni siquiera una pieza de artillería. Forzoso es repetir, sin embargo, que si bien habia logrado, merced á la lentitud de su marcha, conservar entera su division, esta misma lentitud fué causa de

que se le fuese de entre las manos la conquista de Valencia, de cuya ciudad se hubiera seguramente apoderado, como se apoderó de Córdoba el general Dupont, si hubiese caminado con la rapidez necesaria para sorprender á los insurgentes antes de que estos hubiesen tenido tiempo para hacer sus preparativos de defensa. Esto no obstante, su determinacion de marchar lenta y firmemente por en medio de las provincias sublevadas, batiendo al enemigo donde quiera que se le presentaba, y sin dejar sembrado el camino de enfermos, heridos y bagages, no dejó de tener su mérito á los ojos de Napoleon, el cual mostró cierta complacencia en reconocerlo y proclamarlo así.

Mientras que el mariscal Moncey ejecutaba esta marcha difícil, la provincia de Cuenca, que en un principio se mostrara tan tranquila, se habia sublevado y apoderádose del hospital que el mariscal Moncey habia establecido durante su estancia en ella, para colocar sus enfermos. El general Savary habiase visto, por ende, en la precision de enviar para castigarla una columna de tropas al mando del general Caulaincourt, quien entregando la capital á sus soldados para que la saqueasen por espacio de dos horas, dió margen á que estos usasen del permiso con tanto provecho suyo material, como perjuicios acarreo á la moralidad del ejército.

Aun cuando los sucesos de Valencia precedieron algunos dias á la batalla de Medina de Rioseco, la noticia que se tuvo de ellos en Madrid, coincidió con la de la victoria obtenida por nuestras tropas en la mencionada batalla. Y si bien los españoles se mostraban triunfantes y enorgullecidos por la resistencia tenaz que habian ha-

llado nuestras tropas en Zaragoza y Valencia, resistencia que por otra parte revelaba la necesidad de emplear ataques sérios para someter á nuestra obediencia las grandes ciudades sublevadas, no por eso era menos cierto que nuestra campaña proseguia siendo victoriosa en la Peninsula. Los insurgentes no podian presentarse en parte alguna á nuestras tropas sin ser rápida y completamente dispersados. El general Dubesme, á quien como ya hemos dicho, volvió á incorporársele el general Chabran, hizo con él diferentes salidas de Barcelona, en las cuales consiguió apoderarse del fuerte de Mongat, tomar y entrar á saco en la reducida ciudad de Mataró, y regresar, por último á Barcelona despues de sembrar el terror por todas partes, y de ejercer la represion mas enérgica, sin experimentar otro fracaso que el que sufrió al pretender escalar á Gerona. El general Verdier, que hasta entonces no habia logrado aun penetrar en Zaragoza, era, sin embargo, dueño de todo Aragon, y habia enviado una columna á Calatayud al mando del general Lefebvre, que hizo un ejemplar castigo en la mencionada ciudad. En Rioseco, en fin, como hemos participado ya antes de ahora á nuestros lectores, habiamos logrado anonadar el único ejército respetable que se habia presentado hasta entonces á nuestras tropas. Nuestro ascendiente, por tanto, en el Norte, quedaba asegurado completamente. Las dificultades estaban en el Mediodía, donde el general Dupont, acampado sobre el Guadalquivir, y á la falda de Sierra Morena, tenia que habérselas con un ejército que prometia ser numeroso, y el cual no se componia solamente de paisanos, sino que contaba tambien

con bastantes tropas de línea. Los españoles no se limitaban ya á hacer frente al general Dupont; habíanlo reducido á mantenerse á la defensiva en Andújar, y si desgraciadamente llegaba á sufrir algun descalabro en esta posicion, los insurgentes de la Andalucía y de Granada por una parte, unidos á los de Cartagena y Valencia, y por otra los de Estremadura, podian atravesar la Mancha y presentarse sobre Madrid en considerable número; lo cual habria hecho cambiar enteramente la faz de la guerra. Esto, no obstante, y á pesar de los rumores que entre los españoles corrian sobre este propósito, se estaba muy lejos de temer la posibilidad de semejante desgracia. El general Dupont habia recibido ya, en efecto, la division Vedel, cuya fuerza aumentaba el número de tropas de su mando hasta el total de unos diez y siete ó diez y ocho mil hombres. Contabase ademas con su notoria pericia, y nadie imaginaba que un general que se habia hallado delante de Albeck con solos seis mil hombres á presencia de sesenta mil austriacos, y que habia salido de esta situacion haciendo cuatro mil prisioneros, pudiese sucumbir ante insurgentes indisciplinados, en los cuales acababa de hacer el mariscal Bessieres tan atroz carnicería con tan escaso número de gente. Teniase, por tanto confianza de obtener un buen éxito en Andalucía, si bien no habia de ello una completa seguridad. El general Savary, de conformidad con el parecer de Napoleon, quien no podia dirigir los asuntos militares sino desde lejos, y con la incertidumbre consiguiente al tiempo y las distancias, habia enviado al general Gobert á Madrideojos, á fin de que reemplazase en este punto á la division Fré-

re, empleada, segun se ha visto, en socorrer al mariscal Moncey hácia San Clemente. El general Gobert tenia orden de dirigirse hácia lo interior de la Mancha, y de avanzar, si las circunstancias lo exigian, hasta Sierra Morena, á fin de incorporarse con el general Dupont. Este caso habia llegado ya, y sus tropas iban á ocupar el hueco de la division Frère, destinada á la sazón á otro punto. Habiendo marchado uno de los cuatro regimientos que aquel mandaba, á custodiar un convoy hasta Andújar, no le quedaban ya mas que otros tres de infantería, excelentes á pesar de hallarse compuestos de soldados bisoños, y un soberbio regimiento provisional de coraceros al mando del bizarro oficial el mayor Cristophe. Verificada que fuese la reunion con el ejército expedicionario de Andalucía ninguna duda era dado abrigar acerca del éxito de nuestras operaciones en el Mediodia de España. Pero no se habian limitado á esto solo las precauciones del general Savary; habia ademas concentrado sobre la córte la division Musnier, procedente de Valencia; la de Frère, que habia sido enviada en su socorro, y la columna Caulaincourt, que habia ido á castigar la ciudad de Cuenca: y si á esto se añade, que todavia conservaba la division Morlot perteneciente al cuerpo de ejército del mariscal Moncey, la guardia imperial, y que acababa de recibir la brigada Rey, que habia servido á José de escolta, hallaremos que entre todas estas fuerzas componian un total de veinte y cinco mil hombres, el cual hubiera ascendido á mas de treinta mil, á no ser por los muchos enfermos y heridos que entre ellos se contaban. Con semejante número de tropas; parecenos que habia

mas que suficientes para frustrar todas las esperanzas de los españoles, los cuales insistían, sin embargo, en decir que Valencia y Zaragoza se mantendrían firmes; que el general Dupont se vería obligado á retroceder y á repasar Sierra Morena, que bien pronto despues se verían venir en su seguimiento los insurgentes de Estremadura, Andalucía, Granada, Cartagena y Valencia; que los del Norte tardarian poco á reaparecer sobre el camino de Burgos, y que en vista de una aglomeracion de fuerzas tan considerable, la nueva monarquía no tendria otro remedio que volverse de Madrid á Bayona. Los franceses, por el contrario, aguardaban ver en breve tomada por asalto á Zaragoza; á la division del general Verdier marchando sobre Valencia con el cuerpo del mariscal Moncey, y al general Dupont avanzando en triunfo por Andalucía, y sometiendo todo el Mediodía de España. Del éxito que allí tuviesen nuestras operaciones, dependia el que prevaleciese una de las dos alternativas mencionadas: así es, que las miras de los españoles y las de los franceses estaban concentradas á la sazón (del 15 al 20 de julio), exclusivamente sobre Andalucía.

El general Dupont, como ya dejamos dicho, despues de abandonar á Córdoba, fué á acamparse en Andújar, sobre el Guadalquivir: posicion muy mal escogida, por cuanto hubiera estado mucho mejor en Bailén, á la entrada de los desfiladeros cuya interceptacion hubiera evitado con sola su presencia, y donde habria encontrado una posicion mucho mas sana para sus tropas, al propio tiempo que elevada, dominante, y desde la cual hubiera podido precipitar en el Guadalquivir á cuantos

hubiesen intentado atravesarlo. Este general, segun hemos indicado ya tambien, habia colocado la brigada Pannetier delante del puente de Andújar; y un poco inclinada á la izquierda, la brigada Chabert un poco á retaguardia, é inclinada hácia la derecha; los marinos de la guardia dentro del mismo Andújar; los dos regimientos suizos á retaguardia de la ciudad, y la caballería, á lo lejos en la llanura. Los insurgentes los dejaron permanecer en esta posicion sin pensar siquiera en inquietarlos durante el fin de junio y principios de julio, mediante á que los sublevados de Andalucía y de Granada tenían necesidad de este tiempo para organizarse, concertarse unos con otros, y verificar su reunion entre Córdoba y Jaen. Las únicas hostilidades con que fué molestado el general Dupont en el mencionado periodo procedian de la ocupacion de Sierra Morena por un enjambre de bandidos, los cuales daban muerte á los correos é interceptaban los convoyes. Las bandas de Echevarri se collocaban tan bien en los puntos de acecho, que ni un solo hombre á caballo podia pasar entre Puerto del Rey y la Carolina sin ser asaltado, atento á que por otra parte, las mugeres y hasta los muchachos de estas dos poblaciones, estaban constantemente de guardia para indicar á aquellas la aproximacion de cualquier pasajero. Durante aquella fatal inaccion de cerca de un mes, motivada en parte por el retardo de los refuerzos pedidos, el general Dupont habia espedido por las cercanías de Andújar algunos destacamentos, á fin de que castigasen á los insurgentes y procurasen víveres para las tropas. A Jaen envió al capitán de los marinos de la guardia Baste, oficial an enten-

dido como intrépido, con la mision de castigar á la ciudad mencionada, la cual habia contribuido á la matanza de nuestros heridos y de nuestros enfermos, y con la de sacar de ella los muchos recursos que contenia. El capitán Baste, con un batallon, dos piezas de artillería, y unos cien caballos, entró audazmente en Jaen, puso en fuga á sus habitantes, y regresó al campamento con un inmenso convoy de viveres, de vinos, y de medicamentos de toda especie.

El general Dupont, que por desgracia no supo conocer los inconvenientes grandes de la posicion de Andújar, si bien los presentia de un modo confuso, estaba constantemente en el mayor recelo acerca de Bailen y de la barca de Menjibar, que facilitaba el paso del Guadalquivir por delante de aquella ciudad. Merced á este recelo, habia mandado un destacamento al punto donde se hallaba la barca, y estaba practicando reconocimientos á cada paso. Su inquietud se estendia aun á mas allá, puesto que se veia obligado asimismo á llevar sus exploraciones por la izquierda de Bailen hasta Baeza y Ubeda, desde donde partia un ramal de camino, que, atravesando por Linares, iba á dar detras de Bailen á las inmediaciones de la Carolina y muy cerca de la entrada de los desfiladeros. Y he aquí llegado el caso de repetir, que se hubiera ahorrado semejante incumbencia, colocandose en la misma ciudad de Bailen, para la seguridad de la cual con sola su presencia tenia bastante, y desde donde algunos destacamentos ó avanzadas de caballería, enviadas sobre Baeza y Ubeda, hubieran sido suficientes para garantizarle de toda sorpresa. El cuidado mayor que ordinariamente le aque-

jaba, á pesar de hallarse en la fertil y rica Andalucía, era el de proveer de viveres á sus tropas. Los carneros, ganado que tan extraordinariamente abunda en las dos Castillas y Estremadura, escaseaban bastante en Sierra Morena, donde apenas se encontraba alguna que otra cabra; vianda mal sana y poco nutritiva. El trigo escaseaba tambien, porque la cosecha del año anterior habia sido devorada ó destruida por los insurgentes, y la de aquel año aun no se habia recogido: de suerte que nuestros soldados se veian precisados á segar las mieses por sí mismos para tener pan, y así todos se hallaban á media racion. Dábaseles en cambio, cebada que hacian cocer con su racion de etapa, comiendo revueltos ambos articulos. Para moler el trigo que segaban, no habia mas que un solo molino en la orilla del Guadalquivir, y este molino tenian que defenderlo diariamente contra los ataques de los españoles. Hallábanse ademas en aquel clima abrasador privados de frutos y legumbres frescas. El vino si bien era excelente en pueblos algo distantes del punto donde estaba acampado el ejército, como en Valdepeñas, tenia que venir por Sierra Morena, puesto que esta villa pertenece á la Mancha. Hacíase traer, sin embargo, á precio de oro, mas solamente para los enfermos. El vinagre, tan útil en los países cálidos, faltaba tambien. El agua del Guadalquivir estaba casi siempre tibia. De manera que para soldados jóvenes poco habituados á climas de una temperatura estremada, tan larga residencia en Andújar era punto menos que insufrible y muy peligrosa. Ademas de los heridos, habia ya un gran número de enfermos, atacados de disenteria. La falta absoluta de noticias añadia

á los padecimientos físicos el sufrimiento moral de una tristeza profunda. El soldado, sin embargo, aunque poco aguerrido todavía, tenía el convencimiento de su superioridad, y una gran confianza en su general en jefe, y deseaba ardientemente, por tanto, ocasiones en que medirse con el enemigo.

Esta confianza acreció extraordinariamente con la llegada de la division Vedel, el cual, habiendo partido de las cercanías de Madrid á fines de junio, llegó el 26 á Despeña-Perros, poblacion situada á la entrada de los desfiladeros, y logrando forzarlos, causando ademas alguna pérdida á Agustín Echevarri, desembocó sobre la Carolina, bellissima colonia fundada á fines del siglo pasado por Carlos III. El angosto valle por donde se atraviesa Sierra Morena, se estiende un poco hacia la Carolina, alárgase luego hasta Guarroman, y siguiendo hasta Bailen, se abre anchamente al desembocar sobre el Guadalquivir. El ramal de camino de travesía de que antes hemos hablado, y que conduce desde Baeza á Ubeda, por Linares, á la entrada de los desfiladeros, desemboca en Guarroman entre la Carolina y Bailen.

La division Vedel, despues de detenerse en la Carolina y de ponerse en comunicacion con el general Dupont, fué á situarse en Bailen, dejando un batallon á su retaguardia para guardar la entrada de los desfiladeros, y colocando en vanguardia otros dos para guardarla barca de Menjíbar. Inmediatamente que la division Vedel se incorporó con el cuerpo de ejército del general Dupont, y despues de designarle éste la posicion que debía ocupar, le recomendó la vigilancia mas es-

quisita sobre su retaguardia y sobre su izquierda, á fin de que el enemigo no pudiese apoderarse de los desfiladeros, é interceptarlos. Con la llegada del general Vedel atenuábase algun tanto el inconveniente de no haber acampado el grueso del ejército en Bailen; todavía quedaba, empero, la desventaja de estar á la defensiva, hallándose las fuerzas á distancia de seis leguas unas de otras, y detrás de un rico vadeable por todos lados. Un enemigo audaz podia muy bien, en efecto, pasar aquel por la noche, é interponerse entre las dos posiciones que ocupaban nuestras tropas. Así, pues, el número de las fuerzas francesas, á pesar de la incorporación del general Vedel, no era bastante considerable para que pudiese dividirse sin riesgo á presencia de los insurgentes de Andalucía. El cuerpo de ejército del general Dupont, por otra parte, habia mermado bastante á causa de los muchos enfermos. La division Barbou no podia ya presentar al enemigo mas que unos cinco mil setecientos hombres, ó seis mil cuatrocientos á lo sumo, contando con los ingenieros y la artillería. Los marinos de la guardia serian cuando mas unos cuatrocientos, y los dragones y cazadores á caballo unos mil ochocientos, cuyas fuerzas juntas componian un total de ocho mil seiscientos franceses. Los suizos, de cuyas filas tan pronto desertaban soldados á los insurgentes, como ingresaban en ellas del campo de estos, hallábanse reducidos á unos mil ochocientos hombres, y en una especie de flotacion constante, que no permitia que se pudiera contar con ellos con alguna seguridad. La division Vedel traía unos cinco mil cuatrocientos hombres de todas armas, y doce piezas de artillería: de manera,

que unidas estas tropas á los ocho mil seiscientos hombres del general Dupont, formaban un ejército de catorce mil combatientes, y de diez y seis mil, añadiendo los suizos: fuerza, que aun hallándose reunida, no era una gran cosa, comparada con los cuarenta ó cincuenta mil insurgentes, cuya llegada próxima se anunciaba como segura. Mas habiendo llegado de allí á poco tiempo la division Gobert, y trayendo un refuerzo de cuatro mil setecientos hombres próximamente entre infantería y caballería, el cuerpo de ejército del general Dupont se aumentaba insensiblemente á la fuerza deseada (la cual no escedia, sin embargo, de diez y ocho mil franceses y dos mil suizos) para el instante mismo en que los insurgentes se decidiesen á mostrarse á la ofensiva. La division Gobert trajo al general Dupont la noticia de los descalabros sufridos delante de Zaragoza y de Valencia, la de la retirada del mariscal Moncey sobre Madrid, la del aislamiento en que, á consecuencia de esta retirada, quedaba el ejército de Andalucía, y la recomendacion terminante de que se mantuyese firme sobre el Guadalquivir sin avanzar un ápice hacia el Mediodía de España. En el estado en que se hallaban las cosas, un paso semejante hubiera sido, en efecto, asaz imprudente.

Ni era tampoco necesario para sacudir tremendos golpes á la insurreccion, puesto que en aquellas circunstancias iban á presentarse ocasiones á miles en que poder efectuarlos, sin abandonar la defensiva. Los insurgentes de Granada, parte de ellos suizos y parte españoles, en número de doce á quince mil hombres al mando del general Reding, se habian puesto en marcha para Jaen, y

mientras que se encaminaban á esta ciudad los sublevados de Andalucía á las órdenes del general Castaños, en número de veinte y tantos mil llegaban á Bujalance, y á juzgar por las demostraciones de algunas bandas de guerrilleros, y por las patrullas de caballería, no debian estar ya muy lejos. Aun cuando el espionaje militar era cosa imposible en España, mediante á que ningun paisano quería hacer traicion á la causa de su país (sentimiento noble que compensaba la ferocidad de aquel pueblo, y que la hacia comprender) no era difícil con todo, por los datos que á cada paso se recogian acerca de esta doble marcha, formarse de ella una idea aproximada, y prepararse con tiempo para la resistencia. El general Dupont podia muy bien, dejando la division Gobert en Bailen y en Menjibar, avanzar con las divisiones Barboa y Vedel hasta el otro lado del Guadalquivir, interponerse entre los dos ejércitos enemigos con catorce ó quince mil hombres, batirlos uno tras otro, ó reunidos, y regresar á su posicion despues de darles un buen golpe. Fuese cual fuese su fuerza, no hubiera sido seguramente una temeridad el ir á encontrarlos en la proporcion de uno contra dos: ni esta operacion, por otra parte, para la cual tenia que hacer tan solo un movimiento de tres ó cuatro leguas, podia considerarse como una infraccion de la orden de no avanzar hacia el Mediodía de España. Mas si esta resolusion, sin embargo, le parecia un poco atrevida, podia tambien, guardando la defensiva mas rigorosa y esperando al enemigo, ir á reunirse con Vedel y Gobert en Bailen mismo, con la completa seguridad de destrozár con veinte mil hombres desde esta ventajosa posicion cuantas

fuerzas enemigas se le presentasen. Abandonar á Andújar para irse á Bailen, no era infringir la orden de no retroceder mas allá de Sierra Morena, así como el avanzar cuatro leguas desde la primera de estas dos ciudades no era infringir tampoco la de no internarse en Andalucía.

Pero el general Dupont, á pesar de tener tres divisiones á su mando, permaneció inmóvil á presencia de los españoles, sin concebir nada, sin ordenar nada, y sin tomar, en fin, otra disposición que la de conservarse él en Andújar, dejar á Vedel en Bailen, y á Gobert en la Carolina, recomendando á cada uno de ellos que procurasen defenderse, y ejercer en torno suyo la mas completa vigilancia, á fin de que el enemigo no pudiese apoderarse de los desfiladeros, entrando por Baeza, Ubeda y Linares.

El 14 de julio por la tarde mostráronse los insurgentes sobre las llanuras que dominan el Guadalquivir, y frente por frente de Andújar. Las tropas de Granada á las órdenes del general Reding, se habian quedado en Jaén aprestándose para reunirse en esta ciudad con las de Andalucía. Estas, que eran las que se hallaban al frente de Andújar, venian de la Andalucía baja por Sevilla y Córdoba, al mando del general Castaños, y aun cuando su objeto era asimismo ir á Jaén á incorporarse con las de Granada, habian querido, sin embargo tantear antes la posicion de Andújar, para ver si era posible desalojar de ella á los franceses. Las tropas del general Castaños, en número de unos veinte mil hombres, eran en parte tropas organizadas á las cuales se habian ingerido algunos de los nuevos alistados, y parte voluntarios regimentados

en cuadros de nueva creacion. A no dudarlos, eran mucho mas disciplinadas y compactas que cuantas habia visto nuestro ejército hasta entences, puesto que se componian principalmente de las tropas del campo de San Roque, y de las de la division que debió haber invadido á Portugal á las órdenes del general Solano.

En la madrugada del 13 de julio, presentándose en masa las fuerzas del general Castaños, obligaron á nuestras avanzadas á retirarse, y á que les abandonaran las eminencias que dominan las márgenes del Guadalquivir. Despues de lo cual, cada cuerpo ocupó la posicion que le habia sido designada para el combate: la guardia de Paris, en las fortificaciones construidas delante del puente; la tercera legion de reserva sobre la orilla del rio; los marinos de la guardia en Andújar; la brigada Cabert, á la derecha de la ciudad; los suizos, á la retaguardia, y la caballeria con el 6.º provisional, á lo lejos en la llanura, para observar á las guerrillas indisciplinadas, que iban marchando en torno del ejército español, como los cosacos en torno del ejército ruso.

La vista del enemigo produjo tan buen efecto en los franceses y los regocijó en tales términos, que aun cuando entre ellos estaban enfermos una gran parte, manifestaban los deseos mas vehementes de venir á las manos. Pero los españoles no se atrevieron á pasar el rio á presencia del ejército francés, y se limitaron á dirigirle un fuego de cañon, que no nos causó gran daño, y al cual contestaron nuestras tropas con tibieza para no malgastar las municiones: nuestras balas, sin embargo, iban bien dirigidas, y cayendo sobre las com-

pactas masas, herian á la vez á una porcion de hombres. Sobre la orilla derecha del rio, ocupada por nuestros soldados, presentáronse tambien algunas guerrillas, de las cuales habian atravesado unas el Guadalquivir por puntos algo distantes de Andújar, y las otras bajaban de las gargantas de Sierra Morena á caer sobre nuestra retaguardia. El general Fresia lanzó contra ellas sus escuadrones, mientras que el 6.º provisional procuraba alcanzarlos á la bayoneta. Matáronseles unos cuantos hombres, y se obligó á aquellas bandadas de aves de rapiña á que se fueran volando hácia las montañas.

La jornada hasta entonces no prometia ser mas que un tanteo del enemigo, el cual procuraba hacer un ensayo de sus fuerzas contra nuestra posicion, y buscar el flanco que le ofreciese menos dificultades. Con todo, á juzgar por las apariencias, era de presumir que sus esfuerzos al siguiente dia, serian mas serios. El general Dupont, por tanto, despachó uno de sus oficiales al general Vedel á fin de saber lo que ocurría en Bailen y en la barca de Menjibar, al propio tiempo que para pedirle el envio de un batallon ó una brigada en el caso de que se hallase sin enemigos al frente: incumbencia que hubiera sido de todo punto superflua, si, como hemos repetido ya mas de una vez, se hubieran hallado reunidas en Bailen todas las tropas. El dia mencionado terminó con la calma mas profunda.

Los insurgentes de Granada, establecidos desde algunos dias antes en Jaen, se presentaron por el lado de Bailen á lo largo del Guadalquivir, tanteando por todas partes y procurando hallar el

flanco mas débil de nuestras posiciones. Pasaron la barca de Menjibar, lograron rechazar las avanzadas del general Vedel, el cual, saliendo á su encuentro con algunos de su division, y desplegando con aparato sus batallones, logró intimidar en tales términos á los sublevados, que desaparecieron completamente. Mas alla de Bailen, é inclinándose un poco á nuestra izquierda, hácia los puntos de Baeza y Ubeda, que cada dia inspiraban mayor inquietud, los insurgentes habian atravesado el Guadalquivir, y destacado algunas bandas de guerrilleros, que si bien eran poco temibles, podian dar ocasion, mirados desde lejos, á estraños errores. El general Gobert, que estaba apostado en la Carolina, mandó sus coraceros á Linares, así que tuvo noticia de la presencia de los españoles, para que pudiesen observarlos y contenerlos.

Las cosas en tal estado, y viendo el general Vedel que ya no quedaba al frente de él ningun enemigo, disponíase á regresar de Menjibar á Bailen, cuando la llegada del ayudante de campo del general Dupont, mandado por éste á pedirle un batallon ó una brigada, le hizo variar de propósito. Advertido por el ayudante de que el grueso de los enemigos se habia presentado al frente de Andújar, suponiendo que el verdadero peligro existía en esta ciudad, y cediendo á un celo irreflexivo, se decidió á marchar con su division entera al campamento del general Dupont, avisando al general Gobert que viniese á ocupar á Bailen, punto que iba á quedar descubierto, merced á la partida de sus tropas. Hecho lo cual, se puso inmediatamente en marcha al declinar el dia del 15,

y caminó toda la noche del 15 al 16. Aun cuando es innegable que el general Vedel obró de esta manera inspirado por un sentimiento honroso, no por eso fué menos imprudente su conducta, mediante á que no sabia lo que podia ocurrir en Bailen despues de su marcha, y la suerte que correria en su ausencia un punto tan importante para la seguridad del ejército.

El general Vedel dió vista á Andújar con todas sus tropas en la mañana del 16, y el general Dupont, lejos de reprenderle la precipitacion con que habia obrado, cediendo por su parte al placer que le causaba semejante refuerzo á presencia de un enemigo que se mostraba mas numeroso aun que la vispera, y mas dispuesto á empeñar un formal ataque, antes bien aprobó tal conducta, y hasta dió gracias por ella al general Vedel. Nuestros soldados, que durante dos meses no habian visto compatriotas suyos, dieron gritos de gozo al distinguir á sus camaradas, y se persuadieron de que iba á ser castigada, al fin, la jactancia de los españoles. Habia llegado el caso, efectivamente, de reparar las faltas cometidas, lanzándose sobre el enemigo con catorce mil franceses y dos mil suizos, y rechazandolo lejos de sí para largo tiempo. Nada era mas fácil, atendido el ardor de que se hallaban animados nuestros soldados. Pero el general Dupont, dejando á los españoles que cañonearan á su sabor á Andújar durante todo aquel dia, se limitó á regocijarse con la indecision é impericia que mostraban, sin hacer mas contra ellos que enviarles de vez en cuando alguna que otra bala de cañon. Los españoles, por su parte, deseando forzar la posicion de Andújar, y no atre-

viéndose á arrostrar tan árdua empresa, anduvieron bajando y subiendo una porcion de veces desde las montañas á las margenes del rio, y desde estas á las montañas, sin intentar atravesar el Guadalquivir á presencia de nuestras bayonetas. Solamente una vez trataron de hacerlo en aquel dia por la izquierda de Andújar, hácia la parte de Villanueva; pero como desde este punto se veia á la division Vedel, que venia marchando por el lado opuesto, desistieron de sus planes, y se volvieron á las montañas. La jornada, por tanto, acabó tan pacificamente como la de la vispera, con muy poca pérdida de nuestra parte entre muertos y heridos comparada con la que sufrieron los insurgentes, en los cuales no dejó de hacer riza nuestro fuego de cañon, á pesar de que habia sido mucho mas lento que el que ellos nos hicieron.

En Bailen, sin embargo, y en la barca de Menjibar, era muy distinto el aspecto que presentaban las cosas. El 16 por la mañana, mientras que el general Vedel iba caminando hácia Andújar, el general Reding, que, á la cabeza del ejército de Granada, habia hecho el 15 algunas tentativas contra Bailen, volvió á renovarlas con mas osadía que el dia anterior. Merced á la ausencia del general Vedel, los insurgentes cobraron ánimo, y no encontrando al pie de las alturas de Bailen, despues de haber pasado por la barca de Menjibar, mas que al general Liger-Belair, con un batallon y algunas compañías escogidas, desplegaron todas sus fuerzas presentándose en número de una porcion de miles de hombres ante el mencionado general, quien contando solo con algunos cien-

tos, no pudo tomar mejor partido que retirarse en buen orden. A esta sazón el general Gobert, advertido por Vedel de la evacuación de Bailen, marchaba sobre esta ciudad á fin de guarnecerla con tres batallones y algunos coraceros. La división del general Gobert, asaz mermada ya por los destacamentos de la Carolina, Guarroman, y Bailen, habia perdido además alguna fuerza en la garganta de Sierra Morena, y se presentaba por tanto al enemigo bastante disminuida. Esto no obstante, aquel jóven general, dotado de gran valor é inteligencia, logró con sus tres batallones y su reducida caballería reprimir á los insurgentes. El mayor Cristophe, á la cabeza de los coraceros, cargó tan vigorosamente á la infantería española, que ésta, poco acostumbrada á los rudos choques de aquellos esforzados ginetes, no pudo menos de replegarse. Desgraciadamente, empero, y mientras que el mayor Cristophe ejecutaba aquella carga brillante, el general Gobert, que se hallaba dirigiendo la acción, recibió en medio de la frente un balazo asestado desde un matorral por un guerrillero de los muchos que se emboscaban por todas partes, y cayendo en tierra sin conocimiento, solo sobrevivió algunas horas, con barto desconsuelo de sus soldados, los cuales sintieron su muerte con la mayor amargura.

El general Dufour, á quien correspondia por su graduación suceder á Gobert en el mando, se encargó de él sobre el campo de batalla, y al ver lo atribuladas que se hallaban las tropas francesas por la muerte de su general, creyó que no podia hacer mejor cosa que replegarse sobre Bailen. Los españoles, cuyo objeto no era otro que el de

buscar el flanco mas débil de nuestras posiciones, sin llevar formado el proyecto de atacarlas de una manera decidida, no pasaron mas adelante; retiráronse, empero, con la convicción de haber descubierto el punto por donde podrian conseguir después el apetecido resultado.

Habiendo regresado el general Dufour á Bailen, donde, como ya hemos dicho, habia parte de la división Gobert, y observando que los insurgentes no iban en su seguimiento, sino que permanecían fijos en las márgenes del Guadalquivir, inclinóse á creer, que el principal ataque de aquellos se dirigia á otro punto. En efecto, mientras que las apariencias del peligro se atenúan por la parte de Menjíbar, iba adquiriendo este unas proporciones en extremo alarmantes hácia Ubeda y Baeza. De las exploraciones mandadas hacer en esta dirección, ora fuese porque los oficiales encargados de ejecutarlas carecieran de la necesaria inteligencia, ora porque las bandas indisciplinadas que habian pasado el Guadalquivir por encima de Menjíbar revelasen que su objeto era engañar al enemigo, resultaba como muy probable la presencia de un ejército verdadero sobre el camino de travesía que desde Baeza y Ubeda va por Linares á la Carolina, pasando por detrás de Bailen. Esta probabilidad tomaba todavía mayor cuerpo con las reiteradas instrucciones del general Dupont, quien, lejos de reparar la falta que habia cometido en no ir á situarse en Bailen, la agravaba mas y mas por el contrario, con las continuas inquietudes de que su ánimo se hallaba poseído, y las cuales comunicaba también á sus lugartenientes. El día anterior, y aun aquel mismo día, escribió al general

Gobert, que estuviese muy alerta sobre el camino transversal que desde Ubeda y Baeza conduce á Linares, y que al menor indicio de un movimiento del enemigo hácia este lado, retrocediese con todas sus tropas desde Bailen á la Carolina, porque allí era donde estribaba la salvacion del ejército francés, y era preciso, por tanto, conservar tan importante punto á toda costa: jestraña precaucion, puesto que causó la pérdida del ejército, en vez de salvarlo!

El general Dufour, á quien desde la muerte de Gobert se trasmitian directamente las instrucciones del general en jefe, recibió además las noticias más alarmantes acerca del camino transversal de Baeza á Linares, y en esta atencion partió aquella misma noche de Bailen con direccion á la Carolina, creyendo que iba á salvar el ejército de la desgracia de ser rodeado. La ciudad de Bailen, por tanto, aquella fatal poblacion, donde nos estaba reservado hallar el primer escollo de nuestra grandeza, volvió á quedar evacuada y espuesta á la invasion del enemigo.

La conducta del general Dufour, sin embargo, era excusable en cierto modo por las instrucciones que habia recibido, por las noticias que le habian traído á Bailen, y por su confianza en el pronto regreso del general Vedel á esta ciudad, de la cual partió aquel la noche misma del 16 con direccion á la Carolina, dejando tan solo un corto destacamento en las alturas que dominan á Menjibar y el Guadalquivir.

Aquella misma noche llegó también á Andújar la noticia de la muerte del general Gobert, y la de la retirada de su division. Desde aquella ciudad

á Bailen solo habia de distancia, como ya hemos dicho, unas siete leguas francesas, para recorrer las cuales bastaban á un oficial, provisto de un buen caballo, dos ó tres horas. Las dos mencionadas noticias fueron recibidas en Andújar al declinar la tarde, y en el momento mismo en que cesaba el cañoneo, cuyos efectos insignificantes hemos participado ya á nuestros lectores. El general Dupont, que al aprobar la falta cometida por Vedel, se habia hecho partícipe de ella, empezando á sentir que aquel hubiese abandonado á Bailen por ir á Andújar, y á pesar de no tener conocimiento de la partida del general Dufour á la Carolina, intimó al general Vedel, convenciéndose que no podia menos de haber sido de gravedad un ataque que habia producido la muerte del general Gobert y la retirada de su division, que volviese á emprender inmediatamente la marcha sobre Bailen; que ocupase este punto á todo trance; que batiese en él, en la Carolina, en Linares, y en todas cuantas partes se mostraran á los insurgentes, y que hecho todo esto, regresase á toda prisa para ayudarle á destruir los que se hallaban al frente de Andújar. Mas no se le pasó ni un instante siquiera por las mentes el seguir con sus tropas á Vedel, bien fuese aquel mismo dia, ó bien con una jornada de retraso, á fin de impedir con más seguridad los resultados que temia. Fatal é increíble ceguedad de la cual ofrece muchos ejemplos la historia, mas, que por dicha de los ejércitos y de las naciones, no suele producir siempre tan funestos resultados. No acusemos, empero, á la Providencia: despues de lo de Bayona, no merecíamos ya tener la fortuna de nuestra parte.

El calor en aquellos días era inmenso. Las noches tampoco eran muy frescas, y la penuria de víveres continuaba siendo grande en Andújar; á duras penas pudo racionarse á los soldados de Vedel, los cuales partieron el 16 á media noche de aquella ciudad, causados aun de la jornada que habían hecho para venir á ella, y dejando á sus camaradas de la division Barbon en extremo entristecidos por su ausencia. La marcha duró toda la noche, y no llegaron á Bailen hasta las diez de la mañana del 17, á cuya hora el sol se hallaba ya bastante elevado sobre el horizonte, y era el calor insoportable.

Cuando el general Vedel fué informado en Bailen de que el general Dufour había partido para la Carolina, sin dejar en la ciudad mas que un corto destacamento, no pudo menos de mostrarse altamente sorprendido. Su sorpresa, sin embargo, cesó bien pronto, cuando supo el motivo que había impelido al general Dufour á emprender esta marcha, ó sea los rumores referentes á que un cuerpo de ejército español había pasado por Baeza y Linares con el objeto de apoderarse de los desfiladeros. En virtud de esta noticia, y con la misma irreflexion con que el día antes se había apresurado á dirigirse desde Menjíbar á Andújar, no dudó ni un solo momento acerca de la verosimilitud de lo que acababan de referirle. Aferróse, pues, en creer, que habiendo insistido tan poco los españoles en atacar la posición de Andújar, y no habiendo querido proseguir el triunfo obtenido en Menjíbar sobre el general Gobert, precisamente traían entre manos la ejecucion de algun proyecto calculado hábilmente, y que este no podía

ser otro que el de engañar á las tropas francesas por medio de un ataque falso, á fin de poder cercarlas por Baeza y Linares. Con todo, aunque dominado por un pensamiento que no trataba de profundizar, mandó hacer un reconocimiento delante de Bailen, para saber si desde aquella elevada posición que dominaba todo el valle del Guadalquivir se descubria alguna cosa. El destacamento enviado á hacer esta exploracion, regresó sin haber descubierto fuerza alguna ni al pie de las alturas ni en el Guadalquivir mismo. Despues de lo cual, ya no quedó duda alguna al general Vedel acerca de los planes de los insurgentes: en su concepto, el enemigo había pasado reunido en número considerable por Baeza y Linares con direccion á la Carolina, á fin de cerrar al ejército francés el paso de los desfiladeros de Sierra Morena. Asi es, que ya no vaciló mas, y á no haber sido por el calor, que aquel día llegaba á cuarenta grados del termómetro Reaumur, y á causa del cual caian hombres y caballos atacados de apoplejia, se hubiera puesto inmediatamente en marcha. Aguardó, sin embargo, hasta la caída de la tarde del mismo día 17, en la cual partió de Bailen, llevándose consigo hasta el puesto avanzado que guardaba las eminencias del Guadalquivir: ¡tal era su temor de no llegar con fuerzas suficientes á la Carolina! Los generales en jefe suelen tener, mientras les sonre la fortuna, lugartenientes que corrijan sus faltas: esta vez, empero, los gefes subordinados al general Dupont no hicieron otra cosa que agravar las suyas.

Entre tanto, de todos aquellos presuntos movimientos del ejército español hacia la Carolina por

Baeza y Linares, ninguno era verdadero. Bandas de guerrillas mas ó menos numerosas habian inundado las márgenes del Guadalquivir, apoderándose de Sierra Morena, y logrado engañar á oficiales poco peritos ó poco vigilantes, mientras que los dos principales ejércitos se habian situado el uno delante de Bailen, y el otro al frente de Andújar. Su verdadera intencion no habia sido otra que la de tantear por todas partes las posiciones de los franceses, á fin de descubrir el flanco por donde podrian atacar con mas probabilidades de éxito. Impacientes los sublevados por entrar en accion, pedian á voz en grito que se empezase esta al momento, fuese por el lado que se quisiera; pero el general Castaños, cuya prudencia se acreditó en aquella ocasion, resistió energicamente á los declamadores de su estado mayor para evitar un descalabro semejante al que sufrieran la Cuesta y Blake, y sus tentativas no tenian otro objeto que el de entreteer á los impacientes, buscando al propio tiempo el punto por donde la imprudencia de emprender la ofensiva fuese menos grande. La actitud imponente que el ejército francés ofrecia en los dias 15 y 16 delante de Andújar, y su resistencia menos invencible entre Menjíbar y Bailen, puesto que uno de sus generales habia sido muerto en aquel choque, y abandonado el terreno á las tropas españolas, le indicaban que el punto que ofrecia mas probabilidades de un buen resultado, era sin duda alguna aquella ciudad. Este cálculo de Castaños, que revelaba su mucha perspicacia, debia ser coronado en breve por el éxito mas feliz; la fortuna iba á declararse tan propicia á aquel general, merced á sus pru-

dentes previsiones, como contraria al general Dupont por sus errores fatales. El general en jefe del ejército español convocó un consejo de guerra, en el cual manifestaron los sublevados impacientes su opinion de atacar de frente y sin la menor demora la posicion de Andújar; pero el prudente y entendido Castaños opinaba que esto seria tentar demasiado á la fortuna, y no queria arriesgarse á sufrir un revés tan fácil de evitar. A su juicio, los acontecimientos del dia anterior prometian que habia de obtenerse mucho mejor resultado atacando por el lado de Bailen; proyecto que, por otra parte, le acomodaba tanto mas, cuanto que hacia recaer la responsabilidad de la empresa sobre el general Reding y los insurgentes de Granada. Para secundar esta tentativa, convino que se agregaria al general Reding la division Compigny, que era una de las mejor organizadas del ejército de Andalucia, y que el general Castaños permaneceria con las dos divisiones Jones y Peña al frente de Andújar, á fin de mantener engañados á los franceses sobre el punto sobre el cual iba á dirigirse verdaderamente el ataque. Reforzado el general Reding, cuyas fuerzas ascendian á doce mil hombres, sobre poco mas ó menos, con seis ó siete mil hombres mas, reunia un ejército de diez y ocho mil, mientras que aun quedaban otros quince mil hombres lo menos al general en jefe para ocupar la atencion de las tropas francesas en Andújar.

Acordado que fué este proyecto, procedióse inmediatamente á su ejecucion, y mientras que la division Compigny se ponía en marcha para Menjíbar, á fin de reunirse con las tropas del general

Reding y emprender juntas el ataque de Bailen, las tropas del general Castaños se desplegaban en la mañana del 18 con gran ostentacion sobre las alturas situadas al frente de Andújar.

Con todo, en el trascurso del día 17, y empleando alguna atencion, hubiera podido notarse desde el campo francés un movimiento sobre la derecha, verificado por los españoles con arreglo á los planes que estos acababan de adoptar. El general Fresia, comandante general de nuestra caballeria, habia enviado por el puente de Andújar un regimiento de dragones, á fin de que alargándose por las márgenes del Guadalquivir, esplorase el terreno: este regimiento llegó tan cerca del campo español, que los insurgentes se formaron en batalla y recibieron á tiros á nuestros ginetes. El coronel que mandaba nuestros dragones, tuvo tiempo, sin embargo, para ver clara y distintamente el movimiento de las tropas españolas sobre la derecha de Mecjibar, ó sea hácia Bailen, y se apresuró á ponerlo en conocimiento del general Dupont, quien parando mientes en esta circunstancia, formó la saludable resolucion de levantar el campo aquel mismo dia, lo cual hubiera cambiado su destino, y hasta el destino del imperio quizás, para marchar sobre Bailen. Sin tener necesidad alguna para ello de conocer las secretas intenciones del enemigo, era evidente, tanto por la direccion que llevaban las tropas españolas, como por los falsos rumores referentes á una tentativa contra la Carolina, que el peligro arreciaba por la izquierda de nuestro ejército hácia esta última poblacion y hácia Bailen, y que la mas segura de las maniobras, por tanto, era el marchar sobre estos dos puntos. Ade-

mas, la noticia que el general Dupont recibió aquella misma tarde sobre la partida del general Vedel á la Carolina, verificada poco despues de la de Dufour, y á consecuencia de las cuales habia quedado la ciudad de Bailen completamente abandonada, hubiera debido decidirle á ponerse en marcha sin perder momento. Tiempo habia para verificarlo en la noche del 17, puesto que los españoles no debian entrar hasta el 18 en esta ciudad.

Ofuscado, empero, constantemente el general Dupont con el aspecto de las masas enemigas que tenia delante de sí en Andújar, pudiendo creer á duras penas que el peligro hubiese cambiado de sitio, teniendo que llevar consigo un inmenso número de enfermos, y no queriendo dejar ninguno tras sí porque era equivalente á entregarlos á un asesinato seguro, remitió para la mañana del siguiente dia la ejecucion de su primer pensamiento, á fin de que la administracion militar tuviese aquellas veinte y cuatro horas que necesitaba para la evacuacion de los hospitales y el arreglo de los bagages; pretardo funesto, cuyas consecuencias no cesaremos de lamentar jamás!

La resolucion de levantar el campo fué aplazada, pues, para la mañana del 18, y aquel mismo dia recibió el general Dupont noticias de los generales Dufour y Vedel, los cuales le decian que proseguian buscando al enemigo por las gargantas de la sierra; que habian avanzado hasta Guarroman sin encontrarle; que iban á marchar sobre la Carolina y Santa Elena y sobre cualquier punto donde se dijese que se hallaba, y que despues de atacarlo intrépida é impetuosamente y de lograr des-

truirlo, volverian á situarse en Bailen, bien para permanecer en esta ciudad, ó bien para dirigirse á Andújar, á reunirse con el general en jefe. Pero Bailen, entretanto, proseguia á merced del mas insignificante destacamento enemigo, y todo anunciaba que los españoles reunidos en gran número se dirigian hácia esta ciudad. Una de nuestras avanzadas de caballeria, que llegó basta la orilla del Rumblar, torrente que atraviesa el camino de Andújar á Bailen, habia encontrado tambien á los enemigos. Preciso, era, pues, apresurarse á abandonar á Andújar sin perder momento si se queria llegar á Bailen antes que los españoles.

No siendo aun bastante todo esto para inspirar una grande inquietud al general Dupont, y creyendo este que las tropas que se habian visto en el barranco del Rumblar no seria mas que algun destacamento enviado á explorar el terreno, dió la orden de marchar para el citado dia 18, y á fin de ocultar su movimiento al general Castaños y de sacarle una ventaja de siete ú ocho horas, no quiso emprenderlo hasta por la noche. Haciendo saltar el puente de Andújar, hubiera podido retardar tambien la persecucion de los españoles: temiendo, no obstante, que el enemigo se pudiese sobre aviso con semejante esplosion, se contentó con destruirlo de manera, que costase á éste algun tiempo el quitar los obstáculos, y al caer la noche, entre ocho y nueve de ella empezó á levantar el campo. Desgraciadamente, tenia que llevar consigo, como hemos dicho ya, un inmenso número de bagages, porque el calor y los alimentos mal saenos habian aumentado estraordinariamente el número de los enfermos. Casi una mitad del ejército se hallaba

atacada de disenteria. En los hospitales únicamente habia podido admitirse á los soldados enfermos de mas gravedad, y proseguian por tanto en las filas una gran porción de hombres que apenas podian sostener las armas. De consiguiente, no hubo otro remedio que colocar en los carros á los mas enfermos, dejando á pie quinientos ó seiscientos soldados para los cuales no habia medios de transporte, y que, pálidos, enjutos, sosteniéndose á duras penas, daba compasion el verlos caminar detras de los bagages. El calor de aquel dia habia sido tan fuerte, que pasó de 40 grados. Los españoles de mas edad no recordaban haberlo sufrido igual en su vida. El ejército francés, por tanto, emprendió la marcha, abrumado por el calor que experimentara durante el dia, y aun cuando el sol habia desaparecido ya del horizonte, hombres y caballos respiraban á duras penas en aquella atmósfera de fuego. Agréguese á esto, que aquel dia no habia podido distribuirse racion entera: asi es, que el soldado se puso en camino, atormentado por el hambre y por la sed, y agoviado además por la tristeza que le infundia una retirada, la cual no denotaba que los asuntos se hallasen en buena situacion.

Como puede concebirse fácilmente, el general Dupont tenia que vigilar y atender con esmero á la seguridad de la retaguardia de sus tropas, porque el general Castaños, cuyo espionage debia y tenia que ser infinitamente mejor que el nuestro, podia recibir de los mismos habitantes de Andújar la noticia de la retirada de los franceses y emprender al punto la marcha en su persecucion. El general Dupont, por tanto, no colocó á la cabeza de los ba-

gages mas que una brigada de infanteria; la brigada Chabert, que era la que durante su estancia en Andújar ocupaba la derecha del puente, y cuyo movimiento debia ser menos notado que el de cualquiera por hallarse mas distante del enemigo. La brigada Chabert cruzó con el mayor silencio de derecha a izquierda por detras de Andújar, y fué á situarse á la cabeza de la columna. Componiase esta brigada de tres batallones de la cuarta legion de reserva, y de un regimiento suizo-frances (el regimiento Freuler) cuya fidelidad no inspiraba desconfianza alguna, porque llevaba ya largo tiempo al servicio de la Francia. A la brigada Chabert, que constaba de dos mil ochocientos hombres próximamente, acompañaban un escuadron y una bateria de seis cañones de á cuatro. Iban en pos los bagages, que ocupaban dos ó tres leguas de terreno. Detrás de los bagages marchaban los suizo-españoles, (regimientos de Preux y Reding) cuya fuerza habia quedado reducida por la desercion á unos mil seiscientos hombres. Seguitalos la brigada Pannetier, compuesta de dos batallones de la tercera legion de reserva y de otros dos de la guardia de París, entre los cuales componian el número de unos dos mil ochocientos soldados con corta diferencia. La caballeria, en fin, compuesta de dos regimientos de dragones, otros dos de cazadores á caballo y un escuadron de coraceros, y reducida al total de mil ochocientas plazas de dos mil cuatrocientas que contaba en un principio, era la que cerraba la marcha con los marineros de la guardia y el resto de la artilleria. Este cuerpo de ejército, que constaba de mas de diez mil franceses y dos mil cuatrocientos suizos, cuando partió

de Toledo, y de ocho mil seiscientos franceses y dos mil suizos á su salida de Córdoba, no contaba, al levantar el campo de Andújar, mas que con siete mil ochocientos franceses, y mil seiscientos suizos, ó sea, un total de nueve mil cuatrocientos hombres. Ademas de su reducido número llevaban la contra de tener que marchar divididos por los bagages en dos masas, de las cuales era, como hemos dicho, mucho menos fuerte que la de retaguardia, así por el número como por la calidad de las tropas, la que marchaba á la cabeza de la columna. El general Dupont habia dispuesto su ejército en este órden, porque temiendo como temia que el general Castaños fuese en su persecucion, creia que el peligro estaba á retaguardia y no por la parte de vanguardia.

Las tropas francesas caminaron sin interrupcion toda la noche, á pesar del calor intenso que no atenuaba ni la mas ligera brisa, y á través de la nube de polvo que levantaban las columnas. Los caballos estenuados de fatiga, y bañados en sudor, tragaban al respirar, polvo en vez de aire. ¡Jamás precedió noche mas triste á un dia tan desventurado!

La vanguardia del ejército llegó á las tres de la madrugada á las márgenes del Rumblar, barranco, que, cuando lleva agua, se precipita por entre escarpadas rocas, en una torrentera profunda. Un pequeño puente sirve para facilitar el paso de un lado á otro. Al llegar á él nuestros soldados, quisieron detenerse á apagar la sed que los devoraba; pero desgraciadamente estaba el arroyo seco, y tuvieron que continuar la marcha sin conseguir su objeto. Pasado el puente del Rumblar, el camino

se eleva hácia unas eminencias cubiertas de olivos, en las cuales solian apostarse ordinariamente las avanzadas de la division francesa encargada de la custodia de Bailen, ciudad que dista unos tres cuartos de legua del barranco. En vez de las avanzadas del general Vedel, nuestro ejército distinguió á la claridad del alba, que empezaba á despuntar, un destacamento de tropas españolas, las cuales hicieron sobre él una descarga de fusilería, La brigada del general Chabert, que, como ya hemos dicho formaba la vanguardia, púsose al punto en defensa, y contestó al fuego del enemigo. El camino encajonado entre dos pequeñas alturas, estaba coronado por algunos batallones españoles formados en columna cerrada, los cuales seguramente nos hubieran impedido el paso del Rumbiar á haberlo defendido bien. Estos batallones formaban la vanguardia de los generales Reding y Compigni, quienes, ejecutando el plan adoptado por el estado mayor de los insurgentes, habian pasado el Guadalquivir en la mañana del 18 por la parte de Menjibar, y marchando inmediatamente sobre Bailen, evacuada completamente á la sazón por las tropas francesas, lograron establecerse en la ciudad, y colocar durante la noche en el camino de Andújar algunos batallones formados en columna cerrada, que eran precisamente los que en la madrugada del 19 hallaron nuestros soldados al otro lado del Rumbiar, estorbándoles el paso por el camino de Bailen.

La vanguardia francesa se puso en defensa al momento, colocándose en la izquierda del camino y en los olivares. Componíase las tropas que la formaban de un batallon de la brigada Chabert, de

cuatro compañías de cazadores y granaderos, de un escuadron de cazadores, y de dos piezas de á cuatro. Para dar tiempo á que un ayudante de campo fuese en busca de los otros tres batallones de la brigada Chabert, del resto de su artillería, y de la brigada de cazadores, empenó con el enemigo un fuego de guerrillas vivísimo, merced al cual pudo sostenerse por espacio de dos horas, sufriendo alguna pérdida y causando bastante á las fuerzas enemigas. A cosa de las cinco de la mañana, y cuando el sol estaba ya algun tanto elevado sobre el horizonte, llegó el resto de la brigada Chabert, cuyos soldados, á pesar de estar rendidos por no haber podido detenerse á tomar aliento, ni á apagar la sed que los devoraba, cargaron intrépidamente sobre los españoles, atacándolos ora de frente, ora por los flancos, hasta obligarles á abandonar las alturas del camino y á replegarse á su cuerpo de batalla. De este modo fueron caminando las tropas francesas hasta llegar á una pequeña llanura, cuyo terreno formaba algunas ondulaciones, y cuyos limites á derecha é izquierda eran unas colinas pobladas de olivos, y por el centro la ciudad de Bailen. El ejército español al mando de los generales Reding y Compigni, en número de diez y ocho mil hombres, y con un tren de artillería al frente, temible por lo numeroso y por el grueso calibre de las piezas, se hallaba dispuesto en tres líneas, é iba á ponerse en marcha sobre Andújar á fin de cogernos por retaguardia, mientras que el general Castaños nos atacara de frente, cuando la llegada de nuestra vanguardia vino á hacerle suspender este movimiento.

En el instante mismo, en que, despues de bar-

rer los batallones españoles que obstruían el camino, desembocaban en la llanura nuestras tropas, la artillería española vomitó sobre ella una descarga de metralla y de bala rasa horrible. El general Chabert mandó entonces que se colocasen al punto en batería las seis piezas de á cuatro que traía con su brigada; pero escasamente pudieron hacer algunos disparos, porque al momento fueron desmontadas é inutilizadas por la artillería enemiga. ¿De qué podían servir, en efecto, seis piezas de á cuatro contra mas de veinte y cuatro cañones bien servidos? A cosa de las ocho de la mañana, y cuando la brigada Chabert llevaba ya cuatro horas de combate, llegó el resto de nuestra artillería, la caballería, y la brigada suiza compuesta de los regimientos Preux y Reding. La brigada Pannetier, que era la que cerraba la marcha con los marinos de la guardia, recibió orden de ir á colocarse á retaguardia en las avenidas del puente de Rumbler, á fin de estorbar el paso á las tropas del general Castaños, si por casualidad venia con su ejército en persecucion de las nuestras, disposicion que fué una nueva desgracia, puesto que el único medio de salvacion estribaba en lanzar sobre un mismo punto todas las fuerzas, á fin de abrir un boquete en las filas enemigas sobre Bailen, y lograr incorporarse de este modo á las divisiones Vedel, y Dufour.

Pero sea como quiera, el combate se hizo mas vivo y mas general con la llegada de los refuerzos, y la brigada Chabert, la brigada suiza y la caballería desembocaron en la pequeña llanura de Bailen, esforzándose por ganar terreno. En vano habia intentado hasta entonces repetidas veces nues-

tra artillería hacer callar con sus piezas de á cuatro y de á ocho la formidable batería de cañones de á doce colocada en el centro de la línea española; á cada instante se veían desmontadas sus piezas, sin que hubiese logrado causar gran daño en la batería del enemigo. Lo único que pudo conseguir, fué lanzar unas cuantas balas dirigidas á las masas compactas de los insurgentes, con tal acierto, que barrián filas enteras. La brigada suiza de los regimientos de Preux y Reding, colocada en el centro, seguía portándose con valor y firmeza, á pesar de que le costaba gran trabajo el batirse contra los españoles, á cuyo servicio habia estado constantemente, y contra sus mismos compatriotas, de los cuales habia algunos batallones en las filas enemigas.

A esta sazón, y queriendo aprovecharse los españoles de su gran número para arrollarnos, trataron de trepar hácia una pequeña colina que se elevaba á nuestra derecha: notado, empero, este movimiento por el general Dupont, mandó contra ellos los dragones del general Pryvé, el batallón suizo francés Freuler, y otro de la cuarta legion de reserva. Estos dos batallones de infantería avanzaron con intrepidez de frente, mientras que el general Pryvé conducía al trote por su derecha los escuadrones de su mando, prescribiéndoles, al ver que los matorrales y los olivos les impedían marchar en correcta formacion, que se dispersaran en guerrilla, y que fuesen llegando como pudiesen, mientras que los batallones mencionados entretenían el fuego con los españoles. Hiciéronlo así nuestros ginetes, y volviendo á formarse cuando llegaron á la cima de la colina, se precipitaron

acto continuo á galope sobre los insurgentes, y rompiendo sus filas, los obligaron á replegarse sobre su línea de batalla, despues de haberles cogido tres banderas.

Otra tentativa semejante á la que los escuadrones del general Pryvé lograron frustrar por nuestra derecha se repitió por la izquierda de nuestras tropas. El general Dupont, que se habia decidido, al fin, á conducir en línea el resto de sus tropas, esceptuando un batallon de la guardia de París, que habia quedado de observacion en el puente del Rumblar, opuso la brigada Pannetier á este nuevo movimiento de los españoles, y ordenó á los dragones, haciéndolos pasar de derecha á izquierda, que renovasen la maniobra que acababa de producir tan buen éxito.

Mientras que los tres batallones de la brigada Pannetier hacian frente á las tropas españolas que amenazaban nuestro flanco izquierdo, tiroteándose con ellas, el general Pryvé, volviendo á comenzar la misma operacion, condujo sus dragones en guerrilla á través de la maleza y de los olivares, y volviendo á formarlos cuando llegaron á la esplanada, los lanzó en seguida contra los españoles, que, rotos y deshechos, merced á choque tan rudo, se replegaron de nuevo sobre el cuerpo de batalla. La brigada suiza, entretanto, continuaba manteniéndose con la misma firmeza en medio de la llanura, mientras que el bizarro general Dupré, que con sus cazadores á caballo formaba tambien parte de la línea, ejecutaba brillantes cargas sobre el centro de los insurgentes, los cuales se replegaban, á cada ataque que se les dirigia, ora por el centro, ora por los flancos, bien acuchillados ó

bien á la bayoneta, sobre sus dos líneas inmóviles, que ofrecian en el centro del campo de batalla el aspecto de un muro de bronce impenetrable. Estas dos líneas, cuyo número de tropas era triple ó cuadruple que el de las nuestras, tenian apoyada la retaguardia por la ciudad de Bailen, protegidos los flancos por alturas pobladas de bosque, y defendido, en fin, su frente por una artillería formidable. Ante semejante espectáculo, el valor de nuestros soldados empezó á desfallecer. Eran ya las diez de la mañana, y hacia un calor insufrible: hombres y caballos respiraban con dificultad, y sobre aquel campo de batalla devorado por el sol, no se hallaba ni una gota de agua, ni siquiera un árbol que diese sombra para que pudiesen refrigerarse en los cortos intervalos de una horrible lucha.

Pero ¿qué habia sido en aquellos momentos del general Vedel, que tanta prisa se habia dado en los dos días anteriores á trasladarse de un punto á otro, que se habia presentado en el campo francés cuando ninguna falta hacia, y que no acertaba á llegar cuando su presencia era necesaria? Esperábasele, sin embargo, de un instante á otro, en la confianza de que su tardanza no seria grande, puesto que el estampido del cañon debia llegar relumbando por aquellas gargantas profundas hasta la misma Carolina. El general Dupont, anunció su cercana presencia al ejército, á fin de reanimar el valor de sus soldados, y decidiéndose en seguida á intentar un movimiento general á fin de tomar por asalto la posicion, recorrió el frente de sus tropas, mandó pasar por delante de las filas las banderas arrebatadas por la caballería al enc-

migo, y al aspecto de ellas, despertóse el ánimo de sus jóvenes soldados, los cuales prorumpieron en los entusiastas gritos de ¡Viva el emperador! Algunos oficiales, inspirados por el peligro, opinaron entonces, que lo mejor sería formarse en columna cerrada sobre la izquierda, cargar sobre un solo punto, sobre el que pudiese facilitar el paso hácia el camino de Bailen á la Carolina, ó sea hácia la division Vedel, y lograr de este modo la salvacion, resignándose á un sacrificio doloroso, mas necesario, al de abandonar los bagages que conducian nuestros enfermos. Pero el general Dupont, cuya ceguedad no le abandonó un instante en aquellas fatales jornadas, desconoció la bondad de este consejo, y persistió en cargar de frente toda la línea de los españoles, como si hubiera tratado de desbaratar de un solo golpe su ejército entero. Dada que fué la señal de ataque, nuestras tropas se precipitaron en masa sobre el enemigo: habiendo sido empujadas con un horrible fuego así de fusilería como de metralla, su línea empezó á zozobrar y á deshacerse. Restablecieronla inmediatamente los oficiales, y lograron que volviese á avanzar mientras que el general Dupré, lanzándose con sus cazadores á caballo por los huecos de nuestra infantería, y dando el ejemplo con una vigorosa carga á la línea española por el centro de la misma, abrió en ella brecha, penetró en sus filas, y hasta llegó á apoderarse de algunos cañones, los cuales no pudo conducir á nuestro campo; mas cuando trató de proseguir mas adelante, vióse detenido por unas masas tan compactas é impenetrables, que le hicieron desesperar de poder introducirse ellas, y aquel infortunado general, des-

pues de hacer tan heroicos esfuerzos, fué derribado de su caballo, herido de una bala de cañon pedrero en el bajo vientre.

Era ya medio dia, y aquel combate tan desproporcionado contaba nueve horas de duracion. Casi todos los oficiales superiores habian sido muertos ó heridos. Los capitanes habian tenido que encargarse del mando de los batallones, y los sargentos primeros del de las compañías. Toda la artillería se hallaba desmontada. El general Dupont, desesperado y herido de dos balazos, queriendo atenuar sus anteriores faltas á fuerza de bravura, exigió á sus soldados una nueva prueba de abnegacion, y logrando volver á formarlos en línea, avanzaron sostenidos por el ejemplo de los marineros de la guardia imperial, los cuales prosiguieron portandose con la bizarría digna de su fama. Pero al llegar á la primera de las dos líneas enemigas, y despues de hacer un esfuerzo sobre ella, aterrados por el aspecto que ofrecia la inmovilidad de la segunda, regresaron otra vez á la entrada de aquella triste y fatal llanura, que no les fué dado atravesar. Un acontecimiento inesperado á la par que fácil de preveer, vino en aquel instante á poner colmo á su demoralizacion. Los regimientos suizos de Preux y Reding, cuya conducta al principio de la batalla fuera tan honrosa, empezaron á sentir un vivo disgusto de hacer fuego sobre los suizos y los españoles, compatriotas suyos los unos, y los otros compañeros de armas, y aun cuando veian al regimiento suizo-francés Freuler batirse á su lado con una extraordinaria fidelidad y bizarría, no resistieron por mas tiempo á sus simpatías ni á la mala fortuna, y á pesar de

los esfuerzos de sus oficiales, desertaron casi todos. Abandonado nuestro campo de batalla por mil seiscientos hombres, que se alejaron de él en breves instantes, no quedaban ya de los nueve mil soldados que entraron por la mañana en combate, mas que unos tres mil sobre el terreno. Mil ochocientos hombres, por lo corto, yacian en él muertos ó heridos por las balas; mil seiscientos acababan de pasarse al enemigo; y otros dos ó tres mil, estenuados de fatiga, y postrados por el calor y la disenteria, se habian echado al suelo arrojando las armas. En todos los ánimos reinaba la desesperacion mas honda. El general Dupont recorrió las filas desiertas de su ejército, y viendo en los semblantes de sus soldados señales inequívocas del dolor que á él mismo le devoraba, se convenció de que el último rayo de su esperanza estribaba en la llegada del general Vedel, y en esta atencion aguzó el oido á fin de escuchar si sonaban los cañonazos que indicasen su aproximacion. ¡Escuchó, empero en vano! Sobre aquella sangrienta y abrasada llanura, no resonaba ruido alguno, á escepcion de uno que otro tiro de fusil, mediante á que se habia cesado de combatir por ambas partes. De repente, y cuando empezaba á reinar el mas triste silencio, fué este interrumpido por fuertes detonaciones de artilleria. Mas ¡ay! nuevo motivo de desesperacion! aquellas detonaciones no se oian por la izquierda de nuestro ejército, sino á retaguardia, es decir, por el lado donde estaba el puente del Rumber! Efectivamente: noticioso el general Castaños á las dos ó las tres de la madrugada de la evacuacion de Andújar por los franceses, mandó sobre la marcha en su persecucion el resto

de sus tropas á las órdenes del general Peña, el cual, con arreglo á la señal convenida, anunciaba su aproximacion al general Reding por medio de algunos disparos. Desde aquel momento todo estaba ya perdido para nosotros: los tres mil hombres que permanecian en las filas, los tres ó cuatro mil dispersos por el campo, los heridos, los enfermos, todos, en fin, iban á ser irremisiblemente hechos trizas entre los dos ejércitos de los generales Reding, y Peña, cuyas fuerzas reunidas debian formar un ejército de unos treinta mil hombres. Ante semejante idea el dolor del general Dupont llegó á su colmo, y no entrevió otro recurso de salvacion que el de entrar en capitulaciones con el enemigo.

Entre sus oficiales habia un tal Mr. de Villoutreys, caballerizo del emperador, el cual habia sido agregado á su cuerpo de ejército, en virtud de peticion dirigida por aquel á Bonaparte para que lo empleara en un servicio mas activo. El general Dupont escogió al mencionado oficial para que se dirigiese al campo del general Reding, á proponerle una suspension de armas. Mr. de Villoutreys atravesó aquella triste llanura, teatro de nuestras primeras desgracias, y llegando á presencia del mencionado general, le pidió á nombre de su gefe una tregua de algunas horas, apoyándola en lo fatigados de pelear que se hallaban ambos ejércitos. Gozoso el general Reding de haber concluido con los franceses, mediante á que con semejantes adversarios siempre era temible un cambio de fortuna, adhirióse sin dificultad á la preparacion de la tregua, bajo la condicion de que fuese ratificada por el general en gefe don Francisco Javier

Castaños, y suspendió entre tanto el fuego. Mr. de Villoutreys regresó en seguida cerca del general Dupont, y recibiendo de éste el encargo de dirigirse al encuentro del general La Peña, á fin de que se detuviese en el puente del Rumblar, marchó hacia el indicado punto, y encontró en él á las tropas del general español, cuyas guerrillas empezaban á firotearse con el batallón de la guardia de París. El general Peña, menos dócil que el general Reding, y mas exaltado por las pasiones españolas, declaró, que por su parte se hallaba tambien dispuesto á acceder á la tregua, mas provisionalmente, y hasta tanto que se adhiriese á ella el general en jefe; anunciando ademas, que los franceses no obtendrian cuartel á menos que no se rindiesen á discrecion. El fuego cesó igualmente en el puente del Rumblar, y los franceses lograron, al fin, algun reposo en aquella fatal llanura, sobre la cual yacian mezclados tantos muertos y moribundos, donde reinaban un calor insufrible y un silencio espantoso, y en la que por ninguna parte se hallaba ni una gota de agua, á no ser en algunos fangosos charcos del barranco del Rumblar, cuya posesion se disputaban los soldados con violencia. Todo quedó, pues, en la mayor inmovilidad: en el un campo, sin embargo, reinaba la alegría y la mas honda desesperacion en el otro.

Asi que Mr. de Villoutreys regresó al lado del general en jefe, volvió éste á mandarle hacia el camino de Andujar al encuentro del general Castaños, á fin de recabar de él que ratificase la tregua, en la cual habian consentido sus lugartenientes. El infortunado general Dupont, cuya suerte habia sido tan brillante hasta entonces, se encerró en su

tienda tan abrumado por sus padecimientos morales, que se mostraba insensible al dolor fisico que le causaban sus dos heridas. ¡Tan variable es la fortuna, asi en la guerra y en la política, como en todas las cosas de este mundo: mundo agitado, teatro cuyas decoraciones cambian á cada momento, donde la felicidad y la desgracia van encadenadas una con otra, y se suceden, y se borran, sin dejar en pos de una larga série de sensaciones contrarias mas que la nada y miserias! ¡Aquel mismo general Dupont, caminando á marchas dobles tres años antes, en socorro del mariscal Mortier, habia logrado salvarle en Diernstein. Aquellos eran, empero, distintos lugares, otros los tiempos, y otros los ánimos! ¡Era en diciembre, y en el Norte: los soldados que conducia eran soldados aguerridos, que rebosaban salud y vigor, escitados por lo riguroso del clima, en vez de verse abatidos por una temperatura abrasadora que enervara sus fuerzas, habituados á todas las vicisitudes de la guerra, exaltados por la honra, y dispuestos á no vacilar jamás entre la rendicion y la muerte! ¡Con aquellos soldados, si su posicion se hacia peligrosa por un momento, habia lugar para correr en su auxilio y salvarlos! ¡Luego la fortuna nos miraba aun con faz risueña, y todo lograba repararse: nadie llegaba tarde; nadie se equivocaba! y si tal sucedia, otro corregia su falta! ¡Al paso que en Bailen, en aquella España, donde se habia penetrado con tan malos auspicios, los soldados eran bisonos, débiles, enfermizos, y se veian abrumados por el clima, y estaban poco avezados á las privaciones y al sufrimiento! ¡La suerte empezaba ya tambien á volvernos las espaldas, y si uno se

engañaba otro agravaba el yerro: Dupont habia llegado á tiempo de socorrer á Mortier en Diernstein: Vedel estaba destinado á no llegar en auxilio del general Dupont, sino cuando ya fuese tarde! ¿Qué hacia, pues, repetimos, el general Vedel, el cual no parecia, á pesar de hallarse tan solamente á la distancia de algunas leguas con sus dos divisiones, de las cuales hubiera bastado una sola para cambiar la suerte de aquella fatal jornada? Vamos á decirlo: el general Vedel se habia engañado ya por dos veces, y á esta sazón estaba cometiéndolo su tercer yerro. Habiendo partido el 17 por la tarde de Bailen, llegado durante la noche á Guarroman, y vuelto á emprender la marcha el 18 desde este punto á la Carolina en persecucion del fantasma de un enemigo, que, segun se decia, trataba de apoderarse de los desfiladeros, llegó al fin á convencerse en este mismo dia, de que tanto él como el general Dufour iban corriendo en pos de una quimera. El presunto ejército español, que se habia dirigido en masa hácia los desfiladeros á fin de interceptar su paso al ejército francés, se reducía á algunas guerrillas, que oficiales malos observadores y predisuestos á asustarse, habian creído copiosas tropas. Los destacamentos mandados á explorar el terreno en todas direcciones, los prisioneros á quienes se interrogara, y los paisanos á quienes se dirigieran preguntas con el mismo objeto, pusieron á los generales Dufour y Vedel al corriente de la verdad, y así que se convencieron de ella, formaron el proyecto de regresar inmediatamente á Bailen, porque á decir verdad, no era celo lo que les faltaba. El general Vedel, que era quien habia partido el último de aquella

ciudad, y que por lo tanto, era tambien el que menos habia avanzado hácia los desfiladeros, debia regresar el primero á ella. Mas con tantas idas y venidas habia agotado las fuerzas de sus infelices soldados, los cuales habian recorrido sin comer y sin hacer descanso alguno las distancias que hay desde Bailen á Andújar, de Andújar á Bailen, y de Bailen á la Carolina, y era preciso, por ende, concederles para que tomaran aliento lo que restaba del dia 18. La frescura del sitio, y la abundancia de frutas, legumbres y toda clase de víveres que habia en la Carolina, era en aquellos otra razon y muy poderosa, para decidirse á hacer alto. Además, las cureñas de la artillería rotas y descompuestas, á causa de lo escabroso de los caminos y de la sequedad, exigian tambien alguna reparacion. Agréguese á todo esto, en fin, que se ignoraba el triste secreto de los sucesos que acababan de ocurrir, y entonces no parecerá tan extraño el que se creyese que llegando á Bailen la mañana siguiente, se llegaba á tiempo. Y no hubiera sido tarde efectivamente, partiendo el 19 á las tres de la madrugada, mediante á que hubieran llegado á aquella ciudad á las once, cogido entre dos fuegos á Reding, y convertido la funesta jornada de Bailen en una nueva jornada de Marango.

El dia 19 á las tres de la madrugada, los oficiales diligentes y celosos que se habian levantado antes que los demas para atender al cuidado de sus soldados, oyeron los estampidos de la artillería de Bailen, que iban retumbando de eco en eco hasta las gargantas mas profundas de Sierra Morena. Atribuyeron, no obstante, aquellos dis-

paros á las baterías de su general en jefe, porque á su juicio no podían proceder de otra parte, en atención á que solo su cuerpo de ejército quedaba en las márgenes del Guadalquivir á su salida hacia los desfiladeros. Mas, ¿cómo era posible que los disparos de la artillería del general Dupont á quien habían dejado al frente de los españoles en Andújar, fuesen los que se oían hacia la posición de Bailen? Ignoramos en lo que esto pudo consistir; pero lo cierto es, que llegaban á oídos de nuestras tropas repetidos cañonazos, y que el precepto siempre invocado, y tantas veces no cumplido, de «avanzar hacia donde el cañon resuena» no las permitió vacilar por mas tiempo. Habiendo emprendido la marcha, como pudieron y debieron haberlo hecho con el fresco de la mañana, nada hubiera sido mas fácil, caminando á buen paso, que llegar á buena hora para dar á las tropas enemigas el golpe decisivo. El general Vedel, empero, tan presuroso en tomar su resolución en las jornadas del 16 y del 17, manifestó en estos momentos una indecisión inesplicable, é invirtiendo dos horas en reunir su columna, no partió hasta despues de las cinco. El calor empezaba ya á sentirse á esta hora, y las tropas que marchaban reunidas á causa de la vecindad del enemigo, iban levantando un polvo que las ahogaba, y desbandándose frecuentemente para ir á beber en cuantas cavidades hallaban agua en su tránsito. Todo esto contribuyó á que no llegaran hasta las once de la mañana á Guarroman, punto situado á mitad de camino de la Carolina y de Bailen. A esta sazón, el combate que iba ya de capa caída, producía ecos menos sonoros, si bien se oía de vez en cuando el

estampido del cañon, ora mas claro, ora mas confuso, segun la direccion del viento.

El general Vedel á quien no es posible atribuir una mala intencion, mediante á que era, por el contrario, en extremo adicto al honor de las armas francesas; pero que, por una ceguedad semejante á la que obligara al general Dupont á persuadirse de que el peligro se hallaba únicamente en Andújar, se obstinaba en dudar y hasta en creer, que el ruido que se oía no era mas que un combate de las avanzadas sobre la orilla del Guadalquivir, se empeñó en no regresar á Bailen sin explorar completamente las gargantas de la sierra y sin asegurarse de que el enemigo no se hallaba en el camino transversal que va desde Linares á desembocar en Guarroman, y á este fin, envió á reconocerlo un destacamento de caballería. Cuando este regresó era medio día ya. El estampido del cañon habia cesado de oirse, porque habia terminado la batalla de Bailen. El silencio producido por la derrota y por la desesperacion acabó de disipar las dudas del general Vedel, el cual acabó al fin por convencerse de que habia sido engañado. Sus tropas acababan en aquel momento de apoderarse de una piara de cabras, y considerando que la division no iba bien racionada, le dió dos horas para que hiciese un rancho. A las dos de la tarde volvióse á emprender la marcha, pero pausadamente, y sin impaciencia alguna, porque hacia todos lados reinaba el silencio mas profundo. Nuestros soldados desembocaron sobre Bailen á las cinco, y entonces fué cuando vieron que se hallaba esta ciudad en poder de los españoles. Sin presumir, empero, lo que acababa de suceder, creyóse que

el enemigo no habia hecho otra cosa que interponerse entre las divisiones Vedel y Dufour y el cuerpo de ejército del general Dupont. Merced á esta creencia, el general Vedel dejó á un lado sus indecisiones, y pretendiendo pasar á todo trance sobre el cuerpo de ejército de los españoles para ir á incorporarse con el general en jefe, se dispuso á atacar por el flanco derecho, punto por el cual creyó que podria abrirse paso hasta el camino de Andújar, y encontrar en él al general Dupont. En el instante mismo en que acababa de dar las órdenes para el combate, llegó á su campo un parlamentario español, á anunciarle que se habia estipulado una tregua. Rehusando el general Vedel dar crédito á sus palabras, despachó uno de sus oficiales al campamento del general Reding, para saber lo que habia de cierto sobre el particular, declarando que solo concedia el plazo de media hora, y que trascurrida que esta fuese, sin obtener contestacion, rompería irremisiblemente el fuego. Hecho lo cual continuó aprestándose para el combate, y visto que su emisario no regresaba en el aplazado término, atacó vigorosamente. Las tropas que avanzaban llenas de bizarría y de entusiasmo, arrollaron un batallon de infantería y lograron hacerlo prisionero. En seguida entraron los coraceros á la carga, é iban rompiendo y deshaciendo cuantas tropas enemigas se les ponian delante. Mas por quanto se le presentó de repente un grupo de oficiales españoles, entre los cuales descubrió á un ayudante del general Dupont, quien le traia orden de que mandase cesar el fuego, y de que repusiese las cosas en el mismo ser y estado en que momentos antes se hallaban.

Ante una orden tan terminante de su general en jefe, el general Vedel, á pesar de hallarse muy empeñado en el combate, se vió obligado á hacer alto. Mas era tal el poder de sus ilusiones, que todavia no acertó á comprender la estension de las desgracias del ejército, y llegó á figurarse que la tregua invocada para que cesase la lucha, no significaba otra cosa, sino que se habria entrado en negociaciones con el general Castaños, cuyo celo por la insurreccion habia ofrecido siempre algunas dudas en el ejército francés, y á quien se creia dispuesto, por tanto, á tratar con nosotros á la primera ocasion que se presentase.

Tal fué el modo que tuvo el general Vedel de emplear su tiempo durante la jornada del 19, y tal la manera como terminó aquella fatal jornada. Al saber los españoles la llegada de la division Vedel, apoderóse de ellos un temor, que tardó poco en convertirse en rabia, cuando llegó á su noticia que este general habia hecho prisionero uno de sus batallones. A consecuencia de esto, y suponiendo que la tregua pedida no habia sido más que un pretexto para dar lugar á la llegada de las nuevas tropas y volver á empezar el combate así que pareciesen, querian pasar á cuchillo la division Barbou entera, y prorumpian al efecto en gritos tan frenéticos, que el general Dupont se apresuró á apaciguarlos, dando la orden que acabamos de referir. Aquella, sin embargo, era la ocasion única de renovar el ataque, y de lanzarse sobre la izquierda de los españoles, aprovechando el temor y la rabia de que se hallaban poseidos. El general Pryvé, que mandaba los dragones, propúsole así al general Dupont, indicándole al propio

tiempo las alturas por donde podria el ejército ir á incorporarse con la division Vedel. Pero este infortunado general, debilitado por los efectos de la misma enfermedad que habia invadido á gran parte de sus tropas, mortificado cruelmente por sus heridas, y participando del abatimiento general, se hallaba absorto en su tristeza profunda, y escuchó lo que le decia el general Pryvé sin responder palabra. Su desesperacion era tan grande, que hasta se puede presumir que no llegó á comprenderle (1).

Ambos ejércitos quedaron por la noche en el campo de batalla, esperando las negociaciones que habian de efectuarse á la mañana siguiente. Pero, en tanto que en el campamento de los españoles reinaba la abundancia, nuestros soldados carecian de todo, y pasaron la noche como habian pasado el dia; esto es, sin pan, sin agua, y sin vino. Aquellos que conservaban en sus mochilas algun resto de racion, fueron los únicos que pudieron tomar algun alimento.

A la siguiente mañana, el 20, Mr. de Villou-treys, que habia sido enviado al cuartel general español á fin de que se ratificase la tregua, regresó anunciando que el general Castaños se hallaba dispuesto á entrar en negociaciones sobre bases equitativas, y que, á este efecto, iba á trasladarse á Bailen. El general Dupont creyendo conveniente valerse en semejantes circunstancias del célebre general de ingenieros Marescot, que se halla-

(1) Todos estos pormenores están extractados del voluminoso proceso, tan reservado como curioso, instruido contra el general Dupont desde 1808 á 1811.

ba accidentalmente en su ejército de paso para ir á desempeñar una comision á Gibraltar, y el cual habia conocido mucho al general Castaños en 1798, le mandó llamar, y le estrechó á que interpusiese su influencia con el general español para obtener mejores condiciones. El general Marescot, que se sentia por su parte asaz poco propenso á negociar y firmar una estipulacion que no podia ser ventajosa, rehusó en un principio la mision que queria confiársele; cediendo despues, empero á las instancias del general en jefe, consintió en dirigirse al cuartel general español.

Para llegar al punto donde á la sazón se hallaba el general Castaños, era preciso tomar el camino de Andújar y atravesar por entre los soldados de la division del general Peña. El general Marescot encontró á aquel general en el puente del Rumblar, en extremo irritado, vomitando amenazas, quejándose amargamente de los movimientos presuntos que hacia el ejército francés para escaparse, diciendo que tenia plenos poderes para negociar, exigiendo que todas las divisiones francesas se rindiesen inmediatamente á discrecion, y declarando, que, si no obtenia una respuesta dentro de dos horas, iba á atacar y á hacer trizas á la division Barhou. Para detener los impetus del general Peña, el general Marescot, se vió precisado á prometerle que obtendria en el término prefijado la contestacion apetecida, y regresó sin perder momento á referir estos tristes pormenores al general Dupont.

Al oír el general en jefe del ejército francés semejante noticia, exclamó lleno de rabia, que preferia mil veces el dejarse matar con el último

de sus soldados á rendirse á discrecion. Y así diciendo, convocó en torno suyo á todos sus generales de division y gefes de brigada, para preguntales si podia contar aun con su abnegacion y con la de sus soldados. Respondiéroule, empero, casi todos que sus tropas estaban estenuadas de hambre y de fatiga, completamente desanimadas, y que ya no querian balirse. El general Dupont, deseando convencerse de esta triste verdad por si mismo, salió de su barraca, recorrió los vivaques con sus lugartenientes y trató de reanimar el valor abatido de sus jóvenes reclutas. Seguramente que los aguerridos soldados del Egipto ó de Santo Domingo no hubieran permanecido sordos á su voz. ¡Pero qué podia esperarse de unos muchachos de veinte años, postrados por los calores excesivos, estenuados á causa de no haber comido ni bebido durante treinta y seis horas, abatidos al verse colocados entre dos fuegos, y reducidos á tener que balirse en la proporcion de uno contra cinco! Antes bien por el contrario, se quejaban amargamente de haber sido sacrificados por sus generales, y algunos llevaron su desesperacion hasta el extremo de arrojar á presencia de ellos sus armas y sus cartuchos. El general Dupont, lejos de hallarse capaz en aquel momento de reanimar el ánimo de los demas, necesitaba mas bien que reanimasen el suyo, y regresó á su barraca consternado. Los oficiales mismos que mas bizarramente se habian conducido el día anterior, declaraban que la situacion no podia ser mas estremada, y sostenian que, despues de haber combatido con tal valor, aun se podia capitular de una manera honrosa. Olvidábanse, sin duda, de que los últimos actos hor-

ran siempre los precedentes, y que los últimos son los que sirven para formar juicio. En cualquiera otra situacion, sin el general Vedel á la izquierda, ciertamente que su capitulacion hubiera sido excusable, puesto que ningun otro recurso les quedaba que el hacerse pasar á cuchillo, recurso que en ocasiones suele producir tambien buenos resultados. Pero, teniendo al general Vedel á su izquierda, y la probabilidad de incorporarse á su division haciendo un último esfuerzo, era indisculpable su rendicion antes de intentarlo. Semillante debilidad solo puede esplicarse por su abatimiento moral y por su postracion fisica. Verdades, que se lisonjaba con la idea de que los españoles se contentarian con la evacuacion de la Andalucia por las tropas francesas, y con la de que se les permitiria retirarse por tierra al Norte de España, sin exigirles la condicion de ser desarmados. En esta atencion, decidiéronse á entrar en negociaciones con el enemigo, en lugar de volver á empezar un combate, que, á su juicio, era de todo punto imposible.

El infortunado general Dupont, impelido por la indisciplina y desmoralizacion universal del ejército, cedió al fin, dando sus poderes al general Chabert, que fué el preferido por la bizzarria con que se habia portado la vispera, atacando á la cabeza de su brigada. El general Marescot se obstinó en no aceptar otra mision que la de acompañar, aconsejar, y apoyar al general Chabert. Mr. de Villoutreys, que habia sido ya varias veces portador de algunas proposiciones á los gefes del ejército español, fué tambien elegido para acompañar á los generales Marescot y Chabert.

Los tres partieron inmediatamente á fin de negociar, no ya con el general Peña, sino con el mismo general Castaños, á quien encontraron á mitad de camino de Andújar á Bailen en la casa de postas. El general en jefe del ejército español llevaba consigo al conde de Tilly, uno de los individuos mas influyentes de la junta de Sevilla, y al general Escalante capitán general de Granada. El general Castaños, hombre de carácter afable, de humanitarios sentimientos, y de singular cordura, recibió á los oficiales franceses con una consideración, que estos echaron muy de menos en el capitán general Escalante, el cual queria compensar sin duda su debilidad con su estremada violencia, y en el conde de Tilly, que la echaba de demagogó. Los oficiales franceses pidieron en primer lugar con arreglo á las instrucciones que habian recibido, que las divisiones Vedel y Dufour, que ni habian entrado en el principal combate, ni se veian arrolladas por el ejército enemigo, y que podian muy bien evitar la suerte que amenazaba á la division Barbou, (esto es, la que habia combatido á las órdenes del general Dupont) no fuesen comprendidas en las estipulaciones; y que en cuanto á la division Barbou, pudiese retirarse á Madrid, deponiendo ó no las armas, segun lo que en la negociacion se acordase. Los generales españoles rehusaron obstinadamente acceder á estas proposiciones, en atencion á que tenian en sus manos la suerte de la division Barbou, y á que, si se habian avenido á negociar, era tan solo por tener igualmente á su disposicion las divisiones Vedel y Dufour, que no lo estaban. Bajo este supuesto, exigian que ambas fuesen comprendidas en la ca-

pitulacion, en el buen entender que á cada una se le fijarian sus condiciones con arreglo á su posicion actual. Asi pues, querian que la division Barbou quedase prisionera de guerra, y que las divisiones Vedel y Dufour fuesen conducidas por mar á Francia.

Los negociadores franceses resistieron fuertemente á estas pretensiones, y despues de largos debates, quedaron al fin conformes unos y otros en las condiciones siguientes: Primera, que las tres divisiones podrian retirarse á Madrid: Segunda, que las divisiones Vedel y Dufour podrian verificar esta retirada sin deponer sus armas, al paso que la division Barbou, que se hallaba envuelta por las tropas españolas, entregaria las suyas. Aun cuando estas tres condiciones no dejaban de manchar el honor de las armas francesas, salvaban en cambio las tres divisiones, y merced á esto ningun inconveniente hubo para suscribir á ellas. Ya iba á procederse á su redaccion, cuando sobrevino un nuevo incidente, que echó el colmo á las desgracias de aquel ejército, contra el cual queria encarnizarse por lo visto la fortuna sin ninguna consideracion. El general Castaños recibió á esta sazón un pliego, encontrado á un jóven oficial francés, el cual venia de Madrid á entregarlo por mandado del general Savary al general Dupont. Aquel pliego contenia instrucciones espeditas en 16 ó 17 de julio, cuando aun no se habia tenido noticia en la corte del buen éxito de la batalla de Rioseco; y como antes de esta batalla habia una gran inquietud en la capital y se abrigaban grandes dudas acerca de la toma de Zaragoza, habiase ordenado una concentracion general de las tropas

del Mediodía sobre Madrid, y á consecuencia de esta concentracion, se mandaba al general Dupont, que á pesar de las instrucciones anteriores, se apresurase á regresar á la Mancha. Al leer el despacho precioso que la casualidad habia traído á su poder, el general Castaños, comprendió perfectamente, que el conceder el regreso sobre Madrid á las tres divisiones mencionadas, mas bien que conseguir la evacuacion de Andalucía por las tropas francesas, era consentir en prestarse á secundar sus proyectos, puesto que aun cuando no hubiesen ocurrido los acontecimientos de Bailen, se hubieran retirado por su propia voluntad: comprendió asimismo, que ya no ganaban los españoles con la estipulacion mas que la honra estéril, de quedarse con la artillería y los fusiles de la division Barbou, á la cual darian nuevo armamento y nueva artillería en Madrid, y que era preciso, por tanto impedir á todo trance el regreso de aquellos veinte mil hombres al Norte de España, donde su presencia no podria menos del contribuir extraordinariamente á restablecer los asuntos de el nuevo rey.

Asi, pues, cuando se trató de verificar la redaccion de las condiciones de la capitulacion, y cuando se quiso especificar el regreso por tierra de las tres divisiones, una sin armas y las otras dos con ellas, el general Castaños, conservando siempre la moderacion en las formas, pero espresándose esta vez de una manera terminante y perentoria en el fondo, declaró que aquel artículo no se hallaba aun acordado. Los generales franceses protestaron contra aquella especie de falta de fé á una palabra empeñada, y procuraron hacer ver al

general en jefe del ejército español, que la condicion sobre la cual oponia entonces dificultades, acababa de ser admitida pocos momentos antes. El general Castaños convino en ello; mas para probar su buena fé, mostró al general Marescot el pliego del general Savary, que habia sido interceptado, preguntándole en seguida, si creia despues de lo que acababa de leer, que podia exigirse humanamente que persistiese en las condiciones que primeramente habian sido acordadas. El general Marescot mostró el pliego á sus consternados colegas, los cuales se avinieron, visto su contenido, á tratar sobre nuevas bases. En su consecuencia, estipulóse que quedaria prisionera de guerra la division Barbou, y que las divisiones Vedel y Dufour serian únicamente obligadas á evacuar la España por mar: que estas no depondrian las armas, pero que para evitar toda clase de peligros, se les quitarian por el pronto con la condicion de devolvérselas al tiempo de su embarco en San Lucar y Rota: que el trasporte por mar, en fin se verificaria bajo el pabellon español, quedando á cargo de la España el hacer que fuese respetado por los ingleses. Acto continuo procedióse á arreglar algunos pormenores materiales, y los negociadores franceses obtuvieron, que los oficiales, segun es costumbre, conservasen sus equipages, que á los oficiales superiores se les concediese llevar un furgon, exento de toda clase de registro, si bien no lograron recabar otro tanto respecto á los soldados, cuyas mochilas se empeñaron en registrar los españoles, á fin de asegurarse de que no llevaban en ellas vasos sagrados. Sobre este artículo tan deshonroso para nuestro ejército, y al cual jamás

debieron suscribir los generales franceses, escitóse un acalorado debate. El general Castaños, espresándose con su acostumbrada oportunidad, y alegando el fanatismo del pueblo español, á quien era indispensable dar alguna satisfaccion para acallar-lo, dijo, que si no se podia anunciar á éste que las mochilas de los soldados habian sido registradas, creeria que se llevaban en ellas los vasos sagrados de Córdoba, y se lanzaria irremisiblemente sobre ellos: que por lo demas, y á fin de que semejante acto no fuese deshonoroso para el ejército francés, serian sus mismos oficiales los que practicasen el registro. Estabase ya por nuestra parte en camino de pasar por todo, y en todo se consintió por tanto, á escepcion de los términos en que habian de redactarse definitivamente las estipulaciones, lo cual quedó aplazado para la mañana del siguiente dia 21.

Mientras que las tristes condiciones de esta capitulacion se discutian é iban aceptándose una tras otra, presentáronse en el sitio donde estaban verificándose las conferencias un ayudante de campo del general Vedel, y el capitán de los marinos de la guardia, Baste, los cuales iban comisionados para defender los intereses de la division, con motivo de lo que van á saber nuestros lectores. Cuando mejor informado el general Vedel, llegó á saber el 20 por la mañana la desgracia ocurrida al general Dupont, desgracia en la cual tenia él una gran parte de culpa, mostróse desesperado hasta tal punto, que ofreció volver á empezar el ataque en la noche del siguiente dia (en la del 20 al 21) prometiendo además abrirse paso por medio de las tropas del general Reding, y libertar á su general

en gefe, con tal de que éste hiciese por su parte un pequeño esfuerzo para conseguirlo. El general Vedel añadió, que si Dupont no queria ya hacer tentativa alguna, hallábase obligado al menos á no sacrificar la division que servia á sus órdenes, cuya situacion era muy diferente de la en que se hallaba la division Barbou, puesto que no estaba cercada y envuelta como ella, y tenia derecho por tanto á exigir que se la tratase de diferente modo. Despues de lo cual, encargó al capitán Baste y á uno de sus ayudantes de campo, que fueran á comunicar al general Dupont las procedentes reflexiones. El capitán Baste, oficial inteligente é intrépido, que tenia además particular inclinacion á mezclarse en los asuntos concernientes al mando, insistió tenazmente con el general Dupont en que se intentase la siguiente noche un ataque desesperado, abandonando los bagages y hasta la artilleria si preciso fuese, y obligando á marchar y combatir á cuantos soldados pudiesen tenerse en pie, á fin de abrirse paso por entre las filas enemigas, lanzándose el general en gefe por su flanco izquierdo mientras que Vedel hacia otro tanto por su derecha. Es evidente que el éxito de esta empresa era posible, y ambas divisiones francesas hubieran logrado quizás reunirse por aquel medio; pero el general Dupont, que á cada momento se mostraba más abatido, y que apenas escuchaba lo que se le decia, alegando para no adherirse á este parecer el profundo decaimiento de ánimo de su ejército, la circunstancia de hallarse empezadas las negociaciones, y la de estar ya casi concluido un tratado, y aun firmado tal vez, en el camino de Andújar, se contentó con dirigir al capitán Baste al punto don-

de estaba haciéndose la negociacion, dándole poderes para que abogase á favor de la causa de la division Vedel.

Tales fueron los motivos que llevaron al capitán Baste al lugar donde se verificaban las conferencias. Este bizarro oficial dirigióse primeramente á los negociadores franceses, á los cuales halló fatigados de las largas contestaciones que acababan de tener con el enemigo, y asaz poco dispuestos para volver á emprender una discusion, en la cual habian llevado siempre la peor parte. El capitán Baste, que venia de un campamento donde reinaba el mayor entusiasmo, y en el que la sola idea de rendirse, arrancaba á los soldados gritos de indignacion, al verse trasportado, por decirlo así, á un sitio donde la desesperacion y el abatimiento estaban entronizados, no acertó á comprender unos sentimientos, de los cuales estaba muy lejos de participar, y regresó por ende indignado á la barraca del general Dupont.

Después de este incidente, los tres negociadores franceses siguieron á los tres negociadores españoles á la ciudad de Andújar, donde debia redactarse definitivamente aquella capitulacion, á la cual está reservada una inmortalidad desoladora, y el capitán Baste, como ya hemos dicho, se dirigió hacia el campamento del general Dupont, á darle noticia de los terminos en que se habian acordado las estipulaciones. Al oír narracion semejante, y recobrando aquel infortunado general sus honrosos sentimientos, encargó al capitán Baste que trasmitiese de su parte al general Vedel, el consejo de que volviese á emprender al punto la marcha para la Carolina y Sierra Morena, á fin de poder escapar á toda pri-

sa hacia Madrid. Los generales Vedel y Dufour, podian regresar á la corte con nueve ó diez mil hombres, y no cabe duda alguna, en que anticipándose á las tropas españolas, tenian grandes probabilidades de verificar felizmente su retirada, salvando así de aquella cruel catástrofe mas de la mitad del ejército francés, merced á una inspiracion noble del general Dupont, el cual no desconocia hasta qué punto se agravaria con esto la suerte de la otra mitad.

El capitán Baste partió al punto para el campo del general Vedel, colocado entre Bailen y la Carolina, y le comunicó el triste resultado de las conferencias de Andújar, y la autorizacion del general en jefe, para que emprendiese la retirada sobre Madrid. Enterado que fué de ambas cosas el general Vedel, dió sin perder momento, las órdenes necesarias para la partida, y en aquella misma noche pusiéronse en movimiento todas sus tropas y las del general Dufour. A consecuencia de las marchas y contramarchas que ambas divisiones habian verificado en los anteriores dias, tenian unos quinientos ó seiscientos hombres aspeados, que reunidos á los heridos en el combate de Menjibar, componian un total de setecientos á ochocientos hombres, de los cuales tuvieron que separarse con gran dolor, dejándolos abandonados al furor de los insurgentes. Tales son las condiciones de la guerra. La salvacion general, antepuesta casi siempre á la salvacion de unos pocos, endurece los corazones, ó los predispone al menos á la resignacion mútua de reciprocas desgracias. Los soldados de Vedel y Dufour, por ende, dejaron abandonados á sus infortunados compañeros, en los pueblos limi-

trofes al camino, y emprendieron con una precipitacion increíble su marcha hácia Madrid. El 21 por la mañana al amanecer llegaron á la Carolina, y á pesar del excesivo calor del dia, los obligaron á avanzar hasta Santa Elena.

Algunas horas despues de la partida de la columna, y cuando la noticia de ella llegó á saberse tanto en el campamento de Reding, como en el de las tropas del general Peña, los españoles empezaron á gritar como canibales, y á acusar á los franceses de infieles á su palabra, y de haber quebrantado la tregua. Esta acusacion, sin embargo, era muy poco fundada, porque ninguna razon habia para impedir á la division Vedel que emprendiese un movimiento, mediante á que ningun empeño habia contraido, y á que los españoles por su parte tampoco cumplieran estrictamente con la imposicion de semejante inmovilidad, puesto que habian estado maniobrando constantemente por espacio de treinta y seis horas en torno de la division Barbou, á fin de cercarla de un modo mas completo. Esta sí que fué una verdadera infraccion de la tregua: si los franceses no se quejaron ni trataron de vengarla, era tan solo porque en medio de su desgracia carecian de medios suficientes para hacerse respetar. Ninguna razon empero, ningun sentimiento de justicia bastaba para convencer á aquellos frenéticos, á quienes la casualidad habia proporcionado la victoria, y proseguian gritando que era preciso esterminar á la division Barbou entera. ¡Quizás no tenian presente al intentar semejante cosa, que seis mil franceses reducidos á una situacion estrema eran capaces de salir de su abatimiento momentáneo por medio de una noble desesperacion, y

de pasar por encima de las tropas españolas! Tal vez sea de sentir que estas no llevasen hasta el estremo su barbarie, la cual hubiera podido muy fácilmente despertar el valor de nuestros soldados, y dar ocasion con ello á que todo se salvase. Pero como quiera que sea, una infinidad de oficiales españoles se apresuraron á ir á Andújar á llevar la noticia de la partida de las divisiones Vedel y Dufour, y á anunciar al general en jefe la exasperacion de que se hallaban poseidos los ánimos con este motivo. Los negociadores españoles, constituyéndose en el instante mismo en que supieron tal noticia en órganos de los furoros de un populacho militar, declararon terminantemente que la division Barbou iba á ser tratada de la manera mas terrible, si las divisiones Vedel y Dufour, no volvian inmediatamente á recobrar sus primitivas y respectivas posiciones. La respuesta á semejante intimacion, era, sin embargo muy sencilla, con solo pararse á reflexionar, que otra cosa peor podia suceder á la division Barbou, que el quedar prisionera de guerra; porque respecto á las amenazas de pasarla toda á cuchillo, esto era una infamia, y solamente podia responderse á los que las proferian, como se responde á los asesinos. Hacia, empero, falta que se hubiese hallado allí el héroe de Génova el inalterable Massena. Menos firmes que él los gefes y oficiales del ejército de Andalucia, apresuráronse á dirigirse al infortunado Dupont, abrumáronle con nuevas instancias, y dijéronle que iba á ser pasada á cuchillo, si no ponía remedio, su fiel division Barbou, la que mas bizarramente se habia batido á su lado; y esto ¿por qué? por salvar á dos divisiones que eran la verdadera causa de la pérdida del ejérci-

to; en lo cual seguramente que no les faltaba razón. Por lo que, cediendo á estas reflexiones, se decidió aquel general á mandar una contraórden escrita al general Vedel.

Habiendo causado la lectura de ella una sublevacion unánime en los soldados de esta division, y habiendo propuesto Vedel continuar su marcha hácia Madrid, á pesar de las órdenes del general en gefe, fué preciso espedirle un nuevo emisario, con la mision de hacerle responsable de las consecuencias, en el caso de que se obstinase en verificar la retirada. El general Vedel reunió en vista de esta nueva comunicacion sus oficiales, y dándoles conocimiento de lo que ocurría, alegó para convencerlos, el peligro que corrian sus hermanos de armas, y recabó de ellos que se aviniesen á restituirse á Bailen. Menos dócil la tropa, se resistía á acceder á estas proposiciones, y á no hallarse en un país, donde era sabido que los soldados que no marchaban dentro de las filas corrian gran peligro de ser asesinados, hubieran desertado casi todos. Sometiéronse al fin, por esta causa, y regresaron desde Santa Elena á la Carolina, y de la Carolina á Guarroman, resignándose á sufrir la misma suerte que la division Barbou.

El 22 llegó al fin, á Bailen desde Andújar la funesta capitulacion, al pie de la cual puso su firma el general Dupont, no sin haber vacilado largo tiempo antes de decidirse. Aquel infortunado general se golpeaba la frente, arrojaba la pluma, y volvía á recogerla despues, hasta que, instigado por hombres que se mostraban tan bizarros en el combate como débiles fuera de él, se decidió á escribir su nombre, poco tiempo antes tan glorioso,

al pie de aquella acta, que estaba destinada á ser para él en lo sucesivo el suplicio de toda su vida. ¡Cuántas veces acusaba despues á su fortuna porque no lo habia hecho sucumbir en Albeck, en Halle, en Friedland, y hasta en Bailen mismo, al verse ante los jueces que lo abrumaron con una sentencia bochornosa!

En aquella triste y memorable negociacion, los españoles tuvieron en el hambre una auxiliar poderosísima. Mientras que la division Barbou permaneció bloqueada, no se quiso darla ni un pedazo de pan; y nuestros pobres soldados se hallaban desde el día 18 por la tarde sin recibir racion alguna, y mantenidos únicamente con los restos de las últimas que se les suministraron. El 22 habia entre ellos muchos que no habian comido en tres dias, y los infelices yacian en los olivares, moribundos de necesidad, postrados de fatiga, y careciendo hasta de agua con que apagar su abrasadora sed.

Inmediatamente que la capitulacion fué firmada, el general Castaños consintió en concederles algunos viveres. Bien podia hacerlo y mostrarse humano, puesto que la fortuna acababa de depararle un triunfo demasiado precioso para que no mostrase toda la generosidad á que se siente uno inclinado, cuando el corazon está completamente satisfecho. Por lo demas, preciso es convenir en que el general Castaños se hizo digno de una victoria, debida mas bien á la casualidad que al valor y á la pericia, por sus humanitarios sentimientos, su extraordinaria modestia y por su conducta en extremo cuerda y prudente. En aquella ocasion dijo repetidas veces á nuestros oficiales con una franqueza que le honraba: «Cuesta, Blake, y yo,

no éramos adictos á la insurreccion de nuestro pais: si nos hemos adherido á ella ha sido cediendo únicamente á un movimiento nacional, que cada vez va siendo mas unánime, y prometiendo mas fundadas esperanzas de éxito. Desista, pues, Napoleón de una conquista imposible; no nos obligue á que nos precipitemos en brazos de los ingleses, cuya alianza nos es odiosa, y cuyos auxilios hemos rechazado hasta aqui con firmeza: devuélvanos nuestro rey con las condiciones satisfactorias para ambas partes, y no hay que dudar, si tal hace, que las dos naciones quedaran eternamente reconciliadas.»

Nuestros soldados desfilaron á la mañana siguiente por delante del ejército español, y aun cuando eran demasiado jóvenes para poder comparar su actual postracion con sus pasados triunfos, no por eso dejaron de manifestar el dolor mas amargo. Había empero, entre los oficiales, algunos que habian visto desfilar por delante de sí á los austriacos de Melas y de Mack, y á los prusianos de Hohenlohe y de Blucher, y estos en vez de mostrar dolor, se hallaban mas bien devorados por la vergüenza. Las divisiones Vedel y Dufour no depusieron por entonces las armas, si bien tuvieron que pasar despues por trance tan penoso; pero á la division Barbeau fuéle indispensable sufrir esta humillacion, y en aquel momento sentia no haber preferido dejarse hacer trizas.

Las tropas francesas fueron conducidas inmediatamente en dos columnas hacia San Lucar y Rota, donde con arreglo á lo estipulado, debian ser embarcadas para Francia á bordo de buques españoles. A fin de sustraerlas de los furöres popula-

res de Córdoba y Sevilla, tomóse la precaucion de que no pasaran por estas dos ciudades, dirigiéndolas al efecto por Bujalance, Carmona, Alcalá, Ecija, Utrera, y Lebrija, en cuyas poblaciones fué atroz la conducta que con ellas manifestaron los habitantes. Aquellos infortunados franceses, que tan bizarramente se habian portado, que habian hecho la guerra sin crueldad, y que habian sufrido sintomar venganza, la matanza de sus heridos y de sus enfermos, veíanse perseguidos á pedradas y á puñaladas con frecuencia, por hombres, mugeres y muchachos. En Carmona y en Ecija escupianles las mugeres en la cara, y los muchachos les arrojaban todo á ella. Nuestros pobres soldados estremecianse de furor, y á pesar de hallarse sin armas, mas de una vez intentaron tomar represalias terribles precipitándose sobre todo cuanto podian haber á las manos á propósito para vengarse de los que así los insultaban: contenianlos, empero, los oficiales, y á fin de evitar que se hiciese en ellos una cruel matanza, adoptóse el medio de hacerlos dormir fuera de las poblaciones, encerrándolos como rebaños de ganado. Así que llegaron á Lebrija y á las ciudades próximas al litoral, obligáronlos á detenerse á pretexto de que no habia buques dispuestos para proceder á su embarco. Poco tardaron, empero, á convencerse de la verdadera causa de esta detencion. La junta de Sevilla, gobernada y sometida á las pasiones demagógicas de algunos de sus individuos, se negó á reconocer la capitulacion de Bailen, y declaró que todos los franceses serian retenidos en calidad de prisioneros de guerra, alegando pretextos á cual mas ilusorios, y mordaces hasta rayar en la

impudencia. Una de las razones que para ello aducia, era la falta de seguridad de que los ingleses prestasen su consentimiento á la conduccion de nuestras tropas por mar: razon falsa á todas luces, puesto que los ingleses, á pesar del enconado odio que nos profesaban, manifestaron hácia nuestros prisioneros una piedad generosa, y como se verá mas adelante, dejaron pasar poco tiempo despues sin impedimento alguno, otras tropas en cuya detencion estaban mas interesados. Nuestros oficiales apelaron al capitán general don Tomás de Morla, reclamando contra aquella violacion indigna del derecho de gentes; aquel gefe, sin embargo, les contestó de una manera indecorosa, manifestándoles, que un ejército que habia violado todas las leyes divinas y humanas, habia perdido el derecho de invocar la justicia de la nacion española.

En Lebrija, dirigióse furioso por la noche el pueblo á una prision donde se hallaba uno de nuestros regimientos de dragones, y degolló setenta y cinco individuos, entre ellos doce oficiales. A no ser por el clero, ningun soldado hubiera quedado con vida. Los generales, en fin, que habian cometido la grave falta de separarse de sus tropas con el objeto de viajar ellos solos con sus bagages, fueron tambien severamente castigados por esta separacion, puesto que apenas llegaron al puerto de Santa Maria con sus furgones, declarados exentos de registro, cuando el pueblo, no pudiendo contenerse á la vista de ellos, porque segun se decia, iban alli empaquetadas todas las riquezas de Córdoba, se precipitó sobre los carros, hizo añicos los cajones, y se apoderó de cuanto tenían. Algunos

hombres que formaban parte de las autoridades españolas no fueron los últimos en participar del pillage. Pero aun cuando aquellos furgones contenian todo el peculio de nuestros oficiales y generales, y hasta los fondos de la caja del ejército, escasamente se encontrarian arriba de un millon doscientos mil reales, segun dijeron las mismas gacetas españolas. Esta cantidad era todo el resultado del saqueo de Córdoba. Los generales franceses corrieron gran peligro de ser asesinados, y únicamente pudieron huir del furor del populacho refugiándose en unas barcas, desde las cuales los condujeron á Cadiz. En esta ciudad permanecieron en clase de prisioneros hasta el dia de su embarco para Francia, donde les aguardaban rigores poco menos crueles.

Tal fué aquella famosa capitulacion de Bailen, cuyo nombre hemos oido pronunciar en nuestra infancia casi tan frecuentemente como el de Austerlitz ó de Jena. Los perseguidores ordinarios de la desgracia en aquella época juzgando sin conocimiento y sin piedad este acontecimiento deplorable, achacaron á la cobardía y al deseo de salvar los furgones cargados con los despojos de Córdoba, el terrible desastre que sufrió el ejército francés. Asi es como juzga la bajeza de los cortesanos, desencadenándose siempre contra aquellos á quienes señala el poder para ser inmolados. Ciertamente que abundaron las faltas en aquella triste campaña de Andalucía; pero no hubo ni la infraccion mas mínima contra las leyes del honor. La falta primera cometióla el mismo Napoleon, quien, despues de escitar con los sucesos de Bayona un furor popular inaudito, ante el cual toda clase de

operaciones de guerra debian ser peligrosas, se contentó con enviar ocho mil hombres á Valencia, y doce mil á Córdoba, pareciéndole que con ellos habia bastante. Poco tardó, sin embargo, en convencerse de su error, pero cuando se convenció ya era tarde. Tras de la falta de Napoleon vinieron las de Dupont y la de su lugarteniente el general Vedel. El general Dupont, puesto que su objeto al abandonar á Córdoba no fué otro que el de aproximarse mas á los desfiladeros de Sierra Morena, hubiera debido por esta razon misma aproximarse á ellos de modo que quedasen en su poder, para lo cual nada mejor que colocarse en Bailen, desde donde era imposible toda separacion de sus divisiones. Despues de cometer la falta de establecerse en Andújar y no en la ciudad mencionada, cometió otra no menos grave, que fué la de no seguir al general Vedel cuando lo envió á Bailen el 16 por la tarde, añadiendo á esta la de no haber levantado el campo el 17 como lo hizo el 18, la de haber atacado parcial y sucesivamente al enemigo el dia de la batalla de Bailen, y colocado sus tropas en una linea paralela, en vez de atacar en masa y en columna cerrada sobre su izquierda, y la de haber cedido en fin al abatimiento general despues de haberse portado el ejército con tanta bizarría (1). De las faltas del general Vedel fué una la de dirigirse el 16 con toda su division á An-

(1) Si emito todos estos juicios sobre cuestiones puramente especiales, es, porque ademas de estar al alcance de todo buen sentido comun, se hallan apoyados por los irrecusables testimonios de Napoleon y Berthier. Los juicios concernientes á las operaciones militares del ge-

dújar, dejando á Bailen descubierto; (falta que la aprobacion del general en jefe no escusó bastante) pero la principal estribó en seguir al general Dufour á la Carolina, dejando abandonada por segunda vez aquella ciudad sin tomar precaucion alguna para defenderla, y en no regresar inmediatamente que se convenció de que corria detrás de un fantasma, perdiendo por el contrario todo el dia 19 en vanas dilaciones. La falta, en fin, de los generales que pertenecian al cuerpo de ejército del general Dupont, consistió en haberle impelido á capitular, y en mostrar la debilidad mas culpable, despues de haber combatido denodadamente en el campo de batalla de Bailen, en las negociaciones generales, cediendo á las amenazas de los generales españoles como pudieran haberlo hecho los hombres mas cobardes, á pesar de hallarse incluidos en el número de los valientes: nueva prueba de que el valor moral y el valor fisico son cualidades muy distintas.

Así, pues, las causas del cruel descalabro sufrido en Bailen fueron, el error grave en que incurrió Napoleon respecto á la España; la mala eleccion de las posiciones militares por el general Dupont; su gran lentitud en cambiarlas; el desacierto con que presentó la batalla; los falsos movimientos del general Vedel, y la desmoralizacion de generales y soldados. Cuanto se ha dicho ade-

neral Dupont, no son en efecto mas que el pensamiento de Napoleon y de Berthier, extractado del interrogatorio que por medio del procurador general dirigió á los acusados el primero, y del discurso que pronunció el segundo en el proceso. ®

mas de esto, no es mas que calumnias. «¡Todas nuestras desgracias procedieron de aquella larga fila de bagages!» se ha dicho frecuentemente. Pero aun suponiendo que un general fuese capaz del estúpido cálculo de perder su honor, su carrera militar, y el bastón de mariscal que le estaba reservado, por conservar algunos miles de duros, en menor suma por cierto que las que Napoleon solia dar á aquellos de sus lugartenientes que peor libraban, ocho ó diez furgones hubieran bastado para conducir todas las decantadas riquezas de Córdoba en oro y plata; y los bagages del cuerpo de ejército del mariscal Dupont constaban de algunos centenares de carros, cuyo número excesivo procedia evidentemente de la situacion moral del pais, en el cual no se podia dejar atrás ni un herido ni un enfermo. En una palabra; aquellos famosos furgones fueron saqueados en el Puerto de Santa Maria, como ha poco hemos dicho, y á pesar de ir comprendida en ellos la caja del ejército, escasamente se encontrarían un millon doscientos mil reales. Todo cuanto puede decirse en suma, es que el general Dupont, tan inteligente, tan capaz, tan esforzado en el combate, no tuvo la indomable firmeza que Massena mostró en Génova y en Essling. Pero hay que tener presente que se hallaba enfermo, herido, y postrado por un calor de cuarenta grados; que sus soldados eran muy jóvenes y que se hallaban estenuados de hambre y de fatiga; y que á las desgracias sucedieron nuevas desgracias, y á los accidentes nuevos accidentes: tégase en cuenta todo esto, sondéese profundamente aquel suceso tragico, y se verá que el emperador mismo, que colocó á tantos hombres

en tan falsa posicion, no dejó de tener en él bastante culpa. Con todo, hay que añadir en interés de la moralidad militar, que en las situaciones estrechas la resolucion de morir es la sola digna, y la única saludable: en efecto; si á la llegada del general Vedel se hubiese adoptado esta resolucion con el objeto de abrirse paso por entre la linea de la division Reding, hubiérase logrado reunir las dos partes del ejército francés y salir triunfantes de un atolladero, del cual salimos prisioneros y humillados. Sacrificando en el campo de batalla la cuarta parte de los hombres que murieron despues en una terrible cautividad, hubiérase convertido en triunfo el revés mas ruidoso de aquella época extraordinaria (1).

(1) Por amor á la verdad y por el disgusto profundo que me inspira la injusticia hacia los desgraciados, expreso aqui un juicio sobre la batalla de Bailen, el cual no podrá menos de chocar contra todas las preocupaciones de la época imperial. Pero cualquier hombre probo lo formaria igual con la lectura de los documentos que yo he poseído. En el archivo de la guerra existen una porcion de volúmenes de documentos relativos á Bailen, con los modelos del interrogatorio, que fueron dictados por el mismo Napoleon, los cuales revelan la opinion que se formaba sobre esta campaña. Allí está su correspondencia con el general Savary, la del general Dupont con sus subalternos, y el proceso mismo instruido contra los generales Dupont, Marescot, Vedel, Chabert, etc. Napoleon en el primer ímpetu de su cólera, quiso fusilar á cuantos generales tomaron parte en aquella capitulacion. Cediendo, empero, á las reflexiones del sábio y cuerdo Cambaceres, y á los propios instintos de su corazon, sometió á un tribunal de honor, compuesto de los grandes del imperio, el juicio de los asuntos de Bailen. La sentencia fué

La noticia de este extraño desastre, que se tenía por imposible en Madrid, despues de aumentar el cuerpo de ejército del general Dupont hasta el número de veinte mil hombres, con el refuerzo sucesivo de las divisiones Vedel y Gobert, se esparció rápidamente, por medio de las comunicaciones secretas de los españoles primero, por algunos oficiales que habian logrado escaparse, y dirigirse de destacamento en destacamento hasta la Mancha, y por la llegada, en fin, del mismo Mr. de Villoutreys, que fué el encargado de llevar el tratado de Bailen al emperador Napoleon. Los

la degradacion, y por un decreto imperial se depositaron tres ejemplares manuscritos de ella, uno en el senado, otro en el archivo de guerra, y otro en los del alto tribunal imperial. Cuando despues de la Restauracion volvió al favor el general Dupont, (y entonces fué cuando á mi juicio se hizo mas culpable que en Bailen), obtuvo un decreto del rey revocando el imperial, y prescribiendo la destruccion de los tres ejemplares del proceso. Los dos del senado y del archivo de la guerra se encontraron fácilmente y fueron destruidos: pero el otro se hallaba en manos de una de las principales familias creadas en el imperio y no pareció. En este manuscrito es donde se halla la justificacion del general Dupont, aquella al menos que estriba en la razon y en la justicia. Si Dupont hubiera logrado destruirlo, hubiera destruido los elementos de su rehabilitacion para con la posteridad. Si se lee en este proceso el juicio de Berthier, se verá que es casi análogo al que yo emito en esta obra. El mismo Napoleon solia decir despues. — Dupont ha sido mas desgraciado que culpable. — Debo declarar, por otra parte, que no habiendo encontrado en mi carrera á ninguno de los actores que figuran en esta narracion, ni á ningun individuo de su familia, puede creérseme que solo hablo por un sentimiento de parcialidad.

pormenores de un descalabro semejante llenaron de consternacion, no solo á los franceses, sino á todos aquellos que se habian adherido á la fortuna de la Francia. Los españoles se mostraban ébrios de orgullo, y no les faltaba razon para ello, sino por la habilidad y bravura que desplegaron en aquellas circunstancias, á pesar de que se condujeron valientemente, por los obstáculos, al menos, de todas especies que nos habia creado su patriótica insurreccion; obstáculos, que, á decir verdad fueron la causa principal de las desgracias de Dupont. Faltando de improviso los veinte mil hombres que estaban destinados á conquistar la Andalucía, y los cuales debian replegarse sobre la Mancha para venir á concentrarse á Madrid en el caso que saliesen fallidos sus planes, la situacion nuestra era, en efecto, de las mas criticas. Era, pues, evidente que los sublevados de Valencia, Cartagena y Murcia, dando la mano á los de Granada y Sevilla, enorgullecidos con su imprevisto triunfo, y arrastrando en pos de sí á los de Estremadura y la Mancha, que no habian osado aun mostrarse, tratarian bien pronto de dirigirse sobre Madrid. Y aun cuando el número de los que se hallaban regimentados en tropas de línea fuese exagerado, y solo fuesen numerosas las partidas de guerrilleros que apresaban nuestros convoyes, degollaban nuestros heridos y enfermos, y devastaban la España mucho mas que nuestras mismas tropas, con todo, el general Castaños podia llegar con las tropas de Valencia, Murcia, Cartagena, Granada, Sevilla y Badajoz, ó sea á la cabeza de sesenta ó setenta mil hombres, envalentonados á consecuencia de los sucesos de Bailen, y por nues-

tra parte solamente podíamos oponerles las divisiones Marnier, Morlot, Frère, la brigada Rey, y la guardia imperial. Todos estos cuerpos de ejército, que á no ser por los enfermos y los heridos, hubieran compuesto un total de treinta y un mil hombres próximamente; en el estado de salud en que se hallaban las tropas ascenderian á lo sumo á veinte ó veinte y cinco mil. Sin embargo, con un general vigoroso, con Murat, por ejemplo, en lugar del rey José, hubiérase podido muy bien batar á sesenta mil españoles con veinte mil franceses, y rechazar á los vencedores de Bailen, obligándolos á replegarse hacia la Mancha y Andalucía, si venian á presentarse en Madrid. Verdad es, que tambien teníamos detrás de nosotros una gran capital que era preciso vigilar y contener á toda costa; pero tambien era posible (como despues escribió Napoleon), traer á ella un refuerzo considerable y suficiente para mantener á raya á los enemigos de afuera y á los de adentro. El mariscal Bessieres, despues de su victoria de Rioseco, habia marchado sobre Galicia, y se disponia á penetrar en ella. Fué, pues, preciso darle orden de que regresase á Burgos, y que se limitase á cubrir la carretera de Madrid, en cuyo caso podia devolverse la brigada Lefebvre, separada momentaneamente de la division Morlot, antes de tener noticia de la victoria de Rioseco; la division Montou, compuesta de regimientos aguerridos; el 26.º de cazadores que acababa de llegar, el 51.º y el 43.º de linea, que debian hallarse ya muy cerca de Bayona (los cuales formaban parte de los doce regimientos aguerridos á los cuales se habia dado orden de que viniesen á España), cuyas tropas hu-

bieran constituido un refuerzo de diez mil hombres escelentes y capaces de batirse contra todos los ejércitos de la España. El mariscal Bessieres hubiera reunido ademas con las tropas de marcha, y las columnas móviles situadas en Vitoria, Burgos y Aranda, cerca de catorce á quince mil hombres. Por último, el 14.º y el 44.º de linea, los cuales formaban tambien parte de los regimientos aguerridos que habian recibido orden de entrar en España, habian aumentado el ejército del general Verdier, que se hallaba al frente de Zaragoza, hasta el número de diez y siete mil hombres. En caso de necesidad podian, pues, ora se efectuase ó desistiese el nuevo ataque contra esta ciudad, cuyo buen éxito se anunciaba todos los dias como probable y próximo, destacar de allí dos regimientos para traerlos á Madrid. En caso que Zaragoza hubiese caído en nuestro poder, estos dos regimientos hubieran llegado en apoyo de la capital con su fuerza material, y una fuerza moral inmensa. En el caso contrario, todo lo peor que podia suceder era que se retardase la toma de Zaragoza; pero Madrid quedaba en cambio al abrigo de toda tentativa, y fuera el que fuese el enemigo que intentara aproximarse á la corte, se veria obligado á replegarse. En España, en fin, con los treinta mil hombres que podian reunirse en la capital, con los catorce mil que habrían quedado al mariscal Bessieres, los diez y siete mil del general Verdier, los once mil que tenia el general Duhesme en Cataluña, y los siete mil del general Reille, quedaban aun sobre ochenta mil franceses con corta diferencia, y con fuerza semejante, cierto que era bien posible hacer frente á los españoles,

máxime cuando á cada momento se veían aparecer en Bayona nuevos refuerzos preparados por Napoleón. Pero ante todo, repetimos, hubiera sido necesario un príncipe militar, y no un príncipe cuerdo, instruido, de carácter afable y poco guerrero, si bien se acordó en los momentos de peligro de que era hermano de Napoleón (1).

No había, pues, motivo alguno para desesperar, puesto que haciendo regresar desde Galicia á Castilla la Vieja al mariscal Bessières, reduciendo su papel á vigilar el camino de Madrid, atrayendo hácia la corte una parte de las fuerzas que tenía á su disposición, algunas de las que sitiaban á Zaragoza, y las que acababan de pasar por Bayona, podíase muy bien mantenerse firmes en Madrid, y batir á los insurgentes que osaran presentarse delante de sus muros. Pero el infortunado rey de España, era de muy distinto temple que su hermano. La alegría de los españoles que se manifestaban hostiles á su persona, (y hay que convenir en

(1) Estas observaciones no son exclusivamente mías: yo he creído siempre, en efecto, que después de los sucesos de Bailen quedaban todavía en España fuerzas suficientes para continuar ocupando á Madrid; pero una nota del emperador, fechada en Burdeos el 2 de agosto, vino á confirmarme en ella, y de esta misma nota es de donde he sacado los precedentes cálculos; así como la indicación de las concentraciones que se hubieran podido operar. He reducido algo las cifras, porque Napoleón, exagerando el número de tropas para estimular á su hermano que se mantuviese firme, contaba más de ochenta mil hombres después de la pérdida de los veinte mil de Dupont, aun cuando escasamente llegaban á este número después de los estragos que habían causado las enfermedades y las batallas.

que eran la mayor parte), la desolación de los que se habían afiliado á su causa, el apocamiento de espíritu de sus ministros, la poca firmeza de los generales franceses que le rodeaban, y la desconfianza, por último, que le inspiraba una población que le era desconocida, contribuyeron á perturbar profundamente su ánimo, y á impelerle á tomar la desastrosa resolución de abandonar su capital á los diez días de haber penetrado en ella. El rey José debió arrostrarlo todo antes de resolverse á evacuar á Madrid, aun cuando no hubiese sido más que por el efecto moral que esto hubiera producido. Mientras permaneciese en él, los sucesos de la guerra hubieran sido únicamente considerados como alternativas de triunfos y reveses: á Bailen podía oponérsele Riosco, aun cuando esta victoria era de mucha menor importancia; la toma de Zaragoza, que tan fuadadamente se esperaba, podía ponerse en parangón, cuando se realizase, con la resistencia de Valencia; y Madrid, ocupado siempre por nuestras tropas, quedaba á nuestro favor, como prueba de la superioridad de los franceses en la Península. La insurrección, en este caso, hubiera podido dudar de sus propios recursos, y los ingleses, formando peor juicio del poder de la misma, no hubieran hecho tantos esfuerzos por secundarla. Pero la evacuación de Madrid era una confesión explícita de parte de la nueva monarquía, merced á la cual se declaraba incapaz de conservar por medio de la fuerza el reino que la Providencia le había dado, y desde aquel momento la España entera tenía imprescindiblemente que sublevarse en masa, dando ocasión á que á la vergüenza de Bailen, que recaía sobre tantos genera-

les, sucediese la confusion mas cruel para Napoleon; la confusion de su politica, consecuencia de la evacuacion total, ó casi total de la España.

El general Savary se encontraba aun en Madrid, á pesar de los esfuerzos que el rey José, poco aficionado á su persona, ni á su modo de pensar y obrar, habia hecho para librarse de su presencia. El general Savary representaba el sistema de las ejecuciones militares; el de la aplicacion de mantener perfectamente el ejército francés, costase lo que costase á la España; el de una sumision absoluta á la voluntad de Napoleon, y el de la indiferencia hacia la de José, cuando la de éste no se hallaba conforme con las órdenes procedentes del estado mayor imperial. Deseando el rey José popularizarse en España, y asaz inclinado, por consiguiente, á sacrificar el interés del ejército al de los españoles, sentia hacia el general Savary y hacia el conjunto de cosas que éste representaba cerca de su persona, el odio mas profundo. Por esta razon habia recurrido una porcion de veces á su hermano, pidiéndole que le mandase al mariscal Jourdan, de quien estaba acostumbrado á servirse en Nápoles, el cual era recto, prudente, pacífico, activo, nada mas que lo que convenia á la molicie de su amo, y nada dispuesto á prosternarse ante Napoleon, á quien comprendia poco y apreciaba menos. El rey José, manifestando gran prisa en que viniese el mariscal Jourdan, y se alejase el general Savary, habia dado á entender al último que haria muy bien en partir de la corte, y éste, cuya indocilidad, excepto para con Napoleon, era estremada, le habia contestado que tendria una

verdadera satisfaccion en separarse de él cuando se lo permitiese el emperador, á quien reconocia por su único dueño. Y mientras llegaba este permiso, habiase quedado en Madrid, haciendo diariamente en su correspondencia con el emperador un cuadro asaz poco lisonjero de los hombres y de las cosas. Después del desastre de Bailen, el rey de España se dió por muy contento de tener á su lado al general Savary, para dividir con él la responsabilidad de las graves resoluciones que habia que tomar, y le consultó repetidas veces con mucha mas deferencia que la que tenia de costumbre. El general Savary, que si bien no era débil, comprendia perfectamente cuan inhábil era aquel desgraciado monarca para sostenerse en Madrid con veinte mil hombres, creyó mas prudente el dejarlo salir y hasta le aconsejó que procurase verificarlo cuanto antes. «¿Y qué dirá el emperador? le preguntó, sin embargo, el rey José.— El emperador se incomodará un poco, repuso el general Savary: pero ya sabeis que su cólera es estrepitosa y que no mata. Si él se hallara en vuestro lugar, seguramente que se quedaria; pero lo que él hace no les es dado á todos el hacerlo. ¡Harto tenemos con el desastre de Bailen, para que vayamos á esponernos al segundo! Cuando os halleis sobre el Ebro, bien concentrado, bien establecido, y en disposicion de poder recobrar la ofensiva, el emperador tendrá que tomar entonces su partido y enviarnos los socorros necesarios.»

El rey José no esperó á que el general Savary le repitiese este consejo, y dió las oportunas órdenes para emprender la retirada de Madrid. Pero como habia en la capital mas de tres mil heridos y

enfermos, y un inmenso material de guerra aglomerado en el Buen Retiro, de cuyo real sitio se habia empezado á hacer una fortaleza, era indispensable algun tiempo, y esfuerzos no pequeños para que la corte quedase evacuada de tantos hombres y materiales, á cuyo fin se emprendieron los preparativos sin la menor dilacion. La mala voluntad de los habitantes añaía desgraciadamente dificultades y no pocas á estas operaciones. Al aspecto de ellas esparci6se rapidamente la noticia de la retirada de los franceses, y los españoles, trasportados de alegría, y resueltos á poner todo cuanto estoviese de su parte para que esta retirada fuese mas desastrosa, reunian sus carros y carraages de todo género, los hacinaban y les prendian fuego en seguida, prefiriendo su destruccion á que fuesen útiles á los franceses. El transporte, por lo tanto, de los heridos, los enfermos y las oficinas, ofreció muchas mas dificultades, y exigió una porcion de dias para su arreglo, durante los cuales no fué posible que partieran las tropas.

Cuanto se habian afiliado por un momento al partido de la Francia, desaparecieron al punto así que llegaron á su noticia los primeros rumores de semejante resolucion. Dos de los ministros del rey José, los señores Piñuela y Cevallos, se escaparon sin decir una palabra. El último sobre todo, se dedicó despues á escribir folletos para infamar á la Francia. El anciano Azanza, y los señores O'Farrell y Urquijo, procediendo como cumplia á hombres graves y concienzudos, que al aceptar la monarquía francesa, esto es, la regeneracion de la España, sabian lo que se hacian, no solo no abandonaron al rey José, sino que le siguieron devora-

dos por el dolor mas amargo. El señor Caballero, á quien sus compatriotas trataron con el desprecio mas insultante, se quedó en la corte de José como en un asilo. Entre los grandes, el principe de Castel-Franco, que habia hecho en un principio frente á la tempestad, cooció en los últimos momentos que su valor desfallecia, y despues de haber prometido partir, no partió. Ninguno de cuantos siguieron al rey José pudo lograr llevar consigo un criado español. Los hombres de esta condicion quedaron todos en Madrid. En palacio y en las caballerizas reales, habia empleados mas de dos mil individuos, y de miedo de que se tratase de obligarlos á seguir á la nueva monarquía, desaparecieron de la noche á la mañana. El rey José, por lo tanto, apenas halló de quien servirse en su retirada.

El dia 2 de agosto salió de la corte para dirigirse á Chamartin, sin que se le dirigiese ningun apóstrofe insultante, porque su persona habia logrado inspirar cierta especie de respeto. La poblacion vió partir á las tropas francesas con una alegría que era muy natural; pero no se atrevió á ofenderlas, porque aun temblaba á su vista, porque á pesar de que solo era una presuncion, por entonces bien fundada, se susurraba que era fácil que volviesen. Desde esta retirada ya no quedaba en la Peninsula ni siquiera una persona que fuese adicta al rey José; ni el pueblo, que jamás lo habia querido, ni la clase elevada, ni la clase media, las cuales, despues de haber vacilado un momento por temor á la Francia, y con la esperanza de las mejoras que podian esperarse de ella, ya no vacilaban, al ver que la Francia misma se declara-

ba vencida en el hecho de retirarse de Madrid. El ejército retrogradó lentamente por la carretera de Buitrago, Somosierra, Aranda, y Burgos, y encontrando en el camino numerosas huellas de la crueldad de los españoles, no pudo contener su exasperación y se vengó horriblemente en algunos puntos. El hambre, que contribuía poderosamente á exaltar su cólera, hizo que nuestras tropas causasen grandes destrozos en su tránsito, é iban señalándolo en tan terribles términos, que llegó á su colmo el encono de los españoles. Espantado José al considerar los sentimientos que necesariamente debían provocar escesos semejantes, luchaba en vano por impedirlos, y solo consiguió herir la susceptibilidad de su mismo ejército, cuyos soldados decían, que valía más el que se interesase por ellos, que eran quienes le sostenían, que no por los españoles que lo rechazaban. Cuando las cosas marchan mal, suele frecuentemente reunirse á la desgracia la desunión. Los ministros del rey José se hallaban muy poco de acuerdo con los generales franceses, y la nueva corte de España, poco conforme con el ejército, que era su único apoyo. Entre los gefes, por tanto, reinaba la tristeza, la irritación entre los soldados, y el furor de la venganza en todas las poblaciones de la carretera.

El rey José y los que lo rodeaban, desanimándose por momentos, no se creyeron en seguridad ni aun en Burgos mismo. Por lo que, y asustados de tener aun á su retaguardia todo el país comprendido entre Burgos y las provincias Vascongadas, juzgaron oportuno dirigirse á la línea del Ebro, escogiendo á Miranda para cuartel general. Despues de dar orden al mariscal Bessieres para

que avanzara sobre su derecha, quisieron que el general Verdier avanzase por su izquierda, dándoseles muy poco de que quedasen inhabilitados cuantos esfuerzos se habían hecho para rendir á Zaragoza, los cuales iban á verse coronados en aquel momento por el éxito mas feliz. De manera que solo se creyeron algun tanto seguros al verse resguardados por el Ebro, y cuando tuvieron á su disposición además de los veinte y cinco mil hombres de Madrid, los veinte y tantos mil del mariscal Bessieres, los diez y siete mil del general Verdier, y toda la reserva de Bayona.

En medio de tantas faltas, cometiése, pues, otra mas, abandonando tanto terreno, y tantos trabajos con especialidad como se habían hecho delante de Zaragoza, donde, despues de los últimos ataques, se habían aumentado toda clase de medios para reducir aquella ciudad tenaz; lo cual prueba que las defensas mejor combinadas del arte son menos poderosas é insuficientes contra el valor de los habitantes resueltos á dejarse matar en sus casas. Dos regimientos aguerridos, el 44.^o, que tan desgraciado y tan heroico fué en Eylau, y el 44.^o, que tanto se distinguió en la misma batalla y la de Dantzig, acababan de llegar, aumentando con su fuerza hasta el número de diez y seis ó diez y siete mil hombres el ejército sitiador. La artillería de grueso calibre, tan necesaria para derribar los conventos que flanqueaban el muro, había sido trasportada ya desde Pamplona por el Ebro y el canal de Aragón. El coronel de ingenieros Lacoste, edecan del emperador, había tomado hábilmente sus disposiciones para practicar anchas brechas en la muralla y derribar los sólidos edificios que

le servían de apoyo. Hallándose todo presto el 4 de agosto por la mañana, sesenta piezas de artillería compuestas de morteros, obuses, y piezas de á 16, empezaron á vomitar fuego sobre la ciudad y el convento de Santa Engracia, situado como ya hemos dicho, en el centro del muro, y en un ángulo que este forma hácia la mitad de su estension. A derecha e izquierda de aquel convento habia dos puertas por las cuales intentaba penetrar el ejército sitiador para dirigirse rápidamente hácia el *Coso* por una espaciosa calle, cuya longitud atraviesa la ciudad de Zaragoza, y apoderarse del mencionado punto, cuya posesion equivalia á hacerse dueño de la ciudad entera. Habiendo logrado la artillería francesa acallar á cosa del medio día los disparos de la del enemigo, y abrir anchas brechas en la muralla, formáronse las columnas de asalto, y dos de ellas, una á las órdenes del general Habert por la derecha, y por la izquierda la otra al mando del general Grandjeau, se lanzaron sobre la desportillada muralla, gritando: ¡Viva el emperador! Los españoles, cuya principal resistencia no estribaba en la defensa de un muro que ni tenia bastiones ni estaba terraplenado, sino en las trincheras de sus calles y en sus casas aspilleradas, aguardaban á nuestros soldados mas allá de las dos brechas, y los recibieron con una granizada de balas en el momento que asomaron á los portillos. Mas feliz la columna de la derecha, logró penetrar la primera en la ciudad, y destruyendo los obstáculos que detenian á la de la izquierda hácia la puerta del Carmen, la auxilió para que pudiera hacer otro tanto. Acto continuo lanzóse, á pesar del fuego mortífero que la hacian desde las

casas, en la calle de Santa Engracia, que descien- de perpendicularmente hácia el *Coso*, objeto principal de nuestros ataques. Tres grandes parapetos muy fortificados y provistos de cañones, cortaban el paso por la mencionada calle: impelidos por su ardor vehemente nuestros soldados, tomaron por asalto las trincheras, cogieron doce piezas de artillería, dieron muerte á los españoles encargados del servicio de ellas, y desembocaron en el *Coso*, creyéndose ya dueños de la ciudad. Quedaban, empero, á su retaguardia los insurgentes, campesinos y frailes unos, y soldados de línea otros, los cuales permanecian guarecidos en las casas, y resueltos á consentir en que las prendieran fuego antes que abandonarlas. Era preciso, por tanto, ir á desalojarlos de ellas, antes de establecerse en el *Coso*, y así se hizo, asaltando las casas una por una, perdiendo bastante gente para apoderarse de ellas, y tomando una horrible venganza en los que defendian las que caian en posesion de nuestros soldados.

La columna de la izquierda habia encontrado, tambien en su camino un grave obstáculo: era este el vastísimo edificio del convento del Carmen, cercado de un foso, y en el cual se habian colocado una infinidad de tropas españolas al mando de oficiales espertos, atrincherándose detrás de sus gruesas paredes. Fuele, pues, preciso á nuestra columna atacar este convento para apoderarse de él, y lo consiguió aunque con grave pérdida de gente. Terminada esta maniobra, el general Grandjeau procedió, como lo habia hecho tambien la columna de la derecha, á combatir casa por casa, mientras que nuestra artillería continuaba lanzan-

de balas y bombas, que, pasando por encima de nuestros soldados, causaban los mayores destrozos en la ciudad. Aquel combate horrible, emprendido desde por la mañana con un increíble encarnizamiento duraba todavía, cuando nuestros soldados, llenos de fatiga, empezaron á desparramarse por las casas que acababan de conquistar, y á buscar víveres, y vinos especialmente, de cuyo artículo sabian que todas las ciudades de España estaban abundantemente provistas. Por desgracia nuestra hallaron en aquella especie de merodeo inferior el escollo de su bravura, y bien pronto quedó sepultada una mitad de soldados franceses en la inacción y la embriaguez. En vano hacian nuestros generales, heridos á la sazón casi todos, los mayores esfuerzos para recabar de sus respectivas tropas, ora que volviesen al combate, ora que atendieran á su propia seguridad. Todas sus exortaciones fueron infructuosas. Si los españoles hubieran sospechado el estado en que se hallaba gran parte de los hombres que les habian dado el asalto, á poca costa hubieran podido hacerles pagar á buen precio el sangriento triunfo de la jornada. No hubo, pues, otro remedio que esperar al siguiente día para volver á empezar y proseguir la conquista difícil de Zaragoza, casa por casa y calle por calle. Además de un considerable número de oficiales heridos, y de los generales en jefe Verdier, y Lefebvre-Desnoettes, con especialidad, al primero de los cuales habia alcanzado una bala en un muslo, al paso que el otro sufría horriblemente á causa de una fuerte confusión en el pecho, teniamos mas de mil doscientos ó mil trescientos hombres fuera de combate, entre ellos trescientos muertos, y de ocho-

cientos á novecientos heridos. Los dos regimientos aguerridos 14.º y 44.º de línea, figurábanse que se hallaban en Eylau al discurrir por las calles de Zaragoza: tal era el fuego vivísimo que se hacia de una y otra parte.

No habiendo podido el general Verdier encargarse del mando y dirección de los ataques á la mañana siguiente por causa de su herida, el general Lefebvre, que le sucedió en él, reunió las tropas dispersas por las casas, mandó atrincherar para seguridad de los franceses las calles conquistadas que desembocan al *Coso*, y á fin de economizar sangre, resolvió emplear la zapa y la mina contra los insurgentes, creyendo que no debía llevar la consideración de no hacer destrozos en una ciudad española mas allá que los españoles mismos.

Tal era el estado en que se hallaban nuestros asuntos en Zaragoza, cuando llegó la noticia del desastre de Bailen, de la evacuación de Madrid, y de la retirada general sobre el Ebro. Nuestros generales y nuestras tropas no pudieron menos de experimentar un amargo disgusto al ver que se habia derramado tanta sangre inútilmente, y próxima á escapárseles de entre las manos una presa, sobre cuya posesión habian sostenido tan encarnizado combate.

Debiendo, pues, ir á establecerse en Tudela, sobre el Ebro, el ejército sitiador de Zaragoza, á fin de formar la izquierda de la nueva posición que el ejército francés iba á ocupar en España, encamináronse hacia aquella ciudad primero los heridos y después toda la artillería que era trasportable: clavando en seguida el resto, pusieron las tropas en marcha con el corazón lacerado, mostrando la mas

honda tristeza en su semblante, y humilladas hasta el extremo por verse precisadas á retroceder ante soldados á quienes tenian en poco, á pesar de la obstinacion desplegada en las calles de Zaragoza por los paisanos y los frailes. El número de nuestras fuerzas, al regresar sobre Tudela, seria de unos diez y seis mil hombres, antigua ó recientemente aguerridos, pero capaces todos de batir en campo raso un número triple ó cuádruplo de españoles.

Entretanto, habiase visto obligado nuestro ejército de Cataluña á encerrarse dentro de los muros de Barcelona. El general Duhesme, despues de ensayar en un principio el reprimir la insurreccion en el Mediodia de esta provincia, á fin de poder comunicarse con Valencia, y no inspirarle ya ninguna inquietud lo que pudiera ocurrir por este lado, así que tuvo conocimiento de la retirada del mariscal Moncey, intentó dirigir sus operaciones hácia el lado del Norte, á fin de mantener su comunicacion con la Francia y dar la mano á la columna del general Reille. A este propósito, habia salido á la cabeza de la mayor parte de sus tropas dirigiéndose por Mataró y Hostalrich sobre Gerona, con el objeto de apoderarse de esta última plaza, una de las mas importantes de Cataluña, cuya ocupacion descuidaron hasta entonces los franceses, cometiendo una gran falta. Al llegar Duhesme á Mataró vióse precisado á tomar por asalto esta pequeña ciudad, y á entregarla al furor de sus tropas, las cuales se mostraban cada dia mas exasperadas á consecuencia de la bárbara guerra que las hacian los españoles. Desde Mataró dirigióse sobre Gerona esperando sorprenderla y escalarla. Sus grana-

deros provistos de escalas, habian ya trepado á lo alto de las murallas de la ciudad, y se aprestaban para penetrar en ella, cuando, viéndose denodadamente rechazados por el pueblo, la tropa, y los frailes reunidos, tuvieron que desistir de semejante intento. Careciendo de artilleria de grueso calibre el general Duhesme, y desesperando, por ende, de poder tomar la plaza á viva fuerza, regresó á Barcelona, viéndose precisado á combatir sin cesar durante su tránsito, y á saquear los pueblos para tomar alguna venganza de los asesinatos perpetrados en sus tropas. Durante esta escursion, no habia sido posible tampoco comunicarse con el general Reille, el cual habia avanzado hasta Figueras, sin poder pasar de allí, y logrando únicamente abastecer el castillo, ocupado por una reducida guarnicion francesa, con viveres y municiones en suficiente cantidad. Cuantas veces habia intentado ir mas lejos, vióse acometido de todos lados por osados migueletes, los cuales lograban burlar con su ligereza el valor de nuestros jóvenes reclutas, que aun no sabian correr por aquellas montañas tras de los montañeses acostumbrados á la caza de gamos. El general Reille, por lo tanto, habia sufrido bastantes pérdidas sin utilidad, y noticioso del regreso del general Duhesme á Barcelona, se habia limitado á custodiar la frontera, aguardando para hacer otra tentativa nuevos recursos y nuevas órdenes.

He aqui, pues, cual era nuestra situacion en agosto de 1808 en aquella España que tan precipitadamente habíamos invadido, y cuya conquista habíamos creído cosa tan facil. En el Mediodia lo habíamos perdido todo, despues de dejar prisione-

ro uno de nuestros ejércitos. A consecuencia de este descalabro, habíamos abandonado a Madrid, interrumpido el sitio de Zaragoza que casi tocaba ya á su término, y retrocedido sobre Tudela, y la única de nuestras divisiones que no habia evacuado la provincia cuya ocupacion se le encomendara, á saber, el reino de Cataluña, habiase visto en la precision de encerrarse en Barcelona, bloqueada del lado de tierra por innumerables miguelotes, y de la parte del mar por la marina británica, la cual se apresuró á venir de Gibraltar así que llegaron á sus oídos los rumores de la insurreccion española.

Quedaba además en lo interior de la Península, un ejército francés, sobre cuya suerte no podian menos de concebirse serias inquietudes: este ejército era el del general Junot, establecido pacíficamente en Portugal antes de la conmocion terrible que tan profunda alteracion habia producido en toda España, y del cual no se tenia noticia alguna, ni se podian tampoco hacerlas llegar adonde él se hallaba, porque estando insurreccionadas por la parte del Mediodía, la Andalucía y Estremadura, y por la parte del Norte Leon y Galicia, quedaban interceptadas todas las vias de comunicacion.

Desde que habia estallado la insurreccion del mes de mayo, los españoles anunciando segun lo tenian de costumbre, las victorias antes de alcanzarlas, lograron hacer llegar hasta Portugal, así por Galicia como por Estremadura, las noticias mas siniestras sobre el ejército francés. Las juntas rebeldes habian oficiado á todos los cuerpos españoles, estimulándolos á desertar en masa, y á que se adhiriesen á la insurreccion. Informado aunque de una manera confusa el general Junot de

las ocurrencias de España, y á pesar de no estar al alcance de los pormenores, comprendió la necesidad de tomar las precauciones mas severas contra las tropas españolas que le habian sido enviadas para secundarle, y las cuales, lejos de servirle de refuerzo, eran en semejante estado de cosas, una de las dificultades que mas le estorbaban. A este fin, cercó de improviso con una division francesa á la division Carraffa, que se hallaba á la sazón cerca de Lisboa con la mision de ayudarle á someter el Alentejo, y fundándose en las circunstancias, le intimó que rindiese las armas, cuya intimacion fué cumplida y llevada á cabo con señales evidentes de la rabia mas profunda. Esto no obstante, habiendo conseguido escapar parte de su fuerza de infanteria y caballeria, huyendo á través del Alentejo hacia la Estremadura española, mandóse un regimiento de dragones en persecucion de los fugitivos, y aun cuando logró coger una parte de ellos, los mas lograron llegar á Badajoz.

El general Junot habia reunido sobre el Tajo cierto número de barcas inservibles, y anclándolas en medio del canal bajo el fuego de la artilleria de los fuertes, colocó en ellas á los soldados españoles privados de sus armas, pero suficientemente provistos de todo lo necesario.

Mientras que así se obraba en Lisboa con la division Carraffa, la division Taranco, compuesta de diez y seis batallones, y situada en Oporto, sin que hubiese en esta ciudad fuerza alguna francesa que la pudiese contener, se sublevó, y haciendo prisionero al general francés Quesnel con todo su estado mayor, emprendió el camino de Galicia á fin de incorporarse al general Blake, llamando al pro-

pio tiempo á los portugueses á las armas. A decir verdad, no les faltaba á estos deseos de sublevarse, en atencion á que aun cuando enemigos de los españoles, vienen á ser hijos de una misma nacion, que se detestan entre sí reciprocamente, la vista de los franceses hizoles recordar que pertenecian á la raza moruna de cristianos, que habitan en la Peninsula, y que odian quanto no es hijo de ella, y merced á esto, no deseaban otra cosa que una ocasion oportuna para sublevarse. Delante del ejército francés, sin embargo, no se atrevieron á hacerlo, y el buen orden en que Junot mantenía sus tropas, contribuyó no poco á que fuese menos penosa para ellos esta sumision. Mas así que llegó á su noticia el alzamiento de los españoles, y al oír que estos habian vencido á los franceses, concibieron al punto, como era natural, el deseo de seguir su ejemplo, y solo aguardaban la presencia de sus antiguos aliados los ingleses, aliados y tiranos suyos á la vez, para determinar con ellos una insurreccion general.

El almirante sir Carlos Cotton cruzaba á la sazón en efecto, desde el cabo de Finisterre, al cabo de San Vicente; pero no se veian aun sus navios mas que á cierta distancia, y se aguardaba con impaciencia la llegada de una flota que trajese á su bordo un ejército inglés. En Lisboa, donde el general Junot se hallaba con el grueso de sus tropas, no era fácil verificar la sublevacion; pero en Oporto, que ademas de participar de todos los sentimientos nacionales, reinaba el mas profundo disgusto, á consecuencia de no ver buques ingleses en sus aguas, todo estaba pronto para estallar á la primera señal de la Inglaterra.

El bizarro general Junot conocia perfectamente toda la gravedad de semejante situacion. El dia mismo en que ocurría la deplorable catástrofe de Bailen, hacia ya un mes justo que carecia de noticias de Francia, en atencion á que los ingleses, dueños como eran de la mar, no dejaban pasar niágon buque, y á que la insurreccion española que interceptaba el paso á Portugal de Norte á Mediodía, no dejaba pasar ni un correo. La noticia de los acontecimientos de Bailen, transmitida al odio de los portugueses por el entusiasmo de los españoles, se esparció por el reino de Portugal con una rapidez increíble, y produjo en él una conmocion extraordinaria; al paso que la victoria alcanzada por nuestras tropas en Rioscco, á pesar de haber sido anterior á aquel desastre, no era conocida aun, por la razon sencilla de que el espíritu humano se apresura á propagar los hechos que le lisonjean, y pierde su eco para estender los que le son contrarios. No habia, empero, en esto gran mal, puesto que aquel dichoso triunfo, del cual debian tener bien pronto noticia los portugueses, se convirtió poco despues, como luego se verá, en un poderoso recurso para restablecer el ánimo de nuestros soldados, los cuales aunque jóvenes, se hallaban ya avezados á la guerra, estaban reorganizados y bien instruidos, y presentaban el mejor aspecto. A su entrada en Portugal componíase su número de veinte y tres mil hombres, á los cuales se agregaron luego otros tres mil. De manera, que aun cuando despues de la desastrosa marcha del otoño último, se redujo bastante su fuerza, todavía quedaban veinte y cuatro mil hombres, número suficiente para sostener el honor de las armas francesas an-

tes de rendirse, dado caso que tuviesen que sucumbir para espiar en toda la Península el atentado de Bayona.

Viéndose el general Junot tan lejos de Francia, y encerrado entre la insurrección española que se mostraba triunfante, y la mar cubierta de velas inglesas, no se hacía ilusión alguna acerca de los peligros que le amenazaban: aconsejándose empero, de su inteligencia y de su bravura, hallábase resuelto á portarse de modo que su conducta fuese completamente aprobada por Napoleón. A este fin convocó un consejo de guerra, compuesto de generales educados en la escuela de Napoleón, y sus resoluciones, por consiguiente, fueron en un todo conformes á los verdaderos principios militares. Mas si bien es cierto que estos principios fueron reconocidos unánimemente en teoría, también lo es que no se aplicaron con aquel vigor y precisión, peculiares tan solo de su inclito dueño. Abandonar todos los puntos accesorios que ocupaban nuestras tropas, reunirse en masa para caer sobre Lisboa, á fin de contener á sus habitantes, y disponerse para obligar á replegarse mas adentro á las primeras tropas inglesas que tratasen de verificar un desembarco, era naturalmente el plan que debía coacebirse y adoptarse. Resolvióse, pues, abandonar los Algarbes, el Alentejo, Beira y todos los demas puntos donde había tropas acantonadas, á escepcion de las dos plazas de Almeida por el lado del Norte, la de Elvas por la parte del Mediodía, y las posiciones de Setubal y Peniche sobre el litoral, con el objeto de concentrarse entre Abrantes y Lisboa. Esta resolución era buena, pero incompleta, mediante á que en los puntos mencionados

había que dejar de cuatro á cinco mil hombres, y añadiendo la fuerza que debía absorber naturalmente la capital, á duras penas quedaban de diez á doce mil soldados que oponer en caso de un desembarco, siendo así que debían reservarse quince ó diez y ocho mil hombres lo menos para una acción decisiva.

Nuestras tropas tenían cerca de sí un aliado que hubiera podido prestarles grandes servicios; el almirante ruso Siniavin con su escuadra montada por una tripulación, cuyos individuos, si bien no eran marineros muy buenos, eran en cambio soldados excelentes. Si este aliado hubiese querido abrazar francamente la causa común, hubiérale sido fácil guardar á Lisboa con sus propios recursos, y de esta manera quedaban disponibles tres ó cuatro mil franceses mas. Pero el almirante Siniavin persistió, como antes lo había hecho, en conducirse en toda la estension de la palabra, como un ruso apasionado de la Inglaterra, impregnado de odio hacia la Francia, y enteramente dispuesto á abrir los brazos al enemigo; y en esta atención respondió fria ó negativamente á cuantas instancias se le dirigieron, á fin de que cooperase al buen éxito de las armas francesas, procurando impedir la entrada de los ingleses, á lo cual estaba quizás mas obligado que Junot mismo, por su posición en medio del Tajo. Para el general francés era esta una dificultad gravísima, especialmente teniendo que reprimir una población de trescientas mil almas, cuyo espíritu no le era favorable, y en la cual había mas de veinte mil gallegos, que ejercían en ella como los sahojanos ó los auverneses en París, oficios penosos, y con cuya antipatía podía contar como segura.

Con todo, como en Lisboa estaba el establecimiento principal del ejército francés, Junot esperaba lograr contener la mala voluntad de los habitantes con los soldados de depósito, los enfermos, y los que estaban destinados á custodiar el material de guerra. Así, pues, ordenó al general Loison que abandonase á Almeida con sus tropas, y al general Kellermann que hiciese otro tanto en Elvas, encargándoles á ambos al propio tiempo que dejasen una guarnición en estas plazas. Su proyecto era tener con el regreso de estas dos divisiones una masa á todas horas dispuesta para operar sobre el litoral contra los ingleses, cuyo desembarco se anunciaba como próximo.

Aun cuando la insurrección no había estallado todavía en Portugal, iba minando sordamente los espíritus, y era casi de todo punto imposible hacer llegar un correo. Enviáronse, sin embargo, al general Kellermann, y especialmente al general Loison, cuya incorporación con el ejército francés era mucho más difícil que la de Kellermann, á causa de la mayor distancia de la provincia que aquel ocupaba, tantos emisarios, que al fin se logró advertirlos á tiempo, y ponerlos al corriente de lo que se trataba. Cuando llegó el caso de que partiera el general Loison, ya se hallaba rodeado de insurgentes, á los cuales se había extendido el contagio de la insurrección española. El clero, no menos entusiasta en Portugal que en la Península, se había puesto á la cabeza de los paisanos, é interceptando todos los caminos, hacían el mismo género de guerra que se practicaba en España, atrincherando las entradas de los pueblos, ocultando los víveres, y degollando los enfermos, los heridos, ó los rezaga-

dos. Pero el general Loison era un oficial tan bizarro como el que mas de su tiempo; por lo que dejando en los fuertes de Almeida mil cuatrocientos ó mil quinientos hombres de los que se hallaban peor dispuestos para sufrir las fatigas de una larga marcha, y proveyéndoles de víveres y municiones, se puso en camino con tres mil, para atravesar todo el Norte de Portugal por Almeida, La Guarda, Abrantes y Lisboa. Durante su marcha, tuvo diferentes encuentros con los revoltosos, cuya osadía castigó severamente, y haciéndose respetar por todas partes, abriéndose el paso y procurándose víveres, llegó á Abrantes sin haber perdido mas que doscientos hombres durante un tránsito el mas penoso y el mas erizado de peligros.

No corrió peor suerte el general Kellermann al dejar á Elvas. Los Algarbes y el Alentejo habían empezado ya á agitarse, estimulados por la insurrección de Andalucía y Estremadura. El general Kellermann envió destacamentos en todas direcciones, y á Beja con especialidad, donde mandó hacer un ejemplar severo; y despues de reprimir á los insurgentes, abandonó á Elvas, como había abandonado á Almeida el general Loison, dejando en la ciudad á todos aquellos que por su estado y por los ardorosos calores de julio se veían imposibilitados de ponerse en marcha, y regresó sin obstáculo alguno á Lisboa por la izquierda del Tajo. Desde este momento ya no quedaban tropas francesas mas que en Almeida, Elvas, Setubal, Peniche, Lisboa y en sus cercanías.

Anunciábase generalmente, en efecto, como seguro el arribo de un ejército británico, procedente, según unos, de Gibraltar y de Sicilia, y de la Irlan-

da y el Báltico, segun otros. El almirante sir Carlos Cotton se habia aproximado diferentes veces á la costa, y prometido á los insurgentes asi en la embocadura del Duero como en la del Tajo, que iba á desembarcar en breve. La noticia, en fin, del desastre acaecido al general Dupont, la cual coincidió con todo esto, fué el último estimulante para escitar los animos, y el Portugal que hasta la sazón no se habia sublevado mas que parcialmente, se insurreccionó en un abrir y cerrar de ojos todo entero, desde el Minho hasta los Algarbes.

El incendio estalló en Oporto antes que en ninguna parte. Con motivo de estarse cargando una remesa de pan para los destacamentos de las tropas francesas, insurreccionóse el pueblo, apoderóse de los carros, los saqueó, y de allí á pocos instantes toda la ciudad se habia pronunciado en masa. El obispo se puso al frente de la insurreccion, y á los gritos de *viva el príncipe regente!* alzóse el estandarte portugués por todas partes. El incendio se propagó á las provincias, faltó poco para que se comunicara al mismo Lisboa, atravesó el Tajo, se esparció por el Alentejo, y fué á reunirse con el que por segunda vez habia estallado en Elvas, merced á su vecindad con Estremadura. Los insurgentes de Oporto se pusieron al momento en manifiesta comunicacion con los ingleses, y los de Elvas con los españoles. Una division de estos últimos compuesta de tropas de línea, avanzó desde Badajoz á Eborá para apoyar la insurreccion portuguesa.

El general Junot, que era por extremo emprendedor y activo, cediendo desgraciadamente al deseo de reprimir la insurreccion donde quiera que se

presentase, mandó al general Loison que fuese con sus tropas á dispersar á los insurgentes del Alentejo, que se hallaban en las cercanías de Eborá, y al general Margaron á que destrozase con la caballería unos pelotones que venian desde Coimbra á Lisboa. ¡Cuánto mejor hubiera sido en aquella calurosa estacion mantener sus tropas frescas y descansadas en las cercanías de Lisboa, que disminuir su número con los combates y la fatiga por querer reprimir sediciones tan prontas á renacer cuando desaparecian, como dispuestas á someterse cuando iban fuerzas sobre ellas!

El general Margaron no tuvo mas que presentarse con su caballería para dispersar y acuchillar á algunos centenares de insurgentes de los que se habian reunido en las inmediaciones de Coimbra. En cuanto al general Loison, que tenia que atravesar todo el Alentejo para alcanzar á los insurgentes de esta provincia que se habian reunido con los de Eborá, y se hallaban apoyados por un cuerpo de tropas españolas, llegó á esta ciudad despues de una difícil y penosa marcha, y encontró allí dispuestos en orden de batalla á los españoles y portugueses reunidos. Atacólos denodadamente por un flanco, y logrando arrollarlos y deshacerlos, les cogió algunas piezas de artillería, y les mató un considerable número de hombres. Acto continuo dirigióse á Eborá, y hallando cerradas las puertas de la ciudad, escaló las murallas y entró en ella á saco. Con este excelente golpe, se logró que los españoles no se atreviesen á entrar en Portugal durante algun tiempo, y someter á los portugueses á una obediencia momentánea. Nuestros soldados se hallaban cargados de botín, pero abrumados de fati-

ga, y tenían que regresar á Lisboa, sufriendo un calor sofocante.

A esta sazón empezaban ya á presentarse los ingleses tantas veces anunciados, y cuya llegada se estaba esperando despues de largo tiempo. Desde que estalló la insurreccion en Asturias, y se mandaron por la junta de Oviedo dos emisarios á Londres á fin de participar la sublevacion de la España, el gobierno inglés comprendió perfectamente la ocasion inopinada que se le ofrecia para multiplicar nuestros obstáculos y suscitar contra nosotros las resistencias mas tenaces. El ministerio Canning-Castlereagh resolvió al punto dirigir todos sus esfuerzos hácia la Península, y suscitar en ella de una manera mas durable y con mas vastas proporciones, los obstáculos que nos deparó por un momento en las Calabrias. A este fin dióse orden á todas las fuerzas británicas de mar y tierra, que se hallaban esparcidas en el Mediterraneo, en el golfo de Gascuña, la Mancha y el Báltico, para que cooperasen al logro de tan importante objeto. Dirigieronse cargamentos de armas y crecidas sumas de dinero á las costas de España y Portugal. Todas las tropas organizadas á consecuencia de la expedicion de Boloña, parte de las cuales acababa de distinguirse en Copenhague, fueron destinadas á operar sobre este campo de batalla. Imposible era haber escogido otro mejor y mas cómodo para la Inglaterra. Con un viento favorable se podia ir en cuatro dias desde las costas de esta nacion al cabo de Finisterre, á las bahías de la Coruña y de Vigo, y á las embocaduras del Duero y del Tajo. La inmensa marina inglesa que cruzaba sin cesar por todas estas costas, podia, siempre que la aco-

modase, proveer de víveres y municiones á un ejército, mientras que los adversarios de él tenían que pasar grandes trabajos para abastecerse en un país medio salvaje, y falto de vias de comunicacion. Los pesados y sólidos batallones británicos desembarcaban en los muchos puertos de la Península, y se guarecian en puntos bien atrincherados, desde los cuales avanzando osadamente cuando llegaba la noticia de una victoria, retrocediendo con presteza cuando sobrevenia un revés á fin de refugiarse en aquella mar que era su apoyo, y su depósito de víveres y municiones; sosteniendo sucesivamente en caso de ofensiva á los ágiles españoles contra el choque impetuoso del ejército francés, ó dejándolos salir del paso como pudiesen en caso de retirada, por medio de la dispersion ó una sumision momentánea; y volviendo á empezar esta manobra sin cansarse hasta que el poder francés sucumbiese á la fatiga, iban á hacer la sola guerra que les convenia, y la única que podia darles buenos resultados en el continente.

Dieronse, pues, con estremada prontitud las órdenes para una gran expedicion. Cinco mil hombres al mando del general Spencer, los cuales habian venido de Egipto á Sicilia, fueron trasportados á Gibraltar y desde Gibraltar á Cadiz, donde se retiraron los españoles de recibirlos, aplazandola aceptacion de sus servicios para mas en adelante. Estos cinco mil ingleses, á quienes no se quiso recibir en Cadiz, fueron desembarcados en las embocaduras del Guadiana sobre el territorio de Portugal, donde se hallaban esperando el momento favorable para ponerse en accion. En Corck (Irlanda) habia otros diez mil hombres, los cuales fueron embarcados inme-

diatamente á bordo de una flotilla escoltada por navios de linea, dándoles por gefe á un oficial que se habia hecho ya conocer en la India, y el cual acababa entonces de prestar grandes servicios al general Cathcart en Copenhague: este oficial era sir Arturo Wellesley, célebre posteriormente así por su buena fortuna como por sus grandes prendas militares, bajo el título de duque de Wellington. Las instrucciones que recibió, fueron las de que se diese á la vela para la Coruña, que ofreciese á los insurgentes de Asturias y de Galicia la cooperación de las fuerzas inglesas, y que se emplease, en fin, haciendo por todas partes á los franceses cuanto daño le fuese posible. El general Spencer tenia orden de acudir á ponerse bajo el mando de sir Arturo Wellesley en el momento que se le requiriera para ello. De modo que este general iba á verse pronto á la cabeza de quince mil hombres. Estas tropas sin embargo, no eran mas que una parte de las que se destinaban á la Península. Hallábanse ademas cinco mil hombres al mando de los generales Anstruther y Ackland, en Ramsgate y Harwich, y ya se habian dirigido á estos dos puntos buques de transporte para conducir aquellas adonde se hallaba sir Arturo Wellesley y ponerlas bajo sus órdenes. El reunir todas estas fuerzas en un solo punto era obra únicamente de diez ó doce dias, merced á la proximidad de los lugares y á los vastos medios de la marina inglesa. Sir John Moore, por último, que volvia del Báltico con once mil hombres de tropa, debia encaminarse tambien muy pronto á la Península con el objeto de verificar en sus costas una concentracion general.

Despues de mandar reunir estas fuerzas, cuyo

total ascenderia próximamente á unos treinta mil hombres, creyóse que no era prudente ponerlas todas á las órdenes de sir Arturo Wellesley, demasiado jóven aun en edad y renombre para mandar un ejército, que á los ojos de los ingleses podia pasar por muy considerable: bajo este supuesto confirióse el mando superior á sir Hew Dalrymple, gobernador á la sazón de Gibraltar, y nombróse para gefe de estado mayor á sir Henri Borrard. Mientras que se verificaba la reunion de todas estas tropas y llegaba á encargarse de su mando sir Hew Dalrymple, sir Arturo Wellesley debia dirigir las primeras operaciones á la cabeza de los diez mil hombres procedentes de Corek y de los cinco mil que habian desembarcado en las costas de los Algarbes. El almirante sir Carlos Cotton, comandante general de las fuerzas navales de Inglaterra en estos mares, tenia orden de secundar todos los movimientos de los ejércitos.

Las tropas inglesas de Corek, que se embarcaron el 12 de julio, se hallaban el 20 delante de la Coruña, y componian una inmensa flotilla que los españoles contemplaban con satisfaccion, al considerar que se hallaban tan bien sostenidos. La vista de aquella fuerza considerable, que presagiaba la llegada de otras mayores, los consoló algun tanto de la derrota de los generales Blake y Cuesta en Rioseco, al paso que les hizo concebir nuevas y grandes esperanzas sobre la lucha empeñada contra Napoleon. Esto no obstante, se resistieron, como los andaluces, á recibir á las tropas inglesas en su territorio, teniendo en cuenta, sin duda, que se hallaba tan cerca el arsenal del Ferrol. Lo que si hicieron, fué aceptar gran cantidad de armas,

y dinero hasta la suma de unas quince mil libras esterlinas (50.000,000 de reales próximamente) empeñando al propio tiempo á los ingleses á que dirigieran sus esfuerzos hácia Portugal, cuya nacion les importaba arrebatár á los franceses casi tanto como la España misma.

Sir Arturo Wellesley se apresuró á trasladarse á Oporto, donde fué recibido con una extraordinaria alegría, porque los comerciantes portugueses, cuya ganancia principal estribaba en sus relaciones comerciales con Inglaterra, veian satisfechas de este modo sus pasiones y sus intereses á un tiempo mismo. Desde aquel momento dirigióse ya de una manera decidida la accion británica hacia el Portugal, y esta resolucion que convenia á los españoles, para quienes el extranjero era siempre sospechoso, convenia igualmente á los ingleses, los cuales debian desear ante todo que Portugal quedase libre, al propio tiempo que redundaba en beneficio de la causa comun, puesto que el objeto de la coalicion era lanzar á los franceses de la Península entera. Restaba, pues, saber, qué punto se escogeria para verificar el desembarco á presencia de las tropas francesas, en el cual se corriese menos riesgo de tener que replegarse hácia la mar.

Sir Arturo Wellesley dejó á su convoy que cruzara desde la embocadura del Duero á la del Tajo, y pasó á avistarse con sir Carlos Cotton, que se hallaba delante del Tajo mismo, para concertar con él su plan de desembarco. Saltar en tierra á la entrada del Tajo, tenia la ventaja de desembarcar cerca del objeto principal de sus miras, mediante á que Lisboa solo dista de allí dos leguas, y se podia, por tanto, comunicar á la poblacion numerosa de

esta capital tan grande impulso, que no pudiesen hacer frente nuestras tropas á la conmocion que resultase, no pasando, como no pasaba su número, de unos quince mil hombres, incluso los enfermos, y hallándose entre trescientos mil habitantes todos enemigos: Efectivamente: si la poblacion de Lisboa llegaba á sublevarse en el momento mismo en que avanzaba para sostenerla un ejército ingles, ¿no era muy posible que todo quedase terminado en una sola jornada? Pero las tropas francesas ocupaban todos los fuertes, el pueblo de Lisboa estaba habituado á la dominacion de nuestro ejército, la costa de la embocadura del Tajo es á derecha é izquierda peligrosísima por la resaca de la mar, y un cambio de tiempo podia muy bien entregar á los franceses la mitad del ejército inglés antes que la otra mitad hubiese terminado su desembarco. Agréguese á esto que el saltar en tierra en un punto tan poco distante del en que se hallaba un poderoso y temible adversario, contra el cual no estaban aun acostumbrados los ingleses á combatir, ofrecia tambien grandes riesgos.

Por todas estas consideraciones, sir Arturo Wellesley resolvió de acuerdo con sir Carlos Cotton, desembarcar entre Oporto y Lisboa, á la embocadura del Mondego, y cerca de una bahía bastante cómoda que domina el fuerte de Figuera, el cual no habia sido ocupado por los franceses. La eleccion de este punto, situado á cierta distancia de Lisboa, proporcionaba á sir Arturo Wellesley la ventaja de poder saltar en tierra antes de que los franceses pudiesen ir á estorbárselo, la de esperar el cuerpo de ejército del general Spencer á quien habia mandado la orden para que fuese á incorpo-

rárselo, y la de poder, así que se verificase el desembarco de sus quince mil hombres, avanzar hácia Lisboa por la costa a fin de aprovechar cuantas ocasiones le deparase la fortuna. El mencionado punto le pareció tanto mas preferible, quanto que, sabiendo que el ejército francés constaba á lo sumo de veinte ó veinte y dos mil hombres, de los cuales se hallaba un considerable número guarneciendo algunas plazas, y la capital especialmente, calculaba, que á duras penas podrian marchar contra él diez ó doce mil, y tenia además la ventaja de poder aproximarse á Lisboa sin separarse de la mar, tanto para proporcionar viveres á su gente, como para volver á embarcarla en caso de necesidad, aprovechando entre tanto cualquiera coyuntura que se le ofreciese de intentar un buen golpe sin correr peligro. Sabiendo por otra parte que sir Hew Dalrymple debía reemplazarle pronto, hallábase impaciente por ejecutar cualquier brillante acción antes de pasar á las órdenes del que iba á sustituirle en el mando. Todas estas resoluciones eran á cual mas acertadas, y denotaban ya en aquel general inglés las cualidades eminentes que su carrera reveló bien pronto; á saber el buen sentido y la firmeza, que son sin disputa las primeras después del genio.

Sir Arturo Wellesley empezó el desembarco de sus tropas el 4.^o de agosto en la embocadura del Mondego. Aquella mar, frecuentemente agitada por los vientos de Oeste, interrumpió varias veces el desembarco de los hombres y del material. Esto no obstante, al cabo de cinco ó seis dias ya se hallaban en tierra los nueve ó diez mil soldados procedentes de Corck con todo el inmenso tren que lle-

van tras de sí los ejércitos ingleses. Antes de recibir las órdenes de sir Arturo Wellesley, el general Spencer, á cuya noticia habia ya llegado la del desastre del general Dupont, se habia embarcado á fin de dirigir á otra parte sus esfuerzos, conociendo que ningun servicio podia prestar ya en Andalucía, cuyo territorio quedaba libre por algun tiempo de tropas francesas. Sabedor del arribo de las fuerzas de Corck, enderezó el rumbo hácia la embocadura del Mondego, a fin de incorporarse con ellas, y para el 8 de agosto ya habia verificado su desembarco y reunido al cuerpo de ejército de sir Arturo Wellesley. De manera que éste se halló á la cabeza de un ejército de catorce á quince mil hombres, compuesto casi todo de infantería y artillería, mediante á que siendo la caballería de difícil transporte por mar, y hasta imposible cuando hay que atravesar cierta distancia, solo contaba con unos cuatrocientos caballos. Esta falta, sin embargo, supliala lo excelente de su infantería, la cual reunia todas las buenas cualidades peculiares del ejército inglés, formado, como es sabido, de hombres de todas clases que se enganchan voluntariamente en sus filas para servir por espacio de la mayor parte de su vida en ellas; que viven sujetos á una disciplina temible, merced á la cual suele matarse á palos por las menores faltas, y convertirse al mas solemnemente bribon en un soldado dócil y obediente, y que marchan, por último, hácia el peligro con una sumision invariable en pos de oficiales dechados de honra y bizarría. El soldado inglés, que cuando está bien vestido y bien racionado se bate perfectamente, y que aun cuando lento en las marchas por no estar acostumbrado á ellas y por carecer de ardor

propio, es firme, y hasta casi invencible en ciertas posiciones, en las que la naturaleza del sitio secunda su carácter resistente, se muestra débil cuando se le precisa á marchar, atacar, y á vencer dificultades de esas que solo pueden superarse con rapidez, audacia y entusiasmo. El soldado inglés, en una palabra, es firme, pero no emprendedor. De modo que así como el soldado francés por su ardor, su energía, su ligereza y sus buenas disposiciones para arrostrarlo todo, era el instrumento predestinado del genio de Napoleon, el soldado firme y lento de la Inglaterra cuadraba como de molde al espíritu no muy vasto, pero prudente y resuelto de sir Arturo Wellesley. Con soldados de este género ningún recurso mejor hubiera podido adoptarse por los franceses que el de intentar alejarlos del mar, y obligarlos, si era posible, á andar mucho, á acometer empresas, y á que mostrasen, en fin, sus defectos; esto hubiera sido, á no dudarlo, mucho mas conveniente que el depararles ocasion de que aprovechasen sus buenas cualidades atacándolos en fuertes posiciones. Pero el bizarro é impetuoso Junot no era capaz de conducirse con tanta prudencia y cálculo, y debía temerse, por tanto, que su impetuosidad se estrellase contra la tenacidad indiferente de los soldados de Inglaterra.

Sir Arturo Wellesley emprendió la marcha el 8 de agosto, y se encaminó hacia Lisboa, siguiendo constantemente la orilla del mar, á fin de tener siempre á la mano provisiones para su ejército y medios para la retirada. Desde su entrada en el territorio portugués, tuvo grandes discusiones con los insurgentes, los cuales habian formado un ejército de cinco ó seis mil hombres á las órdenes

del general Freyre, reuniendo todas sus fuerzas en el Norte. Sir Arturo Wellesley hubiera querido llevarlos consigo para cubrir sus flancos. Pero los portugueses, ora tuviesen miedo de acercarse mucho á las tropas francesas, de lo cual los acusó el general inglés ante su gobierno, ora confiasen poco en auxiliares prontos á refugiarse en sus navios al primer revés, dejando á los aliados espuestos á los golpes del enemigo, mostraron algunas exigencias á las cuales no quiso acceder el general de las tropas británicas, entre ellas, la de que los sustentase el ejército inglés con los recursos que sacaba de sus navios. Habiendo sido rechazada esta pretension, los portugueses tomaron el partido de obrar por su propia cuenta, y dirigiéndose hácia el interior, abandonaron á sus aliados el camino del litoral, limitándose á darles mil cuatrocientos hombres de infantería ligera y unos trescientos caballos, para que pudiesen utilizarlos para las exploraciones.

En el momento mismo en que el general Junot supo en Lisboa, por el regocijo mal disimulado de los habitantes primero, y de una manera mas positiva despues, el desembarco de un ejército británico, formó la resolución de salir á su encuentro á fin de obligarle á que volviese á buscar un refugio en sus navios. Concentrarse inmediatamente, retirar hasta el último soldado de todos los puntos de una importancia secundaria, reducirse á la vigilancia y custodia de Lisboa, no dejar en esta capital mas que aquella gente imposibilitada de emprender la marcha, y salir al encuentro de los ingleses con quince ó diez y ocho mil hombres, escogiendo para atacarlos el momento oportuno en

que careciesen de sus ventajas naturales; esto es, cuando no pudiesen usar de la defensiva, era la resolución mas conveniente y la única que se debió adoptar. Pero el general Junot se limitó por desgracia á concentrarse de una manera incompleta, y á mayor abundamiento le perdió su impaciencia por atacar donde quiera que se encontrasen á los ingleses, á fin de obligarlos á volverse á la mar lo antes posible.

Para entonces ya habia sacrificado entre los destacamentos de Almeida, Elvas, Setubal, Peniche y otros diferentes puntos cuatro ó cinco mil hombres. Las expediciones que acababan de verificar por orden suya los generales Loison, Margaron, y otros, habian puesto tambien fuera de combate ó imposibilitados á consecuencia de las fatigas gran número de hombres, y escasamente podia ya, por tanto, oponer un ejército de diez ó doce mil á un enemigo que se componia de catorce ó quince mil soldados, y que dentro de poco tiempo podia constar de veinte ó treinta mil. Junot espidió órdenes al general Loison para que regresase del Alentejo, é hizo salir al general Delaborde con su division al encuentro de los ingleses, á fin de observarlos, entretenerlos, y ostigarlos hasta que pudiese marchar contra ellos el grueso de nuestras tropas disponibles. Acto continuo preparóse él mismo para salir con la reserva cuando el enemigo se hallase mas cerca de Lisboa, calculando que de este modo podria encontrarlo, batirlo y vencerlo sin pasar mas de cuatro dias fuera de la corte, y presumiendo con sobrada razon que su presencia y la de la reserva no podian faltar largo tiempo de ella sin arriesgarse á graves inconvenientes.

En su consecuencia el general Delaborde con las tropas del general Margaron fué el primero que se dirigió por Leiria al encuentro de los ingleses, mientras que el general Loison volvia del Alentejo á marchas dobles para incorporarse en Abrantes, é iba, en fin, el mismo Junot á completar la concentracion de fuerzas, trayendo consigo todas cuantas fuese posible sacar de Lisboa.

El general Delaborde avistó á las tropas inglesas el 14 ó el 15, y antes de aproximarse á ellas, á fin de atacarlas, aguardaba la reunion de la division Loison, quien por su parte, hacia los mayores esfuerzos por acelerar la marcha, pero cuyas tropas se hallaban estenuadas de calor y de fatiga. El 16 de agosto, sin embargo, tropezóse aquel con las avanzadas del enemigo, y el 17 tuvo que combatir las de una manera, que probó evidentemente cuantas ventajas se hubieran obtenido dejando tomar á los ingleses la iniciativa en los ataques.

El general Delaborde, antiguo militar dotado de gran experiencia y energia, anduvo flanqueando á los ingleses por el camino del litoral que venia á desembocar en Torres-Vedras, y el 16 de agosto por la tarde llega á juntarse con ellos en las cercanias de Obidos. Retirándose tranquila y lentamente, como habia hecho hasta entonces, su objeto era aguardar á que se ofreciese una posicion ventajosa para hacerles sentir el valor de sus soldados sin necesidad de empeñar por ello un combate decisivo, que ni queria ni debia arriesgar antes de la concentracion general de las tropas francesas. La posicion, objeto de sus deseos, la encontró en Rolica en medio de una llanura pedre-

gosa, cruzada por una porcion de arroyuelos, y circundada de alturas por las cuales se elevaba serpenteando el camino real para descender por su falda a la villa de Zambugeiro. El 17 por la mañana, el ejército inglés iba siguiendo á la division Delaborde, cuya fuerza no llegaba á tres mil soldados, á través de las llanuras de Rolica. Los ingleses marchaban lentamente y compactos en persecucion de los franceses, los cuales se mostraban resueltos y sin manifestar la menor intimidacion por su inferioridad numérica, á pesar de que eran uno contra cinco, ó sea tres mil hombres escasos contra catorce ó quince mil. El general Delaborde creyó que no le convenia empeñarse en defender á Rolica que está situado en medio de la llanura, porque aun cuando lo hubiera conseguido, no podria menos de verse envuelto bien pronto, y reducido para no caer prisionero de los ingleses á salir con precipitacion y en desorden. Prefiriendo, por tanto, retirarse á uno de los extremos de la llanura sobre las eminencias por donde trepa el camino que va á desembocar á Zambugeiro, se situó efectivamente en la cima de las colinas por donde atraviesa el camino, y se decidió á esperar allí con resolucion á los ingleses. Estos continuaban avanzando con sus tropas dispuestas por el siguiente orden. Marchaba á la cabeza la brigada Nightingale sobre una sola linea, apoyada por las brigadas Hill y Tane en columna cerrada, mientras que la brigada Crawford iba haciendo un rodeo por la izquierda para sorprender á los franceses, y el destacamento portugués por la derecha á fin de cortarles la retirada hácia Zambugeiro.

El general Delaborde aguardó á que los ingle-

ses se intrincasen en los barrancos llenos de arrayanes, estepas y otra porcion de crecidos arbustos de los que tan vigorosamente vegetan en los países meridionales, y escogió para atacarlos el momento en que mas entorpecidos se encontrasen por los obstáculos del terreno. Entonces mandó tirar primeramente sobre ellos á sus cazadores esparcidos en guerrillas, y ordenó en seguida á sus batallones que los cargaran á la bayoneta, y que los obligaran á replegarse hácia el pie de la colina. Renovando diferentes veces esta maniobra, consiguió que el enemigo perdiese mil trescientos ó mil quinientos hombres en ella entre muertos y heridos, y sosteniendo este género de combate por espacio de mas de cuatro horas, maniobrando siempre con una pericia y una precision extraordinarias, y destruyendo doble ó triple gente que la que perdía, no emprendió la retirada hasta que consideró que ya podian hallarse cerca las columnas que marchaban á derecha é izquierda con objeto de cortarle el paso por Zambugeiro. Algunos destacamentos enemigos trataron de detener su marcha; pero arrollándolos á todos, llegó á la mencionada villa conduciendo entre sus tropas unos quinientos ó sei-cientos hombres fuera de combate, abandonando únicamente los muertos, y dejando en el corazon del enemigo una terrible impresion acerca de la pujanza de las tropas francesas bien conducidas, cuya reunion general debia inspirarles los mas graves temores, vista la vigorosa resistencia que habian opuesto tres mil hombres escasos.

El general Delaborde se dirigió acto continuo á Torres-Vedras, en cuyo punto debian concen-

trarse el general Loison, procedente de Abrantes, y el general Junot, que venia desde Lisboa.

Sir Arturo Wellesley aprendió en este combate, ó se convenció, mas bien, por esperiencia propia de una cosa que sabia ya de antemano: es decir, de que, teniendo que habérselas con un enemigo muy difícil de vencer, era preciso ir avanzando con una circunspeccion estremada. A esta sazón acababa de distinguirse en la mar un convoy numeroso cargado de nuevas tropas. Eran las brigadas Anstruther y Ackland, embarcadas recientemente, y á las cuales seguia muy de cerca el cuerpo de ejército de John Moore. Estas dos brigadas le traian un refuerzo de cinco mil hombres al menos, y no venia con ellas el general en jefe sir Hew Dalrymple, lo cual le proporcionaba la doble ventaja de aumentar sus tropas y de poder obrar con independencia. En esta atención resolvió aproximarse al mar por Lurinha para recoger los soldados de Anstruther y Ackland, y al efecto fué á situarse sobre las alturas de Vimeiro, las cuales dominan un muelle excelente para los desembarcos. La brigada Anstruther se reunió con sir Arturo Wellesley el 19 por la tarde, y la de Ackland el 20. De manera, que descontando los muertos y los heridos de Rolica, ascendia el número de sus tropas con este refuerzo á unos diez y ocho mil hombres.

Asi que el general Junot tuvo noticia de la aproximacion de los ingleses, apresuróse á salir de Lisboa con toda la fuerza que tenia disponible, y se dirigió á Torres-Vedras, donde acababa de llegar tambien el general Loison. Por conservar guarnecidos una porción de puntos, despues de

haber evacuado otra porción de ellos, y por tratar de reprimir las insurrecciones principales, despues de haber hecho poco caso de las secundarias, el general Junot apenas podia ya reunir unos nueve mil y tantos hombres, idóneos para el combate. Preciso era, pues, pelear con la insensible infantería inglesa que mandaba sir Arturo Wellesley, en la proporción de uno contra dos. La superioridad de nuestra caballería debia servir muy poco en las posiciones que iban á escogerse para campo de batalla. Con todo, nueve mil franceses, guiados, como lo habian sido los tres mil del general Delaborde, aun podian, defendiendo bien las posiciones que estan delante de Lisboa, hacer frente á diez y ocho mil ingleses, y reducirlos á la imposibilidad de conquistar la capital de Portugal, con tal de que se supiese escoger el terreno tan hábilmente como en Rolica.

Los ingleses tenían que atravesar el promontorio que forma la derecha del Tajo, y sobre cuyo reverso está asentada la ciudad de Lisboa. Este promontorio tiene unos angostos desfiladeros, que era preciso atravesar para dirigirse á aquella córte, y en los cuales hubiera podido hacerse trizas á los ingleses, si dejándoles que tomasen la ofensiva, se hubiera dado lugar á que penetrasen en ellos. Impelido Junot por su ardor escesivo, y no queriendo esperarlos en una posición, desde la que tan fácil ó tan posible al menos, era el derrotarlos, resolvió ir en su busca á las que ellos habian escogido, con el objeto de desalojarlos de ellas y obligarles á que se volbiesen al mar. El 20 por la tarde llegó al frente de las alturas de Vimeiro.

La situación de sir Arturo Wellesley en estas

posiciones hubiera sido por cierto en extremo crítica, si se le hubiese atacado bien y con fuerzas suficientes, mediante á que ocupaba unas alturas, cuya falda estaba cortada perpendicularmente sobre la mar. Una vez forzado en ellas, podia ser precipitado en las ondas antes de tener tiempo de embarcarse. Hallábase, pues, entre una victoria y un desastroso descalabro. Pero como tenia diez y ocho mil hombres y una numerosa artilleria; como las posiciones eran de muy difícil acceso; como sabia, en virtud de diversos partes, que tenia que habérselas con un enemigo que contaba la mitad de fuerzas menos que las suyas, y como estaba, en fin, dotado de una firmeza de carácter que igualaba á la de sus soldados, no concibió duda ni temor alguno acerca del éxito. La cadena de alturas que ocupaban sus tropas, estaba dividida por un barranco que servia de cauce al pequeño rio de Maceira, y en uno de cuyos extremos se halla situada la villa de Vimeiro. Pero sir Arturo Wellesley tenia medios de comunicacion suficientes para pasar de unas á otras alturas. Sobre el grupo de las que estaban situadas á su derecha tenia cuatro brigadas, y dos sobre las de su izquierda. Su infanteria, colocada en tres lineas y con una artilleria formidable en los intervalos, ofrecia el aspecto de tres grandes escalones de soldados, dominándose y reforzándose los unos á los otros.

Si esta posicion, cuya fortaleza era innegable, hubiese sido reconocida de antemano, los franceses no hubieran podido menos de, ó renunciar al proyecto de tomarla, ó intentarlo atacándola por un solo flanco con todas sus fuerzas reunidas. Solo así

y logrando destrozar una parte de los ingleses, era posible conseguir sobre ellos un completo triunfo, y precipitarlos por el abismo en cuyos bordes se habian parapetado. Pero llegó la madrugada del 21 sin que se hubiesen tomado por nuestra parte las precauciones convenientes, y sin que nuestras tropas se hubieran tomado siquiera el trabajo de ocultar sus movimientos al enemigo. Habiéndose apercibido el general Junot de que la izquierda de los ingleses era el ala que se ballaba peor defendida, ordenó un movimiento de izquierda á derecha para cargar en mayor número sobre este flanco, movimiento que, habiendo sido notado por sir Arturo Wellesley desde las alturas que ocupaba, se apresuró éste á imitar, á fin de equilibrar sus fuerzas, ejecutándolo con mucha mas rapidez que su adversario, mediante á que como no tenia que describir una curva, tampoco necesitaba tanto tiempo para llevar sus tropas de una ala á otra.

Mientras que el ala derecha de nuestro ejército ejecutaba la mencionada maniobra, el resto de él se dirigió por la izquierda contra Vimeiro, que formaba el ala derecha de los ingleses y era su flanco mejor defendido. La brigada Thomiere, perteneciente á la division Delaborde avanzó hácia el enemigo de una manera resuelta. El bizarro general Delaborde dirigió este ataque con un vigor extraordinario; pero el terreno, que no habia sido escogido por él como en Rolic, presentaba obstáculos casi insuperables. Era preciso, pues, además de trepar á la posicion por un sitio escarpado arrostrar el fuego de dos lineas de infanteria, y de una artilleria tan temible por su número como por lo grueso de su calibre, y despues de todo esto,

contemplar sin decaimiento de ánimo una tercera línea, formada por la brigada Hill, que coronaba las alturas en retaguardia. Los franceses se lanzaron con la mayor bravura, espuestos primero á los disparos de metralla, y luego á las descargas de fusilería, continuadas y perfectamente dirigidas por los ingleses; mas no pudieron llegar ni siquiera hasta sus líneas. Al verlos detenidos, el general Kellermann que mandaba la reserva, compuesta de dos regimientos de granaderos sacados de todos los cuerpos, se dirigió al frente de uno de ellos al ataque de la esplanada de Vimieiro. Precedíale una batería de artillería, que intentó varias veces colocarse en posición, pero la cual no pudo conseguirlo, porque el fuego terrible de los ingleses la desmontaba á cada paso. El coronel Foy, fué herido gravemente. Esto no obstante, el general Kellermann se lanzó bizarramente con sus granaderos, y logró trepar hasta la cima de la esplanada; pero, al desembocar en ella, fué recibido con un fuego tan terrible por el frente, por los flancos, y en todas direcciones, que sus bizarros soldados, cayendo los unos sobre los otros sin poder avanzar, fueron rechazados otra vez hasta el pie de la esplanada. Al verlos en este estado, los cuatrocientos dragones que componían el total de la caballería inglesa, quisieron aprovechar su peligrosa situación para darles una carga. Pero el general Margaron, que se hallaba hacia aquel mismo punto con su magnífica caballería, se dirigió á galope contra los dragones ingleses, cayó sobre ellos, y acuchillándolos á su sabor, tomó terrible venganza de los reveses sufridos por nuestra infantería. El segundo regimiento de granaderos avanzó á su vez á atacar al ene-

migo, aunque sin esperanza alguna de tomar la posición. Mientras que esto sucedía en la izquierda, la brigada Solignac, perteneciente a la división Loison, encontraba en la derecha los mismos obstáculos. Por cualquiera parte que intentaba atacar tropezaba con tres líneas de infantería, con una artillería formidable, y con un terreno escarpado, por el cual era casi imposible el trepar, á causa del fuego terrible que acobardaba á nuestras tropas, locamente lanzadas contra una posición desde la que el enemigo combatía con todas sus ventajas, al paso que nosotros carecíamos de todas las nuestras.

Era ya mediodía. Aquel combate empeñado tan desgraciadamente y sin probabilidad alguna de vencer las dificultades que nos oponía, nos había costado ya mil ochocientos hombres, ó sea la quinta parte de nuestras fuerzas. El obstinarse en proseguirlo, hubiera sido esponerse á perder inútilmente el resto del ejército. El general Junot, tomando parecer de sus oficiales mas bizarros, se resignó, pues, á retirarse, verificándolo en buen orden hacia Torres-Vedras, y acuchillando con su caballería á los infantes ó á los ginetes ingleses que tenían el atrevimiento de perseguirnos.

Frustrada la tentativa de obligar á los ingleses á que volvieran á embarcarse, ya no quedaba esperanza alguna de poder mantenerse en Portugal, puesto que reuniendo en Lisboa todas nuestras fuerzas disponibles, escasamente habría unos diez mil hombres en estado de combatir, y era preciso mantener con ellos á raya una población hostil de trescientos mil habitantes, y hacer frente á un ejército inglés, cuyo número iba á aumentarse de

alli á pocos dias hasta completar el total de veinte y ocho ó veinte nueve mil combatientes. El único recurso que habia para salvarse, era el de hacer una retirada atravesando el Norte de Portugal y España por entre poblaciones insurgentes, dejando algunos miles de enfermos en manos de los portugueses, y cubriendo los caminos de muertos y de moribundos. Pero de esta manera hubiérase logrado perder la mitad del ejército, y de consiguiente ambas resoluciones eran imposibles de ejecutar. Entrar en negociaciones por tanto con los ingleses, nación civilizada que cumplia fielmente sus empeños, era, pues, un partido que el honor no condenaba, sobre todo despues del combate de Rólica y de la batalla de Vimeiro.

En su consecuencia, eligióse al general Kellermann, que á sus grandes talentos militares reunia un despejado ingenio, para mandarlo al cuartel general inglés con la misión de tratar sobre la suerte de los prisioneros y de los heridos. A esta sazón acababa de verificarse un cambio notable en el ejército británico. Sir Hew Dalrymple habia llegado con su gefe de estado mayor para encargarse del mando de las tropas. Sir Arturo Wellesley, afortunado siempre en su brillante carrera, no fué reemplazado sino despues de una brillante victoria, debida especialmente á las faltas del enemigo. Estaba muy lejos, por tanto, de sentir que la campaña no pasase mas adelante, y que le fuese atribuida esclusivamente la conquista de Portugal. Sir Hew Dalrymple y Henri Berrard, por su parte, que no tenian conocimiento del estado de las cosas, y que ignoraban las dificultades que podian quedarles que vencer, se mostraron muy gozosos

en su advenimiento al ver que los franceses se hallaban prontos á entregarles el Portugal y que no tenian que correr ningun riesgo. Si hubiesen apreciado, empero, debidamente la situacion, y calculado las consecuencias que podia reportarles á la llegada del cuerpo de ejército de John Moore, seguramente que su regocijo no hubiera sido tan grande. Habiendo manifestado en una larga conversacion, que tuvieron con el general Kellermann á quien trataron con toda la distincion que merecia, sus disposiciones felices para entrar en negociaciones, el general francés aprovechó la ocasion con mucho tacto, y convino por de pronto con ellos en una suspension de armas, reservando para mas en adelante el tratar de un arreglo definitivo sobre la evacuacion del país.

El general Kellermann regresó en seguida al cuartel general francés, y así que participó al comandante en gefe y á sus compañeros de armas las buenas disposiciones en que se hallaban los ingleses, convinose unánimemente en que se trataria de la evacuacion del Portugal, con tal de que fuese bajo condiciones honrosas. Kellermann volvió al cuartel general del enemigo, y en él se fijó á Cintra como el punto de reunion para las conferencias. Estas duraron algunos dias, y si bien fueron extraordinariamente corteses en la forma, no por eso dejó de ser animada la discusion en el fondo. Los ingleses se obstinaban en no hacer tantas concesiones sobre el importante punto de la honra militar como los franceses querian, negandose sobre todo á tratar al almirante ruso Sinavin con la consideracion que Junot pedia mas bien por un escrúpulo puntillo que por deber, mediante á que, ha-

biendo aquel podido salvar la causa comun secundando á los franceses, y habiéndola perdido por negarse á ello, no merecia que se aumentasen por él las dificultades de las negociaciones. A pesar de todo, Junot exigia que se dejase marchar libre con su escuadra al almirante ruso hasta los mares del Norte, y amenazaba con llevarlo todo á sangre y fuego y con no entregar á Lisboa sino medio reducida á pavesas, sino se le concedia lo que reclamaba. Felizmente vino á obviar todas estas dificultades el mismo Siniavin, manifestando deseos de negociar por su cuenta, y de no deber nada á la mediacion del ejército francés, del cual conocia sobradobien, sin duda, que no merecia nada. Junot se apresuró á consentir en ello, y descartada que fué la principal dificultad, fácilmente se pusieron de acuerdo sobre los demas puntos.

La capitulacion hecha en Cintra, fué firmada el 30 de agosto. Estipulóse en ella que el ejército francés se retiraria con todos los honores de la guerra, y llevándose cuanto le pertenecia: que seria conducido en buques ingleses á los puertos de Francia mas inmediatos, tales como la Rochela, Lorient y otros; que podria continuar sus servicios inmediatamente; que los enfermos y los heridos serian tratados con el mayor esmero, y trasportados á su vez á Francia, cuando el estado de su salud lo permitiese; y que otro tanto sucederia con las guarniciones de Elvas y Almeida, que quedaban en lo interior del país. Estipulóse ademas que los franceses no llevarian consigo nada que hubiese pertenecido á Portugal, cuya hacienda habian administrado tan lealmente, y en cuyas arcas, que habian encontrado vacías á su arribo, dejaban

veinte y tantos millones de reales. Estipulóse, en fin, que se echaria un velo sobre lo pasado, y que los portugueses que habian abrazado el partido de la Francia, serian respetados en sus personas y bienes.

Este arreglo era tan honroso como se podia desear para el ejército francés, puesto que se salvaba todo entero, y quedaba en aptitud para volver á guerrear á la España. Los ingleses eran incapaces de imitar á los españoles violando la capitulacion de Cintra, como estos lo hicieron con la de Bailen. Efectivamente: reuniendo en la embocadura del Tajo las numerosas flotillas de las cuales habian desembarcado treinta mil ingleses sobre las costas de Portugal, y preparándolas para que llevasen á su bordo los veinte y dos mil franceses que quedaban de los veinte y seis mil que habian entrado con el general Junot, los embarcaron en ellas á principios de setiembre para dejarlos en tierra sobre las costas de la Santoinge y de la Bretaña.

De manera que desde fines de agosto quedó evacuada hasta el Ebro toda la Península, invadida tan facilmente en febrero y marzo. Dos ejércitos franceses habian capitulado; honrosamente el uno, y de una manera humillante el otro: los demas no ocupaban ya mas terreno que el que media desde el Ebro á los Pirineos. De los ciento treinta mil hombres que habian atravesado las fronteras, solo quedaban sesenta mil sobre las armas, aun cuando su número ascendia á ochenta mil, sin contar los veinte y dos mil que iban navegando bajo el pabellon británico para regresar á Francia.

Tal fué la recompensa de una empresa intentada con tropas poco aguerridas y en escaso número, preparada ademas por una política solapada é in-

cua. En un instante perdimos nuestro renombre de lealtad, y el prestigio de invencibles que habíamos adquirido: la Europa estaba autorizada, de consiguiente, para creer por un momento, que el ejército francés había decaído de su superioridad. Esta creencia, sin embargo, hubiera sido errónea, puesto que aquel heroico ejército debía probar aun en cien combates que era siempre el mismo.

Para colmo de confusion, esas ricas colonias españolas, que ocupaban un lugar tan preferente en los inmensos proyectos de Napoleon, se declaraban tambien por todas partes enemigas nuestras. Méjico, el vasto continente del Sur, desde el Perú hasta la embocadura de la Plata, iban sublevándose conforme llegaban á su noticia los acontecimientos de Bayona, abrian sus puertos á los ingleses, y abrazaban con calor la causa de la dinastía prisionera.

De modo que todas las combinaciones de Napoleon fracasaban á un tiempo ante la indignacion justa de una nacion engañada y exasperada. Nada faltaba, empero, para completar el castigo de aquel; absolutamente nada, pues que su hermano mismo, asustado de la tarea que se habia impuesto, y lamentando hondamente la pérdida del tranquilo y pacifico reino de Nápoles, le escribió el 9 de agosto desde las márgenes del Ebro una carta desesperada, la cual fué sin duda alguna para él la mas amarga de las reconvencciones.—Todo el mundo se declara contra mí, le decia, todos sin escepcion. Hasta las clases elevadas, que en un principio se mostraban indecisas, han resuelto, al fin, seguir el movimiento de las clases inferiores. No me queda ya ni un solo español que sea adicto á mi per-

sona. Felipe V no tenia mas que un competidor que vencer; yo tengo que vencer á una nacion entera. Mi papel, como general, seria soportable, porque con un solo destacamento de vuestras tropas aguerridas venceria á los españoles; pero mi papel, como rey, es insostenible, puesto que para someter á mis súbditos, me veo precisado á degollar gran parte de ellos. Renuncio por tanto á reinar sobre un pueblo que no me quiere. Enviadme uno de vuestros ejércitos aguerridos; yo entraré á su cabeza en Madrid, y negociaré con los españoles. Si lo teneis á bien, les devolveré en vuestro nombre á Fernando VII, con la condicion, empero, de retener parte de su territorio hasta el Ebro, porque la Francia victoriosa tendrá derecho á que le paguen su victoria. De este modo obtendrá ella el precio de sus esfuerzos y el de su sangre vertida, y yo volveré á ocupar el trono de Nápoles. El principe á quien lo destinais aun no ha tomado posesion de él. Ademas soy vuestro hermano, soy vuestra propia sangre; la justicia y el parentesco exigen que obtenga yo la preferencia, é iré á continuar, en medio de una calma muy conforme á mis inclinaciones, la felicidad de un pueblo que consiente en deberla á mis cuidados.—Tal es la sustancia de lo que José escribia desde las márgenes del Ebro á su hermano Napoleon. Ningun juicio podria ser mas severo ni mas fundado que el que resalta del lenguaje de un rey entregado á la desesperacion, y reducido á reinar mal de su grado en un pueblo insurrecto. Napoleon lo comprendió así, y demostró por su respuesta, que el lector verá mas adelante, hasta qué punto sintió la dureza involuntaria de este juicio, procedente de su propio hermano.



LIBRO TREINTA Y DOS.

Erfurt.

Hallándose Napoleón viajando por las provincias meridionales del imperio, recibe la noticia y el tenor de la capitulación de Bailen. — Explosión de sus sentimientos a consecuencia de esta noticia. — Orden para arrestar al general Dupont a su regreso á Francia. — Cumple Napoleón la palabra empeñada de visitar la Vendée, y es recibido por los habitantes con el mayor entusiasmo. — Llegada de Napoleón á París el 14 de agosto. — Irritación y andadura del Austria, provocados por los acontecimientos de Bayona. — Explicación con Mr. de Metternich. — Empeño de Napoleón en obligar á la corte de Viena á que manifieste sus verdaderas intenciones, antes de tomar un partido definitivo sobre la repartición de sus fuerzas. — Viéndose obligado Napoleón á retirar de Alemania parte de sus tropas agnerridas, consiente en evacuar el territorio de Prusia. — Condiciones de esta evacuación. — Necesidad que experimenta Napoleón de estrechar mas que nunca sus relaciones con la Rusia. — Deseos frecuentes del emperador Alejandro por tener una nueva entrevista con Napoleón, á fin de entenderse con él de una manera directa sobre los asuntos de Oriente. — Designase á Erfurt para esta entrevista, y fijase para fines de setiembre. — Preparativos para hacerla lo mas ruidosa posible. — Napoleón entre tanto, toma sus precauciones militares previniendo todos los resultados que pudiese tener aquella. — Estado de las cosas en España mientras Napoleón se halla en París. — Operaciones del rey José. — Distribución que hace Napoleón de sus fuerzas. — Tropas francesas é italianas, dirigidas desde el Piamonte sobre Cataluña. — Partida de los cuerpos del ejército primero y sexto de la Prusia para España. — Marcha de todas las divisiones de dragones en la misma dirección. — Esfuerzos para reemplazar en el gran ejército las tropas distraídas de él. — Nuevo alistamiento de tropas. — Gastos de armamentos. — Medios empleados para contener el descrédito de

los fondos públicos.—Efectos que producen en diferentes capitales las manifestaciones diplomáticas de Napoleón.—Intimidada el Austria, empieza a demostrar mas moderación.—La Prusia acepta con satisfacción la evacuación de su territorio.—E invoca una nueva rebaja en los impuestos pecuniarios.—Diligencia extraordinaria del emperador Alejandro en dirigirse a Erfurt.—Oposición de su madre hacia este viaje.—Llegada de los dos emperadores a Erfurt en 22 de setiembre de 1808.—Estremada cortesía de sus relaciones.—Afluencia de soberanos y de personajes ilustres, asi civiles como militares de todas las capitales.—Espectáculo magnifico dado a la Europa.—Ideas políticas que Napoleón se propone que prevalezcan en Erfurt.—Sustituyese la quimera de la división del imperio turco, con la donación inmediata a la Rusia de la Valaquia y de la Moldavia.—Efecto que produjo esta donación en el animo de Alejandro.—Corresponde este a las miras de Napoleón, pero al conformarse con menos, quiere obtenerlo mas pronto.—Ardor que manifiesta por poseer las provincias del Danubio, escitado mas y mas por la impaciencia de su antiguo ministro, Mr. de Romanzoff.—Acuerdo de los dos emperadores.—Satisfacción reciproca y fiestas brillantes.—Llegada de Mr. de Vincent, representante del Austria, a Erfurt.—Situación falsa en que lo colocan Alejandro y Napoleón.—Después de ponerse de acuerdo ambos emperadores, convienen en que se escriban los puntos acordados verbalmente.—Deseando Napoleón que de la entrevista de Erfurt salga la paz, quiere dar principio por hacer declaraciones pacíficas a la Inglaterra.—Alejandro consiente en ello, con tal que no se difiera su toma de posesión de las provincias del Danubio.—Dificultades de redactar el tratado de modo que satisfaga a ambos.—Tratado de Erfurt, firmado el 12 de octubre.—Deseando Napoleón complacer a Alejandro concede a la Prusia una nueva reducción de sus contribuciones.—Primera idea de un matrimonio entre Napoleón y una hermana de Alejandro.—Disposiciones que manifiesta acerca de este punto el joven czar.—Contentamiento reciproco de los dos emperadores, y separación de ambos el 14 de octubre, después de darse ostensibles pruebas de afecto.—Partida de Alejandro para San Petersburgo, y de Napoleón para Paris.—Llegada de este a Saint-Cloud el 18 de octubre.—Últimas disposiciones suyas antes de retirarse al ejército de España.—Tranquilizado por algun tiempo respecto al Austria, saca de Alemania un nuevo cuerpo de ejército, que es el quinto.—Conversion del gran ejército en ejército del Rhin.—Composicion y organizacion del ejército de España.—Partida de Berthier y de Napoleón para Bayona.—Estancia de Mr. de Romanzoff en Paris para continuar las negociaciones entabladas con la Inglaterra a nombre de la Francia y de la Rusia.—Acogida que tuvo en Londres el mensaje de los dos emperadores.—Esfuerzos de Mrs. de Champagny y de Romanzoff para eludir las dificultades suscitadas por el gabinete británico.—Temiendo la Inglaterra desalentar a los españoles y a los austriacos, rompe de improviso las negociaciones.—Respuesta

acre del Austria a las comunicaciones procedentes de Erfurt.—Por el tenor de los manifiestos de diversas cortes, presúmese que la campaña de Napoleón en España será corta.—Combinaciones suyas para hacerla decisiva.

Napoleón habia pasado en Bayona y en los departamentos situados al pie de los Pirineos los meses de junio y julio, durante los cuales habian ocurrido los acontecimientos que acabamos de referir. Sucesivamente habia visitado a Pau, Auch, Toulouse, Montauban, y Burdeos, siendo festejado por todas partes, y en todas partes recibido con trasportes de júbilo por poblaciones siempre dispuestas a manifestar su entusiasmo a cualquier príncipe que se presenta en sus hogares y entretiene su ociosidad; pero las cuales se mostraban en esta ocasion mas ávidas que de costumbre, por ver al príncipe extraordinario que escitaba con tan justos títulos su curiosidad y su admiración. Los vascos le festejaron ejecutando a presencia suya sus graciosas y pintorescas danzas, y Tolosa se apresuró a mostrarle la impetuosidad ordinaria de sus sentimientos. En aquellas provincias sabíase por entonces poco ó nada acerca de los acontecimientos de España, porque Napoleón no permitia publicación alguna contraria a sus miras. Esto no obstante, habíase llegado a susurrar, merced a las inevitables comunicaciones que pasaban de una vertiente a otra de los Pirineos, que Aragon se habia insurreccionado, y que el entronizamiento de José ofrecia grandes dificultades. Pero asi y todo, considerábase de poca importancia la resistencia que la infortunada Península, debilitada y abatida a causa del periodo de veinte años de un

mal gobierno, podía oponer al vencedor del continente, engañándose como se engañaba éste, y formando una idea errónea acerca de lo que debía ocurrir al otro lado de los Pirineos. Proseguíase en todas partes considerando á Napoleon como el emblema del triunfo, del poder y del genio, y á lo sumo había algunos realistas tenaces, que iluminados por su odio, predecían, sin saberlo, las desgracias de que la España iba á ser origen. Las masas, empero, apresurábanse á seguir con estrepitoso entusiasmo los pasos del restaurador del orden, de la religion, y de la grandeza de la Francia, y le creían feliz, aunque ya empezaba á no serlo, y había penetrado un rayo de trizeza en su temerario é intrépido corazón.

Al dejar Napoleon á Bayona, había perdido ya casi todas sus ilusiones sobre los asuntos de España, mediante á que para entonces ya conocía á fondo la estension y la violencia de la insurreccion, y se hallaba informado de la retirada del mariscal Monecy, de la resistencia tenaz de Zaragoza, y de las dificultades que se oponían al general Dupont en Andalucia. No desesperaba, empero, del todo, porque para entonces ya había tenido noticia de la brillante victoria alcanzada por el mariscal Bessieres en Rioseco, de la entrada de José en Madrid, de los numerosos refuerzos enviados á Dupont, y de los grandes preparativos hechos delante de Zaragoza, y en esta atencion, lisonjeábase, de que el mariscal Bessieres, aprovechando sus ventajas, rechazaría hasta Galicia á los insurgentes del Norte; de que el general Dupont, reforzado con tan considerable número de tropas, rechazaría igualmente hasta Sevilla, y aun

hasta Cádiz quizás, á los sublevados del Mediodia; de que Zaragoza caeria en nuestro poder de un dia á otro, y de que con los regimientos aguerridos, en fin, que iban llegando, se reforzarian suficientemente nuestros diversos cuerpos de ejército para terminar poco á poco la obra de la sumision de España. Un triunfo sobre el Guadalquivir, semejante al que habíamos alcanzado en Rioseco, bastaba para que estos brillantes resultados sustituyesen á aquellos cuyo triste cuadro acabamos de trazar. Desgraciadamente, empero, había que inscribir en la sangrienta y heroica historia de la época, en vez del nombre de otro Rioseco, el nombre de Bailen! Respecto á Portugal, hacia ya mas de un mes que no se sabia nada, absolutamente nada.

Napoleon pasó en Burdeos los tres primeros dias de agosto, y en esta ciudad fué donde recibió la noticia de la catastrofe, eternamente deplorable, ocurrida en Bailen. El dolor que esperimentó al hacerse sabedor de ella, la humillacion que sufrió al ver mancillado el lustre del ejército francés, y los arrebatos de cólera á que se entregó en un principio, no pueden describirse. Su recuerdo quedó profundamente grabado en la memoria de los que se hallaban á su lado, y mas de cien veces he oido referir lo que pasó de su propia boca. La pena y el enojo que demostrara entonces Napoleon, sobrepujaron con mucho á la cólera que se apoderó de él en Boloña, cuando supo que el almirante Villeneuve rehusaba ir á la Mancha; lo cual se concibe muy bien, mediante á que al sentimiento de una derrota se agregaba el de un baldon deshonoroso, el primero que mancillaba sus gloriosas banderas. Carlos IV y Fernan-

do VII se hallaban ya bien vengados. Los espíritus piadosos de todos los siglos han creído que despues de esta vida hay otra en la que se renueva el bien y el mal, y muchos de los sabios han considerado esta creencia como muy conforme al designio general de las cosas. Pero hay ademas de estas una reflexion que todos los observadores profundos han hecho, á saber; que durante esta vida se encuentra tambien en los acontecimientos una remuneracion del bien y del mal. El que peca contra el buen sentido, contra la razon y contra la justicia, suele encontrar bien pronto por acá abajo un justo y primer castigo, el cual se reserva Dios sin duda alguna completaren la otra vida en la cuenta que tiene abierta lo mismo á los dueños de los imperios, que al pastor mas humilde de ganados.

Comprendiendo Napoleon al primer golpe de vista toda la importancia del acontecimiento de Bailen, dedujo que era imprescindible que resultase de él la desmoralizacion en las tropas francesas, la exaltacion en las filas de los insurgentes, y consideró ya como inevitable y seguro, antes de que nadie se lo participase, la evacuacion de casi toda la Peninsula. Los despachos que de hora en hora fueron llegando sucesivamente á su poder, le convencieron bien pronto de hasta que punto podian agravarse las consecuencias de este desastre bajo un principe bueno á todas luces; pero débil y vano en demasia. Si Murat hubiera sido el rey de España, de seguro se habria apresurado á reunir el resto de sus tropas, y á precipitarse sobre Castaños antes de que éste hubiese tenido tiempo para entrar en Madrid. Pero el rey José, el

débil José, menos por timidez que por ignorancia, se retiraba á toda prisa sobre el Ebro, levantaba el sitio de Zaragoza, cuando se hallaba ya medio conquistada, detenía á Bessieres en su marcha triunfante, y aun no se creía en seguridad resguardado con el Ebro y teniendo un pie sobre las fronteras.

Las consecuencias de este revés en España, aunque en extremo importantes, significaban muy poco, comparadas con la gravedad que debían tener en toda Europa. Los enemigos de la Francia iban á recobrar, merced á él, su valor abatido. El Austria, ocupada constantemente en hacer preparativos de guerra despues de la campaña de Polonia, ficticiamente resignada en virtud del tratado que le devolviera á Braunau, escitada de nuevo por los acontecimientos de Bayona, y sobreescitada por los de Bailen, iba á manifestar bien pronto un ademan amenazador. Su rompimiento aparente con la Inglaterra, obtenido á fuerzas de amenazas, iba á cambiarse en una secreta é íntima alianza con esta nacion. ¡Y en medio de tal estado de cosas, era preciso sacar una parte del gran ejército de las márgenes del Vistula y del Elba para dirigirla sobre el Ebro y el Tajo! Napoleon á causa de su falta, iba á pasar de una situacion triunfante á una situacion difícil cuando menos, y la cual exigía que desplegase aquel todo su genio para dominarla. Ciertamente que podría lograrlo, puesto que el gran ejército se hallaba íntegro, y aun podía con él abrumar al Austria, mas que lo desmembrase sacando un grueso destacamento para operar sobre la Peninsula. Pero de árbitro absoluto que era de los acontecimientos en 1807, Napoleon se veía re-

ducido á luchar para dominarlos. Agréguese el que á todas estas circunstancias tan graves se reunía la de la mortificación de su amor propio, puesto que se había equivocado de una manera tan visible, que nadie en Europa podía dudar de ello. Sus invencibles soldados habían sido batidos; ¡y por quién! por insurgentes sin consistencia alguna: de manera, que ¿cómo podía menos la opinion pública, esa cortesana inconstante, que se congratula en maltratar á los mismos que han sido objeto de sus adulaciones, de exagerar el suceso, callando todo aquello que pudiera contribuir á explicarlo y atenuarlo, tal como la juventud de los soldados, la influencia del clima, un concurso inaudito de circunstancias desgraciadas, y un momento, en fin, de aberracion en un general de mérito incontestable? ¿Cómo podía menos esa opinion rapaz de no arrebatarse de un golpe la prevision política de Napoleón y el valor heroico de sus soldados? El amor propio y la prudencia se veían igualmente rebajadas en aquel grande hombre, á quien la siniestra noticia acababa de asaltar, y el cual estaba castigado por diferentes modos, castigado de la manera que suele hacerlo la infalible Providencia. Este castigo, sin embargo, pudo no haber sido mas que una amonestacion saludable y Napoleón hubiera triunfado de aquel momentáneo revés, y asaz completamente, para continuar siendo todopoderoso en Europa, si hubiese sabido aprovecharse de aquella primera y cruel leccion.

Respecto al asunto de Bailen sucedió entonces lo que suele suceder siempre: un desgraciado que tenía parte en una serie de faltas, pero nada mas que su parte, pagó por todo el mundo. Profunda-

mente irritado Napoleón contra el general Dupont, y conociendo con su superior talento y golpe de vista extraordinario las faltas militares que había cometido, y las cuales bastaban para explicarlo todo, (1) al propio tiempo que aparentando creer todas cuantas suposiciones deshonrosas añadía la malevolencia á este propósito, prorumpió en exclamaciones enérgicas, diciendo que el general Dupont era un traidor, un cobarde, un miserable que había perdido su ejército por conservar unos cuantos furgones, y que iba á mandar por tanto que lo fusilaran.—Ellos han manchado nuestro uniforme, dijo, refiriéndose á Dupont y á los otros generales, pero será lavado con su sangre.—Y así diciendo, ordenó que el general Dupont y sus lugartenientes fuesen arrestados en el momento que llegáran á Francia, y entregados al supremo tribunal imperial. Por lo demas, su cólera, sincera en gran parte, era tambien fingida hasta cierto punto, mediante á que queria dar á entender con ella á los que le rodeaban, que no debía atribuirse el cambio imprevisto de los sucesos en la Península á otra cosa que á las faltas de un general, á su

(1) Por la minuta del interrogatorio dirigido al general Dupont por orden de Napoleón, y la cual existe, como ya he dicho, en los archivos de la secretaria de Estado, puede verse el juicio que el segundo formaba acerca del acontecimiento de Bailen y de la conducta observada por el primero. Napoleón comprendió bien las faltas militares, que bastaban para explicar la catástrofe, pero se dejó llevar de los rumores del momento, y bajo esta impresion formuló el interrogatorio, sin dar entero crédito á los cargos. Algun tiempo despues no creía ni una palabra de semejantes rumores.

presunta cobardía y á sus prevaricaciones. Con lo cual, poco tardó la proverbial bajeza de los cortesanos, plegándose ante la voluntad del dueño, á desencadenarse en improperios y en juicios implacables contra el general Dupont. Este desgraciado general, que como el lector ha visto, solo fué culpable por haberse aferrado á sus perniciosas inspiraciones, y á cuya pérdida concurrieron en Bailen una porción de circunstancias á cual mas desgraciadas, fué víctima de la maledicencia hasta el punto de convertirlo en un cobarde y en un hombre tan falto de integridad, que se le consideraba merecedor del último suplicio. Todas estas indignidades, sin embargo, referentes á aquel infortunado general, no salían del círculo del estado mayor, porque Napoleon, reteniendo cuanto le era posible la rapidez de la fama, había prohibido que se publicase sobre los asuntos de España lo mas mínimo, llevando esta prohibición, con el fin de que no pudiesen sospecharse las dificultades que se oponían á la sumisión de la Península, hasta el extremo de que nada se dijese tampoco sobre la victoria de Rioscco. De manera, que el mariscal Bessieres, á quien se envolvió en esta catástrofe, tuvo el sentimiento de ver el hecho mas brillante de su vida militar, tapado con el mismo velo que cubría el desastre del general Dupont. Pero la prensa inglesa era bastante para difundir de modo que llegase, sino hasta las masas, hasta las clases ilustradas al menos, la noticia de los reveses sufridos por nuestro ejército en España. Por otra parte, el desencadenamiento de la maledicencia se cebó en tales términos, al verlo caído, contra el general Dupont, que despertándose en Napoleon la generosidad

despues del cálculo, exclamó diferentes veces:— ¡Desgraciado! ¡qué caída, despues de lo de Albeck, Halle, y Friedland! ¡Hé aqui lo que es la guerra! ¡Un día, un solo día basta para empañar el lustre de la carrera mas dilatada!—Y contradiciéndose de este modo á sí mismo, repetía que Dupont no había sido mas que un desgraciado, y su genio, descubriendo las duras condiciones de la vida humana, parecia ver su destino escrito en el de uno de sus lugartenientes.

La prudente y culta poblacion de Burdeos dió á Napoleon fiestas magnificas, á las cuales asistió con frente serena, y sin dejar traslucir ninguno de los sentimientos de que se hallaba poseida su alma. A aquellos que, sin osar interrogarle, se aproximaban, sin embargo, en sus conversaciones al gran objeto que le había atraído hácia el Mediodía, deciales que algunos paisanos fanatizados por los curas, y azuzados por la Inglaterra, trataban en efecto de poner obstáculos al entronizamiento de su hermano, pero que *jamás había visto canalla mas cobarde desde que servia*; que el mariscal Bessieres había acuchillado á millares de ellos; que bastaban unos cuantos escuadrones franceses para hacer huir á un ejército entero de insurgentes españoles; que la Península no tardaría en someterse al cetro del rey José, y que las provincias del Mediodía de la Francia, tan interesadas en estar en buenas relaciones con la España, recogerían el fruto principal de aquella nueva empresa. Mientras que se le escuchaba, creíase firmemente cuanto decía, y todo el mundo se mostraba alegre y satisfecho, reservándose el pensar de diferente modo, cuando al día siguiente se recibían correspondencias comerciales, en las que se habla-

ba de los graves hechos que ocurrían al otro lado de los Pirineos.

Napoleon hubiera querido de muy buen grado dirigirse de una sola tirada desde Burdeos á París, con el objeto de entregarse á las tres ocupaciones que mas urgentes le parecían en aquel momento, á saber: la esplicacion con el Austria, la consolidacion de la union con la Rusia, y la traslacion de parte del gran ejército del Vistula sobre el Ebro. Habia empeñado, empero, su promesa de atravesar por la Vendée, y de no cumplirla hubiera tal vez dado margen á que se creyese, ó que desconfiaba de aquella provincia, ó que traía entre manos negocios tan graves, que se veía obligado á faltar á todos cuantos ofrecimientos tenia hechos. Así, pues, habiendo ofrecido á los vendeanos que iria á visitarlos, no podia ni queria faltar á semejante cita, mientras no se lo impidiese una absoluta necesidad. Decidióse por tanto á pasar por Rochefort, la Rochela, Niort, Napoleon-Vendée, Nantes, Saumur, Tours y Orleans, dictando sus órdenes desde el camino, recibiendo en cada uno de estos puntos centenares de despachos, y espidiendo otros tantos como los que recibia.

En Rochefort, adonde llegó el 5, fué recibido con el mayor entusiasmo por aquel pueblo enteramente marítimo, cuya gratitud hacia un príncipe, bajo cuyo reinado habia visto redoblarse la actividad de sus arsenales y de sus talleres, era inmensa. Napoleon visitó la isla de Aix, y las obras del fuerte Royard, queriendo examinar por sí mismo aquellos lugares, sobre los cuales estaba dando sin cesar órdenes de la mayor importancia. La curiosidad, la admiracion y la gratitud atraian en su seguimien-

to á los habitantes de las ciudades y de los campos. Desde Rochefort pasó á la Rochela, á Niort, y á Napoleon-Vendée, en cuyas poblaciones todas encontró la acogida mas entusiasta, y fué objeto de las mas lisonjeras aclamaciones. El hombre prodigioso que habia libertado á estas provincias de la guerra civil, el hombre que les habia devuelto la paz, la seguridad, la prosperidad, y el ejercicio de su culto, era para ellos mas que un hombre, era un semi-dios. De modo que Napoleon, castigado recientemente en España por el mal que habia hecho, veíase recompensado en aquel instante por el bien que habia labrado en Francia. Si habia sufrido por sus malas, gozaba al presente por las buenas, y al aspecto que le ofrecia la agradecida y entusiasta la Vendée, disipáronse sus penas casi completamente. Si el mismo Luis XVI hubiera podido salir de la tumba, adonde lo precipitó el crimen del noventa y tres, seguramente no hubiera sido mejor recibido que lo fué Napoleon en aquella provincia. El recibimiento que tuvo en Nantes y en Saumur fué igual al que le hicieron en las demas poblaciones mencionadas; de manera que no cabiéndole ya dentro del pecho el placer que sentia, lo vertió en su correspondencia, así como impregnó la que escribiera desde Burdeos, de enojo, de cólera, y de precipitadas órdenes.

Entró en París el 14 de agosto por la tarde, víspera del gran aniversario del 13, cuyo dia tenia destinado para presentarse con toda la ostencion del poder, y con una imperturbabilidad que desconcertase las conjeturas de la malevolencia. Esta ostencion queria lucirla sobre todo ante el cuerpo diplomático, que se mostraba ganoso de volverlo á

ver y de observarlo, y con el cual se habia propuesto manifestar una actitud tan imponente, y emplear un language que hiciese eco en la Europa entera.

A esta sazón acababa de recibir de Rusia noticias que tranquilizaban completamente su ánimo, y en virtud de las cuales supo que aquella potencia proseguía mostrándose sumisa y favorable á sus designios, en gracia de la recompensa que esperaba sobre los asuntos de Oriente. Las noticias de Austria, en cambio, eran de bien distinta naturaleza. Por esta parte todo presentaba un carácter hostil. Téngase en cuenta que el Austria, enemiga constante nuestra en el fondo, á pesar de las promesas del emperador Francisco en Urschitz, y la cual no se perdonaba el no haber aprovechado la batalla de Eylau para lanzarse sobre el Oder mientras que Napoleón se hallaba ocupado en las márgenes del Vistula, halagada algún tanto por el tratado en virtud del cual se le habia devuelto á Braunau, habia afectado hasta entonces participar, respecto á Copenhague, de la indignacion de las potencias continentales contra la Inglaterra. El Austria, en efecto, habia espedido sus pasaportes al ministro británico Mr. Adair; pero es de presumir que le daría á entender probablemente que semejante interrupcion de relaciones no significaba nada, y que ninguna importancia habia que dar á aquel paso. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que las escuadras inglesas continuaron dejando circular libremente por el Adriático el pabellon austriaco, y que el comercio de los frutos coloniales no se interrumpió ni un solo instante en Trieste. Pero cuando el Austria tuvo noticia del lazo que se habia tendido en Bayona á la familia real de España; cuando supo, sobre todo,

los reveses que habia sufrido nuestro ejército, ya no pudo contenerse mas, y llegó á quitarse casi completamente la máscara. — ¡Véase el fin que aguarda á todas las seculares monarquías del continente! se esclamaba en los salones de la corte de Viena, de la cual se habia apoderado un terror en parte fingido, y sincero en parte. Semejante proceder ha sido un lazo horrible, y demuestra un peligro evidente que debe alarmar á todo el que tenga un poco de prevision, porque todo soberano que ande un poco negligente en cuidar de su defensa, será tratado como Carlos IV y Fernando VIII. — Hasta el mismo archiduque Carlos, mas reservado ordinariamente que los otros, y enemigo menos acérrimo de la Francia, habia esclamado á su vez: — ¡Pues bien! si es preciso moriremos con las armas en la mano; pero no se ha de disponer tan facilmente de la corona de Austria como se ha dispuesto de la de España.

Las noticias llegadas de Roma habian contribuido no poco tambien á exaltar los ánimos en Viena, y á que las lenguas no estuviesen ociosas. Habiendo recibido y ejecutado el general Miollis, segun hemos dicho en otro lugar, la orden de ocupar militarmente á Roma, y no habiendo dejado mas que la autoridad espiritual al papa, éste se habia retirado á su palacio de San Juan de Letran, habia atrincherado las puertas y las ventanas, como si tuviese que sufrir un asalto, encerrádole en él con sus familiares, no queria comunicarse mas que con los ministros extranjeros, decia que se hallaba oprimido dentro de sus mismos estados, que era esclavo en ellos, y victima de una usurpacion abominable; y protestaba diariamente contra la violencia que le

obligaba á sucumbir. A estos acontecimientos agregábase además la reunion al reino de Italia de las provincias de Ancona, Macerata y Fermo, bajo el título de provincias del *Metauro*, del *Musono*, y del *Tronto*.

Estos hechos habian exasperado al público de Viena casi tanto como los acontecimientos de España, y lo mismo en la corte que en la ciudad se gloraban de la manera mas amarga para nosotros, sin guardarse del embajador de Francia, el general Andreossy. De entre los que proferian las tales glorias, unos creian lo que decian, y se figuraban que Napoleon queria renovar en el continente todas las familias reinantes, al paso que los otros, sin creer ni una palabra, y comprendiendo que el sistema de aquel, calcado sobre el de Luis XIV, podria muy bien estenderse á la Italia y á la España, pero de ningun modo hasta el Austria, repetian, sin embargo, el lenguaje general para sobreescitar á las masas, constantemente crédulas. Todos se hallaban, empero, acordes en decir que era preciso prepararse á defenderse; pero sin atacar, y hasta se llegó tambien á pensar en algo mas que en la idea de la defensiva, cuando se tuvo noticia de los reveses exagerados de nuestros ejércitos. Los preparativos militares que en el Austria se hacian, estaban muy de acuerdo con estas disposiciones morales.

El ejército austriaco se mantenía completo, y merced á los cuidados asiduos del archiduque Carlos, disciplinado, y perfeccionado en su organizacion. No contentándose con este esfuerzo en extremo ruinoso para la hacienda austriaca, acababan de aumentarse estraordinariamente las fuerzas de la monarquia valiendose de nuevos medios,

algunos de los cuales fueron imitados tambien por la misma Francia. Además del ejército activo, se habia creado un sistema de reserva, el cual consistia en reunir y ejercitar cierto número de reclutas en cada canton, á fin de que se hallasen en disposicion de ingresar en las filas, cuando se creyese necesario. El número confesado era de sesenta mil, y el real y positivo de cien mil, con cuyo refuerzo debia ascender el ejército activo á mas de cuatrocientos mil hombres. Además, bajo el nombre de milicias, cuya organizacion era muy análoga á la de nuestros guardias nacionales, habíase puesto sobre las armas casi toda la poblacion, habíase la regimentado, uniformado y distribuido armas, y se la obligaba á hacer ejercicio diariamente. El pueblo austriaco, ageno constantemente á su gobierno, habíase lisonjeado en cierto modo de que se recurriera á él, y ora fuese por la satisfaccion de que se le estimase en algo, ora por el temor de un peligro exterior, habia acudido á alistarse con una abnegacion estraordinaria. Los nobles, la clase media, el pueblo, todos ofrecieron espontáneamente sus servicios. Los donativos voluntarios de los estados y de los particulares habian proporcionado medios suficientes para equipar aquella masa de hombres, y eso que se calculaba en mas de trescientos mil individuos el número de los que se hallaban dispuestos á hacer un servicio sedentario, y aun activo si menester fuese, para el sostenimiento de la monarquia. Cuatrocientos mil hombres de tropas activas y trescientos mil de sedentarias componian, en proporcion á una poblacion de quince ó diez y seis millones de súbditos que contaria entonces la casa de Austria,

una fuerza enorme, y tal como jamás la habia desplegado hasta aquel tiempo. Era, efectivamente, muy probable, que, merced á un armamento tan general, pudiese presentar en linea trescientos mil combatientes hábiles para la guerra, número que era inmenso, y que ni el Austria lo habia tenido nunca, ni alguna de las potencias enemigas de la Francia. Acabábanse de comprar además catorce mil caballos para la artillería, y de encarregar un millón de fusiles. Mientras que sobre el Inn se desmantelaba á Braunau, hallábanse ocupados en fortificar á Comorn, (Hungria), veinte mil obreros, lo cual probaba que se trataba de hacer una guerra larga y tenaz, y de que en el caso de que fuesen batidos en la frontera, se hallaban dispuestos los austriacos á replegarse al interior de la monarquía, para defenderse con encarnizamiento. Ya empezaban á formarse reuniones de tropas que tenían cierta apariencia de cuerpos de ejército, hacia la Bohemia y la Gallitzia, sin duda con el objeto de hacer frente á las fuerzas francesas sobre el Vistula y el Oder.

La conmocion de la corte se habia ido comunicando poco á poco á todas las clases de la poblacion, y mientras que en las aguas de Tœplitz, de Carlsbad, y de toda la Alemania, se hacia alarde para con los franceses de una arrogante actitud, que no tenían costumbre de manifestar respecto á ellos, en las calles de Viena amenazaba el pueblo á las gentes del general Andreossy, en Trieste habia insultado al cónsul de Francia, y en Istria se asesinaba á nuestros correos en los caminos militares que nos habian concedido. La Alemania, humillada por nuestros triunfos, y hollada por

nuestros ejércitos, empezaba ya á estremecerse de cólera y de esperanza. Indignada y envalentonada á la vez á consecuencia de los acontecimientos de España, ellos fueron causa de que estallaran sus secretos sentimientos.

Aunque contando, como contaba Napo'eon con el apoyo de la Prusia, nada tenía que temer del continente, era con todo tan grave la determinacion de trasportar parte del gran ejército del Vistula sobre el Ebro, y podia reanimar de tal manera á sus enemigos semejante traslacion de sus fuerzas del Norte al Mediodía, que antes de resolverse á ello, quiso obligar al Austria á que se explicara, y saber de una manera positiva á que debia de atenerse. Si el Austria queria la guerra, preferia hacérsela sin pérdida de tiempo, aplazando la represion de la insurreccion española, y hacérsela con todas sus fuerzas, de modo que pudiera pasarse sin la cooperacion de los rusos, acabar con aquella para siempre, y dirigirse en seguida desde el Danubio sobre los Pirineos para someter á los españoles, y obligar á los ingleses á meterse en el mar. Pero esta resolucion solo era para un caso estremado. Preferia no tener que empeñarse en una nueva guerra, porque la guerra, á decir verdad, no era su pasion dominante. La gloria militar, despues de las batallas de Rivoli, las Piramides, Marengo, Austerlitz, Jena y Friedland, no podia ser ya para él origen de un vivo júbilo. La guerra, de alli en adelante, solo debia servirle como un medio para sostener su política, asaz exorbitante por desgracia, y la cual habria exigido todavia numerosos y sangrientos triunfos. Así, pues, sin ser su ánimo provocar al Austria,

quería á todo trance que esta se esplicara de la manera mas clara y categórica.

Al recibir á los representantes de las potencias, así como á las altas corporaciones del estado, el 15 de agosto, aprovechó esta coyuntura favorable para tener con Mr. de Metternich, no una esplicacion apasionada y provocadora, como la que había tenido en otro tiempo con lord Whitworth, la cual produjo la guerra contra la Inglaterra, sino una esplicacion templada, tranquila, al propio tiempo que clara y perentoria. Mostróse afable, sereno, con los ministros de todas las córtes, agasajador con Mr. de Tolstoy, á pesar de que no le perdonaba sus ligerezas militares, y amistoso, franco, pero breve al mismo tiempo con Mr. de Metternich. Sin llamar la atención de los circunstantes por el esfuerzo que dió á su voz, habló, sin embargo, de manera que pudiese ser oída por algunos de ellos, y con especialidad por Mr. de Tolstoy.—¿Queréis hacernos la guerra, ó meternos miedo? dijo á Metternich.—Y habiéndole contestado éste que su gobierno no quería ni lo uno ni lo otro, prosiguió Napoleon con un tono afable, pero firme:—Pues entonces, ¿a qué vienen esos armamentos que os traen tan agitados, que agitan á la Europa, que comprometen la paz, y arruinan vuestra hacienda?—Aseguróle Metternich que aquellos armamentos no eran mas que defensivos; pero Napoleon, á fuer de conocedor profundo, replicó para probarle que eran de muy distinta naturaleza:—Si vuestros armamentos fuesen del género que decís, si fueran puramente defensivos, no serian tan precipitados. Cuando se quiere crear una nueva organizacion, se toma el tiempo necesario, y no se hace nada

con precipitacion, porque lo que mejor sale es lo que se ejecuta despacio. Además no se forman almacenes, no se ordenan reuniones de tropas, ni se compran caballos, y mucho menos caballos para la artillería. Vuestro ejército se compone de cerca de cuatrocientos mil hombres. Vuestras milicias ascienden á un número igual, sobre poco mas ó menos. De manera, que si yo os imitase, debería añadir cuatrocientos mil hombres mas á las fuerzas de que dispongo, lo cual seria un armamento insensato. No tengo necesidad de ello. Con menos de doscientos mil alistados, me basta para mantener mi ejército sobre un pie formidable, y para enviar á España cien mil hombres de tropas aguerridas. No seguiré, pues, vuestro ejemplo, porque en otro caso pronto seria preciso armar hasta los niños y las mugeres, y volveríamos á los tiempos de la barbarie. Pero entretanto, vuestra hacienda padece, vuestro crédito, tan bajo á la sazón, menguará mas todavía, y llegará el caso de que se interrumpa vuestro comercio. Y todo esto ¿por qué? ¿Os he pedido yo, por ventura, alguna cosa? ¿he mostrado pretensiones sobre una sola de vuestras provincias? Todo quedó arreglado entre ambos imperios en virtud del tratado de Presburgo: con la palabra que me empeñó vuestro amo en la entrevista que tuvimos juntos, todo debia haber terminado entre nosotros. Unicamente quedaban que hacer algunos arreglos respecto á Braunau, que habia quedado en nuestro poder, y respecto al Isonzo, cuyo thalweg no estaba suficientemente determinado, y merced al convenio de Fontainebleau se logró orillar ambos puntos. (Convenio del 40 de octubre de 1807). Al presente nada os pi-

do, nada quiero del Austria mas que esplicaciones seguras y tranquilas. ¿Hay alguna dificultad de por medio entre nosotros? Si la hay, decidla, y vamos á orillarla inmediatamente.—Habiendo protestado de nuevo Mr. de Metternich que su gobierno no intentaba hostilidad alguna contra la Francia, y aduciendo como prueba que no habia ordenado movimiento alguno de tropas, Napoleon le replicó al punto con la misma afabilidad y con igual firmeza, que, estaba equivocado, puesto que se habian verificado grandes reuniones en Gallitzia y en Bohemia, al frente de la Silesia, y delante de los cuarteles del ejército francés: que la verdad de estas reuniones de tropas era incontestable; que la consecuencia inmediata de ellas seria el poner por nuestra parte otras tan numerosas por lo menos; y que en vez de proseguir, por tanto, la demolicion de las plazas de la Silesia, iba mas bien á reparar algunas y á abastecerlas, á convocar los contingentes de la confederacion del Rhin, y á tomar las disposiciones necesarias para prepararse á la guerra.—Ya sabeis, Mr. de Metternich, prosiguió, que no será facil sorprenderme, porque estoy alerta. Quizás contará vuestro gobierno con la Rusia, mas se equivoca de medio á medio. Estoy seguro de su adhesion, de la desaprobacion formal y ferminante que ha manifestado acerca de vuestros armamentos, y de las resoluciones que adoptará en estas circunstancias. Si abrigase acerca de esto la mas mínima duda, á ella y al Austria haria inmediatamente la guerra, porque ni querria ni me convendria dejar en el aire los asuntos del continente. Si solo me limito á tomar precauciones, es porque el continente no me inspira desconfianza y

porque estoy completamente tranquilo sobre las intenciones del emperador de Rusia. No creais, por tanto, que seria esta una buena ocasion para hostilizar á la Francia; si tal pensaseis, incurririais en un grave error. Yo no creo tampoco que vuestro gobierno apetezca la guerra; no puedo presumirlo ni de vos, Mr. de Metternich, ni del emperador vuestro amo, ni de los hombres ilustrados de vuestro pais. Pero la nobleza alemana, que mira con descontento los cambios acaecidos, impregna á la Alemania de sus odios. Vosotros os dejais conmover, comunicais vuestra conmocion á las masas, las impulsais á que se armen, vais llegando de armamento en armamento á una situacion extraordinaria, que no es facil sostener por largo tiempo, y poco á poco os vereis conducidos tal vez hasta el punto de desear una crisis para salir de una situacion insoportable, y esa crisis será la guerra. La naturaleza moral lo mismo que la naturaleza fisica, cuando llegan á ese estado borrascoso que precede á las tempestades, tienen precision de estallar para depurar el aire y volver á recobrar la calma. Esto es justamente lo que yo temo de vuestra actual conducta. Por lo demás, os lo repito, añadió Napoleon, yo no quiero nada del Austria, lo único que apetezco es la paz, y unas relaciones tranquilas y seguras: pero si os empeñais en continuar haciendo preparativos, yo tambien los haré en términos que la superioridad de mis armas deje lugar á tan pocas dudas como en las campañas precedentes, y entonces resultará, que por conservar la paz, promoveremos la guerra.

Al terminar esta entrevista, Napoleon colmó á Mr. de Metternich de las demostraciones mas li-

sonjeras, y se condujo en todo y por todo á guisa del hombre que apetece la paz sin temer la guerra; pero que se halla resuelto á no permanecer en la oscuridad. Mr. de Metternich y todos los circunstantes que le escucharon, no podian abrigar la mas minima incertidumbre acerca de sus verdaderas intenciones, al propio tiempo que él se mostró tan firme como tranquilo y habil.

El día siguiente, 16, fué un día en que Hovieron órdenes para todas partes. Mr. de Champagny recibió la de transmitir á Viena la entrevista de Napoleon con Metternich, deduciendo de ella las conclusiones precisas. Dijose en París á Monsieur de Metternich, y se encargó al general Andreossy que lo repitiese en Viena, que era de todo punto indispensable que el Austria interrumpiese los armamentos de una manera franca y que no dejase lugar á la mas minima duda, ó que de lo contrario empezarian las hostilidades al punto. Luego, y á fin de sondear mas profundamente las intenciones del Austria, pidióle Napoleon el reconocimiento inmediato del rey José. Seguramente que ningun otro medio habia mas infalible para saber á punto fijo lo que aquella potencia pensaba ó cuales eran sus intenciones en el instante, porque si se lograba efectivamente arrancarla el reconocimiento del rey José, tan contrario á todos los sentimientos que ella manifestara, y al lenguaje esplicito que recientemente habia espresado sobre el particular, era una prueba irrecusable de que no era capaz de atreverse á nada, ni de hacer tentativa de ningun género, y ningun cuidado debia inspirar por ende durante algun tiempo.

Mr. de Metternich, que desplegabá en París un extraordinario celo por mantener la paz, y que en todas sus entrevistas, ora con los ministros del emperador, ora con el emperador mismo, prodigaba seguridades concernientes al establecimiento de la paz, se apresuró á responder que se daría una satisfacciou cumplida relativamente á los armamentos del Austria. Adoptando, empero, un tono menos afirmativo, y una actitud menos franca acerca del reconocimiento del rey José, declaró, que si bien creia por su parte que su gabinete no ofreceria resistencia á esta demanda, no le era licito con todo, dar seguridad alguna hasta tanto que lo consultase con la corte de Viena. Era, pues, evidente que en este punto estribaba lo principal de las dificultades, y que para obtener del Austria semejante rectificaciou, ó una retractaciou, por mejor decir, de sus sentimientos, de sus manifestaciones mas recientes, para abrumarla con tal humillacion, serian menester tan grandes esfuerzos, como si se tratase de arrancarla nuevas provincias. Pero este era, cuando menos, un medio de contenerla algun tanto, y de obligarla á que fuese mas circunspecta, en el caso de que no se hallase decidida á emprender al punto las hostilidades.

En el fondo, Napoleon empezaba ya á convencerse de que sería indispensable empeñar con el Austria una nueva y decisiva lucha para reducirla definitivamente: queria saber, empero, si podria disponer, antes de emprenderla, de seis meses, al menos, para hacer una rápida campaña en la Península, y conducir al otro lado de los Pirineos cien mil hombres de sus mejores tropas, sin peligro de amenguar su preponderancia al otro la-

do del Rhin. Todas sus demostraciones, todos sus empeños en obtener una esplicacion no tendian á otro objeto.

A fin de dar á unas y otros un carácter mas grave, reclamó de todos los principes de la confederacion del Rhin el primer contingente, reducido, en honor de la verdad, pero bastante para inspirar grandes inquietudes en Alemania, y para que el Austria entrase consigo misma en reflexiones. Si la guerra con esta potencia estallaba al fin, los reducidos contingentes de tropas se elevarian hasta el número preñado en los convenios, y sino, marcharian á España, tales cuales eran, á combatir en la nueva guerra que Napoleon se habia acarreado, porque su objeto era empeñar á los principes del Rhin á que tomasen parte en todas sus querellas, y á que le ayudasen á sobrellevar el peso que gravitaba sobre la Francia: política excelente en un sentido, al paso que perjudicial en otro, mediante á que si bien los comprometia á que lo siguiesen, esponíase en cambio á ser blanco del odio general que debian suscitar necesariamente mas tarde ó mas temprano aquellos alistamientos tan repetidos, así en la izquierda y en la derecha del Rhin, como al Norte y al Mediodía de los Alpes y de los Pirineos.

Ademas del árduo asunto de obligar al Austria á que diese esplicaciones, impusieron á Napoleon algunos otros las circunstancias. Fuera cual fuese el número de tropas que habia que sacar del gran ejército para conducir las á España, era indispensable verificar un movimiento retrógrado en Alemania y Polonia á fin de aproximarse al Rhin. Para entonces, y cuando Napoleon tomó

definitivamente el partido de emprender la conquista de España, ya habia cambiado una vez la colocacion de sus tropas, trasladándolas desde el espacio comprendido entre el Pregel y el Vistula, al que media entre el Vistula y el Oder. El mariscal Sout, dejando á los granaderos Oudinot en Dantzig, y el grueso de la caballeria en el delta del Vistula, se habia replegado con la cuarta division hácia la Pomerania, el Brandenburgo y Hannover. El mariscal Bernadotte habia continuado ocupando las ciudades anseáticas con las divisiones Boudet y Molitor, los españoles y los irlandeses. El mariscal Davout con el tercer cuerpo de ejército, los sajones, los polacos y el resto de la caballeria se habia replegado hácia el ducado de Posen, apoyándose siempre sobre el Oder. El general Victor, que ascendió al grado de mariscal, habia establecido sus cuarteles en Berlin con el primer cuerpo de ejército. El mariscal Mortier con el quinto y el sexto se habia acantonado en la Silesia.

Las miras que Napoleon se llevaba con prolongar tanto tiempo la ocupacion de la Prusia, eran en primer lugar obligar á esta á un arreglo definitivo de la cuestion de las contribuciones de guerra; permanecer, por otra parte, en una posicion fuerte á la expectativa de las consecuencias de su alianza con la Rusia, y de su guerra sorda con el Austria, y mantener su ejército ocupado, consiguiendo que parte de él viviese sobre el pais, con lo cual evitaba una porcion de gastos crecidos al tesoro extraordinario.

Era indispensable, empero, poner término á tan prolongada ocupacion, mediante á que, comprendida la guerra con la España, venia á ser pun-

to menos que imposible conservar tan vasta estension de pais, y preciso, por consiguiente, el abandonar algunas provincias. Esta precision no procedia de la necesidad de complacer á la Rusia, con la cual todo dependia de una concesion en Oriente; ni mucho menos de la de congraciarse con la Prusia, la cual, abrumada con la carga que gravitaba sobre ella, se hallaba en el caso de aceptar cuantas condiciones se le pusiesen, reservándose el no cumplirlas despues sino podia, ó si la fortuna le ayudaba á eximirse por otro medio; ni tampoco, en fin, de la de contemporizar con el Austria, con la cual no se hallaba en el caso de guardar consideraciones: procedia únicamente de la necesidad de concentrar sus fuerzas, y de la de mandar parte de ellas á los Pirineos, con lo cual se le ofrecia una coyuntura favorable para dar una ventajosa solucion á sus asuntos con la Prusia, al propio tiempo que para hacer algo en obsequio de la Rusia, en atencion á que, esceptuando el arreglo de los asuntos de Oriente, lo que el emperador Alejandro deseaba con mas vehemencia á fin de verse libre, segun él decia, *de las importunidades de los desgraciados que le atribuian la culpa de sus desgracias*, era la evacuacion de la Prusia, y el arreglo definitivo de las contribuciones de guerra, que se continuaba exigiendo aun á esta nacion.

Para entonces ya hacia algunos meses que residia en Paris el principe Guillelmo, hermano del rey de Prusia, en calidad de enviado cerca de Napoleon, con la mision de conseguir la rebaja de las cargas que gravitaban sobre aquel reino. Este principe habia sabido captarse la estimacion de todo el mundo y la de Napoleon en particular, por

su digna y prudente manera de comportarse. Con todo, en vano habia alegado hasta aquella época la imposibilidad en que se hallaba la Prusia de satisfacer las sumas que se queria imponerla, y en vano habia ofrecido para obtener alguna gracia, la sumision mas completa y la mas absoluta de la casa de Brandebourg, sumision que estaba garantizada por un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Napoleon no se dejó conmovir ni por los alegatos ni por los ofrecimientos, porque estaba persuadido de que cuantos recursos devolviese á la Prusia, habia esta de emplearlos en rehacer sus fuerzas para dirigirlas luego contra él. Antes de la batalla de Jena, quizás hubiera creido sinceros los ofrecimientos de aquella nacion; pero despues de tan brillante victoria, hallábase convencido de que la Prusia seria implacable, y en esta atencion opinaba fundadamente, que si el destruirla no era posible, exigiale al menos su política visorera el ir dejándola exhausta. Viéndose, empero, obligado á retrotraer sus tropas, consintió por fin, en escuchar las proposiciones del principe Guillelmo, y despues de muchas y largas discusiones, se avino á evacuar toda la Prusia, á escepcion de las tres plazas fuertes situadas sobre el Oder, Glogau, Stettin y Custrin, las cuales se empeñó en conservar hasta tanto que fuesen satisfechas las contribuciones estipuladas, exigiendo ademas para esta evacuacion el pago de una cantidad de ciento cuarenta millones de francos á que ascendian las ordinarias y las estraordinarias, cuyo cobro no se habia verificado aun. El pago de esta suma debia hacerse mitad en dinero ó en letras de cambio aceptables, y mitad en títulos sobre los dominios

territoriales de la Prusia, de manera que el total quedase solventado en un plazo corto; las letras de cambio en unos once ó doce meses á razon de seis millones por mes, y los títulos en año y medio á lo sumo. La evacuacion debia comenzar inmediatamente, y las tropas francesas retirarse á la Pomerania sueca, á las ciudades anseaticas, á Hannover, Westfalia, y á las provincias sajonas y franco-nianas tomadas á la Prusia, y sometidas á la sazón á la Francia. Pero con Stettin, Custrin y Glogau sobre el Oder, Magdebourg sobre el Elba, y sus tropas en Hannover, Sajonia y Franconia, Napoleon quedaba siempre á la vista de Alemania, y con medios hábiles para dominarla. Para mayor seguridad suya, habia hecho ingerir un artículo secreto en el tratado de evacuacion, artículo hasta hoy ignorado, en virtud del cual se obligaba la Prusia á mantener reducido el efectivo de sus fuerzas militares, por espacio de diez años, á los siguientes límites: diez regimientos de infantería de la fuerza de veinte y dos mil hombres; ocho de caballería de la de ocho mil; un cuerpo de artillería y de ingenieros, cuyo número total ascendiese á seis mil soldados, y la guardia imperial, por último, en número de otros seis mil. En virtud del artículo antedicho, privábase además el rey de Prusia de la facultad de formar una milicia local, la cual hubiera podido servirle para encubrir otra cualquier clase de armamentos, y obligabase también, por último, á hacer causa común con el imperio francés contra el Austria, y á cooperar en caso de guerra contra esta nacion con una division de diez y seis mil hombres de todas armas. Este contingente quedaria reducido á doce mil, si estallaba

la guerra durante el año 1809, en atencion á que la Prusia necesitaba algun tiempo para rehacer su ejército. Como el objeto de Napoleon no era humillar á esta potencia sino contenerla tan solo, consintió en que esta clausula del tratado no se hiciese pública. El digno y cuerdo príncipe, encargado de defender en Paris los intereses de su patria, no pudo obtener mayores concesiones, y debió conformarse con ellas, mediante á que, aun cuando Napoleon se habia dado ya á sí mismo el golpe que estaba destinado á destruir su poder, era todavía por entonces asaz poderoso y temible para hacer temblar á la Europa y para imponer la ley á todos sus enemigos.

Concluido y firmado que fué este tratado, Napoleon escribió al rey y á la reina de Prusia dándose el parabien de que quedasen terminadas todas las diferencias que mediaban entre ambos reinos, y prometiéndoles para en lo sucesivo conservar las relaciones mas amistosas, en el caso de que la corte de Berlin no volviese á estraviarse de nuevo, dejándose llevar de pasiones hostiles. Por duro que pareciese un tratado semejante á la Prusia, siempre era preferible para ella al estado en que á la sazón se encontraba, puesto que al menos quedaba libre de tropas francesas, y si bien se habia puesto un límite á sus armamentos, esta condicion era tanto menos irritante, cuanto que la hubiera sido muy difícil poder costear mayor número de gente que la que el tratado le concedia.

En cuanto á Napoleon, además de la ventaja de arreglar sus cuentas con la Prusia, en virtud de este tratado, y la de poder retirar de allí sus tropas, tenia la de mostrarse complaciente sobre este pun-

to con la Rusia, la cual se veía extraordinariamente importunada por los prusianos, y ardía en deseos de verse libre de sus quejas. El conservar sus buenas relaciones con la Prusia por entonces, y el darla de ello pruebas, cuadraba perfectamente á la política de Napoleon, á quien urgía mucho el entenderse con ella, así como también el que se explicase al Austria, y el terminar sus contestaciones con la Prusia.

El estado de las cosas no había sufrido entre tanto alteración alguna en San Petersburgo. Dominado como siempre el emperador Alejandro por la pasión del momento, no era dueño de contenerse, desde que Napoleon había consentido en discutir la división del imperio turco. Lo que aquel anhelaba con preferencia á la posesión de las mejores provincias de este imperio, era la posesión de Constantinopla, en la cual estaban para él reunidas la gloria, el esplendor, y la utilidad. Pero el entregar esta llave de los estrechos era precisamente lo que repugnaba á Napoleon más que otra concesión alguna. Jamás, según el lector habrá visto, había querido acceder á esta pretensión de una manera formal; y si bien había permitido á su embajador Mr. de Caulaincourt que manifestase á su presencia semejantes deseos, siempre lo hizo significando su voluntad de poseer los Dardanelos, en caso de que se cediese el Bósforo á los rusos, lo cual no podía convenir á la corte de San Petersburgo en manera alguna. A pesar de todo, el emperador Alejandro no desesperaba de reducir á Napoleon á que accediese á sus pretensiones, y en esta confianza estabale repitiendo sin cesar, que no deseaba territorio ninguno en el Sur de los Balka-

nes, ni parte alguna de la Rumelia, ni nada más que la comarca de Constantinopla dejando á Andrinópolis para quien la quisiese. Al hablar el emperador de Rusia de aquella lengua de tierra, destinada, por decirlo así, á alojamiento del portero de los estrechos, llamábala en la gerga familiar que usaba con el embajador de Francia, *la lengua de gato*.—Veamos, señor de Caulaincourt, solía decir á éste con frecuencia; ¿teneis noticias de vuestro amo? ¿Os dice algo acerca de la *lengua de gato*? ¿Se halla tan dispuesto á comprender y á admitir las necesidades de mi imperio, como yo comprendo y admito las del suyo?—Mr. de Caulaincourt contestaba únicamente á estas preguntas de una manera evasiva alegando para ello lo preocupado que se hallaba el ánimo de Napoleon con otros asuntos, la larga distancia que los separaba, y su próximo regreso, merced al cual le sería dable conseguir que su imaginación pasase de los asuntos de Occidente á los de Oriente. Replicábale al punto Alejandro, diciéndole, que para terminar de una vez todas estas diferencias era preciso tener una nueva entrevista, la cual consideraba como indispensable para que volviese á florecer la política de Tilsit, y que veía con pesar que no podía proporcionarse tan pronto como él deseaba. Esto no obstante, hallabase el mismo Alejandro tan poco libre como Napoleon, puesto que los asuntos de Finlandia no habían tomado mejor giro que los de España. Las tropas rusas, después de haber obligado á los ejércitos sucesos á replegarse hasta Uleaborg y á reunirse allí, se habían dividido á presencia de estos, y á su vez se vieron precisadas á retirarse, y aun llegaron á ser batidas, merced á la

incapacidad del general Buxhoevden, favorito de la corte, cuyo favor tan solo era lo que le garantizaba contra lo malquisto que se hallaba entre el ejército. Al mismo tiempo hallábase una escuadra inglesa bloqueando á la escuadra rusa en el golfo de Finlandia, lo cual tenia al litoral aterrizado. De manera, que era punto menos que imposible, que el emperador Alejandro se decidiese á alejarse de aquellos sitios. Pero como la navegacion quedaba interceptada desde setiembre, y libres por tanto de embarcaciones inglesas durante algunos meses aquellos mares, Alejandro quedaba en disposicion de dirigirse adonde quisiese, y en esta atencion pedia que la entrevista, en la cual esperaba recabar de Napoleon el objeto apetecido, fuese aplazada lo mas tarde para la mencionada época. Mr. de Caulaincourt contestaba á todas estas instancias de la manera mas propia para decidir al emperador de Rusia á que tuviese paciencia, y prometiéndole que la entrevista se verificaria, á no dudarle, en el momento mismo en que él designase.

Por lo demas, Alejandro no habia descuidado nada de lo que pudiese contribuir á que Napoleon se adhiciese á sus miras. A este fin, consideraba como muy natural, muy legitimo, muy necesario para el complemento de la política de Napoleon, el que éste hubiese decidido la introduccion de ejércitos franceses en España, la traslacion forzosa de los príncipes españoles á Bayona, el despojo de sus derechos, y la proclamacion de la monarquia del rey José. — Está visto, le decia á Mr. de Caulaincourt, que vuestro emperador no puede sufrir cerca de sí á los Borbones: semejante política es una

prueba de su consecuencia, y yo la admito enteramente. Por mi parte, repelia á cada paso, estoy muy lejos de mostrarme celoso de sus engrandecimientos, máxime cuando son tan motivados como los últimos. Haga él otro tanto por la suya con los que yo considero necesarios para mi imperio, y los cuales son tan faciles de justificar.

La camarilla de San Petersburgo, reanimada con los golpes sufridos por la marina rusa en Finlandia, á pesar de que estos tenian mas de desagradables que de peligrosos, indignada mas ó menos sinceramente á consecuencia de los sucesos de Bayona, y hallando un pretexto plausible para sus quejas en la paralización de la navegacion, volvió á espresarse de una manera poco favorable á la política de alianza con la Francia. Verdad es que esta política no se distinguia entonces ni por la moralidad ni por el buen éxito, puesto que arrebatar la Finlandia á un pariente, cuya locura natural se habia escitado largo tiempo, y de cuya debilidad se queria triunfar, no solo no era mejor que lo que acontecia en España, sino que era muy análogo. — Es preciso poner buena cara al mal juego, dijo con estas mismas palabras el emperador Alejandro á Mr. de Caulaincourt, y atravesar sin afligirse los momentos de desgracia. — Aquel príncipe dotado del tacto mas esquisito, trataba de evitar cuanto le era posible el hablar á Mr. de Caulaincourt de nuestros descalabros en España, y solo tocaba este punto, cuando no le era posible guardar silencio sin una manifiesta afectacion, mucho mas molesta todavía para aquel á quien trataba de ahorrarse este disgusto. Poco despues, y cuando el desastre del general Dupont fué proclamado por la

extraordinaria alegría que manifestó el partido inglés en San Petersburgo, llevando la exageracion de nuestras derrotas hasta el punto de decir, que nuestro ejército situado sobre el Ebro habia sido destruido, y que se hallaba prisionero el rey José, el emperador Alejandro habló á Mr. de Caulaincourt, como si ni pública ni secretamente le halagase la derrota de un ejército enemigo por largo tiempo del suyo, como si sintiese, por el contrario, semejante accidente, y como si no hallase en él nada que no fuese sencillo, indiferente, y de la mas fácil esplicacion.—El emperador vuestro amo, le decia, ha mandado á la Península soldados bisoños, y en escaso número: añádase á esto que él no se hallaba allí, y las faltas cometidas por sus generales, y todo se comprende perfectamente; pero bien pronto logrará él reparar el daño. Con algunos miles de soldados aguerridos, con uno de sus buenos generales que se ponga á la cabeza, ó con su presencia misma en el ejército por espacio de algunos dias, no tardará en conseguir que el rey José vuelva á la corte, y en hacer triunfar la política de Tilsit. Por mi parte, lejos de mostrar la alteracion mas mínima en nuestras relaciones, voy á hablar al Austria un lenguaje que la obligará á hacer serias reflexiones sobre su imprudente conducta. Yo probaré á vuestro amo, que soy fiel lo mismo en tiempos de buena fortuna que en tiempos de desgracia. No creo, sin embargo, que la presente sea de gran bulto; pero, con todo, basta para depararle una ocasion de poner mi amistad á prueba. Repetidle, pues, que es preciso que nos veamos cuanto antes, á fin de ponernos de acuerdo para domeñar la Europa.—El emperador Alejandro

habia cumplido en efecto su palabra, imponiendo silencio á los murmuradores, á los indignados, á los que andaban difundiendo la alarma, y á la legacion austriaca sobre todo, recomendando al propio tiempo á la camarilla de su madre tal reserva, que se hablaba de nuestros descalabros sufridos en España con tanta ó mas discrecion que de las derrotas de los ejércitos rusos en Finlandia.

Tal era el aspecto de las cosas en San Petersburgo á consecuencia de los acontecimientos de España, y de la influencia que en aquella tuvieron. Informado exacta y minuciosamente Napoleon de todo cuanto allí pasaba por los despachos de monsieur de Caulaincourt, el cual le trasmitia literalmente con las preguntas y respuestas, los dialogos que tenia diariamente con el emperador Alejandro, tomó, al fin, el partido de aceptar una entrevista, y esta fué una de las principales determinaciones que le inspirára su nueva situacion. Merced á ella, creyó que era ya tiempo de acceder sino á todas las pretensiones del emperador Alejandro, lo cual era imposible sin comprometer la seguridad de la Europa, á gran parte de ellas al menos: creyó así mismo, que era ya absolutamente indispensable avistarse con él, seducirlo de nuevo, concederle alguna cosa de consideracion, como las provincias del Danubio, por ejemplo, y respecto á las demas, ó desengañarle, ó darle esperanzas, ó procurar contentarle para decirlo de una vez; cosa que no debia parecerle imposible, mediante á que la Valaquia y la Moldavia, dadas inmediata y positivamente eran bastantes para satisfacer la mas vasta ambicion. Una entrevista, ademas de la ventaja de entenderse directamente con el jóven emperador

en unas circunstancias tan graves, de la de asegurarse de su modo de pensar, y de la de atraerlo á su devocion en virtud de alguna concesion importante, siendo como iba á ser pública y á la faz de Europa, debía ofrecer un gran espectáculo, el cual tenia que ocupar necesariamente todas las imaginaciones y ser considerada como una prueba ostensible de una alianza, que convenia que fuese no solo sólida y real, sino ruidosa tambien, á fin de imponer con ella á todos los enemigos del imperio.

Así, pues, mientras que estrechaba al Austria á que diese las esplicaciones pedidas, y mientras que concedia á la Prusia la evacuacion de su territorio, Napoleon espidió un correo á Mr. de Caulaincourt, autorizándole para que consintiese en una solemne entrevista con el emperador Alejandro. Como ya hemos dicho, este habia manifestado sus deseos de que se verificase á fines de setiembre, á causa de la interceptacion de los mares, y Napoleon, á quien esta época convenia tambien, ninguna dificultad tuvo en aceptarla. Alejandro mostraba ganas de que el punto de la cita fuese ó en Weimar, donde residia su hermano, ó en Erfurt, donde presumia que podrian gozar de mayor libertad, y Napoleon se decidió por Erfurt, uno de los territorios que le quedaban despues del desmembramiento de la Alemania, y del cual no habia dispuesto aun en favor de ninguno de los soberanos de la confederacion. Habiendo, pues, designado de una manera general la época y el lugar de la entrevista, y dejando al arbitrio del emperador Alejandro el fijar definitivamente los dias y las horas, dió las órdenes competentes para que se realizase con todo el esplendor apetecido.

En aquella época hallábanse aun sobre el Rhin algunos destacamentos de la guardia imperial, y Napoleon ordenó que uno de los batallones mas brillantes de ella marchase sobre Erfurt. Ordenó asimismo que se escogiesen un buen regimiento de infantería ligera, otro de húsares, y otro de coraceros, entre las tropas que regresaban de Alemania, y que se dirigiesen al mencionado punto para que diesen el servicio de guardia de honor cerca de los soberanos que debian asistir á la entrevista. Al mismo tiempo dispuso que los oficiales de su casa partiesen con el mueblage mas rico de la corona, á fin de preparar elegante y suuntuosamente las casas mas espaciosas de la ciudad, con el objeto de alojar en ellas á los personajes que se debian reunir en Erfurt; emperadores, reyes, príncipes, ministros y generales. Queriendo ademas que la literatura francesa contribuyese tambien al mayor esplendor y brillo de esta reunion, prescribió á las empresas de los teatros que enviasen al lugar de la cita á los primeros actores franceses, incluso al mas sobresaliente de entre todos ellos, el famoso Talma, para que representasen el *Cinna*, la *Andromaca*, el *Mahomet* y el *Edipo*. Aun cuando apreciaba en su justo valor las obras inmortales de Molière, escluyó para este objeto la comedia, dando por escusa el que no las comprendian en Alemania.—Es preciso, decia, mostrar á los alemanes la grandeza y la belleza de nuestra escena trágica; porque la capacidad de ellos está mas al alcance de la literatura de este género, y puede penetrar en ella mas facilmente que en las honduras de Molière.—Mandó, en fin, que se desplegase un lujo prodigioso, queriendo que la Francia se hi-

ciese tan notable é impusiese tanto por su civilizacion como por las armas.

Espedidas que fueron estas órdenes, Napoleon empleó el tiempo que le quedaba en hacer sus preparativos militares, teniendo en cuenta la doble suposicion, de que, ó no se veria precisado á habérselas mas que con la España, auxiliada por los ingleses, ó que independientemente de la España y de la Inglaterra, tendria que batir una vez mas y sin demora al Austria. La situacion no habia mejorado en la Peninsula desde la retirada del ejército francés sobre el Ebro. José tenia á su disposicion entre las tropas de Cataluña, Aragon, Castilla y las provincias Vascongadas, comprendiendo en estas algunos refuerzos que acababan de llegar, mas de cien mil hombres, parte de soldados jóvenes ya aguerridos, y parte de soldados viejos que habian entrado sucesivamente en España, regimiento por regimiento, dirigiéndose desde el Elba sobre el Rhin, y desde el Rhin sobre los Pirineos. Con este número de fuerzas, mandadas por un general vigoroso, habia bastante y de sobra para doménar á los sublevados, que iban avanzando aisladamente de todos los puntos de España; de Galicia, de Madrid y de Zaragoza. Desgraciadamente, empero, no se hacia otra cosa que quejarse, lamentarse y pedir nuevos recursos, sin saber manejar los que se tenian. Napoleon trató diferentes veces de fortalecer por medio de su lenguaje enérgico el corazon de José.—Sed digno de vuestro hermano, solia decirle, y mostrad un continente que cuadre á vuestra posicion. ¿Qué importancia pueden tener unos cuantos revoltosos de quienes daria yo fin con mis dragones, y los cuales no es probable que venzan

los ejércitos que ni el Austria, ni la Rusia, ni la Prusia, han podido derrotar? *Yo hallaré en España las columnas de Hércules, pero de seguro no encontrará mi poder limite en ellas.*—Luego anunciábale la llegada de nuevos socorros, añadiendo en todas sus cartas consejos llenos de cordura, de inteligencia y de prevision, los cuales ni José ni sus generales eran capaces de apreciar, y mucho menos de seguir. El rey José se habia empeñado en tener al rededor toda su corte de Nápoles, y en primer lugar hizo venir á Mr. Jourdan, hombre probo, como ya hemos dicho, de talento mediano, lento, tal, en una palabra, como convenia á la mediania que lo llamaba á su lado, y á su afán de dominar sobre todo; porque es de advertir que los hermanos del emperador, se vengaban del dominio que éste ejercia sobre ellos, procurando ejercerlo á su vez sobre los demas. Despues del mariscal Jourdan, José habia pedido á Mr. Røederer para que le auxiliase en la administracion politica y financiera de la España; á lo cual no habia accedido aun Napoleon, desconfiando, no precisamente del corazon y del talento de Røederer, sino de su conocimiento práctico en los negocios. A escepcion de este último, José habia reunido ya en torno de su persona á todos sus favoritos de Nápoles, y en su corte, medio militar medio politica, se tenia una especial complacencia en murmurar de Napoleon, en criticar sus estravagancias, sus exigencias, su falta de razon y de justicia, y sin atreverse á negarle abierta y absolutamente su genio, se recreaban en decir que juzgaba desde larga distancia, y de consiguiente mal, superficialmente, y de una manera desacertada, al paso que ellos no se engañaban en sus cálculos.

Y no se estaba tampoco muy lejos de creer que siendo José hermano de Napoleon, debía tener una parte mas grande ó mas pequeña de su genio, y que con una poca esperiencia de la que éste poseía en el arte de la guerra, podia ser tanto como él para el mando.

Reanimado algun tanto por el language enérgico de Napoleon, y tranquilizándose un poco con los refuerzos que iban llegando de todas partes, José habia recobrado algun valor; montaba frecuentemente á caballo, seguido de su fiel Jourdan, y tenia particular aficion á jugar á los soldados dando órdenes, prescribiendo movimientos y mostrándose á sus tropas para pasarles revista. A pesar de la confianza que iba inspirándole la aproximacion de las tropas, no se habia atrevido, sin embargo, á quedarse en Burgos, ni aun en Miranda, y habia establecido definitivamente su cuartel general en Vitoria, donde tenia dos mil hombres de una guardia real, mitad española, mitad napolitana; otros dos mil de guardia imperial, y tres mil de la brigada Rey, que nunca se separaba de su lado; cuyas fuerzas reunidas componian un total de siete mil hombres. Ademas, hallábase á su derecha el mariscal Bessieres con veinte mil hombres esparcidos entre el Cubo, Bribiesca y Burgos, en cuya ciudad tenia la caballeria: á su izquierda, y de Miranda á Logroño, el mariscal Monecy con diez y ocho mil: y de Logroño á Tudela el general Verdier con unos quince ó diez y seis mil que aun le quedaban despues de las pérdidas sufridas delante de Zaragoza. A retaguardia tenia tambien los depósitos y los regimientos expedicionarios, soldados poco consistentes, si se quiere, por componerse de una mezcla de

todos los cuerpos, pero que valian de sobra para cubrir una retaguardia, y cuyo número ascendia de quince á diez y seis mil hombres. De los regimientos aguerridos que Napoleon habia sacado sucesivamente del grande ejército, los que habian llegado los últimos, á saber, el 51.º y 43.º de línea, con el 26.º de cazadores, habian servido para formar la brigada Godinot, tropa excelente, que lanzándose de improviso sobre Bilbao, habia arrojado de allí á los insurgentes, matándoles mil doscientos hombres. Y por último, las columnas movibles de gendarmeria y de montañeses, en número de tres á cuatro mil hombres, destinados á guardar las gargantas de los Pirineos; la division del general Reille, que constaba de seis á siete mil; y la del general Duhesme en Cataluña, que se componia de diez á once mil, completábase el total de cien mil hombres, á cuyo número ascendian, como ya hemos dicho, las fuerzas existentes aun en España.

Napoleon se desvivía por mandar al estado mayor de José multiplicadas instrucciones, las cuales eran mal comprendidas y peor ejecutadas. Primeramente habia convertido en regimientos definitivos los regimientos provisionales, bajo los números del 413 al 420 inclusive. Ademas habia dado orden para que se renniesen á estos regimientos, que ya eran de línea, todos los destacamentos expedicionarios, con el fin de que hubiese conjunto en todos los cuerpos; habiala dado igualmente para concentrar la guardia imperial, parte de la cual estaba con el general Bessieres y parte con el rey José, y mandado asimismo que se formase con los regimientos aguerridos de la brigada Godinot

una buena reserva, asaz necesaria para los casos imprevistos. En cuanto á la distribucion de las fuerzas, habia ordenado las disposiciones siguientes: considerando á Aragon y Navarra como un teatro separado de operaciones, el cual tenia asegurada su linea de retirada sobre Pamplona, habia dispuesto que se destinase á aquellas provincias una masa distinta de la fuerza de quince á diez y ocho mil hombres, cuya mision seria cubrir la izquierda del ejército, custodiar á Tudela, que es donde se halla la embocadura del canal de Aragon, y reunir en esta ciudad un gran tren de artilleria con el objeto de volver á empezar ulteriormente el sitio de Zaragoza. Colocando en seguida, en Castilla la Vieja, esto es, en Burgos, el centro de las operaciones principales, habia ordenado que se destinase á esta provincia otra masa de cuarenta á cincuenta mil hombres, dispuestos para lanzarse sobre cualquier cuerpo de insurgentes que osára presentarse, ora por la izquierda, ora por la derecha, y derrotarlos: cosa tanto mas fácil, cuanto que hasta entonces no habia ejército alguno en España que pudiese hacer frente á treinta ó cuarenta mil franceses reunidos. Habia prescrito, en fin, que aguardasen en esta actitud imponente la llegada de los refuerzos, y su presencia misma, lo cual esperaba conseguir sin dilatarlo mucho tiempo.

Todo esto, tan profunda como claramente indicado en las instrucciones de Napoleon, no habia sido comprendido por nadie en Vitoria, donde se pasaba el tiempo en torno del rey José, asustándose con los movimientos mas insignificantes del enemigo, y figurándose que iban reuniéndose por todas partes los insurgentes á centenares de

miles. Asi, pues, al general Blake, que habia vuelto á aparecer en Castilla despues de la retirada del mariscal Bessieres con unos veinte mil hombres, atribuíanle de cuarenta á cincuenta mil. Al general Castaños, que, despues de la capitulacion de Bailen, venfase avanzando lentamente hacia Madrid con unos quince mil soldados, suponíasele en marcha sobre el Ebro con treinta mil insurgentes. Y finalmente, á los aragoneses y valencianos, que contarian á lo sumo con diez y ocho ó veinte mil se les daban lo menos cuarenta. La corte de Vitoria, por tanto, creia hallarse ya á presencia de ciento treinta ó ciento cuarenta mil hombres, asaz hábiles y temibles para obligar á los ejércitos franceses á capitular como en Bailen: y cuando estas exageraciones quedaban reducidas á su verdadero valor en virtud de informes mas exactos, escusábanse con la dificultad de tener partes fidedignos en España.—La verdad en la guerra, les respondia Napoleon, ha sido muy difícil de conocer en todos tiempos, y en todos lugares; pero en todos tiempos ha sido tambien y es muy posible el recoger buenos datos, en tomándose la pena de adquirirlos. Teneis una numerosa caballeria, y al bizarro Lasalle á su cabeza; lanzad, pues, vuestros dragones á diez ó quince leguas á la redonda, apoderaos de los alcaldes, de los curas, de las personas notables de los pueblos, y de los maestros de postas; retenedlos á vuestro lado hasta que hablen, y sabreis la verdad. Pero no pretendais llegar á conocerla nunca, si os obstinais en dormiros en vuestras lineas.

Estas grandes lecciones eran perdidas, y los aduladores del rey José continuaban poblando el

espacio de enemigos imaginarios. En los últimos días del mes de agosto con especialidad, en que los aragoneses, los valencianos y los catalanes se presentaron á las órdenes del conde de Montijo en las cercanías de Tudela, el mariscal Moncey, que se intimidaba por poco despues de su campaña de Valencia, creyó que venían sobre él todos los insurgentes de España, y se apresuró á tomar una posición defensiva pidiendo á toda prisa socorros. El general Lefebvre-Desnoettes, que había reemplazado al general Verdier á causa de la herida que éste recibiera en el sitio de Zaragoza, se puso inmediatamente en marcha, y atravesando el Ebro por Alfaro con sus lanceros polacos, obligó á huir en el mayor desorden á cuantos insurgentes se le pusieron por delante, mostrando de este modo lo poco temible que era el ejército de Aragon y de Valencia.

Esta singular aventura, que llenó de confusión á los que habían manifestado tan infundados temores, contribuyó también á reanimar los ánimos y á predisponerlos á que formasen mas acertado juicio acerca del enemigo que tenían que combatir. Recobrando el rey José su valor algun tanto con lo que acababa de ver, y con las cartas severas que recibía de Paris, trató de imitar las grandes maniobras de su hermano, y escogiendo por centro á Miranda, meditaba el dirigirse de un cuerpo de ejército enemigo á otro, para batirlos sucesivamente, como lo había hecho repetidas veces Napoleon. Verdad es, que los españoles se prestaban un poco á combinacion semejante, en atencion á que el general Blake trataba de introducirse en Vizcaya sobre nuestra derecha con los insurgentes de Leon,

Asturias y Galicia, al paso que un fuerte destacamento del general Castaños tenía el designio de llegar al Ebro por nuestro frente, y los aragoneses, los valencianos, y otros, proyectaban el penetrar en Navarra para caer sobre nuestra izquierda. Sus esperanzas consistían en atacar nuestros flancos, envolvernos, cortarnos el camino de Francia, y conseguir por este medio una nueva jornada de Bailen: quimera insensata, puesto que no era fácil renovar contra sesenta mil franceses, asaz decididos y resueltos, á pesar de la timidez de algunos de sus gefes, el triunfo obtenido una vez contra ocho mil bisoños. A este plan ridiculo, imitacion del que casualmente había tenido buen éxito en Bailen, José quería oponer la imitacion no menos ridicula de las grandes maneras de operar de su hermano, lanzandose en masa y alternativamente sobre cada una de las divisiones insurgentes, á fin de ir las destrozando unas despues de otras. La intencion podia ser buena, pero la precision de los movimientos, la oportunidad en la ejecucion, son el todo en la guerra, y la imitacion, no suele obtener en ella mejor éxito que en algun otro arte. Asi, pues, cuando los insurgentes de Blake amenazaban sobre Bilbao, y los de Aragon sobre Tudela, el rey José enviaba sus tropas á toda prisa en persecucion de ellos, salía él mismo á veces mandándolas, llegaba cuando no era ya tiempo, ó se detenía sin llevar á cabo su empresa, volvía á conducir sus tropas á Vitoria, y escribía entonces al emperador que había seguido sus consejos, y que esperaba bien pronto, así que fuese adquiriendo alguna esperiencia, hacerse digno de él: ¡triste espectáculo dado frecuentemente al mundo por her-

manos, que siendo unas medianías, se empeñan en copiar á otros hermanos de un genio superior, y solo logran igualarlos en sus defectos ó en sus vicios.

Napoleon no podia menos de soureirse de estas miserias de la vanidad fraternal, pero tardaba muy poco en reemplazar en él la irritacion á la risa, al reflexionar en el tiempo y en las fuerzas que se malgastaban tan inútilmente. Bajo este supuesto resolvió enviar á aquellos, que le imitaban tan mal, uno de sus lugartenientes mas vigorosos, al mariscal Ney, para que les enseñase á ser enérgicos: acto continuo les ordenó que se limitasen á reorganizar el ejército, á rehacer su material de guerra, y recomponer su artillería, á custodiar bien el Ebro, y á permanecer tranquilos aguardando su llegada.

Tomando en seguida su partido acerca de los destacamentos que debía sacar así de los ejércitos de Italia como de los de Alemania, para someter la España, calculó que no serian necesarios menos de ciento ó ciento veinte mil hombres, para terminar prontamente la insurreccion española y obligar á los ingleses á buscar un refugio en el mar. Para entonces ya habia tenido noticia de la capitulacion de Cintra, y encontrándola honrosa para el ejército, que habia combatido bien, y que habia salido libre, habia escrito á Junot:—Como general, podiais haber hecho mas; como soldado, nada habeis hecho contrario al honor.—Al mismo tiempo dió sus órdenes á Rochefort para que recibiese y reequipase las tropas de Portugal, las cuales hallándose aclimatadas, aguerridas, y armadas de nuevo, podian prestar aun grandes servicios, y

añmentar con unos veinte mil hombres los refuerzos destinados á la Península.

La Italia habia recobrado, hacia ya algunos meses á sus hijos, los cuales se habian hecho unos soldados escelentes, sirviendo en el Norte. Napoleon ordenó por tanto al principe Eugenio, que encaminase unos diez mil al mando del general Pino, hácia el Delfinado y el Rosellon. Con los dos brillantes regimientos franceses, el primero de ligeros, y el segundo de línea, sacados del Piamonte, donde quedaron para reemplazarlos otros dos del ejército de Nápoles, formó la base de una division, la cual fué confiada al general Souham, y completada con algunos batallones pertenecientes á los cuerpos que se hallaban operando en Cataluña. La fuerza de esta division, inclusa la artillería y la caballería, llegaba á cerca de siete mil hombres, de manera que las tropas dirigidas desde los Alpes á los Pirineos ascendian á diez y seis ó diez y siete mil soldados, los cuales, unidos al cuerpo de ejército del general Duhesme á la columna Reille y á una columna de napolitanos que habia partido ya para Perpiñan á las órdenes del general Chabot, debian hacer subir el total de las tropas destinadas á Cataluña á unos treinta y seis mil combatientes. Hallándose separada esta provincia del resto de España, y debiendo ser considerada por ende como un teatro de la guerra separado del principal, Napoleon confirió el mando en gefe de las mencionadas tropas á un general incomparable para la guerra metódica, y el cual operaba siempre bien, cuando se hallaba solo, al general Saint-Cyr. No podia, en efecto, hacerse mejor eleccion.

La Alemania y la Polonia eran destinadas á pro-

porcionar los destacamentos mas considerables para la guerra de la Peninsula. Napoleon resolvió sacar de las tropas francesas establecidas en aquellos estados, el primer cuerpo de ejército, transportado ya á la sazón á Berlin bajo el mando del mariscal Victor, y el sexto que despues de haber estado á las órdenes del mariscal Ney, se hallaba entonces acampado en la Silesia á las del mariscal Mortier, reservandose para mas adelante el quinto, que habia pertenecido á los mariscales Lanues y Massena, y el cual se hallaba acampado tambien en Silesia, y al mando del mismo mariscal. Napoleon mandó por el pronto al mariscal Mortier que se dirigiese sobre Bareuth, una de las provincias franconianas que le quedaban, y resolvió dejarlo allí, reservándose el hacerlo marchar sobre el Austria, si esta se decidia por la guerra, ó el encaminarle á España si la corte de Viena renunciaba á sus armamentos. Entre el primero y el sexto de los mencionados cuerpos de ejército, reforzados con los reclutas traídos de los depósitos, componian cuando menos un total de cincuenta mil hombres, incluidas la artilleria y la caballeria incorporadas á cada division. Estas tropas á escepcion de un corto número de bisoños, se hallaban compuestas en su mayor parte de soldados aguerridos, los cuales pertenecian á diferentes cuadros, que no los habia iguales en el mundo. Napoleon trató asimismo de sacar de la Alemania una parte de la reserva general de caballeria, eligiendo á este fin el arma de dragones, los cuales le parecian muy á propósito para España, porque ademas de poder emplearlos en mas de una clase de servicio, y de considerarlos de sobrada consistencia para oponerlos á la infanteria española, eran menos pesados que las otras

armas de caballeria: al propio tiempo que resolvió por el contrario, dejar en las llanuras del Norte sus numerosos y valientes coraceros, inútiles contra las tropas poco consistentes del Mediodía, y necesarios contra las bandas aguerridas de las comarcas septentrionales. En esta atencion prescribió la partida para España de tres divisiones de dragones, reservandose espedir las otras dos que quedaban, para cuando lograrse aclarar el misterio de la política austriaca.

Queriendo ademas que los reyes, aliados ó hermanos suyos, concurriesen á esta guerra, que tendia al establecimiento de su sistema de confederacion de las monarquias, pidió tres mil holandeses al rey de Holanda, siete mil alemanes á los príncipes de la confederacion del Rin, y siete mil polacos al rey de Sajonia, el cual se hallaba empeñado hacia largo tiempo en su servicio, y encaminó finalmente tres mil quinientos hombres de ingenieros y artilleria con un inmenso material.

Mas no eran solas las fuerzas mencionadas las que iban á marchar hacia los Pirineos. Para entonces habia dirigido ya Napoleon segun dejamos dicho, sobre la España, ocho regimientos antiguos, los cuales se hallaban comprendidos en los cien mil hombres que estaban operando sobre el Ebro. Otros cuatro sacados de las márgenes del Elba y de París á saber, el 28.º, el 32.º, el 58.º, y el 75.º de línea, se hallaban en camino, y estaban destinados á componer con el 5.º de dragones una division de siete ú ocho mil hombres, cuyo mando confirió Napoleon al general Sebastiani, el cual habia regresado de Constantinopla. A estos doce regimientos, sacados sucesivamente de la Alemania y

de la Francia, agregó á consecuencia de la noticia de los desastres de José, otros dos, que eran el 36.º y el 35.º de línea, y los cuales iban marchando hacia Bayona con el fin de formar la reserva del hermano del emperador. La guardia, en fin, debía dar otros cuatro mil hombres ademas de los tres mil que se hallaban ya en el cuartel general. Todas estas tropas, sin contar el quinto cuerpo de ejército, cuyo envío no era seguro aun, y sin las tropas de Junot que acababan de llegar á Francia y se estaba reorganizándolas, componian un total de ciento diez á ciento quince mil hombres, dignos del gran ejército de donde procedian. Napoleón proseguia buscando medios para aumentar estas fuerzas, y los encontró en virtud de un hábil reclutamiento sacado de los depósitos, cuyo vacío volvió á llenar por medio de un nuevo alistamiento.

Restaba, empero, saber de que manera se reemplazarian en Italia y especialmente en el grande ejército las tropas que de uno y otro se habian estraido. Con los regimientos que habian sido llamados sucesivamente de Polonia y de Alemania, con la partida de los cuerpos de ejército primero y sexto y de las divisiones de dragones, con el licenciamiento, en fin, de los auxiliares, el grande ejército habia quedado estraordinariamente reducido. Quedaba en la Pomerania sueca y la Prusia el cuarto cuerpo de ejército del mariscal Soult, cuya fuerza consistia en treinta y cuatro mil infantes, tres mil caballos de ligeros, ocho ó nueve mil de caballería de línea, y unos cuatro mil hombres entre la artillería y los ingenieros, ó sea un total de cincuenta mil con corta diferencia. El mariscal Bernardotte,

príncipe de Ponte-Corbo, se hallaba guarneciendo las ciudades anseáticas y el litoral del mar del Norte con dos divisiones francesas de la fuerza de doce mil combatientes entre ambas, (la division Boudet, y la de Geney) catorce mil españoles, y siete mil holandeses, total treinta y tres mil hombres. El mariscal Davout, que con el tercer cuerpo de ejército, el mas brillante y el mejor organizado de todas las tropas francesas, ocupaba el ducado de Posen desde el Vistula al Oder, contaba treinta y ocho mil infantes, y nueve mil caballos entre cazadores, dragones, y coraceros. El mariscal Davout ocupaba ademas á Dantzic con la division Oudinot, que constaba de diez mil combatientes de granaderos y cazadores escogidos, y tenia por último mil hombres de artillería é ingenieros, con los cuales completaba un total de sesenta mil franceses, ademas de los treinta mil sajones y polacos que servian tambien bajo su mando. El parque general reunido en Magdebourg y en las principales plazas de la Prusia, contaba con siete ú ocho mil hombres, entre la gente de toda especie que se hallaba á su servicio. Todas estas tropas componian un total de ciento ochenta mil hombres, de los cuales eran franceses ciento treinta mil, y los cincuenta mil restantes polacos, sajones, españoles y holandeses. Agregando á esta masa el quinto cuerpo de ejército, establecido en la Silesia, y el cual ascendia á unos veinte y cuatro mil hombres próximamente, el grande ejército podia ser evaluado en unos doscientos mil hombres, número mas que suficiente, contando ademas con el ejército de Italia para abrumar el Austria, aun cuando el emperador Alejandro no contribuyese mas que con

una fuerza nula ó insignificante. Con todo, estas fuerzas no eran bastantes para contener las antipatías universales del continente, en atención á que, si bien es verdad que solamente el Austria habia manifestado hasta entonces deseos de sacudir el yugo de nuestra dominacion, ya empezaba tambien la Alemania á profesarnos una aversion profunda y mal disimulada, asi en los estados comprendidos en la confederacion del Rhin, como en todos los demas.

Napoleon se empeñó en reparar inmediatamente los ejércitos de Alemania é Italia, hasta que reuniesen un efectivo igual al que tenían antes de que se sacasen de ellos los destacamentos mencionados. Pero si bien podia desgraciadamente hacerlos iguales respecto á la cantidad que antes contaban, no le era posible lograrlo respecto á la calidad, puesto que solo enviaba reclutas en reemplazo de las tropas aguerridas. Esto no obstante, era tan excelente la base de los cuerpos, y tal aun el número de hombres aguerridos, que una adición de nuevos alistados no podia debilitarlos de una manera sensible. Napoleon empezó por aproximar hácia el Rhin las tropas que tenia en Alemania, poniendo asi en práctica su tratado con la Rusia. El primero y sexto de los cuerpos de ejército, que, como ya hemos dicho iban destinados á España, emprendieron en virtud de órdenes suyas la marcha sobre Maguncia, caminando á seis jornadas de distancia uno de otro, para que no se estorbasen en el camino que tenían que recorrer. El cuerpo al mando del mariscal Soult marchó á Berlín en reemplazo del primero que acababa de dejar esta capital. El que tenia á sus órdenes el mariscal Davout

fué á situarse sobre el Oder y la Silésia á fin de cubrir los puestos que habian quedado vacantes á consecuencia de la partida del sexto y del quinto, los cuales se dirigian, como hemos dicho ya, uno sobre Maguncia y el otro sobre Bareuth. El general Oudinot salió de Dantzic con sus batallones escogidos, y se encaminó hácia la Alemania central. Los polacos y los sajones recibieron orden de reemplazar en Dantzic á esta fuerza. De manera que este movimiento, en virtud del cual empezaba á ponerse en ejecución el tratado con la Prusia, hácia el reclutamiento mas fácil, por cuanto con él se abreviaban las distancias.

Napoleon se ocupó en seguida de restablecer el decreto espedido el año anterior, por el cual se prevenia que los regimientos de infantería constasen de cinco batallones, y en su consecuencia resolvió que todos los regimientos del grande ejército tuviesen cuatro batallones en él, dejando el quinto, ó sea el batallon de depósito sobre el Rhin. En cuanto á la España, determinó que todos los regimientos que se hallaban en ella, tuviesen reunidos á sus respectivos cuerpos tres batallones, dejando el cuarto en Bayona en calidad de primer depósito, y el quinto en lo interior de la Francia en calidad de segundo. Los ejércitos de Italia y de Nápoles debian tener igualmente regimientos de á cinco batallones cada uno, de los cuales estarian cuatro incorporados al cuerpo, y el quinto en el Piamonte ó en los departamentos del Mediodía de la Francia. ®

Para obtener este resultado fué preciso apelar á un nuevo alistamiento. Restaban que recoger de las quintas anteriores de 1807, 1808 y 1809, esta

última decretada en enero del año corriente, cerca de sesenta mil hombres. Napoleon se empeñó en pedir además la quinta de 1810, comenzando de esta manera á anticiparse mas de un año á los alistamientos, cuyos quintos se hallaban ya en disposicion de ser llamados á las armas; pero tuvo al mismo tiempo la precaucion de no disponer inmediatamente mas que de una parte de la gente alistada. Las dos quintas de sesenta mil hombres correspondientes á los años de 1807, á 1809, y la de ochenta mil para 1810, debían formar un total de ciento cuarenta mil soldados, de los cuales estaban destinados cuarenta mil á la infantería del grande ejército, treinta mil á la del ejército de España, veinte y seis mil á la del de Italia, diez mil á las cinco legiones de reserva, y otros diez mil, por último, á la guardia imperial, en junto ciento diez y seis mil hombres para el arma de infantería. Restaban, pues, catorce mil para la caballería, y diez mil para la artillería, ingenieros, y los equipages.

Quizas parezca extraño que Napoleon destinase diez mil hombres para la guardia imperial, máxime cuando esta tropa escogida habia regresado á Francia, se hallaba de descanso en París, y se empleaba generalmente menos que las otras. Pero Napoleon resolvió formar con ella una escuela de guerra por decirlo así, destinándole jóvenes escogidos para que los erigiese en batallones de fusileros. Obligándolos á pasar un año, ora fuese en París ora en Versalles, incorporados á la guardia imperial, estos alistados debían empaparse por precision en el espíritu de ella, en su disciplina, y en su marcial continente, y por lo tanto ordenó el

reclutamiento ordinario de esta guardia, dándole para cada regimiento veinte hombres escogidos entre lo mejor del ejército á fin de mantener su excelente organizacion, y dejar abierta esta carrera de adelanto á los soldados viejos, que no tenían otro medio de elevarse.

Napoleon no llamó á las armas por el pronto mas que ochenta mil hombres, sesenta mil pertenecientes á las quintas ya decretadas, y solos veinte mil de la correspondiente á 1810. Quiso además que se empezase por los alistados de las clases atrasadas, y que se encaminasen hácia Bayona veinte mil, cuya mayor parte correspondian á los departamentos del Mediodia. Ordenó igualmente el envió á la mencionada ciudad de los cuadros compuestos de los cuartos batallones, para que emprendiesen sin demora la instruccion de estos quintos, y para preparar de este modo el reclutamiento futuro de los cuerpos que tenían que entrar en España. Merced á esta prevision, el grande ejército debia tardar muy poco á contar entre sus filas cerca de doscientos mil franceses, sin contar el quinto cuerpo de ejército, ni el de Italia que constaba de cien mil, ni el de España que contaba doscientos cincuenta mil, cien mil de los cuales se hallaban ya establecidos sobre el Ebro, ciento diez mil en marcha, y cuarenta mil ejercitándose en los cuartos batallones.

Mientras que se llevaban á cabo todas estas medidas, Napoleon hizo salir inmediatamente de los depósitos cuantas fuerzas disponibles habia en ellos, á fin de dejar hueco en los cuadros y de enviar el primer contingente de reclutas á todos los cuerpos. Formáronse además tres regimientos de marcha, y

espidiéronse, uno sobre Berlin para el mariscal Soult, (cuarto cuerpo de ejército) otro sobre Magdebourg para el mariscal Davout, (tercer cuerpo) y otro sobre Dresde para el mariscal Mortier, que mandaba el quinto cuerpo. Formáronse asimismo otros dos, de los cuales marchó uno sobre Maguncia, y otro sobre Orleans, destinados á reforzar el primero y sexto, de manera que entre estos cinco regimientos componian un refuerzo inmediato de unos doce mil hombres, perfectamente instruidos, para los diversos cuerpos de ejército que debian permanecer en Alemania ó pasar á España.

Con el objeto de facilitar la formacion á cuatro batallones de guerra de los regimientos que quedaban en Alemania, Napoleon prescribió al mismo tiempo, que aquellos que tenian compañías de granaderos ó cazadores en la division Oudinot, las llamasen inmediatamente á sus respectivas filas: y para llenar en esta division el hueco que quedaba, mandó que se le diesen las compañías de granaderos y cazadores de los regimientos estacionados en Francia, que no le hubiesen remitido hasta entonces ninguna. Aquel era un movimiento extraordinario de tropas, que iban y venian en todas direcciones, de soldados hisoños y aguerridos, que se dirigian unos hácia el Norte, otros hácia el Mediodia, desde el Vistula al Ebro, sucediéndose todos con tan poca confusion, que causaba asombro, atendiendo lo vasto de las distancias, y lo considerable del número de aquellas masas de hombres.

Cuidando constantemente de los placeres del soldado, y sabiendo por experiencia que, si bien suele mostrar éste poco aprecio de su vida cuando se tiene el arte de aguerirlo, le gusta gozar de

ella en cambio cuando se la dejan, Napoleon ordenó que se hiciesen brillantes funciones para festejar á las tropas que iban á atravesar la Francia desde el Rhin á los Pirineos. Mandó ademas á las municipalidades de Maguncia, Metz, Nancy, Reims, Orleans, Burdeos, y Perigueux, que les ofreciesen regocijos puramente militares, cuyo coste les prometió secretamente que corria de cuenta suya, consagrando á este objeto mas de un millon de francos, tomados del tesoro de guerra, y teniendo el cuidado de ceder á las municipalidades todo el mérito de esta hospitalidad. Cantábanse canciones guerreras, compuestas de su orden, en los banquetes, en los cuales no se hablaba mas que de las hazañas heroicas de nuestro ejército y de la grandeza de la Francia, única parte que se dejaba á la politica en estas solemnidades. En ellas encontrábanse los soldados viejos, que habian partido del Niemen para dirigirse sobre el Tajo, con mozos de diez y ocho á diez y nueve años, que abandonando las márgenes del Sena ó del Loire por las del Elba ó del Oder y habiendo olvidado ya la pena que sintieran al dejar sus lares, se deseaban unos á otros, al despedirse, buena fortuna en la azarosa carrera de combates y de gloria que iban á emprender. Los que iban destinados al Mediodia, eran en lo general los que se mostraban mas gozosos, por la sencilla razon de que debian encontrar allí buenos vinos: hasta este punto llegaba el olvido de sí mismos en aquellos hombres que marchaban hácia una destruccion casi cierta, y por ellos ya prevista.

A estos envios considerables de hombres, Napoleon añadió el de remesas inmensas de material sobre los Pirineos, mediante á que no tenia ya por-

que mandarlo sobre el Rhin, adonde, desde que empezara la guerra en esta frontera, se habia acumulado un tren y efectos tan considerables, que no cabiendo ya dentro de Magdebourg, plaza que pudiera llamarse francesa en el hecho de pertenecer á la Westfalia, hubo precision de repartirlos entre Erfurt, Maguncia, y Strasburgo. Pero en Perpiñan, Tolosa, y Bayona, donde habia que crearlo casi todo en atencion á ser moderna la guerra con el Mediodia y á las grandes proporciones que iba tomando, eran imprescindibles aquellos enyos. En su consecuencia, Napoleon ordenó que se reuniese en la última de aquellas tres ciudades un inmenso repuesto de paños, telas, cueros, fusiles, cañones, tiendas, marmitas, granos, forrages, y acémilas, deseando, que ademas de los tres pares de zapatos que debia llevar en su mochila cada soldado, encontrase en los Pirineos otros dos, los cuales se le daban casi siempre por via de gratificacion. Ordenó asimismo que se hiciese un acopio extraordinario de zapatos, capotes, y galletas, persistiendo en su máxima de que el soldado tiene lo indispensable cuando se halla provisto de calzado, capote y galleta, y que contando con esto puede hacerse de él cuanto se quiere. Prescribió ademas la compra de un gran número de bueyes para proveer de carne al ejército, y de acémilas para los trasportes, llevando por último su prevision hasta destinar crecidas subvenciones para la conservacion de los caminos, los cuales padecian notablemente con el enorme trayecto de artilleria, carros, bagages, y tropas. Todas estas órdenes debian ejecutarse en la segunda quincena del mes de octubre, mediante á que la primera estaba destinada para la entrevista

de Erfurt. Napoleon contaba con pasar el Ebro así que esta terminase, marchando sobre Madrid á la cabeza de formidables ejércitos á fin de restablecer á su hermano sobre el trono de Felipe V.

Para atender á tan inmensos gastos, eran indispensables tambien inmensos recursos. La victoria y la buena administracion los habian proporcionado anticipadamente; mas no por esto era menos cierto que una gran parte de los tesoros reunidos con tanta prevision, iba á ser prontamente disipada. De modo, que Napoleon experimentaba por sus faltas cometidas en España, dos consecuencias á cual mas sensibles, la dispersion de sus soldados aguerridos desde el Norte al Mediodia, y la disipacion de las riquezas que con tan hábil economia habia sabido reunir. El presupuesto, limitado por él tan cuidadosamente á la cifra de 720.000,000 de francos, (en los cuales no estaban incluidos los gastos de recaudacion, que ascendian á 120.000,000, ni los gastos departamentales que importaban 30) habia traspasado ya estos limites y ascendia á 800 ó mas, sin contar lo que continuaria dando el extranjero, puesto que el sostenimiento del grande ejército gravitaba en parte sobre las contribuciones de la Prusia. Los ingresos, que en lo interior de este reino tan pacífico iban creciendo sin cesar, acababan de disminuir notablemente en uno de sus productos mas esenciales; en el producto de aduanas, el cual se creyó que subiria á unos 80.000,000 y era dudoso ya que se percibiesen 50. Esta considerable baja fué el primer efecto de los decretos temibles de Milan, prohibiendo por medios los mas nuevos, al par que rigurosos, la entrada de géneros coloniales de

procedencia inglesa. Así, pues, los ingresos iban en disminución, al paso que se aumentaban los gastos. Verdad es que el tesoro del ejército tenía lo suficiente para atender á todo.

El último arreglo con la Rusia prometía recursos considerables. Habíanse gastado en abastecimientos hechos por los pueblos al rededor de 90.000.000, y en dinero procedente de contribuciones unos 206, entre cuyas cantidades componían la suma de cerca de 300.000.000, sacados todos de la Alemania para la manutención de los ejércitos franceses. Quedaban, pues, en la caja de contribuciones, es decir, en el tesoro del ejército, unos 160.000.000 de francos en valores recibidos ó que debían recaudarse próximamente, y otros 140 que debía la Prusia: total 300.000.000 próximamente. Pero estos 300.000.000 no se hallaban completamente disponibles, porque además de los 140.000.000 en letras de cambio, ó títulos sobre hipotecas, con los cuales no había que contar hasta que llegase la época del vencimiento, habíanse ya gastado de los 160 que se consideraban como contantes, 24.000.000 por sueldos atrasados, y 74 que se habían dado á la caja de servicio sobre los 84 que se le debían por el empréstito destinado á que cesase el descuento de los receptores generales. Restaban, por tanto disponibles unos 62.000.000 de francos, y como cosa de otros 20 procedentes de la contribucion del Austria, de los cuales, sin embargo, habían absorbido una gran parte los pagos de suministros hechos á las poblaciones, y la distraccion de fondos para el ejército de España. De manera que los recursos disponibles eran muy limitados, puesto que

los 440.000.000 estipulados por la Prusia, y entregados en letras de cambio y títulos de hipotecas, no debían de ingresar en caja, sino sucesivamente, y en el discurso de año y medio. Verdad es, que en cambio los ingresos del tesoro se realizaban con una extraordinaria facilidad, la caja de servicio rebosaba en dinero, y merced al gran crédito de que gozaba el grande ejército, había cobrado todo su haber correspondiente al año de 1808, á consecuencia del tratado concluido con la Prusia, por lo que si bien empezaba á verse ya el término de los recursos, hasta entonces ningún apuro se había notado. A causa de la guerra con la España, Napoleon había dado un golpe terrible así á la hacienda como á sus ejércitos, mediante á que una y otros debían debilitarse en el hecho de dividirse.

De aquella fatal guerra resultaba además un nuevo cargo, que Napoleon se empeñó en echarse sobre sí, por razones políticas muy controvertibles y muy controvertidas con su ministro de Hacienda Mr. Mollien. A pesar del esquisito cuidado que aquel ponía en ocultar al público los acontecimientos de España, llevando su reserva hasta el punto de callar las victorias de nuestro ejército, para poder callar también los descalabros, sabíanse, no obstante, gran parte de ellos, ora por los periódicos ingleses, de los cuales entraban constantemente algunos en Francia sin que bastara á impedirlo la mas vigilante policía, ora por cartas particulares que escribían los oficiales á sus familias, redactándolas, como es costumbre, bajo las impresiones exageradas del momento. Por cualquiera de estos dos modos, ó por los dos á un tiempo,

llegaban al fin á saberse los hechos principales, y en aquella época se esparcieron en efecto las noticias de que uno de nuestros cuerpos de ejército habia sido muy desgraciado en Andalucía; de que una escuadra habia capitulado en Cádiz, y de que el rey José, por último, despues de haber entrado en Madrid, habia tenido que retirarse á Vitoria. Asi, pues, como los resultados generales importan mucho mas que los pormenores; como en resumidas cuentas habia llegado á hacerse público que la empresa intentada contra la corona de España, lejos de ser, como se habia creído en un principio, una seacilla toma de posesion, se convertia en una lucha encarnizada contra una nacion entera, secundada por los ingleses, y como la division de las fuerzas de la Francia debia ser una consecuencia inevitable de esta nueva guerra, empezábase á vislumbrar de una manera confusa, que el imperio no era ya tan fuerte; que sus enemigos abatidos y postrados entonces, podrian levantar la cabeza; y que todo aquello, en fin, que se creia ya resuelto, podria aun ser problemático. Los intereses, aunque ciegos con frecuencia, suelen tener de vez en cuando una perspicacia instructiva que á la larga ios hace previsores. Por esta razon, si bien es cierto que el movimiento mercantil de los fondos públicos no revela por lo general mas que los temores pueriles, ó las pueriles esperanzas del dia, indica, sin embargo, con el tiempo, la opinion cuerda y fundada, que los intereses, ilustrados por la reflexion, se forman acerca del estado de las cosas; de consiguiente, á pesar de los esfuerzos de Napoleón por disimular la verdadera situacion de los asuntos de España, la despierta sagacidad de los

negociantes desmentia el lenguaje oficial del gobierno, y los fondos públicos bajaban de una manera notable. Despues de lo de Tilsit habiáseles visto subir á un precio hasta entonces desconocido, el de 94 en la renta del 5 por 100, y mantenerse en él con cortas ó insignificantes alteraciones, hasta el momento en que, conduciendo la bárbara expedicion de Copenhague á la culpable invasion de la Península, las esperanzas de la paz se habian desvanecido; en esta época los fondos habian bajado desde 94 á 80, y aun á 70 despues de la insurreccion española. Tal era el juicio que los intereses, alarmados á consecuencia de los acontecimientos formaban acerca de la política del emperador, poniéndole en relieve verdades muy duras, que ni todo su poder, tan temible y tan respetado, era bastante para evitar. Como sucede siempre, al movimiento natural de los valores se agregó el movimiento ficticio producido por la especulacion, y el tipo de los fondos públicos tendia á bajar mucho mas aun de lo que era de esperar de una prevision razonable. En efecto, si Napoleón habia cometido una gran falta, érale muy posible el repararla todavía, y aun conseguir el llegar á salvo con tal de que no cometiese otras mas graves.

Pero Napoleón no era hombre capaz de retroceder ante aquella nueva especie de enemigos, y lejos de hacerlo asi, resolvió por el contrario luchar contra ellos.—Voy á emprender una campaña, dijo á Mr. Mollien, contra los que juegan á la baja: porque es de advertir, que la triste jerga del agiotage, era ya tan conocida en aquel tiempo como en la actualidad. Basta, en efecto, el que sobrevenga una revolucion para que se vulgaricen

esta clase de negocios, puesto que el agiotage no tiene nunca campo mas vasto que el que le ofrecen las revoluciones. A pesar de los esfuerzos que para quitárselo de la cabeza hizo Mr. Mollien, á cuyo espíritu, habituado á los proceder regulares, repugnaban los espeditos, Napoleon se empeñó en ordenar que se verificasen compras extraordinarias de papel, á fin de elevar el precio de los fondos públicos. Para este objeto no vaciló en recurrir al tesoro de guerra, cuya caja creia inagotable, asi como ereia tambien invariable en sus favores á la victoria, que las habia llenado. En su consecuencia, prescribió que se hiciesen compras considerables por cuenta del tesoro del ejército, independientemente de las que verificaria ademas la caja de amortizacion, poco regularizada aun en aquella época, creyendo reportar de este modo grandes ventajas asi al ejército como á los acreedores mismos del estado. Al ejército, porque colocaba sus fondos de manera que le produjesen un 6 ó un 7 por 100: á los tenedores del papel, porque asi mantenía el valor de sus garantías á un tipo suficientemente alto. Por lo demas, y teniendo en cuenta la época en que esto sucedia, la conducta de Napoleon no debe parecer tan reprehensible, puesto que entonces no se habia llegado aun á descubrir que las compras por parte del estado deben ser constantes y cotidianas como cualquier otra de sus funciones regulares, y no accidentales como una especulacion.

No teniendo á la mano los fondos del ejército, Napoleon ordenó que la caja de servicio hiciese algunos anticipos, y en virtud de esta orden facilitó aquella hasta 30.000.000 de francos para

la compra de papel. Y no se limitó á esto solamente. Habiendo en el banco, á consecuencia de la emision de sus nuevas acciones, capitales ociosos, para los cuales no encontraba colocacion, mediante á que el descuento no se desarrollaba en proporcion del capital que Napoleon habia querido constituirle; y como la colocacion de estos fondos en papel del estado presentaba mas ventajas que el descuento mismo, puesto que ganaban cerca de un 7 por 100, el emperador exigió que el banco comprase rentas por valor de una crecida suma, á lo cual se prestó éste con una docilidad tanto mas concebible, cuanto que, ademas de no ser esta operacion contraria á sus intereses ni á los del estado, ninguna colocacion podia dar en aquel momento á sus capitales mas ventajosa que la que se le prescribia. En virtud de estas compras, que fueron combinadas y ejecutadas tan resuelta como tenazmente por espacio de uno ó dos meses, los jugadores á la baja quedaron vencidos, arruinados gran parte de ellos, y los fondos públicos volvieron á ponerse á 80, que era el tipo en el cual fijaba Napoleon el crédito de su gobierno. La alza era á sus ojos preludio de la prosperidad exuberante que sus victorias debian acarrear bien pronto al imperio: la baja era una señal de decadencia, que no le era dado sufrir. Bajo este supuesto decidió, que en el momento en que el tipo de los fondos bajase de 80, volviese el tesoro á continuar sus compras; de modo, que cuantas tentativas hicieron los jugadores á la baja, los cuales son la peor especie de jugadores, puesto que especulan con el empobrecimiento de la fortuna pública, se estrellaron contra el poder de aquel extraño especulador, que

disponia de los recursos reunidos del tesoro y de la victoria. Napoleon se mostró tan gozoso por este éxito, como hubiera podido estarlo de una batalla ganada contra los austriacos.—Ya tenemos vencidos á los jugadores á la *baja*, dijo á Mr. Mollien: es de presumir que tarden algun tiempo á hacer otra tentativa, y entretanto ya hemos logrado nosotros conservar á los acreedores del estado el capital á que tienen derecho, puesto que deseo que puedan contar con el tipo de 80, al mismo tiempo que hemos procurado una colocacion muy ventajosa á los fondos del ejército.—Después de lo cual, mandó distribuir secretamente algun dinero entre algunos de los que habian sido derrotados en esta guerra financiera. Con todo, la lucha abierta que los especuladores emprendian contra la política de Napoleon, cuando la opinion inquieta únicamente, podia alenerse aun á sordos é inciertos rumores, era un sistema bien extraño, y que merecia haber sido observado con detenimiento. ¡Por qué no escucharía esta leccion aun cuando era de tan poco elevado origen! La verdad siempre es buena y saludable, venga de donde venga.

Todos estos diferentes cuidados, habian absorbido el mes de agosto y casi todo el de setiembre. Aproximábase, pues, la entrevista de Erfurt. En este intervalo las manifestaciones de la diplomacia imperial habian logrado el objeto á que tendian. El Austria, intimidada con el regreso de Napoleon á Paris, habia cedido algun tanto, y las declaraciones que éste le hiciera, confirmadas por el llamamiento de los contingentes de tropas alemanas, la habian inspirado motivo para profundas reflexiones, tanto mas motivadas, cuanto todo con-

tribuia á que se creyese abocada á una próxima guerra. Por otra parte, érale muy conveniente á la mencionada potencia aplazar sus resoluciones, porque en el caso de decidirse á empuñar de nuevas armas, valia mas hacerlo cuando hubiesen pasado cien mil franceses desde Alemania á la Península, y cuando hubiesen adquirido mayor grado de perfeccion sus preparativos. En esta atencion, ninguna dificultad tuvo el Austria en dar las esplicaciones necesarias para calmar la irritacion de Napoleon, ni en alejar el instante del rompimiento. A este fin, imputó sus armamentos á una presunta reorganizacion del ejército austriaco, comenzada, segun ella decia, por el archiduque Carlos, mas de dos años antes de esta época, y continuada por él mismo con la mayor perseverancia, lo cual nadie tenia derecho para considerarlo ni como sorprendente ni como hostil bajo ningun concepto. En cuanto á la indulgencia que la Inglaterra habia manifestado con su pabellon en el Adriático, el Austria la esplicó de manera que pudiese atribuirse, no á connivencia secreta, sino á un resto de consideracion, que se concebía muy bien, respecto de una antigua aliada. Y por último, bajo el pretesto de no haber podido fijar aun la atencion del emperador francés sobre asunto tan grave, eludió las pretensiones de la diplomacia francesa sobre el reconocimiento del rey José, remitiéndolo de un dia á otro.

Napoleon comprendió perfectamente el sentido y la sinceridad que encerraban las respuestas del Austria; desentendiöse, empero, de ellas por entonces, mediante á que llegó á persuadirse que no se manifestaría hostil en lo que quedaba de año,

tiempo que consideraba él mas que suficiente para hacer una campaña pronta y vigorosa al otro lado de los Pirineos. Además, estábale reservado adquirir una seguridad completa en Erfurt. La Prusia se habia apresurado á ratificar el tratado de evacuacion, incluso los artículos secretos que limitaban tan estrechamente su estado militar; pero pedia al propio tiempo como un favor insigne el que se le concediesen plazos mas largos para el pago de los 140.000.000 que restaban por saldar, y esperaba obtener esta gracia por la intervencion personal y directa del emperador Alejandro en Erfurt: porque es de advertir, que todo el mundo esperaba ó temia alguna cosa de aquella famosa entrevista, anunciada en la Europa entera, y tema principal de todas las conversaciones. Negabanla unos, y afirmábanla otros, consultando cada cual sus deseos, al paso que algunos añadian á este propósito, que asistirian tambien á ella otros soberanos, tales como el rey de Prusia, ó el emperador de Austria, los cuales no habian sido invitados por la razon sencilla de que los soberanos de Rusia y Francia no habian llamado, ó accedido á los deseos que se les manifestaron de asistir á la entrevista, mas que á aquellos principes de quienes esperaban recibir homenajes que aumentasen su esplendor.

Lo único que habia de verdad, sin embargo, en los contradictorios discursos de los curiosos y de las gentes desocupadas, era que la entrevista debia verificarse sin duda alguna el 27 de setiembre en Erfurt, ciudad que dista algunas leguas de Weimar. El emperador Alejandro, que tantos deseos habia manifestado porque se verificase, no

podia rehusarla cuando se la ofrecian. Sus asuntos, además, no solo le permitian asistir á ella, sino que hasta se lo imponian en cierto modo, puesto que las cosas empezaban á tomar un aspecto mas lisonjero en Finlandia; habian abandonado el Báltico los ingleses, y los acontecimientos del Oriente se iban precipitando con una rapidez asombrosa. El emperador de Rusia, por lo tanto, habia aceptado con suma complacencia la ocasion que se le deparaba de volver á avistarse con Napoleón, y de lograr por fin, la realizacion de todos ó de gran parte de sus deseos. Mr. de Romanzoff, cuya impaciencia por el logro de ellos era aun, si cabe, mayor que la de Alejandro, aprobó de todas veras la entrevista, y era una de las personas que debian acompañarle á Erfurt. Además de Mr. de Romanzoff, el emperador de Rusia habia resuelto llevar consigo á su hermano el gran duque Constantino, á título de militar; al intendente de su casa, Mr. de Tolstoy, hermano del embajador de Rusia en Paris, y algunos edecanes. Con el objeto de facilitarse relaciones con la corte imperial de Francia, quiso tambien que le siguiese Mr. de Caulaincourt, con el cual estaba acostumbrado á verse todos los dias y á conferenciar y hablar con él con la mayor confianza. Lo único que Alejandro exigió antes de ponerse en marcha, fué que se le proporcionase un medio de poder decir, al pasar por Königsberg, algunas palabras de consuelo á los soberanos arruinados y profundamente desgraciados de la Prusia, á quienes si bien satisfacía en gran manera el tratado de evacuacion, relativamente á lo desahogado que iba á quedar su territorio, los llenaba de desconsuelo en lo referente

á las exigencias pecuniarias. Alejandro tenía la debilidad, hija, no obstante, de un buen sentimiento, de querer decir á todos cuantos veía, cosas que les fuesen agradables. Este sentimiento era mucho mas vivo respecto al rey y la reina de Prusia, cuyo infortunio era para él una continua reconvenccion, y bajo este supuesto, insistió en que se le autorizase, para hacer, á su paso por Königsberg, algunas nuevas promesas de rebaja, á las cuales accedió al fin, aunque con una timidez y una parsimonia extraordinarias, Mr. de Caulaincourt, que carecia de instrucciones sobre este punto. Obtenido esto, el emperador Alejandro dió las disposiciones convenientes para hallarse el 27 de setiembre en Erfurt, deteniéndose un solo día en la desgraciada corte de Prusia.

El partido hostil á la política de la alianza, se mostraba en San Petersburgo muy gozoso por las dificultades con que tropezaba la Francia en la Península, y aduciendo como argumento contra aquella las que la Rusia experimentaba en Finlandia, al paso que deplorando con afectacion las pérdidas del comercio ruso, se quejaba y murmuraba amargamente contra la entrevista de Erfurt. Despues de las indignidades de Bayona, decia el mencionado partido, es una conducta poco decorosa el ir tan lejos á visitar al autor, y á abocarse con él para ratificar, sin duda alguna, cuanto ha hecho, y cuanto se prometa hacer en lo sucesivo. El embajador de Austria con especialidad, habiase permitido á este propósito una libertad de lenguaje tan escesiva, que fué preciso obligarle á que la reprimiese. La camarilla de la emperatriz madre, si bien no se habia contenido mas que á medias,

manifestaba, sin embargo, algun respeto á la voluntad esplicita de Alejandro. Con todo, en los últimos momentos, y alarmada la madre del emperador en vista de los peligros que iba á correr su hijo, á los cuales aparentaba dar crédito, dirigió las reconvencciones mas violentas á Mr. de Romanzoff, diciéndole, que conducia á Alejandro hácia su pérdida, y que tal vez aconteceria en Erfurt al emperador de Rusia, lo que les habia acontecido en Bayona á los desgraciados soberanos de España. La emperatriz madre no se contentó con esto, sino que, no siendo dueña de reprimir sus recelos, se los comunicó al mismo emperador, el cual procuró tranquilizarla mas bien como un hijo reconocido, que como un amo absoluto, amostazado de que se juzgase tan mal de sus determinaciones políticas y de las consecuencias que podian acarrear. Suposiciones tan estrañas probaban dos cosas: la ceguedad de las cortes antiguas, y el pábulo inmenso que habia dado á sus preocupaciones Napoleon con la conducta que observara en Bayona.

Alejandro no hizo aprecio alguno de semejantes temores; por lo que, mandando á Mrs. de Romanzoff y de Caulaincourt que se anticipasen, partió de San Petersburgo con su hermano y algunos edecanes, dirigiéndose á Erfurt en posta con ningun boato y con mucha celeridad. Habiase convenido de antemano entre ambos emperadores, que, mediante á que Napoleon se hallaba en Erfurt, como en su propia casa, quedarian á su cargo las incumbencias materiales de aquella gran representación, y que las de Alejandro quedarian limitadas tan solo á las de trasportar su persona y á las de sus oficiales. El emperador de Rusia, como

ya hemos dicho, se metió en una silla de postas, y caminando con mas celeridad que los mejores correos, llegó el 18 de setiembre á Königsberg, donde se mostró muy sensible á las desgracias de sus antiguos aliados, los cuales se hallaban reducidos casi á la indigencia en uno de los extremos de su reino, y de allí partió inmediatamente para Weimar.

En todos cuantos puntos habia tropas francesas, hacíase al jóven czar una acogida de las mas brillantes. Los cuerpos de ejército se ponian sobre las armas colocándose en la formacion mas vistosa, y gritaban *Viva Alejandro! Viva Napoleon!* Alejandro los revistaba, felicitabales por su aire marcial tan en armonia con el valor que mostraban en los combates, y los soldados franceses no podian menos de mostrarse agradecidos á estas lisonjeras manifestaciones. Napoleon habia mandado al mariscal Lannes, duque á la sazón de Montebello, para que fuese á recibirlo hasta los límites de la confederacion del Rhin, los cuales se estendian á Bromberg. El jóven czar trató tan benévolutamente á aquel viejo soldado, que logró seducirlo y dejarlo encantado de su persona; porque es de advertir, que aun cuando el mariscal Lannes estaba muy aferrado en sus opiniones revolucionarias, no por eso era menos sensible á las demostraciones públicas y merecidas de distincion que descendian sobre él desde lo alto de los tronos.

Alejandro llegó el 25 de setiembre á Weimar, y manifestó deseos de permanecer en esta corte de familia hasta el 27, que era el dia asignado para la reunion de Erfurt.

Napoleon por su parte habia salido de París,

precedido, escoltado y seguido de la gente que tenía mas lucida en su ejército y en su corte. Entre los personages que le precedian, habia mandado á Mr. de Talleyrand, para que diese al language y á las maneras de los otros la direccion que convenia imprimir en los estraños. Aunque el emperador estaba ya algun tanto descontento de Mr. de Talleyrand, á causa de las reflexiones que éste le habia indicado sobre los asuntos de España, principalmente por haber notado que queria separarse de ellos, desde que vió que iban tomando mal giro, continuaba, sin embargo, sirviéndose de él para ciertas comunicaciones delicadas, las cuales no estaban al alcance de Mr. de Champagny. Formaban parte de esta expedicion un gran número de generales y de diplomáticos. La Alemania se hallaba representada por una porcion de príncipes coronados. El rey de Sajonia se habia apresurado tambien á ir á Erfurt, donde se presentó el dia 26. — Aquella reducida ciudad, antiguo dominio de un príncipe eclesiástico, y habitada como Weimar y algunas otras capitales estudiosas de Alemania, á una calma inalterable, hallábase á la sazón convertida en la poblacion mas animada, la mas brillante, y la mas favorecida de soldados, de oficiales, de lujosos trenes, y de criados de librea. Tropezábanse en sus calles y paseos como meros transeuntes, reyes, príncipes y los señores mas poderosos del antiguo y del nuevo régimen. Napoleon habia mandado allí con anticipacion cuanto creyó preciso para ocultar, bajo placeres elegantes y magníficos, lo grave de los negocios. Llegó á Erfurt el 27 de setiembre á las diez de la mañana. Despues de recibir á las autoridades civiles y militares de

las cercanías, que se apresuraron á cumplimentarle por su llegada, á los diplomáticos de la Europa, á los potentados de la confederacion del Rhin, y al rey de Sajonia, salió de la ciudad á cosa del mediodía, á caballo, y seguido de un inmenso estado mayor, para ir al encuentro del emperador Alejandro, que venia de Weimar en una carretela descubierta. Weimar dista cuatro ó cinco leguas de Erfurt. Napoleon encontró á su aliado á las dos leguas. Así que distinguió el carruage en que venia, puso á galope su caballo, para darle una prueba mas de su diligencia. Al reunirse ambos emperadores, echaron pié á tierra, abrazáronse cordialmente, y uno y otro dieron inequivocas señales del placer con que se veian: placer que debía ser sincero, por cuanto además de la necesidad que tenían de conferenciar sobre sus respectivos asuntos, simpatizaban recíprocamente. Habiéndose sacado á prevención de Erfurt, caballos para Alejandro y su comitiva, los dos emperadores regresaron á caballo, y marchaban uno al lado de otro, conversando con una verdadera efusion, preguntándose por sus respectivas familias, como si estas, cuyo origen era el mismo, se hubiesen conocido y amado en otro tiempo, y llenando en fin, de placer con su aspecto, al inmenso gentío que habia acudido de las poblaciones comarcanas, avido de verlos, y el cual se felicitaba al encontrarlos tan en armonia, puesto que esta era para él la garantía mejor de que iban á verse libres de aquellos formidables ejércitos, que un año antes, en la misma estacion, y en aquellos lugares mismos, asolaban sus hermosos campos.

Así que ambos emperadores llegaron á Erfurt,

Napoleon presentó á Alejandro todos los personajes que se hallaban admitidos á esta entrevista, comenzando por los reyes y principes, y en seguida le condujo al palacio que le estaba reservado. La comida debía verificarse diariamente en el que habitaba Napoleon, mediante á ser éste quien ofrecia la hospitalidad al soberano del Norte. Por la noche tomaron asiento en torno de un espléndido festin, Napoleon, Alejandro, el gran-duque Constantino, el rey de Sajonia, el duque de Weimar, el príncipe Guillermo de Prusia, y toda la multitud, en fin, de principes reinantes y de personages militares y civiles, que para ello tenían justos títulos. Iluminóse la ciudad, y todos asistieron á una representacion del *Cinna*, desempeñada por los mejores actores trágicos que la Francia ha poseído jamás. La clemencia hábil del fundador de un imperio, desarmando á los partidos, y sometiendo á su poder, era el espectáculo por el cual queria Napoleon que empezasen las representaciones de la tragedia francesa.

Habiase convenido anticipadamente, que durante estas fiestas, y ora fuese por la mañana, ora por la noche, bien en un gabinete, ó bien en paseo, se tomarian ambos emperadores el tiempo necesario para tratar con toda libertad de los graves intereses, cuyo arreglo motiyaba la entrevista. Napoleon al ir á Erfurt, tenia ya tomado su partido acerca de los objetos esenciales que habian de tratarse en aquella, y por lo tanto traía concertado su plan. Conociendo que era de todo punto imposible el llegar á ponerse de acuerdo con la Rusia sobre lo de Oriente, habia resuelto mostrarse contrario á toda idea de division, despues de algunas discusiones,

á las cuales se prestó por mera complacencia. Si no daba á Constantinopla, no daba nada aunque concediese todo el imperio turco, mediante á que lo mismo para Alejandro, que para Mr. de Romanzoff, la cuestion estribaba únicamente en la posesion de los dos estrechos. Y si daba á Constantinopla, daba cien veces mas de lo conveniente, puesto que allí estribaba el porvenir de la Europa, y hubiera sido regalar una conquista, cuya fama hubiera acallado la de todas las suyas. Esto no obstante, Napoleon habia concebido, que pagando al contado, si nos es lícito espresarnos en estos términos, que sacrificando sobre la marcha una parte del territorio turco que la Rusia ambicionaba con pasion, le causaria con ello un placer bastante para dejarla satisfecha y atraerla completamente á su devocion en las ocurrencias actuales. Lo cual era suficiente para los desígnios de Napoleon.

Su plan de seduccion, por lo tanto, acerca de la Rusia consistia en sustituir á un sueño magnífico, pero peligroso para la Europa, una realidad restringida, pero inmediata. Todo cuanto el emperador Alejandro y Mr. de Romanzoff habian dicho en el discurso de los dos meses anteriores, probaba, que á pesar de la exaltacion de sus esperanzas, se separarian sin gran trabajo de las pretensiones de division del imperio turco, vista la dificultad que habia en que se pusiesen de acuerdo, con tal de que les abandonase pronta y definitivamente una parte de territorio que les acomodara, como era la que se les cedia sobre el Danubio. Ciertamente que esta concesion hecha á la ambicion de la Rusia no dejaba de ser grave; pero era la menos peligrosa de cuantas se podian hacer, perjudicial espe-

cialmente para el Austria, de la cual no habia tampoco que temer nada de esta manera, é inevitable sobre todo, á consecuencia de las dificultades que se habian creado en España. En la posicion en que nos habian colocado los últimos acontecimientos, hacíase indispensable este sacrificio, que, reducido á ciertas proporciones, no solo no sobrepujaba las ventajas que la Francia reportaria por su parte, sino que ni aun las igualaba siquiera.

En cambio de la concesion mencionada, Napoleon queria exigir de la Rusia una alianza íntima, así para la paz como para la guerra, y un concurso absoluto de esfuerzos contra la Inglaterra y contra el Austria. Concurso que por otra parte se hacia inevitable, puesto que al conceder Napoleon la Valaquia y la Moldavia á la Rusia, se decidia á un don que tenia que indisponer necesariamente al emperador Alejandro con el Austria y con la Inglaterra. De aquí resultaba que uno y otro tenian que coligarse para hacer frente á estas dos potencias, á lo cual debia seguirse inmediatamente la alianza ofensiva y defensiva.

Al resignarse, pues, Napoleon á la cesion de las provincias del Danubio, tenia un medio casi infalible de conseguir, que las conferencias de Erfurt diesen el resultado que deseaba. Una vez meditado su plan, no debia ya serle difícil el atraer á Alejandro á sus miras, valiéndose de su profundo arte para convencer á los hombres y dominarlos, cuando se empeñaba en ello.

Despues de consagrar los primeros momentos á las protestas de costumbre, ambos soberanos pasaron á hablarse recíprocamente de los graves asuntos que preocupaban su ánimo. Alejandro em-

pezó por sus discursos habituales, referentes á la conveniencia y á la necesidad de que ambos imperios se uniesen con una estrecha alianza. Volvió á protestar de nuevo de que se había estinguido en su corazon toda clase de envidia; pero manifestó al propio tiempo que la Francia acababa de engrandecerse de una manera extraordinaria y que si deseaba alguna recompensa en provecho de la Rusia, lo hacia menos por él que por su nacion, á la cual era preciso hacer tolerables los grandes cambios que se habian verificado en el Occidente. Respecto á los acontecimientos tan estraños de Bayona, y la ocupacion tan inopinada de Roma, apenas profirió una palabra, limitándose únicamente á decir, que los príncipes de España y el pontífice romano no eran mas que unos pobres personajes, cuya incapacidad les hacia dignos de su suerte, y los cuales se habian hecho por su obcecacion incompatibles con el estado en que se hallaban á la sazón los asuntos de la Europa. Esto no obstante, añadía el emperador Alejandro, que era preciso que hubiesen comprendido todos tan bien como él el sistema de Napoleon, para admitir con la facilidad que él las admitía, las catástrofes que acababa de presenciarse el mundo, y que por lo tanto, se hacia indispensable que llamasen tambien la atencion de los rusos los cambios notables que pretendia que se verificasen en Oriente, á fin de que separasen su imaginacion de los de Occidente. En cuanto á los enemigos de la Francia, Alejandro declaró que los consideraba como suyos, mediante á que, merced á la política de Napoleon, se hallaba en guerra con la Gran Bretaña, y á que respecto al Austria, faltábale muy poco para mostrarse abiertamente adver-

sario suyo, puesto que se hallaba dispuesto, para contenerla; á emplear las manifestaciones mas imponentes y mas decisivas, y si estas no bastaban, á pasar de las palabras á las obras, es decir, á la guerra bajo una condicion, sin embargo, á saber, la de dejar á la corte de Viena las contras de la agresion sin tomarlas para sí.

Napoleon respondió á estas protestas de amistad con toda la efusion posible y con una esposicion de miras análogas, manifestándose tambien resuelto á su vez á prestarse á los engrandecimientos razonados de la Rusia: mantúvose, empero, inexorable respecto á la imposibilidad de ponerse de acuerdo sobre ciertos proyectos escudándose con las grandes dificultades en que á la sazón se hallaban empeñados ambos imperios, las cuales les aconsejaban que no seria prudente intentar en semejantes momentos grandes arreglos y divisiones territoriales, porque harto grandes eran ya las que se habian verificado en el mundo, para añadir una tan prodigiosa como lo de repartirse el imperio turco, y sobre todo, la de repartírselo entero. Examinando luego minuciosamente los proyectos que tanto habian agitado el espíritu de Alejandro y el de Mr. de Romanzoff, discutió sucesivamente los diversos planes de division que habian propuesto uno y otro, y para atraer mas fácilmente al emperador Alejandro á sus miras, se mostró tan breve y perentorio como siempre respecto al artículo concerniente á Constantinopla, es decir, sobre la posesion de los estrechos, quitándole toda esperanza de concesion acerca de este punto. En seguida procedió á la enumeracion de las dificultades con que tropezaria la Rusia, si se

empeñase inmediatamente en la ejecución de tan magna empresa, manifestando, que el Austria no accedería á ello, fuesen los que se quisieran los ofrecimientos que se le hiciesen, y que preferiría la lucha mas desesperada á la division del imperio turco. Que la Inglaterra, el Austria, la Turquía sublevada hasta en sus cimientos, la España y una parte de la Alemania, se unirían para combatir por última vez contra semejante repartición del mundo entero. ¿Era, pues, licito á los dos imperios escoger ocasion semejante para emprender obra tan gigantesca? La Rusia encontraba obstáculos en la Finlandia, de la cual se creyó en un principio, como de la España, que sería de fácil sumision. Aquella potencia tenía un ejército sobre el Danubio, suficiente, si se quiere, para hacer frente á los turcos, mas no en el caso de una sublevacion nacional de su parte: quedábanle en una palabra escasas fuerzas para habérselas con el Austria, y por lo tanto sería preciso que Napoleon se las entendiese con el Austria, la Inglaterra, la España, y con los estados de Alemania que intentasen una insurreccion. No era esto decir, sin embargo, que le fuese imposible combatir contra todas estas potencias; afortunadamente se hallaba en disposicion de poder triunfar de todos sus enemigos: ¿mas sería cuerdo emprender á la vez tantas cosas? ¿Y para qué? Para conseguir un objeto quimérico, por lo que tenía de vasto y sobre el cual jamás podrían llegar á entenderse los dos imperios. ¿No habia algun otro medio mas sencillo, mas practicable y tanto mas satisfactorio? ¿No podían convenir, por ejemplo, en algunas adquisiciones, indicadas ya de antemano, cuya admision

no sería de difícil logro por medio de la diplomacia europea, aun valiéndose tan solo de medios pacíficos, y las cuales constituían ya de por sí el mas brillante y el mas inesperado de los resultados para la Rusia? Y si andando el tiempo, obtenía esta la posesion de la Finlandia, la Moldavia, y la Valaquia, ¿no habría llegado á igualar bajo el reinado de Alejandro á los imperios mas brillantes y á los mas fecundos en sus engrandecimientos territoriales? La Francia por su parte ya no ambicionaba mas. La España para José, y el poder temporal para los franceses en Roma, colmaban todos sus deseos. Ya ningun otro cambio de territorio apetecía. Para dar de ello una prueba, iba á distribuir entre los principes de la confederacion del Rhin los territorios alemanes que le quedaban del desmembramiento de la Prusia. Bastábale con sus fronteras naturales, y la España misma, de la cual acababa de apoderarse, no era una adquisicion territorial, puesto que en resumidas cuentas aquella nacion quedaba independiente y separada bajo un principe de la casa de Bonaparte, en lugar de serlo bajo un principe de la casa de Borbon. Asi, pues, todas estas ventajas no era imposible obtenerlas por medio de la diplomacia, y con tal de que los rusos hiciesen en Finlandia un esfuerzo y otro los franceses en España. ¿No era lo mas probable, en efecto, que la Europa, cansada de tantas turbulencias, prefiriese, en presencia de dos imperios estrechamente unidos, declararse mas bien por la paz que por la guerra? Y la paz, despues que la Rusia tuviese segura la posesion de la Finlandia, la Valaquia y la Moldavia, y la Francia el complemento de su sistema federativo por medio de la

sumision de la España al rey José, era seguramente un desenlace bien halagüeño, asaz aceptable y el cual colmaria de júbilo al universo. Mas si la paz con estas condiciones era imposible, ambos imperios podrian despues de haber terminado el uno con la Finlandia, y con la España el otro, empeñarse en el porvenir desconocido é inmenso que se abria para ellos en Oriente, mas desembarazados, mas libres en sus movimientos, y dueños mas absolutos de los recursos de que disponian. Ademas, Alejandro y Napoleon eran jóvenes, tenian por tanto tiempo de esperar y de remitir para mas tarde sus vastos proyectos sobre el Oriente.

Admitida la estraña situacion que colocaba asi á los dos soberanos de Oriente y Occidente en presencia uno de otro para tratar de tales asuntos, nada era mas cuerdo que semejante sistema. Acabar con lo que habian comenzado antes de dedicarse á nuevas empresas, era una prudente medida, dictada á Napoleon por el primer descalabro que acababa de sufrir, y la cual le parecia tanto mas agradable, cuanto que se hallaba ya un poco fatigado de la guerra. ¡Pluguiese al cielo que se hubiera mostrado algo mas sensible á las primeras lecciones de la fortuna!

Fácil es presumir que Napoleon y Alejandro no se dirian todas estas cosas en una sola sesion, sino en muchas. En cuanto al segundo, desde el momento en que se rehusara á Constantinopla, ya no cabia probabilidad alguna de que pudiera agradecerle nada referente á la division del imperio turco. Aplazar esta inmensa cuestion, que encerraba la suerte del antiguo universo, y aplazarla para un tiempo en que la Rusia tuviese que contar menos

con el Occidente, era lo que le restaba que hacer. Por otra parte, substituyendo á los proyectos gigantescos y aun quiméricos en demasia, que abrigaba, una realidad tal como el don de las provincias del Danubio, si este no era una vana promesa, sino un don cierto é inmediato, habia bastante para satisfacer al czar, y él mismo lo conocia asi en sus momentos de reflexion, y aun le parecia lo mas conveniente, atento á que en tal caso nada tenia que dar á la Francia sobre las costas del Oriente, ni la Albania, ni la Morea, ni la Tesalia, ni la Macedonia, ni la Siria, ni el Egipto. El viejo y débil imperio de los sultanes quedaba siempre como una presa preparada para el momento en que pudiese devorarla, y por lo presente recibia un don real, que, en otro tiempo cualquiera que no hubiese sido en aquella época de prodigios, se hubiera juzgado como un magnifico don, que no debia acarrear en pos de sí ningun disgusto, y el cual no tenia que pagarlo con ninguna compensacion sensible, puesto que, bien mirado, que la España perteneciese á la casa de los Borbones ó á la casa de Bonaparte, esto á lo sumo podia importarle á la Inglaterra, mas en manera alguna á la Rusia.

Alejandro podia, pues, prestarse á las nuevas miras de Napoleon, y encontrar en ellas amplias satisfacciones. Mas en este arreglo nada habia de maravilloso, y como para una imaginacion cual la de este soberano, lo maravilloso era muy sensible de perder, el resultado mas positivo iba á carecer para él de encantos, y su amistad con la Francia corria riesgo de convertirse en una de aquellas amistades apasionadas á las cuales solia él tardar muy poco á substituir con la mas indiferente ti-

bieza. Con todo, no dejaba de haber en las nuevas proposiciones alguna cosa, capaz de suplir para con el joven emperador el prestigio de todos los planes de repartición del imperio turco, á saber: la realización instantánea de sus deseos, los cuales tenían la viveza peculiar de todos los apetitos de la juventud, la cual gusta de verlos satisfechos sin dilación alguna. Su anciano ministro, Mr. de Romanzoff, á pesar de hallarse tocando al otro extremo de la vida, participaba de todo el ardor juvenil de los deseos de su amo, y como él, deseaba obtener las cosas al punto, sin que se retardase un día el cumplimiento de sus anhelos, como si temiese que á su edad iba á faltarle el tiempo para gozar de su gloria: tal debía ser en efecto, y una de las más brillantes, para un antiguo discípulo de Catalina, el proporcionar al imperio ruso la adquisición de las embocaduras del Danubio. El atractivo, por tanto, que Napoleón tenía que substituir á lo maravilloso, era el de la prontitud. Preciso era, pues, dar inmediatamente para que el don tuviese su verdadero precio.

Admitido que fué este nuevo sistema de arreglo, Alejandro y Mr. de Romanzoff se lanzaron con una pasión inaudita sobre la idea de adquirir la Moldavia y la Valaquia, y manifestaron deseos de llevarse á todo trance de Erfurt, no una vana promesa, sino una realidad que pudiesen anunciarla públicamente al regresar á San Petersburgo (1).

Hasta entonces Napoleón había tolerado la

(1) Existen en los archivos de la secretaria de Estado cartas muy curiosas de Mr. de Champagny, en las cuales al referir á Napoleón éste sus entrevistas con Mr. de Ro-

ocupación momentánea de las provincias de Moldavia y de Valaquia por los rusos; pero no sin dirigir de vez en cuando algunas reclamaciones sobre este punto, y sin manifestar terminantemente que semejante ocupación sería una consecuencia forzosa de la ocupación prolongada de la Silesia por los franceses. Al presente, sin embargo, ya no se pensaba en una represalia de esta naturaleza. Lo único que se hacía preciso era que la Francia consintiese por medio de un tratado formal en que la Rusia tomase definitivamente las provincias del Danubio, y que se obligase no solo á ratificar esta adquisición, sino á hacer que la ratificasen la Turquía, el Austria y hasta la Inglaterra misma, cuando se estuviese en el caso de entrar con ella en negociaciones. En su consecuencia, la Rusia iba á romper su armisticio con los turcos, á llevar sus ejércitos hasta el pie de los Balkanes, y aun más allá, si se hacía necesario, hasta Andrinópolis y Constantinopla, á fin de arrancar á la Puerta este sacrificio. En el caso de que el Austria quisiese intervenir, la combatirían reunidos: en cuanto á la Inglaterra, como se hallaba con ella en lucha á la sazón, ningún partido nuevo había que tomar.

Napoleón no tenía objeción alguna que hacer á estas ideas. Su pensamiento era dar sin dilación porque había comprendido la necesidad de excitar una pasión nueva en el corazón de Alejandro. Lo único que deseaba era observar alguna prudencia en la enunciación de las resoluciones que se acord-

manzoff, da la más singular idea de la impaciencia del ministro ruso. Mas adelante insertaremos algunos trozos que describen esta impaciencia con toda su verdad.

dasen en Erfurt, para no comprometer el proyecto de paz general, que él se proponía con aquella entrevista, y á este fin aceptó el principio de que la Rusia entraría inmediatamente en posesion de la Valaquia y de la Moldavia. Los términos en que el tratado habia de publicarse, eran simplemente un trabajo de redaccion, cuya incumbencia quedaba para los ministros de los dos soberanos.

Satisfechos de esta manera sus deseos, Alejandro y Mr. de Romanzoff experimentaron un gozo que casi igualaba al placer con que habian soñado tres meses antes en la conquista de Constantinopla. Napoleon habia logrado, pues, su plan de contentar á Alejandro con un don restringido, pero inmediato, casi tan bien como hubiera podido conseguirlo por medio de las perspectivas magnificas, pero dudosas, con que aquel se ilusionaba. Para ponerse de acuerdo sobre todos estos puntos, hubo que emplear los ocho ó diez primeros dias de la entrevista. Conseguido que fué este objeto, y sin que pueda decirse que no reinó en todas sus discusiones una estremada cortesía, los dos soberanos no obstante, se manifestaron desde que aquellas quedaron terminadas una nueva satisfaccion. Alejandro, especialmente, manifestaba tal afecto en su política, que en el paseo, en la mesa, en el teatro y en todas partes se mostraba familiar, deferente, amigo, entusiasta hacia su ilustre aliado. Siempre que hablaba de él lo hacia espresando un sentimiento tal de admiracion, que chocaba á todo el mundo.

Erfurt se hallaba convertido en un punto de reunion de soberanos, la mas extraordinaria de cuantas menciona la historia. A los emperadores

de Francia y de Rusia, al gran-duque Constantino, al príncipe Guillermo de Prusia, y al rey de Sajonia, se agregaban los reyes de Baviera y de Wurtemberg, el rey y la reina de Westfalia, el príncipe Primado, canciller de la confederacion, el gran duque y la gran duquesa de Bade, los duques de Hesse-Darmstad, de Weimar, de Sajonia-Gotha, de Oldemburgo, de Mecklembourg-Strélitz, y Mecklembourg-Schwerin, y otros muchos, que seria prolijo enumerar, con sus chambelanes y ministros. Todos comian diariamente á la mesa del emperador, en la cual ocupaba cada uno el sitio correspondiente á su rango. Por la noche iban todos al teatro, reparado y decorado por orden de Napoleon para esta solemnidad, y en seguida pasaban el resto de aquella en el palacio del emperador de Rusia. Sabedor Napoleon de que Alejandro oia con alguna dificultad á causa de una debilidad de uno de sus órganos, habia mandado contruir un estrado en el sitio destinado á las orquestas en los teatros modernos, y en él tomaban asiento los dos emperadores sobre dos sillones magnificos, en los cuales se hallaban á la vista de toda la concurrencia. A derecha é izquierda de ellos habia sillones tambien para los reyes. Detras, ó sea en las lunetas, se hallaban los príncipes, los ministros y los generales: lo cual dió margen á que se dijera, que en el teatro de Erfurt habia un patio de reyes. Como ya hemos dicho, habíase puesto en escena el *Cinna*, á cuya representacion siguieron las de *Andromaca*, *Británico*, *Mitridates* y *Edipo*. Durante la representacion de esta tragedia ocurrió un incidente singular que llamó la atencion del auditorio, llenándole de sorpresay de satisfaccion. Poseido Ale-

jandro del contento que Napoleon habia tenido el arte de saberle inspirar, dió á éste una prueba de las mas lisonjeras y agradables. Al oír el siguiente verso en boca de Edipo. *L'amitié d'un grand homme est un bienfait des dieux*, Alejandro asió una mano de Napoleon, de manera que pudiesen ver este movimiento los espectadores, y la estrechó fuertemente. La concurrencia acogió este ademán con una sorpresa y una adhesion unánime.

Hallábase, sin embargo, en Erfurt un personaje, á quien lejos de causar una grata impresion todas estas deferencias y demostraciones de afecto, le atormentaban, por el contrario, haciéndole pasar las mas terribles angustias: este personaje era Mr. Vincent, representante de la corte de Austria, al qual habia enviado su amo á la ciudad mencionada con el objeto aparente de que cumplimentase á los dos soberanos, porque habian tenido á bien dirigirse á un punto tan cercano de su imperio, y en realidad, para que observase lo que allí ocurriera, y penetrára, si le era posible, el secreto de la entrevista, al propio tiempo que para que se quejara, en caso de hallarlo conveniente, de que no se hubiesen acordado del Austria; dando á entender con esto, que si el emperador Francisco hubiese sido invitado, se habria apresurado á ir; que su presencia no hubiera disminuido el esplendor de la entrevista, y que su adhesion no hubiera perjudicado tampoco al cumplimiento de las resoluciones que allí pudiesen adoptarse.

Napoleon habia trazado anticipadamente la conducta que deberia observarse con el enviado austriaco. A fin de conseguir, en primer lugar, que los secretos de la entrevista no llegaran á traslu-

cirse, habiase acordado que participarian de ellos únicamente los dos emperadores, y sus dos ministros Mrs. de Romanzoff y de Champagny. Alejandro y de Mr. de Romanzoff en el interés de su ambicion misma. Napoleon en el de su politica entera, y Mr. de Champagny por su discrecion á toda prueba, eran incapaces de revelar ni la parte mas minima del secreto de estas negociaciones. El misterio de ellas habiase extendido hasta el mismo Mr. de Talleyrand, de quien Napoleon desconfiaba mas cada dia, máxime cuando se trataba de asuntos que tuviesen relacion con el Austria, y al cual se le habia dicho que el objeto de la entrevista era estrechar la amistad de la Rusia y de la Francia, y fijar en un tratado las bases sobre las cuales habia de estribar esta union: pero el objeto positivo de las resoluciones se le ocultó con el mayor cuidado. Nada se le decia, pues, á Mr. de Vincent, y cuando se lamentaba de que no hubiesen contado con el emperador su amo para aquella reunion imperial, respondíasele sin ambages, que aquello era una consecuencia de sus inesplicables armamentos, que para ser asociado á una politica, era preciso mostrarse favorable á ella, en vez de hacer demostraciones ostensibles de preparar para combatirla todas las fuerzas de sus estados, y que lo que ganaria el Austria á lo sumo con semejante conducta, seria el que se la alejase cada dia mas de los asuntos graves de Europa, no quedándole otro recurso para adquirir grandes intimidaciones que el de ir á buscarlas á Inglaterra.

La posicion de Mr. de Vincent iba siendo por momentos cada vez mas falsa, y Napoleon ponía de su parte todos los medios posibles para que fue-

se embarazosa, y hasta humillante, ocultando bajo las consideraciones exteriores mas estremadas una malicia, en la cual le secundaba hasta donde podia el emperador Alejandro. Mr. de Vincent no tenia, pues, otro recurso que Mr. de Talleyrand, quien se mostraba cada dia mas adicto á la política austriaca, y el cual se esforzaba en tranquilizar á aquel, asegurándole que en la entrevista nada se hacia, y que si se aparentaban relaciones intimas era únicamente por mantener la paz, de que tanta necesidad tenia el mundo. Los mas de los estrangeros que se hallaban en Erfurt concurrían á los salones de la princesa de La Tour y de Taxis, hermana de la reina de Prusia, y persona distinguidísima, á cuya casa solia asislr frecuentemente, mientras permaneció en aquella ciudad, el mismo Alejandro. En ella insinuábase por lo regular todo aquello que no se queria decir abiertamente en las conferencias diplomáticas; Mr. de Talleyrand, como se verá en breve, sacaba gran partido de esta clase de reuniones. Desplegábase allí el talento, el chiste, y la mas de icada astucia: entre los concurrentes veíase á los hombres de genio de la Alemania, á Goethe á Wieland, los cuales habian ido con sus augustos protectores los principes de Weimar, y alternaban con los reyes, los principes y los generales. A aquellos salones se iba con objeto de procurar adivinar lo que no se podia saber de modo alguno, y á sorprender por medio de una palabra, que se escapase, algun gran pensamiento militar ó político. El infortunado Mr. de Vincent deshaciase en ellos á fuerza de indagaciones, observaciones y conjeturas de toda especie, y su tortura, asaz visible, causaba no poco gozo á los dos

emperadores, los cuales querian castigar al Austria por su conducta tan hostil como imprudente.

Asegurados ya, al parecer al menos, el acuerdo y las buenas relaciones con la Rusia, en virtud de la cesion formal y no diferida de las provincias del Danubio, y debiendo ser una consecuencia necesaria de aquellas el concurso de esta potencia contra el Austria, Napoleon resolvió en Erfurt mismo algunas otras cuestiones dudosas, relativas á la distribucion de sus fuerzas. En primer lugar, ordenó que partiese inmediatamente de París, y de los demas puntos donde se hallaba diseminada, la division Sebastiani, que debia componerse de los regimientos aguerridos destinados á operar en España, y la cual no se habia puesto aun en movimiento para Bayona. Igual orden dió á la division Leval, compuesta esclusivamente de tropas auxiliares alemanas, con el fin de que una y otra, se hallasen en Bayona para fines de octubre. Respecto al quinto cuerpo de ejército, tomó tambien el partido que le pareció conveniente, y mandó, que, en vez de dirigir su marcha sobre Bareuth, como se le habia ordeado en un principio, lo hiciese definitivamente sobre el Rhin y los Pirineos. A las tres divisiones de dragones, por último, que estaban ya en camino para España, añadió otras dos, dejando únicamente en Alemania los coraceros, con una gran porcion de caballeria ligera. Estas disposiciones eran el resultado natural de la seguridad que le inspiraba la amistad de la Rusia, y de su deseo de anonadar sin dilacion alguna á los españoles y á los austriacos, lanzando sobre ellos sucesivamente una masa irresistible de fuerzas.

Diez dias habian trascurrido ya desde que los

dos monarcas se hallaban reunidos: restaba únicamente redactar las condiciones de su acuerdo, lo cual no era fácil, atendida la nueva pasión de entrar inmediatamente en el goce del otorgado territorio, que se había apoderado de Alejandro y de monsieur de Romanzoff. Para evitar que la unión, cada día mas cordial de los dos soberanos, pudiese alterarse ni por un momento con la discusión de los pormenores, convinieron entre sí, en dejar á sus ministros Mrs. de Romanzoff y de Champagny el cuidado de redactar el convenio, que debía contener sus nuevas resoluciones, y partieron de Erfurt el 6 de octubre, á fin de pasar dos días en la corte de Weimar, donde se les tenían preparados magníficos festejos. Mrs. de Romanzoff y Champagny quedaron mano á mano para proceder á la obra importante que les había sido confiada (1).

Napoleon, como ya hemos dicho, queria que resultase de la entrevista de Erfurt un acuerdo con la Rusia, que fuese sólido, y sobre todo evidente, que impusiese á sus enemigos, y que, quitándoles toda esperanza de triunfo, les impeliese á apetecer la paz. En recompensa de lo que la Rusia le dejaba hacer en España é Italia, concediale á su vez la pertenencia, lo mismo en caso de guerra

(1) Ya he dicho que hay cartas de Mr. de Champagny al emperador, en las cuales le contaba dia por dia los pormenores de las negociaciones, aun en la época misma en que ambos se hallaban reunidos en Erfurt. Estas cartas continuaron naturalmente, cuando Napoleon fué á Weimar. Cuanto acabó de decir respecto á la entrevista, es referente á documentos auténticos.

que en tiempo de paz, de la Finlandia, la Moldavia y la Valaquia: al hacer esta concesion, sin embargo, opinaba que si era posible procurar tales ventajas á la Rusia, sin que la paz se alterase, valia mas hacer un ensayo de ellas antes de lanzarse en una nueva guerra general, en la que el mundo entero tomaria parte, y el Austria y la Turquía especialmente. Napoleon estaba convencido de que si la union de la Francia y de la Rusia era completa, sincera y evidente, el Austria no podria menos de rendirse ante semejante alianza, porque de lo contrario seria destrozada entre los dos imperios, y no dudaba tampoco que, una vez rendida el Austria, la Inglaterra tendria que ceder cuando le tocase el turno, y se veria obligada á firmar la paz marítima. Para decidirla á dar este paso, reservábase poner en práctica otros diversos medios. Lo que queria por de pronto era que se hiciesen á la Inglaterra insinuaciones de paz, que se le hiciesen solemnemente á nombre de los dos emperadores, y de manera que fuesen bien conocidas del pueblo inglés, porque en el tiempo que se invitiera en ellas, se proponia, confiando en la alianza rusa, no dejar en Alemania mas que una reducida parte del grande ejército, llevar el resto hácia el campo de Bolonia, marchar él mismo á la cabeza de un refuerzo de ciento cincuenta mil hombres de tropas aguerridas hácia la Peninsula, con cuyo número ascenderia el total de las fuerzas francesas enviadas al otro lado de los Pirineos á doscientos cincuenta mil, acabar con los insurgentes, y hacer en los ingleses que se hallasen desembarcados una buena riza. Con estos medios reunidos, creia poder obligar á la Inglaterra á entrar

en negociaciones: y si bien es verdad que era preciso decidirla á que aceptase dos hechos considerables, cuales eran el entronizamiento de la casa Bonaparte en España, y la posesion de las provincias del Danubio por la Rusia, abrigaba, sin embargo, alguna esperanza de conseguirlo, mediante á que eran dos hechos consumados, ó que estaban muy cerca de serlo, puesto que la España debía quedar, á su juicio, sometida en dos meses, y las provincias del Danubio estaban ocupadas por la Rusia de un modo, que quitaba á los turcos y á sus amigos toda esperanza de obligarla á que las evacuase. Además, la Inglaterra habia manifestado á la Rusia una especie de predisposicion á concederle la Moldavia y la Valaquia. Napoleon, por tanto, no veía en estas dos pretensiones obstáculos invencibles para la paz, máxime si lograba un favorable éxito en los golpes que esperaba dar á los españoles y á los ingleses.

En su consecuencia habia imaginado dirigir á la Inglaterra una proposicion, hecha en nombre de los dos emperadores, *unidos* (asi debia expresarse en el manifiesto), *tanto para la guerra como para la paz*, y en la cual se ofreciese la negociacion de un acomodo general, basado sobre el *uti possidetis*. Esta base de negociacion era muy cómoda, porque, dejando á la Inglaterra sus conquistas marítimas, inclusa la isla de Malta, aseguraba á la Francia la posesion de España y de Nápoles, y á la Rusia la de la Finlandia y las provincias danubianas. A fin de asegurar la posesion de estas últimas á la Rusia, deberian dirigirse á la Puerta para declararla, que la custodia de ellas quedaba á cargo del emperador Alejandro, decla-

cion que apoyaria con la presencia de los ejércitos rusos, y con los consejos de la Francia. Sino se lograba que fuese escuchada esta declaracion, la Francia entregaria la Puerta á la Rusia, lo cual no ofrecia duda alguna respecto al resultado.

Napoleon y Alejandro se hallaban de acuerdo sobre estos dos puntos, y la redaccion, por consiguiente, no podia presentar dificultades, porque jamás las hay en la expresion, cuando no las hay tampoco en el pensamiento. Habia, empero, un punto importantísimo, sobre el cual parecia que el acomodo debía ser difícil. Al conceder Napoleon á la Rusia positiva é inmediatamente la Moldavia y la Valaquia, queria que la Rusia aplazase por algunas semanas sus comunicaciones á la Puerta, fundándose en que si esta potencia llegaba á saber lo que se la preparaba, se exasperaria, lo pondria en conocimiento de la Inglaterra, se echaria en sus brazos (1), y esta nacion, viendo surgir un nuevo aliado, encontraria en la union con la España, el Austria y la Turquía probabilidades de éxito en una nueva lucha, las cuales inducirian á desesti-

(1) Hé aqui lo que escribia Napoleon á Mr. de Champagny sobre este punto. «La discusion no puede recaer mas que sobre la única frase añadida al artículo 8.º, esa frase, sin embargo, es consecuencia inmediata del paso que se trata de dar; porque si la Inglaterra se decide á entrar en negociaciones, será en ellas mucho mas exigente, si una potencia tan considerable como la Turquía se adhiere á sus intereses. ¿A qué, pues, abrirle sin motivo los puertos de la Siria, Egipto, Africa y la Morea? Las casas francesas serian saqueadas, aprisionados ó degollados millares de hombres, el comercio interrumpido, y todo esto redundaria en perjuicio de la Rusia. Y si lle-

mar la paz: al paso que esperando algunas semanas solamente, seria mas facil obligar á la Inglaterra á que entrase en negociaciones, y una vez metida en ellas, le seria difícil salir, mediante á que el pueblo inglés debia desear el fin de la guerra; y aun cuando se la revelase la última condicion, esto es, la de dejar á la Rusia las dos provincias que esta poseia de hecho, era dudoso, que, despues de hallarse inclinado á ideas de paz, volviese á las ideas de guerra por una cuestion en la cual no estaba muy interesada personalmente. En esta cláusula adicional era, pues, donde consistia la dificultad; es decir, en el plazo de algunas semanas, al cual queria condenarse á la impaciencia rusa.

El emperador Alejandro descansaba completamente sobre este punto en su viejo ministro, cuyo ardor igualaba cuando menos al suyo. Habiéndose avocado Mr. de Champagny con Mr. de Romanzoff, lo halló dispuesto á consentir en todo sin vacilacion alguna; mas cuando llegó á tratarse de la precaucion solicitada, ó sea, sobre la de diferir las comunicaciones á la Puerta, el ministro ruso se mostró intratable. Segun él, era insoportable un nuevo plazo despues de los quince meses de

gase á hacerse la paz entre esta potencia y la Puerta, mientras que se estuviesen verificando las negociaciones con la Inglaterra, seria un incidente que nos produciria mayores contras que ventajas, porque la Inglaterra veria mas en claro los negocios que se han tratado en Erfurt, y el acuerdo con la Puerta la haria comprender, que las ideas de reparticion están lejanas, y esta le daria menos cuidado. Todo, pues, induce á que sea escrupulosamente ejecutado el artículo propuesto.

espera que habian sucedido á la entrevista de Tilsit. Quince meses hacia, en efecto, que la Francia andaba entreteniendo con promesas á la Rusia sin concederla nada, obligándola de este modo á permanecer con los turcos en estado de armisticio. A no ser por las instancias de la Francia, decia Mr. de Romanzoff, ya habríamos marchado sobre los Balkanes para estas fechas, y reducido á la Turquía á que cediese la posesion de unas provincias que no es capaz de retener ni de gobernar. A esto añadia, que todo lo que habian sacado de la union de Tilsit, era el entorpecimiento impuesto á la accion rusa, y que aun asi, habia costado gran trabajo el someterse á ella; en una palabra, que no habian venido desde tan lejos, desde San Petersburgo á Erfurt, venciendo grandes oposiciones, desatendiéndose de siniestros pronósticos, y haciendo grandes sacrificios de dignidad, mas que con el objeto de que terminase un *statu quo* tan desolador.

Mr. de Champagny respondia que se trataba solamente de un plazo de algunas semanas; que iban á mandarse correos á Londres; que la contestacion no se haria esperar mucho; que en el caso de que la Inglaterra accediese á la apertura de una negociacion, se veria pronto si era aceptada ó no la base de *uti possidetis*; que si lo era, valdria la pena de esperar un poco para obtener las adquisiciones proyectadas sin recurrir á la guerra, y que si, por el contrario, no la aceptaba, podrian comenzarse inmediatamente en Constantinopla las comunicaciones, á las cuales debia seguirse pacífica ó militarmente, la adquisicion de las tan deseadas márgenes del Danubio. Ninguna de todas

estás razones, sin embargo, pareció admisible al ministro ruso.—¡Siempre plazos! repetía con una especie de acento doloroso. ¿Será que no ha de haber para nosotros mas que plazos que imponer, cuando por nuestra parte no se impone ninguno ni á Madrid ni á Roma? Y aun si fuese un plazo fijo, determinado, despues del cual hubiese de cesar toda incertidumbre, vaya; mas quiere obligárenos á que esperemos hasta el momento en que la negociacion no presente esperanzas fundadas de llegar á entenderse. Luego, hay negociaciones que duran años: de manera que nos será preciso continuar por espacio de unos pocos en estado de armisticio con los turcos.

Mr. de Champagny no pudo menos de sorprenderse del ardor y de la impaciencia de aquel anciano ministro, el cual estaba dominado por una de esas pasiones violentas, que suelen apoderarse á veces de las personas de avanzada edad, y que, al despojarlos de la gravedad peculiar de ella, no les dan el atractivo de la viveza de la juventud (4).

Era, pues, evidente que se agregaba también

(4) He aquí lo que escribía Mr. de Champagny al emperador:

«ERFURT, 6 de octubre de 1808.

«Tratando esta cuestion con toda la buena fé posible, y persuadido de que el plazo pedido está tan en los intereses de la Rusia como en los de la Francia, esperaba haber logrado extinguir el sentimiento de desconfianza que revelaba la respuesta de Mr. de Romanzoff; pero mis diligencias han sido infructuosas. Todo aquel que se cree cercano á apoderarse de una presa cuya posesion ha an-

cierta desconfianza al ardor del deseo, y que Mr. de Romanzoff temia, que se quisiese embaucar á él y á su amo con una nueva demora. Viendo Mr. de

helado largo tiempo, se muestra sordo á todas las razones que pueden retardar el logro de ella. Mr. de Romanzoff hace ya treinta años que sueña con esta adquisicion, que considera como el triunfo de su sistema, y en la cual tiene cifrada su reputacion y su honra. Cualquiera otro interés por tanto, le parecerá mezquino en comparacion de este. El emperador Alejandro, que no se halla impelido por ningun interés personal, y á quien son igualmente caros todos los del imperio, debe ser mucho mas accesible á la fuerza de las razones, que, en interes suyo, le prescriben retardar, no el logro de un deseo, sino la mera toma de posesion de una provincia que no puede escapársele. Por mi parte en nada he convenido con Mr. de Romanzoff: aun cuando hubiera estado autorizado para ello, no estoy mas dispuesto que él á ceder, y hasta considero inútil el hablarle antes de la llegada de V. M. Sobre todos los demas puntos, casi estamos enteramente de acuerdo.

Firmado CHAMPAGNY.

«ERFURT, 8 de octubre de 1808.

«SEÑOR.»

«Ningun resultado he podido obtener en dos horas de conferencia con Mr. Romanzoff. Por lo visto ha adoptado su sistema de una manera irrevocable: quiere las provincias turcas, las quiere á toda costa, y antes hoy que mañana. Sus objeciones tienden menos contra el artículo VI cuya redaccion quiere V. M. que se mantenga, que contra la adiccion al artículo VII del contraproyecto, la cual se halla concebida en estos términos:

Champagny, que el anciano ministro cifraba en esta adquisición la gloria de sus últimos días, y que sería por tanto mas exigente que Alejandro mismo,

«No se dará á conocer lo mas mínimo á la Puerta sobre las intenciones de la Rusia, hasta tanto que se sepa el efecto que las proposiciones hechas por las dos potencias producen en la Inglaterra.»

«Estas palabras alteran extraordinariamente á Mr. de Romanzoff. Ningun plazo le parece admisible, y sobre todo, si el plazo es indeterminado. ¿Cuándo y cómo, dice, se conocerá el efecto de esas proposiciones? Un primer resultado nos pondrá en la precisión de esperar el segundo, este en la de aguardar el tercero, y nuestro arreglo con la Turquía se estará aplazando continuamente.» Esto racionismo lo aplica á todo. Si le hablaba acerca de la proteccion debida á los franceses establecidos en Levante, me preguntaba: «Pues qué, ¿pretendeis aguardar, por ventura, á que regresen á Francia? ¿Cuanto podrán tardar en eso?» La paz con la Inglaterra le parece difícil, y por eso no quiere subordinar á ella la paz con la Turquía. Tambien me ha hablado de la necesidad de llamar la atención de los rusos con la certidumbre de esta adquisición, y me ha parecido que en efecto abrigaria algunos temores si no fuese tal el resultado del viage del emperador Alejandro. Estos temores me los ha dejado adivinar mas bien que los ha manifestado: pero el sentimiento que mas se traslucia en él, era el de la desconfianza, así en los acontecimientos como de nuestras intenciones. Si era por esto, por lo que debía despues menos importancia al artículo VI, poco debe importarle efectivamente de qué manera consta en su contenido el consentimiento de la Francia á las adquisiciones de la Rusia, si el artículo siguiente permite á aquella obrar y marchar hácia su fin. Por esto es tambien sin duda, por lo que un plazo indeterminado le altera todavia mas; y teme espouer á probabilidades una ventaja que le parece casi adquirida

creyó deber esperar el regreso de los dos monarcas, y dejar al emperador de los franceses que ejerciese su ascendiente personal sobre el emperador de Rusia, para obtener de él la admision en el tratado de una precaucion que se consideraba como indispensable.

Los dos emperadores con todo su séquito de reyes y principes se habian dirigido á Weimar con intencion de permanecer en esta córte los dias 6 y 7 de octubre, y regresar el 8 para entregarse á sus importantes asuntos. Entre Erfurt y Weimar hállase el bosque de Ettersburg. El gran duque de Weimar habia mandado preparar en él una linea de pabellones elegantes para todas las testas coronadas que iban á visitarle. El de los emperadores y de los reyes, colocado en el centro, era magnífico. Por delante de estos pabellones debia pasar una manada inmensa de ciervos, gamos y liebres, que estaban retirados con redes, y dispuesto todo de manera, que al soltarlos tuviesen que sufrir el fue-

en este momento. «La vaguedad de los artículos de Tilsit, (dice) nos ha hecho mucho mal: hemos perdido un año, y tal es á estas horas el único resultado que nos ha producido nuestra alianza con la Francia.»

«Esta obstinacion de Romanzoff, no data seguramente del momento: procede, á no dudarlo, de largas y profundas reflexiones que tienden á un objeto único, á un resultado aguardado con la mayor impaciencia, á la opinion en fin, de que en los momentos actuales nada puede oponerse á la ejecucion de las miras de la Rusia.— Desespero de lograr convencerlo:

«Soy con el mayor respeto etc.»

Firmado CHAMPAGNY.

go de los huéspedes convidados á esta fiesta. Alejandro no habia disparado un tiro en toda su vida: tales eran de pacíficas sus inclinaciones. Esto no obstante, mató un ciervo, y á los tiros de aquella compañía ilustre de cazadores cayeron otras muchas piezas. En Weimar aguardaba á los emperadores el recibimiento mas suntuoso. Despues de un banquete esplendido, les dieron un baile en el cual se reunió lo mas brillante de la nobleza alemana. Goëthe y Wieland asistieron tambien á él. Napoleon se separó del bullicio de la sociedad por irse al estremo de un salon á conversar largamente con los dos célebres escritores de la Alemania. Háblóles del Cristianismo, de Tácito, de aquel historiador, que era terror de los tiranos y cuyo nombre, decia él sonriéndose, que pronunciaba sin miedo alguno: sostuvo que Tácito habia recargado un poco el cuadro sombrío de su tiempo, y que no era un pintor bastante sencillo para que pudiese ser completamente veraz. En seguida pasó á hablar de la literatura moderna, comparóla con la antigua, y lo mismo en punto á las artes, que en política, se mostró partidario de las reglas, de la belleza ordenada; á propósito del drama imitado de Shakespeare, que participa del general trágico y cómico, confundiendo lo terrible con lo burlesco, dijo á Goëthe: Me sorprende que un talento tan elevado como el vuestro *no guste de los géneros contrapuestos*.—Palabra, cuya profundidad son incapaces de comprender la mayor parte de los críticos de nuestros dias.

Despues de esta larga conversacion, en la que desplegó una gracia infinita, y durante la cual no pudieron menos de conocer aquellos dos escritores

eminentes que les habia preferido á la compañía de personas de la categoria mas elevada, Napoleon se separó de ellos dejándolos en estremo lisongeados por tan alta prueba de atencion. En la entrevista de Erfurt debió desear sin duda, cuando fueron condecorados ambos con la Legion de honor, distincion que merecian bajo todos títulos, y la cual no perdió seguramente nada de su lustre, por haber sido concedida á tales personajes.

A la mañana siguiente, ofreciósele una nueva fiesta sobre el mismo campo donde se verificó la batalla de Jena, entre Erfurt y esta poblacion. Era tal el deseo que habia de complacer á Napoleon, que quizás no se reparaba en rebajar la dignidad propia, recordándose á sí mismos una de las mas terribles batallas ganadas por la Francia contra la Alemania. Habíase erigido un pabellon sobre aquel monte del Landgrafenberg, donde Napoleon habia vivaqueado en la noche del 13 al 14 de octubre, dos años antes; porque es de advertir, que á esta sazón casi se estaba tocando al aniversario de la batalla de Jena. En el pabellon que debia servir para Napoleon hallábase colocado un plano de esta batalla. Sirvióse en aquel un almuerzo, y despues de mil recuerdos consagrados á esta jornada por la multitud de concurrentes que en ella habian tomado parte, y de algunas frases lisonjeras de Napoleon á sus huéspedes alemanes, dirigiéronse por la derecha á la llanura de Apoldau, situada entre el campo de batalla de Jena y el de Awerstaed, llanura famosa por la inaccion del mariscal Bernardotte. En esta llanura hallábase preparada otra cacería, á la cual se dedicaron algunas horas de la mañana, y en seguida se regresó á Erfurt. Antes de aban-

donar aquellas alturas desde las cuales se domina la ciudad de Jena, Napoleon quiso dejar un recuerdo de beneficencia, que pudiese inscribirse al lado de los terribles recuerdos que habia dejado ya en aquellos lugares. La artilleria habia incendiado y causado grandes destrozos en aquella desgraciada ciudad: Napoleon para indemnizar algun tanto á los que mayores pérdidas habian sufrido á causa de la presencia de su ejército, dió una suma de 300,000 francos.

Vuelto á Erfurt, ocupóse de nuevo á la mañana siguiente, en los graves asuntos que le habian conducido á Alemania, y que habian traído tambien desde tan lejos al soberano de Rusia. Habló de ellos al emperador Alejandro, pero encomendó especialmente á Mr. de Champagny el cuidado de insistir con tenacidad en que se obrase con prudencia respecto á las comunicaciones que se trataba de hacer á Constantinopla, y en que no se proporcionase á la Inglaterra desde el principio de las negociaciones, alianzas que la predispusiesen á perseverar en la guerra. En lo concerniente á la adquisicion de las provincias danubianas, autorizó á Mr. de Champagny para que accediese á la redaccion mas positiva, y que ofreciese las mayores seguridades respecto á la certidumbre de la adquisicion, pero cuidando siempre de que se dejara un plazo para su cumplimiento, que hiciese posible el entablar las negociaciones con Londres.

Al cabo de algunas entrevistas en las cuales se discutieron entre ambos emperadores los asuntos mencionados, Napoleon logró hacer alguna mella en la impaciencia de Alejandro, y teniendo en cuenta las observaciones de Mr. de Champagny,

procuró recabar algo igualmente de la paciencia de Mr. de Romanzoff. Esto no obstante, propúsose que su joven aliado se fuese contento, porque deseaba que su política actual reposase, no solo sobre la realidad, sino tambien sobre la evidencia de su alianza con la Rusia en paz y en guerra. Asi es, que á pesar de la gran necesidad que tenia de dinero no se opuso á conceder una nueva rebaja en los impuestos de la Prusia. Por el tratado de 8 de setiembre habiase estipulado, segun ya hemos dicho, la evacuacion definitiva del territorio prusiano, á escepcion de las tres plazas fuertes de Stettin, Custrin y Glogau, y mediante 140,000,000 pagaderos en dos años. Al apresurarse á firmar de muy buen grado el rey de Prusia aquella estipulacion, en virtud de la cual quedaba libre de tropas francesas su territorio, habia dicho, sin embargo, que no renunciaba á implorar de la generosidad de su vencedor la rebaja de una carga, que su pais se hallaba imposibilitado de soportar, y tanto él como la reina habian suplicado al emperador Alejandro, que aprovechase su entrevista con Napoleon á fin de obtener algun alivio. Alejandro, cuyo corazon era olvidadizo pero bueno, habia prometido hacer lo posible por lograr lo que se deseaba, y empleó para ello tales esfuerzos, que se conocia bien cuanto hubiera sentido el que no se hubiera otorgado la apetecida gracia. El don de las embocaduras del Danubio hubiera perdido seguramente á sus ojos gran parte de su precio, si al regresar hácia el Norte, hubiese tenido que encontrar quejas y reconvencciones escritas en la frente de sus desgraciados aliados. Merced á esto, habia pedido á Napoleon que se rebajasen 40,000,000 de los 140, y la sustitucion de un

plazo de algunos años al plazo convenido para solventar el total de la suma, llevando su empeño de complacer á la Prusia hasta el punto de redactar y escribir de su puño y letra la carta en que Napoleón debía anunciarle la concesion de la rebaja solicitada, y en la cual se atribuía el buen éxito á su intervencion personal y á sus eficaces recomendaciones. Napoleón sabia bien que este era uno de los medios mas seguros para obligar al emperador Alejandro, y por lo mismo, despues de oponer toda la resistencia que creyó conveniente para hacer mas estimable el sacrificio que concedia, sacrificio real atendido el estado de sus recursos financieros, consintió en la reduccion de 20.000,000 de la suma total, y en la prolongacion de un año para el término del pago de ella. Así, pues, en lugar de 140.000,000 en dos años, la Prusia no tenia ya que pagar mas que 120.000,000 en el espacio de tres, mitad en dinero y mitad en letras. La carta redactada por Alejandro, y rehecha por Napoleón, se escribió con corta diferencia en los términos que aquel apetecia.

Procurando de esta manera los dos soberanos complacerse uno á otro, y cada dia mas satisfechos del acuerdo de sus reciprocas miras, salva una que otra dificultad que solia suscitarse en los pormenores, tenían sin embargo, que hacerse una última insinuacion, sobre la cual no queria Napoleón de modo alguno tomar la iniciativa. Tratábase de una alianza de familia, en virtud de la cual debia ser su alianza política, sino mas sólida, mas ruidosa al menos, de un matrimonio, que uniese á Napoleón con una hermana del emperador Alejandro. Napoleón habia pensado ya mas de una vez en repudiar

á Josefina para desposarse con una princesa que pudiera darle un heredero, y si hasta entonces no habia seguido adelante con este designio, era únicamente por el afecto que le ligaba á la compañera de su juventud, y por las dificultades que le ofrecia el fijarse en una eleccion. Con todo, este proyecto bullia sin cesar en su imaginacion, y aquel era precisamente el momento mas favorable para ocuparse en él, puesto que tenia al lado suyo al soberano sobre cuya alianza queria fundar su política, soberano que era casi de su misma edad, y el cual tenia hermanas casaderas, de cuyas dotes brillantes se hacia lenguas todo el mundo. Si yo lograra semejante union, se decia á si mismo, me creeria definitivamente dueño de la corte de Rusia, temblarian todos, y se haria la paz. Esto no obstante, y aun cuando pasaba al lado de Alejandro mañanas, tardes y noches enteras, y la intimidad de ambos habia llegado casi al apogeo, jamás le habia hecho la indicacion mas minima el emperador de Rusia sobre un punto en el cual se hallaba tan vivamente interesado. Napoleón en su grandeza, y creyendo honrar á cualquiera con quien se aliase, era demasiado altivo para hacer por su parte la primera insinuacion, sin tener una seguridad de que no serian desestimadas sus pretensiones. Así él como Alejandro, hablaban diariamente de su union reciproca, la cual decian que no podria alterarse por nada en el mundo, mediante á que sus intereses eran unos mismos, á que sus respectivos engrandecimientos no podian causar celos mas que á la Inglaterra, á quien uno y otro tenían reducida á mantenerse en el mar, ó bien al Austria, á quien estrechaban igualmente, el uno sobre el

Izozzo, y el otro sobre el Danubio, y solo en una de estas dos potencias, por tanto ó en las dos reunidas, en quienes podian encontrar enemigos. Todas las razones políticas militaban, pues, en su favor, para que estuviesen intimamente unidos. Tenian ademas razones personales, puesto que se habian visto y apreciado, habian llegado á hacerse querer uno de otro, convenian en sus miras y en sus inclinaciones, eran jóvenes ambos, ambos tenian abierto delante de sí un porvenir inmenso, y hasta los aplazados proyectos sobre el Oriente, llegaría un día en que pudiesen ponerlos juntos en ejecución.—Romanzoff es viejo, decia Napoleón á Alejandro, y por eso se muestra impaciente de gozar. Pero vos sois joven, y podeis aguardar sin impacientaros.—Romanzoff es un ruso de los tiempos antiguos, respondia Alejandro, y tiene pasiones de las cuales no participo. Yo prefiero civilizar mi imperio á darle ensanches. Si deseo poseer las provincias del Danubio, lo hago mas bien por mi nación que por mí. En cuanto á los demas arreglos territoriales, tan necesarios á mi imperio, sabré esperar todo el tiempo que sea conveniente. Pero vos, añadia dirigiéndose á Napoleón, debeis empezar ya tambien á gozar de las grandes empresas que habeis llevado á cabo: es preciso que ceséis de esponer ante las balas vuestra cabeza, cuya conservacion es tan preciosa. ¿No habeis conquistado ya harta gloria, y alcanzado bastante poder? ¿Hicieron mas por ventura, Alejandro y César? Gozad, pues, de vuestros triunfos, sed dichoso, y remitamos para lo porvenir lo restante de nuestros proyectos.—A estas protestas de desinterés, Napoleón contestaba con otras relativas á su amor á

la paz y al reposo. Alejandro daba á entender que ya no tenia empeño en la posesion de Constantinopla, y Napoleón parecia hastiado ya de la guerra, de las batallas, y de las conquistas. Ambos príncipes, paseándose solos por las inmediaciones de Erfurt, y seguidos á alguna distancia de sus oficiales, se entregaban de este modo á intimas confianzas, en las cuales llegaba Alejandro hasta el punto de hablar de sus mas secretos afectos. Mas de una vez se habia hecho conversacion, de que era una verdadera lástima que Napoleón no tuviese hijos, y á pesar de acercarse tanto al punto á donde Napoleón queria conducir á Alejandro, no se habia tocado á él. Aun cuando el joven czar no se hallaba ignorante de lo mucho que se habia hablado, despues de la entrevista de Tilsit, así en París como en San Petersburgo, sobre un proyecto de matrimonio entre su hermana mayor la gran duquesa Catalina y el emperador de la Francia, no habia querido, sin embargo, hacer mencion de ello, observando semejante reserva, no precisamente porque no quisiese consentir en dar su hermana á Napoleón, ni porque considerase, que unida al vencedor de Europa hacia un enlace desventajoso, lo cual no podia ocurrírsele, tan engreído como estaba entonces por su alianza con la Francia, sino porque entreveia y temia una lucha con su madre, y no osaba ofrecer por tanto, aquello mismo que recelaba que no habia de serle posible dar.

Ignorando Napoleón el secreto de esta discrecion obstinada, hallábase muy próximo á sentir cierto despecho, y aun inclinado á manifestarlo, á pesar del interés inmenso que tenia en aparentar

que se hallaba enteramente de acuerdo con el emperador de Rusia. Merced á esta ocurrencia, y por ella tan solo, era por lo que llegaba á hacerse útil la presencia de Mr. de Talleyrand en Erfurt; puesto que, si bien era este muy capaz de revelar á Mr. de Viment los secretos del gabinete, por lo cual habia resuelto Napoleon no comunicarle mas que una pequeña parte de ellos (1), era tambien el unico hombre á propósito para insinuar con arte lo que no se queria decir, y seguramente que no podia escogerse mas hábil intermediario para hablar de matrimonios con la dignidad requerida entre los dos mas grandes potentados del universo.

El emperador recurrió, pues, á él para que tratase de impeler á Alejandro á hacer una indicacion que Napoleon por su parte se habia empeñado en que no saliese de su boca. Mr. de Talleyrand, que rehuía cuanto le era posible el mezclarse en las desavenencias de la familia imperial por el temor de indisponerse con unos ó con otros, no encontraba nada grato en mezclarse en un divorcio mas ó menos previsto por todo el mundo, y el cual habia llegado á ser el testo frecuente de las conversaciones de los pensadores políticos. Napoleon, sin embargo, apeló á un recurso singular para atraerle mal de su grado al mencionado objeto.—¿Sabeis,

(1) Mr. de Talleyrand, como ya hemos dicho, sabia de una manera general que se trataba de hacer un tratado que fijase los principios sobre los cuales habia de basarse la alianza; pero ignoraba lo concerniente al don de la Moldavia y la Valaquia, y principalmente, que el punto de la dificultad estribaba en el plazo de algunas semanas que se queria imponer á la Rusia antes de proceder abiertamente á dar pasos relativos á las provincias cedidas.

le dijo, que Josefina os acusa de que os ocupais en el divorcio, y que os profesa por ello un odio implacable?—Mr. de Talleyrand clamó alta y poderosamente contra semejante calumnia. Napoleon le replicó que no tenia por qué disculparse, en razon á que un dia ú otro seria preciso pensar en ello: que á pesar del afecto que profesaba siempre á la emperatriz, se veria obligado, no obstante, á contraer un nuevo matrimonio que pudiese darle un heredero, y en virtud del cual le fuese posible aliarse á una de las poderosas familias, reinantes á la sazón en Europa: que nada seria estable en Francia mientras no se viese el porvenir asegurado; que en aquel momento no lo estaba porque todo basaba sobre su cabeza, y que habia llegado el tiempo, por ende, de tomar, antes de envejecer demasiado, una esposa, á fin de que le diese un hijo. Una conversacion de este género no podia menos de recaer inmediatamente sobre la familia reinante de Rusia, y de consiguiente sobre una alianza conyugal con ella. Mr. de Talleyrand felicitó mucho á Napoleon por el triunfo personal que habia obtenido para con el emperador Alejandro, triunfo que igualaba al menos al que habia obtenido en Tilsit. El jóven emperador no se causaba, en efecto, de espresar en los salones de la princesa de La Tour y Taxis, cuya casa frecuentaba mucho, la admiracion profunda que le inspiraba Napoleon no solamente por su genio, sino por su gracia, su talento y su bondad.— Napoleon, decia sin cesar, no solo es el hombre mas grande del mundo, sino que tambien el mejor y el mas amable. Se le cree ambicioso y en extremo apasionado de la guerra; pero no adolece de ninguna de ambas cosas. Si se le ve constantemente

te en lucha, solo lo hace por una necesidad política, por las exigencias de la situación.—Tales eran los términos en que se expresaba, y Mr. de Talleyrand tenia buen cuidado de transmitir cuanto decía á Napoleon.—Si tal afecto me profesa, replicó éste despues de haber escuchado á Mr. de Talleyrand, que me dé una prueba de ello, uniéndose mas estrechamente á mí, y otorgándome en matrimonio una de sus hermanas. ¿Por qué no ha hablado ni una palabra sobre esto en las intimas expansiones que tenemos todos los dias? ¿Por qué afecta tal empeño en evitar toda conversacion sobre este punto?—Fácil era adivinar que Napoleon queria que se encargase de esta comision Mr. de Talleyrand, y que desplegase todo el talento de que le habia dotado la naturaleza para decir las cosas, ó para obligar á los demas á decirlas. Mr. de Talleyrand se encargó efectivamente de ella, y aprovechaba cuantas ocasiones se le deparaban para atraer al emperador Alejandro al objeto apetecido. Este principe que tenia el flaco de querer agradar á todo el mundo, á los hombres de talento con especialidad, y á Mr. de Talleyrand con preferencia á otro cualquiera, solia pasar frecuentemente y muy á gusto algunos ratos con él. Mr. de Talleyrand en vez de aguardar á que se presentara una ocasion favorable, procuró hacerla surgir, conociendo que los dias estaban contados, y tuvo al fin con el emperador de Rusia la conversacion deseada. Despues de estenderse largamente sobre la alianza entre ambos imperios, que era el tema principal de las conversaciones en Erfut, Mr. de Talleyrand procedió á hablar de los medios de hacerla mas sólida y mas evidente, porque era preciso que fuese uno

y otro para que llegara á ser verdaderamente eficaz. El medio de conseguirlo estaba indicado; esto es, añadir á los vínculos políticos los vínculos de familia, lo cual era cosa fácil, puesto que Napoleon se veia obligado en interes de su imperio á contraer un nuevo matrimonio á fin de tener un heredero directo. Esto supuesto, ¿con cual otra familia de las reinantes podia unirse mejor que con la de Rusia, cuyo gefe era á la sazón su aliado intimo?—Alejandro acogió esta indicacion con las demostraciones mas lisonjeras para Napoleon, protestando de su deseo personal de aliarse con él mas estrechamente, y manifestando que lo que hacia como amigo, le costaria mucho menos trabajo hacerlo como hermano. Mas al llegar aqui tocaba ya á los límites de su poder. Dijole, pues, á Mr. de Talleyrand, que á pesar de cuanto se hablaba en San Petersburgo de la influencia de su madre, él y solo él era el arbitrio único en los asuntos del imperio, así como lo era ella en los concernientes á la familia. Que la emperatriz madre, princesa de severo caracter, y digna de respeto, ejercia sobre sus hijas un dominio absoluto, en el cual á nadie queria conceder participacion alguna. Que si bien nada decía por deferencia á su hijo sobre la política actual, estaba muy lejos, sin embargo, de aprobarla. Que para decidirla á que diese á esta política una garantía tal como una de sus hijas, para convencerla de que la enviase sobre el trono que habia ocupado María Antonieta, trono que, á decir verdad, no podia negarse que habia sido elevado á mayor esplendor que el que tenia en tiempo de Luis XVI, era preciso que hubiese de parte de su madre una condescendencia en la cual no se atrevia á confiar.

Alejandro añadió, en fin, que abrigaba confianza de que lograría decidir á su hermana la gran-duquesa Catalina á aquella union, mas que dudaba mucho de obtener el consentimiento de su madre, y que el violentarla desplegando su autoridad imperial, seria siempre superior á sus fuerzas: que este era el motivo único porque habia guardado tanta reserva sobre el particular; pero que si á pesar de todo podia entrar en las intenciones de Napoleon, que hiciese una tentativa del mencionado género, estaba dispuesto á ponerla por obra, aunque sin responder del éxito.—Satisfecho Mr. de Talleyrand con haber traido las cosas hasta este terreno, y pareciéndole que el concluir la obra comenzada atañía á los dos soberanos, insinuó al emperador de Rusia, que sobre un asunto de esta especie, convenia que fuese el quien hablara el primero. Alejandro, por su parte, despues de dar á conocer la verdadera dificultad, no debia tener naturalmente repugnancia alguna en hablar de ello, puesto que ya no se hallaba arriesgado al compromiso de hacer una promesa que luego no le fuese dable cumplir. En su consecuencia prometió franquearse con Napoleon en la primera entrevista que tuviesen.

En Erfurt veíanse los dos emperadores una porcion de veces al dia, y era urgente el que se dijeran cuánto tenían que decirse, porque el término de la entrevista se hallaba próximo. Alejandro se esplicó, pues, en uno de sus momentos expansivos con Napoleon sobre el delicado asunto de que habia ya hablado con Mr. de Talleyrand, manifestándole, que deseaba mucho el que pudiese añadirse un nuevo vínculo á los que unian ya á

ambos imperios, y que le causaria un placer extraordinario el tener en París una persona de su familia para poder estrechar á una hermana siempre que le llevasen á aquella córte los asuntos de estado. Pero repitió al propio tiempo á su aliado, lo mismo que habia dicho á Mr. de Talleyrand sobre la clase de obstáculos que habia que vencer, sobre sus respetos, y su consideracion á su madre cuya voluntad no se hallaba dispuesto á contrariar en manera alguna, prometiendo, sin embargo, que haria lo posible por vencer las repugnancias maternales, y dando á entender, que podria obtenerlo todo de la córte de Rusia satisfecha, y que esta lo estaria si la nacion lo estaba. Napoleon escuchó con visible regocijo estas palabras, y contestó á ellas con las demostraciones mas afectuosas. Los dos emperadores se prometieron llegar á ser algun dia mas que amigos; prometieron ser hermanos, y al hacerse esta promesa, apareció en sus semblantes un nuevo rasgo de contento, y se mostraron mas apasionados que nunca uno de otro (1).

Habia llegado ya el 12 de octubre, y era preciso, por tanto, resolver las últimas dificultades que surgian de la redaccion. Los dos emperadores habian dado á sus respectivos ministros Mres. de Romanzoff y de Champagny la competente autorizacion para que se entendiesen, y en el mismo dia 12 se pusieron de acuerdo sobre el siguiente

(1) Recuerdo haber oido una porcion de veces en mi juventud de boca del mismo Mr. de Talleyrand esta narracion, de cuya verdad no dudo por haberla encontrado enteramente conforme con los documentos oficiales que he consultado.

tratado, acerca del cual debía guardarse el secreto mas profundo.

Los emperadores de Francia y de Rusia renovaban su alianza de una manera solemne, y se obligaban á obrar en comun, ora se restableciese la paz, ora resultase la guerra.

Toda proposicion que á cualquiera de los dos fuese dirigida, debía ser comunicada inmediatamente al otro, y la respuesta tendria que ser comun y concertada entre ambos.

Los dos emperadores convenian en dirigir á la Inglaterra una proposicion solemne de paz, proposicion inmediata, pública, y tan ruidosa como pudiese serlo, á fin de que fuese mas difícil para el gabinete británico el dar una negativa.

La base de las negociaciones debía ser el *uti possidetis*.

La Francia no debía consentir sino en una paz que asegurase á la Rusia la posesion de la Finlandia, la Valaquia y la Moldavia.

La Rusia no debía consentir sino en una paz que asegurase á la Francia, ademas de todo lo que esta poseia, la corona de España sobre las sienes del rey José.

Inmediatamente despues que la convencion estuviese firmada, la Rusia podria empezar á dar cerca de la Puerta los pasos necesarios para obtener, ó por la paz ó por la guerra, las dos provincias del Danubio; *pero los plenipotenciarios* (y esta era la transacion convenida sobre el punto principal) *los plenipotenciarios y agentes de las dos potencias se entenderian sobre el lenguaje que se debería usar á fin de no comprometer la amistad existente entre la Francia y la Puerta.*

Ademas, si á causa de la adquisicion de las provincias del Danubio, se mostraba el Austria con la Rusia como enemiga armada, ó si por lo que la Francia hacia por su parte en Italia y España, se viese espuesta á un rompimiento con el Austria, la Francia y la Rusia se proporcionarian recíprocamente sus contingentes de fuerzas contra aquella potencia, y harian una guerra comun.

En fin, si de la confederacion de Erfurt llegaba á resultar la guerra y no la paz, los dos emperadores prometian volver á verse en el discurso de un año.

Tal fué en la redaccion en que convinieron Mrs. de Champagny y de Romanzoff el 12 de octubre por la mañana. La frase ambigua sobre las precauciones que deberian tomarse para no turbar la union existente entre la Francia y la Puerta, era un medio de eximir á la Rusia de todo plazo, y de lograr al mismo tiempo que no se obrase respecto á Constantinopla de una manera tan violenta, que imposibilitase desde su principio las negociaciones que iban á emprenderse con Londres.

En el instante mismo en que Mr. de Romanzoff habia arrancado de las manos del ministro francés aquella presa tan deseada, quiso desde luego asegurarse de la posesion definitiva de ella, obteniendo las firmas en el instante mismo. Siendo preciso, sin embargo, sacar dos copias de aquel nuevo tratado secreto, y no teniendo paciencia para esperar que se trascribiesen en la cancelería de Mr. de Champagny, se llevó una de ellas, á fin de hacerla en su casa. Así que las copias estuvieron listas, dirigióse presuroso despues de medio dia á que las firmara Mr. de Champagny, y ac-

to continuo corrió lleno de gozo á presentarlas á su amo.

La entrevista de Erfurt habia tocado á su término: los dos emperadores estaban de acuerdo, y sobre todo parecían estarlo. Alejandro creía haber logrado, por fin, la posesion de la Valaquia y la Moldavia: Napoleon creía poder contar con el jóven emperador, lo bastante al menos para que ninguna coalicion fuese posible, y para no tener nada que temer del Austria hasta la primavera próxima. Creía ademas, que era muy factible el que naciese la paz de aquella estrecha alianza, públicamente proclamada entre las dos mas grandes potencias del Universo. Habia conseguido que las relaciones desagradables del suceso de Bailen, tema constante de las conversaciones en toda Europa, fuesen substituidas con la narracion maravillosa de la asamblea de reyes habida en Erfurt. Los dos monarcas se hallaban enteramente contentos uno de otro, y habia fundadas esperanzas de que se agregase algun dia una union mas dulce á la union puramente politica que á la sazón les ligaba. Decidióse, pues, que el 13 sería dedicado á la intimidad, el 14 á la separacion, y que se emplearian estos dos últimos dias en multiplicar las demostraciones, y en colmar de regalos á los servidores de una y otra corte. Considerando que Mr. de Tolstoy manifestaba demasiado en París la actitud y los hábitos de un soldado, Alejandro habia convenido en reemplazarlo con el anciano principe Kourakin, cortesano obsequioso, incapaz de imponer á su amo con Napoleon, y embajador actualmente en Viena. Convino ademas, en que, para seguir de mas cerca las negociaciones con la

Inglaterra y retardar lo menos posible los pasos que debian darse con la Puerta, se dirigiria tambien á París el mismo Mr. de Romanzoff á fin de recibir las contestaciones, y replicar á ellas sin otra dilacion que la del tiempo necesario para que fuesen y volviesen de Londres á París. Napoleon redactó en Erfurt y escribió de su puño y letra la carta, que firmada por los dos emperadores, debia dirigirse mancomunadamente al rey de Inglaterra y las notas que debian apoyarla, para prevenir asi toda demora.

Mr. de Tolstoy se hallaba en Erfurt. Napoleon quiso que desde allí mismo cesase en sus funciones de embajador, y para despojar de toda apariencia de desgracia la revocacion de aquel diplomático, le colmó de las mas lisongeras demostraciones, y le regaló toda la porcelana de Sevres y las alfombras de los Gobelinos que habian adornado el palacio que habia habitado en aquella ciudad. Ademas, colmó de presentes y de condecoraciones á toda la comitiva de Alejandro. El emperador de Rusia, mostrándose no menos munificente, confirió el cordon de San Andrés á los principales personajes de la corte de Napoleon, y prodigó entre ellos los retratos, las tabaqueras y los diamantes.

El unico personaje, á quien no alcanzaban todas estas distinciones, era el representante del Austria Mr. Vincent. A pesar de los esfuerzos inauditos que éste hiciera por descubrir el secreto de la entrevista de Erfurt, no pudo lograrlo. Cuan-
to habia conseguido saber era, que ambos emperadores se habian dado reciprocas pruebas de amistad, y que los principios de su alianza se habian consignado en un tratado formal: ignoraba,

empero, el secreto de las adquisiciones otorgadas por unos á otros, así como el de las negociaciones que iban á entablarse, y suponía que se había hecho mucho más de lo que se hizo realmente. El emperador le concedió la audiencia de despedida, y, renovándole en ella sus finas atenciones, le repitió que el Austria no tendría participación en los asuntos europeos, mientras que pareciese animada del deseo de recurrir á las armas, y le encargó de poner en manos del emperador la siguiente carta, en la cual se expresaba todo su pensamiento:

«ERFURT 14 de octubre de 1808.

«Mi hermano y señor: Doy á vuestra magestad imperial las gracias por la carta que ha tenido á bien dirigirme por conducto del señor baron de Vincent. No he dudado ni por un momento de las rectas intenciones de vuestra magestad, así como no he temido ni siquiera por un instante que serenos las hostilidades entre nosotros. Hay en Viena un partido ó una facción, que aparenta tener miedo para precipitar á vuestro gabinete en la adopción de medidas violentas, las cuales serian origen de mayores desgracias que las que ya han ocurrido. He tenido en mis manos la ocasión de desmembrar la monarquía de vuestra magestad, ó cuando menos la de reducir su poder, y sin embargo, no he querido hacer ni uno ni otro. Lo que vuestro es en el día, lo es con mi beneplácito. Y ved aquí la mas evidente prueba de que vuestras cuentas estan saldadas y de que ya nada exijo. Hállome constantemente dispuesto á garantizaros la inte-

gridad de vuestra monarquía. Jamás haré nada en contra de los principales intereses de vuestros estados; pero es preciso también que vuestra magestad no ponga á discusión lo que quince años de guerra han terminado. Vuestra magestad debe prohibir toda proclamación y toda exterioridad que pueda provocar la lucha. El último alistamiento general en sus estados la hubiera producido sin duda alguna, si me hubiera sido posible temer que un alzamiento y unos preparativos semejantes fuesen combinados con la Rusia. Acabo de licenciar las tropas de la confederación. Cien mil hombres de las mías van marchando hácia Boloña, á fin de renovar mis proyectos contra la Inglaterra. Absténgase, pues, vuestra magestad de todo armamento que pueda causarme alguna inquietud, y de hacer nada en favor de la Inglaterra. Después que tuve la honra de ver á vuestra magestad y quedó concluido entre nosotros el tratado de Presburgo, debió serme licito creer que nuestros asuntos habian terminado para siempre, y que podía entregarme á la guerra marítima sin ser inquietado ni distraído. Desconfie vuestra magestad de aquellos, que, al hablarle de los peligros de la monarquía, perturban su tranquilidad, la de su familia, y la de sus pueblos. Con una conducta recta, franca, y sencilla, vuestra magestad hará á estos felices, gozará de una dicha de la que debe tener necesidad después de tantas turbulencias, y podrá estar seguro de encontrar siempre en mí un hombre decidido á no intentar jamás cosa alguna contra sus principales intereses. La mejor política en las actuales circunstancias es la de la sencillez y la de la verdad. Confíeme vuestra magestad sus inquietudes, cuando

llegue á concebir alguna sobre mi conducta, y yo me apresuraré á disiparla. Permitame vuestra magestad, que añada una palabra mas á cuanto llevo dicho, á saber; que vuestra magestad escuche tan solo lo que le dicten su opinion y sus sentimientos, los cuales son superiores con mucho á los de sus consejeros.

«Ruego á vuestra magestad, que dé á mi carta una buena interpretacion, y que no vea en ella mas que un sincero deseo por el bien y la tranquilidad de la Europa y de vuestra magestad.»

A esta carta tan fina y tan arrogante al propio tiempo, Napoleon añadió de nuevo la peticion formal del reconocimiento del rey José, como un medio el mas seguro de hacer estallar las verdaderas disposiciones del Austria, de empeñarla en su sistema, ó de colocarla en una posicion embarazosa, de la cual la obligaria él á salir, ora por la paz, ora por la guerra, cuando le acomodase llevar las cosas al estremo.

Los soberanos, que habian acudido á Erfurt, fueron marchando sucesivamente de esta ciudad, despues de los dos emperadores. El 14 por la mañana, Alejandro y Napoleon montaron á caballo, y en medio de una multitud inmensa que habia acudido de todas partes, y por entre las tropas formadas en orden de parada, salieron de Erfurt, caminando uno al lado de otro, lo mismo que á su entrada en la ciudad. De esta manera, anduvieron juntos un largo trecho de camino; luego, echando pie á tierra, y abandonando sus caballos á dos palafreneros, pasearon reñidos por espacio de algunos instantes, dijéronse de nuevo y brevemente cuanto tantas veces se habian dicho ya sobre la

utilidad, fecundidad y grandeza de su alianza, sobre las simpatias que recíprocamente se inspiraban y sobre su deseo y su esperanza de estrechar los lazos que los unian, y en seguida se abrazaron con cierta emociion. Sin que sea esto decir que no hubiese en su amistad gran parte de politica, de ambicion y de interes, puede muy bien asegurarse que no era solo cálculo lo que habia en este sentimiento. Los hombres, aun aquellos que mas obligados se ven al disimulo, no son nunca tan falsos, ni se hallan tan desprovistos de sensibilidad como imagina la malicia del vulgo, el cual cree hacer alarde de profundo saber, pensando mal en todo y por todo. Alejandro y Napoleon se separaron conmovidos, y se estrecharon las manos, alargándola desde lo interior de su carruaje el uno, y desde encima de su caballo el otro. Alejandro partió para Weimar y San Petersburgo, y Napoleon para Erfurt y París. Estábales reservado no volver á verse, y de cuantos proyectos formaron en la entrevista, ninguno debia realizarse!

Así que Napoleon regresó á Erfurt, despidió á los príncipes y demas personajes que aun no habian marchado, y subiendo él mismo pocas horas despues á un carruaje, dejó otra vez sumida en la soledad y el silencio aquella reducida ciudad, á la cual habia llenado por breves dias de tumulto, de esplendor y de movimiento, para devolverla despues su pacífica oscuridad. Erfurt, sin embargo, será siempre célebre, como teatro donde se dió aquella gran representacion de las grandezas humanas.

Napoleon partió de Erfurt el 14, y llegó á Saint-Cloud el 18 por la mañana. La entrevista que aca-

baba de tener con el emperador Alejandro, había correspondido á sus miras, puesto que el Austria quedaba contenida, al menos por el pronto, y le daba tiempo para hacer una campaña corta y decisiva en España. A las impresiones producidas por los acontecimientos de esta nacion, habian sucedido otras menos desagradables: la catastrofe de Bailen, muy sabida en Europa, y poco conocida en Francia, habiase olvidado en virtud del acontecimiento de Erfurt, del cual todos tenian noticia: y finalmente, era muy posible que, ante las fuerzas unidas de la Rusia y de la Francia, se intimidase la Inglaterra y consintiese en escuchar palabras de paz.

Inmediatamente que Napoleon llegó á Saint-Cloud, mandó dar curso al proyecto de negociaciones con la Gran Bretaña, prescribiendo al gefe de las fuerzas navales en Boloña, que embarcase de la manera mas ostensible á los dos mensajeros procedentes de Erfurt, designados como correos, uno del emperador de Rusia y otro del emperador de los franceses. El mensaje, de que eran portadores para entregarlo en poder de Mr. Canning, y el cual contenia una carta de los emperadores al rey de Inglaterra, ofreciéndole la paz en términos dignos al par que formales, llevaba escrito en su cubierta exterior, que iba dirigido por sus magestades el emperador de los franceses y el emperador de Rusia, á su magestad el rey de la Gran Bretaña. Los correos tenian orden de ir diciendo por todas partes, y por Inglaterra principalmente, que procedian de Erfurt, donde habian dejado á los dos emperadores reunidos, y que habian encontrado en el camino numerosas tropas que

marchaban en direccion del campo de Boloña. Napoleon queria hacer de esta manera que pesase esclusivamente sobre el gabinete de Lóndres la negativa de la paz, y herir al propio tiempo la imaginacion de los ingleses con la posibilidad de una nueva expedicion de aquel puerto.

El emperador de los franceses proponiase permanecer en Paris tan solo los dias necesarios para la ejecucion de sus últimas órdenes, y marchar en seguida para España, á fin de dirigir en persona las operaciones militares con aquella actividad y vigor peculiares suyos, de cuyas dotes tenia precision de haer uso entonces mas que nunca, para quitar á la Inglaterra el recurso de la insurreccion española, y para tener mas disponibles sus ejércitos para en el caso de renovacion de hostilidades con el Austria, lo cual consideraba como muy posible para la primavera siguiente. Sus principales deseos, sin embargo, no eran otros que alejar esta crisis. Alarmar á la Inglaterra y tranquilizar al Austria, á fin de inspirar á la una pensamientos de paz, y quitar á la otra sus pensamientos de guerra, fué el doble motivo que dictó sus últimas disposiciones.

En su consecuencia hizo una nueva distribucion de las fuerzas que habia dejado en Alemania. Quitólas en primer lugar el titulo de *Grande Ejército*, y calificándolas con el mas modesto de *Ejército del Rin*, confirió el mando de ellas al mariscal Davout, el mas capaz de todos sus mariscales para mantener y disciplinar un ejército. El cuerpo de ejército que mandaba el mariscal Soult fué disuelto, y este gefe recibió orden de dirigirse á España. De las tres divisiones que componian el total de las fuerzas del mariscal Soult, una, la divi-

sion Saint-Hilaire, fué agregada á las órdenes del mariscal Davout, cuyo cuerpo de ejército habia tomado el nombre de ejército del Rhin: las otras dos, que eran las divisiones Carra-Saint-Cyr y Legrand, fueron encaminadas sobre la Francia con direccion al campo de Boloña, pero muy lentamente, para que pudiesen retroceder en caso de necesidad y llegar pronto á lo alto del Danubio. Las divisiones Boudet y Molitor recibieron orden de marchar hacia Strasburgo y Lyon con direccion á Italia, pero sin perder la posibilidad de retroceder sobre Suabia y Baviera. El mariscal Davout con sus tres antiguas divisiones, Morand, Friand, y Gudiu, con la nueva division Saint-Hilaire destacada del cuerpo de ejército del mariscal Soult, con la escelente division de tropas escogidas al mando de Oudinot, con todos los coraceros, con un crecido número de caballería ligera, y un magnífico tren de artillería, recibió instrucciones para ocupar la izquierda del Elba, acantonando su caballería en Hannover y en Wesfalia, y su infantería en las antiguas provincias franconianas y sajonas de la Prusia. El mariscal Davout debia reunir al rededor de sesenta mil infantes, doce mil coraceros, ocho mil húsares y cazadores, y diez mil soldados de artillería é ingenieros, ó sea noventa mil combatientes, los mejores de todos los ejércitos franceses. Quedaban sobre las costas del mar del Norte seis mil franceses, y un número igual de holandeses al mando del príncipe de Ponte-Corbo. Las cuatro divisiones que regresaban á Francia, podian muy bien acudir á reforzar con cerca de cuarenta mil hombres, á las que estaban destinadas á operar en Alemania, con solo hacer un movimien-

to sobre la izquierda. En virtud de la organizacion que añadia un quinto batallon á todos los regimientos, y que obligaba á los batallones cuartos á reunirse á sus respectivos cuerpos, el número de las fuerzas mencionadas tenia que elevarse todavía hasta cerca de ciento ochenta mil hombres.

Merced á esta misma organizacion, todos los regimientos de Italia, los cuales tenian cuatro batallones reunidos en el cuerpo, debian formar un total de cien mil soldados, de los cuales pertenecian ochenta mil á infantería, doce mil á caballería, y el resto á artillería é ingenieros. Napoleon ordenó que se aprovechasen los últimos dias del mes de octubre, para obligar á partir á los alistados antes del invierno, deseando que en Italia estuviese todo corriente para el mes de marzo. El ejército de Dalmacia, calificado hasta entonces con el título de segundo cuerpo del grande ejército desde que despues de la batalla de Austerlitz se separó de aquel y pasó á ocupar la mencionada provincia á las órdenes del mariscal Marmont, tomó á la sazón el nombre de primer cuerpo del ejército de Italia, y sus fuerzas ascendieron de este modo al número de ciento veinte mil hombres.

Asegurándose, pues, del Austria con la distribución y direccion que Napoleon hizo nuevamente de sus fuerzas, hallábase ya en disposicion de obrar con arreglo á sus miras. Por otra parte, y á fin de alarmar á la Inglaterra, procuró que el movimiento de las dos divisiones Carra-Saint-Cyr y Legrand hacia Boloña se verificase con toda la posible ostentacion.

Napoleon dió al mismo tiempo las últimas órdenes para la composicion del ejército de España.

Dividiólo en ocho cuerpos, de cuyo mando en gefe se proponía encargarse, conservando como siempre al príncipe Berthier de mayor-general. El primer cuerpo del grande ejército, trasladado de Berlín á Bayona en fines de octubre conservó bajo el mando del mariscal Victor, el nombre de primer cuerpo del ejército de España. El cuerpo de ejército del mariscal Bessieres, pasó á ser segundo, y fué destinado á las órdenes del mariscal Soult. El cuerpo de ejército del mariscal Moncey fué calificado de tercero del ejército de España. La division Sebastiani, reunida con los polacos y los alemanes al mando del mariscal Lefebvre, tomó el título de cuarto cuerpo. El quinto cuerpo del grande ejército, á las órdenes del mariscal Morthier, y el cual se había encaminado, en virtud de orden procedente de Erfurt, desde el Rhin sobre los Pirineos, conservó su rango numérico, tomando el nombre de quinto cuerpo del ejército de España. El que antes era sexto cuerpo del grande ejército, recién llegado de Alemania, compuesto siempre de las divisiones Marchand y Bisson, y mandado por el mariscal Ney, se llamó igualmente sexto cuerpo del ejército de la Península. Con algunos de los regimientos aguerridos trasportados á España, creóse para incorporarla á este último cuerpo de ejército, una tercera y excelente division, bajo el mando del general Dessoles, la cual debia hacer las fuerzas de aquel mas numerosas que lo que lo habian sido nunca. El general Gouvion Saint-Cyr, con las tropas del general Duhesme encerradas en Barcelona, la columna Reille, que proseguia en Figueras, y las divisiones Pino y Souham que habian venido desde el Piamonte al Rosellon, debia formar y

mandar el sétimo cuerpo del ejército de España. Junot, con las tropas que habian vuelto por mar de Portugal, armadas de nuevo, reforzadas y provistas de artillería y de caballería, formó el octavo cuerpo. El mariscal Bessieres recibió orden de ponerse á la cabeza de la caballería compuesta de catorce mil dragones y dos mil cazadores. El general Walther tomó el mando de la guardia imperial, cuyo número ascendia á diez mil hombres. Todas estas fuerzas componian una masa de ciento cincuenta mil hombres de tropas aguerridas, la cual, reunida á los cien mil que se hallaban ya al otro lado de los Pirineos, formaban con ella el enorme total de doscientos cincuenta mil combatientes. Véase, pues, á que esfuerzos se veia obligado Napoleon, por haber emprendido en un principio la invasion de España con un ejército muy poco numeroso y muy poco aguerrido.

De este refuerzo de ciento cincuenta mil hombres, cien mil al menos, que habian partido de Alemania ó de Italia en fines de agosto, se hallaban sobre los Pirineos á últimos de octubre, y formaban el primero, el cuarto, el sexto y el sétimo de los cuerpos de ejército, la guardia, y los dragones. El quinto á las órdenes del mariscal Morthier, que habia partido mas tarde que los otros, y el octavo á las del general Junot, que habia sido desembarcado recientemente por los ingleses en la Rochela, se hallaban todavia en marcha.

José entre tanto, segun hemos ya dicho, no habia cesado de imaginar y ejecutar falsos movimientos tan pronto sobre su derecha como sobre su izquierda, sin obtener otro resultado que una imitacion ridicula de las maniobras del emperador, el

de fatigar inútilmente sus tropas, y el de lograr que perdiesen toda confianza en la autoridad que las mandaba. Para coronar aquella triste campaña sobre el Ebro, había proyectado, ó lo proyectaron otros por él, un movimiento ofensivo sobre Madrid, abandonando al azar las comunicaciones del ejército con la Francia, y dejando á Napoleon el cuidado de restablecerlas con el auxilio de los ciento cincuenta mil hombres que traía de Alemania é Italia. Napoleon no pudo menos de mostrarse compadecido de tan loca concepcion, y á este propósito le escribió, dándole lecciones en el arte del qual era el gran maestro, las cartas mas excelentes é instructivas, en las cuales le advertía ademas que permaneciese quieto en Vitoria, que dejase á los insurgentes de la derecha, al mando del general Blake, que avanzasen hasta Bilbao, y á los insurgentes de la izquierda, á las órdenes de los generales Palafox y Castaños, que avanzasen hasta Sangüesa, y hasta á un punto mas próximo, si lo tenían á bien, puesto que debiendo llegar él bien pronto al centro, hacia Vitoria, con una masa inmensa de fuerzas, podria caer sobre ellos, cogerlos por la espalda, derrotarlos, y terminar, como él decia, la guerra de un solo golpe. El mayor Berthier partió el primero para Bayona, á fin de organizar el estado mayor y designar su sitio á cada cuerpo para que Napoleon no tuviese que hacer otra cosa á su llegada, que dar las órdenes de movimiento. Después de verificar la apertura del Cuerpo legislativo con poco aparato, y de confiar á Mr. de Talleyrand la mision de recibir á los individuos de ambas asambleas, la de que se avistase con ellos, frecuentase su trato, y procurase dirigirlos por la senda tranquila y laboriosa que

seguian entonces; despues de remitir á Mrs. de Romanzoff y de Champagny el cuidado de conducir la gran negociacion entablada con la Inglaterra, Napoleon dejó á Paris el 29 de octubre para retirarse á Bayona. Sus parientes y allegados, y todos aquellos que tenían interes en que conservase su preciosa existencia, le vieron marchar con una especie de siniestra aprension hacia aquel pais de fanáticos, donde el general Gobert había muerto de un balazo, dirigido desde un matorral. En cuanto á él, tranquilo, sereno, sin acordarse de estabala, dirigida desde una emboscada, ni de los centenares de ellas que atravesaban el campo de batalla de Eylau, partió lleno de confianza, y abrigando la esperanza de afligir á los ingleses causándoles un descalabro humillante.

Antes de emprender la marcha, había dado tambien sus órdenes á la marina. Obligado, empero, á renunciar á sus vastos proyectos marítimos, concebidos, cuando contaba con poder dominar la España sin dificultad alguna y hacerla concurrir á sus gigantescas expediciones, veíase nuevamente reducida á meros y simples cruceros. Había, pues, espedido gran número de fragatas, á fin de que llevasen soldados y víveres á las colonias, y trajesen de retorno azúcar y café por cuenta del comercio. Había ordenado ademas dos fuertes cruceros, uno á las órdenes del contra-almirante Lhermite, el cual partió de Rochefort con tres navios y algunas fragatas, y otro á las órdenes del capitan Troude, que, partiendo de Lorient con igual número de buques, debia tocar en la Guadalupe y la Martinica, desembarcar allí las tropas y los víveres que llevaban á bordo, cargar géneros coloniales, y ve-

ificar su regreso hácia Tolon. Prescribió, por último, á su escuadra de Flesingue que se diese á la vela en la primera ocasion favorable que se le presentára, á fin de dirigirse hácia el Mediterráneo, bien fuese por la Mancha, ó bien haciendo un movimiento al rededor de las islas Británicas. Napoleon no habia desistido de sus intentos de una gran empresa, antes de la conclusion de la paz, sobre la Sicilia, á fin de agregarla al reino de Nápoles. Murat acababa de apoderarse de la isla de Caprea, y Napoleon no desesperaba, por tanto, de ver reconstituido el reino de las Dos Sicilias, bajo la dominacion de aquel príncipe belicoso, secundado por la marina francesa.

Mientras que el emperador se hallaba en camino para España, las negociaciones, según hemos dicho, debian continuar en ausencia suya, conducidas por Mrs. de Champagny y de Romanzoff, los cuales debian tambien tomar consejo de Mr. Talleyrand. Los correos, que habian partido de Boloña, lograron á duras penas penetrar en Inglaterra, en atencion á que los cruceros todos de la marina británica tenian las órdenes mas terminantes para no dejar pasar buque alguno parlamentario. Esto no obstante, un oficial de marina muy entendido, el cual mandaba el brick que llevaba á aquellos á su bordo, atravesó, sin que ninguno lograra darle caza, la línea de los cruceros ingleses, y fué á desembarcar á las Dunas. En este puerto opusieron al principio dificultades para admitir á los dos correos, y todo cuanto se pudo recabar, fué, que el ruso partiera á Londres reteniendo al francés en las Dunas. Este último tardó muy poco en obtener permiso para dirigirse á la capital, en virtud de una

órden de Mr. Canning. Ambos correos fueron tratados con las mayores consideraciones, si bien se les puso bajo la custodia de un correo inglés, el cual no los abandonó ni un solo instante, y á las cuarenta y ocho horas volviéronse á expedir á Francia con una mera acusacion de recibo para Mrs. de Champagny y de Romanzoff. en la que se les anunciaba que se enviaria despues la respuesta al mensaje de los emperadores.

El recibimiento desconfiado que se hizo á los correos, y las precauciones que se tomaron con sus personas, no indicaban, á decir verdad, desconfianza alguna de entablar comunicaciones con el continente. Los ánimos; efectivamente, se hallaban asaz poco propensos á la paz al otro lado del estrecho. Aun cuando la nacion inglesa se habia mostrado hasta entonces dispuesta generalmente á aceptar las proposiciones de paz, siempre que se hacia alguna á su gobierno, y aun cuando maldecia constantemente de la obstinacion del gabinete en continuar la guerra, aquella vez, sin embargo, manifestaba pensamientos muy diversos. Esta diferencia en sus disposiciones procedia de varias causas. En primer lugar, si bien es cierto, que la guerra entablada, despues de lo de Tilsit, con todo el continente y con la Rusia en particular, la habia asustado tanto como en 1804, tambien lo es, que habia llegado á tranquilizarse, al ver que las consecuencias de aquella guerra general no eran tan graves como habia creído en un principio. Al presente ya no les quedaba enemigo alguno sobre su territorio, y dominando como dominaba el Océano, podia reirse de los esfuerzos de todos sus adversarios: y si bien es verdad, que el continente estaba cer-

rado para ello de un extremo á otro, no lo estaba en tales términos, que no pudiese introducir tanto por el Norte como por el Mediodía, y sobre todo por Trieste, abundante surtido de géneros. Por otra parte, los últimos acontecimientos de España le prometían inmensas ventajas comerciales, en el hecho de abrirle los puertos de la Península, y asegurándole la explotación exclusiva de las colonias españolas, las cuales se habían sublevado en masa contra el reinado de José. La Inglaterra se encontraba súbitamente con una vasta salida, y con la ocasión de tomar una brillante revancha de la insurrección de los Estados Unidos, apoderándose ó impeliendo á la independencia á las magníficas colonias españolas: de manera, que Napoleón en último resultado al obligar á la Rusia á declararse contra Inglaterra, no le había creado un nuevo enemigo; al paso que al cerrar á esta incompletamente los puertos del Norte, le había abierto los del Mediodía y todos los de la América del Sur. Además, la insurrección española hacía surgir sobre el continente un aliado para la Inglaterra, el cual era el único que había alcanzado sobre las tropas francesas alguna victoria; en todo el espacio trascorrido desde 1802. No hay pueblo alguno que se entusiasme mas fácilmente que el pueblo grave de la Gran Bretaña, y en aquella época lo estaba tanto con los insurgentes españoles, como la hemos visto entusiasmarse en nuestros días con los revoltosos de todos los países. El pueblo inglés admiraba la abnegación generosa, el incomparable valor de aquellos, y no considerando en la victoria de Bailen mas que el resultado material, sin detenerse en buscar la causa, llegaba hasta el extremo de decla-

rarlos, cuando menos, iguales á los franceses. El Austria, si bien aparentaba haber roto sus relaciones con el gobierno británico, le daba por bajo de cuerda señales inequívocas de inteligencia, hacia armamentos sin descanso, y segun todas las probabilidades, se estaba disponiendo para renovar la guerra contra la Francia. Las esperanzas de una nueva lucha, quizás de feliz éxito, renacían en todas partes, á juicio de los ingleses; de consiguiente, no era aquella época para ellos el momento oportuno de pensar en la paz, puesto que la condición mas indispensable para inclinar á los ingleses á ella, hubiera sido el que Napoleón hubiese logrado someter de un modo definitivo la segunda potencia marítima del continente; es decir, la España. Un nuevo incidente, por último, había venido en aquella época a enardecer los ánimos. La capitulación de Cintra era considerada como una debilidad indigna de los generales británicos. Al compararla con la de Bailen, y envidioso el pueblo de que no se hubiese obtenido sobre los franceses una ventaja tan completa como la que habían obtenido los españoles, á la par que sosteniendo que el general Junot se hallaba á consecuencia de la batalla de Vimeiro, en una posición tan falsa como aquella en que quedara el general Dupont á consecuencia de la catástrofe de Bailen, lo cual estaba muy lejos de ser cierto, se mostraba indignado de que se hubiesen concedido al general Junot condiciones, cien veces mas ventajosas que las que al general Dupont se habían otorgado, y lamentaba vivamente el que se le hubiese privado con semejante conducta del placer sin igual de ver desfilar sobre las márgenes del Támesis un ejército frances prisionero.

La irritacion que esto produjo contra el ministerio llegó á un extremo tal que se exigió la formacion de un tribunal superior para que juzgara á los generales ingleses victoriosos. El mismo Sir Arturo Wellesley estaba comprendido con Sir Hew Dalrymple en este asunto, si bien se tributaban al propio tiempo justos elogios á sus operaciones militares. Ciertamente, que cuando, en vez de murmurar como en otras ocasiones del encarnizamiento contra los franceses, se maldecia, por el contrario, de la estrema benignidad que se habia usado con ellos, la ocasion para entablar negociaciones sobre la paz, no podia ser mas inoportuna. El ministerio de Canning-Castlereagh, ultra-imitador de la política de Mr. Pitt, tuvo miedo de ser acusado mucho mas violentamente aun de lo que aquel lo fuera, si daba curso á las proposiciones pacíficas. Así es, que ya por una causa, ya por otra, habia ido fracasando sucesivamente todas las ocasiones de una reconciliacion con la Gran Bretaña: fracasó en primer lugar la que se ofrecia con lord Lauderdale en 1800, porque la Francia quiso entonces proseguir y acabar la conquista del continente, y la de 1807 despues lo de Tilsit, y la 1808 despues de la entrevista de Erfurt, porque la Inglaterra queria proseguir y acabar la conquista de los mares. Aunque la Inglaterra muy poco dispuesta á entrar en negociaciones, el gabinete británico no se atrevió á rehusar perentoriamente á la faz de su nacion y á la de la Europa entera el escuchar las proposiciones de paz. En su consecuencia, algunos dias despues, el 28 de octubre, respondió á Mrs. de Champagny y de Romanzoff por medio de un mensage, que condujo á Paris un correo inglés.

Decíase en este mensage, que, aun cuando la Inglaterra habia recibido hasta entonces diferentes proposiciones de paz, las cuales tenia razones sobradas para creer que no eran formales y sinceras, no rehusaria jamás el prestar oídos á proposiciones de este género, con tal de que fuesen honrosas para ella. Y en esta ocasion, renunciando á entrar en argumentos sobre la base de negociaciones, sobre la del *uti possidetis*, que dejaba poco lugar á la crítica, puesto que era la misma que el gobierno británico habia presentado en todas las épocas anteriores, hacíase consistir la honra y el deber para la Inglaterra, en que todos sus aliados fuesen comprendidos en la capitulacion, incluso los insurgentes españoles, á pesar de que ningun vínculo formal ligaba á estos con ella. Pero en defecto de un vínculo semejante, decíase, que un interes comun, un sentimiento de generosidad, y las numerosas relaciones ya establecidas con ellos, no le permitian dejarlos abandonados. Con esta condicion, Mr. de Canning se hallaba presto á nombrar los plenipotenciarios, y á enviarlos al punto que se quisiese.

El gabinete británico dudaba mucho, que pidiendo por su parte la admision de los insurgentes españoles á las conferencias que deberian abrirse para tratar de la paz, fuese posible entablar negociacion alguna, mediante á que entre Fernando VII y el rey José no habia transaccion imaginable. Uno y otro querian ó todo ó nada: ó Madrid, ó Valenzay.

Cuando Mr. de Romanzoff y Mr. de Champagny, recibieron esta respuesta, en la cual se acompañaban algunas excusas al primero, dicen-

do que, si no se respondia directamente á los mismos soberanos, sino á sus ministros, era porque uno de los dos emperadores no estaba reconocido por la Inglaterra, aquellos se encontraron en la mas grande confusion. Tomar sobre sí el compromiso de esplicarse afirmativa ó negativamente sobre la condicion esencial, esto es, sobre la admission de los insurgentes, les parecia muy arriesgado, aun cuando se autorizasen con el consejo de monsieur de Talleyrand. Decidieronse, pues, recurrir á Napoleon, y entretanto procedieron con Mr. Canning, como habia procedido él mismo, mandándole una mera acusacion de recibo, y remitiendo para despues la respuesta á su mensaje.

Mr. de Romanzoff, cuya impaciencia por conducir á su término las negociaciones con Londres á fin de poder apropiarse mas pronto las provincias del Danubio, era ya tan grande desde un principio, al presente, que se hallaba en Paris, y públicamente empeñado en una tentativa de paz con la Inglaterra, tenia interesado además su amor propio en conseguir un buen resultado, y en este concepto trabajaba con un celo tanto mas recomendable, cuanto que por la convencion de Erfurt se habia estipulado, que de todas maneras serian adjudicadas á la Rusia, la Finlandia, la Moldavia y la Valaquia. Su opinion, así como la de Mr. de Talleyrand y de Champagny, respecto al mensaje inglés, era, que la peticion relativa á que todos los aliados de la Inglaterra, incluso los insurgentes de España, se hallasen presentes á las negociaciones, no ofrecia en su forma nada de tan absoluto, que fuese imposible el que llegaran á entenderse. Bajo este supuesto los tres convinieron en

escribir al emperador, á fin de suplicarle que dejase en su respuesta campo libre para continuar tratando sobre la paz, y para que se pudiese llegar á una reunion de plenipotenciarios.

Napoleon hallábase por entonces sobre el Ebro, entregado enteramente á la guerra y á la esperanza de derrotar á los españoles y los ingleses, y en esta atencion, al propio tiempo que dejandose llevar de las nuevas impresiones que le dominaban, daba mucha menos importancia que en un principio á la prosecucion de las negociaciones con la Inglaterra. El mensaje de Mr. de Canning, por otra parte, no le permitia tampoco formarse ilusiones acerca de este asunto, y persuadido de que, solo causando un fuerte descalabro al ejército inglés, podria atenuar la obstinacion del gabinete de Londres, hallábase mas dispuesto á abandonar á otros el manejo de las negociaciones: por lo cual dió permiso á los tres diplomáticos residentes en Paris, para que obrasen segun su leal saber y entender, con tal de que exigiesen que los insurgentes fuesen formalmente escludidos de la negociacion. A este fin, mandóles una minuta de la respuesta, autorizando á Mrs. de Champagny, de Romanzoff y de Talleyrand, para que hiciesen en ella las modificaciones que les acomodase, de cuyo permiso usaron estos, teniendo buen cuidado de reformarla de una manera notable.

En este nuevo mensaje, de cuya conduccion á Londres fueron encargados los mismos correos, se rechazaban algunas alusiones ofensivas que contenia el mensaje inglés, y se admitia sin dificultad en las negociaciones á todos los aliados de la Inglaterra, esceptuando los insurgentes españoles.

de quienes se decía que no eran mas que unos revoltosos, que no podian representar á Fernando VII, mediante á que este se hallaba en Valenzay, desde donde reprobaba altamente la conducta de ellos, y confirmaba la abdicacion de la corona de España.

En virtud de esta segunda nota, y temiendo el gabinete británico que los rumores sobre la paz desanimasen á sus nuevos aliados, así de la España como del Austria, que entibiasen el fanatismo de los unos, y que disminuyesen la actividad de los preparativos militares de los otros, resolvió romper de una manera brusca unas negociaciones, que no le parecían ni formales ni convenientes. Teniendo en sus manos documentos para probar que la Francia no queria hacer concesion alguna á los insurgentes españoles, los cuales gozaban en Inglaterra de una inmensa popularidad, ningun temor abrigaba tampoco por parte del parlamento, fijando de este modo la cuestion. En su consecuencia, hizo una declaracion perentoria, tan ofensiva para la Rusia como para la Francia, en la cual se decía, que no habia paz posible con dos córtes, una de las cuales destruaba y retenia prisioneros á los reyes mas legítimos, al paso que la otra consentia en que los tratasen indignamente por motivos interesados: que á mayor abundamiento, las proposiciones pacíficas dirigidas á la Inglaterra eran ilusorias, y encaminadas tan solo á desanimar á los pueblos guerreros que habian sacudido ya el yugo opresor de la Francia, y á los que se preparaban para hacer otro tanto: que las comunicaciones, por tanto, debian considerarse como definitivamente interrumpidas, y que la guerra, de consiguiente, iba á continuar

con toda la energia prescrita por las circunstancias.

Era, pues, evidente, que la Inglaterra, la cual contaba entonces con la renovacion próxima de la lucha, habia temido que prosiguiendo las negociaciones, se entibiasen los españoles y los austriacos. Mr. de Talleyrand experimentó con este motivo el desagrado ordinario y honroso, que experimentaba siempre que fracasaba una tentativa de paz. Mr. de Romanzoff se picó extraordinariamente de las alusiones ofensivas para su córte, y sintió en el alma que el éxito no hubiese correspondido á lo que se habia propuesto conseguir: consolóse, empero, con la libertad que le quedaba de poder obrar sin demora sobre el Oriente. Mr. de Champagny, adicto en extremo al emperador, á sus ideas, y á su fortuna, no vió en la negativa de la Gran Bretaña otra cosa que nuevas guerras triunfales para su amo, al cual creía invencible. El público, en fin, que escasamente habia tenido conocimiento de las negociaciones, apenas hizo alto en este incidente, y prosiguió aguardando con avidez el resultado decisivo de la presencia de Napoleon en España.

El Austria, por su parte, no habia respondido tampoco á las declaraciones de la Rusia y de la Francia de una manera mas satisfactoria que la Inglaterra. Protestando de sus sinceras intenciones de conservar la paz, y haciendo, efectivamente, con menos estruendo sus preparativos, si bien no los interrumpió del todo, acogia, no obstante, con amargura la proposicion de los dos emperadores relativa al reconocimiento del rey José, y declaró, que cuando la hiciese sabedora de lo que habia pasado en Erfurt, entonces se esplicaría respecto á la nueva monarquia constituida en España, aña-

diendo, que le era indispensable el conocimiento de los pactos entre el emperador de Rusia y Napoleón, para aclarar y fijar sus resoluciones. Tanto por la forma como por el fondo de esta declaración se descubría de una manera estensible la irritación profunda de que se hallaba llena el Austria. Era, pues, evidente, que Napoleón tendría tiempo bastante para hacer una campaña en la Península; pero una tan sola. De su genio y de la bizarría de sus tropas era de esperar, sin embargo, que aquella sería decisiva. El público, habituado á la guerra, y habituado sobre todo bajo los auspicios de aquel señor omnipotente, á dormirse al estruendo del cañón, cuyos lejanos ecos no le presagiaban mas que victorias, proseguía tranquilo y confiado, á pesar de lo mucho de triste y de siniestro que tenía aquella guerra emprendida al otro lado de los Pirineos contra el fanatismo de una nación entera. El brillante y ruidoso espectáculo dado en Erfurt, fascinaba todavía la vista de las gentes, y les ocultaba los peligros demasiado reales de la situación.

LIBRO TREINTA Y TRES.

Somosierra.

Llegada de Napoleón á Bayona.—Inobservancia de algunas de sus órdenes.—Medios de que se vale para suplir esta falta.—Partida del mismo para Vitoria.—Ardor que manifiestan los españoles en sostener una guerra comenzada con éxito.—Proyecto de armar quinientos mil hombres.—Rivalidad de las juntas provinciales, y creación de una junta central en Aranjuez.—Dirección de las operaciones militares.—Plan de campaña.—Distribución de las fuerzas de los insurgentes en ejércitos de la izquierda, del centro, y de la derecha.—Encuentro prematuro del cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre con el ejército del general Blake, delante de Durango.—Combate de Zornoza.—Derrota de los españoles.—Llega Napoleón á Vitoria, rectifica las posiciones de sus tropas, forma el proyecto de dejarse atacar por los dos flancos, y de marchar en seguida sobre Burgos para caer sobre Blake y Castaños, cogiéndolos por retaguardia.—Ejecución de este proyecto.—Marcha del segundo cuerpo de ejército, al mando del mariscal Soult, sobre Burgos.—Acción de Burgos y toma de la ciudad.—Los mariscales Victor y Lefebvre, destinados á oponerse al general Blake, lo persiguen con acerrima tenacidad.—Alcañalé Victor en Espinosa y dispersa á los insurgentes.—Movimiento del tercer cuerpo de ejército, al mando del mariscal Lannes, sobre las tropas del general Castaños.—Maniobra sobre la retaguardia de estas, verificada enviando al mariscal Ney á través de las montañas de Soria.—Batalla de Tudela, y derrota de los ejércitos de la derecha y del centro.—Desembarazado Napoleón de las masas de la insurrección española, avanza sobre Madrid, sin ocuparse de los ingleses á quic-

diendo, que le era indispensable el conocimiento de los pactos entre el emperador de Rusia y Napoleón, para aclarar y fijar sus resoluciones. Tanto por la forma como por el fondo de esta declaración se descubría de una manera estensible la irritación profunda de que se hallaba llena el Austria. Era, pues, evidente, que Napoleón tendría tiempo bastante para hacer una campaña en la Península; pero una tan sola. De su genio y de la bizarría de sus tropas era de esperar, sin embargo, que aquella sería decisiva. El público, habituado á la guerra, y habituado sobre todo bajo los auspicios de aquel señor omnipotente, á dormirse al estruendo del cañón, cuyos lejanos ecos no le presagiaban mas que victorias, proseguía tranquilo y confiado, á pesar de lo mucho de triste y de siniestro que tenía aquella guerra emprendida al otro lado de los Pirineos contra el fanatismo de una nación entera. El brillante y ruidoso espectáculo dado en Erfurt, fascinaba todavía la vista de las gentes, y les ocultaba los peligros demasiado reales de la situación.

LIBRO TREINTA Y TRES.

Somosierra.

Llegada de Napoleón á Bayona.—Inobservancia de algunas de sus órdenes.—Medios de que se vale para suplir esta falta.—Partida del mismo para Vitoria.—Ardor que manifiestan los españoles en sostener una guerra comenzada con éxito.—Proyecto de armar quinientos mil hombres.—Rivalidad de las juntas provinciales, y creación de una junta central en Aranjuez.—Dirección de las operaciones militares.—Plan de campaña.—Distribución de las fuerzas de los insurgentes en ejércitos de la izquierda, del centro, y de la derecha.—Encuentro prematuro del cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre con el ejército del general Blake, delante de Durango.—Combate de Zornoza.—Derrota de los españoles.—Llega Napoleón á Vitoria, rectifica las posiciones de sus tropas, forma el proyecto de dejarse atacar por los dos flancos, y de marchar en seguida sobre Burgos para caer sobre Blake y Castaños, cogiéndolos por retaguardia.—Ejecución de este proyecto.—Marcha del segundo cuerpo de ejército, al mando del mariscal Soult, sobre Burgos.—Acción de Burgos y toma de la ciudad.—Los mariscales Victor y Lefebvre, destinados á oponerse al general Blake, lo persiguen con acerrima tenacidad.—Alcanzale Victor en Espinosa y dispersa á los insurgentes.—Movimiento del tercer cuerpo de ejército, al mando del mariscal Lannes, sobre las tropas del general Castaños.—Maniobra sobre la retaguardia de estas, verificada enviando al mariscal Ney á través de las montañas de Soria.—Batalla de Tudela, y derrota de los ejércitos de la derecha y del centro.—Desembarazado Napoleón de las masas de la insurrección española, avanza sobre Madrid, sin ocuparse de los ingleses á quic-

nes desea atraer á lo interior de la Península.—Marcha hácia el Guadarrama.—Brillante combate de Somosierra.—Aparicion del ejército francés al pie de los muros de Madrid.—Esfuerzos para evitar á la capital de España los horrores consiguientes á la toma por asalto.—Ataque y rendicion de Madrid.—Niégale Napoleón á su hermano el permiso para entrar en la corte, y se abstiene él tambien de entrar.—Medidas políticas y militares de Napoleón.—Abolicion de la Inquisicion, de los derechos feudales, y de parte de los conventos.—Los mariscales Lefebvre y Ney reciben orden de marchar sobre Madrid, y el último se dirige desde la capital á Castilla la Vieja, para operar ulteriormente contra los ingleses.—Operaciones en Aragón y en Cataluña.—Lentitud forzosa del sitio de Zaragoza.—Campana del general Saint-Cyr en Cataluña.—Paso de la frontera.—Sitio de Rosas.—Marcha hábil para evitar las plazas de Gerona y de Hostalrich.—Encuentro con el ejército español y batalla de Cardedeu.—Entrada triunfal en Barcelona.—Salida inmediata para el campo del Llobregat y victoria de Molins del Rey.—Continuacion de los acontecimientos en el centro de España.—Llegada del mariscal Lefebvre á Toledo y del mariscal Ney á Madrid.—Noticias del ejército inglés, adquiridas por conducto de los desertores.—El general Moore, reuniéndose cerca de Benavente á la division de Samuel Baird, se dirige al encuentro del mariscal Soult.—Maniobra de Napoleón para lanzarse sobre uno de los flancos de los ingleses y derrotarlos.—Partida del mariscal Ney con las divisiones Marchaud y Maurice-Mathieu, y de Napoleón con las divisiones Lipisse y Dessoles, y la guardia imperial.—Tránsito del Guadarrama.—Tempestad, retrasos inevitables.—Avisado el general Moore del movimiento de los franceses, emprende la retirada.—Napoleón avanza hasta la ciudad de Astorga.—Decidese á establecerse en Valladolid á consecuencia de los correos recibidos de Francia.—Confía al mariscal Soult el cuidado de perseguir al ejército inglés.—Retirada del general Moore, perseguido por el mariscal Soult.—Desórdenes y devastaciones ocurridas en esta retirada.—Encuentro en Logro.—Indecision del mariscal Soult.—Llegada de los ingleses á la Coruña.—Batalla de la Coruña.—Muerte del general Moore y embarco de los ingleses.—Sus pérdidas en esta campana.—Últimas instrucciones de Napoleón antes de dejar la España, y partida del mismo para Paris.—Plan para conquistar el Mediodía de la España, despues de un mes de descanso concedido al ejército.—Movimiento del mariscal Victor sobre Cuenca á fin de purgar de una manera definitiva el centro de la España de insurgentes.—Batalla de Uclés, en la cual se hace prisionera una gran parte del ejército del duque del Infantado, antes ejército de Castaños.—José entra al fin en Madrid, bajo la influencia de estos sucesos, y con el consentimiento de su hermano.—La España parece dispuesta á someterse.—Zaragoza es la única ciudad que ofrece resistencia en el Norte y en el centro de la España.—Dificultades con que se tropieza al frente de esta importante ciudad.—Envío del mariscal Lannes para acelerar las operacio-

nes del sitio.—Vicisitudes y horrores de este sitio memorable.—Heroísmo de los españoles y de los franceses.—Rendicion de Zaragoza.—Carácter y fin de esta segunda campana de los franceses en la Península.—Probabilidades de entronizamiento de la nueva monarquía.

Habiendo partido Napoleón apresuradamente para Bayona, y encontrando los caminos muy deteriorados á causa de la estacion, y de los grandes convoyes militares que habian transitado por ellos, asi como tambien apurados todos los caballos de posta, se irritó estraordinariamente contra las administraciones encargadas de estos diversos servicios, y asi que llegó á Mont-Marsan, montó á caballo para atravesar las Landas. El 3 de noviembre á las dos de la tarde llegó á Bayona, é instantáneamente mandó á llamar al príncipe de Berthier, para que le diese cuenta del estado en que se hallaban las cosas y del modo con que habian sido ejecutadas sus órdenes. Nada se habia hecho de la manera que él lo habia prescrito, ni con la rapidez especialmente que deseaba, á pesar de que era el mas previsor, el mas absoluto, y el mejor obedecido de los administradores.

Habia mandado que veinte mil quinientos, pertenecientes á las clases menos acomodadas, escogidos en el Mediodía, y destinados á formar la base de los cuartos batallones correspondientes á los regimientos que se hallaban sirviendo en España (4)

(1) Como queda dicho en el precedente libro, Napoleón dispuso que cada regimiento constase de cinco batallones, y que los cuerpos que servian en España tuviesen tres incorporados á las filas, quedando el cuarto en Bayona como primer depósito, y el quinto en lo interior de la Francia en calidad de segundo.

se reuniesen en Bayona, y todavía no habían llegado mas que unos cinco mil á lo sumo. Contaba con cincuenta mil capotes, ciento veinte y nueve mil pares de zapatos, y el vestuario proporcionado á este equipo, y solo encontró quince mil pares de zapatos y siete mil capotes. De consiguiente, y siendo el capote y el calzado, segun ya hemos dicho, lo que creia mas indispensable, sobre todo para las campañas de invierno, se mostró altamente descontento por esta falta. Mientras que la provision de vestuario era tan corta, habiase hecho una considerable provision de víveres, lo cual era un contrasentido, puesto que rebosaban en ellos las dos Castillas, donde tal es la abundancia de carnes y de cereales. En cuanto á vino, no se diga, porque es uno de los productos que constituyen la principal riqueza de la Peninsula.

Las acémilas, de las cuales habia ordenado Napoleon que se comprase un considerable número, escogiéndolas, á falta de otras, de cuatro á cuatro años y medio, eran demasiado jóvenes para que pudiesen prestar un buen servicio, y de aqui resultaba una contrariedad no menos sensible que las otras, mediante á que eran aquellas una de las cosas que mas falta debían hacer en España, á causa del estado de los caminos, y porque, careciendo de otros medios de transporte, casi todo tendria que llevarse á lomo. Además de todo esto, Napoleon habia prescrito, que todas las tropas procedentes de Alemania se concentrasen entre Vitoria y Bayona, que no se comenzase ninguna operacion, y que se permitiese á los insurgentes que se acercasen hasta llegar á atacar nuestros flancos, porque su plan era que los generales españoles,

avanzasen demasiado dejándose fascinar por su pretension ridicula de arrollar á nuestro ejército, y en vez de ejecutar estas órdenes, las excelentes tropas sacadas del grande ejército, habian sido distribuidas en todos los puntos donde los temores del estado mayor de José, hacian presumir que existia un peligro. El mariscal Lefebvre, en fin, que mandaba el primer cuerpo de ejército, seducido por la ocasion de combatir á los españoles en Durango, los habia desecho, obteniendo asi una ventaja de poquísima importancia para Napoleon, quien en su posicion actual deseaba y tenia necesidad de resultados ertraordinarios.

Por grandes que fuesen, empero, estas contrariedades, Napoleon no podia achacarlas ni á su imprevision ni á la indocilidad de sus agentes, sino mas bien á la naturaleza de las cosas, las cuales empezaban á salirle mal en todo cuanto emprendia despues de algun tiempo. Habia concedido, en efecto, el plazo de dos meses á lo sumo para que se hiciesen sobre los Pirineos los preparativos de una inmensa guerra, y un plazo semejante, si bien hubiera sido suficiente para operar sobre los Alpes ó sobre el Rhin, á donde no habian cesado de refluir por espacio de algunos años todos los recursos del imperio, estaba muy lejos de ser bastante para operar sobre los Pirineos, á donde, desde 1795, es decir, desde hacia trece años, no se habia dirigido ni la parte mas pequeña de recursos militares, por la sencilla razon de que durante este tiempo la Francia habia estado en paz con la España. Desconociendo, por otra parte, los agentes de la administracion la naturaleza y las necesidades de este nuevo teatro de la guerra, enviaban víveres, por ejem-

plo, á donde se necesitaba vestuario, y vice-versa. Además, acababa de verificarse de súbito un cambio tal en las cantidades de todas las cosas, haciendo subir el número de fuerzas desde sesenta ú ochenta mil alistados á doscientos cincuenta mil hombres, que la mayor prevision habia llegado á ser insuficiente. Por otra parte, si las tropas, en vez de hallarse concentradas en Vitoria, se habian desparramado en diversas direcciones, consistia en que un estado mayor, en el cual no figuraban aun los lugartenientes vigorosos y enérgicos que Napoleon habia formado en su escuela, se aturrullaba á la primera apariencia de peligro, y enviaba los cuerpos, asi que iban llegando, á cualquiera parte donde el enemigo se presentaba. El mismo mariscal Lefebvre, por último, no habia cedido á su intempestivo deseo de combatir, sino por la razon sencillísima de que, allí donde Napoleon no estaba, el mando perdía su vigor y se convertia en débil é incierto (1).

(1) Citaré á este proposito una carta curiosísima del mariscal Jourdan, gefe del estado mayor, y el cual se encargaba del mando en ausencia de Berthier y Napoleon.

«El mariscal Jourdan al general Belliard.

«VITORIA, 30 de octubre de 1800.

«Mi querido general: á pesar de la poca voluntad que uno y otro tenian de hacerlo, el general Morlot está en Lodosa y el mariscal Ney en Logroño. El enemigo nos ha dado tiempo para verificar nuestras marchas y contra-marchas, y para tomar nuestras posiciones.

«El general Sebastiani habia recibido orden de dejar en Munguia el quinto regimiento de dragones; pero como

Napoleon empleó todo el dia del 3 en manifestar de viva voz ó por escrito su descontento á los agentes que habian comprendido y ejecutado mal sus órdenes, y lo que valia mas, en reparar la lentitud ó las inexactitudes, mas ó menos inevita-

cada uno hace aquello que le conviene, se ha traído consigo, segun me dicen, la mitad del regimiento y al coronel; de manera que va á meter la mitad de un regimiento de dragones en un pais, donde es punto menos que imposible el caminar á caballo. ¡Eth! mi querido general, si pudiérais ayudarme á salir del maldito berengenal donde me hallo metido, me hariais un insigne favor. ¡Cuánto mejor no me estaria el irme á plantar colés, si las cosas han de continuar en tal estado!

«El rey ha recibido la noche pasada una carta del mariscal Victor, fechada en Mondragon. El señor mariscal se queja en términos un poco vivos de que hayan retenido su division en Durango: tal vez hubiera preferido encontrarse él con los españoles en Mondragon ó en Salinas. Cada cual tiene sus caprichos y ve las cosas á su manera.

«El rey atacaria de muy buena gana al enemigo en Durango; pero creo que teme la desaprobacion del emperador. Ignoro lo que decidirá S. M., mas tengo el triunfo por seguro. Verdad es que si se aguarda algunos dias, y si á Mr. Blake se le antoja proseguir donde está, deberá costarle gran trabajo el salir. La obstinacion de este general me parece una cosa muy extraordinaria. ¡Esperará, acaso, á que le lleguen refuerzos por mar? Entonces convendria mucho batirlo inmediatamente. Mas, ¿quién se atreve á tomar una determinacion sin ser el amo?

«Os escribo, mi querido general, todo cuanto pienso, todo cuanto sé, y todo cuanto ocurre. Mis deseos y mi interes no son otros que el ver triunfantes las armas del emperador, y al rey José sentado en el trono de España. Si el contenido de esta carta puede servir de alguna utilidad, haced de ella el uso que mejor os plazca.»

Voy á citar tambien otras dos cartas de Napoleon al

bles, que habian causado aquel. Ademas, ordenó el abandono de todas las contratas que no se habian consumado aun, y la creacion inmediata en Burdeos de talleres de confeccion, en los cuales

ministro Dejean, notables por las ideas sobre la administracion y las contratas, que vierte en ellas.

«Al ministro Dejean, director del ramo de la guerra.

«BAYONA, 4 de noviembre de 1808.

«Adjunto á esta carta encontrareis un estado del ordenador, por el cual os convencereis de la indigna manera con que me hallo servido. Hasta ahora no tengo mas que mil cuatrocientas casacas, y siete mil capotes, en lugar de cincuenta mil: quince mil pares de zapatos, en vez de ciento veinte y nueve mil. Todo me falta; respecto á vestuario y equipo, el ejército no puede estar peor; hállase en términos, que va á entrar en campaña desnudo. Los quintos están sin vestir; vuestros estados no son mas que papel. Lo que yo necesito son convoyes; hubiera sido preciso hacerlos partir en regla, poniendo á la cabeza un oficial ó un empleado, y entonces hubieran llegado de seguro.

«Tambien mando adjuntas cartas del prefecto de la Gironda, y un estado del inspector de revistas de Dufresne: en ambas cosas vereis que todo es dilapidacion y robo. Mi ejército está desnudo, y sin embargo va á entrar en campaña. Esto no obstante, no podrá decirse que no he dispendiado harto dinero; mas se ha hecho de él mal uso; ha sido un dinero tirado al agua.»

«Al ministro Dejean, director del ramo de la guerra.

«TOLOSA, 5 de noviembre de 1808.

«Los viveres existentes en Bayona no llegarán á consumirse jamás. En España tampoco faltan, carnes y vino

se deberian emplear paños del Mediodia para el vestuario; dió contra órden para que se suspendiese el envío de viveres; hizo construir en Bayona barracas para alojar en ellas á los cuartos batallones; aceleró la marcha de los quintos para cubrir los cuadros; pasó revista á las tropas que acababan de llegar; mandó á las administraciones de postas, de puentes y de calzadas una porcion de avisos tan imperativos como convenientes, y poniéndose en camino en la tarde del 4, atravesó la frontera, fué á dormir á Tolosa, y á la mañana siguiente se dirigió á Vitoria, donde se hallaba el cuartel general de su hermano José. Hizo el viage á caballo, llevando una escolta de caballeria de la

especialmente. Acabo de mandar que no se haga el repuesto de bueyes; era inútil y proporcionará una economia de 2.000.000.

«Lo que necesito son capotes y zapatos. De nada escasearia si se hubiesen cumplido mis órdenes. Pero ninguna de ellas ha sido ejecutada, y porque el ordenador no es persona segura porque no trata uno sino con bribones. Es preciso enviar inmediatamente á Bayona un ordenador, cuya integridad no pueda ser sospechosa. No quiero contratas. Ya sabeis que no producen mas que picardias.

«He anulado la contrata de vestuario de Burdeos. Enviad á esta ciudad un director, que mande trabajar por mi cuenta, y ordenad al prefecto que le ayude á buscar local y manos. Partid del principio que las contratas solo se hacen para robar; que cuando se paga al contado, no hay necesidad de contratas; y que el sistema de administracion propia es siempre el mejor.

«¿Sabeis cómo debe establecerse el taller de confeccion? Como se hace en los regimientos: poniendo un comisario de guerra probo al frente de los talleres, agregando tres ó cuatro sastres á sus órdenes en calidad de em-

guardia imperial, y á fin de que no se le dirigiesen homenajes de ningun género, de satisfacer su pasión de vivir al aire libre, y de hallarse lo menos cerca posible de su hermano, entró en Vitoria de noche, y fué á alojarse fuera de la ciudad. Semejante conducta no procedía en él de indiferencia ó falta de afecto hácia el último, era simplemente cálculo. Conociendo que la posición de José al lado suyo sería secundaria, según había tenido ya ocasión de notar durante la residencia de ambos en Bayona, deseaba más bien dejarle el primer puesto ante los ojos de los españoles, y representaren España únicamente el papel de general del ejército, revestido de todos los derechos de la guerra, y dis-

pleados de taller, y encargando á tres oficiales superiores de los que se hallen en Burdeos el recibo de las prendas, para que desechen aquellas que no sean buenas. Ninguna necesidad hay de contratas para esto, con tal de que se tenga bastante dinero á disposición del comisario.

«Por el decreto vereis, que toda la dificultad se reduce á tener un buen comisario de guerra, que cifre su reputación en establecer y hacer marchar en regla los talleres, dos buenos guarda-almacenes, y dos sastres honrados y peritos en su oficio, que saldrán de las filas del regimiento. Con estos cinco individuos, el establecimiento marchará perfectamente, y estoy seguro de que tendré casacas tan bien hechas como las de la guardia.

«En cuanto á la actividad, si se quieren hacer diez mil casacas por día, es muy sencillo conseguirlo, porque solo dependerá de que se busquen oficiales en toda la Francia. Si hubiérais obrado con arreglo á estos principios, todo marcharía en forma. Mas vale tarde que nunca. Sirvaos de gobierno, que no quiero más contratas, y que aun cuando el vestuario no se confeccionase por los cuerpos, quiero que este método se siga á todo trance.»

puesto á ejecutarlos desapiadadamente hasta que la Península se sometiese. Así se reservaba el papel de la severidad, y hasta el de la crueldad misma, para ceder á José el de la magestad y el de la dulzura. En esta atención, el partido de no alojarse con su hermano era seguramente el más cuerdo.

Así que se halló en Vitoria, y cuando logró desasirse de los brazos de José, que era en extremo adicto á su persona, mandó llamar á su estado mayor, y particularmente á los soldados franceses ó españoles que conocían mejor los caminos de la comarca, á fin de empezar sin perder momento las operaciones decisivas que había proyectado.

Para comprender cuanto tenían de notables las que ordenó en aquellas circunstancias, operaciones que no fueron seguramente las peores de su vida militar, es preciso saber lo que había ocurrido en España durante los meses de setiembre y octubre, empleados, así en París como en Erfurt en negociaciones, en preparativos de guerra, y en movimientos de tropas.

Entusiasmados los españoles con el doble motivo del triunfo de Bailen, y de la retirada del rey José sobre el Ebro, hallábanse ébrios de gozo y de orgullo. A su modo de ver, no eran unos cuantos bisoños postrados por el calor y mal guiados por un general infeliz las tropas que habían vencido, sino al grande ejército y al mismo Napoleon en persona. La fascinación llegaba nada menos que hasta creerse invencibles, y hasta el extremo de querer reunir una masa de quinientos mil hombres á fin de llevarlos al otro lado de los Pirineos, ó sea á que invadiesen la Francia. En sus negociaciones con los ingleses, de cuyo triunfo en Portu-

gal habian tenido conocimiento, y cuya estipulacion de Cintra les parecia muy poca cosa comparada con la de Bailen, no se hablaba mas que de empresas dirigidas contra el Mediodia de la Francia. Al aceptar, y al manifestar deseos de que fuese en su auxilio un ejército inglés, pedianlo diciendo, que no necesitaban de estas fuerzas para lograr la independencía de España, la cual presumian de conseguir sin la cooperacion estrangera. Figúrese el lector la jactancia española, tan grande en todos tiempos, exaltada entonces por un triunfo inaudito, y aun así y todo apenas podrá formarse una idea de las locas exageraciones que se oian en boca de los insurgentes.

Lo mas urgente, y lo que ofrecia para ellos mayores dificultades; era constituir un gobierno, atento á que, desde la partida de la familia real á Compiègne y Valenzay, y desde la retirada de José sobre el Ebro, no habia otra autoridad que la de las juntas insurrectas formadas en cada provincia, auctoridad estravagante que se hallaba dividida en doce ó quince centros, enemigos unos de otros. En Madrid, centro único de la administracion régia, no habia quedado mas que el consejo de Castilla, el cual se veia tan despreciado como aborrecido, porque no habia opuesto á la usurpacion estrangera mas resistencia que la de no hacerle buena cara, y la de ocasionar muchas tergiversaciones. Esta corporacion se hallaba entonces en España en la misma situacion, con corta diferencia, que la en que se encontraron en Francia á principios de la revolucion los antiguos parlamentos, de los cuales se hizo uso en 1789, y con los que nadie contaba ya despues, porque iban muy

rezagados de las pasiones y de los deseos del momento. Dotado, empero, el consejo de Castilla, como todas las viejas corporaciones, de una ambicion paciente y tenaz, no perdia las esperanzas de alzarse con el poder, y aun creyó encontrar para ello una favorable coyuntura en el asesinato del anciano don Luis Vigari, intendente que habia sido de la Habana, favorito del principe de la Paz, persona, que desde mucho tiempo antes se hallaba dado al olvido, y de quien se acordó desgraciadamente el pueblo, merced á una disputa habida entre aquel y un antiguo servidor de su amo. Habiendo sido degollado y arrastrado por las calles el infortunado don Luis, reconocíose universalmente la necesidad de una autoridad pública, y el consejo llamó entonces á Madrid á los generales españoles victoriosos de las tropas francesas, para que restableciesen el imperio de la ley, proponiendo al propio tiempo á las juntas insurrectas que mandasen un representante cada una á la corte, á fin de componer en ella, en union con el consejo un gobierno central.

Los generales españoles se apresuraron, en efecto á dirigirse á Madrid para restablecer el orden, y sucesivamente fueron llegando Gonzalez de Llamas con los valencianos y los murcianos, presuntos vencedores del mariscal Monecy, y Castaños con los andaluces, vencedores asaz reales del general Dupont. El entusiasmo con que ambos fueron recibidos por los habitantes de la capital fué estremado y merecido, si es que la buena fortuna puede estimarse en tanto como el genio. Pero las juntas se hallaban muy poco dispuestas á sufrir la preponderancia del consejo de Castilla, ni á con-

tentarse con una mera participacion en el poder bajo la direccion suprema de la corporacion mencionada, y asi es, que todas unánimes, à escepcion de la de Valencia, le dirigieron por respuesta única las reconvençiones mas violentas, declarando que se negaban à reconocer una autoridad que no habia sido en otro tiempo mas que una autoridad, judiciaria y administrativa, y la cual acababa de conducirse recientemente de una manera muy poco à propósito para obtener de la confianza de la nacion un poder, del que no se hallaba revestida por las instituciones españolas. Las juntas discutieron entre si por medio de enviados la forma de gobierno central que debia constituirse, y sobre este punto se hallaban tan divididas respecto à sus miras como à sus pretensiones. En primer lugar todas tenian envidia unas de otras. La de Sevilla se hallaba indispuesta con la de Granada, porque ambas querian apropiarse la honra del triunfo de Bailen: su enemistad llegó hasta el estremo de querer guerrear, y lo hubieran puesto en práctica sin duda alguna à no ser por la mediacion del cuerdo y prudente Castaños. La junta de Sevilla aspiraba ademas à erigirse en centro del gobierno, apoyándose tanto en sus servicios como en su posicion topográfica, merced à la cual se hallaba lejos de los franceses, y en esta atencion iba procurando por medio de adhesiones sucesivas que fuesen incorporándosele todas las demas. Las juntas del Norte, si bien formaban dos grupos poco amistosos, el de Galicia, Leon, y Castilla por una parte, y el de Asturias por otra, tendian, sin embargo, à aproximarse y reunirse, à fin de establecer en el Norte el gobierno de España. Menos ambiciosas,

mas cuerdas, y tan meritorias como las demas, las de Estremadura, Valencia, Granada y Zaragoza, no participaban de ninguna de aquellas ambiciones esclusivas, y se pronunciaban en favor de un gobierno único, que deberia establecerse en el centro de España, pero no en Madrid, para evitar la dominacion del consejo de Castilla.

Todas estas juntas concluyeron, al fin por entenderse unas con otras por medio de enviados, y convinieron en mandar dos representantes cada una al punto que se indicase, ora fuese Aranjuez, ora Madrid ó Ciudad Real, à fin de formar una junta central de gobierno. Aceptado que fué éste acuerdo, los dos diputados nombrados por cada una de ellas, se dirigieron despues de muchos debates, unos à Madrid y otros à Aranjuez. Mas envidiosos que los otros los de Sevilla, à fuer de mas ambiciosos, se empeñaron en no pasar de Aranjuez, y lograron atraer allí à todos los demas. Por otra parte no dejaba de halagar el orgullo de aquellos suplentes de la monarquia, el establecerse en su antigua residencia, y el usurpar hasta las esterioridades del poder.

Constituida la junta Central en Aranjuez bajo la presidencia de Florida Blanca, antiguo ministro de Carlos III, hombre ilustrado, hábil, pero demasiado anciano y extraño à aquellos tiempos desgraciadamente, declaróse investida de toda la autoridad régia, atribuyóse el título de magestad, decretó el dictado de alteza para el presidente, el de escelerencia para sus individuos, y la asignacion de 120,000 reales para cada uno de ellos. El número de personas que la componian, el cual solamente fué de veinte y cinco en un principio, ascendió à treint-

ta y cinco al poco tiempo, y uno de sus primeros actos fué el de intimar al consejo de Castilla así como á todas las autoridades españolas, que reconociesen su poder supremo. El consejo de Castilla á quien agradaba muy poco la creacion de semejante autoridad, trató de resistirse, objetando por medio de una declaracion formal, que la junta segun las leyes del reino, era escesivamente numerosa para consejo de regencia, y como congreso nacional, insuficiente para reemplazar á las córtés. En su consecuencia ordenó por sí y ante sí la convocacion de ellas. Ya hemos dicho antes de ahora, que en aquella sublevacion de España á favor de la monarquía habia una explosion de todos los sentimientos democraticos, y que el nombre de Fernando VII solo servía en realidad de capa para entregarse á pasiones análogas á las que estallaron entre nosotros en 1793. De consiguiente nada sonaba de una manera tan agradable al oido de los españoles, como la palabra córtés. Pero como todo cuanto procedía del consejo de Castilla inspiraba desconfianza, creyóse que esta disposicion suya era únicamente un lazo para anular la junta y substituirse á ella, y aunque sin renunciar por ello á la convocacion de las córtés respondiéndose á su declaracion con un grito unánime de odio y de desprecio. El apoyo de los generales era entonces la única fuerza eficaz. Por lo tanto, todos ellos pertenecian á la junta Central, compuesta de las juntas provinciales, á las que debian su elevacion, y con las cuales se habian entendido, escepuando el anciano don Gregorio de la Cuesta, quien severo é insociable como siempre, detestaba á las autoridades insurgentes y tumultuosas que acababan de

formarse, y prefería al consejo de Castilla, del cual habia sido en otro tiempo presidente. El general Cuesta llegó tambien á pensar por un instante en ponerse de acuerdo con el general Castaños, á fin de apropiarse entre los dos el gobierno militar, cediendo el gobierno civil al consejo de Castilla. Los acontecimientos tardaron muy poco á convencerlos de que habria valido infinitamente mas semejante combinacion; pero Castaños no era suficientemente emprendedor para aceptar los consejos de su colega, y como por otra parte debia tambien su elevacion á la junta de Sevilla, mostrábase partidario de las juntas. Don Gregorio de la Cuesta vióse obligado por tanto á someterse, y el consejo de Castilla, falto de todo apoyo, se halló reducido á seguir igual ejemplo.

Entrando la junta Central en el pleno ejercicio del poder, desde principios del mes de setiembre, empezó á gobernar su manera á la desgraciada España.

Su primero, su único cuidado debió haber sido ocuparse sin tregua en el levantamiento de tropas, así como tambien en la organizacion y direccion de ellas. Pero en un país donde la administracion habia sido hasta entonces en extremo viciosa, y donde una revolucion inopinada acababa de destruirla por el pie, el gobierno central no podia hacer nada ó casi nada sobre la parte esencial, ó sea sobre la organizacion de las fuerzas, y muy poco sobre la direccion general. Ciertamente el entusiasmo no podia ser más ardiente en España; pero bien pronto vamos á ver cuan débil recurso es este, y cuan inferior en resultados comparados con los de una ley regular, que alcance á todos los ciudada-

nos, y que los obligue á servir al pais de buena ó de mala voluntad.

La España que en circunstancias como aquellas podia muy bien dar de cuatrocientos á quinientos mil hombres, animosos por naturaleza, escasamente presentó cien mil, mal equipados, peor disciplinados, é incapaces de hacer frente, ni aun en la proporcion de cuatro contra uno, á nuestras tropas menos aguerridas. Despues de mucho estrépito; y de una agitacion imponderable, toda la gente que se alistó, se redujo á la juventud de las universidades, á algunos campesinos impelidos por los frailes, y á un número escaso de cabezas exaltadas, procedentes de las grandes poblaciones. En algunas provincias, los alistados ingresaron en las filas de la tropa de linea, en otras formaron bajo el nombre de *tercios*, tomado de los antiguos ejércitos españoles, batallones especiales, que hacian el mismo servicio que las tropas. La Andalucía, que tan orgullosa se mostraba por sus pasados triunfos, reunió un ejército de cuatro divisiones, las cuales militaban al mando de los generales Castañón, Peña, Coupigny, etc. Granada reunió tambien el suyo, cuyo mando confirió al mayor Reding. Valencia y Murcia espidieron á las órdenes del general Llamas, parte de los voluntarios que habian resistido al mariscal Monecy. La Estremadura, cuyos habitantes no habian figurado aun en las filas de la insurreccion armada, formó bajo el mando del general Galuzzo, y el jóven marqués de Belveder una division compuesta de los voluntarios y de los muchos desertores de las tropas españolas de Portugal. A esta division uniéronse los alistados de la Mancha y de Castilla la Nueva. Cataluña

continuó levantando partidas de migueletes, los cuales tenian estrechado al general Duhesme en Barcelona. Respondiendo Aragon al llamamiento de Palafox, y animándose con la resistencia de Zaragoza, organizó un ejército bastante regular, compuesto de tropas de linea y de campesinos aragoneses, gente muy buena y la mas valiente de la España. Las provincias del Norte, Galicia, Leon, Castilla la Vieja y Asturias, aprovechando un aumento considerable de tropas de linea, procedentes unas de Portugal, y de la guarnicion del Ferrol otras, se reunieron bajo el mando de los generales Blake y Gregorio de la Cuesta, y habian olvidado ya la derrota de Riosoco con los triunfos ganados en el resto de la Península, ademas recibieron otro refuerzo inesperado; el de las tropas del marques de la Romana, que habia logrado escapar con su cuerpo de ejército de las orillas del Baltico por una especie de milagro, digno de referirse.

El lector recordará que las tropas españolas enviadas á Napoleon para que contribuyesen á la custodia de las costas del Baltico, habian sido desparramadas en las provincias danesas, donde debian hacer frente á los ingleses y á los suecos. En el momento en que se les intimó que prestaran el juramento de fidelidad al rey José, empezaron á murmurar y á dar señales inequívocas de rebeldía. Las que se hallaban en la isla de Seeland, cerca de Copenhague, insurreccionáronse violentamente, trataron de dar muerte al general Frivion que las mandaba, y no pudiendo coger mas que á uno de sus ayudantes de campo, degolláronlo de la manera mas inicua, y declararon que se negaban á reco-

nocer una monarquía usurpadora. El rey de Dinamarca los mandó desarmar. Pero la mayor parte de la division española estaba en la isla de Fionia y en el Jutland, y habiendo sido soliviantados los soldados por algunos agentes españoles, que habian llegado allí á bordo de buques ingleses, resolvieron huir del dominador del continente, atacando de improviso uno de los puntos de la costa, hacia el cual se acercaria la escuadra inglesa para recibir á los sublevados. El marqués de la Romana, hombre de ardiente y original espíritu, impregnado en la lectura de los autores antiguos, instruido á la par que poco sensato, y mas impetuoso que enérgico, se hallaba á la cabeza de este noble complot. A una señal convenida todos los destacamentos españoles se dirigieron sobre el puerto de Nybot, punto de embarco para pasar el gran Belt, y, habiendo encontrado en él una porción de lanchas, apoderáronse de ellas, y se dirigieron á la isla de Langeland, donde nada tenian ya que temer por hallarse al abrigo de las escuadras inglesas. Los otros destacamentos esparcidos por el Jutland, encamináronse á Fredericia, pasaron el pequeño Belt en barcas, de las cuales se apoderaron igualmente que sus compañeros, atravesaron la isla de Fionia para dirigirse á Nybot, y desde este puerto ganaron la isla de Langeland, punto general para donde se habian citado los fugitivos. La caballería abandonó los caballos en los campos, y marchando á pie con la infantería, llegó con ella al punto de cita general. Prevenidos con tiempo los ingleses para secundar esta fuga, habian reunido las embarcaciones necesarias para hacer una corta travesía, y trasportando rápidamente á los fugitivos á las costas de

Suecia, donde los consideraban ya en salvo, y hallándose por último reunidos todos los medios para dar cima á esta arriesgada evasion, los condujeron de Suecia á España en los primeros dias de octubre, despues de tres meses de aventuras maravillosas. De los catorce mil españoles que se hallaban en la costa del Báltico, nueve ó diez mil habian regresado á la Península, y cuatro ó cinco mil habian quedado en Dinamarca desarmados y prisioneros.

En una época en que los españoles consideraban el mas insignificante buen éxito como un triunfo, la menor señal de valor ó de pericia como pruebas innegables de heroismo y de genio, el marqués de la Romana no podia menos de aparecer á sus ojos como un héroe completo, y de ser tenido por un grande hombre digno de Plutarco. Pero si bien es verdad que su admiracion se escitaba tan facilmente, no tardaban tampoco á despertarse sus celos, y por esta razon el general Castaños, quien, aunque irresoluto con frecuencia, era, sin embargo, el mas perito y el mas cuerdo de todos los generales, y al cual debió encargársele por este motivo la direccion general de la guerra, no obtuvo el mando en jefe de las tropas. Cada junta tenia su héroe, al cual no queria de modo alguno someter al héroe de la junta vecina: en esta atencion, limitáronse á formar un consejo de guerra compuesto de los primeros generales ó de representantes suyos, y cuyas atribuciones corrian parejas con las de la junta de Aranjuez. Imposible seria enumerar los planes ridiculos que se propusieron á la deliberacion del mencionado consejo. El preferido á todos fué uno, en el que deseando imitar lo ocurrido en Bailen, se trataba de arrollar al ejérci-

to francés retirado sobre el Ebro y concentrado en las inmediaciones de Vitoria, atacando sus dos alas por la parte de Bilbao y por la de Pamplona. Verdad es, que á causa de la estraña configuracion de los valles, que entre las montañas de aquellas provincias se entrelazan unos con otros, el ejército francés, que dominaba la carretera de Bayona á Vitoria, la cual pasa por Tolosa y Mondragon, tenia sobre su derecha el valle en cuyo centro se halla situada Bilbao, y que lleva el nombre de Vizcaya, y sobre su izquierda el valle de Navarra, á la entrada del cual está la plaza fuerte de Pamplona. Desde Bilbao se podia ir muy bien por Durango á Mondragon, caer sobre la retaguardia de Vitoria, y cortar el camino real que constituia la comunicacion principal del ejército francés. Desde Pamplona podíase tambien caer sobre Tolosa y cortar el camino de Francia, y aun desembocar sobre Bayona por San Juan-Pied-de-Port. De consiguiente, en dando con tropas francesas asaz cobardes para retroceder ante unas bandadas de insurgentes indisciplinados, y mandados por generales nulos, cierto que podia haber esperanzas fundadas de arrollar á nuestro ejército, de apoderarse de José, de su córte y de los cincuenta ó sesenta mil soldados franceses que le quedaban sobre el Ebro, y de conducir prisionero á Madrid al hermano de Napoleon. Esta venganza hubiera sido seguramente estrepitosa, y asaz legitima, puesto que Fernando VII se hallaba en Valenzay. Pero los azares suelen repetirse raras veces, y lo de Bailen habia sido un azar que no debia reproducirse, porque, aun quando se hubieran reunido todos los ejércitos españoles, no habrían logrado derrotar á los soldados y á los ge-

nerales que se hallaban retirados sobre el Ebro, y mucho menos á los que Napoleon traia consigo. Para forzar el paso de Bilbao á Mondragon, y el de Pamplona á Tolosa, era preciso tropezar y atravesar por un lado los cuerpos de ejército de los mariscales Victor y Lefebvre, y por el otro los de los mariscales Ney y Lannes, asi como tambien los de los generales Montou, Lassalle y Lefebvre, que marchaban á la cabeza de las tropas aguerridas del grande ejército, para lo cual no habia en Europa soldados que hubiesen descubierto el secreto. De manera que sin tener ninguna probabilidad de poder rodear á los franceses, se les dejaba á estos por el contrario la posibilidad de desembocar de Vitoria como de un centro para lanzarse en masa, ora fuese á la derecha, ora á la izquierda, ya sobre uno ya sobre otro de los ejércitos españoles, los cuales estaban tan separados que no podian socorrerse, y causarles un descalabro por los mismos medios que ellos querian emplear contra el ejército francés. Pero á los inespertos generales de España no les era dado comprender una cosa tan sencilla. Arrollar un ejército francés y hacerlo prisionero, era para ellos, despues de lo de Bailen, una combinacion militar, rodeada de un prestigio irresistible. Semejante plan fué, por tanto, el que prevaleció en aquel consejo, donde era un milagro el que prevaleciese cualquier cosa, atendidas las innumerables y vehementes contradicciones que ocurrían á cada paso. En su consecuencia, convínose en que se avanzaría á la vez por las montañas de Vizcaya y de Navarra, sobre Bilbao por una parte, y sobre Pamplona por otra, á fin de copar á José en Vitoria, y tratarlo del mismo modo que se

había hecho con el general Dupont. En seguida hizose la distribución de las fuerzas que había disponibles, las cuales, en concepto de los españoles, debían ascender á cuatrocientos mil hombres, cuando menos.

Formáronse cuatro cuerpos de ejército: en primer lugar el de la izquierda, al mando del general Blake, que reunía una considerable masa de tropas de línea, á saber: las de la division Taranco, las del departamento marítimo del Ferrol, las del marqués de la Romana, y con ellas los voluntarios de Galicia, Leon, Castilla y Asturias, entre los cuales figuraban en primer término los montañeses de esta última provincia y los estudiantes de Salamanca; de modo que el ejército de la izquierda podía valuar-se en treinta y seis mil hombres, sin contar la division del marqués de la Romana, y en cuarenta y cinco mil con esta division, cuya caballería había regresado del Norte desmontada, proseguía de la misma manera, y era incapáz de prestar el menor servicio. El ejército del general Blake debía avanzar por el pie de la falda meridional de las montañas de Asturias, Leon y Villarcayo, y atravesar en seguida por Espinosa, á fin de penetrar en Vizcaya, y caer sobre Bilbao. Para operar en comunicacion con el ejército de la izquierda, formóse otro, al cual se le dió el nombre de ejército del centro, bajo las órdenes de Castaños, y cuyas fuerzas se componian de las tropas de Castilla la Vieja, organizadas por el general Cuesta, y conducidas por Pignatelli; de las de Estremadura al mando de Galuzzo y del joven marqués de Belveder; de las dos divisiones de Andalucía, á las órdenes del general Peña, y de las de Valencia y

Murcia, finalmente, que Llamas había traído á Madrid. El total de estas tropas, descontando las de Estremadura, que se habían quedado atrás, ascendería próximamente á unos treinta mil hombres, y su mision era recorrer la orilla del Ebro desde Logroño á Calahorra. Las de Estremadura, con los restos de los guardias walonas, tropa la mejor que había en España, y cuyo número entre unas y otras ascendería á unos doce mil hombres, debían ir á ocupar á Burgos. El ejército de la derecha, formado en Aragon, y cuyo mando fué conferido á Palafox, componíase de valencianos, de algunas tropas de Granada, y de los aragoneses, total diez y ocho mil hombres, los cuales debían pasar el Ebro por Tudela, y siguiendo las márgenes del Aragon, dirigirse por Sangüesa sobre Pamplona. El ejército del centro, al mando de Castaños, debía incorporarse al ejército de la derecha, á fin de operar sobre Sangüesa en masa, cuando se tratase de ejecutar definitivamente el proyecto de arrollar al ejército francés. Además de estos tres ejércitos, resolvióse formar el cuarto, destinado á la reserva, y compuesto de aragoneses, valencianos y andaluces, los cuales no llegaron á presentarse nunca en línea, y cuyo número efectivo no llegó á saberse. Finalmente, en la estremidad de la derecha, es decir, en Cataluña, hallábanse, sin estar comprendidas en el plan general, en número incierto, y tan aisladas como la provincia mencionada, una porcion de partidas de migueletes, las cuales, unidas á los regimientos que habían veido de las islas Baleares y á los soldados españoles, procedentes de Lisboa, tenían á su cargo el disputar aquella parte de la España al general Duhesme, bloqueán-

dolo en Barcelona. De manera, que limitándonos á contar las fuerzas que operaban sobre el verdadero teatro de la guerra, esto es, las del ejército de la izquierda á las órdenes del general Blake; las del centro á las del general Castaños, (incluyendo las de Estremadura); y las de Aragon, en fin, al mando de Palafox, encontraremos tan solo el número total de cien mil hombres, en el cual se hallaban comprendidos cuantos soldados disciplinados y voluntarios entusiastas tenía la España, y cuyo conjunto ofrecia una mezcla confusa de tropas de línea, asaz instruidas para que dejasen de desconocer sus defectos orgánicos y de desanimarse á causa de ellos; de campesinos, de estudiantes faltos de instruccion, sin idea alguna de la guerra, y dispuestos á huir al primer encuentro de alguna importancia, y todos, por último, mal equipados, mal armados, peor nutridos, y al mando de generales, ó incapaces ó sospechosos por lo que tenían de cuerdos, envidiosos entre sí y profundamente divididos. El valor extraordinario de la nacion española no podia seguramente suplir á tantas insuficiencias, y á menos que el clima, un ejército extranjero, las circunstancias generales de la Europa, y las faltas políticas de Napoleon no hubiesen cooperado en favor de la antigua dinastia, no debia esta prometerse que sus defensores armados lograsen su restablecimiento.

Estábase, empero, preparando para la España uno de los principales medios de su salvacion, cual era la cooperacion de la Inglaterra. Esta nacion, despues de libertar á Portugal de la presencia de los franceses, no queriendo contentarse con este primer esfuerzo, acosada por los agentes es-

ñoles enviados por las juntas, viendo en la sublevacion de la Península una distraccion poderosa que tenia que absorber gran parte de las fuerzas francesas, y no desesperando de reanudar una coalicion sobre el continente que se lanzase sobre Napoleon, debilitado á causa de sus esfuerzos, se hallaba resuelta á proporcionar á los españoles todos los socorros posibles, y á este fin habia ya espedito á Santander, á la Coruña y á varios puertos de la Península, armas, municiones, y otros enseres de guerra, al paso que se preparaba para hacer tambien un envío de dinero. Atendiendo al propio tiempo á sus intereses comerciales tanto como á sus intereses políticos, habia inundado ademas de mercancías inglesas la Península. Y aun cuando todas las razones que acabamos de enumerar, no hubieran bastado para decidir á la Gran Bretaña á que obrase enérgicamente, quedábale otra poderosísima; la del efecto producido por la capitulacion de Cintra, objeto entonces de la cólera violenta del pueblo británico, y la cual, si bien era una de las expediciones mas felices y mejor conducidas que la Inglaterra habia ejecutado hasta aquella época en tierra firme, no por eso podia prescindir de reparar sus efectos, como hubiera tenido que repararlos de un descalabro. En su consecuencia, resolvió enviar un ejército considerable á España. El Mediodía de la Península, punto el mas seguro para aquella como el mas lejano á los franceses, y el mas próximo á Portugal, era el que le cuadraba mejor que ningun otro para sus empresas militares. Mas siendo las márgenes del Ebro el punto de cita general, y hallandose muy lisonjeados los españoles de que iban á derrotar en las puertas

mismas de la Francia á los ejércitos desanimados, y hasta destruidos, segun se decia, del rey José, hubiera sido una nueva vergüenza, peor que la de Cintra, el desembarcar timidamente en Cádiz, ó el avanzar desde Lisboa y por Elvas hácia Sevilla, y por este motivo se acordó la reunion de un ejército inglés en Castilla la Vieja. Para formarlo, hizo-se de la manera siguiente.

En las inmediaciones de Lisboa habian quedado sobre unos diez y ocho mil hombres de la expedicion á Portugal, terminada en Vimeiro. Sir John Moore, que habia regresado del Norte con diez mil soldados, despues de hacer una tentativa inutil para emplearlos en Suecia, desembarcó en Lisboa á los pocos dias de la capitulacion de Cintra, haciendo subir con este refuerzo á veinte y ocho mil hombres el número de las tropas británicas existentes en Portugal. Este general era un oficial instruido, cuerdo, previsor, irresoluto en el consejo, al par que muy bizarro en el campo de batalla; leal y caballero en eminente grado, y digno por todos titulos de mandar un ejército inglés. Estraño á la gloria de la última expedicion, pero ageno tambien, en cambio, á las prevenciones originadas por ella, puesto que habia llegado cuando todo estaba ya concluido, encargósele el mando en jefe, que seguramente merecia mejor que nadie, si los ingleses no hubieran tenido á su disposicion á sir Arturo Wellesley; pero como aun no habia terminado éste su justificacion ante la opinion pública, acordóse diferir su envío á España, y dar mientras el mando á sir John Moore. Ademas de los veinte y ocho mil hombres reunidos en Portugal, mandáronse veinte mil para la nueva expedicion del Nor-

te de España, y otros doce ó quince mil, parte de ellos de caballería, los cuales desembarcaron en la Coruña á las órdenes de David Baird, antiguo oficial del ejército de las Indias. Todas estas tropas debian formar un total de treinta y cinco á treinta y seis mil combatientes, los cuales de seguro valian mucho mas que todos los ejércitos españoles reunidos. Púsose tambien á las órdenes de John Moore una inmensa flota de trasportes, á fin de que, siguiendo el movimiento de sus tropas, pudiese conducir las adonde se hallaban los ejércitos, caso de que prefiriese hacer la travesia por mar, y proporcionarle, fuese cualquiera el camino que adoptara, viveres, municiones y caballos. Dejóse, por último, á su prudencia la manera de conducirse, con tal de que operase en el Norte de la Península, y de concierto con los generales españoles para el mejor éxito de la campaña.

Sir Stuart y lord William Bentinck habian sido enviados á Madrid con el objeto de que aconsejasen á la junta de Aranjuez, y á fin de que hubiera alguna armonia en las operaciones militares de las dos naciones.

Autorizado sir John Moore para obrar libremente, podia trasportar por mar desde Lisboa á la Coruña los veinte mil hombres sacados del ejército de Portugal, verificando su reunion en este puerto con los quince mil de sir David Baird, y podia igualmente atravesar el Portugal por los mismos caminos que habian adoptado los franceses para dirigirse á aquel reino. Despues de meditarlo todo detenidamente, decidióse á tomar el último de estos dos partidos. Por una parte, casi todas las embarcaciones de la flota hallábanse destinadas entonces

á conducir á Francia el ejército del general Junot, y por otra, no podia menos de ser muy pernicioso á la organizacion del ejército inglés un nuevo embarco. Además, el camino de la Coruña á Leon hallábase agotado de viveres por el general Blake, y á lo sumo podria proporcionarlos á la division David Baird. De manera, que sir John Moore, creyó con fundamento, que, partiendo en la estacion de las lluvias, lentamente, y en reducidos destacamentos, podria llegar en buen estado á Castilla la Vieja, y proporcionar á sus tropas, durante el tránsito lo que las tropas inglesas necesitan; esto es, paciencia y fuerza para caminar. En su consecuencia, resolvió dirigir su infanteria por los dos caminos montañosos que van á desembocar sobre Salamanca, el de Coímbra á Almeida, y el de Abrantes á Alcántara, y su artilleria con su caballeria por las llanuras, que hay desde Lisboa á Elvas, desde Elvas á Badajoz, de Badajoz á Talavera, y de Talavera á Valladolid, prometiéndose de este modo reunir en todo el mes de octubre su infanteria y su caballeria en el centro de Castilla la Vieja. La division de sir David Baird, cuya caballeria era mas considerable, debia desembarcar en la Coruña, y dirigirse desde esta ciudad á Astorga por Lugo, á fin de ir á incorporarse con el ejército principal. Adoptado que fué este plan, sir John Moore se puso en marcha á fines de setiembre, y sir David Baird partió de las costas de Inglaterra dándose á la vela para la Coruña.

Hay que hacer la justicia á los españoles, de que, ora fuese presuncion, ora patriotismo, ora los dos sentimientos á la vez, trataban á los ingleses con altanería, y no aceptaban sus socorros sino con

cierta reserva, y á condicion de no entregarles sus grandes establecimientos maritimos. Negáronse constantemente á admitir en Cádiz los cinco mil hombres que les ofrecia sir Hew Dalrymple, y cuando la division de sir David Baird se presentó delante de la Coruña, rehusáronle tambien la entrada de este gran puerto. Preciso fué, por tanto, escribir á Madrid para que se mandase una autorizacion de desembarco, la cual fué concedida á ruegos de sir Stuart y de lord William Bentinck.

Pero mientras que los ingleses lograban á duras penas que fuesen recibidas en España las fuerzas que se les habian pedido, y mientras que los generales españoles, intrigando en union de la junta ó contra ella y rivalizando los unos con los otros, oponian aun dificultades á la ejecucion de un plan que habia sido adoptado con entusiasmo, consumiendo así el tiempo en una increíble confusion, llegó á su conocimiento por medio de una carta del estado mayor francés interceptada por los numerosos guerrilleros que infestaban la Peninsula, la noticia que debia entrar en España de octubre á noviembre un refuerzo de cien mil hombres, sin contar con los que habian llegado ya; en esta atencion, no pudieron menos de acordarse, de que agitando sin tomar ningun acuerdo, se les iba á escapar la ocasion de sorprender á nuestro ejército, el cual creian diezrado, y abatido á consecuencia de los acontecimientos de Bailen. En aquel gobierno, que, como todos los gobiernos débiles y tumultuosos, marchaba solamente por medio de sacudidas, semejante revelacion no podia menos de producir un impulso momentáneo. Cesóse, por ende, de disputar, y haciendo partir á los generales, ora se

hallasen ó no de acuerdo, envióse sobre el Ebro á Castaños, mandáronse á llamar á toda prisa sobre Madrid las tropas de Estremadura, para que se dirigiesen luego desde la capital á Burgos, y púsose todo, en fin, en movimiento de la mejor manera que fué posible.

Habia llegado el caso de no perder el tiempo; esto no obstante, perdióse mucho todavía, y hasta fines de octubre no se hallaron en disposición de operar formalmente. El general Blake, á pesar de que no habia reunido todas sus fuerzas, fué el primero que se presentó en línea, y dirigiéndose por la falda de las montañas de Asturias, sin penetrar en ellas, hasta que las atravesó por Espinosa, habia hecho sobre Bilbao algunos amagos. Los castellanos, al mando de Pignatelli, ocupaban las márgenes del Ebro en las cercanías de Logroño. Los valencianos y los murcianos, á las órdenes de Llamas, y las dos divisiones andaluzas, al mando del general Peña, se extendían á lo largo del rio desde Tolesa á Calahorra y Alfaro. Los aragoneses y los valencianos de Palafox, situados al otro lado del Ebro en las márgenes del Alagon, tenían su cuartel general en Caparroso.

Con arreglo al plan convenido, era preciso que Castaños y Palafox se concertasen para reunirse sobre el flanco izquierdo de los franceses hacia Pamplona, lo cual era ya urgente, en atención á que el general Blake se hallaba muy internado sobre la derecha, y podia verse comprometido de un momento á otro, sino se daban prisa á distraer una parte de las fuerzas enemigas. Pero entre Castaños y Palafox no era fácil que hubiese acuerdo, por cuanto uno y otro querian atraerse reciproca-

mente. Castaños temia mucho dejar desguarnecido el Ebro, y Palafox queria que se le pusiese en estado de poder invadir la Navarra con fuerzas superiores. Finalmente, haciendo ambos un movimiento sobre vanguardia, habian pasado el Ebro y el Aragon, estableciéndose uno en Logroño y otro en Lerin.

Mas para entonces ya era tarde: los franceses, que, antes de recibir refuerzo alguno, no hubieran tolerado largo tiempo la audacia irreflexiva de sus adversarios, debian tolerarla mucho menos cuando cada dia iban incorporándoseles nuevas y excelentes tropas; las mejores del mundo. El lector no habrá olvidado probablemente, que, desde antes de que se pusiesen en marcha las cuatro divisiones del grande ejército, Napoleon habia destacado sucesivamente de Alemania y de Francia para la Peninsula unos cuantos regimientos aguerridos, y que con los últimos que llegaron habia formado primeramente la division Godinot, y luego la division Dessoles, la cual debia ser la tercera del cuerpo de ejército del mariscal Ney. Con ella era con la que se hallaba el intrépido mariscal sobre el Ebro, esperando la llegada del cuerpo de ejército de su mando.

Aun cuando Napoleon habia prohibido terminantemente que se emprendiese operacion alguna hasta tanto que él llegase, deseando que los españoles ganasen terreno sobre sus flancos, y se internáran hasta un punto del cual no les fuese fácil retroceder, el estado mayor de José no pudo permanecer impassible ante el espectáculo de sus movimientos, y trató de rechazarlos. A este fin, habia ordenado á los mariscales Ney y Moncey que

volviesen á recuperar la linea del Ebro y del Alagon. En su consecuencia, Ney habia marchado el 25 de octubre sobre Logroño, y entrando á la bayoneta, habia desalojado á los castellanos al mando de Pignatelli, obligándolos á replegarse hasta Nalda, villa situada al pie de las montañas que separan la provincia de Logroño de la de Soria. El mariscal Monecy, por su parte, habia enviado sobre Lerin á Wathier y Maurice-Mathieu con un regimiento del Vistula y el 44.º de linea, y estos generales, despues de obligar á los españoles á encerrarse en Lerin y luego en el castillo, los bloqueó en regla, y logró hacerlos prisioneros en número de mil hombres. Los insurgentes habian sido deshechos por todas partes con un vigor y una prontitud tales que probaban evidentemente que la insurreccion española no podia oponer resistencia alguna ante un ejército francés, conducido de la manera que debia y acostumbraba á serlo.

A esta sazón iba llegando el primer cuerpo de ejército al mando del general Victor, el cuarto á las ordenes del mariscal Lefebvre, y el sexto destinado al mariscal Ney, además, de sus dos divisiones Bisson y Marchaud, con las cuales habian ejecutado tantas proezas en todas partes.

Escasamente acababa de revistar el rey José en las llanuras de Vitoria á la excelente division Sebastiani, perteneciente al cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre, cuando olvidandose de las instrucciones de su hermano, resolvió dirigirla por el camino de Durango hácia Vizcaya, á fin de que contuviese al general Blake, que por la parte de Bilbao empezaba ya á inspirarle inquietud. Y no se limitó á esto. Creyendo bajo su palabra á los

campesinos, los cuales fuese por fanfarronada ó por credulidad, anunciaban la fuerza de ochenta mil hombres cuando se presentaban veinte mil á lo sumo, y presumiendo que quizás no seria bastante el cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre, mandó que se dirigiese por Mondragon sobre Durango una de las divisiones del mariscal Victor, la del general Villatte. Finalmente, á pesar de haberse presentado ya en Bayona la vanguardia del sexto cuerpo de ejército, apresuróse á dirigir la division de Bisson por San Juan-Pied-de-Port sobre Pamplona, á fin de que asegurase su izquierda como acababa de asegurar su derecha, en virtud de la posicion que habia obligado á tomar al mariscal Lefebvre. Al mismo tiempo, la guardia imperial en número de diez mil hombres, que también acababa de entrar en España, recibió orden de escalonarse entre Bayona y Vitoria.

Estas disposiciones intempestivas produjeron un nuevo choque imprevisto entre el general Blake y el general Lefebvre sobre la derecha, analogo al que habian producido sobre la izquierda entre Pignatelli y los mariscales Ney y Monecy. El general Blake, segun ya hemos dicho, despues de atravesar las montañas por Espinosa y de ocupar á Bilbao, se habia dirigido delante de Zornoza sobre las alturas situadas al frente de Durango. No habiéndosele incorporado aun la division del marqués de la Romana, permanecia allí con unos veinte ó veinte y dos mil hombres, mitad de tropas de linea y mitad de paisanos y estudiantes. A retaguardia y sobre su derecha habia dejado cerca de unos quince mil hombres en los valles adyacentes entre Villaro, Orozco, Amurrio, y Balmase-

da, para guardar las gargantas que se comunican con las llanuras de Vitoria; por las cuales debian aparecer otras columnas francesas.

Así que llegó á presencia del cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre no lejos de Durango, y sobre el camino de Mondragon, y hallándose de esta manera cerca del objeto que se habia propuesto conseguir, ó sea en disposicion de poder rodear á las tropas francesas, empezó á vacilar como se vacila siempre en los momentos decisivos, cuando se acomete una empresa superior á los propios alcances.

Mas atrevidos que él sus soldados, en atencion á que eran tambien mas ignorantes, mostraban una seguridad de que su gefe carecia, y de-de lo alto de su posicion daban gritos, insultaban á nuestras tropas, y hacian ademán de amenazarlas. La impaciencia de nuestros soldados, poco habituados á sufrir los insultos del enemigo, habia llegado á su colmo, y logró escitar al fin la del anciano Lefebvre á quien no le pesaba tampoco el dar algun buen golpe de mano á los españoles antes de la llegada del emperador. El mariscal tenia consigo la division Sebastiani, compuesta de cuatro regimientos aguerridos de infantería (el 32.º, el 58.º, el 28.º y el 75.º de línea) y de un regimiento de dragones, entre los cuales formaban próximamente seis mil hombres; tenia igualmente la division Leval que constaba de siete mil soldados alemanes, y la division Villatte, por último, formada de cuatro regimientos, y de la fuerza de ocho mil combatientes de lo mejor del ejército francés; con semejante número habia ciertamente mas del que se necesitaba para batir al ejército español á pesar de

que aun faltaban en nuestro ejército algunos hombres, que no habian podido incorporarse aun á él á consecuencia de las contingencias de una larga marcha.

Los españoles se hallaban situados al frente de Durango sobre una linea de cordilleras, á las cuales se podia trepar por el flanco derecho del enemigo, que era el que estaba menos firmemente apoyado. El mariscal Lefebvre colocó en el centro de su línea la division Sebastiani, y en las dos alas de ella á los alemanes, interpolándolos con la division Villatte para que les infundiera ánimo con su ejemplo. En seguida mandó comenzar el ataque por su izquierda, á fin de caer luego sobre la derecha de los españoles, la cual, como ya hemos dicho, era la que se hallaba menos sólidamente establecida. El 31 de octubre por la mañana, avanzando el general Villatte por entre una densa niebla, con dos de sus regimientos (el 94.º y el 95.º de línea), y unos cuantos alemanes, se dirigió sobre la posicion tan vigorosamente, que sorprendidos los españoles ante choque tan rudo, á duras penas se mantuvieron firmes. Aun cuando la aspereza del terreno ofrecia por sí sola sobrados obstáculos á los franceses, lograron estos ir desalojando al enemigo de posicion en posicion hasta el fondo del valle. Una hoguera que debia encender el general Villatte era la señal convenida con nuestras tropas del centro y de la derecha, las cuales no marchaban con menos vigor que las del flanco izquierdo. Para entonces ya se habia enviado un granizo de balas de cañon al través de la niebla, las cuales habian quebrantado bastante el ánimo de los españoles. Los soldados franceses los atacaron en se-

guida con tal rapidez, que poniéndolos en precipitada fuga, y obligándoles á arrojarlos por la falda de las cordilleras que ocupaban, apenas tuvieron tiempo para darles alcance. El modo de combatir de los insurgentes consistia en hacer fuego sobre nuestras columnas cuando estas iban marchando, y despues de los primeros disparos, huian á la desbandada por el fondo de los valles. Con semejante método la caballería los habria aenchillado á susabor, y destrozádolos á miles, si el terreno hubiera sido llano. Mas todo cuanto podia hacer nuestra infantería en aquellas montañas escarpadas era hacerles un fuego vivo de fusilería durante su fuga, procurando y consiguiendo que sus tiros fuesen mas certeros que los de sus adversarios. De esta manera se les causó una pérdida de mil quinientos á mil ochocientos hombres, al paso que la nuestra solo fué de unos doscientos á lo sumo. Además, logróse con este primer encuentro que se dispersaran llenos de temor gran número de insurgentes, los cuales empezaban ya á comprender la guerra con los franceses, y á mostrarse, por tanto, menos deseosos de ella. No es esto decir que les faltase valor natural; teníanlo por el contrario, y en grado eminente, pero los hombres faltos de disciplina no conservan nunca en el peligro la actitud y la serenidad necesarias, sin las cuales es imposible toda operación de guerra.

Prosiguiendo el general Lefebvre su victoria, entró á la siguiente mañana en Bilbao, donde los españoles no osaron hacerle frente, y en cuya villa cogió varios prisioneros, encontró algunos heridos, y se apoderó del copioso material de guerra que habian llevado allí los ingleses. Los habitan-

tantes habian huido temiendo á nuestras tropas, los unos hácia las montañas, y los otros en las infinitas embarcaciones de toda especie surtas en aquel puerto. El mariscal Lefebvre se dirigió en seguida hácia Balmaseda, de cuyo punto no se atrevió á pasar, porque además de hallarse muy próximo de las montañas que separan la Vizcaya de Castilla, hubiera sido estender demasiado sus operaciones, despues de haber combatido ya sin orden para ello. Dejando, pues, de guarnición en Balmaseda la division Villatte, que pertenecia al cuerpo de ejército del mariscal Victor, se replegó con sus tropas á Bilbao, á fin de encontrar viveres, los cuales escaseaban mucho en aquellas montañas, cuyos habitantes se alimentan con maiz y lacticiños.

Tal era el estado de las cosas á la llegada de Napoleon. Sus intenciones habian sido completamente desatendidas; puesto que lo que él hubiera querido, era, que se dejase á los insurgentes rodear casi del todo á nuestro ejército, por derecha é izquierda, á fin de tener mayor seguridad de coger por la espalda, saliendo de Vitoria, á los dos principales ejércitos españoles. El movimiento ejecutado por los mariscales Ney y Moncey, sobre el no Ebro, habia producido efectivamente otro resultado que el de alejar un poco á Castaños y Palafox, haciéndoles de esta manera el buen servicio de sacarlos de una posición peligrosa. El que habia hecho á su vez el mariscal Lefebvre, obligando con él al general Blake á que se replegase desde Bilbao sobre Balmaseda, habia libertado igualmente al general español de una situación, de la cual no hubiera logrado salir jamás, si se le hubiera dado tiempo para

que se internara completamente. Además, hallábanse diseminadas las tropas francesas en diferentes direcciones, las cuales no habían sido escogidas con el mejor acierto. El primero y el sexto de los cuerpos de ejército, los cuales hubiera querido Napoleón tener á la mano en las llanuras de Vitoria, se hallaban diseminados en diferentes puntos, asaz distantes unos de otros. El primero tenía una de sus divisiones, la del general Villatte, en Vizcaya. El sexto tenía la division Bisson en Pamplona, y la division Marchaud y toda su artillería sobre el camino de Vitoria.

Napoleón llegó á esta ciudad el 5 de noviembre, y despues de manifestar en ella lo mismo que en Bayona, su desagrado, por lo mal que se le habia obedecido, dió el 6 las órdenes necesarias para reparar todas las faltas cometidas en su ausencia. Si no le hubieran contrariado en la ejecución de sus planes con operaciones intempestivas, su intencion era oponer al general Blake, para contenerle y nada mas, el cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre (cuarto cuerpo); á Palafox y á Castaños hubiéranse opuesto con el indicado fin, el que mandaba el mariscal Moncey (tercero); y en seguida, poniéndose él mismo á la cabeza de las tropas del mariscal Soult, al mando anteriormente de Bessieres (segundo cuerpo); de las del mariscal Victor (primer cuerpo); de las del mariscal Ney (sexto cuerpo); de la guardia imperial, y de los catorce mil dragones, y cayendo con ochenta y cuatro mil hombres sobre Burgos, hubiera cortado por el centro á los ejércitos españoles y arrojándose en seguida sobre ellos, los hubiera cogido alternativamente por la espalda, arrollado y

deshecho de una manera compacta. Este plan, sin embargo, no podia ya ejecutarse con tanta seguridad; primero, porque á consecuencia de haber empezado demasiado pronto la accion, los generales españoles se habian retraido de internarse, unos en Vizcaya y otros en Navarra; y en segundo lugar, porque los diversos cuerpos del ejército francés, empleados en las mencionadas operaciones á la llegada de Napoleón, se hallaban diseminados. Esto no obstante, ni el general Blake, quien, como ya hemos dicho, se habia retirado detrás de Balmaseda, ni los generales Castaños y Palafox, los cuales habian vuelto á replegarse sobre el Ebro, comprendian hasta entonces el peligro de su posicion, ni ponian medio alguno para salir de ella. El plan de Napoleón podia, pues, llevarse aun á cabo. Por lo que, tomando éste sus disposiciones con arreglo al mencionado principio de cortar la línea española en dos partes, á fin de arrojarse primero sobre la una, y luego sobre la otra, ordenó al mariscal Victor (primer cuerpo), una de cuyas divisiones, la del general Villatte, contramarchaba á la sazón para reforzar al mariscal Lefebvre, que acudiese en apoyo de éste, si de ello habia necesidad, por el camino de Vitoria á Orduña, y que regresase despues por este último punto á Vitoria á incorporarse con el centro del ejército francés. Ponderábase en tales términos en el país la fuerza de los españoles, que Napoleón no consideraba un número excesivo de gente el oponer dos cuerpos de ejército (el primero y el cuarto) al del general Blake, cuyo número de tropas valuaban los que menos en cincuenta mil y los que mas exageraban en sesenta mil hombres.

Con todo, la mision de los dos mariscales era mas bien la de contener al general Blake que la de batirlo, hasta tanto que se diese en el centro del ejército la señal de caer sobre él.

Despues de arreglar de este modo las operaciones de su derecha, pasando Napoleon á ocuparse en la combinacion de las de su izquierda, escribió al mariscal que se hallase dispuesto para operar en el momento mismo en que recibiese órdenes, y que mientras tanto se limitase á cubrir el Ebro desde Logroño á Calahorra. Devolvióle la division Morlot, que habia sido destacada momentaneamente de su cuerpo de ejército; mandóle además un refuerzo de dragones, y ordenó por último, que una de las dos divisiones del sexto cuerpo, (el del mariscal Moncey) la division Bisson, que por un movimiento falso habia tomado el camino de Pamplona descansase algunos dias en esta plaza, y se dirigiese en seguida sobre Logroño á fin de apoyar el ala derecha de las tropas del mariscal Moncey, y de permanecer allí provisionalmente. Esta division cambió de general, y tomando el nombre de su nuevo gefe, se llamó division Lagrange. Mas tarde debia reunirse al cuerpo de ejército del general Ney: su mision entre tanto era contribuir á mantener en jaque á los españoles sobre el Ebro.

Aseguradas así la izquierda y la derecha, y dadas las instrucciones á los gefes que las custodiaban, para que se limitasen á contener al enemigo, Napoleon resolvió desembocar por el centro con los cuerpos de ejército de los mariscales Soult y Ney, (segundo y sexto), con la guardia imperial, y con la mayor parte de los dragones. El cuerpo al mando

del mariscal Soult, antes á las órdenes de Bessieres, si bien contaba en sus filas un crecido número de soldados bisoños, tenia en cambio la division Montou, compuesta de cuatro regimientos aguerridos, para los cuales no habia resistencia en España, segun lo habian demostrado ya en la batalla de Rioseco. El cuerpo de ejército del mariscal Ney, aunque privado de la division Bisson, la cual habia sido dirigida desacertadamente sobre Pamplona, y debia ir despues á situarse provisionalmente sobre el Ebro, contaba, sin embargo, con la division Marchand, la cual habia pertenecido siempre á sus filas, y con la division formada recientemente con regimientos antiguos de los que habian ido llegando sucesivamente á España. Estas tropas no tenian iguales en el mundo. Con los dos ejércitos mencionados, y con la guardia y la reserva de caballeria, Napoleon reunia unos cincuenta mil hombres, número mas que suficiente para derrotar el centro del ejército español.

Un nuevo incidente hizo que se suspendieran otra vez sus disposiciones adoptadas en los dias del 6 y del 7 de noviembre. Los generales españoles, aunque un tanto desconcertados por el vigor de los ataques que habian sufrido, unos en Zorzoza, y otros en Logroño y Lerin, no desistían por ello de su plan; hallábanse, empero mas discordes que nunca sobre la ejecucion, y no cesaban de pedirse refuerzos los unos á los otros. Blake con especialidad, cuyos flancos habian sido atacados tan vigorosamente por los cuerpos de ejército de Lefebvre y Victor, habia invocado el apoyo del centro y de la derecha. Mas siendo imprescindible el hacer un rodeo de cincuenta ó sesenta leguas para

comunicarse de un extremo á otro de la línea española, y á consecuencia de lo acordado en un consejo habido en Tudela, Castaños y Palafox habían respondido que les era de todo punto imposible acudir al socorro del ejército de Asturias, y se limitaron á prescribir al cuerpo de ejército de Extremadura que apresurase su marcha á fin de cubrirla derecha de Blake, tomando posición en Frias; al propio tiempo prometieron aquellos al mencionado general que entrarían en acción cuanto antes pudiesen, con objeto de atraer hácia sí parte de las fuerzas francesas.

Rechazado entre tanto, el general Blake de Bilbao y de Balmaseda, hácia las gargantas que forma la entrada de Vizcaya, detúvose allí, y aguardó á que se le incorporasen los doce ó quince mil hombres que se hallaban en Villaro y Orozeo mientras que él combatía en Zornoza, y la división del marqués de la Romana. Como á pesar de la pérdida de muertos, heridos, y dispersos con especialidad, que había sufrido en las alturas fronterizas á Durango, pérdida que ascendió á unos seis ó siete mil hombres, todavía le quedaban treinta y seis mil combatientes que presentar en línea; y no vaciló en avanzar otra vez el 5 de noviembre sobre Balmaseda, donde el mariscal Lefebvre había dejado, según ya hemos dicho, la división Villatte con el objeto de replegarse con las demás tropas á Bilbao á fin de encontrar viveres.

Después de la falta de haber avanzado en demasía el mariscal Lefebvre no podía cometer otra más grave que la de retrogradar repentinamente sobre Bilbao, dejando sola á la división Villatte en Balmaseda. Preciso era, pues, contar con soldados

tan firmes como los nuestros, y con un enemigo tan poco temible como los insurgentes españoles, para que no resultase alguna desgracia de tan falsas disposiciones.

El mariscal Victor por su parte, no había obrado tampoco con mayor acierto. Enviado á Amurrio por Orduña, á fin de que flanquease al mariscal Lefebvre, había espedido hácia Oquendo al general Labruyere con una brigada, y lo había retenido en esta posición, sin que se le ocurriera la idea de ir con él para dirigirlo. El general Labruyere colocado en medio de aquellas escarpadas montañas, donde costaba gran trabajo el reconocerse á causa de la oscuridad que aumentaban las nieblas del invierno, é ignorando las tropas enemigas que tenía delante de sí, no había querido empeñar ningún combate, y había dejado pasar á los cuerpos que flanqueaban al general español durante la acción de Zornoza, sin atreverse á dar paso alguno para estorbar su retirada. En los días siguientes á este combate, permaneció en la misma posición, viendo á Balmaseda desde lejos, distinguiendo á la división Villatte, sin acordarse siquiera de ir á reunirse con ella, y descubriendo al propio tiempo á la división Sebastiani, la cual estaba practicando reconocimientos en el camino de Bilbao á Orduña: de manera, que en vez de reunirse nuestras tropas para destrozar á Blake, la cual hubiera sido la única operación razonable desde que se cometió la falta de combatir sin previa orden del cuartel general, se hallaban diseminadas entre Bilbao, Balmaseda y Oquendo, y espuestas, merced á este aislamiento, á graves acometidas.

Y no se habían limitado á esta sola las faltas

del mariscal Victor. Teniendo gran prisa de reunirse al cuartel general, con el objeto de combatir á la vista del emperador, y hallando en las instrucciones de este autorizacion para regresar á Vitoria desde el momento en que considerase que no era ya necesaria la presencia de sus tropas en Vizcaya, habia vuelto á llamar hácia sí al general Labruyere á fin de repasar las montañas y retroceder á las llanuras de aquella ciudad, abandonando de este modo á la division Villatte, la cual quedaba sola en Balmaseda. Asi comenzaba la serie de faltas debidas al egoismo y á la rivalidad de nuestros generales, que perdiendo la causa de la Francia en España, hicieron que se perdiese igualmente en la Europa entera.

Mientras que el mariscal Victor ejecutaba este movimiento retrógrado, el general Blake, reforzado como ya hemos dicho, por las tropas de su izquierda y por las de la Romana, habia resuelto avanzar, á fin de disputar la posesion de Balmaseda á la division Villatte, cuyo abandono habia llegado á su noticia. La residencia del mariscal Lefebvre en Bilbao y la retirada del mariscal Victor sobre Vitoria, ofrecianle grandes facilidades para una tentativa de esta especie. El 5 de noviembre avanzó, en efecto, á la cabeza de treinta y tantos mil hombres, y coronó las alturas que circundan á Balmaseda, á fin de rodear la ciudad antes de atacarla, y poder de este modo hacer prisioneros á los franceses que la guarnecian. Pero el general Villatte se hallaba á la cabeza de una excelente division, compuesta de cuatro regimientos de los mas aguerridos, y como estaba acostumbrado á ver otros enemigos y otros peligros que los que le ame-

nazaban en Vizcaya, no se sobrecogió por la presencia de los insurgentes españoles. Dotado aquel general de tan esforzado valor como clara inteligencia, y comprendiendo de cuanta importancia era para su conservacion el apoderarse de las alturas de Gueñes situadas á la retaguardia de Balmaseda, las cuales dominaban las comunicaciones con Bilbao, escalonó en ellas tres de sus regimientos, y dejó el 27.º de ligeros en la poblacion á fin de disputársela al enemigo por el mas largo tiempo posible. Asi que tomó todas estas disposiciones, decidióse á aguardar á las tropas españolas, y cuando se aproximaron á la conveniente distancia, las recibió con un fuego vivísimo, al cual no estaban aquellas habituadas. Los insurgentes que intentaron penetrar en Balmaseda, fueron tan horriblemente maltratados por el 27.º de ligeros, que dejaron las inmediaciones de la poblacion cubiertas de cadáveres y de heridos. Con todo, al ver el general Villatte que las alturas de alrededor iban coronándose de enemigos, y que el mariscal Lefebvre no acudia desde Bilbao en su auxilio, creyó que debia emprender la retirada. Por lo que, retirando el 27.º de ligeros, que se habia quedado en la poblacion sobre las alturas de Gueñes, se replegó en masa con sus cuatro regimientos perfectamente conservados sobre el camino de Bilbao. Aquellos de los españoles, que intentaron aproximarse durante la retirada, fueron vigorosamente recibidos, y pagaron cara su imprudente osadia. La division Villatte perdió, sin embargo, unos doscientos hombres entre muertos y heridos, despues de haber puesto fuera de combate setecientos ú ochocientos de las filas enemigas. Si el mariscal Lefebvre se

hubiese hallado á menos distancia, y si el mariscal Victor, en vez de retirar la brigada La Bruyere de la posicion que ocupaba, y desde la cual podia caer á tiempo sobre Balmaseda, hubiese operado con todo su cuerpo de ejército sobre este punto, las tropas de Blake habrian sido quizás envueltas y quedado prisioneras en aquella misma jornada.

La accion de Balmaseda, cuya importancia se redujo tan solo á correr en ella un peligro inútilmente, y la cual fué transmitida de boca en boca al cuartel general con la exageracion ordinaria de las noticias comunicadas de este modo, causó á Napoleon doble enojo contra los generales que comprendian y ejecutaban tan mal sus pensamientos (4).

(1) Voy á citar á este propósito dos despachos que esplican claramente la situacion, y en los cuales se prueba lo que pensó acerca de la conducta de aquellos dos mariscales el mismo Napoleon, quien se mostraba generalmente mas débil que severo para con estos lugartenientes suyos.

El mayor general al mariscal Lefebvre.

«VITORIA, 6 de noviembre de 1808, al medio dia.

«El emperador está muy disgustado del movimiento falso de retirada sobre Bilbao. S. M. no esperaba una falta tan capital de parte de un mariscal tan celoso por su servicio, y no duda, que si hubiéseis establecido vuestro cuartel general en Balmaseda, y acampado allí con vuestras tres divisiones para obrar segun lo exigiesen las circunstancias, habriais hecho á estas horas ocho ó diez mil prisioneros al enemigo. S. M. dice por tanto, que la conducta observada por vos últimamente, es tanto mas extraordinaria, cuanto que, á pesar de haber hablado vos mis-

Encargando al mayor general Berthier que les dirigiera de su parte una severa reprobacion, ordenó al mariscal Lefebvre que retrocediese sobre Balmaseda, y al mariscal Victor, que hiciera otro tanto hácia Vizcaya, que rechazara al general Blake vigo-

mo de los grandes inconvenientes de los movimientos retrógrados, habeis comenzado por uno de cinco leguas.

«El emperador ordena que os reunais inmediatamente á la division Villatte, á fin de rechazar vivamente al enemigo. Si no hubiérais atacado el 31, señor mariscal, y hubiéseis dado tiempo para adoptar las disposiciones necesarias, la campaña de la Peninsula se hallaria á estas fechas muy adelantada. El emperador halla, al examinar vuestra conducta, que el exceso de celo os ha hecho faltar á los reglamentos militares, atacando sin tener orden para ello; pero S. M. no concibe que el enemigo pueda estar muy alentado, cuando ya se ha obtenido sobre él un triunfo. El emperador puede tener necesidad de sus tropas, y cuando estas se hallan empeñadas en alguna accion, no puede dejarse una division aislada delante del enemigo, y mucho menos hacer un movimiento retrógrado. S. M., dice, que con disposiciones semejantes se inutilizan sus triunfos, y añade, que mientras que las tropas de los generales Villatte, Labruyere y Ruffin, están delante del enemigo, y maniobran para cortarle toda salida, no es cosa de que vayais á retiraros, hallando S. M. por ende, muy fuera de su lugar el que las tropas del cuarto cuerpo de ejército permanezcan ociosas en Bilbao.

«El mariscal Soult marcha mañana sobre Burgos, desde cuya ciudad se dirigirá luego sobre Reinosa y Santander. Emprended, pues, rápidamente el movimiento, señor mariscal. El emperador quiere que no haya ni un instante de reposo hasta tanto que sea destruido el ejército del general Blake, y se le obligue á replegarse hasta el reino de Asturias.

«Habiéndose retirado el enemigo por Balmaseda hácia

rosamente, y que lo derrotase, si le presentaba una ocasion oportuna. A pesar de su proyecto de atacar el centro de la linea enemiga antes de emprender el combate contra las alas de ella, no queria po-

Villarcayo y Santander, debeis perseguirlo sin tregua, impeliéndolo hácia las tropas francesas que van á cortar-lo el paso por Reinosa

ALEXANDRE.»

El mayor general al mariscal Victor.

«VITORIA, 6 de noviembre á media noche.

«Acabo de mostrar al emperador vuestra carta del 6, la cual, segun ha dicho vuestro ayudante, fué escrita despues del medio dia. S. M. ha visto con el mayor desagrado, que en vez de haber sostenido al general Villatte, lo hayais dejado entre las manos del enemigo: falta tanto mas grave, quanto que ya sabeis que el general Lefebvre ha cometido la de dejar espuesta una division de vuestro cuerpo de ejército, replegándose con las otras dos suyas sobre Bilbao. No ignorábais que esta division se hallaba espuesta en Balmaseda, puesto que el general Labruyere se habia comunicado con ella el 5 por la mañana. ¿Cómo habeis podido, pues, confiar la mision importante de socorrer á una de vuestras divisiones, á un general de brigada que no poseia vuestra confianza, y que no llevaba consigo mas que la tercera parte de vuestras fuerzas? ¿Cómo, habiendo llegado á vuestra noticia, que la division Villatte estaba tiroteándose con los españoles en la mañana del 5, habeis podido suponer gratuitamente que este general se hallaba triunfante, en vez de acudir en su auxilio? S. M. pregunta, que ¿desde quando acá son el tiroteo y el ataque una prueba de la retirada del enemigo? Las instrucciones, sin embargo, que tenais del mariscal Jourdan no podian ser mas precisas, puesto que se os mandaba terminantemente que no os dirigiérais, sobre

nerse en movimiento hasta tener una completa seguridad de que no veria comprometida la base de sus operaciones por alguna nueva falta cometida en sus propios flancos.

Sabedor el general Lefebvre del peligro que corriera el general Villatte, y aguijoneado por las reconvencciones del emperador, apresuróse á marchar sobre Balmaseda; á cuyo fin, y empleando el dia 6 en reunir los destacamentos enviados á las

Miranda hasta tanto que supiéseis de una manera positiva la retirada de los españoles; y en lugar de hacerlo así, señor mariscal, os habeis retirado cuando tenais una prueba cierta de que el enemigo se batía. Demasiado sabeis que uno de los principales principios de la guerra, exige, que en la duda del éxito, se acuda en socorro de los cuerpos atacados, puesto que de ello puede depender quizás su salvacion. En la otra suposicion, vuestro movimiento no tenia ningun inconveniente, puesto que la instruccion para que os dirigiéseis sobre Miranda era hipotética, y de no hacerlo así, no podia influir en ninguno de los proyectos del general en jefe.

«Ved, pues, lo que ha sucedido, señor mariscal; la columna, ante la cual no resistió el general Labruyere, ha encontrado al general Villatte, el cual, atacado de frente y por retaguardia, solo pudo salvarse á fuerza de intrépidez, y despues de haber hecho una gran carniceria en el enemigo; nuestra pérdida no ha sido de consideracion, y el general Villatte, dirigiéndose en retirada sobre Bilbao, llegó el 5 por la tarde á dos leguas de distancia de esta villa.

«La voluntad del emperador es, que partais sin demora sobre Orduña, que marcheis á la cabeza de vuestras tropas, que conserveis vuestro cuerpo de ejército reunido, y que maniobreis para ponerlos en comunicacion con el mariscal Lefebvre, el cual debe hallarse en Bilbao.

ALEXANDRE.»

cercanías de Bilbao para rechazar á los ingleses del litoral, se dirigió en la mañana del 7 al mencionado punto por Sodupe y Gueñes con las divisiones Villatte, Sebastiani y Leval, francesas las dos primeras, la tercera alemana, y de la fuerza de unos diez y ocho mil hombres entre las tres, llevando consigo muy poca artillería y caballería, mediante á que no podía conducirse por aquellos valles angostos, donde apenas se encontraban trasportes para las municiones de la infantería.

El camino de Bilbao á Balmaseda, va siguiendo el fondo de valle. El general Lefebvre avanzó, llevando la division Villatte por la izquierda del camino, la division Leval por el camino mismo, y la division Sebastiani por la derecha, un poco mas adelantada que las otras. La division Sebastiani forzó primeramente la aldea de Sodupe; y pasando luego mas allá, encontró sobre las alturas de Gueñes á Blake con veinte y tantos mil hombres y tres piezas de artillería. Las tropas de la division Sebastiani treparon inmediatamente á estas alturas sin temor al fuego que hacian sobre ellas los españoles, mediante á que tiraban desde lejos para huir mas pronto. Al llegar á la cima, no pudieron hacer prisionero alguno, porque los insurgentes, mucho mas ágiles que nuestros soldados, á pesar de que estos lo eran mucho, corrian desafortadamente por las faldas de las montañas. Mientras que de este modo se les iba desalojando de las posiciones de la derecha, la division Leval destruía cuantos obstáculos encontraba por el camino, y obligando á las tropas enemigas á ceder el puesto en virtud de este movimiento rápido, quedaban á retaguardia sobre las alturas de la izquierda diez mil españoles, separados de su

campo de batalla. El mariscal hizo pasar el rio que forma el fondo del valle á uno de los regimientos de la division Sebastiani, el 28.º de linea, colocándolo de esta manera á la retaguardia de aquel cuerpo español, al mismo tiempo que el general Villatte iba á atacar por el frente. Mas como los insurgentes hacian las descargas desde una distancia grande, nuestras tropas no lograron alcanzarlos, y ni causaron ni recibieron, por ende, daño alguno de consideracion. Con todo, aun se consiguió matar ó herir algunos centenares de hombres al enemigo, y dispersar y hacer que perdiesen la afición al ejercicio de las armas á un número considerable.

El general Blake, que á su regreso sobre Balmaseda contaba con cerca de treinta y seis mil hombres, los llevaba algun tanto mermados al emprender de nuevo la retirada hácia las montañas. Mas si hubiese encontrado al mariscal Victor sobre su retaguardia, toda la agilidad de sus soldados no hubiera sido bastante á impedir que fuesen envueltos y cogidos prisioneros la mayor parte. A la mañana siguiente, (la del 8), el mariscal Victor habia emprendido la marcha hácia el punto designado en las instrucciones, que nunca debió perder de vista, mientras que el mariscal Lefebvre se dirigia sobre Balmaseda. Uno y otro llevaban reunidas todas sus tropas, y en estado de poder emprenderlo todo contra el ejército español. La única dificultad que se les ofrecia, era la de proporcionarse viveres. En aquellas montañas, donde el cultivo escasea extraordinariamente, nuestros soldados carecian de todo, y los españoles tampoco estaban mejor provistos. De manera, que á causa de aque-

lla escasez reciproca, el pais era vejado y saqueado igualmente por amigos y adversarios. Balmaseda y todos los pueblos de los alrededores habian sido devastados, y aun incendiados algunos de sus edificios por ambos ejércitos para calentarse con sus llamas.

Napoleon supo en la mañana del 9; que, habiendo tomado sus tropas la ofensiva, no tenian que hacer mas que presentarse, para que el enemigo huyese delante de ellas. Hasta entonces, y aun cuando nunca creyó en el valor de los insurgentes, habia adoptado, no obstante, para sus movimientos mas precauciones de las necesarias, á fin de no esponerse á un chasco y de no arriesgarse imprudentemente antes de haber adquirido una experiencia completa de lo que aquellos eran. Pero desde el día 9 por la mañana, ya no vaciló en ordenar al mariscal Soult que fuese á caer sobre Burgos con el segundo cuerpo de ejército y una fuerza respetable de caballería. El brillante general Lasalle mandaba la caballería ligera de este cuerpo, compuesta de cazadores y polacos de la guardia. Agregósele la division Milhau, la cual constaba de cuatro excelentes regimientos de dragones. De manera, que el número total de hombres al mando del mariscal Soult, ascendia á unos diez y siete ó diez y ocho mil infantes y cuatro mil caballos. Napoleon acababa de saber que las tropas de Estremadura se habian presentado en Burgos, y esta fué la causa porque prescribió al mariscal Soult, que sin aguardar al mariscal Ney ni la llegada de la guardia, marchase avanzando, y atravesase por entre aquella masa de tropas españolas, que tenian el atrevimiento de ir á situarse tan cer-

ca de él, á fin de impedir á los insurgentes que se apoderaran de Burgos.

El mariscal Soult, que, desde el dia anterior se hallaba en Bribiesca, mandó inmediatamente á las tres divisiones Montou, Merle y Bonnet, que se reuniesen en el camino de aquella ciudad, situándose en las cercanias de Monasterio. La caballería de Lasalle, y la de Milhau con su cuerpo de batalla, ya habian marchado anticipadamente. Las llanuras de Castilla empiezan desde Burgos, y á fin de recorrerlas al galope y de perseguir en ellas á los fugitivos, Napoleon habia traído consigo una masa tan respetable de dragones.

El 10 á las cuatro de la mañana, ordenó el mariscal Soult el movimiento de las tropas de su mando, y emprendió la marcha desde Monasterio á Burgos, llevando la caballería ligera de Lasalle y la valiente division Montou á la cabeza de la columna, la division Bonnet y los dragones del Milhau en segunda línea, y la division Merle á retaguardia. Con arreglo á lo acordado en el consejo de guerra habido en Tudela, habian salido de Burgos con direccion al nacimiento del Ebro, y á fin de situarse en Frias para cubrir la derecha del general Blake, unos doce mil hombres pertenecientes al ejército de Estremadura. Seis mil hombres, correspondientes á este mismo cuerpo, habian quedado en Aranda, villa situada sobre el camino de Madrid. Los doce mil que habian avanzado hacia Burgos, se componian como todas las tropas españolas, de una mezcla de antiguos soldados de línea y de voluntarios, entre los cuales habia campesinos, estudiantes y otras varias clases de gente. Esto no obstante, el ejército de Estremadura con-

taba en sus filas algunos batallones de guardias walonas y españolas, que sin disputa eran los mejores soldados de España, y un tren de artillería numeroso, con tiros y servicio excelentes: pero, en cambio, llevaba por gefe, en ausencia del general Gáluzo, al marqués de Belveder, jóven inesperto, que habia avanzando contra los franceses con la mas loca pretension.

Al despuntar el dia, la caballería de Lasalle, que, como ya hemos dicho, marchaba á la vanguardia del cuerpo de ejército del mariscal Soult, tropezó con las avanzadas españolas, y despues de tirotearse con ellas, haciéndoles unos cuantos disparos de carabina, se replegó hácia la division Montou, porque se le ofrecieron obstáculos, que solo á la infantería era dado vencer. Siguiendo el camino real, y cerca ya de Burgos, hay á la izquierda un riachuelo que lleva el nombre de Arlanzon, y cuyo escaso caudal baña el pie de las colinas de la Cartuja; en el centro hállase el bosque de Gamonal, por donde atraviesa la carretera, y á la izquierda las alturas del parque de Villimar, en cuya cima se halla situado el castillo de Burgos, y al pie de ellas la ciudad misma. Los españoles tenian coronadas de guerrilleros las alturas situadas á derecha é izquierda de esta posicion, el grueso de su infantería en el bosque de Gamonal á fin de interceptar el paso por la carretera, la caballería á la entrada del bosque, y la artillería delante. Apenas llegó el mariscal Soult sobre el terreno, mandó avanzar á la division Montou, para que tratase de vencer el obstáculo mas serio, que era el del bosque de Gamonal. Actó continuo, dispuso que marchase detrás de esta division su

caballería, á fin de que se lanzase sobre los españoles, asi que ya no existiese el mencionado obstáculo, y un poco mas atrás la division Bonnet, para que tomase las alturas coronadas por el enemigo, si ofrecian alguna resistencia. El ilustre general Montou avanzó sin vacilar con sus cuatro regimientos aguerridos, 2.º y 4.º de ligeros, y 13.º y 36.º de línea, sobre el monte de Gamonal. La artillería española hizo un fuego tan vigoroso y tan bien dirigido, que, en un principio nos llevó algunas filas; pero nuestros soldados avanzaron luego hácia el bosque de Gamonal, y penetrando en éla la bayoneta, á pesar de las guardias walonas, lo atravesaron en un abrir y cerrar de ojos. Ante semejante espectáculo, desbandóse todo el ejército enemigo con una prontitud inaudita, abandonando banderas, cañones y todo cuanto tenian. Las tropas que fueron en su persecucion, recogieron en el bosque mas de veinte piezas de artillería. Las alturas comarcanas fueron abandonadas igualmente por los españoles, y la masa de los fugitivos se lanzó, parte hácia Burgos, y parte al lado opuesto del Arlanzon, para salvarse mas pronto. Lasalle y Milhaud pasaron entonces el rio, y nuestra caballería se precipitó á galope sobre los soldados dispersos de Estremadura, de los cuales acuchilló un considerable número. La infantería del general Montou entró en Burgos detrás de los españoles, recibió algunos disparos que le dirigieron desde las ventanas de los conventos, en los cuales entró á saco, y se hizo dueño de la ciudad y del castillo, que el enemigo no habia tenido la precaucion de poner en estado de defensa. Esta jornada, que terminó con el solo choque de la division Montou, nos

valió, además de la posesion de Burgos y de su castillo, doce banderas, treinta piezas de artillería, y unos novecientos prisioneros, sin contar los fugitivos que proseguian matando ó cogiendo nuestras tropas. El número de los muertos y heridos que cayeron á los golpes de los sables de nuestra caballería al otro lado de Burgos, calculóse en mas de dos mil. Con soldados tan ágiles para la fuga, no habia otro medio para disminuir la fuerza del enemigo, que el de acuchillar á los dispersos, mediante á que era imposible hacer prisioneros de otro modo. El mariscal Soult procuró restablecer el orden en Burgos, donde reinó en los primeros momentos la mas espantosa confusion á causa del concurso de vencidos y vencedores, y de la desaparicion de casi todos los habitantes. Pocos dias bastaron, empero, para que aquella ciudad recobrase su aspecto ordinario.

Hallándose en extremo impaciente Napoleon por hacer del punto céntrico de Burgos el eje de sus operaciones, habiase apresurado en la jornada del 10 para avanzar con el cuartel general, y yendo á dormir aquella misma noche al Cubo, entró el 11 en la ciudad mencionada. Durante su residencia en Vitoria, habia ordenado que se construyesen en Miranda, Pancorbo y Bribiesca algunos puestos militares que eran unas semi-fortalezas con local suficiente para establecer un hospital, un almacén, un depósito de municiones, y en las cuales podian tomar algun reposo las columnas que iban de marcha, abastecerse, y dejar en ellas fuera del alcance de las guerrillas á los cansados y á los enfermos. Habia reconocido, en efecto, con su rápido y acostumbrado tino, que, en un país

donde la fuerza regular era tan poco temible y en el que la fuerza irregular causaba tantos estragos, tenian que ser necesariamente inseguras las comunicaciones, y por esta razon, no daba un solo paso hácia adelante, sin trabajar para asegurarlas. Napoleon entró por la noche y de incógnito en Burgos, persistiendo en dejar para José los homenajes régios y en reservar para si la odiosidad de los horrores de la guerra (1). Dió orden de que se

(1) Véase á este propósito una nueva carta de Napoleon, la cual nos parece digna de que se haga de ella referencia.

«El emperador al rey de España.»

«CUBO, 10 de noviembre de 1808.

«Voy á partir á la una de la tarde, para entrar mañana de incógnito y antes del amanecer en Burgos, donde tomaré mis disposiciones para la jornada, porque el vencer vale poco, sino se saca provecho del triunfo.

«Creo que debéis dirigiros mañana á Bribiesca.

«Así como opino que debe evitarse el que se me dirijan homenajes de ningun género, opino tambien, que respecto á vos son necesarios. Por mi parte, ni los quiero, ni los considero adecuados á la profesion de la guerra.

«Paréceme, pues, que deben salir algunas diputaciones á vuestro encuentro, y recibiros con toda la solemnidad posible. Así que yo llegue á Burgos, daré las oportunas ordenes para el desarme y para que se queme la bandera que sirvió para la proclamacion de Fernando. Dad á todo esto el necesario impulso, para que se vea que no es cosa de risa.

«Acabo de recibir un parte en que se me comunica que

quemase el estandarte que habia servido para la proclamacion del reinado de Fernando VII, recibió al clero y á las autoridades con estremada severidad, adoptó para con ellas la actitud de un conquistador irritado que habiendo adquirido todos los derechos de la guerra, se halla dispuesto á ejercerlos, y se propuso no ceder mas que aquello que la clemencia de su hermano pudiese recabar de él.

Tanto en los almacenes de Burgos, como en algunos pueblos de las inmediaciones, habia una cantidad considerable de lanas, pertenecientes á los mas ricos propietarios del reino, tales como el duque de Medinaceli, el de Osuna, el del Infantado, el de Castel-Franco, y otros, á los cuales se proponia Napoleon cargar bien la mano, á fin de hacer gracia á aquellos cuyas fortunas eran inferiores. En esta atencion, ordenó que fuesen confiscadas las lanas, cuyo valor ascenderia á 42 ó 45.000.000 de francos. Su proyecto era venderlas á un precio ínfimo al comercio de Bayona, con el fin de proteger la fabricacion francesa y dedicar en seguida el producto, ora á la indemnizacion de

el ejército de Estremadura ha sido destruido, sucumbiendo ante una carga del general Montlou.

«Si sabeis algo de la parte de Orduña, ó de los mariscales Lefebvre y Victor, escribidmelo. Lo único que me ha hecho permanecer aqui, ha sido la esperanza de recibir de ellos alguna nueva.

«El general Dejeau, que tiene á sus órdenes en Miranda mil caballos, ha recibido orden de proteger el paso de los españoles que os son adictos, los parques que se dirigen sobre Burgos, los caudales etc.

«NAPOLEON.»

los franceses que habian sufrido pérdidas en Valencia, Cadiz, y otras varias ciudades de España, ora para aumentar los caudales del ejército. Hasta entonces, todas cuantas banderas habia conquistado á los ejércitos enemigos, fueron enviadas al Senado. Queriendo, pues, que el Cuerpo legislativo tuviese tambien su parte en estos trofeos, hizole donacion de las doce banderas cogidas á los guardias walonas, deseando atenuar por este medio el mal eco que producía en Francia la guerra con la España.

Pero todos estos cuidados no eran para él mas que cuidados accesorios. Lo principal, lo mas urgente, lo que mas ocupaba su atencion eran las operaciones militares. Habiendo llegado el 11 á Burgos, espidió en aquel mismo dia al general Lasalle con su caballeria ligera sobre Lerma y Aranda, para que rechazase á los españoles hasta el pie de los montes de Guadarrama, y para que limpiando el pais, preparase el camino á las columnas que debian coger por retaguardia á los ejércitos españoles. Mientras que el general Lasalle le precedia directamente, dió orden para que marcharan por la derecha sobre Valladolid los dos mil dragones de Milhaud, con el encargo de acuchillar á los fugitivos, hacer prisioneros, deponer á las autoridades instituidas en nombre de Fernando VII, y de reemplazarlas con otras en nombre de José. Pero lo que urgía principalmente, y lo que se apresuró á ejecutar, dando un solo dia de descanso á las tropas, fué el encaminar desde Burgos sobre Reinosa al mariscal Soult, con el segundo cuerpo de ejército, á fin de que cayese sobre la retaguardia de las tropas de Blake. En efecto: hallándose ya

en Burgos, y habiendo ejecutado la primera parte de su plan, era llegado el momento de retroceder á derecha é izquierda sobre la retaguardia de los ejércitos españoles, y de comenzar por el que mandaba el general Blake, contra el cual convenia marchar sin dilacion alguna, si se queria cogerlo por la espalda, mientras que lo atacaban por el frente otras tropas francesas. Napoleon ordenó al mariscal Soult, que parliese á marchas dobles el 12 por la mañana, y que, haciendo un movimiento en retaguardia á la derecha, se dirigiese por Canduela sobre Reinosa. Era muy probable, que si el ejército de Blake habia sido batido, tropezase en su retirada con el mariscal Soult, y que, si en vez de retirarse en orden, como suelen hacerlo los ejércitos organizados, venia en dispersion trayendo á bandadas los insurgentes, lograria cuando menos recoger algunos restos. El mariscal Soult llevaba orden para marchar desde Reinosa sobre Santander, á fin de someter las Asturias. A juicio de Napoleon, no podian menos de resultar de esta marcha una doble ventaja: la de envolver á Blake en primer lugar, y en segundo la de restituir el segundo cuerpo de ejército, que, como ya hemos dicho, se hallaba anteriormente al mando de Bessieres, á su primitivo destino, que era ocupar á Castilla la Vieja y el reino de Leon, provincias ambas que no le eran desconocidas, y en las cuales estaba habituado á operar. Otro de sus proyectos era llamar adonde él se hallaba á los mariscales Lefebvre y Victor, los cuales, en el momento mismo en que terminasen sus operaciones en Vizcaya, debian volver á Vitoria á recoger su artilleria, que no habian podido llevar consigo á causa del pais mon-

tañoso que tenian que recorrer, y dirigirse en seguida por Miranda y Burgos sobre el camino de Madrid. El mariscal Soult, que habia partido con su artilleria, en atencion á que verificó su marcha por el camino real, tenia todo cuanto necesitaba para emprender las operaciones que se le habian encomendado nuevamente.

Desde aquel mismo dia, empezó Napoleon á pensar en los medios de proporcionarse un considerable refuerzo de tropas. Hablabase vagamente en Burgos de los ingleses, y por algunos prisioneros, á quienes se les habia interrogado con maña, llegó á saberse la presencia de tropas británicas en los caminos que desembocan desde Portugal en territorio español. Otros hablaban asi mismo de soldados ingleses, desembarcados en la Coruña, sobre los cuales se decia que iban encaminándose por Astorga sobre Leon. Las cartas interceptadas en correos contenian las mismas indicaciones. Era, pues, evidente, que, sin saber la época á punto fijo, llegaria el caso de combatir con ellos en las llanuras de Castilla la Vieja, ora porque viniesen desde Lisboa sobre Salamanca, ora porque, habiendo desembarcado en Galicia, se dirigiesen desde la Coruña á Astorga. Napoleon no creia tenerlos tan cerca de sí, como en efecto se hallaban, porque el plan británico iba llevandose á ejecucion puntualmente. Los destacamentos de John Moore habian pasado ya de Badajoz y Almeida, y las tropas de sir David Baird, las cuales se logró, al fin, que fueran recibidas en la Coruña, avanzaban sobre Lugo y Astorga. Pero el que los ingleses se hallasen mas ó menos cerca, importaba muy poco á Napoleon, puesto que éste deseaba por el

contrario que se internasen de tal modo en la Península que no les fuese posible luego retroceder, y á fin de poder darles un buen golpe, ocupábase en adoptar las disposiciones necesarias. Anticipadamente habia resuelto que no se incorporase al mariscal Soult el cuerpo de ejército del general Junot, traído de Portugal á Francia conforme á lo estipulado en la capitulación de Cintra, que los ingleses cumplieron lealmente á pesar del mal efecto que habia producido en la Gran Bretaña. Para la época á que nos referimos, ya habia dado tambien las órdenes oportunas á fin de que el mencionado cuerpo fuese reorganizado, y equipado de manera que se hallase lo antes posible en estado de volver á presentarse en línea. Espidiólas nuevamente desde Burgos para que la primera division, la del general Delaborde, pasase el Bidasoa el 4.º de diciembre, mandando al propio tiempo que la segunda, al mando del general Loison, emprendiese inmediatamente la marcha detrás de la del general Delaborde, y que la tercera, cuyo mando acababa de conferir al general Heudelet, pero la cual se hallaba menos preparada que las otras dos, siguiese á estas en el plazo mas corto posible. Napoleón no dudaba, que este cuerpo de ejército, cuyos soldados se hallaban ya bastante aguerridos, ardería en deseos de vengar la jornada de Vimeiro, y dudaba aun mucho menos, el que no fuese capaz de lograrlo. Oponiendo, pues, á los ingleses las tropas del mariscal Soult y las del general Junot, parecióle que ya podría desde Madrid, adonde se proponia hallarse en breve, emprender sobre sus flancos y sobre la retaguardia alguna maniobra tanto mas decisiva, cuanto que así les daba tiempo

para que se internasen mas. En esta atencion limitóse por entonces respecto á los ingleses, cuya aparicion era tan fácil de prever, á preparar los medios para detener mas tarde su marcha.

Después de la partida del mariscal Soult, Napoleón, que se habia quedado en Burgos únicamente con la guardia imperial y parte de los dragones, aceleró el movimiento de las dos divisiones del mariscal Ney sobre esta ciudad, destinándolas á que operasen después sobre la retaguardia de las tropas del general Castaños, así que él hubiera concluido con el general Blake, y le fuese posible desgarnecer su centro en favor de su ala izquierda. A este fin trazó el itinerario del mariscal Ney por Haro, Pancorbo y Bribrísea.

Mientras que el mariscal Soult iba caminando hácia las Asturias, sobre la retaguardia del general Blake, los mariscales Lefebvre y Victor continuaban persiguiendo á este general español á través de Vizcaya. No habiendo encontrado el mariscal Lefebvre resistencia alguna para entrar el 7 en Guenes, se dirigió el 8 á Balmaseda, recogiendo en las cercanías de Barcena la division Villatte, la cual habia sido agregada á sus tropas por algunos dias. El mariscal Victor, por su parte, á quien se reprendiera por haber tratado de aljarse de Vizcaya, habia retrocedido por Orduña, Amurrio y Oquenda sobre Balmaseda, y en el dia 9 logró reunirse en las inmediaciones de esta poblacion, con el cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre, el cual habia obtenido, merced á la nueva direccion que se le habia designado, la ventaja de recobrar la division Villatte, y la de poder encontrar y batir á un enemigo en el cual habia entrado ya la desmoralización.

zacion. Habiéndose avistado, pues, el mariscal Victor con el mariscal Lefebvre en el mencionado dia, prometióle concertar su marcha con la suya. Pero en la mañana del 40, temiendo una vecindad que podria privarle de nuevo de la division Villatte, seapresuró á rechazar á todo trance al general Blake hasta las gargantas de Vizcaya, las atravesó en seguida sin perder momento, y en la tarde de aquel mismo dia llegó al otro lado de los montes, cerca de Espinosa, poblacion importante por hallarse situada en la confluencia de todos los caminos de la llanura y de la montaña. Desde Espinosa podia, en efecto, dirigirse por un espacioso camino, ora á Bilbao, ora á Santander, en el caso de decidirse á marchar hácia los montes; y si por el contrario preferia descender desde la montaña á las llanuras, podia dirigirse por un camino igualmente cómodo, ora á Villarcayo, ora á Reinosa, y llegar en cualquiera de los dos casos ó á Burgos ó á Leon. El general Blake habiase propuesto disputar tenazmente el mencionado punto, y el mariscal Victor combatir hasta apoderarse de él: verdad es que éste contaba con que se le incorporaria el general Lefebvre en caso preciso, á pesar de que se habia separado sin verle ni prevenirle. El mariscal Lefebvre, que habia seguido la misma direccion, escogiendo un camino paralelo al que llevaba el mariscal Victor, sin separarse del valle, pero un poco inclinado á la izquierda, y bastante á retaguardia, iba en extremo resentido de que su colega, partiendo de improviso, no le hubiese dicho nada ni mandado comunicacion alguna acerca de las operaciones que debian ejecutar en comun. Felizmente bastaba uno solo de los cuerpos de ejército france-

ses, destinados á la persecucion del general Blake, para derrotarlo, atendida la mala organizacion de las tropas españolas, y lo irresistibles que eran los soldados de Napoleon, que habian entrado recientemente en España.

El mariscal Victor llegó hácia el medio dia de la jornada del 40 á Espinosa de los Monteros, y encontró al general Blake, situado sobre unas alturas de difícil acceso, en las cuales habia tomado posicion con bastante inteligencia. Quedábanle á este general de treinta á treinta y dos mil hombres de los treinta y seis mil que contaba cuando contramarchó sobre Balmaseda, y tenia ademas seis piezas de artillería que le habian enviado desde Reinosa, por cuanto la suya no era posible conducirla al través de las montañas. Ninguno de los dos ejércitos la llevaba consigo, y batianse sin artillería y sin caballería con el fusil y la bayoneta. ¡Gracias que pudieran seguirles algunas acémilas cargadas con provisiones y cartuchos!

El general Blake tenia á su izquierda alturas escarpadas y pobladas de bosque; hácia su centro un terreno accesible, pero lleno de cercas; y á su derecha una esplanada de bastante elevacion, aunque no de tanto como las alturas de la izquierda, poblada tambien de bosque, y resguardada ademas por un pequeño rio, el Trueba, que seguia su curso desde las montañas por detrás de esta posicion. El Trueba atraviesa por Espinosa de los Monteros, poblacion situada justamente detrás del punto donde se hallaba el centro del ejército español. Lo mejor que podia hacerse por tanto, era batir una de las dos alas de los insurgentes, implelarla hácia su centro, y precisar luego al grueso de

las fuerzas á que se arrojaran hácia Espinosa, cuyo puente único no bastaría para facilitar el paso á todo un ejército puesto en fuga. Lo avanzado de la hora y lo cortos que son los dias de noviembre, no daban ciertamente esperanzas de que pudiese ejecutarse todo esto en una sola jornada.

Al desembocar por el camino de Edesa el general Villatte, cuya division formaba la vanguardia del mariscal Victor, distinguió al ejército español en aquella posicion respetable, y con las seis piezas de artilleria colocadas en el centro de su linea. Aun quando aquel ejército habia sido venenido constantemente desde el principio de las operaciones, la actitud que presentaba no carecia, sin embargo, de cierta firmeza. El general Villatte mandó avanzar á la brigada Pauthod, compuesta del 27.º de ligeros y del 63.º de linea, y ordenando al primero de estos regimientos, que hiciese replegar á los españoles sobre las alturas en que se hallaba apoyada su izquierda, prescribió al segundo que se presentase en batalla ante su centro, para contenerla. Con la segunda brigada, compuesta del 94.º y del 95.º de linea y al mando del general Puthod, atacó la esplanada, cubierta de bosque, donde se apoyaba la derecha del enemigo. Era, pues, necesario avanzar sin artilleria contra un ejército que la tenia, aunque poca, y conquistar todas las posiciones tiroteándose ó á la bayoneta. Felizmente se prestaba muy poco el terreno que tenian delante de sí al empleo de otras armas, que las que llevaban en aquel momento los franceses. Los soldados del marqués de la Romana, situados sobre la esplanada, se defendieron valientemente é hicieron un fuego mortífero sobre nuestras tro-

pas, resguardándose de ellas al abrigo del bosque. Venciendo, empero, el general Puthod con los regimientos 94.º y 95.º todos los obstáculos, invadió la esplanada, penetró en el bosque, y desalojó de él á los españoles, obligando á algunos de ellos á huir desapoderadamente hácia el Trueba, al paso que los demas se replegaron sin gran desorden sobre su centro. Mientras que nuestra brigada de la izquierda sostenia este vivísimo combate contra la derecha del enemigo, el 27.º de ligeros, perteneciente á la brigada de la derecha habia estado tiroteándose en guerrilla con los españoles al pie de las alturas de su izquierda, y el 63.º habia tenido necesidad de cargar varias veces á la bayoneta para contener su centro. Este combate no dejó de ofrecer grandes dificultades, y hubiera podido ser espuesto á contingencias con otras tropas, mediante á que solos siete mil hombres peleaban contra mas de treinta mil. Pero el mariscal Victor llegó con las divisiones Rullin y Lapisse, y apresurándose á apoyar á la division Villatte por derecha é izquierda, iba ya á empeñar á fondo la batalla, quando levantándose a cosa de las cinco una densa niebla, que impedia á los dos ejércitos el verse, los obligó á remitir para la mañana siguiente el fin de esta lucha. Creyéndose, segun costumbre, victoriosos los españoles, sin otra razon mas, que por la de no haber sido completamente derrotados, encendieron hogueras en su campo, y daban gritos de gozo, proclamando su victoria. Estábales reservado, empero, que aquella satisfaccion no fuese mas que momentánea.

El 14, al despuntar el dia, el mariscal Victor volvió á comenzar la batalla para darla un térmi-

no decisivo. Con sus tres divisiones reunia la fuerza de unos diez y siete á diez y ocho mil combatientes, número que consideraba mas que suficiente para batir á los treinta y tantos mil españoles con que contaba el enemigo. Desde la noche anterior habia reemplazado á los regimientos 94.º y 95.º de línea, que se habian estado batiendo durante toda la jornada de la vispera, con el 9.º de ligeros y el 24.º de línea, pertenecientes á la division Ruffin, apoyados en retaguardia por el 96.º de línea. A estos tres regimientos del general Ruffin, que reemplazaban á la brigada Pulhod, estaba reservado el terminar la victoria á nuestro flanco izquierdo sobre la esplanada, cuyo pie baña el Trueba. El general en jefe ordenó á la primera brigada de la division Lapisse, al mando del intrépido y valiente general Maison, que apoyase al 27.º en nuestra ala derecha, á fin de desalojar á los españoles de las alturas escarpadas y pobladas de bosque sobre las cuales tenian establecida su izquierda, y precipitarlos sobre Espinosa, cuyo puente era el único camino que les quedaba para emprender la fuga. Para sostener en el centro al 63.º del general Villatte, habia mandado al 8.º de línea, perteneciente á la division Lapisse. El 54.º de línea, que tambien correspondia á esta division, quedó de reserva para mandarlo al punto donde se le considerase mas necesario.

Al despuntar el dia púsose en movimiento el general Maison á la cabeza del 16.º de ligeros, cuyo ardor corria parejas con el 27.º del general Villatte, y trepando bajo un fuego nutridísimo á las alturas que estaban á nuestro flanco derecho, las tomó á la bayoneta, mató algunos gefes del ejército

enemigo, y un gran número de oficiales y soldados, y obligó á los españoles, secundado por el 43.º á replegarse hácia su centro, ó sea sobre Espinosa. A este mismo tiempo, el 63.º, al mando del bizarro Montou Duvernet, y el 8.º de línea, iban rechazando á los españoles de cercado en cercado sobre el terreno rebajado y estenso que formaba el centro de la posicion. Logrando nuestras tropas apoderarse sucesivamente de todas las tapias, arrojaron por fin á los españoles sobre Espinosa de los Monteros, en el momento en que el general Maison acababa por su parte de hacer otro tanto, y les cogieron sus seis piezas de artillería. La brigada de la izquierda, conducida por el general Labruyere, habia terminado igualmente su empresa, obligando á la derecha de los españoles á replegarse en un recodo que forma el Trueba, donde se habia aglomerado una masa inmensa, la cual presentaba la forma de un cuadro repleto de combatientes, colocados asi para que resistiesen mejor el choque de nuestras tropas. Rechazado el enemigo de todos los puntos, é impelido por todas partes á caer sobre Espinosa, introdujose en sus filas la mas espantosa confusion, y dió á huir en el mayor desórden, apiñándose un gran número en el puente de Espinosa, á fin de pasar el Trueba, y precipitándose otros en su cauce á fin de pasarlo á nado. Desde este instante ya no fué una retirada la que emprendieron los insurgentes; era una derrota, una dispersion inaudita de treinta mil hombres, llenos de espanto y de terror, y los cuales huian apiñándose unos sobre otros con toda la celeridad que presta el miedo. En un terreno llano, y con alguna caballería, todos ellos hubieran caido en nuestro

poder ó sucumbido á cuchilladas. Disparando sobre ellos nuestras tropas de alto en bajo, ó alcanzándolos con las puntas de las bayonetas, mataron ó hirieron cerca de tres mil hombres; mas solo pudieron coger unos cuantos centenares de prisioneros, porque su agilidad no igualaba ni con mucho á la de los montañeses fugitivos. Nuestra pérdida fué de unos mil cien hombres entre muertos y heridos, número que no dejaba de ser considerable, atendida la proporcion que guardaba con la que habíamos sufrido en otros encuentros, y la cual era debida á la naturaleza del terreno, que nuestras tropas habían tenido que conquistar. Pero si no nos fué dado hacer en aquella jornada muchos prisioneros, conseguimos, en cambio, desorganizar completamente el ejército de Blake, lo cual era mucho mejor. Este general, cuyos gefes subalternos habían sido muertos ó heridos casi todos, entregóse á la mas honda desesperacion al ver que ya no le quedaba ejército en torno suyo. Los asturianos se habían dispersado en el mayor desorden sobre el camino de Santander. Los restos de las tropas de línea, pertenecientes á la division de la Romana y al cuerpo de ejército de Galicia, huían desesperadamente por Reinosa hácia Leon. Otro destacamento emprendió la fuga con direccion á Villareayo, en la confianza de que no encontrarían franceses hácia aquella parte. El mayor número de los insurgentes corrian á traves de los campos, despues de haber soltado los fusiles, con la firme resolucion de no volver á empuñar las armas. Esto no obstante era muy posible que recobrasen otra vez el valor con la misma facilidad que este los abandonaba; pero lo cierto es que quedaban escar-

mentados, sino para siempre, por largo tiempo al menos, y que aquel ejército de Leon y de Galicia, que se prometia cortar la línea de operaciones de las tropas francesas por Mondragon, se hallaba entonces completamente disuelto.

El mariscal Lefebvre, entretanto, habia descendido desde las montañas á la llanura por otro camino distinto del que habia llevado el mariscal Victor, y habiendo llegado á sus oidos el estruendo del tiroteo, trató de aproximarse á su colega, de quien ninguna comunicacion habia recibido. El mariscal Lefebvre llegó aun á tiempo de cubrir la izquierda de aquel; mas conociendo que no era ya necesario su apoyo, emprendió inmediatamente la marcha hácia Villareayo, á fin de llegar cuanto antes á Reinosa. En el camino dió alcance al destacamento de Blake que se retiraba en esta direccion, y habiendo mandado á la division Sebastiani que cargara sobre él, lo dispersó, apoderóse de gran número de heridos y armas, cogió además algunos prisioneros, y el 11 por la noche llegó á Villareayo.

El mariscal Victor se detuvo en Espinosa el resto del dia 11 y todo el 12, atendida la imposibilidad de conducir mas lejos á unos soldados que se hallaban rendidos á causa de las marchas dobles que habian hecho á través de las montañas, y los cuales estaban poco menos que descalzos, sin municiones, y faltos de víveres. Por otra parte, hallábase firmemente persuadido de que no le seria fácil alcanzar á los cinco ó seis mil hombres que le quedaban al general Blake, á causa de la celeridad de su marcha, y de la facilidad que tenian en dispersarse y disolverse. El contener, pues, á

esta fuerza, estaba reservado ó á la caballería francesa que para entonces ya se había lanzado á las llanuras de Castilla, ó al mariscal Soult, si no llegaba demasiado tarde. El general Blake llegó el 12 á Reinosa, y desde allí se dirigió sin detenerse á la provincia de Leon por un camino áspero y montañoso.

El mariscal Soult, que había partido el 13 por la mañana de Burgos, tropezó entre Huermece y Canduela con unos dos mil fugitivos que iban escoltando doce carros cargados de fusiles, una infinidad de bagages, y gran número de heridos, y dejando el cuidado de destruir esta fuerza á los dragones, los cuales hicieron en ella una gran carnicería, fué á dormir á media jornada de Reinosa. Al día siguiente entró en esta población por la mañana, y encontró en ella todo el material del ejército de Blake, consistente en treinta y cinco piezas de artillería, quince mil fusiles, y una gran cantidad de efectos de guerra, procedentes de los ingleses. Incorporósele allí el mariscal Lefebvre, y despues de ponerse con él de concierto, emprendió la marcha hácia Santander, con el fin de dirigirse á Asturias, cuya sumision le había sido encomendada.

Napoleon no supo á causa de la dificultad de las comunicaciones, hasta la noche del 13 al 14, la batalla decisiva dada en Espinosa el 11 contra el ejército del general Blake. A decir verdad, no había dudado aquel ni un instante del éxito; empezaba, empero, á persuadirse con hartosentimiento suyo, de que si bien la victoria era casi segura contra los españoles, no producía los resultados apetecidos, por la suma dificultad que ofrecía el darles

alcanze. En esta atencion hallabase punto menos que seguro, de que aun cuando el mariscal Soult llegase á Reinosa, no haría otra cosa que terminar la obra de la dispersion, sin lograr coger un número considerable de prisioneros. Napoleon mandó por tanto al general Milhaud, que se dirigiese con sus dragones sobre todos los caminos de Castilla la Vieja, y prescribió á las demas divisiones de la misma arma que se le incorporasen, á fin de perseguir en todas direcciones y de que acuchillasen sin compasion cuantos fugitivos pudiesen alcanzar, pertenecientes al ejército del general Blake.

Destruida, pues, la izquierda de los españoles, lo que al presente cumplía era operar contra la derecha para obtener el mismo resultado.

Napoleon ordenó, por tanto, al mariscal Victor, que despues de conceder al cuerpo de ejército de su mando el necesario reposo en Espinosa, y de asegurarse de que el mariscal Soult no tendria ya que habérselas con los dispersos, emprendiese la marcha hácia Burgos, á fin de que se reuniese, con arreglo á sus primitivas instrucciones, al cuartel general. Al mismo tiempo mandó al mariscal Lefebvre, el cual se lamentaba sin cesar de que tenía escaso número de fuerzas, puesto que había dejado dos mil alemanes en Bilbao, y no llevaba ya consigo ni los polacos, ni la division Villatte, que fuese á establecerse en Carrion con los nueve ó diez mil infantes que le quedaban, y que aguardando allí su artillería, formase de este modo una especie de trabazón entre el mariscal Soult, que iba á recorrer las Asturias, la caballería de Milhaud, encargada de hacer una batida de insurgentes en Castilla la Vieja, y el cuartel general

que se disponia á operar desde Burgos sobre Aranda. En Carrión hallabase, en efecto, el mariscal Lefebvre á igual distancia, con corta diferencia, de Leon, de Reinosa, de Valladolid y de Burgos, y Napoleón se proponia dirigirlo sobre el camino de Madrid, ora fuese por Aranda ó por Segovia, así que el mariscal Junot llegase á reemplazarle sobre los flancos del mariscal Soult.

Considerando, pues, Napoleón que no debia tardar en reunirsele el mariscal Victor, y que con las fuerzas del mariscal Lefebvre conservaba sus relaciones con el mariscal Soult, ya no vaciló en privarse del general Ney, á fin de que éste marchase á maniobrar sobre la retaguardia del general Castaños. Quedóse por tanto en Burgos con sola la guardia y parte de la caballería, y el 14 por la mañana encaminó sobre Lerma y Aranda al valiente mariscal con las divisiones Marchand y Des-solles. Su proyecto era que el mariscal Ney se dirigiese desde Aranda sobre Osma, Soria y Agreda, para que fuese de este modo á situarse sobre la retaguardia de las tropas de Castaños, cuyo cuartel general se hallaba en Cintruénigo, entre Calahorra y Tudela. El mariscal Ney recibió orden de emprender la marcha sobre Aranda sin pérdida de tiempo, mas sin precipitacion, á fin de que llegase con su gente en buen estado detrás de una inmensa línea de caballería que iba á estenderse desde la llanura hasta el pie de los montes de Guadarrama, los cuales forman una larga cadena de cordilleras delante de Madrid, y dividen las dos Castillas.

Napoleón recomendó al mariscal Monecy que no ejecutase movimiento alguno sobre el Ebro, sino que se mantuviese dispuesto para la primera se-

ñal, á fin de que no se alarmase el general Castaños. Como ya hemos dicho, el mariscal Monecy habia reunido en Logroño la antigua division Bisson, al presente division Lagrange, la cual pertenecia al cuerpo de ejército del mariscal Ney, y despues de devolverla su artillería, la dió ademas la caballería ligera de Colbert, que antes habia pertenecido al sexto cuerpo de ejército, y á la cual habia sido agregada la brigada de dragones del general Dijeon. Esta division no tenia mas que dar un paso para reunirse al mariscal Monecy, cuyas fuerzas debian ascender con este refuerzo á treinta mil combatientes, número bastante para rechazar á Castaños y á Palafox sobre el mariscal Ney, á fin de cogellos entre dos fuegos y derrotarlos. Si esta maniobra llegaba á cuajar, el cuerpo de ejército del general Castaños, debia caer prisionero irremediablemente, sino todo el gran parte al menos. Mas para obtener este resultado era preciso que el mariscal Monecy se estuviese quieto, mas en actitud de moverse cuando llegase el caso, y que el mariscal Ney acelerase su marcha, de modo que lograrse caer sobre la retaguardia del general Castaños, antes que éste se apercibiese de ello. Aun cuando Napoleón estimaba en mucho al mariscal Monecy, no confiaba lo bastante, sin embargo, en la resolucion de su carácter para confiarle una misión de importancia, y en esta atencion trataba de reemplazarle con el ilustre Lannes, á quien destinaba el mando de todas las tropas reunidas sobre el Ebro, así que se hallase completamente restablecido de una caída de caballo, asaz peligrosa que lo habia retenido hasta entonces en el cuartel general. El ejército español de la derecha iba,

pues, á habérselas con Lannes y Ney; y á ser cogido y destrozado, segun todas las probabilidades, entre aquellos dos brazos de hierro. Napoleon aguardó para dar sus últimas ordenes, á que el mariscal Ney llegase á Aranda y emprendiese en seguida el movimiento sobre el camino de Soria.

Mientras que Napoleon desplegaba una actividad tan prodigiosa, calificativo que nada tiene de exagerado, si se reflexiona que así que llegó á Vitoria y proveyó al incidente de Balmaseda, había mandado al mariscal Soult sobre Burgos, y una vez dueño de esta ciudad, volvió á mandarlo contra el general Blake, y destruido que fué éste, al mariscal Ney contra el general Castaños; mientras que Napoleon, repetimos, desplegaba tanta actividad y conocimientos tan profundos contra unos ejércitos para cuya destrucción bastaba solo el atacarlos de frente, la junta central de Aranjuez, y la camarilla de generales demagogo-realistas que la rodeaban, recibieron la noticia de la derrota de los ejércitos de Blake y del marqués de Belveder con una sorpresa y una emocion tan extraordinaria, como si ninguno de estos acontecimientos hubiera podido preverse. Obedeciendo la junta á un sentimiento, sino igual al que impelia á los soldados cobardes á asesinar en la fuga á sus gefes, acusándoles de traicion, (de lo cual se verán despues nuevos y atroces ejemplos) al menos muy parecido, desistió sin piedad á los generales que llegaban á sufrir alguna derrota. Así, pues, en medio de la confusion habitual que reinaba en sus deliberaciones, declaró indigno del mando al general Blake, el mejor sin disputa de cuantos gefes comandaba el ejército de Galicia, y recompensó su patrio-

tismo y su celo con una destitucion. Otro tanto hizo despues con el vencedor de Bailen, con el digno general Castaños, que era el mas sensato y el mas inteligente de todos los generales españoles, alegando el pretesto de que era irresoluto, por cuanto resistia á todas las disparatadas proposiciones de los hermanos Palafox. Cierto, que el general Castaños no era el mas osado de los generales españoles; pero en cambio miraba la situacion bajo su verdadero punto de vista, y en esta atencion opinaba, que el avanzar sobre el Ebro, como se había decidido, era una disposicion que no podia producir mas que desastres. Comprendiendo que los franceses reunian tantas ventajas sobre este rio, como inconvenientes habían tenido en contra sobre el Guadalquivir, hubiera querido escoger para hacerles frente, ora las provincias meridionales, ora las marítimas, á fin de ofrecerles los obstáculos del clima, de las distancias y de los socorros británicos, al propio tiempo que se lamentaba de que se le obligase á hacer la guerra á los primeros ejércitos de Europa con dos divisiones andaluzas, bastante buenas si se quiere, y una masa de paisanos indisciplinados. A todos los planes de la junta Central, fundados en la mas ciega presuncion, oponia las contradicciones mas razonadas: de manera que por querer ser mas cuerdo y mas instruido que sus conciudadanos había perdido ya su gloria y el favor de que gozara por algun tiempo. Decíase en el ejército y repeliase en Aranjuez, que en las filas españolas había muchos traidores, y que uno de los gefes á quienes había que vigilar con mas esmero era el general Castaños. Las cartas interceptadas por nuestros

cuerpos avanzados, hallábanse llenas de estos juicios absurdos. En su consecuencia, privóse del mando á los dos generales, arriba dichos, y confiósele a uno solo: al marqués de la Romana, al fugitivo de Dinamarca, el cual había llegado á ser el favorito de la demagogia española. La institución de un mando único en jefe hubiera sido ciertamente un pensamiento acertado, si se hubiera investido con él á un militar español capaz de desempeñarlo en debida forma: á Castaños, por ejemplo, quien, atendido el estado actual de los ejércitos insurgentes, era el general único que podía hacer un ensayo. Cansabales, empero, envidia por la jornada de Bailen, y se le detestaba á causa de su buen sentido, al paso que el marqués de la Romana, cuyos planes extravagantes y exaltación romanesca tenían para la junta mucho atractivo, y á quien recomendaba en extremo una evasión que había tenido cierto no sé qué de maravilloso, no podía inspirar celos á nadie por la razón sencilla de que no había alcanzado ninguna victoria, y era además extraño á todos los odios, porque había estado ausente. En esta atención, eligiósele para que mandase en jefe los ejércitos de Blake y de Castaños. Mas como el marqués de la Romana se había visto obligado á retirarse á Leon con siete ú ocho mil fugitivos, haciendo una marcha larga y penosísima al través de montañas cubiertas de nieve, y como Leon dista de Tudela cien leguas por lo corto, hallábase imposibilitado de encargarse inmediatamente del mando de los ejércitos del centro y de la derecha, por cuya razón se le confirió interinamente al general Castaños. Tomás de Morla, aquel arrogante capitán general de Cádiz, de

quien tantos motivos de queja tenían los franceses por la conducta que con ellos observara despues de la derrota de Bailen, había sido nombrado director del ramo de guerra, y la junta le confió además la mision de poner de acuerdo entre sí á los generales españoles, y con especialidad á estos y á los ingleses que iban á entrar en línea.

Habiendo empleado Napoleon los dias 15, 16, y 17 de noviembre en recoger noticias de sus diversos cuerpos de ejército, y habiéndose asegurado por ellas de que el mariscal Soult había entrado sin dificultad alguna en Santander, de que el mariscal Lefebvre se hallaba establecido en Carrion, de que el mariscal Victor se había puesto en marcha para Burgos, y de que el mariscal Ney, en fin, acababa de llegar á Aranda, dió orden á este último para que se dirigiese á San Esteban, y desde esta villa á la de Almazan, prescribiéndole, que así que llegase al último punto, estuviese atento sobre Soria y Calatayud, á fin de saber si el general Castaños retrocedía, ó si avanzaba hácia Madrid, ora por el camino de la primera de aquellas dos ciudades, ora por el de la segunda, puesto que era indispensable que el 22 ó el 23 cayese sobre la retaguardia del ejército español, al cual debía repeler estos mismos dias el mariscal Lannes y hácia una de las mencionadas direcciones, con la violencia con que él acostumbraba á repeler al enemigo. Semejantes instrucciones no podían ser mas precisas, si se tienen en cuenta los lugares y las circunstancias. Napoleon obligó á partir en aquel mismo dia á Lannes, el cual apenas podia sostenerse sobre el caballo, con orden de que se dirigiese á Logroño, y de que reuniendo allí la infantería

de la division del general Lagrange y la caballeria de los generales Colbert y Dijcon á las tropas del mariscal Moncey, se lanzase con veinte y cuatro mil infantes, los dos mil artilleros, y los cuatro mil caballos, sobre Castaños y Palafox, y los obligase á caer sobre las bayonetas del mariscal Ney.

Ambos mariscales ejecutaron inmediatamente el movimiento que se les habia prescrito. El mariscal Ney partió el 19 de Aranda, y yendo á dormir aquella noche á San Esteban, llegó á Berlanga el 20. Hay que tener presente, que las dificultades que las marchas ofrecian en la mayor parte de las provincias de España, se aumentaban de un modo extraordinario al abandonar la carretera de Madrid para meterse en el pais montañoso de Soria, á través de la cadena de cordilleras que se eleva entre los Pirineos y las de Guadarrama. Para dirigirse sobre el Ebro y coger por retaguardia estas tropas del general Castaños, era absolutamente indispensable atravesar aquellas cordilleras. El mariscal Ney, por otra parte, tenia que encontrar por precision en aquel pais menos frecuentado de tropas y donde dominaban naturalmente con mayor fuerza las viejas costumbres de España, un pueblo mucho mas hostil, menos comunicativo, y mas dispuesto á engañarle con falsos informes. Los habitantes huian á la aproximacion de su ejército, y dejaban á este que se apropiase los viveres que encontraba, prefiriendo el abandonar sus hogares, á disminuir sus perjuicios proporcionándole aquello de que hubiera necesidad. Los que se quedaron en las poblaciones, que eran los menos, hablaban con gran énfasis de los ejércitos de Castaños y Palafox, cuyo número calculaban

unos en sesenta mil hombres, y otros en ochenta mil. Respecto al punto donde se hallaba establecido el cuartel general, cada uno decia una cosa diferente, y otro tanto sucedia respecto á si Castaños seguiria, en caso de retirarse sobre Madrid, el camino de Soria, ó el de Calatayud. De aqui resultaba, que, como Napoleon admitia en sus instrucciones una de estas dos hipótesis, el mariscal Ney se encontraba en la mayor perplejidad. No contando, como no contaba, mas que con unos trece ó catorce mil hombres, no podia menos de preguntarse á pesar de su natural intrepidez, de la cual habia dado tan brillante prueba en Guttstadt haciendo frente con quince mil franceses á sesenta mil rusos, si se hallaria efectivamente en el verdadero camino, por donde debería verificar su retirada Castaños, y si en el caso de que así fuese, no era de temer, que replegándose Castaños y Palafox sin haber sido batidos, cayesen sobre él con sesenta ú ochenta mil hombres, lo cual hubiera seguramente agravado mucho su posicion. Por esta causa marchaba con gran tiento, escuchando, haciendo exploraciones, y reclamando del cuartel general los informes, que no le era dado obtener de los pueblos. El 21 llegó á Soria con una de sus dos divisiones, y allí esperó á la otra, á la cual habia prescrito que diese un rodeo por la derecha, á fin de obtener alguna noticia de Calatayud. Aquel intrépido mariscal vaciló entonces por primera vez en su vida, y se mostró sorprendido é indeciso á consecuencia de los rumores contradictorios que recogia en aquel pais de ignorancia, de exageracion, y erizado de riesgos. El tiempo urgia, sin embargo, puesto que el 22 ó el 23 eran los dias designados para que las

tropas francesas del Ebro, empeñasen el combate con Castaños y Palafox.

El mariscal Lannes, por su parte, quien, como ya hemos dicho, habia montado á caballo sin hallarse completamente restablecido, partió el 19 de Burgos, y fué á dormir á Logroño aquel mismo día. Anticipadamente habia dado orden á la division Lagrange, á la caballería del general Colbert, y á la brigada de dragones del general Dijeou, para que empleasen la jornada del 20 en concentrarse alrededor de Logroño, y para que, atravesando el Ebro en la mañana del 21, descendiesen siguiendo la orilla derecha de este rio hasta dar frete á Lodosa, por donde debia desembocar el mariscal Moucey. Marchando el 20 desde Logroño á esta villa, y habiéndose avistado en ella con el mariscal Moncey, el cual se hallaba interinamente á sus órdenes, prescribió que estuviese dispuesto para pasar el puente de Lodosa en la tarde del 21, á fin de que pudiesen incorporarse con él las tropas del general Lagrange.

Las instrucciones del mariscal Lannes habian sido ejecutadas puntualmente, y el 21 por la tarde llegó en efecto, el general Lagrange al frente de Lodosa, por cuyo puente de embocaron las tropas del general Moncey. Entre las de uno y otro formaban una masa total de veinte y ocho á veinte y nueve mil hombres de infantería y de caballería. El mariscal Lannes habia conferido al bizarro Lefebvre-Desnoettes el mando de toda su caballería, compuesta de los lanceros polacos, de los coraceros y de los dragones provisionales, de los ligeros que habia traído consigo el general Colbert, y de los dragones antiguos procedentes de lo interior de

Alemania, que acababan de llegar conducidos por el general Dijeou. La infantería constaba de la division Lagrange, antes division Bisson, y de los jóvenes soldados al mando del mariscal Moncey á los cuales se agregaron despues el 44.º y el 44.º de línea, y las legiones del Vistula. Aquellos soldados bisoños, no obstante, podian competir ya con los soldados aguerridos: lo único que les faltaba eran buenos oficiales, como sucedia á todos los cuerpos de reciente creacion, cuyos cuadros fueron formados con oficiales pertenecientes á la retirada. Lannes mandó que acamparan para que partiesen de madrugada al siguiente dia, y proveyó de pan para cuatro jornadas á cada soldado.

Con efecto, al siguiente día 22 de noviembre, emprendióse la marcha hacia Calahorra, siguiendo la orilla derecha del Ebro. Lannes marchaba á la cabeza con Lefebvre-Desnoettes y sus lanceros polacos, los cuales eran el terror de los españoles. Habiendo llegado á Calahorra, supo allí que los españoles iban en retirada hacia Alfaro y Tudela, donde era de presumir que se les encontraría en posicion á la mañana siguiente. Lannes mandó, pues, acelerar la marcha, y aquella misma noche fué á dormir á Alfaro. No era posible hacer jornada mas larga en un solo dia, y por otra parte no era difícil partiendo de madrugada de aquella ciudad, llegar á Tudela á buena hora para dar la batalla. Las divisiones Maurice-Mathieu, Musnier, y Grandjean ocupaban la izquierda del Ebro. Las divisiones Morlot y Lagrange llevaban la derecha, y fueron á hacer noche á Corella. Durante esta marcha, la caballería precedió á la infantería.

Lannes dió orden á sus tropas de que al siguien-

te día (el 24) partiesen sobre Tudela á las tres de la mañana. Para no perder tiempo, y deseando adelantarse á sus tropas y reconocer las posiciones del enemigo, en el caso de que éste se detuviese para combatir, marchó á galope con Lefebvre-Desnoettes y los lanceros polacos.

Los generales españoles habian invertido mucho tiempo en disputar el plan mas conveniente: Palafox queria tomar la ofensiva penetrando en Navarra, y Castaños opinaba, por el contrario, que no debian atravesar el Ebro, y que valdria mucho mas retroceder é internarse en España, á fin de evitar los encuentros generales con los franceses. Sorprendiólos en esta controversia el mariscal Lannes, y vieron precisados por los gritos del pueblo que los apellidaba traidores, á aceptar la batalla. Las cosas habian llegado á tal punto, que los aragoneses, al mando de O'Neil, no habian pasado aun el Ebro el 23 por la mañana, y mediaba, por tanto, una distancia de tres leguas entre el ala derecha, formada por estos, y el extremo del ala izquierda, que la componian los andaluces. Castaños se apresuró á formar á unos y á otros en batalla sobre las alturas que se elevan delante de Tudela, y las cuales van disminuyendo hasta las inmediaciones de Cascante, ciudad situada en medio de una llanura poblada de olivar.

Al llegar Lannes al frente de esta posicion, distinguió á su izquierda, sobre las alturas que hay antes de Tudela y cerca del Ebro, una fuerte masa de españoles, que eran precisamente los aragoneses que acababan de pasar el rio, y los cuales se hallaban defendidos por una numerosa artillería. En el centro, y sobre unas alturas menos elevadas,

al p so que protegidas por un bosque de olivos, distinguió otra masa, compuesta de valencianos, murcianos y castellanos. Mas lejos, á la derecha, pero á una gran distancia y hácia Cascante, distinguíase en la llanura otro peloton muy numeroso, compuesto de las divisiones de Andalucía, á las ordenes de Peña y Grimarest, las cuales no habian llegado aun á la linea. El total de todas estas fuerzas podia ser de unos cuarenta mil hombres.

El mariscal Lannes resolvió sobre la marcha apoderarse de las alturas de la izquierda, y cuando estuviese ya cerca de conseguirlo, lanzarse contra el centro de los insurgentes, para caer despues sobre la porcion del ejército español, que se hallaba á la derecha, hácia Cascante, proponiéndose ademas dirigir contra esta su relaguardia, formada por la division Lagrange, que aun venia bastante lejos.

Tomada esta resolucion, mandó inmediatamente á la division Maurice-Mathieu, que era una de las mejor organizadas, sobre las alturas de la izquierda, y guardó en reserva las divisiones Musnier, Grandjeau y Morlot para operar contra el centro en el momento oportuno. La caballeria hallábase desplegada en la llanura, dando frente una gran parte á la derecha, para contener al enemigo del lado de Cascante, y dar tiempo á la division Lagrange para que se incorporara al resto del ejército.

Los generales Maurice-Mathieu y Habert, precedidos de un batallon de cazadores, avanzaron á la cabeza de un regimiento del Vistula y del 14.^o de linea, antiguo regimiento que se habia encontrado en Eylau, y para el cual no tenian seguramente nada de espantosas las batallas con los es-

pañoles. Lannes había dado orden de que no se hiciese mucho uso del fusil contra un enemigo superior en número, y situado en una posición ventajosa. Así, pues, inmediatamente que los cazadores lograron que los insurgentes se replegaran sobre las alturas de la izquierda, los generales Maurice-Mathieu y Habert formaron sus tropas en columnas de ataque, y empezaron a trepar hacia las posiciones. Los aragoneses, gente más bizarra y más entusiasta que la del resto de la nación, hallábanse obligados en cierto modo por su anterior comportamiento á sostener el combate, y lo sostuvieron efectivamente con cierto enarnezamiento. Después de hacer bastante buen uso de su artillería contra los franceses, disputáronles el terreno palmo á palmo, y les mataron un considerable número de hombres. Esto no obstante, la división Maurice-Mathieu, que se sostuvo vigorosamente, los obligó después de un combate de dos horas á retroceder hacia Tudela. Así que Lannes se persuadió de que la acción no ofrecía ya por aquel punto duda alguna, mandó avanzar á la división Morlot, que acababa de llegar, y apoyándola con la división Grandjeau, dirigió á ambas contra el centro de los españoles, compuesto, según ya hemos dicho de murcianos, valencianos y castellanos. Los obstáculos del terreno, que eran numerosos, ofrecieron á la división Morlot más de un obstáculo que vencer. Hallándose, empero, formada esta en su mayor parte de tropas jóvenes y llenas de entusiasmo, atropelló por todo, y rechazó á los españoles sobre Tudela, donde el general Maurice-Mathieu debía penetrar también con sus soldados con arrebato á las instrucciones que había recibido. La división

Morlot perdió en esta empresa de trescientos á cuatrocientos hombres.

Desde aquel instante convirtióse la batalla en una derrota general, puesto que los españoles, desalojados por las divisiones Maurice-Mathieu y Morlot de las alturas circunvecinas á Tudela, y obligados á replegarse sobre la ciudad misma y sobre la vasta llanura que se estiende al otro lado de ella, huyeron en el más espantoso desorden, dejando muchos muertos y heridos, un número de prisioneros más considerable que lo de costumbre, toda su artillería y un parque inmenso de municiones y carros de bagage.

Eran las tres de la tarde. Lannes mandó al mariscal Monecy en persecución de los fugitivos sobre el camino de Zaragoza con las divisiones Maurice-Mathieu, Morlot y Grandjeau, la caballería de Colbert, y los lanceros polacos á las órdenes de Lefebvre-Desnoettes. Esta caballería atravesó por la brecha abierta en el centro de la línea enemiga, entre Tudela y Cascante, y se lanzó á galope sobre los fugitivos por cuantos caminos se encuentran por aquellos campos poblados de olivar. Lannes se quedó con la división Musnier, y los dragones, para hacer frente á la izquierda de los españoles, compuesta de las tropas al mando del general Peña, las cuales se distinguían á lo lejos por el lado de Cascante.

Impelido Castaños por la derrota, no pudo conseguir reunirse con su izquierda, la cual presentaba una masa imponente de infantería, y era la misma que había cogido por retaguardia á Dupont en Bailen. El general Peña la condujo en línea

desde Cascañe á Tudela por una llanura, en la cual podia desplegarse perfectamente nuestra caballería. Lannes lanzó sobre ella la brigada de dragones del general Dijeou, á fin de que la contuviesen mientras llegaba la division Lagrange, que no habia entrado aun en fuego, y estos lo consiguieron en virtud de cargas repetidas. Presentóse por fin, el mencionado general á una hora bastante avanzada, y disponiendo sus tropas en escalones próximos unos de otros, se lanzó pronta y vigorosamente al ataque de Cascañe. El general Lagrange marchaba á la cabeza del 25.º de ligeros, que formaba el primer escalon. El 25.º avanzó á la bayoneta sobre Cascañe, y derrotando á la division Peña, la rechazó sobre Borja, á la derecha del camino de Zaragoza. Lagrange recibió una herida de bala en un brazo al cargar al enemigo, marchando á la cabeza de su division.

La noche vino á poner fin á la batalla, la cual ofrecia ya, así por la izquierda como por la derecha, el aspecto de una inmensa derrota. Los aragoneses habian sido rechazados sobre Zaragoza, y los andaluces sobre Borja y hacia el camino de Calatayud. La retirada tenia que ser por precision divergente, aun cuando los sentimientos de los generales no los hubiesen dispuesto á marchar separados unos de otros, despues de un descalabro comun. Aquella jornada nos valió cuarenta piezas de artillería, tres mil prisioneros, heridos casi todos por la razon sencilla de que no se podia cogerlos sin acuchillarlos, y unos dos mil muertos ó moribundos que quedaron en el campo de batalla. En esta batalla lo mismo que en la de Espinosa, la dispersion fué el resultado principal. Nuestros gi-

netes prosiguieron por espacio de algunos dias haciendo prisioneros.

En la madrugada del siguiente dia, y no pudiendo el mariscal Lannes soportar la fatiga del caballo por haber querido e-ponerse á ella demasiado pronto, encargó al mariscal Moucey que continuase la persecucion de los aragoneses sobre Zaragoza con las divisiones Maurice-Mathieu, Morlot, y Grandjeau, y parte de la caballería, y confió el mando de la division Lagrange, cuyo gefe acababa de ser herido, al bizarro Maurice-Mathieu, al cual agregó además la division Musnier, los dragones y los lanceros polacos, á fin de que todas estas tropas marchasen bajo sus superiores órdenes sobre Castaños, que huía hacia Madrid por Calatayud y Sigüenza. Aun cuando ninguna noticia habia tenido Lannes hasta entonces acerca de la marcha del mariscal Ney, esperaba sin embargo que tropezarian con él los andaluces, y que espiarían terriblemente la jornada de Bailen.

Hallándose, empero, desgraciadamente en la mayor incertidumbre el mariscal Ney, vacilando entre escoger el camino de Soria á Tudela ó el de Soria á Calatayud, y no atreviéndose á tomar decision alguna hasta tanto que recibiese las órdenes ulteriores que habia pedido al cuartel general, no solo habia pasado en Soria la jornada del 22 con objeto de reunir sus dos divisiones, sino que se detuvo tambien las dos del 23 y 24 aguardando noticias, y no resolvió hasta el 25 partir á Agreda, desde cuya villa se hallaba á la distancia de una jornada de Cascañe. Si hubiese partido siquiera el 23 por la mañana, facilmente hubiera podido caer aquella misma noche ó al otro dia á lo sumo

sobre la retaguardia de las tropas de Castaños: pero las instrucciones del cuartel general, si bien eran bastante claras, dejaban todavía bastante latitud al mariscal, y los últimos informes que había recogido en Soria acerca de la fuerza de Castaños, habían introducido una gran confusión en su ánimo. Habíasele dicho, (1) que este general contaba

(1) Acerca de este hecho tan importante en la carrera del ilustre mariscal, parécenos oportuno citar algunas cartas del cuartel general, las cuales prueban la gran estima en que tenía Napoleón á este militar excelente, y manifiestan el juicio que formó de su indecisión. Por ellas se verá así mismo, que no fué un sentimiento de celos lo que motivó la pérdida de tiempo del mariscal Ney, puesto que si hubiera llegado oportunamente, estábale reservado un triunfo mucho mas brillante que el de Lannes, en atención á que hubiera cogido al general Castaños. La causa verdadera no fué otra que la que yocito, la cual está en armonía con el juicio que formó Napoleón. He aquí los documentos, inéditos hasta aquí, que lo comprueban; el lector pronunciará en vista de ellos su fallo.

El mayor general al mariscal Ney, en Aranda.

BURGOS, 18 de noviembre de 1808,
á medio día.

«El emperador ordena que partais mañana antes del amanecer con todas vuestras fuerzas sobre San Esteban de Gormaz, para que desde esta villa os dirijais sobre Almazan ó sobre Soria, segun los informes que vayais adquiriendo. Interceptareis en Almazan el camino de Madrid á Pamplona, y ademas conseguireis ponerlos sobre la retaguardia de las tropas de Castaños. En el caso de que éste se retire sobre Madrid por Calatayud ó Daroca, vuestro primer objeto debe ser entrar en Soria, cuya

con ochenta mil hombres, y hasta no faltaba quien añadiera que Lannes había sido derrotado; por lo que alucinado el intrépido mariscal con semejantes rumores, temió aquella vez el pecar por dema-

sumision es importantísima, antes de pasar adelante. A este efecto os dirigireis sobre la ciudad mencionada, destruireis sus muros, la desarmareis, podreis presa á la junta, establecereis autoridades compuestas de personas honradas, y direis á la ciudad, que mande una diputacion al rey. Ponéos en comunicacion con el mariscal Lannes, el cual llegará el 21 á Lodosa con sus fuerzas, el 22 se incorporará con las tropas del mariscal Moncey, y marchando el mismo día á Calahorra, partirá el 23 sobre Tudela. Vos, señor mariscal, debeis estar el 21 en Almazan, y el 22 en Soria. El emperador llegará el 21 á Aranda. De modo, que el 22 la izquierda estará en Calahorra, el centro, que lo formais vos, se hallará en Almazan ó Soria, y la derecha sobre Aranda.»

El mayor general al mariscal Ney, en Almazan.

BURGOS, 21 de noviembre de 1808,
á las cuatro de la tarde.

«Los mariscales Lannes y Moncey atacan el 22 al enemigo en Calahorra: debeis, por tanto continuar vuestro movimiento sobre Agreda, á fin de caer sobre los flancos del enemigo, ó reuniros á Lannes en caso necesario.

El mayor general al mariscal Ney, por Agreda.

ARANDA, 27 de noviembre de 1808,
á las diez de la mañana.

«Parece que despues de la batalla de Tudela, el ejército de Aragon se ha retirado sobre Zaragoza, y el de

siado temerario, y poniéndose en marcha el 25 de noviembre, despues de haber permanecido el 23 y el 24 en Soria, llegó aquella misma tarde á Agreda, y el 26 á Tarazona, donde supo con harto senti-

Castaños sobre Zaragoza: de consiguiente, si os hubieseis hallado el 23 en Agreda, hubiera sido cogido irremisiblemente. S. M. me encarga que os reitere la orden de que persigais á Castaños sin tregua, y que no deis reposo á vuestro ejército, hasta tanto que haya desmembrado un trozo del suyo.

«No hagais caso de los rumores que corran en el país. Decíase que Castaños tenia ochenta mil hombres, y solo contaba con cuarenta mil, incluidos los paisanos. Todos han huido dejando en nuestro poder sus banderas y su artillería. No abandonéis á Castaños, y procurad que os toque una parte de su ejército. Esta es vuestra misión.»

El mayor general al mariscal Ney, por Agreda.

ARANDA, 28 de diciembre de 1808,
á las siete de la noche.

«El emperador me ordena que persigais á Castaños con actividad, y que vaya á Madrid, ó vaya donde quiera, marcheis en su alcance. El emperador pasa mañana á Somosierra, y lleva el proyecto de cortar el paso á Castaños, si lo es posible, sobre Guadalajara. Pero es esencialmente, señor mariscal, que le persigais sin tregua, y que no le dejéis que se lance sobre el cuerpo francés que marcha sobre Madrid, el cual podrá suceder que tuviese que luchar al mismo tiempo con los ingleses, los cuales segun noticias, se han puesto en movimiento. El cuartel general del emperador llegará mañana á Boceguillas, y pasado mañana á Buitrago. De consiguiente, vuestra misión, señor mariscal, no es otra que atacar y combatir al

miento suyo los errores en que había caído, y la gran ocasión que había desperdiciado. Lo que acababa de suceder al mariscal Ney, era una cosa que sucedía frecuentemente á todos aquellos de nuestros generales, que se fiaban de la exageración de los españoles, contra la cual se esforzaba en vano Napoleón en encargarles que estuviesen prevenidos, repiliéndoles a cada paso, que las tropas de la insurrección no eran más que una canalla, sobre cuyos cuerpos se podía pasar sin inconvenien-

ejército de Castaños, especialmente si se dirige sobre Madrid.»

El mayor general al mariscal Ney, en Guadalajara.

«CHAMARTIN, 8 de diciembre de 1808.

«Los ingleses han encomendado su salvación á la fuga, pero nos hemos hallado por espacio de algunos momentos en una situación grave. Habeis cometido una falta en llegar á Guadalajara tarde, y otra en no seguir vuestras primeras instrucciones, puesto que sabiendo que Lannes atacaba el 23, y que vuestra misión era cortar á Castaños, en vez de marchar rápidamente sobre Agreda, habeis perdido dos dias inútilmente en Soria.

«S. M. no aprueba que hayais reunido vuestro ejército con el del mariscal Monecy: era preciso ante todo seguir al general Castaños, y dejar á cargo del duque de Coeigliano el sitio de Zaragoza. El emperador no comprende, porque, al salir el 2 de Zaragoza, no habeis dejado la division Dessoles al mariscal Monecy. Pero lo pasado ya no tiene remedio. S. M. conoce demasiado bien vuestro celo, para conservar enojo contra vuestra persona, y no tardará á depararos ocasión en que podais repararlo todo. El emperador ha dudado en dar orden á la division

te alguno. Pocos días despues, dióles él mismo acerca de este particular un memorable ejemplo.

El mariscal Ney reunió su ejército con el que mandaba el mariscal Moncey, cuyas fuerzas habían quedado muy mermadas á causa de la partida de los divisiones Lagrange y Musnier que habían sido enviadas en persecucion de Castaños. Deseando aquel mariscal que no fuese del todo inútil su presencia en aquellos lugares, convino

Dessoles y á los polacos de que retrocedan sobre Zaragoza, por ahorrar fatigas á sus tropas; por lo que, prefiriendo cambiar en sus proyectos ulteriores, acaba de ordenar el mariscal Mortier que se dirija sobre esta ciudad.»

El emperador al mariscal Lannes.

«ARANDA, 27 de noviembre de 1808.

«Vuestro ayudante de campo ha llegado aquí el 26 á las ocho de la mañana, y me ha dado cuenta del brillante triunfo de Tudela. Os felicito por él, señor mariscal. Ney no ha correspondido esta vez á mis esperanzas. Habiendo llegado el 22 al medio día á Soria, debió, segun mis órdenes, salir el 24 de madrugada para Agreda. Pero dejándose alucinar por las exageraciones de los habitantes, y creyendo que Castaños llevaba consigo un ejército de ochenta mil hombres permaneció el 23 y 24 en Soria, temiendo comprometerse. Le he dado orden de que parta inmediatamente para Agreda, y ha debido llegar allí el 25. El 23 y el 24 oyó el estruendo de vuestra artillería, y sin motivo ni indicio alguno razonable, creyó haber sido batido. Posteriormente le he ordenado que persiga á Castaños sin tregua. Al presente me ocupo en volver á llamar al mariscal Victor, á quien había enviado hacia Aragon, con el objeto de poder emprender mi marcha sobre Madrid.»

con el mariscal Moncey en hacer una embestida sobre Zaragoza, donde se habían encerrado los hermanos Palafox y los aragoneses fugitivos. Durante este tiempo, el general Maurice-Mathieu perseguía con tanta actividad como vigor los restos del ejército del general Castaños, el cual iba retirándose en desorden hacia Calatayud. Lannes se quedó enfermo en Tudela, desde donde escribió á Napoleón, ofreciéndose á volver á montar á caballo, aun cuando todavía no se hallase del todo restablecido, si lo consideraba aquel útil para hacer frente á los ingleses y obligarlos á que se refugiasen en el mar. ¡Pluguiera al cielo, que Napoleón hubiese confiado á tal gefe el cuidado de perseguir, á aquellos terribles enemigos del imperio!

Hasta el 26 no recibió Napoleón, á causa de la dificultad constante de las comunicaciones, la noticia de la conducta vigorosa de Lannes en Tudela, de la dispersion de los ejércitos españoles de la derecha y del centro, y de la ejecucion del movimiento prescrito al mariscal Ney. Como la idea que tenia sobre este mariscal, hacia que lo considerase como uno de los mejores militares de su tiempo, solo atribuyó su error á la opinion equivocada que se habían formado los generales franceses de la España y de los españoles, y si bien sentia que la maniobra ordenada sobre Soria se hubiese llevado á cabo, consolabase con la idea de que los ejércitos de los insurgentes estaban punto menos que anonadados, y con la de que el camino de Madrid quedaba franco y espedito en adelante para sus tropas. En efecto, los aragoneses, al mando de Palafox, eran capaces cuando mas para defender á Zaragoza. Los andaluces, conducidos por

Castaños, retirábanse en número de ocho ó nueve mil hombres sobre Calatayud, y no podían hacer otra cosa que ir á aumentar la guarnición en Madrid, replegándose sobre esta capital, si les daba tiempo para ello, por Sigüenza y Guadalajara. El marques de la Romana caminaba con toda la celeridad posible hácia Leon con seis ó siete mil fugitivos. Y finalmente, del ejército de Estremadura que tan rudamente habia sido tratado en las cercanías de Burgos, solo quedaban algunos restos, que se habían encaminado sobre Madrid.

El único obstáculo que hubiera podido detener á Napoleon, era el ejército inglés, del cual no tenía mas que noticias vagas é inciertas: este ejército, sin embargo, no se hallaba aun en estado de emprender nada. Sir John Moore habia llegado á Salamanca con trece ó catorce mil hombres de infantería, estenuados á causa de la larga marcha que habían hecho atravesando todo el norte de Portugal, y llenos de desaliento por las privaciones que habían tenido que sufrir, á las cuales no estaban acostumbrados los soldados ingleses. Como su artillería y su caballería habían seguido el camino de Badajoz con dirección á Talavera, escoltadas por una columna de infantería, el general Moore no llevaba consigo ni siquiera un cañon ni un caballo. Sir David Baird, por último, que habia desembarcado en la Coruña con once ó doce mil hombres, iba avanzando timidamente hácia Astorga, y se hallaba todavía á unas sesenta ó setenta leguas de distancia de su general en jefe. Estas tres columnas no sabían de que manera habían de reunirse, y en medio de su aislamiento, no eran capaces ni se mostraban gozosas de entrar en ac-

ción. Lo que observaban en torno suyo, no era tampoco muy á propósito para infundirlas aliento, puesto que asustados los castellanos viejos con la derrota de Blake, en vez de recibirlos con entusiasmo, los acogían con extraordinaria frialdad, y no querían darles suministro alguno, sino aprontaban sus soberanos de oro ó sendos pesos duros. El general Moore, por tanto, no pudo menos de escribir á su gobierno, desengañándole sobre la idea que éste habia concebido de la insurrección española, y manifestándole que el ejército inglés se hallaba empeñado en una muy peligrosa empresa.

Ignorando Napoleon todas estas circunstancias, pero sabiendo al propio tiempo la llegada de los ingleses por Galicia y Portugal, persistía en su proyecto de dejarlos que se internaran en la Península, á fin de arrollarlos por medio de alguna gran maniobra, y mientras llegaba este caso, el general Junot y el mariscal Soult, que quedaban en retaguardia, debían contenerlos por el frente. Siendo, pues, Madrid el mejor centro de operaciones, por cuanto desde allí se podía obrar por la derecha sobre Portugal y Galicia, Napoleon vió en esto un nuevo motivo para no diferir su marcha á la capital, y en su consecuencia, desde el instante mismo en que tuvo conocimiento del éxito de Tudela, dió las órdenes oportunas para emprender el movimiento sin dilación.

A este fin, y deseando tener á su lado al mariscal Ney para emplearlo en difíciles empresas, y especialmente contra los ingleses, prescribióle, que, abandonando inmediatamente la embestida contra Zaragoza, se pusiese en camino de Madrid,

siguiendo la misma direccion que llevaba Castañón, y que lo persiguiese tenazmente hasta que no le quedase un solo hombre. Al general Maurice-Mathieu, que iba á los alcances de aquel mismo general con las tropas del mariscal Monecy, ordenó que desistiese de esta empresa, y que devolviese al mariscal las tropas que le pertenecian, á fin de que éste pudiese volver á empezar con todas sus divisiones los trabajos del sitio de Zaragoza. Napoleon mandó, por último, al general Saint-Cyr, encargado de la guerra de Cataluña, que acelerase las operaciones en virtud de las cuales debia dirigirse á Barcelona, y que levantase el bloqueo de aquella gran ciudad. Tomadas, pues, estas disposiciones relativas á las tropas de la izquierda, envió en seguida á las de la derecha las siguientes instrucciones.

El mariscal Lefebvre, establecido en Carrion para mantener ligado el centro del ejército francés con el del mariscal Soult, recibió orden de seguir el movimiento general sobre la corte, dirigiéndose con los dragones de Milhaud sobre Valladolid y Segovia, á fin de que cubriese la derecha del cuartel general. El general Junot, cuya primera division iba avanzando, debia acelerar su marcha para reemplazar al mariscal Lefebvre sobre la falda meridional de las montañas de Asturias, donde el mariscal Soult no tardaria en reaparecer, así que hubiese sometido á estas provincias. Estos dos cuerpos de ejército, uno de los cuales habia conquistado en otro tiempo, á las órdenes del mariscal Bessieres, el reino de Castilla la Vieja, al paso que el otro habia conquistado igualmente el Portugal á las órdenes de Junot, debian combatir reunidos bajo

el mando del mariscal Soult, con los ingleses, primero en Castilla la Vieja, y luego en Portugal, segun fuesen exigiéndolo las operaciones. Finalmente; habiendo llegado ya á Bayona la vanguardia del quinto cuerpo de ejército procedente de Alemania, Napoleon ordenó al mariscal Mortier, que era quien mandaba esta fuerza, que marchase sobre Burgos á ocupar la vacante que quedaba en esta ciudad á causa de la traslacion del cuartel general á Madrid.

Arreglado que fué todo en los mencionados términos, Napoleon emprendió la marcha sobre la capital, llevando consigo únicamente al cuerpo de ejército del mariscal Victor, la guardia imperial, y una parte de la reserva de caballeria, esto es, mucho menos de cuarenta mil hombres. Con esta fuerza, sin embargo, tenia mucha mas de la que se necesitaba para abrirse camino hasta la corte, por entre el enemigo que tenia que vencer.

Habiendo mandado primeramente al mariscal Victor hácia la izquierda del camino de Madrid, á fin de que apoyase la retaguardia del mariscal Ney, ordenóle despues que regresase por Aillon y Riaza sobre la carretera, hasta el punto mismo donde esta empieza á elevarse para atravesar la cima del Guadarrama. Anticipadamente habia mandado ya al general Lassalle, el cual se hallaba situado con su caballeria al pie de estos montes. Luego envió los dragones de Lahoussaye, y de Latour-Maubourg, y por último, encaminó tambien á la guardia, cuyos fusileros á las órdenes del general Savary, avanzaron hasta Boceguillas, á fin de observar á los restos del ejército del marqués de Belveder, que se habian refugiado entre Sepúlveda

y Segovia. El 23 partió el mismo Napoleon de Burgos para Aranda.

Después de la derrota de Burgos, la capital habia quedado en descubierto. No pudiendo, empero, figurarse en su presuntuosa ignorancia la junta de Aranjuez, que Napoleon tratase de dirigirse sobre Madrid tan pronto, se habia con entado con espedir las tropas disponibles que le quedaban en la corte á las montañas de Guadarrama, á fin de que ocupasen los desfiladeros. De consiguiente, reuniéronse sobre este punto, en la garganta que sirve de paso de una á otra falda, los restos del ejército de Estremadura, y las tropas que se habian quedado en Madrid pertenecientes á las divisiones de Andalucía. Entre unas y otras componian un total de doce á trece mil hombres, cuyo mando se confirió al bizarro y entendido militar don Benito San Juan. Este general habia establecido al pie de la falda por donde tenian que trepar nuestras tropas, en la ciudad de Sepúlveda, una vanguardia de tres mil hombres. En seguida distribuyó los otros nueve mil en las gargantas de Somosierra, por donde tenia que atravesar nuestro ejército. Parte de su gente colocada á derecha é izquierda del camino, el cual se elevaba formando numerosas sinuosidades, debia contener á nuestros soldados por medio de un fuego de fusilería dirigido contra ellos por un lado y por otro. Los demas interceptaban el paso de la calzada por el punto mas difícil del desfiladero, con diez y seis piezas colocadas en batería. Aquel obstáculo podia considerarse como uno de los mas serios que se habian encontrado en toda la guerra. Los españoles se creian invencibles en aquella posición, y

la junta misma confiaba tanto en la resistencia que se habia preparado allí á nuestras tropas, que ni aun siquiera se movió de Aranjuez. Verdad es, que tambien esperaba que el general Castaños, á cuya derrota se obstinaban en no dar crédito, tendria tiempo bastante para ir por el camino de Guadaluajara á colocarse entre Guadarrama y Madrid, y que operando los ingleses un movimiento análogo al de Castaños, se apresurarian á cubrir la capital de las Españas, marchando los unos por Avila y los otros por Talavera. El lector ha visto ya lo fundadas que eran semejantes esperanzas.

Hallándose completamente ejecutadas el 29 las órdenes que Napoleon habia dado el 26 para la marcha sobre Madrid, emprendió el movimiento en el mencionado dia con direccion al pie del Guadarrama, y estableció su cuartel general en Boceguillas. El general Savary, que habia practicado un reconocimiento sobre Sepúlveda, no para dispersar las tropas españolas que se hallaban allí, sino con objeto de saber su fuerza y sus intenciones, se habia retirado en seguida, después de haber cogido unos cuantos prisioneros. Sorprendidos los españoles de que no los hubiesen desalojado de su posición, enviaron á Madrid la noticia de que habian obtenido una gran ventaja sobre la guardia imperial. Napoleon llegó á Boceguillas el 29 á medio dia, y montando á caballo aquella misma tarde, se internó en las gargantas de Somosierra, reconoció por sus propios ojos las posiciones del enemigo, y adoptó todas las disposiciones necesarias para la madrugada del siguiente dia. A la division Lapisse prescribió que se dirigiese sobre la derecha de la calzada, á fin de que conquistase al amanecer la

posicion de Sepúlveda, y á la division Ruffin, que partiese al propio tiempo para trepar las rampas del Guadarrama hasta llegar á las gargantas mismas de Somosierra. El 9.º de ligeros debia seguir de altura en altura la orilla derecha del camino, y el 24.º de línea la izquierda, con el objeto de destruir las defensas establecidas sobre los dos flancos. El 96.º debia marchar en columna por la misma carretera. Detras debia seguir la caballeria de la guardia, y Napoleon con su estado mayor. Los fusileros de la guardia habian recibido la órden de apoyar este movimiento.

Aun cuando el tiempo, atendida la estacion, era excelente, el sol sin embargo, no lucia hasta mitad de la jornada. Desde las seis hasta las nueve, solia hallarse el pais, y las montañas con especialidad, cubiertas de una densa niebla. De manera, que al mandar Napoleon que fuese atacada Sepúlveda á las seis de la mañana, contaba con ser dueño de esta posicion á las nueve, á cuya hora debia hallarse ya en la cima de Somosierra la columna espedida con este objeto. Merced á la niebla, podia ésta muy bien llegar á la cima de la montaña sin ser vista, y empezar sobre ella el fuego, así que hubiese concluido en el pie de la misma.

La columna enviada contra Sepúlveda en la madrugada del 20, no tuvo que hacer otra cosa que mostrarse para ahuyentar á los tres mil defensores que la custodiaban, los cuales echaron á correr en el mayor desorden hácia Segovia á fin de incorporarse con los dispersos del marqués de Belveder.

La que habia recibido el encargo de trepar por las pendientes de Somosierra, llegó sin ser vista á

un punto muy cercano del en que se hallaba el grueso del enemigo. Disipóse la niebla de repente, y los españoles no pudieron menos de mostrarse en extremo sorprendidos, al verse atacados sobre las alturas de la derecha y de la izquierda por el 9.º de ligeros y el 24.º de línea, los cuales fueron desalojándolos de puesto en puesto de los flancos del camino, que aquellos defendieron bastante mal. Pero el grueso de sus tropas, que, como ya hemos dicho, se hallaban situadas en la misma carretera, detrás de diez y seis piezas de artilleria, hacian un fuego vivísimo y terrible sobre la columna que iba avanzando por la calzada. Queriendo Napoleon demostrar á sus soldados, que con los españoles era preciso no reparar en los riesgos, y pasar por encima de sus cuerpos donde quiera que se les encontrase, ordenó á la caballeria de la guardia que arrollase al galope todo cuanto se le ofreciera delante de ella. El general Montbrun, oficial brillante de caballeria, avanzó á la cabeza de los polacos de ligeros, tropa escogida que Napoleon habia formado en Varsovia, á fin de tener en su guardia soldados de todas las naciones y de todos trages, y se precipitó á galope sobre las baterias del enemigo, desafiando el horrible fuego de fusileria y de metralla que se les dirigia de todas partes. El primer escuadron sufrió una descarga, que lo puso en desorden, al ver que habian caido treinta ó cuarenta ginetes. Pasando, empero, por encima de los heridos los escuadrones que iban detrás, llegaron hasta los cañones, acuchillaron á los artilleros, y se apoderaron de las diez y seis piezas. El resto de la caballeria se lanzó en persecucion de los españoles, y descendió acuchillándolos la falda opues-

ta del Guadarrama. En vano procuró el bizarro San Juan, lleno de heridas y cubierto de sangre, contener á sus soldados: aquello fué, lo mismo que en Espinosa y en Tudela, la mas completa y la mas vergonzosa derrota. Las banderas, la artilleria, mas de doscientas cajas de municiones, y casi todos los oficiales, cayeron en nuestro poder. Los soldados se dispersaron á derecha é izquierda de las montañas, dirigiéndose hacia la derecha el mayor número con el objeto de refugiarse en Segovia.

Aquella misma noche llegó á Buitrago el cuartel general con toda la caballeria, y los españoles supieron de boca de los franceses el descalabro de lo que ellos llamaban ejército de Somosierra. Los polacos sufrieron la pérdida de unos cincuenta hombres entre muertos y heridos. Napoleon los llenó de recompensas, y comprendió en la distribución de los favores á Mr. Felipe de Segur, el cual recibió una porcion de heridas en aquella carga. Designóle, ademas, para que fuese el portador de las banderas cogidas en Burgos y Somosierra, las cuales destinó al Cuerpo legislativo.

Napoleon se apresuró á desparramar su caballeria desde Buitrago hasta las puertas de Madrid, y á emprender el mismo la marcha hacia la capital, á fin de apoderarse de ella, ora fuese valiéndose de la fuerza, ora de la persuasion, cuyo medio le parecía preferible para evitar los horrores de un asalto. Felizmente no se hallaba la corte en estado de defensa, y el tumulto que en ella reinaba, hubiera hecho imposible, por otra parte, toda resistencia, aun cuando sus muros hubieran sido bastante fuertes para contrarrestar al formidable enemigo que la amenazaba.

A consecuencia de la noticia referente á la derrota de Somosierra, desvaneciéndose como el humo la loca presuncion de los españoles, y la junta se habia apresurado á abandonar á Aranjuez, dirigiéndose á Badajoz, y anunciando al tiempo de su marcha su resolucíon de preparar en el Mediodía de la Península medios de resistencia, cuya eficacia, segun ella, probaba Bailen de una manera incontestable. Mas no por esto se habia desistido de la idea de disputar la posesion de Madrid al conquistador del Occidente. El partido violento y anárquico de la poblacion lo queria así, y amenazaba con pasar á cuchillo á cualquiera que propusiese la capitulacion. Tomás de Morla y el marqués de Castellar, de concierto con una junta que se hallaba reunida en la casa de Correos, fueron encargados de la defensa. Quedaban á la sazón en Madrid tres ó cuatro mil hombres de tropas de linea, no de las mejores: pero habíase agregado á esta guarnicion un pueblo frenético, así de la coronada villa como de las poblaciones inmediatas, el cual habia exigido y obtenido armas, inútiles en sus manos para la salvacion de la capital, pero en extremo terribles para las gentes honradas. Habiendo creído observar algunos furiosos, que la pólvora que se les habia distribuido era casi toda arena, dirigiéronse en busca del marqués de Perales, corregidor de Madrid, á quien una muger habia acusado de cómplice en una traición urdida contra la seguridad de la capital, y al cual se le achacaba que habia preparado municiones adulteradas al efecto, y apoderándose de aquel desgraciado, lo degollaron, como á tantos otros, y en seguida arrastraron su cuerpo por las calles. Des-

pues de tomarse este horrible desahogo, los bárbaros dominadores de Madrid, se apresuraron á hacer algunos preparativos de defensa bajo la direccion de personas de la facultad. Madrid no se hallaba fortificado: sus muros eran por el estilo de los que habia en Paris hace algunos años, antes de los trabajos que han hecho la ciudad inespugnable. En esta atencion; aspilleráronse las tapias, atrincheráronse las puertas, y colocáronse en ellas baterias. Las puertas de Alcalá y Atocha, las cuales facilitan la entrada á la poblacion por los caminos que seguian los franceses, fueron fortificadas con mucho mas esmero que las otras, practicando detrás de ellas parapetos, y erigiendo trincheras en las calles adyacentes, á fin de que, vencida la primera resistencia, quedase otra donde resguardarse.

Sobre las puertas de Alcalá y Atocha elévanse sobre un terreno prominente delante de Madrid el sitio y el bosque del Buen Retiro, los cuales se hallan separados de la capital por el famoso paseo del Prado. Aspilleráronse las tapias de este real sitio, lleváronse á él abundancia de piezas de artilleria, y guarneciolo una multitud fanática, muy capaz para saquearlo, mas no para defenderlo. Uniendo las mugeres sus esfuerzos á los de los hombres, desempedrarón algunas calles, y subieron las piedras á los tejados de las casas, á fin de lanzarlas sobre los sitiadores. Día y noche se tocaban á vuelo las campanas con objeto de mantener animada la poblacion. El duque del Infantado partió de Madrid en secreto á buscar á Castaños, á fin de que viniera con sus tropas en auxilio de la capital.

Toda esta agitacion, sin embargo, estaba muy lejos de ser un medio de resistencia bastante

para contrarestar ni contener la pujanza de las tropas de Napoleon, el cual llegó el 2 de diciembre por la mañana al frente de los muros de Madrid, á la cabeza de la caballeria de la guardia, y de los dragones de Lahoussaye y de Latour-Maubourg. Aquel dia era el aniversario de la coronacion y el de la batalla de Austerlitz, y así para Napoleon como para sus soldados servia esta fecha memorable de buen agüero. El tiempo estaba enteramente sereno. El mariscal Bessieres, duque de Istria, mandaba la caballeria imperial. El emperador, despues de contemplar por un instante la capital de las Españas, ordeno á Bessieres que espidiese á ella un oficial de su estado mayor, intimándole que abriese las puertas al ejército francés. El joven oficial á quien se encomendara esta comision, logró penetrar en Madrid á duras penas, y corrió no poco peligro de ser degollado por el pueblo, el cual le asaltó en las calles, y se disponia ya á darle muerte, cuando la tropa de linea, cuya honra estaba interesada en hacer respetar las leyes de la guerra, le salvó la vida arrancándole de manos de los asesinos. La junta encargó á un general español la mision de llevar á nuestro campo su respuesta negativa. Pero los gefes del populacho exigieron que fuesen escoltando á este general treint'a hombres, mas bien para vigilarlo que para protegerle, porque aquella multitud furiosa creia estar viendo traiciones en todas partes. El enviado español se presentó ante el estado mayor imperial, y á las observaciones reiteradas que por ésto se le hicieron, manifestando la imposibilidad en que se hallaba la villa de Madrid de oponer resistencia al ejército francés, y los horrores que serian consi-

guientes al a-alto, callaba aquel desgraciado, bajando los ojos, porque delante de los testigos que le observaban, no se atrevia á dejar traslucir los sentimientos de que se hallaba poseido. Despidiósele, pues, con su triste escolta, declarándole que iba á comenzar el fuego.

Napoleon no tenia aun consigo mas que su caballeria: la infanteria debia llegar á la caída de la tarde. No queriendo fiar á nadie el reconocimiento de Madrid, montó el mismo á caballo, y despues de recorrer la circunferencia de la villa, preparó un plan de ataque, que pudiese dividirse en algunos actos sucesivos, á fin de intimidar á la plaza la rendicion en el intermedio de cada uno, y reducirla por la intimidacion mas bien que empleando los temibles recursos de la guerra.

Al declinar el dia llegaron las divisiones Villatte y Lapisse, pertenecientes al cuerpo de ejército del mariscal Victor, y en aquel mismo instante tomó sus disposiciones para apoderarse del Buen Retiro, el cual domina á Madrid por el lado del Este y atacar la puerta de los Pozos, Fuencarral y el portillo del Conde-Duque, que la dominan por el Norte. La luna brillaba con toda su claridad, y la noche se empleó en tomar las posiciones designadas para el ataque. El general Senarmont preparó la artilleria para batir los muros del Buen Retiro, y adoptó las disposiciones necesarias con objeto de emprender una embestida vigorosa. El general Maison, á cuyo cargo se habia sometido el ataque de las puertas de los Pozos, Fuencarral, y Conde-Duque, destruyó las fortificaciones exteriores, y se detuvo al llegar á las puertas, esperando la señal de los ataques simultaneos.

Antes de dar principio á ellos, Napoleon espirió nuevamente á un oficial español, que habia caido prisionero en Somosierra, con una carta de Berthier para el marqués de Castellar, en la cual le intimaba la sumision en términos corteses al par que vigorosos. No se hizo esperar largo tiempo la respuesta. Esta fué tambien negativa, y se decia en ella, que era preciso que se les diese el tiempo necesario para consultar al pueblo y á las autoridades á fin de que pudiesen resolverse. En vista de semejante contestacion, situóse el emperador mismo sobre una altura, desde la cual tenia el Buen Retiro á su izquierda, y las puertas de los Pozos, Fuencarral, y e. Conde-Duque á la derecha, y dió la señal del ataque. Habiendo cubierto de balas una bateria española, bien dirigida, el punto donde se encontraba Napoleon, tuvo precision de alejarse un poco, porque no era efectivamente, bajo semejantes proyectiles, como debia sucumbir hombre de tal valia. Así que se disipó la niebla de la mañana ante los rayos resplandecientes de un sol que brillaba ya en todo su esplendor, el general Villatte, encargado de operar con su division sobre la izquierda, avanzó hacia el Buen Retiro, y en el instante mismo en que el general Senarmont abrió brecha en las tapias del bosque con su artilleria, la infanteria penetró á la bayoneta, y tardó muy poco en desalojar de aquel puesto á los cuatro mil paisanos que habian tenido la pretension de defenderlo. La resistencia fué casi nula; por lo que, atravesando nuestras tropas sin dificultad el Buen Retiro, desembocaron inmediatamente sobre el Prado, y se apoderaron de las puertas de Atocha, y Alcalá, y de la artilleria que se habia conducido

á ellas para fortificarlas. Acto continuo, lanzáronse algunas compañías de preferencia sobre las trincheras de las calles de Atocha, Alcalá y Carrera de San Gerónimo, y se apoderaron á pesar del fuego vivísimo de fusilería que hacían sobre ellas los insurgentes. Para ello fué también preciso tomar por asalto algunos edificios notables que existían en las calles mencionadas, y pasar por las armas á los defensores que se habían posesionado de ellos.

El general Maison, quien para conservar las casas de las afueras había tenido que pasar la noche sufriendo un fuego vivísimo atacó las puertas de Fuencarral, del Conde-Duque, y de San Bernardino, á fin de penetrar hasta un edificio vastísimo, (el cuartel de guardias de corps) cuyas paredes, sólidas como las de una fortaleza, podían resistir muy bien á la artillería. No habiendo podido hacer brecha con la artillería de campaña en los muros del cuartel, el general Maison avanzó á la cabeza de un destacamento de zapadores con el objeto de derribar sus puertas á golpe de hacha; mas siendo imposible también el forzarlas, á causa de los inmensos materiales que había aglomerados al otro lado de ellas, mandó que desde las casas inmediatas, de las cuales había logrado apoderarse penetrando en la villa, se dirigiese sobre el edificio un fuego vivo. Ya hacía veinte y una horas que se hallaba sufriendo los disparos del enemigo, cuando recibió en un pie un balazo que se lo hizo añicos. Napoleón mandó hacer alto para intimar de nuevo la sumisión á la plaza, antes de emprender el asalto general. Para entonces ya se hallaban tendidos delante del cuartel de guardias de

corps mas de doscientos hombres de nuestras tropas entre muertos y heridos, y era dueño el emperador de las puertas de Fuencarral, del Conde-Duque, y de la del Buen Retiro, fronteriza á la Carrera de San Gerónimo, las cuales habían sido atacadas por el general Maison. Era dueño igualmente de las de Alcalá y Atocha, que habían sido atacadas por el general Villatte, y con esto, y con su artillería, colocada sobre las alturas del Buen Retiro, bastaba para reducir en breve aquella desgraciada villa. Suspendiendo pues, la acción, como hemos dicho, á las once de la mañana, envió nuevamente un parlamentario á la junta de defensa, anunciándola que todo estaba preparado para reducir á cenizas la población, si resistían por mas tiempo, pero que, aun cuando se hallaba en ánimos de dar un ejemplo terrible á las demás ciudades de España que se obstinasen en no abrirle las puertas, prefería, no obstante, deber la rendición de Madrid á la razón y á la humanidad de aquellos que se habían constituido en dominadores de la villa.

La toma del Buen Retiro y la de las puertas del Este y del Norte, había producido ya una sensación vivísima en los defensores de Madrid. Ningun hombre de razón abrigaba la mas ligera duda acerca de las consecuencias que reportaría el asalto. El populacho mismo había experimentado en las puertas de Alcalá y de Atocha lo que se adelantaba con disparar sobre los franceses desde lo alto de las casas, y la violencia de los ánimos, por ende empezaba á ceder un poco. La junta de defensa aprovechó estas buenas disposiciones para enviar á don Tomás de Morla y á don Bernardo Marti al cuartel general.

Napoleon los recibió delante de su estado mayor con semblante frío y severo. Constandole que don Tomás de Morla era aquel mismo capitán general de Andalucía, bajo cuyo mando fué violada la capitulación de Bailén, prometiase dirigirle un lenguaje que hiciese eco en la Europa entera. Intimidado el general español por la presencia del hombre extraordinario ante el cual comparecía, por decirlo así, y por la irritación visible, aunque contenida, que se revelaba en sus facciones, le dijo que cuantos hombres prudentes había en Madrid, estaban convencidos de la necesidad de rendirse; mas que para ello era preciso que se retirasen las tropas francesas, y conceder á las autoridades algún tiempo para que pudiesen calmar á los habitantes y recabar de ellos que depusiesen las armas. «En vano es que vengaís empleando el nombre del pueblo, le respondió Napoleon con voz alterada. Si no podeis tranquilizarlo, vuestra solamente es la culpa, por haberlo escitado á la insurrección y por haberlo alucinado con imposturas engañosas. Reunid, pues, los curas, los prelados de los conventos, los alcaldes y los principales propietarios, y haced de modo que la capital se rinda antes de las seis de la mañana, ó de lo contrario cesará de existir. Ni quiero ni debo retirar mis tropas. Hace algún tiempo degollasteis á los desgraciados prisioneros franceses que habían caído en vuestras manos, y no hace muchos dias tampoco, que consentisteis y tolerasteis que fueran asesinados en las calles dos criados del embajador de Rusia, sin otro motivo mas que por el de que eran hijos de la Francia. Mereced á la poca pericia y á la cobardía de uno de mis generales, cayeron

en vuestro poder las tropas que habían capitulado sobre el campo de batalla de Bailén, y la capitulación ha sido violada. ¿Os acordais, señor de Morla, de la carta que escribisteis al mencionado general? ¡No cabe duda en que cuadraba bien el hablar de saqueo y de pillage á un hombre como vos, que en 1793 arrebatava en el Rosellon á todas las mugeres y las repartía como un botín entre sus soldados! ¿Con qué derecho, pues, podiais permitir semejante lenguaje? La capitulación de Bailén os lo prohibía. ¡Ved si no cuán diferente ha sido la conducta de los ingleses, los cuales están seguramente muy lejos de poder preciarse de observadores rigidos del derecho de las naciones! Quejáronse, es verdad, de la capitulación de Cintra; pero la han cumplido fielmente. Violar los tratados militares es renunciar á toda civilización; es nivelarse con los beduinos del desierto. ¿Cómo osais, pues, pedir una capitulación, habiendo violado en los términos que lo habeis hecho, la de Bailén? Ya estais viendo, cómo la injusticia y la mala fé se convierten en perjuicio de los mismos que se prevalen de ellas. Yo tenia una escuadra en Cádiz; esa escuadra era aliada de la España, y sin embargo, habeis dirigido contra ella los fuegos mortíferos de la ciudad, cuyo mando os estaba encomendado. Yo tenia un ejército español en mis filas, y he preferido verlo embarcarse en buques ingleses y precipitarlo mas tarde de las alturas de Espinosa, á desarmarlo. He preferido tener nueve mil enemigos mas que combatir, á faltar á la buena fé y al honor. Regresad, pues, á Madrid, señor de Morla; os concedo de término hasta mañana á las seis de ella. Volved, si os place, cuando no tengais ya que hablarme del

pueblo mas que para decirme que se halla sometido. De lo contrario, vos y vuestras tropas seréis pasados por las armas.»

Estas palabras, tan duras y tan temibles como merecidas, hicieron estremecer de espanto á Tomás de Morla, quien al regresar ante la junta, no fué dueño de disimular su turbacion, y se mostró tan cortado que friarte se vió en la precision de comunicar á aquella el resultado de la mision que habian ido á desempeñar ambos cerca del cuartel general francés. La imposibilidad de la resistencia era tan evidente, que la junta misma, á pesar de hallarsetan dividida en opiniones, convino por unanimidad, ó al menos por una inmensa mayoría, en la necesidad de rendirse, y envió de nuevo á Tomás de Morla cerca de Napoleon para que le anunciara la rendicion de Madrid bajo condiciones insignificantes. Durante la noche del 3 al 4, el marqués de Castellar se propuso escapar con sus tropas, asi de la severidad como de la clemencia del vencedor, y al efecto salió por las puertas del Este y del Sur, que no estaban ocupadas por los franceses, seguido de sus soldados y de las gentes mas comprometidas en favor de la insurreccion. A la mañana siguiente abriéronse las puertas de la villa al general Belliard, y el ejército francés se apoderó de los principales barrios, estableciéndose en los edificios mas vastos de Madrid, y con especialidad en los conventos, á cuyas espensas exigió Napoleon que fuesen mantenidas sus tropas. Acto continuo procedióse á un desarme general é inmediato, y sin entrar en la corte dirigióse el emperador con su guardia á Chamartin, donde escogió para su alojamiento una casa de campo que posee

en aquel pueblo la familia del duque del Infantado. En seguida prescribió al rey José que atravesase las montañas del Guadarrama, y que escogiese para residencia suya el real sitio del Pardo, que solo dista de la capital dos ó tres leguas. Las intenciones de Napoleon no eran otras que imponer á los habitantes de Madrid por medio de una ocupacion militar prolongada antes de devolverles el régimen civil con la nueva monarquía, y su conduccion en aquella ocasion fué tan hábil como enérgica.

Sin hacer uso de la crueldad, sino de la intimidacion únicamente, queria colocar á la nacion entre los beneficios que él iba á proporcionarle, y los castigos terribles que estaba dispuesto á emplear contra aquellos que se obstinasen en la rebelion. Para entonces ya habia decretado la confiscacion de bienes contra los duques del Infantado, Osuna, Hija y Medinaceli; así como tambien contra el conde de Altamira, el marqués de Santa Cruz, el príncipe de Castel Franco, y Ceballos. Estos dos últimos fueron castigados, porque habiéndose adherido en un principio al rey José, abandonaron luego su servicio. Napoleon se hallaba resuelto á usar de una severidad extraordinaria con aquellos que anduvieran pasándose de un partido á otro, y que á una resistencia, muy legitima en sí, añadiesen la traicion, la cual estuvo muy lejos de serlo. A su modo de ver, el príncipe de Castel Franco y el duque del Infantado solamente eran culpables por debilidad, al paso que en Ceballos suponía motivos mas feos. Por esta razon habia dado orden para que se le pusiera preso donde quiera que se le encontrase; mas habiendo huido éste, Napoleon mandó que se prendiese á Castel Franco y al mar-

qués de Santa Cruz, los cuales no habian tenido tiempo de ocultarse, asi como tambien al duque de Saint-Simon, á quien sometió al juicio de una comision militar, por haber incurrido en la pena de aquellos que sirven contra su patria. Hizo arrestar igualmente á los individuos del consejo de Castilla, dando orden para que fuesen conducidos á Francia, y mandó, por último, que se repitiese un nuevo desarme mas completo y mas general, exigiendo al propio tiempo, como ya hemos dicho, que los conventos alojasen en sus claustros una parte de nuestro ejército, y que la mantuviesen á sus expensas.

Mientras que desplegaba por un lado todo este rigor, y queriendo que la generalidad de la nacion española parase su atencion en los beneficios que debia reportarla la dominacion francesa, decidió por una serie de decretos la supresion de las lineas de aduanas en lo interior de la Península, la destitucion de todos los individuos del consejo de Castilla, y su remplazo por medio de un tribunal supremo, la abolicion de la inquisicion, la prohibicion de que se reuniesen dos empleos en una misma persona, la derogacion de los censos enfitéuticos, y la reduccion de una tercera parte de los conventos existentes en España.

El deseo de contemporizar con el clero y la nobleza, habiale obligado en un principio á vacilar sobre la oportunidad de consignar estas graves medidas en la constitucion de España hecha en Bayona. Pero al presente que la insurreccion se habia hecho general, no habia ya necesidad de guardar consideraciones con tal ó cual clase, sino que antes bien le convenia procurar conquistar por medio de

sabias instituciones la parte mas sana de la nacion, remitiendo al tiempo y á la fuerza el conquistar lo restante.

Promulgados que fueron estos decretos, declaró á las diversas diputaciones que acudieron á presentársele, que no considerándose sino como un general extranjero, al mando de un ejército auxiliar de la nueva dinastia, se hallaba resuelto á no entrar en Madrid: que en cuanto al rey José, tampoco se lo devolveria á los españoles, hasta tanto que le probasen que eran dignos de poseerlo, por medio de una sincera adhesion á su persona: que no estaba en ánimo de volver á constituirlo en el palacio de los reyes de España, para verlo espulsado por segunda vez: que si los habitantes de Madrid se hallaban dispuestos á mostrarse mas adictos á este príncipe, apreciando en su justo valor todo el bien que podian prometerse de una monarquía nueva, ningun inconveniente tenia en devolverse-lo, cuando todas las cabezas de familia le hubiesen prestado juramento de fidelidad sobre los Santos Evangelios; que en el caso contrario renunciaria á imponer á los españoles un reinado hácia el cual no tuviesen simpatías; pero declaróles al propio tiempo, que siendo como era su conquistador, usaria para con ellos de todos los derechos de la conquista, que dispondria del pais como mejor le acomodase, y que lo desmembraria probablemente, tomando para sí aquello que creyese conveniente añadir al territorio de la Francia.

Ocupándose en seguida en proporcionar á su hermano José una base de ejército, ordenó que se reuniesen en un regimiento de algunos batallones todos los alemanes, napolitanos y otros estrange-

ros que se hallaban despues de algun tiempo al servicio de la España, y que no deseaban mas que encontrar quien los pudiese á sueldo. El nombre que á este cuerpo debia de darse era, regimiento Real-Estrangero, y el número de sus plazas tres mil doscientos hombres con corta diferencia. Ordenó ademas que se reuniesen los suizos españoles que habian permanecido fieles al rey José, ó que se hallasen inclinados á volver á su servicio en otro regimiento, el cual se llamaria *Reding*, porque existia un general de este nombre, que se habia conducido brillantemente. El número de soldados que debia contar este regimiento, era de cuatro mil ochocientos segun todas las probabilidades. Prescribió igualmente, que bajo el nombre de Real-Napoleon se reuniesen todos los soldados españoles, que habian abrazado la causa del rey José, y cuyo total se presumia que ascenderia á otros cuatro mil ochocientos hombres. Con estos tres regimientos, y con la reunion, bajo el nombre de guardia real, de los franceses que habian aceptado el servicio á las órdenes del general Castaños por libertarse de los padecimientos de la cautividad, al propio tiempo que con los quintos de Bayona, que compondrian el número de unas tres mil doscientas plazas, formábase un plantel de unos diez y seis mil soldados, los cuales podrian valer alguna cosa, si se les pagaba bien, y si se procuraba con cuidado su organizacion.

Despues de tomar todas estas medidas, Napoleon aguardó los efectos de ellas, persistiendo en permanecer en Chamartin, y en que prosiguiese José en el real sitio del Pardo, rodeado de toda la etiqueta régia, y sin tener que inclinarse ante la

soberanía superior del emperador de los franceses. Mientras daba tiempo de este modo á los españoles para que comprendiesen los fines que se proponia, Napoleon continuó adoptando las disposiciones militares que creia convenientes para la conquista de la España.

Habia llevado consigo á Madrid el cuerpo de ejército del mariscal Victor, compuesto de las divisiones Lapisse, Ruffin, y Villatte, la guardia imperial, y la mayor parte de los dragones; y como tuviera noticia de que el general Castaños se retiraba por Calatayud, Sigüenza, y Guadalajara con direccion á la capital, mandó á Alcalá de Henares la division Ruffin con los dragones. En efecto: perseguido viva y tenazmente aquel general por Maurice-Mathieu, que marchaba al frente de las divisiones Musnier y Lagrange, y de los lanceros polacos, y habiendo sufrido en Bubberca un ataque en el cual perdió considerable número de gente, replegabase en el mayor desórden sobre Guadalajara, con nueve ó diez mil hombres únicamente, de los veinte y cuatro mil que contaba en Tudela. Este cuerpo de ejército, que habia pasado á causa de la destitucion de Castaños, á las órdenes del general Peña, desmoralizado por las derrotas y por los padecimientos, llegó á sublevarse, y escogió definitivamente por gefe suyo al duque del Infantado, quien como ya hemos dicho, habia salido secretamente de Madrid con objeto de traer refuerzos á los defensores de la capital. La entrada de los franceses en Madrid, y la presencia de la division Ruffin con los dragones en Alcalá, no dejaban al antiguo ejército del centro otro recurso que la retirada á Cuenca, á donde no corria ries-

go de verse perseguido por nuestras tropas hasta tanto que se tomase la resolución de marchar contra Valencia, lo cual no debía verificarse tan pronto.

Viendo Napoleon que se alejaba el ejército del centro, (reducido á la sazón á la tercera parte de sus fuerzas), encomendó á los dragones el cuidado de recoger los rezagados y los dispersos, y volviendo á llamar á la division Ruffin, destinó al cuerpo de ejército del mariscal Victor á que marchara sobre Aranjuez y Toledo en persecucion del ejército de Estremadura. Despues de tener asegurada su izquierda en virtud de la retirada hácia Cuenca del antiguo ejército de Castaños, quiso asegurar tambien su derecha rechazando hasta mas allá de Talavera los restos del de Estremadura, y á este fin mandó las divisiones Ruffin y Villatte, precedidas de la caballeria ligera de Lassalle, y de los dragones de Lahoussaye, conservando en Madrid la division Lapisse, y la guardia imperial. Lassalle marchó sobre Aranjuez y Toledo, y los dragones se dirigieron sobre el Escorial para derrotar los restos desordenados del ejército de Estremadura, el cual ofrecia ya el aspecto de unas bandas confusas; y cuyos soldados, siguiendo el ejemplo de las tropas incapaces de batirse, se vengaban en sus gefes de su propia cobardia. Una de sus primeras victimas fué don Juan Benito, bizarro militar que habia abandonado despues de todos, y cubierto de sangre, el campo de batalla de Somosierra. Habiendo logrado reunir este en Segovia los fugitivos de Somosierra, y la fuerza que habia quedado del destacamento de Sepúlveda, y de las tropas batidas en Burgos por el mariscal Soult, salieron todas juntas con direccion á Madrid, y como supieran en el ca-

mino la rendicion de la capital, se huyeron hácia Toledo, donde se incorporaron con las tropas que el marqués de Castellar habia sacado de la corte. La indisciplina de estas tropas era superior á todo cuanto pudiera decirse. Por todas partes iban saqueando y devastando mucho mas que los vencedores, el pais que tenian la mision de defender. Avergonzados los gefes ante semejante espectáculo, trataron de pñer algun orden en aquella retirada, y ahorrar á los habitantes los horribles tratamientos que sufrían. Pero los miserables á quienes se trataba de contener, empezaron á acusar á sus oficiales de que los habian vendido, y el valiente don Juan Benito, que era uno de los mas severos por lo mismo que era tambien de los mas bizarros, fué escogido para blanco de su furor. Habiendo querido este pundonoroso é infortunado militar reprimir los excesos que perpetraban en Talavera, asaltáronle en la modesta habitacion que le servia de alojamiento, y despues de arrastrarle por las calles, lo colgaron de un arbol, donde aquellos monstruos que no habian tenido valor para seguirlo al combate, lo estuvieron acibillando á balazos por espacio de algunas horas. Tales eran los hombres, á quienes la España, merced á su ciego patriotismo confiaba su defensa contra una monarquía, que tenia á sus ojos la falta de ser estrangera.

El general Lassalle tardó muy poco en llegar á Talavera, y rechazó á aquellas bandas indisciplinadas hasta el puente de Almaráz; mas como este no podia ser tomado sino por una fuerza de infanteria, á causa de las fortificaciones que habian erigido en él los insurgentes, detúvose con su caballeria hasta tanto que las órdenes del emperador le prescri-

biesen nuevas operaciones en el Mediodía de la Península.

Mientras que los ejércitos españoles se hallaban así derrotados, el de Palafox sobre Zaragoza, el de Castaños sobre Cuenca, el de Estremadura sobre Almaraz, y el de Blake sobre Leon y Asturias; y mientras que los franceses habian logrado hacerse dueños en pocos dias de la mitad de la España, los ingleses, á quienes se habia prometido que su venida no seria mas que para recoger los trofeos, y á lo sumo para completar una victoria ya asegurada, se hallaban en la mas cruel perplejidad, por quanto no habian logrado aun hasta entonces reunir sus destacamentos diversos en un solo cuerpo de ejército. El progreso único que habian alcanzado sobre este particular, era que á la infantería que habia entrado por Ciudad-Rodrigo y Salamanca, se le incorporasen la artillería y la caballería, que habian entrado por Badajoz y Talavera bajo el mando del general Hope, quien, habiendo corrido por un instante el riesgo de tropezar con los escuadrones de Lassalle, se habia ocultado de ellos en virtud de un movimiento bastante hábil hácia las montañas, y logrado reunirse al fin, en Salamanca con su general en gefe. Despues de esta reunion, el general Moore contaba con unos diez y nueve mil hombres: restábale, empero, la incorporacion de las tropas de David Baird, el cual habia llegado á Astorga con once mil combatientes. El general inglés pensaba por entonces con mucho mas motivo que en otra ocasion alguna, en retirarse, mediante á que con treinta mil soldados, y hallándose anonadados los ejércitos españoles, conocia que no era posible hacer frente á los franceses. El

deseo de sustraerse al peligro y el de que se le incorporara sir David Baird, le habia inspirado el saludable pensamiento de abandonar la línea de retirada de Portugal por adoptar la de Galicia, con lo cual conseguia la ventaja de aumentar sus fuerzas en una tercera parte, y la de aproximarse á un buen puerto de embarco. Hallabase, pues, inclinado á marchar por Toro sobre Benavente, ordenando al propio tiempo á David Baird que emprendiese el movimiento por Astorga, porque de este modo podia aparentar que amenazaba las comunicaciones de los franceses, puesto que no tenia mas que andar un paso para hallarse en Valladolid, y aun sobre Burgos, mientras que en realidad no hacia otra cosa que estar sobre el camino de la Coruña, ó sea de la mar, que era su refugio mas seguro. Merced á este movimiento aseguraba su retirada, á la par que aparentaba hacer algo por la causa española, y se ahorraba el tener que dar una respuesta á las instancias de Mr. Frère, quien, habiendo llegado á ser cabeza del gobierno insurgente, echaba en cara á cada paso al ejército inglés, que no operaba. El desgraciado John Moore, que era un militar esforzado y cuerdo, al propio tiempo que habituado á la guerra metódica, á quien se habia prometido una acogida entusiasta, recursos de todo género y victorias fáciles; y el cual encontraba á los españoles abatidos, huyendo en todas direcciones, y sufriendo tales escaseces, que apenas podian abastecer sus tropas, hallábase en un estado de sorpresa, de descontento y de disgusto, imposibles de describir, y veia que su salvacion se cifraba únicamente en emprender la retirada por el camino mas corto. De todo dió

cuenta á su gobierno, sin ocultarle lo mas mínimo acerca de estas tristes verdades.

Aun cuando Napoleon supo á tiempo que marchaba contra él cierto número de ingleses procedentes de Lisboa y de la Coruña, no habia querido ocuparse de ellos en un principio; en primer lugar porque queria antes que todo, anonadar á los ejércitos españoles, y en segundo, porque deseaba dar lugar al ejército británico para que se internase en la Península, á fin de arrollarlo y destruirlo con mayor seguridad. Esto no obstante, y á pesar de que su pensamiento estaba bien concebido, si hubiese podido saber el estado de dispersion y de desaliento en que el ejército inglés se encontraba, hubiera hecho mucho mejor en caer sobre él, destruyendo á Moore en Salamanca, y á Hope en Avila. Pero en la guerra es difícil preverlo todo, no se sabe por lo regular mas que lo que se adivina por ciertos indicios, y Napoleon carecia casi totalmente de ellos para conjeturar con exactitud la situacion de los ingleses, lo cual no tenia nada de extraño, puesto que Moore, á pesar de hallarse en país amigo, ignoraba completamente los movimientos del ejército francés. Habiendo sabido Napoleon, sin embargo, por las escursiones de su caballería sobre Talavera, que los ingleses se hallaban entre esta ciudad, la de Avila y Salamanca, conoció que habia llegado el momento de obrar contra ellos, y de consiguiente adoptó las convenientes disposiciones á fin de reunir las fuerzas necesarias para su completa destruccion.

Así, pues, ordenó al mariscal Lefebvre que se dirigiese desde Valladolid sobre Segovia, y desde esta ciudad sobre el Escorial, con el objeto de que

marchase luego á tomar posiciones en Toledo y Talavera, á fin de traer á Madrid el cuerpo de ejército del mariscal Victor. El mariscal Lefebvre acababa de recibir á esta sazón la division polaca, que, como nuestros lectores saben, se habia quedado hasta entonces en retaguardia, y las tropas holandesas, las cuales permanecieron por algun tiempo en las costas de Vizcaya. Con los dragones de Milhaud y la caballería de Lassalle, reunia cerca de quince mil hombres, y este cuerpo estaba destinado á formar el ala derecha del ejército sobre Talavera.

Al prepararse Napoleon para acometer al ejército inglés, cuya solidez conocia, queria tener á la mano uno de sus mejores cuerpos, mandado por uno de sus mas enérgicos lugartenientes; el cuerpo de ejército á que nos referimos, era el 6.^o, y el gefe que lo mandaba el mariscal Ney. Sabido es que habia reprendido á este mariscal la lentitud de su marcha sobre Soria, y queria que se desquitase deparándole un enencuentro con los ingleses. A este propósito mandó que apresurase su marcha sobre Madrid, con el objeto de que, despues de conceder algun descanso á sus tropas en la capital, emprendiese el movimiento por la derecha sobre el Tajo ó sobre el Duero.

Napoleon iba, pues, á reunir en la corte el cuerpo de ejército del mariscal Victor, los de los mariscales Ney y Lefebvre, la guardia imperial, y una masa de caballería considerable, con cuyas fuerzas no debia serle difícil dar un golpe decisivo. Habiendo quedado reducido el mariscal Moncey á la imposibilidad de continuar el sitio de Zaragoza á consecuencia del llamamiento del cuerpo de ejér-

cito del mariscal Ney, inclusa la division Lagrange, que habia pasado temporalmente á las órdenes del primero para la jornada de Tudela, Napoleon ordenó al mariscal Mortier que fuese con el quinto cuerpo á situarse sobre el Ebro á fin de cubrir el sitio de Zaragoza; mas dejando al cuidado esclusivo del mariscal Monecy la direccion de los ataques.

La excelente division Delaborde, primera del cuerpo de ejército del general Junot, acababa de llegar á Vitoria. Napoleon la designó su posicion en Burgos, y ordenó á la division Hendelet, que era la segunda del mismo cuerpo, y la cual caminaba á pocas jornadas de la primera, que acelerase su marcha, siguiendo la misma direccion. Los dragones de Lorge, que habian acompañado al quinto cuerpo, fueron destinados al mismo punto. Los dragones de Millet, que venian un poco mas atras, recibieron orden de marchar sobre Madrid, y el mariscal Soul la de emprender un movimiento conforme con los que acabamos de mencionar. Esta gefe habia penetrado en Asturias, y llevándose por delante los restos de los asturianos, procedentes de Espinosa, los habia impelido hasta el campo de Colombres. En la série de combates vivos y repetidos que habia dado en la mencionada provincia, recogió un cierto número de prisioneros y se apoderó de la gran cantidad de municiones y mercancias que los ingleses habian aglomerado en los puertos de Cantabria. Napoleon le ordenó que repasase las montañas para caer sobre el reino de Leon, en donde reuniéndose con las tropas de Junot, y con los dragones de Lorge y Millet, debia hacer frente á los ingleses, si avanzaban sobre

nuestra derecha, ó rechazarlos vivamente si se replegaban ante las tropas, procedentes de Madrid, ó invadir por último el Portugal en su seguimiento. De manera, que con tres cuerpos de ejército, la guardia imperial y una fuerza inmensa de caballeria en Madrid, y con otros dos cuerpos y caballeria abundante tambien sobre su derecha y en retaguardia, el emperador se habia preparado á operar contra los ingleses en todas direcciones, y podia perseguirlos por todas cuantas partes emprendiesen la retirada. Para dar principio á las nuevas operaciones de Madrid, no aguardaba mas que la llegada de los mariscales Lefebvre y Ney. El tiempo proseguia siendo excelente. El mes de diciembre, así en la capital como en las dos Castillas, parecia mas bien un mes de primavera. Nuestras tropas ejecutaban largas marchas, sin experimentar los inconvenientes propios de la estacion. Napoleon montaba á caballo los mas de los dias, recorria la ronda de Madrid, sin entrar nunca en la poblacion, pasaba revista á sus cuerpos, tenia cuidado de surtirlos de todo cuanto habian perdido en las marchas y en los combates, y se ocupaba especialmente establecer un puesto militar en el Buen Retiro, desde donde le fuese fácil contener á la capital, al propio tiempo que proporcionase un punto donde los enfermos, los depósitos, y el material de guerra estuviesen seguros. Cuidadoso como siempre de asegurar su línea de operaciones, acababa de ordenar que se fortificaran, lo mismo que habia hecho en Burgos, Pancorbo y Miranda, la esplanada de Somosierra, donde habia combatido pocos dias antes, y el sitio del Retiro, que, como ya hemos dicho, domina á Madrid. A este propósi-

to, había mandado que se hiciesen algunas fortificaciones al rededor del bosque, que se construyese un reducto hácia la fabrica de porcelana, (fabrica en la cual se imitaba perfectamente la porcelana de China) y que en este reducto se escogiese un sitio capaz para contener los heridos del ejército, el material de artillería y viveres.

Mientras que las cosas se hallaban en tal estado en las cercanías de Madrid, verificábanse otros acontecimientos en Aragon y Cataluña. En Aragon, las marchas y contramarchas de nuestros diversos cuerpos de ejército, habían privado momentáneamente al mariscal Monecy, despues de la batalla de Tudela, de los medios de operar eficazmente sobre la ciudad de Zaragoza. Al dia siguiente de la batalla, y en defecto de las tropas del mariscal Ney, que no habían llegado á tiempo, enviáronse en persecucion del general Castaños las divisiones Musnier y Lagrange, al mando del general Maurice-Mathieu. Desde entonces el mariscal Monecy habiase quedado tan solo con las divisiones Grandjean y Morlot, entre las cuales componian únicamente de nueve á diez mil hombres; y si bien es verdad que el mariscal Ney había descendido desde Soria, y ofreciéndose á contribuir al sitio de Zaragoza con las dos divisiones Dessales y Marchand, sabido es que el dia mismo en que de concierto con el mariscal Monecy, se preparaban á atacar la famosa capital de Aragon y á apoderarse de Monte-Torrero, recibió aquella orden del cuartel general para perseguir á Castaños sin tregua, y de dirigirse sobre Madrid cumpliendo este cometido. Si á la distancia en que Napoleon se hallaba de Aragon le hubiese sido posible saber lo que allí ocur-

ria, seguramente que hubiera dejado á cargo del mariscal Ney el sitio de Zaragoza, y encomendado la persecucion de Castaños al general Maurice-Mathieu, mediante á que este último hubiera podido llevar sobre Madrid tanta gente como Ney con las divisiones y Marchand, y á que de este modo se evitaban dos movimientos inútiles, á saber; el que hizo Maurice-Mathieu para retroceder sobre Zaragoza, y el que emprendió el mariscal Ney, alejándose de esta ciudad para marchar por Calatayud sobre Madrid. Pero en la guerra se multiplican los accidentes y los movimientos falsos á causa de los números y de las distancias, y Napoleon tenia imprescindiblemente que añadir nuevos errores á los errores probables, merced á la estension prodigiosa de sus operaciones. Apresurándose el mariscal Ney á ejecutar las órdenes del emperador, abandonó al mariscal Monecy, dejándole enteramente aislado y asaz descontento por no poder, atendida la debilidad de fuerzas á que quedaba reducido, intentar empresa alguna contra Zaragoza, puesto que Ney había recogido al pasar por donde se hallaba el general Maurice-Mathieu la division Lagrange, y solo envió la division Musnier, llevándose asimismo los famosos lanceros polacos, y dejando solamente á Monecy los regimientos provisionales de caballería, que en otro tiempo habían sido agregados á su cuerpo. No habiendo recobrado, pues, este mariscal mas que la division Musnier, vióse obligado á diferir el ataque de Zaragoza. Verdad es que, durante este tiempo, y merced á los cuidados del general Lacoste, pudo traerse la artillería de grueso calibre desde Pamplona á Tudela, y trasladarla desde allí por el ca-

nal de Aragon sobre la ciudad sitiada. Los aragoneses, por su parte, procuraron reponerse de su derrota, y se ocupaban eficazmente en la fortificacion de su capital. De manera, que todas estas dilaciones se aprovecharon asi por los unos como por los otros en hacer preparativos para un sitio memorable.

Entretanto, habian ocurrido tambien en Cataluña sucesos bastante graves, y no menos dignos de ser referidos, que aquellos de cuya narracion ya nos hemos ocupado. Despues de la retirada de José sobre el Ebro, el general Duhesme, quien, desde que se estableciera en Barcelona, no habia cesado de hacer salidas, ora por la vanguardia hácia el Llobregat, ora por retaguardia hácia Gerona, se hallaba al presente bloqueado en la capital en términos, que no le era posible ni aun asomarse á las puertas. Las divisiones Lechi y Chabran habian quedado tan reducidas, á causa de las marchas y de los combates, que contaban apenas nueve mil quinientos hombres, inclusa su artilleria y su caballeria. Cuantos esfuerzos se hicieran para abastecer á Barcelona por mar, habian sido infructuosos, mediante á que los ingleses ocupaban el golfo de Rosas, y la ciudadela se hallaba defendida por tres mil españoles de tropas regulares. El general Duhesme se hallaba por tanto muy espuesto á carecer pronto de viveres, asi para sus tropas, como para la poblacion numerosa de la capital del principado. Esta era la causa porque Napoleon estrechaba tan frecuentemente al general Saint-Cyr, á que acelerase sus operaciones, y á que marchase vivamente al socorro de Barcelona.

Para atravesar la Cataluña, que se hallaba sulevada en masa y defendida por numerosos cuerpos de tropas, contaba el general Saint-Cyr, ademas de la division Reille, compuesta de unos siete mil hombres, con la division francesa Souham que constaba de unos seis mil; con la division italiana, Pino, que ascenderia á cinco mil; con la division napolitana Chabot, que tendria unos tres mil, y con unos mil artilleros y dos mil caballos: en junto veinte y tres ó veinte y cuatro mil combatientes. Asi que este general lograrse reunirse con Duhesme, debian componer entre las fuerzas de ambos un total de treinta y cuatro á treinta y seis mil hombres, y emprender con ellos la sumision de aquella importante provincia, la mas difícil quizás de toda la Peninsula, tanto por lo fragoso del terreno, como por el carácter osado y tenaz de sus habitantes, los cuales temian al propio tiempo que decayese su industria si se verificaba una union demasiado estrecha entre la España y el imperio francés.

El ejército español que defendia esta provincia, y cuyo número no podia calcularse sino aproximativamente, ascenderia á unos cuarenta mil hombres. Componiase de tropas de linea procedentes de las islas Baleares, y trasportadas á Cataluña por la marina inglesa; de tropas del mismo género, sacadas de Portugal, y conducidas igualmente por la marina inglesa á Cataluña; de una division de Granada, á las órdenes del general Reding; de otra division de aragoneses el mando del marqués de Lazan, hermano de Palafox, y de las tropas regulares, por último, existentes en la provincia. El general en gefe de todas estas tropas era don Juan

de Vives, militar que habia servido en otro tiempo contra la Francia, durante la guerra de la revolucion, y el cual se vanagloriaba de haber obtenido en ella muchos triunfos. Hallábase secundado además aquel ejército por los migueletes y los voluntarios, los cuales hacian el mismo servicio que las tropas ligeras, y á esta fuerza se agregaban los somatenes, que venian á ser una especie de milicia compuesta de los habitantes, quienes al primer toque de campana se levantaban en masa, y estaban destinados á defender las villas y las aldeas, y á ocupar y disputar el paso por los puntos mas importantes. Añádase á todo esto, que Cataluña, además de los obstáculos que ofrecia lo fragoso del pais, se hallaba plagada de plazas fuertes que eran la llave de las comunicaciones por tierra y mar, entre ellas la de Figueras, que nosotros poseíamos, y la de Rosas, Gerona, Hostalrich, Tarragona y otras, las cuales no estaban en nuestro poder.

La topografía de esta provincia, y la distancia que la separa del centro de la España, hacia que fuese un teatro de guerra distinto. Y hé aqui la causa porque Napoleon habia encomendado su conquista á un general escelente, cuando mandaba solo, peligroso cuando tenia vecinos, á quienes siempre secundaba mal, y mezquinamente envidioso, hasta el punto de creer que el emperador, celoso de su gloria, lo enviaba á Cataluña con el fin único de perderlo. Mas como, á pesar de todos estos defectos, era un capitán hábil, profundo en sus combinaciones, y el primero de los militares de su tiempo para la guerra metódica (esceptuando Napoleon, con el cual no podia compararse ninguno de los generales del siglo), el emperador no

vaciló en echar mano de él para confiarle mision de tanta importancia.

Los recursos reunidos en Cataluña adolecian, como en otras partes, de la precipitacion con que se habian hecho los preparativos para esta guerra. El material de artillería era insuficiente, y el vestuario y el calzado escaseaban mucho. La division Reille se componia de una mezcla de soldados de todos los cuerpos y de todas las naciones, si bien es verdad, que este inconveniente quedaba compensado con la bizarria del general que la mandaba. La division Souham, aunque formada de cuadros antiguos, se componia en gran parte de soldados bisoños. La division italiana Pino, consistia de italianos aguerridos, los cuales habian recibido su educacion militar en el grande ejército. Los medios de trasporte, tan indispensables en un pais donde apenas se encontraban provisiones, eran enteramente nulos. Mas aun cuando todas las contras de que adolecia Cataluña sobre el particular, eran las mismas con corta diferencia en las Castillas, donde mandaba el mismo Napoleon, el general Saint-Cyr creia, sin embargo, que todo se habia hecho exprofeso para él, y que Napoleon trataba de tasarle los triunfos, y sobre todo de hacerlos menos rápidos que los suyos propios (1).

En las instrucciones que recibiera el general Saint-Cyr, se le daba carta blanca para que emprendiese en Cataluña cuantas operaciones estimase convenientes, y solo eran aquellas imperativas en lo tocante á levantar el bloqueo de Barcelo-

(1) Vergonzoso es hallar pequeñeces semejantes en las memorias, escelentes bajo otro aspecto, que escribió sobre su campaña de Cataluña el general Saint-Cyr.

na con toda la prontitud posible. Hallándose como se hallaba Figueras en nuestro poder, quedaban en el del enemigo y en direccion de Barcelona otras tres plazas, la de Rosas á la izquierda sobre el camino del mar, y Gerona y Hostalrich, á la derecha sobre el camino de tierra, las cuales se hallaban situadas de manera que era difícil evitarlas, si se queria seguir los caminos practicables para la artillería. Pero como el detenerse á verificar tres sitios regulares antes de levantar el bloqueo de Barcelona era una cosa impracticable, el general Saint-Cyr se decidió á emprender uno solo, el de Rosas, por dos motivos suficientemente fundados para disculpar el retardo que resultase de él: era el primero, porque Figueras sin Rosas no era un punto de apoyo, que pudiera considerarse bastante al otro lado de los Pirineos, por cuanto nada podia entrar ni salir de aquella plaza si no caía la inmediata en nuestro poder; y consistia el segundo, en que el golfo de Rosas era el abrigo ordinario de las escuadras inglesas que bloqueaban á Barcelona, y su presencia era un obstáculo para abastecer esta ciudad. Hallándose destinado el general Saint-Cyr á establecerse en ella, habíase propuesto no pasar ni un día de escaseces semejantes á las que ya empezaba á sentir el general Duhesme por aquella época.

A pesar de las repetidas instancias con que el estado mayor general le recomendaba incesantemente la celeridad en sus operaciones, el general Saint-Cyr resolvió poner en ejecucion el sitio de Rosas, antes de penetrar en Cataluña. Este general pasó la frontera en los primeros dias de noviembre, al tiempo mismo en que las principales

masas del ejército francés empezaban á operar en Castilla, y en que los mariscales Lefebvre, Victor y Soult combatian con Blake y el marqués de Belveder. La division Reille, que se hallaba situada desde un principio en la Junquera, marchó el 6 contra Rosas. Siguióla inmediatamente la division Pino, la cual sirvió de escolta á la artillería de grueso calibre. La division Souham, que marchaba la tercera, fué á establecerse detrás del Fluviá, pequeño riachuelo que sigue su curso por la llanura del Ampurdán. La mision de esta division última era defender el sitio de Rosas contra las tropas españolas que intentasen estorbarlo. Mientras que nuestras tropas de las Castillas disfrutaban de un tiempo magnífico, el ejército de Cataluña sufrió por espacio de algunos dias lluvias copiosas que inundaron el país, y las coales hacian todo movimiento imposible. Nuestros soldados soportaron pacientemente todos estos sufrimientos, quizás porque se hallaban á las órdenes de un general que habia aprendido en las filas del ejército del Rhin á soportarlo todo, y á exigir de cuantos le rodeaban, que sufriesen en silencio.

Hasta el 12 de noviembre fué de todo punto imposible emprender movimiento alguno. Habiendo cesado, empero, las lluvias, aproximóse el general Saint-Cyr á Rosas, y obligó á la guarnicion á encerrarse dentro de sus muros. Constaba esta de unos tres mil hombres, al mando de un excelente oficial, quien tenia ademas para defender la plaza excelentes ingenieros, tan buenos como los ha habido siempre en España. La plaza de Rosas tiene la figura de un pentágono, situado entre la mar y un terreno arenoso, en el centro de un golfo des-

pejado, profundo, y al abrigo de malos vientos. A la entrada de este golfo, y sobre una altura que domina el muelle, hállase situado el fuerte de Butou, cuya artilleria protege la mayor parte de aquel. La division Mazuchelli envió dos batallones contra el fuerte de Butou, donde lo mismo que delante de la plaza principal, fué preciso obligar á la guarnicion, sostenida por los fuegos de la escuadra inglesa que constaba de seis navios de línea, y algunos buques de menor porte, á que se replegara á lo interior de los muros.

Despues de rechazar vigorosamente al enemigo en las diversas salidas que intentó contra nuestros soldados, erigiéronse trincheras delante de Rosas en las noches del 18 al 19 de noviembre, escogiendo dos frentes opuestos á fin de interceptar con sus fuegos la comunicacion con el mar. A los pocos dias se logró establecer cerca de la costa una bateria, cuyos fuegos hacian que fuese tan peligroso el muelle para los ingleses, que estos se vieron precisados á alejarse y á dejar á la guarnicion entregada á sus propios recursos.

La reducida villa de Rosas, formada de unas cuantas casas de pescadores y comerciantes, se halla situada al Este, y fuera del recinto fortificado. Los españoles, cuya debilidad en campo raso era tan sorprendente, recobraban una energía indecible al abrigo de las murallas, y así es, que se defendieron con tan extraordinario vigor, que no se retiraron hasta despues de haber perdido unos trescientos hombres, y de dejar en nuestro poder doscientos prisioneros. Nuestra perdida en esta accion, consistió en cuarenta y cinco hombres entre muertos y heridos. La guarnicion quedó á

consecuencia de ella sin apoyo alguno en los puntos exteriores.

Durante este tiempo, redoblábanse las operaciones contra el fuerte de Butou. Hábase logrado subir á fuerza de brazos algunas piezas de grueso calibre sobre las alturas, y despues de dismantelar el fuerte con ellas, se obligó á la guarnicion á que lo evacuara. El 3 de diciembre se erigió la tercera paralela delante de Rosas, el 4 se dispuso la bateria de brecha, y ya solo faltaba dar el asalto, cuando la guarnicion consintió al cabo de diez y seis dias en rendirse, quedando prisionera de guerra. La resistencia habia sido honrosa y conforme á todas las reglas de la milicia. Allí cayeron en nuestro poder dos mil ochocientos hombres, heridos casi todos, y el material considerable con que habian surtido la plaza los ingleses. Merced á esta importante conquista, las comunicaciones por mar con Barcelona habian llegado á ser, sino seguras, practicable al menos, y nuestra línea de operaciones, apoyada sobre Figueras y Rosas, quedaba asegurada á la vez por mar y por tierra.

Aun cuando durante el sitio se habian dirigido vivas instancias al general Saint-Cyr, tanto desde el cuartel general como por parte del general Duhesme, para que marchase sobre Barcelona, habia rehusado con su acostumbrada obstinacion acceder á ellas, hasta tanto que Rosas se hallase en su poder: al presente, empero, que esta plaza acababa de capitular, ya no habia motivo alguno para que lo difiriese por mas tiempo, y no vaciló, por tanto, en marchar sobre la capital del Principado.

El general Saint-Cyr, que habia mandado su

caballería al Rosellon, á causa de la escasez de víveres y pienso en el Ampurdan, dió orden de que volviere á incorporársele á fin de poder conducirla consigo á Barcelona. Como su artillería, á pesar de lo útil que debia serle en los diferentes encuentros que aun le aguardaban con los españoles, era una carga en extremo embarazosa al través de Cataluña, maxime teniendo que evitar el paso por la carretera interceptada por las plazas de Hostalrich y Gerona, el general Saint-Cyr tomó la resolución atrevida de dejar su artillería en Figueras, llevándose consigo los caballos de tiro. El general Duhesme le habia escrito desde Barcelona que tenia un material inmenso en el arsenal de esta plaza, y que con tal de que se llevasen caballos, podria formarse un tren completo. En su consecuencia decidióse á llevar á cabo la resolución mencionada, y á este fin partió únicamente con la infantería, los caballos de tiro, y algunas acémilas, cargadas de galleta y de cartuchos.

Arreglado todo de esta suerte, y despues de distribuir á cada soldado cincuenta cartuchos y víveres para cuatro dias, avanzó sobre el Fluvia el 9 de diciembre, dejando á retaguardia la division Reille, cuya fuerza era indispensable en Rosas y en Figueras para conservar nuestra base de operaciones, y llevando consigo quince mil infantes, mil quinientos caballos y mil artilleros, ó sea un total de diez y siete á diez y ocho mil hombres. Una fuerte vanguardia, compuesta de un cuerpo de aragoneses al mando del marqués de Lazan, y de un destacamento del ejército de Vives á las ordenes del general Alvarez, habia hecho ya para entonces contra la division Souham diversas tentativas, las cuales ha-

bian sido rechazadas vigorosamente. El general Saint-Cyr obligó á esta vanguardia á retirarse precipitadamente desde las márgenes del Fluvia á las del Ter. Quedábanle, pues, dos caminos á cual mas difíciles para proseguir su marcha sobre Barcelona. El de tierra, que se presentaba á su derecha, ofreciale el inconveniente de las plazas de Hostalrich y de Gerona, bajo cuyos fuegos era el paso, si no imposible al menos muy peligroso. El de la orilla del mar ofreciale el peligro de las flotillas inglesas, cuya artillería no dejaría de mortificarle, al propio tiempo que la fusilería de los migueletes, la cual no dejaba tampoco de ser mortífera, en esta atencion resolvió seguir ambos caminos alternativamente, cruzando de uno á otro por los ramales de travesía, abiertos para facilitar su comunicacion. Por el pronto, y tratando de persuadir á los españoles de que se dirigia sobre Gerona con el objeto de ponerla sitio, avanzó el 11 en direccion de esta plaza, y cuando supo que la vanguardia española se dirigia á cubrirla apresuradamente, hizo un movimiento sobre la izquierda y se inclinó hácia La Bisbal, por cuyo camino se proponia marchar á Palamós, siguiendo la costa. El 11 por la tarde llegó á La Bisbal, y de allí partió el 12 para Palamós, despues de haber encontrado en las montañas de Calonja alguna fuerza de migueletes y de somatenes, los cuales hicieron bastante fuego sobre los flancos de nuestro ejército, cuyos soldados enardecidos con el triunfo que acababan de obtener, se hallaban preparados para toda clase de empresas. Con todo, si los españoles hubiesen tenido alguna pericia en el arte de la guerra, hubieran debido escoger para contrarestar con todas sus fuer-

zas reunidas al general Saint-Cyr, el momento en que éste se había separado de la division Reille, aventurándose á marchar sin artilleria contra un enemigo que la tenia numerosa. Cierta que no hay plan que valga, cuando se carece de tropas capaces de mantenerse en linea, y que los oficiales españoles ignoraban las particularidades de la marcha del general Saint-Cyr; pero así y todo, es incontestable que el momento en que este general debía ser mas débil, era aquel en que se alejaba de los Pirineos para dirigirse á Barcelona, y que esta era por tanto la ocasion única para reunirse en masa y aguardarle en todos los pasos difíciles. Los españoles, no obstante, se limitaron á mandar unos diez mil hombres sobre el rio Fluvia, dejando el resto en el bloqueo de Barcelona, y el general que mandaba en la ciudad de Gerona, se contentó con mandar un correo á don Juan Vives, cuando vió desembocar al general Saint-Cyr sobre esta plaza.

Firme en su propósito el gefe de las tropas francesas, partió de Palamós en la mañana del 12, y despues de sufrir en la costa el fuego no muy bien dirigido de algunas lanchas cañoneras de los ingleses, se inclinó luego sobre Vidreras, procurando ganar el camino real de tierra, porque suponía que engañándose los españoles por la direccion que había tomado desde La Bisbal á Palamós, se dirigirian en masa hácia la mar. Todo sucedió, en efecto, como lo había previsto. Un cuerpo, al mando de Milans, procedente de las inmediaciones de Barcelona, se dirigió por Mataró á su encuentro, siguiendo la costa, y algunos destacamentos de Hostalrich, los miguelcetes y los somatenes, mar-

charon tambien sobre el litoral para defender, auxiliados por los ingleses, los pasos principales, donde creían encontrar á las tropas francesas.

El general Saint-Cyr escogió los caminos de travesia, y al dirigirse desde Palamós á Vidreras, vió á las tropas de Lazan y de Alvarez, las cuales se hallaban reducidas á seguirle á una distancia que hacia todo ataque imposible. Su fuerza, á decir verdad, tampoco era suficiente para luchar con diez y siete ó diez y ocho mil franceses, hábil y enérgicamente conducidos.

Avanzando, pues, el mencionado general, como un jabalí rodeado de cazadores, por el camino que conduce á Hostalrich, logró atravesar las alturas que circundan esta plaza sin contratiempo alguno, á escepcion de unos cuantos disparos tan poco certeros como los de las lanchas inglesas, y haciendo el 14 un alto en las cercanías, se volvió á poner en marcha el 15 para Barcelona, no teniendo ya que temer por el camino de tierra mas que al ejército principal de don Juan Vives.

El 15 despues de medio dia, encontró efectivamente á la entrada del desfiladero de Treinta-Pasos el primer destacamento de aquel, que era justamente el que había salido á las órdenes de Milans de las inmediaciones de Barcelona. El general Saint-Cyr se apresuró á forzar el desfiladero, porque no quería verse en la precision de atravesarlos delante del ejército español, al cual esperaba á cada instante encontrar en su camino.

Noticioso don Juan Vives por el correo que se le había espedido, de la marcha del ejército francés, había abandonado el bloqueo de Barcelona para salir al encuentro del general Saint-Cyr, y des-

pues de haber mandado de vanguardia á Milans con cuatro ó cinco mil hombres, se puso á su vez en movimiento con quince mil, entre los cuales iba la division de Granada á las órdenes del general Reding, segun ya hemos dicho. El resto del grande ejército de Cataluña se hallaba en las cercanias de Barcelona, sobre el Llobregat.

El general don Juan Vives tomó posesion sobre las alturas pobladas de bosque que se hallan al frente de Cardedeu, y las cuales dominan la carretera de Barcelona, que atraviesa por la citada poblacion. En ellas se decidió á aguardar á nuestro ejército con los quince mil hombres que habia sacado de su campo, y con los cinco mil de Milans, que esperaba que se le incorporasen por la derecha. Una nube de migueletes cubria ademas las cercanias. De manera, que el general Saint-Cyr tenia que arrollar, para abrirse el camino de Barcelona, á las mencionadas tropas regulares, situadas sobre una excelente posicion, provistas de numerosa artilleria, y secundadas por osados y valientes guerrilleros.

Poco tardó éste, empero, á tomar su partido. Comprendiendo, que, con andar en tentativas, solo hubiera logrado por una parte, animar á los españoles y desalentar á los franceses, aclarando la situacion á unos y á otros, mediante á que los primeros tenian artilleria al paso que carecian de ella los segundos, y por otra dar tiempo á Claros, Alvarez, y Lazan para que se reuniesen y le atacasen por retaguardia, mientras que Vives lo hacia por el frente, ordenó á la division Pino, la cual marchaba la primera, que, trepando por el camino fragoso de Cardedeu, sin desplegarse, ni disparar

un tiro á fin de ahorrar tiempo y municiones, se abriese paso á la bayoneta. Desgraciadamente, y antes de que las órdenes del general en jefe fuesen comprendidas y admitidas, la brigada Mazuchelli, perteneciente á la mencionada division, se habia desplegado á la izquierda del camino de Barcelona bajo el fuego de la division Reding, que era la mejor sin disputa del ejército español, y sufría crueles disparos. El general Saint-Cyr mandó entonces inmediatamente sobre la estrema izquierda de esta brigada á la division francesa Souham, ordenándola que se lanzase sobre el enemigo á la bayoneta y en columna cerrada. Prescribió ademas á la brigada Fontana, (la segunda de Pino,) que, haciendo un movimiento análogo, marchase recta por el camino real y en columna cerrada sobre el centro de los españoles. Por la derecha del mismo camino marcharon dos batallones con objeto de amenazar la estremidad de la linea. Su caballeria, en fin, pronta á cargar donde el terreno lo permitiese, avanzaba entre los intervalos que quedaban de una columna ó otra.

Estas órdenes, las cuales fueron ejecutadas con una precision y un vigor extraordinarios, produjeron el resultado mas pronto y mas completo. La columna Souham por el estremo izquierdo de nuestra linea y la brigada Fontana por el centro, acometieron con tal resolucion á la linea española, que la rompieron y la arrollaron en un abrir y cerrar de ojos, logrando de esta manera redimir las dos alas de la brigada Mazuchelli. Los dragones italianos y el 24 de dragones franceses se lanzaron en seguida á galope sobre los españoles, los cuales habian empezado ya á replegarse, y los pusieron

en el desorden mas espantoso. El enemigo huyó en todas direcciones, dejando sobre el campo de batalla seiscientos muertos, ochocientos heridos, mil doscientos prisioneros, toda su artillería, sin exceptuar un cañon siquiera, y un parque de municiones, de las cuales teníamos gran necesidad. Los generales Vives y Reding, que fueron envueltos en la derrota general, lograron salvarse como por milagro, huyendo el uno hacia el mar donde se embarcó para ir á Llobregat á incorporarse con su campo, y el otro hacia el camino de Barcelona, el cual consiguió atravesar, merced á la ligereza de su caballo. Aquella batalla ganada en menos de una hora, nos valió, ademas de la adquisicion de todo aquello de que carecíamos, la posesion del camino de Barcelona y tomar un ascendiente irresistible sobre el enemigo. Lazan, Claros y Alvarez se presentaron al declinar el día sobre nuestra retaguardia, pero demasiado tarde para tomar parte en la accion. De consiguiente, habiendo terminado ya el combate, no les quedaba otro recurso que retroceder hácia Gerona, ó dirigirse al campo de Llobregat.

Nuestras tropas distaban ya una jornada tan sola de Barcelona, adonde urgía el llegar cuanto antes para proporcionarse viveres, por quanto la galleta se habia ya agotado. Mandando, pues, el general Saint-Cyr, que fuesen colocados sobre los caballos de la artillería y los otros los heridos que podian ser trasportados, y viéndose reducido á abandonar á la discrecion de los somatenes, aquellos que no se hallaban en disposicion de soportar la marcha, se puso en camino de Barcelona, adonde llegó el 17 con tanta sorpresa de los

españoles, como regocijo de los soldados de Duhesme, á quienes la vista de un ejército francés, que iba á libertarlos del bloqueo, los llenaba de satisfacción. Unos y otros se abrazaban con trasportes de júbilo, prometiéndose de aquella union los mas felices resultados.

Ademas de los cañones que el general Saint-Cyr cogió en Cardedeu, encontró en Barcelona una artillería numerosa y excelente, de la cual podia hacer uso, merced á los caballos de tiro que habia llevado consigo. Su pérdida en los combates que hasta entonces tuviera en Cataluña, habia sido tan corta, que contaba con diez y siete mil hombres al menos, los cuales unidos á los nueve mil que tenia el general Duhesme, sin incluir los heridos ni los enfermos, componian un total de veinte y seis mil combatientes, iguales en número y muy superiores en calidad á cuantos pudieran oponerles los españoles. El resultado glorioso de aquella marcha, ejecutada con tanto valor como pericia fué la concentracion de las fuerzas de ambos generales.

Aun cuando Barcelona no se hallaba tan desprovista de recursos alimenticios, como decia en sus comunicaciones el general Duhesme, exagerando su penuria para escitar el celo de los que tenian el encargo de levantar el bloqueo de la ciudad, preciso era, sin embargo, no permanecer encerrados en ella mucho tiempo, si se queria que no faltasen viveres á las tropas. El general Saint-Cyr resolvió, por tanto, proseguir sus ventajas, á cuyo efecto pensaba ir en busca del ejército español para acabar de derrotarlo, y dedicarse despues á poner sitio, una tras otra, á las plazas fuertes de

la provincia. Concediendo, pues, de reposo á sus tropas los dias 18 y 19 de diciembre, salió el 20 de Barcelona con direccion al Llobregat.

Al dar á sus tropas tiempo para que descansaran y se reuniesen, no le pesaba tampoco el que los españoles lo aprovechasen para concentrarse en el campo que tenían preparado sobre el Llobregat, distante algunas leguas de Barcelona, mediante á que, si bien es cierto que se debe procurar dividir á un enemigo terrible, no lo es menos que se debe apeteecer encontrar en masa, á fin de destruirlo de una vez, á un enemigo que sea más hábil para emprender la fuga que para el combate. El general Saint-Cyr partió de la capital del principado, llevando consigo su cuerpo de ejército, y una de las dos divisiones de Duhesme, la division Chabran. La otra, al mando del general Lechi, quedó guardando á Barcelona, mediante á que aquel consideraba suficientes veinte mil hombres para arrollar cuanto se le pusiera por delante.

El 20 por la noche llegó al Llobregat, cuya márgen fué siguiendo desde Molins del Rey á San Feliu. Los españoles, en número de treinta y tantos mil hombres se hallaban situados sobre unas alturas pobladas de bosque, y defendidos por el Llobregat, que solo era vadeable por algunos puntos. El puente de Molins del Rey, por el cual pasa el camino real de Barcelona á Valencia, habia sido fortificado con trincheras y parapetos tan acertadamente construidos, que con buenas tropas bien hubiera podido el enemigo creerse allí en la mas completa seguridad.

El general Saint-Cyr se condujo para apoderarse del puente con todo aquel arte que lo colo-

caba en la esfera de los primeros tácticos del siglo. El 21 de diciembre por la mañana apostó la division Chabran en Molins del Rey, encargándola que erigiese allí una bateria, como si se tratase de operar seriamente por aquel lado, y que procurase por todos los medios posibles persuadir á los españoles, de que se habia escogido efectivamente para verdadero punto de ataque. Prescribióle además, que en el instante mismo en que viese que las otras columnas habian atravesado el rio por mas abajo, cayese con el mayor impetu sobre el puente, y que, apoderándose de él, fuese á situarse sobre la carretera de Valencia, la cual se hallaba justamente á la retaguardia del enemigo. Dispuesta de este modo la division Chabran, el general Saint-Cyr mandó á la division Pino, que siguiendo hacia la izquierda el curso del Llobregat, lo atravesase por el vado de Llors, y á la division Souham, que lo pasase igualmente por mas abajo, ó sea por el vado de San Juan Despi. Asi que estas dos divisiones se hallasen al otro lado del Llobregat, debian trepar á la posicion de los españoles, atacarla vigorosamente, y desalojarlos de ella, obligandolos con este movimiento á que diesen con la division Chabran, si esta habia seguido las instrucciones del general en jefe. De esta manera era casi seguro que solo podrian salvarse un corto número de las tropas enemigas.

Las instrucciones del general Saint-Cyr, en parte al menos, fueron ejecutadas fielmente. El general Chabran fingió perfectamente el ataque prescrito sobre Molins del Rey. Las divisiones Pino y Souham atravesaron igualmente el Llobregat por los respectivos puntos que se les habian indicado,

llegaron al pie de las posiciones del enemigo, y empezaron á trepar hácia ellas con gran aplomo bajo un fuego dirigido con tal acierto, que demostraba bien que los españoles habian adquirido ya alguna instruccion. En el instante mismo en que nuestras tropas llegaban á lo alto de las posiciones procuró contrarestarlas la segunda línea enemiga, pasando en columna á través de los intervalos de la primera, y verificando esta maniobra con cierta precision. Deshízose, empero á la vista de nuestras bayonetas, y las reservas españolas, que solamente aguardaban para tirar á que aquella evacuase el terreno, la hicieron tanto mas daño que á nosotros mismos. Desde entonces introdujose ya el mayor desórden en las filas contrarias, y apelaron á la fuga, abandonando su artillería, y su parque de municiones, y arrojando las mochilas y los fusiles. Si en aquel instante, y con arreglo á las instrucciones que habia recibido, hubiese tomado el general Chábran el puente de Molins del Rey, reemplazando el ataque fingido con un ataque vigoroso, y desembocando sobre la retaguardia de los españoles, ni uno siquiera habria logrado salvarse. Pero aun cuando el mencionado general se apoderó en efecto, de aquella posicion, hizo ya demasiado tarde para que la presencia de sus tropas en el camino de Valencia, produjese los resultados apetecidos. Esto no obstante, aquella batalla fué para los españoles otra completa derrota, en la cual ganó el ejército francés cincuenta piezas de artillería, un inmenso número de fusiles arrojados por los soldados en la fuga, y de mil doscientos á mil quinientos prisioneros que recogió la caballería, entre ellos el general Caldañés. La dispersion

del enemigo fué tan general como en las acciones de Tudela y Espinosa.

De todo el ejército del general Vives, solamente se reunieron en Tarragona unos quince mil hombres, los cuales llegaron inermes casi todos y en el estado de desaliento mas completo. El general Saint-Cyr quedó, pues, desde aquel instante dueño del campo en Cataluña, y ningun obstáculo se le ofrecia ya para recorrerlo en todas direcciones y emprender los sitios de las plazas, que tuviese por conveniente. Barcelona se hallaba tambien sometida, y no le era posible, por ende, hacer tentativa alguna.

De manera que los resultados obtenidos por el ejército del general Saint-Cyr desde el 6 de noviembre hasta el 21 de diciembre, los cuales compensaban sobradamente el retardo que se echaba en cara á este hábil general, era nada menos que una plaza fuerte conquistada por medio de un sitio regular, una marcha de las mas atrevidas y de las mas difíciles de ejecutar en un pais plagado de enemigos, dos batallas ganadas, y el gran ascendiente que habian logrado adquirir las armas francesas. Cierto, que se hubiera podido obrar con mas rapidez; pero mejor, rayaria casi en lo imposible.

Resulta, pues, que los franceses se hallaban en la segunda quincena de diciembre, libres y espeditos para sus movimientos en Cataluña, ocupados en Aragon en preparar el sitio de Zaragoza, dueños de Asturias y Castilla la Vieja por el mariscal Soult, en posesion de Madrid y de Castilla la Nueva por el grueso del ejército francés, y casi amos de la Mancha, cuyas llanuras recorrían di-

ferentes destacamentos de nuestras tropas hasta Sierra Morena. No habia por ende necesidad de otra cosa que de dar un paso para invadir el Mediodia de la Peninsula. Antes, empero, queria Napoleon tener á la mano los cuerpos de ejército que aguardaba, ora para coger á los ingleses por retaguardia si se internaban hacia el Norte, ora penetrar en el Mediodia, si se retiraban á Portugal: alternativa que era muy posible, y en la cual podia creerse, á juzgar por los informes contradictorios recogidos de los desertores y de los prisioneros.

Pero en el momento mismo en que se verificaban en Cataluña los acontecimientos felices que acabamos de trazar, los cuerpos que se hallaban en marcha, habian llegado, y la situacion se habia aclarado, merced á noticias mas precisas y circunstanciadas. El mariscal Ney habia entrado en Madrid con las divisiones Marchand y Lagrange, la segunda de las cuales habia pasado á las órdenes del general Maurice-Mathieu, á consecuencia de la herida que recibió el jefe que la mandaba. La division Dessoles, que se habia quedado un poco atrás para pacificar la provincia de Guadalajara, donde dejó el 35.º de linea con alguna artillería y un destacamento de dragones, entró tambien en la capital poco despues que el sexto cuerpo de ejército. El mariscal Lefebvre, á quien se habia incorporado, segun hemos dicho, la division polaca Valence, habia descendido por Guadarrama sobre el Escorial, y emprendido la marcha sobre Talavera, precedido por la caballería ligera de Lassalle y por los dragones de Milhaud. Napoleon tenia, pues, en Madrid los cuerpos de ejército al mando de los ma-

riscales Victor, Ney y Lefebvre, la guardia imperial y los dragones de Latour-Maubourg, Lahoussaye y Milhaud, cuyas fuerzas reunidas componian un total de cerca de setenta y cinco mil hombres dispuestos á marchar inmediatamente. Erase fácil, por consiguiente, dar donde mejor le acomodase un golpe decisivo. Por retaguardia iban llegando la division Delaborde, que se hallaba ya en Burgos; la division Loison, que marchaba detrás; los dragones de Lorge, que aun no habian llegado á la ciudad mencionada; los dragones de Millet que estaban ya entre Burgos y Madrid, y el mariscal Soult, por último, que habia retrocedido de Asturias al reino de Leon con las divisiones Merle y Mermet, y un fuerte destacamento de caballería. Napoleon no aguardaba mas, por lo tauto, para tomar un partido definitivo respecto á los ingleses, que á tener noticias exactas de su situacion y paradero.

El general Moore, por su parte, á quien costaba tambien no poco trabajo el saber la verdad en un pais, donde no se decia nada á los franceses por el odio que se les profesaba, ni á los ingleses porque eran extranjeros, aunque auxiliares suyos, habia resuelto, al fin, despues de largas indecisiones, adoptar un plan de campaña. Alarmado por su situacion en medio de los ejércitos franceses, disgustado de sus aliados, á quienes creia encontrar propicios, llenos de entusiasmo y dispuestos á secundarle, y los cuales se mostraban abatidos, consternados y con disposiciones tan poco amistosas, que nada querian hacer por él sino á peso de oro, hubiérase retirado de muy buen grado á Inglaterra, si la Junta central que se habia refu-

giado en Sevilla, no se lo hubiera impedido, y si el ministro inglés Mr. Frère con especialidad no hubiera apoyado las súplicas de la junta con intimaciones imperiosas (4). El prudente general Moore, quien, como ya se ha visto, había abandonado su línea de comunicacion con Portugal para establecer otra sobre Galicia, y el cual se había encaminado hácia el Duero á fin de reunirse con sir David Baird, acababa de añadir algo mas á esta resolución, determinando marchar sobre Valladolid, porque de este modo cubria mejor las apariencias de amenazar las comunicaciones de los franceses y de hacer algo en favor de la causa de los españoles, sin comprometer ni su reunion con sir David Baird ni su retirada sobre la Corona. Una vez tomada esta resolución, el general inglés había marchado desde Salamanca sobre Valladolid, prescribiendo á sir David que fuese á incorporarse por Benavente. Pero no había hecho mas que emprender este movimiento, cuando habiendo asesinado los españoles á un oficial francés portador de algunas órdenes del emperador para el mariscal Soult, y vendido por unos cuantos luises estos despachos á la caballería inglesa, supo por ellos que el mariscal Soult pasaba desde Asturias al reino de Leon, y que llevaba fuerzas muy inferiores en número á las del ejército británico, puesto que en las comunicaciones interceptadas se decia que el mariscal no tenia á la sazón mas que dos divisiones de infantería, las cuales podrian componer á lo sumo

(4) Los despachos de John Moore publicados por su familia, no dejan duda alguna acerca de todos estos puntos.

con la caballería, unos quince mil hombres, mientras que los ingleses debian tener de veinte y nueve á treinta mil, despues de la reunion del cuerpo principal con el de sir David Baird. En esta situacion, y teniendo el general Moore mas motivos para desear un encuentro que para procurar evitarlo, prosiguió en su plan de que se le reuniese sir David, si bien se propuso que esta reunion, en vez de llevarse á cabo en Valladolid, se efectuase marchando por Toro, en Benavente, adonde, segun sus órdenes, debia acudir aquel general. Habiendo ejecutado este movimiento del mismo modo que lo concibiera, el general Moore llegó el 18 á Castro Nuevo y sir David Baird á Benavente. El 20 de diciembre hallábanse ya reunidos ambos en Mayorga con la fuerza de veinte y nueve mil hombres, de los cuales eran veinte y cuatro mil de infantería, tres mil de caballería y dos mil artilleros con un tren de cincuenta piezas. El general Moore se apresuró á escribir al marqués de la Romana, el cual acababa de abandonar el reino de Leon con los restos del ejército de Blake para buscar un abrigo en Galicia, que no le dejase solo á presencia de los franceses, con los cuales iba á tener un encuentro. El marqués de la Romana, generalísimo de los ejércitos españoles en aquella época, y comandante especial de los de Castilla la Vieja, Leon, Asturias y Galicia, había reunido unos veinte mil hombres en un estado de desnudez completo; incapaces de ser presentados al frente del enemigo, é inclinados á ello, mediante á que ningun deseo tenían de encontrarse con los franceses. Por esta razón había resuelto conducirlos por Astorga y Leon á Galicia, donde esperaba reorganizarlos al abrigo de las

montañas, cuya proteccion era en el invierno mucho mas segura. Sintiendo, empero, mucho menos el general Moore la falta del apoyo de semejantes tropas, que el que fuesen á agotar los víveres de todos los caminos de Galicia, única línea de retirada que quedaba ya al ejército inglés, obtuvo á fuerza de instancias que regresasen á Leon, sobre cuya ciudad apostó, en efecto, el marqués de la Romana unos diez mil hombres de los menos desprovistos y desorganizados, mandando una vanguardia de cinco á seis mil hombres á Mansilla, sobre la ribera del Esla. Reunido el general Moore con su lugarteniente sir David Baird, contando con veinte y nueve mil hombres escelentes, y cerca de diez mil españoles, útiles al ménos como tropas ligeras, comenzó á avanzar con extraordinario tiento hácia el mariscal Soult, deseando encontrarle con él, cuando consideraba el escaso número de sus fuerzas, y temiéndolo, sin embargo, cuando pensaba en la masa de franceses que habia esparcidos por España, y en la rapidez con que que Napoleon sabia moverlos de un punto á otro. El 21 de diciembre dirigióse sobre Sahagun, donde el general Paget logró quitar algunos soldados al destacamento de los dragones de Lorge.

Hasta el 19 no habia sabido Napoleon de una manera positiva, que el ejército inglés, de la fuerza, segun los desertores del general Dupont, de quince á veinte mil hombres, habia partido de Salamanca para Valladolid. Por algunos partes supo igualmente que habian sido hechos prisioneros por su caballeria en las inmediaciones de Segovia unos cuantos ingleses, los cuales debian pertenecer, segun todas las probabilidades, al cuerpo de ejército

al mando del general Hope, que tan gran rodeo habia tenido que dar para incorporarse con el general Moore en Salamanca. Napoleon sabia ademas con certeza, que no habia llegado á Astorga ningun otro cuerpo, procedente de la Coruña. Suponiendo, pues, que el ejército inglés pudiese contar con treinta mil hombres, costóle gran trabajo en un principio esplicarse sus movimientos, porque hasta entonces lo habia creído mas dispuesto á huir á Portugal, que á dirigirse sobre la retaguardia de los franceses: poco tardó, empero, á adivinar la verdad, deduciendo de su marcha hácia el Norte, que su objeto no era otro que cambiar su línea de retirada, colocándola sobre el camino de la Coruña. En esta atencion, tomó al instante su partido con aquella prontitud y aquel golpe de vista tan seguro que le eran peculiares, y que jamás le abandonaban.

Lejos de inspirarle inquietud alguna el encontrar á los ingleses sobre su línea de operaciones, deseaba por el contrario, que se internasen mas y mas, á fin de caer él mismo sobre su retaguardia. Al efecto prescribió al mariscal Soult y á todos los cuerpos que se hallaban en marcha sobre Burgos, en la ciudad ó mas allá de ella, tales como la division Delaborde del cuerpo de ejército del general Junot, y los dragones de Lorge, que se concentrasen entre Carrion y Palencia, y empleasen el tiempo, no en avanzar, sino en reunirse. Por su parte, se propuso pasar el Guadarrama por medio de un movimiento retrógrado, vivamente ejecutado entre el Escorial y Segovia, ó sea á la derecha de Madrid, y caer sobre uno de los flancos de los ingleses, si felizmente se internaban lo bastante en Castilla la Vieja con el objeto de encontrarse con el

mariscal Soult. Si se habian presentado en efecto, como se decia, en Valladolid, era muy posible entonces, avanzando rápidamente por el Eseorial sobre Villacastin, Arévalo y Tordesillas, arrollarlos y cogerlos hasta el último. Mas para ejecutar esta marcha decisiva, era preciso emprender a toda prisa el movimiento en la mencionada direccion, y aprovechar el tiempo, que proseguia siendo delicioso en las inmediaciones de Madrid.

Informado Napoleon el 19 de diciembre de todas estas noticias, dió orden al mariscal Ney de que se pudiese en marcha el 20 con dos divisiones; las cuales, ademas de la ventaja de llevar á este mariscal á su cabeza, tenian la de ser de las mejores del grande ejército. Ademas, debian agregársele en el camino los dragones de Lahoussaye, los cuales se dirigian hácia él por Avila con este objeto. La division Dessoles y la division Lapisse debian marchar en pos del mariscal Ney, asi que se lo permitiese la colocacion que actualmente tenian en las cercanias de Madrid. En el caso de que las noticias hasta entonces inciertas, y con arreglo á las cuales se habia emprendido tan considerable movimiento, llegasen á confirmarse, el emperador tenia el proyecto de partir con toda la guardia imperial de caballeria é infanteria, y una inmensa reserva de artilleria, á fin de reunirse con el mariscal Ney, y acabar con los ingleses, si se lograba darles alcance. De modo, que con los cuarenta mil hombres que se proponia llevar Napoleon, y los veinte mil que lograria juntar el mariscal Soult, habia bastante y de sobra para destrozár á los ingleses y cogerlos á todos prisioneros, con tal de que las maniobras se ejecutasen bien.

Napoleon confió al mariscal Victor el encargo de conservar á Madrid y Aranjuez, con la division Ruffin, la de Villatte, y la division alemana Leval, que el mariscal Lefebvre no habia llevado consigo á Talavera. Ademas de estas tres divisiones, dejóle con igual objeto la de los dragones de Lattour-Maubourg, que era la mas numerosa del ejército. En cuanto al mariscal Lefebvre, quien como ya hemos dicho, tenia en Talavera la excelente division francesa Sebastiani, una buena division polaca, la caballeria de Lassalle, y los dragones de Milhaud, es decir, diez mil infantes y cuatro mil caballos soberbios, ordenóle, que partiendo de Talavera, donde habia tenido ya tiempo bastante para dar descanso á sus tropas, se dirigiese prontamente sobre el puente de Almaraz, desalojase de él al ejército de Estremadura, y que rechazándolo hasta mas allá de Trujillo, á fin de quedar sin este cuidado por muchos dias, se inclinase sobre su derecha con el objeto de caer por Plasencia sobre el camino de Ciudad-Rodrigo. Era muy posible en efecto, que si los ingleses emprendian su retirada hácia Portugal en la direccion mencionada, despues de haber sido mas ó menos completamente derrotados, se consiguiese cortarlos y acabar de destruirlos, cerrándoles todas las vias por donde pudieran encaminarse hácia el mar. Respecto al antiguo ejército de Castaños, retirado á la sazón en Cuenca, el mariscal Victor con las divisiones Ruffin y Villatte, la division alemana Leval, y los dragones de Lahoussaye, tenia fuerzas de sobra para impedir todas sus tentativas, en el caso de que tratase de hacer alguna. Para prevenir todo evento, habianse dado ademas las instrucciones oportunas

al mariscal Lefebvre, á fin de que á la primera señal hiciese un movimiento retrógrado sobre Aranjuez y Madrid.

Proveyendo así Napoleon á todo, y confirmandose cada vez mas en la idea que se habia formado acerca de la marcha adoptada por los ingleses, púsose él mismo en camino el 22, despues de haber encaminado la guardia detras de las divisiones Dessoles y Lapisse, y de reiterar á su hermano la orden de que permaneciese en el real sitio del Pardo, mediante á que no juzgaba oportuno devolvérsele aun á los habitantes de Madrid, ni substituir el gobierno civil al gobierno militar.

El 22 por la mañana salió de Chamartin, y atravesando rápidamente el Escorial, llegó al pié del Guadarrama á la sazón en que su guardia de infantería empezaba á trepar hácia el puerto. El tiempo que hasta entonces habia sido magnífico, varió repentinamente en el instante mismo en que habia que ejecutar marchas forzadas, y se puso fatal. La fortuna empezaba, pues, á volver la espalda á Napoleon, puesto que despues de haberle enviado el sol de Austerlitz, le enviaba al presente el huracan de Guadarrama, en una ocasion en que era indispensable no perder momento para llegar al alcance de los ingleses. ¿Estaba escrito, por ventura, que habiendo sido afortunados tantas veces contra la Europa coaligada, no habiamos de serlo ni siquiera una contra la implacable Inglaterra? Viendo Napoleon que su guardia se iba aglomerando á la entrada de las gargantas de la montaña donde acababan de atascarse tambien las cureñas de la artillería, lanzó su caballo á galope y se dirigió á la cabeza de la columna, á la cual encontró detenida

á causa del huracan. Los paisanos decian que era imposible pasar sin esponerse á los mayores peligros. Para el vencedor de los Alpes, emperó, no habia allí obstáculos que detuviesen su marcha: en esta atencion, mandó á los cazadores de la guardia que echasen pie á tierra, y les ordenó que avanzasen los primeros en columna cerrada, conducidos por los guias. Marchando, pues, aquellos atrevidos ginetes á la cabeza del ejército, y hollando la nieve con sus pies y los de los caballos, iban abriendo camino para los que marchaban detras. El mismo Napoleon trepó por la montaña á pie en medio de su guardia, y cuando se sentia fatigado se apoyaba en el brazo del general Savary. Aun cuando el frio era tan rigoroso como en Eylau, no le impidió por eso que atravesase el Guadarrama con su guardia. Su proyecto era ir á hacer noche en Villacastin: mas le fué forzoso pasarla en la pequeña aldea de Espinar, donde se alojó en una miserable casa de postas, como lo son casi todas en España. De las acémilas que iban cargadas con su equipage, sacáronse provisiones para servirle una comida, la cual repartió con sus oficiales, conversando con ellos alegremente de aquella série de aventuras extraordinarias que habian comenzado en la escuela de Brienne para concluir, no se sabia donde, y quejándose á veces de sus generales de caballería, los cuales habian batido el pais hácia Valladolid, Segovia, y Salamanca por espacio de algunas semanas, sin informarle á tiempo de la aproximacion del ejército inglés.

Al dia siguiente 23, el emperador se dirigió con su guardia á Villacastin. Pero, despues de haber atravesado la montaña, habia sucedido á la llu-

via la nieve, y en lugar de hielos obstruían el camino los mas fangosos lodos. Los caballos se metían en las tierras inundadas de Castilla la Vieja, como dos años antes en las tierras de Polonia. La infantería iba avanzando á fuerza de trabajo; mas la artillería no podía moverse. En la jornada del 24 no fué posible pasar mas allá de Arévalo. El mariscal Ney, que con dos divisiones de infantería, y los dragones de Lahoussaye formaba la vanguardia de la columna, no habia podido pasar de Tordesillas, á pesar de que llevaba dos dias de delantera.

Cansado el emperador de aguardar, resolvió marchar él mismo á la vanguardia, á fin de dirigir los movimientos de sus diversos cuerpos, y así lo verificó, dejando la guardia imperial, y las divisiones Dessoles y Lapisse, que llevaba consigo. Habiendo llegado el 26 á Tordesillas á la cabeza de sus cazadores, recibió un despacho del mariscal Soult, por medio de un correo que lo habia traído desde Carrion en doce horas. El mariscal Soult despues de haber abandonado las Asturias, y dirigiéndose desde Potes á Saldaña, habia llegado á Carrion aquel mismo dia, y tenia á su izquierda la division Delaborde en Paredes, y en Frechilla los dragones de Lorge. Habíasele dicho que los ingleses se hallaban entre Sahagun y Villalon, á una jornada de las tropas francesas, y despues de su reunion con los generales Delaborde y Lorge contaba con veinte mil infantes y tres mil caballos. Hallábase, pues, con fuerzas bastantes para defenderse, mas no para acabar con las tropas inglesas, las cuales se hallaban delante de él en número de veinte y nueve ó treinta mil.

Este despacho llenó á Napoleon de ansiedad y de esperanza.—Si los ingleses, respondió al mariscal Soult, permanecen un dia mas en la posicion que ocupan, son perdidos, porque voy á caer yo sobre su flanco.—El mariscal Ney entraba efectivamente aquel mismo dia en Medina, y marchaba sobre Valderas y Benavente. Napoleon ordenó al mariscal Soult que persiguiese á los ingleses sin tregua si se retiraban, y que si se decidían á atacarlo se retirase á su vez hasta recorrer la distancia de una jornada, *porque así se internarian mas, decia, y seria mucho mejor.*

Desgraciadamente, empero, la fortuna que tan próspera se habia mostrado hasta entonces con Napoleon, no queria proporcionarle el gozo que hubiera sentido en coger un ejército inglés todo entero, aunque bien merecido tenia esta vez un triunfo semejante por la habilidad y atrevimiento de sus operaciones. Habiendo llegado el general Moore á Sahagun el 23, y estando disponiéndose para hacer una jornada mas á fin de salir al encuentro del mariscal Soult, á quien esperaba sorprender en un estado de grande inferioridad numérica, recibió noticias y confidencias por dos conductos diferentes, en virtud de las cuales varió de modo de pensar. Habia sabido en efecto por una parte que estaban preparadas en Palencia un considerable número de raciones de pienso para la caballería francesa, y por conducto del marqués de la Romana, á quien habian escrito de las inmediaciones del Escorial, recibió igualmente el aviso de que se dirigian fuertes columnas hacia el Guádarrama, sin duda para pasar del Mediodía al Norte, ó sea desde Castilla la Nueva á Castilla la Vieja. En esta atencion, se

apresuró á dar la contraórden respecto al movimiento que debia ejecutarse sobre Carrion, y resolvió esperar nuevos datos antes de decidirse á pasar mas adelante. A la mañana del siguiente dia 24, y habiendo tomado cuerpo los rumores sobre la aproximacion de numerosas tropas francesas, el general Moore temió que Napoleon hiciese alguna gran manobra, y se decidió al punto á verificar su retirada, moviendo su infantería el 24 por la noche, y en la mañana del 25 su caballería y la retaguardia. Sir David Baird se habia retirado sobre el Esla, por la barca de Valencia de San Juan, y el grueso del ejército sobre el mismo rio por el puente de Castro-Gonzalo. Ambos puntos de paso conducian á Benavente. El general Moore habia suplicado al propio tiempo al marqués de la Romana, que procurase defender con firmeza el puente de Mansilla, á fin de que los franceses no pudieran cercar al ejército británico; lo cual era equivalente á solicitar de los españoles que se desajasen hacer trizas en obsequio de la salvacion de las tropas inglesas. Al levantar estas el campo, su general tuvo buen cuidado de escribir al gobierno español y al gobierno de Lóndres, que si se retiraba, lo hacia despues de haber ejecutado una manobra importante, y haber prestado un gran servicio á la causa española, mediante á que atrayendo á Napoleon hacia el Norte, quedaba libre el Mediodía y se daba tiempo á las provincias meridionales para que se reorganizaran.

Esta manera presuntuosa de presentar los acontecimientos, poco habitual en el general Moore, habíale sido inspirada por el deseo de dar algun colorido á la triste campaña que se le habia

mandado hacer. En el fondo, desde el momento mismo en que este general habia llegado al teatro de las operaciones, y convencido del valor real de las tropas españolas, su pensamiento no habia sido otro que el de replegarse en un principio sobre Portugal, y despues sobre Galicia. Por lo demas, hallábase el 26 en Benavente, y libre del lazo en que Napoleon iba á cogerlo, puesto que el mariscal Soult no habia pasado aun de Carrion en el citado dia, y el mariscal Ney no habia hecho mas que llegar á Medina de Rioseco.

A pesar de la impaciencia que tenia Napoleon por dar alcance á los ingleses, y de haberse puesto á vanguardia con sus cazadores, no pudo llegar á Valderas hasta el 28, y el 29 á las cercanias de Benavente. El general Moore, que conducia un ejército sólido, pero lento, cuyos soldados no sabian batirse sino despues de haber sido racionados en regla, y para lo cual era preciso que llevasen consigo un inmenso bagage, habia perdido la jornada del 28 en la mencionada villa, en hacer desfilar ante su vista todo el material que entorpecía su marcha. El 29 emprendió el movimiento con una retaguardia de tropas ligeras y de caballería, á la sazón en que salian de Valderas los cazadores de la guardia imperial, á cuyo frente iba el impetuoso Lefebvre-Desnoettes, quien como es sabido, tenia la costumbre de lanzarse sobre los españoles sin reparar en su número. Este general llevaba consigo cuatro escuadrones de cazadores de la guardia. El Esla, cuyo cauce dista poco de Benavente, y uno de cuyos puentes, (el de Castro-Gonzalo) habia sido destruido, llevaba por entonces bastante caudal de agua, merced á los muchos

barrancos que desembocan en él durante el invierno. Despues de buscar y encontrar un vado, el general Lefebvre atravesó el rio con sus escuadrones, y lanzándose á galope sobre la retaguardia de los ingleses, logró acuchillar á unos cuantos. Mas no habia visto, sin duda á la caballeria inglesa reunida en masa, que salia en aquel momento de Benavente para cubrir la retirada, y la cual cayó toda entera sobre sus cazadores, logrando envolverlos, y cortarles toda salida. Lejos de amilanarse por esto el general Lefebvre-Desnoettes, cargó á todos cuantos querian cerrarle el camino para retroceder sobre el Esla, y volverlo á pasar, y lanzándose en seguida al agua con su gente, procuró ganar la orilla opuesta, convencido de que con solos trescientos caballos, era de todo punto imposible combatir contra tres mil. La mayor parte de sus ginetes consiguieron salvarse; treinta de ellos, sin embargo, fueron muertos ó cogidos por los ingleses, y el general Desnoettes, que habia sido de los últimos en arrojarle al rio, corría gran peligro de ahogarse, atento á que su caballo, herido de un balazo, no podia ya sostenerle, cuando dos soldados de Moore le salvaron la vida, haciéndolo prisionero, y conduciéndolo ante su general como un trofeo glorioso. El general inglés se hallaba dotado de toda la cortesía peculiar de las grandes naciones, y recibió por ende con las mayores consideraciones al brillante general que mandaba la caballeria ligera de Napoleon, llevando su urbanidad hasta el punto de sentarlo á su mesa, y de regalarle un magnifico sable damasquino. El cuerpo de batalla del ejército inglés, continuó su marcha hácia Astorga, á cuyo punto debia dirigirse

tambien sir David Baird con arreglo á la orden que se le habia mandado al efecto.

Mientras que el ejército inglés se ponía en salvo destruyendo los puentes, el ejército español al mando del marqués de la Romana, que procuraba deteriorar todo lo menos posible los monumentos y construcciones de su país, no habia destruido el puente de Mansilla, donde, menos presuroso aquel general que los ingleses para emprender la fuga, habia dejado una retaguardia de tres mil hombres. Este puente se hallaba en el camino que debia traer el mariscal Soult desde Sahagun. El 29, día en que el general Lefebvre-Desnoettes habia caído prisionero, el general Franceschi, jefe de la caballeria ligera del mariscal Soult, llegó á todo correr al puente de Mansilla, y arrollando una línea de infanteria que lo custodiaba, lo atravesó detrás de los fugitivos, atacó y arrolló otra segunda línea de infanteria que se hallaba en la orilla opuesta, se apoderó de su artilleria, mató ó hirió algunos centenares de hombres, y cogiendo mil quinientos prisioneros y unos cuantos cañones, se dirigió en seguida sobre la ciudad de Leon, la cual quedó evacuada merced á su presencia. Ya quedaban, pues, espeditos todos los puntos por donde se podia pasar el Esla, y si bien es verdad que las montañas de Galicia ofrecian graves y numerosos obstáculos, la ligereza de nuestras tropas las hubiera permitido, no obstante, alcanzar al ejército inglés, sino hubiesen tropezado ademas con las dificultades que ofrecia el suelo. Pero la lluvia continuaba cayendo en abundancia, y los caminos destruidos ya con el paso de los ejércitos del marqués de la Romana y del general Moore, debian

ponerse de un momento á otro impracticables.

Napoleon habia llegado á Benavente, mas no tenia consigo, por desgracia, el grueso de sus fuerzas, mediante á que ni el mariscal Ney, ni los generales Lapisse y Dessoles, ni la guardia imperial podian seguir el paso de sus cazadores, á pesar de la prisa que se daban por incorporarse á ellos. Esto sucedia el 31 de diciembre de 1808. El general Soult, que habia tomado el camino de Leon, se hallaba mucho mas cerca del enemigo. Habiale mandado Napoleon que lo persiguiera sin descanso; pero los lodos eran tan profundos, que los soldados se metian en ellos hasta media pierna.

El 1.º de enero de 1809, año que estaba destinado á ser no menos fecundo en escenas sanguientas que los años mas homicidas del siglo, el mariscal Bessieres se dirigió sobre Astorga con siete ú ocho mil caballos, precediendo á Napoleon, mientras que el general Franceschi, precediendo al mariscal Soult, marchaba por el camino de Leon al mismo punto. Imposible seria describir el aspecto de desorden que ofrecia el camino, y sobre todo la ciudad de Astorga. A pesar de las vivas instancias que habia hecho al marqués de la Romana el general Moore para que le dejase espedito el camino de Astorga á la Coruña, y para que fuese á encerrarse en Asturias, á fin de inquietar el flanco derecho de los franceses, el general español no tuvo á bien acceder á ellas, y habia preferido seguir el camino mencionado, considerando á Galicia como punto mas seguro, por cuanto se hallaba mas remoto y mejor defendido por las montañas. Los dos ejércitos, (el inglés y el español) tan diferentes en su aspecto, en sus costumbres, en su es-

píritu, y en todo, se habian encontrado sobre el camino de Astorga, y se estorbaban el paso mutuamente. Por todas partes se encontraban soldados españoles llenos de andrajos, los cuales no podian caminar porque los habian alcanzado los sables de nuestros ginetes; soldados ingleses, ébrios casi todos, y una inmensa cantidad de carros tirados por bueyes, y cargados con la pobreza de los españoles unos, y con el rico material del ejército británico otros. Cierito, que alli hicimos buena y numerosa presa; pero lo que mas llamaba la atencion de nuestros soldados, era el considerable número de caballos escelentes, que yacian muertos sobre el camino. Los ingleses se detenian cuando estos se hallaban cansados, disparábanles un pistoletazo en la cabeza, y luego proseguian á pie su marcha, prefiriendo el matar á su compañero de guerra, á dejarlo con vida para que pudiese utilizarse de él el enemigo. Semejante prueba de valor, sin embargo, hubiérase obtenido con dificultad de nuestros ginetes. Todos los pueblos situados en el camino ó cerca de él, se veian completamente devastados. Los ingleses, á los cuales rehusaban obstinadamente los habitantes lo que tenian, llamábanlos ingratos, los saqueaban, quemaban sus casas en seguida, y frecuentemente solian espirar ellos mismos en medio del incendio, ébrios con el vino de España.—¡Ingratos nosotros! respondian los desgraciados españoles; si han venido lo han hecho por su propia cuenta, y asi y todo se marchan sin defendernos!—Las desgracias habian llegado á tal estremo, que casi consideraban á nuestros soldados como á libertadores suyos.

Este espectáculo era todavia mucho mas triste

en Astorga que en ninguna otra parte. El material abandonado por los ingleses era inmenso. El número de sus enfermos y de sus rezagados habia crecido en proporcion de las distancias que habian recorrido. El general Moore les dirigió una proclama enérgica, prohibiéndoles el merodeo, el pillage y la embriaguez; mas no produjo el menor resultado: de consiguiente, aquel ejército, que se sostenia tan solo merced á la disciplina, habia perdido cuanto tenia de respetable, y á nuestras tropas, despues de la satisfaccion de haberlo hecho prisionero, no podia proporcionársele otra mas viva, que la de verlo pasar de una regularidad y de un aplomo tan extraordinario, al estado mas horrible de desórden, de abatimiento, de miseria, y de mala conducta.

Napoleon, que habia proseguido con la vanguardia, entró en Astorga el 2 de enero. Habiéndosele incorporado en el camino un correo, procedente de Francia, y queriendo enterarse al punto del contenido de los despachos de que era portador, encendiósse una gran hoguera, y se puso á leerlos á la luz de las llamas. Anunciábasele en ellos una cosa de la cual jamás habia dudado; á saber la probabilidad de una gran guerra con el Austria para principios de la primavera. Las amistosas relaciones de esta potencia con la Gran Bretaña, las cuales mantuviera ocultas mientras temió que llegáran á traslucirse sus proyectos; y sus armamentos negados y aun disminuidos mientras tuvo miedo de que pudieran regresar sobre el Danubio las tropas del grande ejército, habian dejado de ser un misterio, desde que se persuadió de que se habia retenida en lo interior de la Península espa-

ñola la mejor y la parte mas considerable de las tropas de Napoleon. Esto no obstante, equivocábase mucho el Austria al suponer que las fuerzas que quedaban entre el Elba y el Rhin no eran bastantes para contrarestarla y acabar con ella, y estábale reservada una esperiencia nueva y terrible. Mas como despues de haber dejado escapar la ocasion en que los franceses se hallaban empeñados sobre el Vistula, no queria que la sucediera lo mismo al presente que se hallaban sobre el Tajo, proseguia sus armamentos de una manera tan evidente, que ya no era posible abrigar la mas ligera duda acerca de sus designios. Al mismo tiempo empezaba tambien á oscurecerse el Oriente, y no era licito creer tampoco, que pudiera obtenerse de los turcos por medio de negociaciones pacificas lo que se habia prometido á los rusos. Ademas, si bien se mantenian estos fieles á la alianza estipulada por el precio convenido de las provincias del Danubio, al paso que proseguian insistiendo con el Austria en que no espusiese á una nueva sacudida á la Europa, no por eso era menos cierto que ya no mostraban el mismo entusiasmo hácia la alianza francesa, desde que lo maravilloso habia desaparecido, y desde que en lugar de Constantinopla, se trataba únicamente de la posesion de Bucharest y de Jassy. Y eso, que esta última adquisicion no debia ser tan despreciable, sino que antes bien valia seguramente mucho, cuando, despues de cuarenta años, aun no ha logrado la Rusia establecerse en las dos capitales mencionadas; pero aquello era la sencilla realidad, (asi lo creia ella al menos entonces) y no un prodigio. La Rusia, sin embargo, seguia repitiendo sin cesar, que en el caso de

que el Austria se mostrase agresiva, cooperaría con los franceses á obligarla á que se arrepintiese; pero el calor de sus demostraciones habia perdido muchos grados, y podia esperarse, que hallándose como se hallaba demasiado ocupada en el bajo Danubio para que no dejase esclusivamente á los franceses el Danubio superior, no tendria Napoleon otro remedio que cargar él solo con la empresa de derrotar á la Inglaterra, el Austria y la Alemania. Preciso era, pues, que emplease los meses de enero, febrero y marzo, en preparar los ejércitos de Alemania é Italia, lo cual era tarea bastante para sus facultades maravillosas de organizacion, si bien no era demasiado. Napoleon volvió á emprender el camino de Astorga con un ademán tan meditabundo, que no pudo menos de llamar la atencion de los que marchaban á su lado.

En el instante mismo en que llegó á esta ciudad, cambió todos sus proyectos: y si bien no renunció al de perseguir á los ingleses sin tregua, desistió al menos de perseguirlos en persona, confiando este encargo al mariscal Soult, el cual se hallaba mas cerca de Astorga que el mariscal Ney. Al efecto, puso á las órdenes de aquel mariscal las divisiones Merle y Mermet, que habian llegado á la ciudad mencionada, y las divisiones Delaborde y Hendelet, que componian el cuerpo de ejército del general Junot, y las cuales acababan de incorporarsele. La division Bonnet, formada de los regimientos provisionales, se habia quedado en Asturias. Pero la division Merle (antigua division Montou), y la division Mermet eran escelentes. Las divisiones Delaborde y Hendelet habian abservido todo el cuerpo de ejército de Junot, el cual

se habia aguerrido estraordinariamente en su última campaña de Portugal. La division Hendelet quedaba todavía á retaguardia, pero la division Delaborde se habia reunido ya con el mariscal Soult, y éste por lo tanto tenia á su disposicion tres escelentes divisiones de infanteria, entre las cuales componian cerca de veinte mil hombres. Napoleon le agregó los dragones de Lorge y Lahoussaye, los cuales componian con la caballeria de Franceschi el número de cuatro mil caballos. De manera, que así que se le incorporase la division Hendelet, el mariscal Soult, que al presente contaba con veinte y cuatro mil soldados, debia reunir hasta unos treinta mil! El mariscal Ney, que marchaba á la cabeza de las divisiones Marchand y Maurice-Mathieu, recibió orden de apoyarlo en caso de necesidad. El emperador ordenó al mariscal Soult, que persiguiese á los ingleses sin descanso, y que no perdonase medio para impedir que se embarcasen.

Napoleon mandó en seguida la division Dessolles sobre Madrid, á fin de que permaneciese en la capital é hiciese frente á todas las eventualidades, y conservó la division Lapisse en Castilla la Vieja con el objeto de que quedasen algunas tropas en esta provincia. Despues de lo cual, se dirigió con la guardia imperial sobre Benavente y desde Benavente á Valladolid, en cuya ciudad fijó su residencia para gobernar desde allí los asuntos de la España y de la Europa.

A decir verdad, no habia que ejecutar grandes maniobras para la persecucion de los ingleses: lo que convenia, era marchar con rapidez é impelerlos con rudeza, y por esto, tan á propósito como el

emperador podian ser algunos de sus lugartenientes, máxime si el encargado hubiese sido el mariscal Ney, el cual se habia quedado, por desgracia, muy atrás, y no obtuvo la parte principal de la mision. Pero como quiera que fuese, considerando Napoleon que su presencia no era ya necesaria sobre la retaguardia de las tropas inglesas, creyó que haria mejor en ir á establecerse en Valladolid, puesto que desde esta ciudad podia conducir la guerra de España, y se hallaba al propio tiempo al paso de los correos franceses, mientras que, si se hubiera establecido en Lugo ó en Astorga, estos se hubieran visto obligados á dar un rodeo de cerca de cien leguas, y no le hubiera sido posible, por tanto, dirigir los ejércitos de España, y ocuparse simultáneamente en la organizacion de los de Alemania é Italia. En esta atencion, restituyóse á Valladolid llevando consigo la guardia imperial, á la cual queria tener tan cerca de los acontecimientos de Alemania como á si mismo.

Habiendo disuelto el cuerpo de ejército de Junot para reforzar el del mariscal Soult, resolvió utilizar los servicios de aquel general, confiándole el mando de las tropas que sitiaban á Zaragoza, y destinando al mariscal Monecy que las mandaba á operar en la provincia de Valencia, que ya le era conocida. El mariscal Lefebvre, á quien se habia dado el encargo de desalojar á los españoles del puente de Almaráz y de rechazarlos hasta Trujillo, se apoderó en efecto del puente, pero ocurrióle al propio tiempo la idea singular de dirigirse sobre Ciudad-Rodrigo antes de recibir orden para ello, tomando por una instruccion definitiva lo que solo era una indicacion de Napoleon, y al practicar

movimiento tan intempestivo, se las compuso de modo que sus fuerzas quedaron divididas por el desbordamiento del Tietar, viéndose precisado, por ende á enviar parte de ellas á Toledo, mientras que llevaba consigo las demas á Avila. Descontento Napoleon con semejantes operaciones, puso bajo la autoridad del estado mayor del rey José el cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre, á quien consideraba incapaz para el mando, aun cuando reconocia su estraordinario valor en los combates. Este cuerpo de ejército fué repartido entre Madrid, Toledo y Talavera, hasta tanto que, terminados los asuntos en el Norte de España, se pudiese volver la vista al Mediodia. Despues de haber adoptado todas estas disposiciones, Napoleon se trasladó, segun ya hemos dicho, á Valladolid, á fin de ocuparse de la organizacion de sus ejércitos de Alemania é Italia, al propio tiempo que de la direccion de los de España.

El mariscal Soult habia emprendido ya la persecucion del general Moore con las divisiones Merle, Mermet, Delaborde, la caballeria Franceschi, y los dragones de Lorge y de Lahoussaye. Desgraciadamente se habian puesto impracticables los caminos á causa de las lluvias continuas y del trayecto de dos ejércitos, inglés el uno y español el otro. A cada paso se encontraban convoyes de municiones, armas, víveres, y efectos de campamento pertenecientes á los ingleses conducidos por brigaderos de España, que emprendian la fuga asi que distinguian los cascos de nuestros dragones. Cogianse á centenares los soldados ingleses, estenuados de fatiga, aletargados por el vino en tales términos, que se dejaban sorprender en un estado,

que les imposibilitaba de oponer resistencia alguna.

El general Moore había abandonado la llanura el 31 de diciembre para penetrar en la montaña por Manzanal, villa distante algunas leguas de Astorga. El 1.º de enero se hallaba en Bembibre, de donde después de haber intentado en vano hacer uso de su autoridad para arrancar á sus tropas de las bodegas y de las casas antes de la llegada de los dragones franceses, partió formando siempre la retaguardia con la caballería y la reserva, sin lograr que le siguieran todos los suyos, de los cuales cayó un número considerable en nuestras manos. Nuestros dragones, que marchaban á galope para darles alcance, cayeron sobre una larga fila compuesta de soldados ingleses, ébrios casi todos, y de mugeres, muchachos y ancianos españoles, que habían abandonado sus hogares sin saber donde ir á buscar un asilo, temiendo así á sus aliados, que saqueaban al emprender la fuga, como á sus enemigos que llegaban hambrientos, sable en mano, y con el derecho de no guardar consideracion alguna con las poblaciones insurgentes.

En Ponferrada, hallóse el general Moore perplejo entre escoger el camino de Vigo ó el de la Coruña, puesto que ambos conducian á dos buenas radas, excelentes para el embarco de un ejército numeroso. Prefirió no obstante el de la Coruña, porque siguiéndolo, necesitaba tres jornadas menos para alcanzar su fin. Anticipadamente había obtenido ya del marqués de la Romana, que se dirigiese por el camino de Vigo que atraviesa por Orense, con el objeto de dejar espedito el de la Coruña para las tropas inglesas. Al propio tiempo

habiale dado tres mil hombres al mando del general Crawford, para que fuese á ocupar la posicion de Vigo, por si era preciso replegarse después á esta ciudad y embarcarse en su puerto. Hecho lo cual, y después de espedir correo sobre correo á sir Samuel Hood, comandante de la flota británica á fin de que trasladase todos los trasportes desde Vigo á la Coruña, se dirigió el 3 de enero sobre Villafranca.

Deseando detenerse allí, y conceder algun descanso á su gente, resolvió presentar un combate de retaguardia en Pietros, escogiendo una posicion militar excelente, en la cual podia defenderse con ventaja.

El camino que se eleva en aquel punto hasta llegar á un desfiladero muy angosto, descende después á una despejada llanura, pasa por el pueblo de Pietros, y luego vuelve á elevarse sobre una colina cubierta de viñedo, la cual había escogido el general Moore para establecer sólidamente en ella tres mil infantes, seiscientos caballos, y un crecido tren de artillería.

El general Merle con su magnífica division, y el general Colbert con su caballería ligera, treparon hácia el primer desfiladero, llevando en vanguardia la infantería, para vencer los obstáculos que pudieran oponérseles. Pero los ingleses se hallaban al otro lado de la llanura, en la segunda posicion, y de consiguiente ninguno se ofreció al paso de nuestras tropas por aquel punto. Recobrando entonces la caballería la cabeza de la columna se lanzó á galope al llano, donde tuvo que detenerse á aguardar á la infantería, para quedándose en guerrilla pudiese contrarestar al

enemigo que se hallaba esparcido en la misma formacion. Impaciente en extremo el general Colbert por presentar las tropas en linea, se habia ocupado él mismo en colocar algunas compañías de cazadores, y cuando ejecutaba esta operacion, recibió un balazo en la frente, de resultas del cual espiró á los pocos instantes, manifestando gran sentimiento, no de perder la vida, sino de que se le cerrase tan prematuramente la brillante carrera que se habia propuesto recorrer.

Despues que el general Merle desemboecó en la llanura con su infantería, atravesó el pueblo de Pietros, y en seguida asaltó la posicion de los ingleses con una columna que trepó hácia ella de frente, mientras que una nube de cazadores se esforzaba por atacar su flanco derecho, desliziéndose por entre las viñas. Los ingleses se retiraron despues de haber sostenido un fuego vivísimo de artillería, dejando en el campo algunos muertos, y en nuestro poder algunos heridos y prisioneros. En aquel combate de retaguardia tuvimos la pérdida de unos cincuenta hombres entre muertos y heridos, ademas de la desgracia acaecida al general Colbert, oficial del mérito mas relevante. La oscuridad impidió á nuestras tropas avanzar en persecucion del enemigo, el cual evacuó aquella misma noche á Villafranca y se dirigió á Lugo, punto que segun se decia, era una magnífica posicion militar. Al entrar en Villafranca nuestras tropas, encontráronla devastada por los ingleses, los cuales habian penetrado en las bodegas y causado en ellas gran destrozo, saqueado las casas, y bebido tanto vino, que se hallaban tendidos en los rincones de la ciudad, á pesar de los esfuerzos que

hicieran sus gefes para traerlos á las filas. Nuestros soldados cogieron, pues, algunos centenares mas de ellos, y se apoderaron de una gran cantidad de municiones y bagages.

A la mañana siguiente continuóse la persecucion, no siendo posible avanzar mas que los ingleses, á causa del mal estado de los caminos y de las dificultades que presentaba el transporte de la artillería. Nuestros soldados se alimentaban de lo que dejaban los ingleses despues de haber saqueado y reducido á la desesperacion á sus infelices aliados.

Marchando, pues, constantemente sobre los pasos del enemigo, llegamos el 5 de enero por la noche á dar vista á Lugo. Durante la marcha habíamos recogido una numerosa artillería, y un considerable tesoro que los ingleses habian arrojado en los precipicios. Nuestros soldados se llenaron bien los bolsillos con él, bajando sin temor alguno á los barrancos mas profundos. Logróse salvar la suma de 4.800.000 francos.

Al aproximarse nuestras tropas á la ciudad, encontraron formado en batalla delante de ella ejército inglés. Viéndose el general Moore vivamente perseguido por los franceses, y observando que su ejército iba disminuyéndose á causa de la rapidez excesiva en las marchas, tomó la resolucion única que debe tomarse en semejantes casos, esto es, detenerse en una buena posicion, y ofrecer la batalla al enemigo. Con soldados tan sólidos como los ingleses y escogiendo una buena posicion defensiva, habia seguramente grandes probabilidades de triunfo. Teniendo la fortuna de salir vencedor, lograba el verse libre de los franceses

por largo tiempo, ilustrar su retirada por medio de un hecho de armas brillante, restablecer la moralidad de sus soldados, y terminar pacíficamente su marcha sobre la Coruña. Quedando vencido, sufría de una sola vez todo el daño. En la guerra además, cuando la cordura lo aconseja, el general debe arrostrar la derrota, y el soldado la muerte. Por otra parte no era posible hallar un punto mejor que Lugo para la ejecución de semejante designio. La ciudad, rodeada de murallas, se eleva en una eminencia, la cual se halla por un lado cortada perpendicularmente sobre el Miño, y bañada por el otro con las aguas de un pequeño río, hácia el cual va decreciendo gradualmente. La defensa de esta posición era tanto más fácil, cuanto que la pendiente se hallaba guarnecida por numerosos cercados. El general Moore formó sobre este campo de batalla en dos líneas los diez y seis ó diez y siete mil hombres de infantería que le quedaban; dispuso su artillería al frente, colocando al propio tiempo guerrillas en los numerosos cercados que defendían el lado practicable de su posición, concentró hácia sí la caballería que marchaba á la cabeza desde que había penetrado en el país montañoso, y nos presentó de esta manera, situados á pie firme delante de Lugo, cerca de veinte mil hombres, los cuales eran la fuerza que le restaba de los veinte y ocho ó veinte y nueve mil que tenía en Sahagun, en atención á que había perdido unos tres mil, y mandado cinco ó seis mil, unos á Vigo, y otros delante de su ejército.

Los franceses, que habían llegado el 5 por la noche delante de Lugo, hicieron alto en San Juan de Corbo frente al enemigo, á quien apenas dis-

tinguan, y escogieron una posición igualmente fuerte, desde la cual podían aguardar, sin perder de vista á los ingleses, y bastante seguros, la reunión de las fuerzas que se habían quedado atrás.

A la mañana siguiente 6, las dos divisiones Mermet y Delaborde, que marchaban detrás de la división Merle, llegaron en línea, pero habían dejado á retaguardia, además de la masa de rezagados que habían aprehendido, su artillería y sus convoyes de municiones, y no era así, por tanto, como debía de atacarse á los ingleses, puesto que había que tener en cuenta la triple inferioridad de número, de los recursos materiales y del terreno sobre el cual se trataba de combatir.

Los rezagados y la artillería, no obstante, fueron llegando sucesivamente, y el 7 por la mañana ya nos hallábamos mucho mejor dispuestos para presentar la batalla. Pero el mariscal Soult vaciló ante la fuerte posición de los ingleses, y aplazó el combate para el siguiente día 8, en el cual habían llegado ya á reunirse todos nuestros medios, menos una parte de la artillería. A pesar de esto, y preocupado cada vez más el mariscal Soult con las dificultades que ofrecía la posición del enemigo, remitió para la mañana del 9 el ejecutar por su derecha sobre el flanco izquierdo de los ingleses un movimiento de caballería que pudiese alterar su formación.

Era ya, empero, contar demasiado con la paciencia del general Moore, el presumir, que habiendo llegado éste el 5 á Lugo, y permanecido en su posición las jornadas del 6, del 7, y del 8, había de subsistir en ella el 9. — En efecto; habiendo podido disponer aquel general de tres días ente-

ros para hacer desfilas á sus bagages y sus tropas mas fatigadas, asi como tambien para restablecer la moralidad de su ejército y recobrar el honor de las armas por medio del ofrecimiento tres veces repetido del combate, se creyó ya dispensado de tentar por mas tiempo á la fortuna, y levantó secretamente el campo en la noche del 8 al 9 de enero, teniendo cuidado de dejar en él numerosas hogueras y una fuerte retaguardia á fin de enganar á las tropas francesas.

Nuestro ejército encontró en la mañana del 9 evacuada la posicion de Lugo, y en esta ciudad volvió á hacer nuevas aprehensiones de material y de viveres, recogiendo ademas en las inmediaciones de ella de setecientos á ochocientos prisioneros, que no se habian retirado á tiempo á pesar de las órdenes reiteradas de sus gefes. El restablecimiento de la disciplina obtenido por el general Moore fué de corta duracion, puesto que en las jornadas del 9, del 10, y del 11, empleadas en ir de Lugo á Betanzos, desbandáronsele cuerpos enteros, y nuestros dragones lograron capturar mas de dos mil ingleses y una cantidad considerable de bagages. El 11 llegó á Betanzos el general Moore; y atravesando en seguida la cintura de montañas que rodea á la Coruña, descendió sobre los bordes de aquel excelente y vasto golfo, en uno de cuyos recodos se halla situada la ciudad. Desgraciadamente para el general inglés, los vientos contrarios habian impedido hasta entonces á las flotas británicas dirigirse desde Vigo á la Coruña, y al notar que en vez de la multitud de velas que aguardaba ver en el puerto, solo habia uno que otro buque de guerra,

á propósito cuando mas para escoltar un ejército, mas en manera alguna para trasportarlo, el general Moore manifestó la mayor ansiedad y el ejército inglés la mas profunda tristeza. Esto no obstante, resolvieron tomar algunas precauciones para defenderse en la Coruña mientras llegaba la flota. Un ancho rio, y pantanoso en su embocadura, corre entre la ciudad y las montañas que habia que atravesar para llegar á ella: este rio lleva el nombre de Mero. El puente de Burgo, por el cual habian pasado los ingleses, fué volado por ellos, asi como tambien el polvorin que se hallaba situado á corta distancia de los muros, y el cual dió tan terrible estallido, que agitó el golfo como hubiera podido hacerlo una fuerte bocanada de viento. La parte mejor de sus tropas tomó posicion en las alturas que circundan á la Coruña, dejando la primera linea de ellas á los franceses, por considerarlas demasiado lejanas de la ciudad, y colocándose en las mas próximas y menos elevadas que se apoyan en la misma poblacion. Reuniendo, en fin, sobre la costa todos los enfermos, heridos y mutilados, asi como tambien todo el material, para embarcarlos inmediatamente en algunos buques de guerra y de trasporte que se hallaban surtos con antelacion en el golfo, el general Moore se decidió á aguardar de esta suerte, entregado á las mayores perplejidades, el cambio de los vientos, sin el cual no tenia otro recurso que pedir capitulacion.

De nuestras tropas, solamente la vanguardia habia seguido á los ingleses el 11 por la noche hasta el puente de Burgo, cuyos escombros vió saltar por los aires. En la mañana del siguiente dia fueron llegando, primero la division Merle, y

luego las de Mermet y Delaborde sucesivamente. Al verse el mariscal Soult detenido por el Mero, espidió la caballería de Franceschi á su izquierda á fin de que buscase algun punto por donde atravesarlo; pero aun cuando éste descubrió uno á bastante distancia no era á propósito para la artillería, y en esta atencion, mandó sobre la derecha algunos destacamentos que fueran explorando la costa del mar, con el objeto de erigir baterías que pudiesen enviar balas al centro del golfo, y aun hasta el muelle de la Coruña. Esto era sin embargo muy difícil á causa de la distancia del punto en que se hallaban.

Obligado, pues, el mariscal Soult á reparar el puente de Burgo, empleó las jornadas del 12 y del 13 en esta operacion, dando asi tiempo bastante á los rezagados y al material para que se le reuniesen. Habiendo logrado para el 14 que estuviere practicable el puente mencionado, hizo pasar parte de sus tropas al otro lado del Mero, atravesaron estas la linea de las alturas que se les habian abandonado, y fueron á establecerse sobre la falda opuesta, al frente de las que ocupaban los ingleses. La division Mermet formaba el ala izquierda, la division Merle el centro, y la division Delaborde la derecha, á una distancia que permitia levantar algunas baterías que tuviesen algo de accion sobre el golfo.

No considerándose, empero, bastante fuerte, mediante á que contaria á lo menos unos diez y siete ó diez y ocho mil hombres, mientras que las fuerzas de los ingleses ascendian, despues de los soldados que habian perdido, destacado, ó embarcado ya, á un número igual sobre poco menos en

batalla, el mariscal Soult resolvió aguardar á que sus filas fuesen llenándose de la gente que proseguia en marcha, y sobre todo, á que se encontrara en linea su artillería. Los ingleses aguardaban entretanto la aparicion de las flotas, cuya tardanza les hacia sufrir angustias tan crueles, que los principales gefes del ejército llegaron hasta el punto de proponer á sir John Moore, que entablase una negociacion, por medio de la cual les fuese dable, como lo habian conseguido los franceses con la de Cintra, retirarse de una manera honrosa. No teniendo, empero, como no tenian probabilidad alguna de salvarse, si los trasportes no llegaban pronto, era muy dudoso que pudiesen obtener condiciones satisfactorias, y en esta hipótesis, el general Moore rechazó toda idea de capitulacion y resolvió ponerse en manos de la fortuna, la cual le otorgó en efecto, como se verá despues, la salvacion de sus soldados, pero no la de su persona, colmándolo de gloria á precio de la vida.

Habiendo cambiado los vientos durante los dias 14, 15 y 16 de enero, aparecieron sucesivamente en el golfo multitud de velas, las cuales fueron aglomerándose sobre los muelles de la Coruña fuera del alcance de las balas francesas. Al distinguir nuestros soldados las embarcaciones, prorumpieron en gritos terribles clamando porque se aprovechase el tiempo que restaba, puesto que veian, que si el combate no empezaba pronto, iban á escapárseles aquellas. El mariscal Soult, que habia llegado el 12 á presencia del enemigo, empleó las jornadas del 13, del 14, y del 15 en rectificar su posicion, en aguardar sus últimas tropas, y sobre todo, en colocar hácia su flanco izquierdo y

sobre uno de los puntos mas ventajosos, una batería de doce piezas, la cual enfilaba la línea inglesa cogiéndola de través.

El 46 por la mañana, y despues de haber reconocido definitivamente la posición de los ingleses, resolvió hacer una tentativa con objeto de atacar el un extremo de su línea, y de ver si podía rodearlos. El pueblo de Elvina, situado á nuestra izquierda y á la derecha de los ingleses en el terreno hondo que separaba á los dos ejércitos, se hallaba defendido por numerosas guerrillas de cazadores pertenecientes á la division de sir David Baird. Destacándose á cosa de medio día la division francesa Mermet por orden del mariscal Soult, avanzó hácia el mencionado pueblo, mientras que nuestra batería de la izquierda causaba el mayor destrozo en la línea enemiga, disparando por encima de nuestros soldados. La division Mermet, conducida por su gefe con un vigor extraordinario, desalojó á los ingleses del pueblo de Elvina y los obligó á retroceder. A esta sazón, presentóse el general Moore en el campo de batalla, resuelto á combatir enérgicamente antes de embarcarse, y dirigiendo el centro de su línea, que lo formaba el general Hope, sobre el pueblo, á fin de que socorriese á sir David Baird, destacó hácia su ala derecha la division Fraser, con el objeto de impedir á la caballería francesa que rodease su posición.

Como la division Mermet se veia precisada á haberlas en virtud de este movimiento con dos fuerzas superiores, el mariscal Soult la mandó que se replegara, y el general Merle, que formaba nuestro centro, entró entonces en acción con sus

regimientos aguerridos. La lucha desde aquel instante se hizo encarnizadísima. El pueblo de Elvina fué perdido y recobrado por unos y otros diferentes veces. El 2.º de ligeros se cubrió de gloria en estos ataques repetidos; mas la jornada á pesar de esto, terminó sin ventaja ni de una ni de otra parte. El mariscal Soult, que tenia á su derecha la division Delaborde, la cual hubiera bastado sin duda para acabar con los ingleses si se hubiese dirigido oportunamente contra su centro, suspendió, sin embargo el combate, no queriendo empeñar, por lo visto, las tropas que le quedaban, y vacilando en pedir á la fortuna demasiados favores contra un enemigo que se hallaba pronto para emprender la retirada.

El combate terminó, pues, á la caída del día, despues de una acción sangrienta, en la cual perdimos nosotros de trescientos á cuatrocientos hombres entre muertos y heridos, y los ingleses cerca de mil doscientos, merced á los acertados disparos de nuestra artillería. El general Moore, que habia recibido, al conducir sus tropas al fuego, un balazo que le atravesó el brazo y la clavícula, fué trasladado en una camilla á la Coruña, donde espiró al final de una campaña, la cual hubiera podido ser, con una dirección menos acertada, un verdadero desastre para la Inglaterra. Aquel excelente general murió gloriosamente, y su pérdida fué muy sentida por el ejército, el cual, si bien le criticaba algunas veces, no dejaba por eso de hacer justicia á su prudente firmeza. El general sir David Baird habia recibido tambien una herida mortal. El general Hope tomó por tanto, el mando en gefe, y regresando aquella misma noche á la plaza, mandó

comenzar el embarco. Las murallas de la Coruña eran bastante fuertes para detener á nuestras tropas, y para dar á los ingleses tiempo bastante de hacerse á la vela.

Embarcáronse, en efecto, durante los dias 17 y 18, dejando abandonados, ademas de los heridos recogidos por nuestro ejército en el campo de batalla de la Coruña, algunos enfermos y prisioneros, y un inmenso material. En el trascurso de esta campaña, habian perdido cerca de unos seis mil hombres entre muertos, heridos, enfermos y prisioneros, mas de tres mil caballos muertos por sus propios ginetes, un inmenso material, nada si se quiere de su honra militar, pero mucho de su consideracion política para con los españoles; y se retiraban, por el pronto al menos, con la reputacion de ser impotentes para salvar á la España.

Si se les hubiera perseguido mas eficazmente, ó si la estacion los hubiera favorecido menos, es indudable que no habrían salido jamás de la Península. Algunos historiadores de estos, á quienes se les ocurren combinaciones á miles, despues de pasados los acontecimientos, han pretendido que recayese alternativamente sobre los mariscales Soult y Ney la culpa de que los ingleses no fuesen alcanzados y hechos prisioneros. Pero en primer lugar es muy dudoso, que atendida la inclemencia de la estacion, y el mal estado de los caminos, le hubiese sido posible á este mariscal caminar mas de prisa para alcanzarlos, y que el mismo mariscal Soult, que caminaba siempre picándoles la retaguardia, hubiese podido reunirse con ellos de manera que le hubiera sido dado el envolverlos. Y si

bien es verdad que la fortuna le habia deparado tres dias en Lugo, y cuatro en la Coruña, para asegurar, empero, que su indecision fué una falta, seria preciso saber si su infanteria, cuyos cuadros llegaban casi vacios todas las noches, estaba bastante compacta, y su artilleria asaz provista para combatir ventajosamente con un ejército inglés, igual en número, y situado constantemente en posiciones del mas difícil acceso. Mas aun dado caso de que pudiera promoverse una cuestion semejante respecto al mariscal Soult, no puede suscitarse en manera alguna respecto al mariscal Ney, el cual caminaba siempre á algunas jornadas de distancia del ejército británico. La suposicion de que debió adoptar el camino de Orense y dirigirse á la Coruña por Vigo, carece de fundamento. Ni el emperador, que se hallaba en posibilidad de conocer los lugares, ni el mariscal Soult, á quien se habia dado facultad para requerir el auxilio del mariscal Ney cuando lo creyese necesario, imaginaron entonces que pudiera darse tal rodeo. Para ello hubiera sido preciso que este mariscal recorriese una doble distancia por caminos impracticables, y de todo punto inaccesibles para la artillería. Y efectivamente, habiendo manifestado deseos el mariscal Soult, cuando ya tocaba á su fin la retirada, ó sea el 9 de enero, de que la division Marchand se dirigiese sobre Orense para observar al marqués de la Romana y á los tres mil ingleses de Crawford, el mariscal Ney ordenó este movimiento al general mencionado, el cual pudo efectuarlo únicamente con parte de infantería y sin llevar consigo ni un solo cañon. A no dudarlo, hubiérase quedado empantanado el mariscal Ney en esta ru-

ta, si se hubiese decidido á emprenderla con todo su cuerpo de ejército.

Lo que si se podía haber hecho, y no se hizo, era que las tropas del mariscal Ney marchasen inmediatamente detrás de las del mariscal Soult, de manera que ambos cuerpos hubieran podido reunirse en un solo día. De este modo, y merced á los tres días de detencion en Lugo y cuatro en la Coruña, hubiera sido fácil combatir á los ingleses con cinco divisiones. El mariscal Ney, á quien en virtud de ordenes del cuartel general, se puso á disposicion del mariscal Soult, ofreció á éste el ir á incorporársele, y solamente recibió de parte suya la invitacion tardía de que le prestase una de sus dos divisiones, cuando ya no era tiempo de que esta pudiese llegar en ocasión oportuna (1). Y véase aquí un nuevo ejemplo de la divergencia de las voluntades, y de la estralimitacion de los esfuerzos, cuando Napoleón no se hallaba presente. La verdadera desgracia, la falta verdadera que hubo en aquella ocasion, fué la de que Napoleón no pudiese ir en persona persiguiendo á los ingleses, para que hubiera obligado á sus lugartenientes á reunirse y destruirlos. Hallabase, empero, retenido en otra parte por la irreparable falta que cometiera en su vida de acometer á un tiempo muchas empresas, y mientras que su presencia era necesaria en Lugo para acabar con los ingleses, llamábanle á Valladolid los preparativos para hacer frente á los austriacos (2).

(1) Esta circunstancia se halla comprobada por la correspondencia de ambos mariscales.

(2) Véase, en efecto, lo que escribia á este propósito al ministro de la Guerra y al rey de España.

Cada vez mas solícito por la urgencia de los acontecimientos del Austria y de Turquía, los cuales le revelaban una guerra general, decidióse tambien á partir de Valladolid para dirigirse á París, dejando los asuntos de España en un estado, que le permitia á esperar que no tardaria en realizarse la entera sumision de la Península. Con efecto; los ingleses habian vuelto á refugiarse en el Océano; los franceses ocupaban todo el Norte de la España hasta Madrid; el sitio de Zaragoza proseguia con actividad, y el general Saint-Cyr se hallaba victorioso en Cataluña. Napoleón tenia el proyecto de enviar al mariscal Soult á Portugal con el segundo cuerpo de ejército, dejando al mariscal

Al ministro de la Guerra.

VALLADOLID, 13 de enero de 1809.

«Por el parte adjunto vereis que el duque de Dalmeida entró el 9 en Lugo.

«El 10 ha debido llegar á Betanzos. Los ingleses quieren, por lo visto, embarcarse en la Coruña. A estas horas les hemos hecho ya tres mil prisioneros, y han perdido veinte piezas de artilleria, de quinientos á seiscientos carros de bagages y municiones, parte de su tesoro y tres mil caballos, á los cuales han dado muerte ellos mismos, segun su estraña costumbre. Todo me induce á esperar que serán alcanzados antes de llegar á la Coruña, y batidos. A veces me arrepiento de no haber ido yo mismo en su persecucion; pero distan de aqui lo menos cien leguas, y con los retrasos que sufren los correos á causa de los infinitos guerrilleros que infestan la retaguardia de los ejércitos, me hubiera puesto á cien leguas de París: este inconveniente me ha asustado, máxime estando tan cerca la primavera, la cual hace temer nuevos movimien-

Ney en los montes de Galicia y Asturias para que redujese definitivamente á la obediencia aquellas comarcas tan obstinadas y tan rebeldes, y tenia igualmente el de establecer al mariscal Bessieres con numerosa caballeria en las llanuras de las dos Castillas, al propio tiempo que el de encaminar al mariscal Victor por Estremadura sobre Sevilla con tres divisiones y doce regimientos de caballeria, mientras que el mariscal Soult marchaba hácia Lisboa. Una vez dueño éste de la mencionada capital, podia espedir una de sus divisiones al mariscal Victor para que le ayudara á someter la An-

tos sobre el continente. El duque de Elchingen se halla en segunda linea detrás del duque de Dalmacia: la fuerza de los ingleses es de unos diez y ocho mil hombres. Entre cansados, enfermos, prisioneros y ahorcados por los españoles, han disminuido sus tropas una tercera parte; si á ella se añade los caballos inutilizados por los ginetes, dudo que puedan presentar arriba de quince mil infantes y de mil quinientos caballos, cuyo número es bien inferior al de treinta mil, que antes contaba este ejército.

Al rey de España.

VALLADOLID, 11 de enero de 1809.

«...Véome obligado á permanecer en Valladolid para recibir mis estafetas de París en cinco dias. Los acontecimientos de Constantinopla, la situacion actual de la Europa, y la nueva formacion de nuestros ejércitos de Italia, de Turquía y del Rhin, exigen que me aleje mas. *Con harto sentimiento mio, me he visto precisado á abandonar á Astorga.*

«En Madrid hay unos mil hombres de mi guardia, enviádmelos.»

dalucia. Las tropas del antiguo cuerpo de Moncey que se hallaban sitiando á Zaragoza, podrian igualmente, asi que esta ciudad fuese tomada, emprender el camino de Valencia, y terminar por su parte, la conquista del Mediodía de España. Mientras se ponian en ejecucion estos movimientos tan sabiamente combinados, el rey José situado en Madrid con la division Dessoles, (tercera de Ney) la cual habia regresado á la capital, y con el cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre, tendria una considerable reserva, suficiente para hacerse respetar por los habitantes y para acudir donde fuese preciso. De manera, que segun las miras de Napoleon, dos meses de operaciones debian bastar, si la intervencion de la Europa no acudia á modificar el estado de los asuntos, para someter completamente la Peninsula, incluso Portugal, sin emplear mas soldados que los existentes en ella.

Por el pronto, sin embargo, Napoleon queria conceder un mes de reposo á sus tropas, desde mediados de enero, hasta mitad de febrero, que era el tiempo que podria durar á su juicio, el sitio de Zaragoza. En el trascurso de este mes, el mariscal Soult reuniria toda su gente, y agregaria á ella las porciones del ejército de Junot que no se le habian aun incorporado; las divisiones Dessoles y Lapisse, que habian recibido orden de regresar sobre Madrid, tendrian tiempo de llegar, y de tomar algun descanso en la corte; la caballeria podria rehacerse y ponerse en disposicion de marchar, y de este modo quedarian arregladas todas las cosas para obrar en el Mediodia de la Peninsula. La única operacion que Napoleon prescribió que se llevase á efecto inmediatamente, consistia

en que el mariscal Victor se dirigiese con las divisiones Ruffin y Villatte sobre Cuenca, á fin de acabar con los restos del ejército de Castaños, cuya fuerza daba señales de estar meditando alguna tentativa. Las órdenes de Napoleon fueron dadas conforme á estas miras. Encaminó hácia el mariscal Soult los restos del cuerpo de ejército de Junot; hizo preparar un pequeño parque de artillería para el mariscal Victor, á fin de que pudiese forzar las puertas de Sevilla en el caso de que esta capital quisiese oponer resistencia; ordenó que se tuviesen depósitos de caballos para remontar la artillería, é hizo partir de Bayona en batallones de marcha los quintos destinados á reemplazar las bajas de los cuerpos, mientras estos disfrutaban del mes de reposo que se les habia concedido. Pareciéndole que el general Junot, el cual habia reemplazado al mariscal Monecy en el mando del tercer cuerpo, y que el mariscal Mortier que marchaba á la cabeza del quinto, no trabajarían con bastante actividad en el sitio de Zaragoza, envió al mariscal Lannes, restablecido ya del todo, para que se encargase de la direccion superior de ambos cuerpos, con el fin de que hubiese mas vigor á la par que mas conjunto en los trabajos de aquel sitio, el cual iba haciéndose ya una operacion de guerra tan singular como terrible.

Napoleon por último, se ocupó en preparar la entrada de José en Madrid. Este príncipe habia permanecido hasta entonces en el Pardo, impaciente en extremo por entrar en su capital, mas sin atreverse á ponerlo por obra sin la autorizacion de su hermano, á pesar de las instancias vivísimas con que le llamaba la poblacion entera, la cual veia en

su regreso una garantía de un régimen mas suave y tenia certeza de que el poder civil substituiria al poder militar. Como ya hemos dicho, Napoleon se habia empeñado efectivamente, en hacer esperar á su hermano, y en que se inscribiese en los registros de las parroquias de Madrid la prueba del juramento de fidelidad prestado por las cabezas de familia, diciéndoles que no pretendia imponer al rey José á la España, pero que si los españoles no le querian, les aplicaria los derechos de la guerra, tratándoles como á pais conquistado. Movidos por este temor, y libres de las influencias hostiles que las escitaban contra la nueva monarquia, los habitantes de Madrid habian acudido á sus respectivas parroquias á prestar sobre los Santos Evangelios juramento de fidelidad al rey José, y aun cuando efectuaron esta formalidad en el mes de diciembre, todavia no les habia sido devuelto en enero el rey, cuya llegada deseaban, á pesar que no contaba con sus simpatias. Napoleon consintió al fin en que José hiciese su entrada en la capital, pero antes quiso que se le llevase á Valladolid el registro de los juramentos por una diputacion, á la cual recibió con menos severidad que á la que Madrid le enviara en diciembre, si bien le declaró en términos precisos, que, si José volvía á verse obligado á abandonar la capital por segunda vez, sufriría esta la mas cruel y la mas terrible ejecucion militar. Napoleon habia descubierto clara y distintamente en la abnegacion exagerada del pueblo español hácia los Borbones, las pasiones demagógicas que le agitaban, á pesar de que estas se producian bajo tan estraña forma: eran, á no dudarlo, la demagogia mas violenta oculta bajo las apa-

riencias del mas puro realismo. Aquel pueblo estremoso habia comenzado, en efecto, á degollar, para vengarse de los reveses de los ejércitos españoles, y despues del asesinato del desgraciado marqués de Perales en Madrid, y de don Juan Benito en Talavera, habia perpetrado en Ciudad-Real el de don Juan Duro, canónigo de Toledo y amigo del principe de la Paz, y en Alagon el del antiguo ministro de Hacienda Soler. Como no era posible que los ejércitos franceses se encontrasen en todas partes, las gentes honradas temblaban por sus personas y por sus bienes. Queriendo Napoleon hacer un severo ejemplar con los asesinos, habia ordenado en Valladolid el arresto de una docena de malvados, conocidos como autores de todos los crímenes, y con especialidad de la muerte del infortunado gobernador de Segovia don Miguel Ceballos, y los habia hecho ejecutar á pesar de las súplicas aparentes de los principales habitantes de Valladolid (1). Es preciso, le habia escrito diferen-

(1)

Al rey de España

«VALLADOLID, 12 de enero de 1809: á medio día.

«La operacion que ha hecho Belliard, es excelente. Es indispensable mandar ahorcar unos cuantos bribones. Mañana lo serán aqui por orden mia siete, cuya presencia tenia aterrorizados á los habitantes, los cuales los han denunciado en secreto, y empiezan á recobrar valor, asi que se han visto libres de ellos. Forzoso es hacer otro tanto en Madrid. No desembarazándose de un centenar de alborotadores y de ladrones, es como si nada hubiéramos hecho. De estos ciento mandad ahorcar ó fusilar doce ó quince, y mandad luego los demas á los presidios de Fran-

tes veces á su hermano, que empecéis por haceros temer, y procurar luego que os amen. Aqui me han pedido la gracia de algunos bandidos que habian perpetrado asesinatos ó robos, pero las gentes honradas se han manifestado muy contentas por no haberlo logrado, y despues todo ha vuelto á quedar

cia. Yo no he podido tener tranquilidad en mi imperio, hasta tanto que mandé arrestar doscientos vocingleros, y conducirlos á las colonias. Desde entonces el espíritu de la capital cambió como se cambian los telones al sonido de un silbato.

Al rey de España.

«VALLADOLID, 16 de enero de 1809.

«Los alcaldes de córte de Madrid han perdonado ó condenado solamente á presidio á los treinta bribones arrestados por órden de Belliard. Es preciso que sean juzgados de nuevo por una comision militar, y fusilar á los culpables. Dad órden inmediatamente de que los individuos de la inquisicion y del consejo de Castilla, detenidos en el Retiro, sean trasladados á Burgos, asi como tambien los cien bribones que Belliard ha mandado arrestar.

«Las cinco sextas partes de los habitantes de Madrid son buenas; pero las gentes honradas se exaltan á impulsos de la canalla. Aqui se me han dirigido las instancias mas vivas para obtener la gracia de los bandidos condenados; pero me he mostrado inexorable, he mandado que los ahorquen, y despues he sabido que en el fondo del corazon se han alegrado las personas honradas de ello. En los primeros momentos con especialidad, creo necesario que vuestro gobierno muestre un poco de rigor con la canalla, porque esta solo ama y estima á los que teme, y su temor puede por sí solo hacer que seáis amado y estimado por la nacion entera.»

en órden. Si quereis gobernar, es preciso que seais justo á la par que fuerte, y en igual grado lo uno que lo otro. Napoleon habia exigido ademas que fuesen arrestados en Madrid un centenar de asesinos de los que degollaban á los franceses bajo pretexto de que eran extranjeros, y á los españoles bajo el de que eran traidores, prescribiendo al propio tiempo que se fusilase á algunos, y que estos actos se le imputasen á él solo, á fin de que sobre la clemencia notoria del nuevo rey, aplanase á los malvados el terror inspirado por el vencedor de la Europa.

Espedidas que fueron estas órdenes, Napoleon partió de Valladolid resuelto á atravesar la distancia que hay desde esta ciudad á Bayona á caballo, con el objeto de ganar tiempo. Habiéndole felicitado su hermano con motivo de las fiestas de principio de año en los siguientes términos: «Ruego á vuestra magestad que crea en mis votos sinceros, porque pacificada la Europa por vuestros desvelos en el curso de este año, haga justicia á vuestras intenciones», el emperador le respondió: «Os doy gracias por lo que me decis relativamente al buen año: no me atrevo, sin embargo, á esperar en que la Europa quede pacificada en el discurso de él, y lo espero tan poco, que acabo de espedir un decreto para levantar cien mil hombres. El odio de la Inglaterra y los acontecimientos de Constantinopla, dan motivo para presagiar que la hora de la tranquilidad y del reposo no ha sonado todavía!» No parece sino que estas rudas y melancólicas palabras eran un anuncio de las jornadas terribles de Essling y de Wagram. Napoleon partió de Valladolid el 17 de enero por la mañana con algunos de

sus edecanos, y escoltado por piquetes de la guardia imperial, que se habian escalonado anticipadamente de Valladolid á Bayona. El emperador recorrió á caballo la distancia que media entre ambas ciudades, é iba diciendo por todas partes que solo tardaria en volver unos veinte dias. A su mismo hermano le prometió regresar antes de un mes, si no se empeñaba en una guerra con el Austria.

Inmediatamente que el rey José tuvo permiso de establecerse en Madrid, hizo los preparativos para verificar su entrada solemne en la capital. Amaba el boato como todos los hermanos del emperador, los cuales se veian reducidos á buscar en sus estereos pompas lo que aquel encontraba en su gloria. José carecia de dinero, y habia obtenido de su hermano Napoleon 8.000,000 de reales en efectivo á cuenta de las lanas confiscadas, de las cuales debia corresponder tambien su parte al tesoro español. Para proporcionarse este numerario, Napoleon habia hecho acuñar con el busto del nuevo rey parte de la mucha plata estraida de las casas de los principales señores del reino, cuyos bienes habia secuestrado para castigar su traicion. El rey José deseaba, sin embargo, volver á presentarse en la capital bajo los auspicios de algun brillante triunfo. La espulsion de los ingleses del territorio español á consecuencia de la batalla de la Coruña, la cual se describia de modo que pareciese desastrosa para ellos, era ya de suyo un hecho de armas que metia mucho ruido, y suficiente para que se perdiera toda confianza en el apoyo de la Inglaterra. Mas como de un dia á otro se esperaba ademas la noticia de la victoria del mariscal Victor contra los restos del ejército de Castaños retira-

do en Cuenca, José dispuso todos los preparativos para entrar en Madrid cuando se tuviese conocimiento de este nuevo triunfo. La toma de Zaragoza hubiera sido seguramente el mas feliz de los acontecimientos de este género; pero la extraordinaria obstinacion de aquella ciudad no permitia confiar en que se realizase tan pronto.

Efectivamente; el mariscal Victor habia marchado con las divisiones Villatte y Ruffin sobre el Tajo, y se habia dirigido por su izquierda sobre Tarancon, á fin de salir al encuentro de las tropas que avanzaban desde Cuenca. He aqui lo que motivaba aquella especie de movimiento ofensivo del antiguo ejército de Castaños, confiado despues de la desgracia de este al general Peña, y recientemente al duque del Infantado.

Cuando el general Moore, asustado de su propio intento, habia avanzado sobre el camino de Burgos para amenazar, segun él decia, las comunicaciones del enemigo, y en realidad para aproximarse al camino de la Coruña, tuvo miedo de que se viniéran sobre su ejército todas las fuerzas de Napoleon, y á fin de evitarlo pidió que las tropas de Mediodia hiciesen una demostracion sobre Madrid con el objeto de llamar hácia aquella parte la atencion de los franceses. La Junta central, que era incapaz de todo punto para el mando, y la cual solo sabia transmitir las peticiones de refuerzo que los cuerpos insurgentes se dirigian unos á otros, habia estrechado vivamente al ejército de Cuenca á que operase algun movimiento en el sentido indicado por el general Moore. El duque del Infantado, tan poco dichoso constantemente así en la guerra como en política, se habia apresurado á

mandar sobre el camino de Aranjuez parte de sus tropas. Habiendo recibido de manos del general Peña el mando del ejército, cuando éste se hallaba reducido á ocho ó nueve mil hombres, indisciplinados y llenos de desaliento, logró restablecer un poco el orden entre ellos, y fué aumentándolos sucesivamente, con los fugitivos primero, y despues con algunos destacamentos procedentes de Granada, Murcia y Valencia, hasta reunir unos veinte mil. Escitado por los despachos de la Junta central, habia dirigido catorce ó quince mil hombres sobre Uclés, y confiando el mando de esta fuerza, que formaba el grueso de su ejército, al general Venegas, cuyo comportamiento en la retirada de Calatayud habia revelado cierta energia, se propuso seguirlo con una retaguardia de cinco á seis mil hombres.

Teniendo el mariscal Victor á su disposicion la division Ruffin, merced á la llegada de la division Dessoles á la capital, la habia encaminado inmediatamente sobre Aranjuez á fin de que se incorporase con la division Villatte, la cual se hallaba á las orillas del Tajo con los dragones de Latour-Maubourg. El 12 de enero dirigió sus dos divisiones de dragones y de infanteria sobre Tarancon, presentando en junto unos doce mil combatientes de los mejores de Europa, y capaces de destruir un número de españoles, triple ó cuádruple que aquel con el cual tenia que habérselas.

Sabiendo se hallaban los españoles en Uclés, situados sobre una posicion bastante fuerte ocurriosele la idea de no oponerles mas que los dragones Latour-Maubourg, á fin de que la division Ruffin fuese á cortarles la retirada de manera que no pudiese es-

caparse ni uno, haciendo por su izquierda un rodeo al través de las montañas de Alcázar.

El 13 por la mañana avanzó valientemente la division Villatte sobre Uclés. La posicion consistia en dos puntos elevados, entre los cuales se halla situada aquella pequeña ciudad; los españoles tenían apoyados sus flancos en estas dos alturas, y el centro en la poblacion. El general Villatte los atacó vigorosamente con sus regimientos aguerridos, y los desalojó de las posiciones. Mientras que el 27.º de ligeros arrollaba la derecha de los españoles, el 63.º de línea tomó por asalto la ciudad de Uclés, y pasó por las armas cerca de dos mil enemigos, incluso los frailes del convento, que habian hecho fuego sobre nuestras tropas. El 94.º y el 95.º que maniobraban por nuestra derecha para conseguir rodear á los españoles, los obligaron á retirarse sobre Carrascosa, donde les aguardaba la division Ruffin en los desfiladeros de las montañas de Alcázar. Aquellos desgraciados encontraron, en efecto, cuando huian hácia este lado, á la division Ruffin que iba á arrojarle sobre ellos por un desfiladero angosto, y á fuer de gente determinada, tomaron su posicion para defenderse. Atacados, empero, de frente por el 9.º de ligeros y el 96.º de línea, y rodeados por el 24.º, viéronse obligados á rendir las armas. Intentando parte de ellos ganar el desfiladero mismo por donde habia desembocado la division Ruffin, faltó poco para que se salvaran por aquella salida, ocupada únicamente entonces por la artillería del general Senar-mont, que se habia quedado atrás á causa del mal estado de los caminos; pero mostrando este gefe la misma resolucion é inteligencia que en Friedland,

imaginó formar su artillería en cuadro, y disparando en todas direcciones, detuvo á la columna fugitiva, la cual volvió á ser rechazada sobre las bayonetas de la division Ruffin. Trece mil hombres, con corta diferencia, depusieron las armas á consecuencia de esta operacion brillante, y entregaron treinta banderas y un numeroso tren de artillería.

El mariscal Victor corrió, sin perder un instante sobre Cuenca, á fin de alcanzar lo poco que restaba del cuerpo de ejército del duque del Infantado. Pero éste habia huido precipitadamente sobre el camino de Valencia, dejando en nuestro poder los heridos, los enfermos y el material, y nuestros dragones recogieron los restos, acuchillando á centenares de hombres.

Después de este hecho de armas, era de presumir que se gozaria por largo tiempo en la corte de reposo, y la victoria de Uclés probaba que no debia costar tampoco gran trabajo el invadir el Mediodía de la Península. Esto no obstante, todavia no era ocasion de pensar en ello. Era preciso que primero se estableciese José en Madrid, que descansase el ejército, y que fuese tomada Zaragoza. Los acontecimientos de la Coruña eran ya conocidos de todo el mundo. Sabiase que los ingleses se habian retirado en desorden, abandonando todo su material, y después de haber perdido en los caminos ó en el campo de batalla la cuarta parte de sus tropas, sus principales oficiales, y su general en gefe. La captura en Uclés de un ejército español entero, verdadero similitud de la de Bailen, si la captura de un ejército francés hubiese podido producir el mismo efecto; era un nuevo trofeo para adornar la entrada de José en Madrid. Queriendo Napoleon que

esta entrada tuviese algo de triunfal, habia colocado cerca de su hermano la division Dessoles y la division Sebastiani, para que tuviese consigo las mejoras tropas del ejército francés, y no se presentase en medio de los españoles sino rodeado de las legiones aguerridas que habian vencido á la Europa.—*Yo les habia enviado corderos*, decia refiriéndose á los jóvenes soldados de Dupont, *y los devoraron: pues ahora les mandaré lobos para que á su vez los devoren*.—A la cabeza de tales soldados fué como José entró en Madrid el 22 de enero, saludado por las campanas, recibido con salvas de cañón, y á presencia de los habitantes de la capital, los cuales, sometidos por la victoria, casi resignados con la nueva monarquía, y resentidos siempre en el fondo del corazón, preferian, por decirlo así, la dominacion de los franceses á la del populacho sanguinario, que poco tiempo antes habia asesinado al marqués de Perales. La plebe proseguia irritada, y era por lo tanto temible. Acabábase, empero, de arrestar á un centenar de sus gefes mas conocidos por sus crímenes, y en el Retiro, situado frente por frente de Madrid, se elevaba una fortaleza formidable, erizada de cañones, y á propósito para reducir á cenizas en pocas horas la capital de las Españas. José fué, pues, recibido con bastantes miramientos y hasta con cierta satisfaccion por parte de los habitantes pacíficos, al paso que con una concentrada rabia por el populacho, el cual se consideraba destronado con el advenimiento de un gobierno regular, porque es de advertir, que lo que él deploraba, era mas bien la caída de su reinado que la monarquía de Fernando VII. José se dirigió á palacio, donde acudieron á visitarle las

autoridades civiles y militares, el clero, y todos aquellos grandes de España, y personages visibles que no habian podido ó no habian querido abandonar á Madrid. De tal manera habia cundido la fama de José como protector de los españoles cerca del conquistador que habia extendido sobre ellos su brazo terrible, que no se consideraba como un crimen el ir á visitarle. En el fondo, sin embargo, (tal es el prestigio de la gloria) estabase mas cerca de amar, si es que se habia amado alguna cosa en la corte de España, la importante grandeza de Napoleón, que la indulgente debilidad de José: y si bien esta era el pretesto, la otra era en cambio el verdadero motivo por el cual se rendian muchos mas homenajes á los pies del nuevo monarca,

El rey José, por tanto, reunió en torno suyo una corte asaz numerosa para que dejara de serle licito creer que se hallaba solidamente establecido. El célebre Tomás de Morla aceptó de él funciones. Además, habiase acudido al monarca en solicitud de que aligerase el peso de ciertas condenas, y recibió tambien mas de un aviso de Sevilla, referente á que no seria de todo punto imposible tratar con la Andalucía, porque es de advertir, que la Junta central, además de hallarse en el último grado del desprecio por su manera de gobernar, habia perdido á su presidente, el ilustre Florida Blanca, que era el único que la prestaba algun brillo. De consiguiente, aquellos á quienes no es dable penetrar los secretos del destino, nada tenia de extraño que se engañasen sobre la suerte de la nueva dinastía impuesta á la España, y podia creerse muy bien asimismo, que empezaba á establecerse y consolidarse como las de Nápoles, Holanda y Cassal.

En medio de estas apariencias de sumision, un solo acontecimiento, constantemente anunciado, pero demasiado lento en consumarse, el de la toma de Zaragoza tenia suspensos los animos, y dejaba abrigar todavia á los españoles tenaces en la resistencia, alguna esperanza. Con efecto, si bien es verdad que hemos visto á los insurgentes huir en la llanura, sin curarse lo mas minimo ni de su honra militar ni de su antigua gloria, tambien lo es que se borraban en Zaragoza todas las humillaciones que habian sufrido sus armas, oponiendo á nuestros soldados la defensa mas gloriosa que ciudad alguna sitiada haya opuesto jamás á la invasion estrangera.

El lector conoce ya los retardos inevitables que produjera en el sitio de Zaragoza el movimiento cruzado de nuestras tropas por las comarcas de esta plaza. Aun quando la victoria de Tudela, que habia abierto las puertas de Aragon á nuestros soldados, y suprimido toda clase de obstáculos entre Pamplona y Zaragoza, fué alcanzada el 23 de noviembre, el mariscal Moncey, privado en un principio de la mejor parte de sus tropas por el envio de dos divisiones en persecucion de Castaños, reforzado en seguida por el mariscal Ney, y abandonado por éste en el momento en que iba á atacar las posiciones exteriores de Zaragoza, no habia podido aproximarse á la ciudad hasta el 10 de diciembre Auxiliado al fin, en 19 del mismo por el mariscal Mortier, el cual tenia orden de cubrir el sitio, y aun de secundar á las tropas sitiadoras en ocasiones graves sin fatigar á su gente ni con los ataques ni con los trabajos, habia aprovechado esta limitada cooperacion para estrechar la

plaza y apoderarse de las posiciones exteriores. La division Grandjean habia ocupado en 21 de diciembre por medio de una manioobra tan osada como habil el Monte Torrero, altura que domina la ciudad de Zaragoza, y sobre la cual habian erigido los aragoneses algunas fortificaciones, mientras que la division Suchet, del cuerpo de ejército de Mortier, se hacia dueña de las eminencias de San Lamberto sobre la margen derecha del Ebro, y la division Gazan, perteneciente al cuerpo mencionado, se apoderaba de la posicion de San Gregorio, obligaba al enemigo á replegarse en el arrabal, y cogia ó fusilaba quinientos suizos que habian permanecido fieles á la España. De resultas de esta jornada decidiéronse los aragoneses á encerrarse en la ciudad misma, y desde entonces pudimos ya por nuestra parte dar principio á los trabajos de aproximacion. Asi que el mariscal Mortier acabó de prestar este auxilio al tercer cuerpo, volvió á recobrar su papel de auxiliar, que se limitaba únicamente á cubrir el sitio, y dejando á la division Gazan sobre la izquierda del Ebro para que bloquease el arrabal situado en esta orilla, pasó sobre la margen derecha con la division Suchet, y fué á tomar posicion lejos de los ataques, en Calatayud, á fin de estorbar cualquiera tentativa que quisiesen hacer los españoles, ora acercándose del lado de Valencia, ora por el centro de la España. Ciertamente que esta determinacion bastaba para ligar las operaciones de Zaragoza con el conjunto de nuestras operaciones en la Peninsula; pero era muy poco para la continuacion activa del sitio, mediante á que el tercer cuerpo de ejército, formado despues de la partida de la division

Lagrange, de las tres divisiones Morlot, Musnier y Grandjeau, contaba únicamente con catorce mil hombres de infantería, dos mil de caballería, cuatro mil de artillería, y otros mil de ingenieros. Atendidas por tanto, las dificultades que había que vencer, hubiera sido preciso poder servirse además de los ocho mil hombres de la división Gazan, destinada al bloqueo del arrabal de la orilla izquierda sin atacarlo, y de los nueve mil soldados de la división Suchet, que se hallaban situados en las cercanías de Calatayud, á unas veinte leguas de distancia. Esta disposición, ordenada desde bastante lejos por Napoleon, cuyos deseos eran que el cuerpo de Mortier se hallase siempre fresco y disponible para utilizarlo en cualquier otro punto, tenía el inconveniente peculiar de los planes concebidos á larga distancia, ó sea el de no adaptarse bien con el estado verdadero de las cosas. Repetimos, pues, que no hubieran sido fuerzas demasiadas para el sitio de Zaragoza, los treinta y seis ó treinta y ocho mil hombres que componían los dos cuerpos de ejército reunidos.

Tanto los españoles como los franceses aprovecharon todas estas dilaciones para preparar los mas terribles medios de ataque y de defensa, así dentro como fuera de la ciudad. Enorgullecidos los aragoneses con la resistencia que habían opuesto en el año anterior y sabiendo ya á que atenerse sobre la fortaleza de sus murallas, se hallaban resueltos á vengarse por medio de la defensa de su capital de todos los revéses que sufrieran en campo raso. Despues de la acción de Tudela, habianse retirado en número de veinte y cinco mil hombres á la plaza, llevándose en pos quince ó veinte mil pai-

sanos, fanáticos en extremo, escelentes tiradores, y muy capaces para matar uno á uno desde lo alto de un tejado ó de una ventana, á aquellos mismos soldados ante los cuales huían en la llanura. Habianse agregado, además, á ellos una multitud de campesinos, á quienes el terror obligaba á alejarse de modo, que la ciudad de Zaragoza, cuyo número de moradores en tiempos normales no excedía de cuarenta ó cincuenta mil, contaba á la sazón dentro de sus muros con mas de cien mil almas.

Palafox continuaba encargado del mando de ella. Bizarro, presuntuoso, poco inteligente, pero ilustrado por dos frailes hábiles, y secundado por dos hermanos que le eran muy adictos, el marqués de Lazan y Francisco Palafox, ejercía sobre el pueblo aragonés un imperio sin límites, y principalmente despues que se había sabido, que á la prudencia de Castaños, la cual se calificaba de traición, había opuesto siempre un ardor temerario, que se calificaba de heroísmo. Los habitantes pacíficos de Zaragoza iban, pues, á ser sacrificados cruelmente en aquel sitio horrible, al furor de la multitud, la cual gobernaba por medio de dos frailes á Palafox, la ciudad y el ejército. El miedo mismo de los habitantes de las inmediaciones, los cuales se llevaban consigo cuanto tenían al ir á encerrarse en Zaragoza, dió margen á que se reuniesen en la ciudad grandes abastos de trigo, vinos y carnes. Los ingleses les habían enviado además abundantes municiones de guerra, y tenían, por tanto, todos los medios posibles para prolongar indefinidamente su resistencia. A fin de que esta fuese de mas duración, habianse erigido en las plazas públicas

algunas horcas, y amenazado con ejecutar en ellas á todo aquel que hablara de rendirse. Nada, en fin, se habia descuidado para añadir á la constancia natural de los españoles y á su verdadero patriotismo, el apoyo de un patriotismo bárbaro y fanático.

En el ejército de Aragon, que se hallaba encerrado dentro de los muros de Zaragoza, encontrábase numerosos destacamentos de tropas de línea, y muchos oficiales de ingenieros de capacidad nada comun y en estremo adictos á la causa de su país. En las antiguas naciones militares, cuyo valor primitivo ha degenerado, los cuerpos facultativos son siempre los que caminan con mas lentitud hácia la decadencia. Los ingenieros españoles, que tan hábiles eran en los siglos XVI y XVII habian conservado parte de su antiguo merito, y lo probaron erigiendo en las afueras de Zaragoza fortificaciones numerosas y temibles.

Esta plaza, como ya hemos dicho anteriormente (libro XXXI) no estaba fortificada en regla; pero su situación y la naturaleza de sus construcciones podian convertirla en una de las mas importantes y de las difíciles de expugnar, en manos de un pueblo resuelto á defenderla hasta morir. Rodeábala una muralla sin baluartes ni terraplenes; mas en cambio hallabase defendida por un lado con el Ebro, en cuya margen derecha está situada, sin tener en la orilla izquierda mas que un arrabal, y por el otro con una porcion de vastos edificios, tales como la casa de la Inquisicion, y los conventos de Capuchinos, Santa Engracia, San José, los Agustinos, y Santa Mónica, verdaderas fortalezas en las cuales era preciso hacer brecha

para penetrar, y cuyas avenidas se hallaban resguardas por el Huerva, pequeño rio de profundo cauce, el cual baña la mitad del recinto de Zaragoza antes de desaguar en el Ebro. En lo interior de la ciudad habia tambien vastos conventos tan sólidos como los de afuera, y grandes casas macizas, cuadradas, con las luces al Mediodía, y destinadas de antemano á la destruccion, por cuanto era cosa decidida, que asi que fuesen forzadas las defensas exteriores, se haria de cada edificio una ciudadela, la cual se habia de sostener hasta el último estremo. Todas las casas se hallaban aspillaradas, y agugereadas interiormente para facilitar la comunicacion de unas á otras, y las calles obstruidas con trincheras abundantemente provistas de cañones. Pero los defensores de Zaragoza estaban persuadidos de que antes de reducirse á esta defensa interior, podrian mantenerse largo tiempo en los trabajos ejecutados en las afueras, los cuales eran seguramente de un valor real.

Entre el Ebro y la casa de la Inquisicion, situada al margen de este rio, habiase levantado en frente de la posicion ocupada por nuestra izquierda, para suplir el trozo de muralla que ya no existia, un muro de piedra con terraplenes, el cual se estendia desde la casa de la Inquisicion hasta los conventos de Capuchinos y de Santa Engracia. Por este lado la ciudad presentaba un ángulo saliente, y el pequeño rio Huerva la bañaba con sus aguas hasta el Ebro inferior, delante de nuestra ala izquierda. En el punto donde el Huerva toca á la ciudad, habiase construido un ante-puente de forma cuadrangular y fuertemente atrincherado. Siguiendo el Huerva por esta parte, y sobre este rio

mismo, hallábase delante de su cauce el convento de San José, verdadera fortaleza de cuatro fachadas, la cual habian rodeado de un foso y de un terraplen. Detrás de esta línea encontrábase un trozo de muralla terraplenada por algunos puntos, y erizado todo él de artillería. Ciento cincuenta cañones cubrian estas diversas obras. Preciso era, por tanto, para apoderarse de la ciudad, forzar la línea de los conventos y del Huerva; luego el muro terraplenado, y despues de este muro las casas, tomándolas sucesivamente bajo el fuego de cuarenta mil defensores, soldados medianos, si se quiere, unos, paisanos fanaticos otros, pero de un valor á prueba detrás de las murallas, provistos todos de municiones, y todos resueltos á dejar destruir una poblacion, que no era suya, sino de los habitantes trémulos y sumisos. La superstición, por último, que todos tenian hacia una catedral antiquísima bajo la advocacion de *Nuestra Señora del Pilar*, les persuadia de que los franceses se estrellarian contra la proteccion milagrosa de la Virgen.

Descontando, por nuestra parte, los ocho mil hombres de la division Gazan, cuya mision era únicamente observar el arrabal de la orilla izquierda, y los nueve mil de la division Suchet situados en Calatayud, quedaban al general Junot, que acababa de tomar el mando en jefe, para sitiar aquella plaza custodiada por cuarenta mil defensores, catorce mil infantes, dos mil artilleros ó ingenieros, y dos mil ginetes, soldados admirables todos, asi los franceses como los polacos, y los aguerridos como los reclutas, á las órdenes de oficiales sin segundo como podrá juzgarse bien pronto.

El comandante general de los ingenieros era el general Lacoste, edecan del emperador, oficial de gran mérito, activo, infatigable y fecundo en recursos, cuyos esfuerzos secundaban el coronel del mismo cuerpo Rogniat, y el comandante de batallón Haxo, el cual llegó á ser con el tiempo un general ilustre. Unos cuarenta oficiales, distinguidísimos por su bravura y por su instruccion, completaban este personal. El general Lacoste, lejos de desaprovechar para los trabajos de su arma el mes trascorrido en marchas y contramarchas de tropas, habia hecho trasladar por tierra desde Pamplona á Tudela y desde Tudela á Zaragoza por el canal de Aragon, veinte mil herramientas, cien mil sacos y sesenta cañones de grueso calibre. Al propio tiempo, y auxiliado perfectamente por el general de artillería Dedon en todas estas operaciones, habia empleado á sus soldados de ingenieros en construir millares de gabiones y faginas.

Del 29 al 30 de diciembre, y mientras que Napoleón perseguia á los ingleses más allá de los montes de Guadarrama, en tanto que los mariscales Victor y Lefebvre rechazaban á los españoles en la Mancha y en Estremadura, y el general Saint-Cyr acababa de hacerse dueño de la campaña en Cataluña, el general Lacoste, de acuerdo con el general Junot, erigió la trinchera á la distancia de unas 460 toesas de la primera línea de defensa, la cual consistía, como ya hemos dicho, en conventos fortificados, en trozos de muralla terraplenada, y en una parte del cauce del Huerva. Habia además conseguido que fuese adoptado el proyecto de tres ataques, dirigidos en la forma siguiente: el primero á la izquierda y por delante

de la casa de la Inquisición, fué confiado á la division Morlot, la cual recibió órden de intentarlo mas bien á guisa de un entretenimiento, que como un ataque formal: el segundo al centro, por delante de Santa Engracia y del ante-puente del Huerva, fué encomendado á la division Musnier, la cual debia emprenderlo con el mayor vigor: el tercero, en fin, á la derecha, por delante del formidable convento de San José y á cargo de la division Grandjeau, estaba destinado á ser el mas sério de todos, por cuanto una vez tomado el convento, debia dirigirse al otro lado del Huerva contra el punto menos fuerte de la muralla y sobre un barrio, por el cual se esperaba llegar al *Coso*, vasta calle interior que atraviesa la ciudad entera, y la cual tiene bastante semejanza con el *boulevard* de Paris. Asi que la trinchera estuvo erigida, procedióse cuanto antes á perfeccionar la primera paralela, y luego la segunda con el objeto de aproximarse por la derecha al puente de San José, y al ante-puente del Huerva por el centro.

El 31 de diciembre intentaron las tropas regulares de la guarnición una salida, la cual fué vivamente rechazada. Ciertamente que no era en campo raso donde los españoles debían recobrar su natural valentía. La segunda paralela se abrió el 2 de enero. Los días siguientes se emplearon en disponer en diferentes baterías treinta cañones, que habían llegado ya, á fin de arruinar el ante-puente del Huerva, así como también el convento de San José, y de rebatir á la batería enemiga colocada detrás de esta primera línea de defensa. Mientras se ejecutaban estos trabajos en los cuales se ocupaban mas de mil trabajadores por día

bajo la dirección de los soldados de ingenieros, los sitiados mandaban á nuestras trincheras un granizo de piedras y granadas, disparadas con los morteros. Nosotros contestábamos con el fuego de nuestras guerrillas, resguardadas con sacos de tierra, y las cuales disparaban con gran acierto sobre las cañoneras del enemigo.

El 40, hallábase ya arregladas nuestras baterías, y empezaron á disparar las unas directamente y las otras de rebote, contra el ante-puente del Huerva y el convento de San José. Aun cuando la artillería española estaba bien servida, la superioridad de la nuestra logró bien pronto, sin embargo, apagar sus fuegos, y abrir hácia el punto de ataque de la derecha una ancha brecha en el convento de San José, y otra no tan ancha en el ante-puente del Huerva. Como esta no era todavía practicable, diliriose por algun tiempo su asalto: mas como en el convento de San José no militaba el mismo motivo, y como de la toma de él habia de resultar una gran celeridad para las aproximaciones, resolvióse no dilatarlo ni un instante por este punto. Habiendo continuado el fuego hasta el 44 de enero á las cuatro de la tarde, y hallándose á esta hora enteramente practicable la brecha, avanzóse con valentía para intentar el asalto del convento. En aquel mismo instante, el enemigo ejecutó una salida, que fué rechazada á paso de carga, y de la defensa pasaron inmediatamente nuestras tropas al ataque. Tan difícil empresa fué encomendada á los cazadores y granaderos de los regimientos 44.^o y 44.^o de línea, á los cuales se les agregaron dos batallones de los regimientos del Vistula. Mandábalos un oficial, gefe de batallón en el 44.^o

llamado Sthal, cuya bizarría atrajo justamente hácia él la atención del ejército. El convento, que como hemos dicho, era de forma cuadrada, se apoyaba en el Huerva, y el enemigo había situado en él tres mil hombres.

A la hora mencionada, y mientras que el gefe de batallon Haxo con cuatro compañías de infantería y dos piezas de á cuatro, avanzaba descubierto por fuera de las trincheras y se dirigia á tomar por la parte posterior el convento de San José, enfilando sus fuegos á la fachada que da sobre elcauce del Huerva, lo cual llenó de espanto á los defensores y decidió á un considerable número á repasar el rio, el gefe de batallon Sthal avanzó de frente hasta el borde del foso, para lanzarse en seguida sobre la brecha. Pero los escombros de la muralla no habían bastado para cegar el foso, que tenía 18 pies de profundidad y estaba cortado á pico, en atención á que las tierras secas y sólidas en España se sostienen sin necesidad de escarpas y de obras de albañilería. El intrépido Junot, que estaba presenciando la operación mencionada, había provisto de algunas escalas á sus granaderos, y sirviéndose unos de ellas, al paso que otros saltaban sin precaucion de ningun género, corrieron en seguida á la brecha, guiados por el bizarro Sthal, y bajo una lluvia de fuego. Costábales, empero gran trabajo trepar, y mientras que intentaban esfuerzo tan peligroso, un oficial de ingenieros, llamado Dagnet, recorrió á la cabeza de cuarenta cazadores el fondo del foso, giró á la izquierda á lo largo de la fachada lateral, distinguió un puente que conducia á lo interior de la fortificación, subió con sus cuarenta hombres, y avalanzándose sobre la guarni-

cion del convento, facilitó la entrada por la brecha al gefe Sthal, cuyos soldados dieron muerte á 300 españoles que habían quedado los últimos y cogieron unos 40 prisioneros.

Esta operación, en la cual se invirtiera á lo sumo una media hora, nos costó treinta muertos y ciento cincuenta heridos, casi todos de gravedad; prueba nada equívoca, en vista de la poca resistencia del enemigo, de lo enérgico del ataque.

Asi que nuestras tropas se posesionaron del convento, procuraron alojarse en él sólidamente, al abrigo de los retornos ofensivos de los sitiados y de los nutridos fuegos de la plaza, la cual vomitaba mas abundantemente, á medida que nos aproximábamos, granadas, bombas y metralla. Cada dia teníamos por lo regular cuarenta ó cincuenta hombres fuera de combate, y heridos de gravedad generalmente.

Habiendo reconocido el 16 la brecha del ante-puente del Huerva, y halládola practicable, decidióse dar el asalto, á cuyo fin se lanzaron sobre las fortificaciones cuarenta cazadores polacos, conducidos por oficiales y soldados del cuerpo de ingenieros, los cuales treparon rápidamente, unos con escalas, y otros asiéndose con las manos. Mientras verificaban esta operación, el enemigo hizo volar con terrible estruendo una mina que tenía preparada, la cual no hirió dichosamente á ninguno de nuestros soldados, que quedaron fuera del alcance de aquel volcan. Logrando, en seguida, introducirse estos en el ante-puente, desalojaron de él á los defensores, los cuales repasaron el rio, haciendo saltar el puente que facilitaba el paso.

Una vez tomados el convento de San José y el

ante-puente del Huerva, situados en la derecha el primero, y en el centro el segundo, nuestras tropas quedaban dueñas de la línea de las fortificaciones exteriores, en una mitad de su estension al menos. Esta parte, sin embargo, era la de mas importancia, por cuanto las operaciones de la izquierda no tenían otro valor que el de una demostración. Lo que á la sazón convenia é iba á intentarse, era franquear el Huerva por los dos puntos que habian llegado á tocar nuestras tropas, echar puentes cubiertos de espaldones sobre aquel rio angosto; pero de profundo cauce, batir en brecha los trozos de muralla que se estendian mas allá, apoyándose en el convento de Santa Egracia por un lado y en el de los Agustinos por otro, y erigir por último nuevas baterías para oponerlas á las de la ciudad, cuyos fuegos eran cada vez mas nutridos y mortíferos, á medida que iban aproximándose nuestras tropas. En esto fué en lo que se empleó el intervalo del 16 al 21 de enero.

Durante este tiempo agraváronse extraordinariamente los padecimientos de sitiadores y sitiados. De resultas de la masa considerable de habitantes que se habian refugiado en la ciudad, y de la acumulacion de los heridos y los enfermos, habia nacido una horrorosa peste. La granizada de proyectiles que se mandaban todos los dias sobre la plaza, aumentaba el número de las victimas del sitio, aun entre aquellos que no tomaban parte en la defensa. Pero un populacho furioso, fanatizado por los frailes, comprimía á los habitantes pacíficos, á cuyo modo de ver, aquella resistencia sin esperanza no era mas que una bárbarie inútil. Las horcas erigidas en las principales calles, sofocaban

las murmuraciones. Por otra parte, inventábanse toda clase de noticias para mantener el valor de los sitiados. Decíase que Napoleon habia sido batido por los ingleses; el mariscal Soult por el marqués de la Romana, y el general Saint-Cyr por el general Vives. Prometiase además la llegada de un fuerte ejército de socorro, y en virtud de estas noticias, anunciadas á son de tambor por los pregoneros públicos, prorumpian los sitiados en vociferaciones salvages, cuyos ecos llegaban hasta nuestro campo.

Lo que llevamos ya referido acerca de los acontecimientos generales de aquella guerra, basta para poder apreciar la verdad de rumores semejantes esparcidos adrede por Palafox y los frailes, cuyas inspiraciones seguia el gefe de las tropas españolas. Aquellas relaciones, sin embargo, no eran completamente falsas, puesto que el marqués de Lazán y Francisco Palafox habian salido de Zaragoza con órdenes terribles para sublevar el pais en todas direcciones, hasta Tudela por un lado, y hasta Calatayud, Daroca, Teruel, y Alcañiz, por otro. Intimóse á cuantos habia útiles para el servicio que tomasen las armas, y de cada diez uno debian avanzar al mando de oficiales escogidos á levantar el cerco. A cada pueblo se le impuso, además, la obligacion de pagar y sostener los hombres con que contribuyese; los que no formaran parte de la expedicion, debian ocuparse en destruir nuestros convoyes, matar á nuestros enfermos, y en introducir el hambre en nuestro campo. Para hacer mas eficaces todas estas órdenes, conminóse con castigar de la manera mas terrible á los que se negaran á ejecutarlas.

Preciso es confesar, sin embargo, que los aragoneses emplearon un celo, que hacia inútiles estas conminaciones. Veinte ó treinta mil hombres empezaron á removerse, unos por el lado de Alcañiz, sobre la márgen derecha del Ebro, y otros sobre la izquierda, por el lado de Zuera, la Perdiguera, y Liciñena. A pesar de los esfuerzos de nuestra caballería, no era posible suministrar carne á los sitiadores, mediante á que los carneros encaminados al campo francés caian en poder de los insurgentes. Careciendo, como carecian nuestros soldados de artículos para hacer el rancho, y hallándose reducidos frecuentemente á una ración incompleta de pan, soportaban las privaciones mas crueles sin proferir una queja, y entreveían, sin desalentarse, la prolongacion de aquel atroz cerco por espacio de uno ó dos meses más. Con todo, mostrabanse tristes de vez en cuando, en pensar en su escaso número, y en que todas las dificultades del sitio gravitaban sobre catorce mil de entre ellos, mientras los ocho mil infantes de Gazan se limitaban á bloquear el arrabal de la orilla izquierda, y los nueve mil de Suchet vivían con el mayor descanso en Calatayud. Mas de mil doscientos habian sucumbido ya á causa de las fatigas ó de las balas. Asi que eran heridos ó caian enfermos trasladábaseles al hospital de Alagon, donde no habia medicamentos, ni viveres, ni cosa con cosa. El general Harispe, á quien se le mandó que inspeccionara este hospital, mostróse humano como un héroe, castigando con rigor á los administradores que tenían la culpa de tanta negligencia, reorganizó el establecimiento, y consiguió al menos, que nuestros

soldados no estuviesen peor en el hospital que en la trinchera. El dia 21 llegó al fin el mariscal Lannes, cuya carrera heroica se aproximaba á su término, mediante á que la terrible jornada de Essling ocurrió algunos meses despues del de enero de 1809, y su presencia era el medio mas propio para mantener el aliento de los soldados y de volverles la confianza, si es que la habian perdido. La bravura del general Junot entusiasmábales, si se quiere; mas ante todo, era preciso un gefe, que, tomando sobre si la responsabilidad de hacer modificaciones en las ordenes del emperador, obligase á todas las tropas francesas á contribuir al mejor éxito del sitio. Y esta fué, en efecto, la primera ventaja que produjo la llegada del mariscal Lannes.

Merced á las facultades superiores con que se hallaba investido, comenzó por obligar al quinto cuerpo de ejército á que contribuyese á la toma de la plaza, y á la represion de las fuerzas enemigas, que estorbaban la llegada de viveres á nuestro campo. Al general Gazan que se hallaba situado con su division frente al arrabal de la orilla izquierda, le mandó que emprendiese en toda regla el ataque de este punto, con lo cual, y una vez logrado que cayese en nuestro poder, los habitantes tendrian que meterse en lo interior de la ciudad y aumentar en ella la aglomeracion, al paso que nosotros obtendríamos la ventaja de mandar proyectiles sobre Zaragoza desde la orilla izquierda del Ebro. Para dirigir esta operacion, mandóle al coronel Dode, excelente oficial del cuerpo de ingenieros.

El mariscal Lannes prescribió en seguida al

mariscal Mortier, que abandonando la posición de Calatayud, donde no prestaba servicio alguno, en atención á que ningun enemigo podia venir por el lado de Valencia, pasase sobre la orilla izquierda del Ebro para dispersar la reunion de insurgentes que tanto nos inquietaban.

En cumplimiento de estas órdenes, el mariscal Mortier atravesó el Ebro el 23, y dejando el 4.º de línea para que apoyase á la division Morlot, la cual era la menos numerosa del cuerpo de ejército destinado al sitio, avanzó sobre el camino de la Perdiguera con los regimientos 34.º, 64.º y 88.º de línea, el 40.º de húsares, el 21.º de cazadores, y diez piezas de artillería. Al llegar á Liciñena, encontró en posición sobre la pendiente de las montañas á la mayor parte de un cuerpo de ejército de quince mil hombres procedente del Norte de Aragón, y el cual marchaba en auxilio de la capital sitiada. Esta masa se componía de tropas de línea y de paisanos. Figuraban en ella compañías de los regimientos Saboya, Prado, y Avila, los batallones de Jaca, los cazadores de Palafox, y otras tropas de formación antigua y moderna. El mariscal Mortier mandó contra los españoles el 64.º de línea, cuyos soldados marchaban de frente sobre el enemigo, mientras que el 34.º y el 88.º de línea, que habian hecho un rodeo á fin de cercarlo, lograron darle alcance é impelerlo de las montañas á la llanura. Los españoles no pudieron resistir á este doble ataque, y emprendiendo la fuga precipitadamente, fueron á dar con el 40.º de cazadores, el cual cargó á la masa de fugitivos, y los acuchilló sin piedad. Mil quinientos de ellos quedaron tendidos sobre el campo, y cayeron en nuestro po-

der seis piezas de artillería y dos banderas. El teniente coronel Gasquet, que con tres batallones de la division Gazan, se habia dirigido sobre el camino de Zuera, derrotó al propio tiempo otros tres mil españoles, logrando cogerles unos cuantos prisioneros y algunos cañones. Despues de rechazar para todo el tiempo que durara el sitio á los sublevados del Norte de Aragón, el mariscal Mortier siguió el curso del Ebro hasta Pina, con orden de limpiar el país de insurgentes, de no vejar á los pueblos sometidos, de incendiar los que no lo estaban, y de encaminar provisiones bajo una escolta de caballería al campo del ejército sitiador.

Mientras que el mariscal Mortier despejaba de enemigos la orilla izquierda, el general Junot habia mandado al general Wathier, gefe de la caballería del tercer cuerpo, con mil doscientos infantes escogidos, y seiscientos caballos, para que dispersase una reunion de insurgentes, que se hallaban atrincherados en Alcañiz. El general Wathier los cargó en esta posición como hubiera podido hacerlo en la llanura, y entrando confundido con las avanzadas en la ciudad, forzó las trincheras, y pasó á cuchillo á mas de seiscientos de aquellos desgraciados. Los demas fueron perseguidos por nuestros ginetes, y se salvaron en sus casas. La ciudad fué entregada á saco, y los rebaños que se encontraron en las cercanías, dirigidos sobre Zaragoza.

Merced á estas diversas expediciones, el ejército sitiador ya no tenia nada que temer por su retaguardia. Esto no obstante, solo habian llegado los carneros enviados con escolta, y la carne por onde, escaseaba mucho en nuestro campo.

Mientras que el mariscal Lannes hacia ejecu-

tar todas estas operaciones en las cercanías de Zaragoza, los trabajos del sitio habían caminado con la mayor rapidez á impulsos del general Lacoste y de sus lugartenientes Rogniat y Haxo, y ya se podía por consiguiente proceder al asalto general, despues del cual debían hallarse en la ciudad nuestras tropas, y en disposición de empezar la guerra de las casas.

Para el ataque de la derecha, se habían echado dos puentes de caballetes cubiertos de espaldones sobre el Huerva, conquistado por el asalto del 11 de enero. Despues de atravesar el Huerva por este punto, nuestras tropas se dirigieron hácia un molino de aceite, edificio aislado, que se hallaba contiguo al muro de la ciudad. Hácia la izquierda se había erigido una trinchera contra otro punto de aquel trozo de muralla. En el instante mismo en que la artillería hubiese abierto dos brechas practicables, debía darse el asalto por ambos lados.

Para el ataque del centro, habíase renunciado á hacer uso de la cabeza del puente del Huerva, tomada á los sitiados, á causa de los fuegos que la flanqueaban. Parte de nuestros soldados habían pasado el Huerva por frente del convento de Santa Engracia, y junto al ángulo saliente que por aquel sitio formaba la ciudad. Una batería de brecha dirigida sobre el convento, debía hacer accesibles las murallas á una columna de asalto. Así que nuestro ejército dominase estas diversas brechas, debíamos tener tres puntos para penetrar en la ciudad, y todos tres conducían á anchas calles, que caían perpendicularmente sobre el *Coso*.

El 26 de enero cincuenta piezas de artillería de grueso calibre trouaron á la vez contra Zaragoza,

za, las unas para abrir las brechas de la derecha y del centro, y las otras para abrumar la ciudad con balas, granadas y bombas. Zaragoza soportó valientemente aquella lluvia de fuego, que duró todo el día 26 y la mitad del 27, y cuando al cabo de este tiempo se consideró que las brechas estaban practicables, resolvióse empezar inmediatamente el asalto general.

Todo el tercer cuerpo de ejército con Junot y Lannes á la cabeza se hallaba sobre las armas. La division Grandjeau, compuesta en su mayor parte de los regimientos 44.^o y 44.^o de línea, estaba en las fortificaciones, aguardando la señal. En el centro aguardabala asimismo con impaciencia la division Musnier, cuya principal fuerza se componía de tropas polacas. Hallabase apoyada esta por la division Morlot, la cual se había formado en masa sobre su derecha para secundar el asalto del centro. El 40.^o de línea y el 43.^o de coraceros ocupaban en la izquierda el sitio que había abandonado la division Morlot, y su cometido era contener las salidas que pudiesen hacer los sitiados por la casa de la Inquisición, sobre cuyo punto solo se había dirigido hasta entonces un falso ataque.

El mariscal Lannes dió á cosa del medio día la señal tan vivamente deseada, y las columnas de asalto salieron al punto de las fortificaciones. Un destacamento de cazadores de los regimientos 44.^o y 4.^o, á la cabeza del cual marchaban otro de zapadores, y el gefe de batallón Sthal, desembozó por el molino de aceite, y se lanzó sobre la brecha mas cercana. Previendo el enemigo que nuestros soldados saldrían de este edificio para subir al asalto, había practicado una mina

bajo el espacio que tenían que recorrer, y haciéndola estallar cuando vió realizadas sus previsiones, sonaron dos explosiones terribles detrás de nuestra primera columna de asalto, sin que pareciera dichosamente ni un solo hombre. La columna se precipitó al punto sobre la brecha, y logró apoderarse de ella; mas al querer pasar adelante, tuvo que detenerse á causa del fuego vivísimo de artillería y de metralla que partía, así de las casas, como de algunas baterías construídas á la entrada de las calles. Aquel fuego era tan intenso, que no pudiendo resistirlo la columna, se vió obligada despues de haber quedado muchos hombres fuera de combate, entre ellos el bizarro Sthal, que fué herido gravemente, á alojarse sobre la brecha y á establecer una comunicacion con el molino de aceite que habia servido de punto de partida. Este trabajo fué de mucha mas fácil ejecucion á causa de lo removida que habia dejado la tierra la mina del enemigo.

En la segunda brecha, abierta á muy corta distancia pero un poco á la izquierda, lanzáronse al asalto treinta y seis granaderos del 44.º, conducidos por un valiente oficial llamado Guetteman, y atravesando la brecha á pesar del diluvio de balas que caian sobre ellos, alojáronse en las casas inmediatas al muro. Mas así que algunos intentaban asomarse á una ventana ó á una puerta, un fuego espantoso de fusilería dirigido desde mil partes á un tiempo, dejaba tendidos á los que habian querido hacer semejante temeridad. Esto no obstante, nuestros granaderos se apoderaron de algunas casas contiguas, pasando de una á otra por agujeros interiores, y de este modo logramos llegar á la

calle de Quemada, que es una de las principales, y la cual se estiende desde la muralla al *Coso*. La metralla de las trincheras impidió, sin embargo, que se avanzase mas, y fué preciso alojarse en una docena de casas, que serian las conquistadas.

No fué menos viva la accion en el centro. Los cazadores del Vistula, dirigidos por un destacamento de oficiales y soldados de ingenieros, lanzáronse á su vez sobre la brecha practicada en el convento de Santa Engracia, y aun cuando tenían que recorrer al descubierto para llegar hasta ella un espacio de ciento veinte toesas, atravesáronlo bajo un fuego vivísimo, y escalaron la brecha sin otra dificultad que la del fuego de fusilería de los insurgentes, porque es de advertir, que el extraordinario valor de los españoles detrás de las murallas, no llegaba, sin embargo, hasta el punto de detenerse á recibirlos con las puntas de las bayonetas. Los valientes polacos mezclados con algunos de nuestros zapadores, entraron en el convento, desalojaron de él á los que le ocupaban, desembocaron en seguida sobre la plaza de Santa Engracia, y penetrando en las casas que la rodean, llegaron hasta otro convento inmediato, del cual se apoderaron igualmente. Una vez dueños de la plaza de Santa Engracia, éranlo tambien de la gran calle de este nombre, la cual desciende perpendicularmente, lo mismo que la de Quemada, sobre el *Coso*. Mas viéronse precisados á no pasar de allí, porque sin la zapa y las minas, y sin arriesgarse á pérdidas enormes, era imposible verificarlo á causa de las muchas trincheras erizadas de cañones y vomitando metralla que tenia el enemigo en aquel punto.

Desde el convento de Santa Engracia se iba por un terreno descubierto hasta el ángulo saliente, que formaba la muralla de la ciudad. Nuestros soldados atravesaron rápidamente este espacio, sin que por una fortuna inconcebible pereciera ni un solo hombre con la esplosion de las diversas minas que estallaron á su paso por aquel punto. Desde el ángulo y hácia la izquierda, habia una linea de murallas de canto seco, con foso y un terraplen, las cuales se estendian hasta el convento de Capuchinos y la casa de la Inquisicion. Aun cuando no entraba en nuestro plan de ataque el tomar aquella de linea fortificaciones, la cual no habia sido batida en brecha, excitado el ardor de las divisiones Morlot y Musnier con un accidente imprevisto, precipitáronse sobre la linea mencionada con una temeridad inaudita. Efectivamente, los fuegos de una bateria colocada en el convento de los Capuchinos incomodaban en extremo á la division Morlot, y unos cuantos soldados del 5.º de ligeros avanzaron á paso de carga con el objeto de libertarse de ella. Siguiólos el regimiento entero, y lograron apoderarse de la bateria. Ante semejante espectáculo, el 115.º de linea, que era uno de los regimientos de nueva forma, no fué dueño de mantenerse detrás de las trincheras, y lanzándose á lo largo de la muralla principal que se estiende desde Santa Engracia al convento de Capuchinos, bajó al foso, escaló la escarpa por las troneras, y apoderándose de la artilleria, osó internarse acto continuo en la ciudad. Un populacho furioso empezó entonces á acribillar con seguros tiros á nuestros soldados desde lo alto de las casas inmediatas. Los españoles que defendian las trincheras colocadas hácia esta

parte, mostrando mas valor que los de otros puntos, se lanzaron fuera de ellas, á fin de recobrar el convento de Capuchinos. Dirigianlos los frailes, y escitábanlos las mugeres. A pesar de todo rechazáronlos nuestros soldados á la bayoneta, y se mantuvieron dueños del convento, sufriendo, sin embargo, un horrible fuego de artilleria dirigido sobre las murallas, de una porcion de partes á un tiempo. Para libertarse de él, trataron de cubrirse con algunos sacos de tierra; mas no pudiendo sostenerse mas al descubierto, viéronse obligados á volver á saltar al otro lado de la muralla, aunque no por eso la abandonaron, ni dejaron de establecerse en ella.

En aquella sangrienta jornada nuestro ejército se apoderó de toda la circunferencia de los muros. Si aquel sitio, por consiguiente, hubiera sido un sitio ordinario, en el cual estribara lo mas importante en tomar la parte fortificada de la plaza, Zaragoza se habria hallado ya en nuestro poder. Pero era preciso apoderarse de las manzanas de casas, conquistándolas una á una contra un populacho frenético, y los grandes horrores de la lucha, por tanto, empezaban desde aquel instante. Los españoles habian perdido quinientos ó seiscientos hombres, que habian sido pasados á cuchillo, unos doscientos prisioneros, y toda la linea de las murallas exteriores. Los franceses habian tenido ciento ochenta y seis muertos, y quinientos noventa y tres heridos, (1) ó sea ochocientos hombres fuera de combate; pérdida de consideracion,

(1) En esta ocasion ponemos números precisos, porque así constan de los estados existentes en el archivo de guerra.

que fué debida en gran parte al ardor excesivo de nuestras tropas, y a su heroica temeridad.

Conmovido el mismo mariscal Lanne, á vista de tan sangriento espectáculo ordenó a los oficiales de ingenieros, que no tolerasen el que los soldados volviesen á avanzar al descubierto, porque era preferible la pérdida de tiempo á la pérdida de hombres. Prescribióles además que se hiciese uso de la zapa y de la mina, y que, para economizar la sangre del ejército, se volasen los edificios. Aquel grande hombre de guerra, cuyos sentimientos humanitarios competían con su bravura, lejos de mostrarse insensible á lo que sus ojos presenciaban, sintió por el contrario una impresion profunda (1).

(1) Sus despachos al emperador, atestiguan mejor que nada el sentimiento que experimentó en aquella época. En ellos se leen las palabras siguientes: «Jamás he visto, señor, un encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de esta plaza. He visto á las mugeres dejarse matar delante de la brecha. Cada casa requiere un nuevo asalto. Si no tomásemos las mayores precauciones, nuestra pérdida seria inmensa, puesto que la ciudad cuenta con treinta ó cuarenta mil hombres, sin contar los habitantes. Nuestras tropas ocupan el terreno que media desde Santa Engracia á Capuchinos, donde hemos cogido quince cañones.

«A pesar de mis reiteradas órdenes para que los soldados no avanzasen mucho, no ha sido posible contener su ardor, lo cual ha hecho que hayamos tenido doscientos heridos mas de los regulares. Cuartel general delante de Zaragoza, 23 de enero de 1809.»

«...El sitio de Zaragoza en nada se parece á nuestras anteriores guerras. Para tomar las casas nos vemos precisados á hacer uso del asalto, ó de la mina. Estos

La ocupacion de tres puntos sobre la muralla ahorraba á nuestras tropas el trabajo de dar un nuevo ataque hácia el edificio de la Inquisicion, puesto que debiendo procederse ya á desalojar á los españoles de las casas, era asaz poco importante un punto en el cual no estribaba ya la fuerza de su defensa. Dejose, pues, á la division Morlot de observacion sobre la izquierda, y con las divisiones Musnier y Grandjeau de la fuerza de unos nueve mil hombres, se procedió por medio de la zapa y de la mina á la conquista de cada casa, mientras que el general Gazan activaba sus trabajos sobre el arrabal de la orilla izquierda, á fin de quitar este último asilo á la poblacion. Al efecto, enviosele, parte de la artilleria de sitio, la cual no hacia ya falta desde que se habia franqueado la muralla, abriendo brecha, y mucho menos desde que habia que combatir de calle á calle.

Las dos divisiones Musnier y Grandjeau divi-

desgraciados se defienden con un encarnizamiento, del cual no es fácil formarse una idea. *En una palabra, señor, esta es una guerra que horroriza.* La ciudad arde en este momento por cuatro puntos distintos, y llueven sobre ella centenares de bombas; pero nada basta para intimidar á sus defensores. Al presente trato de apoderarme del arrabal, que es un punto importantísimo. Asi que siga en nuestro poder, espero que la ciudad no resistirá largo tiempo.

«...Unos cuantos miles de paisanos han querido atacar ayer á los cuatrocientos hombres, que habian quedado en Amurria. El general Dumonstier ha partido contra ellos de órden mia con mil hombres, doscientos caballos y cuatro piezas. Estoy seguro que habrá destruido ó dispersado á toda esta canalla, tan valiente dentro de los muros como miserable en la llanura.»

diéronse en dos mitades de cuatro mil quinientos hombres cada una, y se relevaban una á otra en aquella lucha atroz, la cual exigía que se trabajase alternativamente en la zapa, ó combatir cuerpo á cuerpo en muy angostos espacios. Jamás se vió cosa semejante ni aun en la época en que la guerra se hallaba casi enteramente reducida á los cercos. Los españoles habian atrincherado las puertas y las ventanas de las casas, hecho en ellas cortaduras para comunicarse interiormente, y aspillerado las paredes de modo que pudiera hacer fuego sobre las calles, que, á mayor abundamiento, estaban obstruidas de distancia en distancia por trincheras erizadas de cañones. Así es, que en el instante mismo en que nuestros soldados se presentaban, eran recibidos por un granizo de balas dirigidas contra ellos desde los pisos superiores y los tragaluces de los sótanos, al propio tiempo que por la metralla de las trincheras. A veces, y con el fin de obligar á los españoles á dispendiar sus fuegos, entreteníanse en presentar desde una ventana un shakó colocado sobre la punta de una bayoneta, el cual quedaba al punto acerbillado por las balas (1). No habia, pues, otro recurso que caminar como ellos de casa en casa, avanzar á cubierto contra un enemigo que lo estaba tambien, y proceder con lentitud, á fin de no perder todo el ejército en un combate de especie tan horrible. De aquí no podia menos de resultar una larga y encarnizada lucha.

(1) Este hecho lo he oído de boca del ilustre y eternamente inolvidable mariscal Bugeaud capitan de granaderos en el sitio de Zaragoza, y el cual me referia aun pormenores, pocos dias antes de su muerte.

Exasperados los españoles hasta el mas alto grado con la agravacion del peligro, y mostrándose verdaderamente frenéticos, ya no se contentaban con mantenerse á la defensiva, y aspiraban á recobrar lo que habian perdido. En el centro pretendian reconquistar el convento de Capuchinos para atacar la posicion de Santa Engracia. Por el lado de la derecha, habian permanecido dueños de los conventos de Santa Mónica y los Agustinos, contiguos á las dos brechas que nosotros habiamos ocupado, y desde allí hacian esfuerzos increíbles para desalojarnos de ellas. Los frailes, mas activos que nunca, y secundados por unas cuantas mugeres entusiastas, de esas á quienes su natural irritable las impele cuando se entregan á la violencia á que sean mas feroces que los hombres mismos, conducian al fuego bandadas compuestas de los insurgentes mas fanáticos, y de la gente mas resuelta de la tropa delinea. Así es que despues de intentar en el ataque del centro abrir brecha con su artilleria en el convento de Capuchinos, que habia caído en nuestro poder, llevaron su arrojó hasta el punto de lanzarse al asalto á descubierto. Nuestros veldados solvieron á rechazarlos á la bayoneta, y esta vez les quitaron de tal modo toda esperanza de triunfo, que perdieron la afición á tentativas semejantes.

La conquista comenzada hácia Santa Engracia prosiguió inmediatamente. Desde este convento partia una calle bastante espaciosa que llevaba su mismo nombre, y la cual conducia directamente al *Coso*. En ambos lados de ella habia enormes edificios: á la derecha (de los franceses) veíanse el convento de las Hijas de Jerusalem y el hospital de locos; á la

izquierda el convento de San Francisco. Una vez tomados estos edificios, ya era posible desembocar en el *Coso*, y quedaba en nuestro poder la principal y mas ancha calle de lo interior.

Nuestros soldados empezaron, pues, á caminar de casa en casa por ambos lados de la mencionada calle, á fin de llegar sucesivamente á los vastos edificios que importaba ocupar. Cuando se lograba entrar en una de ellas, ora por las aberturas que habian practicado los españoles, ora por las que hacian nuestras mismas tropas, lanzábanse estas sobre los defensores á la bayoneta, pasábanlos por las armas si lograban darles alcance, ó se limitaban únicamente á desalojarlos. Frecuentemente solian dejar, sin embargo, detrás de sí, bien en los sótanos ó bien en los desvanes, algunos tenaces enemigos que se obstinaban en quedar en las casas cuyo primero y segundo piso habian sido ya conquistados, y entonces confundíanse unos con otros, y nuestros soldados tenian bajo sus pies ó sobre su cabeza combatientes que disparaban á través de los pisos, y los cuales, acostumbrados á aquella clase de guerra, y familiarizados con los peligros que ofrecia, desplegaban una inteligencia y un valor que no se les habia visto en la llanura. Nuestros soldados á fuer de valientes en toda especie de combate, y ganosos de abreviar la lucha, empleaban entónces diversos medios. A veces solian poner sacos de pólvora en las casas, cuyo primer piso habian conquistado, y hacian saltar los techos y á los defensores que los ocupaban. En otras hacian uso de la mina, y entonces volaba el edificio entero. Mas cuando la destruccion era muy grande, veíanse obligados á marchar á descubierto

de los tiros de fusil, y la esperiencia de algunos dias les enseñó ademas á no cargar la mina con exceso, y no hacer mas estrago que el preciso para abrir una brecha.

De esta suerte prosiguieron avanzando por la calle de Santa Engracia hasta llegar al convento de Jerusalem, en el cual se trató de penetrar por medio de la mina. Nuestros minadores no tardaron en notar que por el lado inverso trataba de hacer otro tanto el enemigo, y adelantándose á cargar sus hornillos, dejaron sepultados á los españoles en la mina que ellos habian practicado. En seguida abrióse una brecha en el convento, y penetrando en él á la bayoneta, mataron los franceses un considerable número de hombres, y cogieron unos cuantos prisioneros. Desde el convento de Jerusalem se pasó al hospital de locos, el cual se hallaba igualmente á la derecha de la calle de Santa Engracia. Era preciso, empero, abrir un camino cubierto que condujera al lado izquierdo de la calle, á fin de llegar al gigantesco convento de San Francisco, cuya posesion debia facilitarnos la entrada en el *Coso*, de consiguiente, empezóse á minar en esta direccion.

Mientras que en el ataque del centro se iba marchando de convento en convento hacia el *Coso*, disputabase y obteníase el triunfo en el ataque de la derecha por los mismos medios. Los conventos de Santa Mónica y los Agustinos habian caido en nuestro poder, contraminando á los españoles y dejándolos sepultados entre las ruinas; este éxito debimoslo á la inteligencia y habilidad de nuestros minadores. En seguida habíase continuado avanzando por las calles de Santa Mónica y de San

Agustin. Los españoles habian imaginado un nuevo expediente para retardar nuestros progresos; á saber, el de incendiar sus casas, las cuales ardian lentamente, é impedian por esta razon que se penetrase en ellas. Cuando tal se hacia, veianse nuestros soldados en la precision de caminar por las calles, cubriéndose con sacos de tierra. Mas los primeros hombres que se presentaban antes de resguardarse con los espaldones, quedaban, á ciencia cierta, muertos ó gravemente heridos. Al mismo tiempo, y penetrando por una de las dos brechas practicadas en el ataque del flanco derecho, avanzaba una parte de nuestras tropas por las calles de Santa Mónica y San Agustin hacia el *Coso*, al paso que por la otra brecha, y tomado la calle de Quemada, se dirigian al mismo punto nuevas fuerzas, pasando del uno al otro lado, ora por debajo de tierra con auxilio de la mina, ora á descubierto y resguardadas con espaldones. De esta manera logramos llegar por aquellas diversas calles á dos grandes edificios que lindaban con el *Coso*, y de los cuales formaba el fondo el uno, y el otro se hallaba á un costado. Allí hubo que luchar en valor, en artificio, en la violencia de los medios, mirando unas veces, contraminando otras, y tan pronto atacándose á la bayoneta, como disparándose á quemaropa. En aquellos mil combates, singulares y extraordinarios hasta un punto que no puede concebirse, nuestros soldados llevaban casi siempre la ventaja, merced á su osadia é inteligencia; y si bien es verdad que sucumbia frecuentemente un número considerable, consistia solo en que, impacientes por lanzarse al ataque, se presentaban á descubierto ante un enemigo que siempre esta-

ba resguardado. Desde que habia empezado la guerra de las casas, perdíamos, cuando menos, cien hombres entre muertos y heridos; pero los españoles, que tenian que arrostrar el doble peligro del fuego y de la epidemia, veian entrar diariamente en sus hospitales hasta el número de cuatrocientos hombres. En uno de estos ataques fué donde murió herido de un balazo en la frente el bizarro y hábil general Lacoste. El coronel Rogniat le reemplazó en el mando, y fué herido á su vez. El gefe de batallón Haxo, lo fué igualmente.

Las operaciones de esta especie absorbieron el tiempo trascurrido desde el 26 de enero, dia del asalto general, hasta el 7 de febrero, en el cual se atacó por fin el arrabal de la margen izquierda. El mariscal Lannes habia ordenado al general Gazan que desplegase la mayor actividad hacia el mencionado punto, y este gefe, sin apearse del caballo á pesar de hallarse enfermo, y secundado por el coronel Dode, se halló bastante cerca del arrabal en la jornada del 7 para batir en brecha el convento vastísimo de Jesus, el cual no estaba lejos del Ebro y si muy próximo á otro cuya posesion debia ser decisiva para la conquista del arrabal. El dia 7 logróse, en efecto, que jugaran veinte piezas de artillería de grueso calibre, abrir con ellas al cabo de dos horas una ancha brecha en el convento que deseábamos tomar, y desalojar de él á cuatrocientos españoles que lo ocupaban. Acto continuo lanzóse sobre el edificio una columna de cazadores, la cual tardó bien poco en apoderarse de sus claustros. Habiendo querido, empero, por un exceso de ardor, franquear aquel y dirigirse mas allá, ora sobre las casas del arrabal, ora sobre el segundo

convento, cuya conquista era de tanta importancia, vióse precisada á retroceder: en vista de lo cual decidióse dirigir desde el convento que se hallaba en poder de nuestras tropas los trabajos de aproximación al segundo, que era el de San Lazaro, y el cual se hallaba situado á la orilla del Ebro, y apoyado en la cabeza misma del puente grande por uno de sus extremos. Desde allí podíase muy bien hacerse dueños del puente, cortar la retirada á los defensores del arrabal, y apoderarse de él con una sola embestida. Toda la artillería de la orilla derecha fué enviada al instante al general Gazan para que ejecutase lo antes posible operación tan importante.

En lo interior de la ciudad continuaba la guerra subterránea que ya hemos descrito con el mismo encarnizamiento. Con todo, así de una parte como de otra empezaban á sentirse ya los padecimientos cruelmente. La epidemia se enconaba terriblemente dentro de los muros de Zaragoza. Mas de quince mil hombres, de los cuarenta mil que contribuían á la defensa, se hallaban ya en los hospitales. Los habitantes inactivos morían sin que nadie se cuidase de ellos. Faltaba el tiempo para enterrar los cadáveres y recoger los heridos. Dejábales en medio de los escombros, desde los cuales esparcían una infestación horrible. El mismo Palafox, á quien había invadido la enfermedad reinante, hallábase á las puertas de la muerte, sin que la firmeza del mando se resintiese por ello. Los frailes, que tanta influencia ejercían sobre aquel, proseguían siendo todopoderosos sobre el populacho, y mandaban ahorcar á todos los individuos acusados de desfallecimiento. La mayoría

de la población pacífica profesaba un profundo horror á semejante régimen, sin atreverse á demostrarlo. Los desgraciados de Zaragoza erraban como sombras en el seno de la ciudad desolada.

Cuando se llega á tal extremo, nadie piensa mas que en los padecimientos propios, sin cuidarse de medir la estension de los del enemigo, lo cual impide apreciar exactamente la situación. Ignorando, pues, nuestros soldados lo que pasaba en lo interior de Zaragoza, y viendo que despues de cuarenta y tantos dias de lucha solamente habían logrado conquistar dos ó tres calles, preguntábanse unos á otros qué iba á ser de ellos si la ciudad entera había de ser conquistada por medios análogos.—Todos vamos á perecer aquí, decían. ¿Habrás visto jamás modo semejante de hacer la guerra? ¿En qué piensan nuestros gefes? ¿Han olvidado su oficio? ¿Por qué no se aguarda á que lleguen nuevos refuerzos y nuevo material para enterrar á esos furiosos bajo las bombas, en vez de hacer que nos vayan matando uno á uno por la triste gloria de apoderarse de algunos sótanos y de unos cuantos desvanes? ¿No podría dispensarse de una manera mas útil para el emperador nuestra vida, que segun dicen, le debemos, y la cual no rehusamos sacrificar por é?—Tal era el lenguaje que usaba en los vivaques todas las noches, la mitad de las divisiones Grandjeau y Musnier, á la cual le tocara el turno de reposo. Lannes procuraba y conseguía calmarlos y reanimarlos con sus palabras.—Cierto, que sufris extraordinariamente, amigos míos, les decía: mas, ¿creéis acaso que el enemigo se halla libre de padecimientos? Para un hombre que vosotros perdais, él pierde

cuatro. ¿Suponeis, por ventura, que ha de defender todas sus calles con el mismo teson que ha defendido algunas de ellas? Su energia tiene un término, y dentro de pocos dias os vereis triunfantes y poseedores de una ciudad, en la cual tiene cifradas la nacion española todas sus esperanzas. Vamos, amigos míos, valor, añadia: haced unos pocos esfuerzos mas, y dentro de poco habreis tocado el fin de todas vuestras penas, y de todos vuestros trabajos. — El heroico mariscal, sin embargo, estaba muy lejos de pensar lo que le decia. General para con ellos, pero soldado para con el emperador, escribale que ignoraba cuando terminaria aquel terrible sitio, y que era imposible designar un término, por cuanto habia casa cuya conquista se llevaba dos ó tres dias.

Esto no obstante, ni Lannes ni sus soldados se mostraban menos activos ni menos animosos. En el ataque del centro, y mientras se estaba abriendo paso desde el hospital de locos al vasto convento de San Francisco, échase de ver que los sitiados minaban también por el lado donde se hallaban. En esta atencion cargóse nuestra mina con tres mil libras de pólvora, y á fin de que los estragos fuesen mayores, fingióse un ataque abierto con la intencion de atraer mayor número de enemigos. Centenares de españoles ocuparon inmediatamente todos los pisos, y nos aguardaban á pie firme. Dando entonces orden el mayor de ingenieros Breuille para que se prendiese fuego á la mina, oyóse de allí á poco una espantosa explosion que estremeció á la ciudad entera, y una compañía del regimiento de Valencia voló por los aires sin que se libertara ni un soldado con los res-

tos del convento de San Francisco. Todos los corazones se hallaban helados de espanto. Acto continuo lanzáronse nuestras tropas á la bayoneta al través de los escombros, del incendio y de las balas, y lograron desalojar á los españoles. Habiéndose, empero, refugiado muchos en un campanario y sobre el tejado de la iglesia del convento, practicaron una abertura desde la cual arrojaban tantas granadas de mano á nuestras tropas, que las obligaron á retroceder por un instante. Con todo, habíamos quedado ya dueños del puesto, y á pesar de todas sus resistencias, nos hallábamos, por fin, al lado del *Coso*. Sin perder momento, procedióse á minar nuevamente para pasar por debajo, y para hacer saltar con explosiones todavía mas terribles ambos lados de aquel paseo público.

Por el ataque de la derecha habíamos logrado igualmente llegar á él, siguiendo la calle de Quemada, la de Santa Mónica y la de San Agustin. Nuestras tropas habian tomado el colegio de los Esculapios, minaron en seguida el vasto edificio de la Universidad, y se dirigieron parte de ellas hácia el Ebro, para cooperar al ataque del arrabal. El dia mismo en que éste cayese en nuestro poder, debia estallar la mina de la Universidad.

Era el 18 de febrero. Cincuenta dias habian trascurrido ya desde que nos hallábamos atacando á Zaragoza; de ellos habíamos invertido veinte y nueve en penetrar por sus murallas, veinte y uno en avanzar por sus calles, y se aproximaba el momento en que, agotado el valor del enemigo, debia encontrar en algun gran incidente del cerco una razon decisiva para rendirse. En el mismo dia 18 debia estallar la mina de la Universidad, y

nuestras tropas apoderarse en el arrabal del convento, cuyas paredes tocaban al puente del Ebro. El mariscal Lannes, montado en su caballo, y llevando al lado suyo al general Gazan, mandó dar principio al ataque del arrabal por la mañana. Las murallas, construidas con ladrillo, tenían cuatro pies de espesor. A las tres de la tarde habíase ya conseguido abrir brecha. Un batallón del 28.º y otro del 103.º se lanzaron sobre ella á paso de carga, y penetraron dando muerte á trescientos ó cuatrocientos españoles. Si la brecha hubiese sido bastante ancha para permitir el paso á toda la división Gazan, otro tanto les hubiera sucedido á los siete mil hombres que defendían el arrabal, por cuanto se podía pasar muy bien del convento al puente, é interceptar así el paso de aquel á la ciudad. Con todo, introdujose toda la fuerza que se pudo, y desde el convento se pasó al puente. Viendo la guarnición del arrabal que se le había cortado la retirada, intentó abrirse camino, lanzando tres mil hombres sobre el puente. Al llegar cerca de nuestras tropas quisieron estas detenerlos; y mezclándose las unas con los otros, logróse acuchillar algunos, y gran parte consiguieron pasar al otro lado. Los cuatro mil restantes que se quedaron en el arrabal se vieron obligados á entregarlo y á deponer las armas.

Esta operacion brillante y decisiva, dirigida por el mariscal Lannes, no nos costó mas que diez muertos y cien heridos. Merced á ella, habíase quedado la poblacion sin su asilo principal, y la ciudad espuesta á todos los fuegos de la orilla izquierda. En tanto que se efectuaba en el arrabal este acontecimiento, las tropas del general Gazan,

que se mantenian firmes sobre las armas, aguardaban el momento en que la mina de la Universidad estallase, para precipitarse sobre sus ruinas. El edificio se voló efectivamente, á impulsos de una carga de mil quinientas libras de pólvora con un estruendo horrible, y lanzándose al punto al asalto el 14.º y el 14.º de línea, se apoderaron de la cabeza del *Coso*, y de los dos costados. En el ataque del centro, solamente faltaba un dia para destruir por los mismos medios el paseo.

Por obstinado que fuese el valor de aquellos frailes y de aquellos paisanos, que habian trocado con regocijo la monotonía del convento ó la ruda vida de los campos por las emociones de la guerra, su furor no era posible que se conservase entero ante los repetidos reveses del 18. Escasamente quedarian en pie una tercera parte de los que combatian. Los habitantes pacíficos se hallaban entregados á la mas honda desesperacion. Palafox estaba moribundo: cediendo al fin la junta de defensa á tantas calamidades reunidas, resolvió capitular, y envió, al efecto, un parlamentario que se presentó á nombre de Palafox. Los infortunados defensores de Zaragoza habian repetido tantas veces que los ejércitos franceses se hallaban derrotados, que acabaron por creerlo. El parlamentario se presentó, pues, á solicitar que se les permitiese mandar un emisario á las cercanías de Zaragoza para saber si los ejércitos españoles estaban dispersos, y si la resistencia de aquella desgraciada ciudad era realmente inútil. Lannes respondió, que jamás daba su palabra en vano, ni para un ardid de guerra, y que debia creérsele, por ende, cuando afirmaba que los españoles se encontraban vencidos

desde los Pirineos hasta Sierra Morena; que los restos del ejército de la Romana habían caído en nuestro poder; que los ingleses se habían embarcado; y que el duque del Infantado ya no tenía ejército. A esto añadió, que era preciso que se rindiesen sin condiciones, porque de lo contrario haría estallar al siguiente día todo el centro de la ciudad.

En la mañana del 20, la junta se dirigió al campo y consintió en la rendición de la plaza. Convino en que los restos de la guarnición saldrían por la puerta principal, esto es por la del Portillo, en que depondrían las armas, y en que serían prisioneros de guerra, á menos que no quisiesen pasar al servicio del rey José.

El 21 de febrero desfilaron diez mil infantes y dos mil ginetes, pálidos, flacos, abatidos, por delante de nuestros soldados, que se conmovieron de piedad al verlos, y los cuales entraron en seguida en la ciudad infortunada, cuyo aspecto tan solo ofrecía ruinas llenas de cadáveres en estado de putrefacción. De cien mil habitantes, entre vecinos y refugiados en los muros de Zaragoza, cincuenta y cuatro mil habían perecido. Una tercera parte de los edificios de la ciudad estaban arruinados; las otras dos, acribilladas de balas, anegadas en sangre, é infestadas de mortales miasmas. El corazón de nuestros soldados se conmovió profundamente. Y eso que ellos también habían sufrido crueles pérdidas. De catorce mil hombres que habían tomado parte activa en el cerco, tuvieron mas de tres mil fuera de combate. De cuarenta oficiales de ingenieros habían sido muertos ó heridos veinte y siete, contándose entre los primeros el ilustre y

desgraciado Lacoste. La mitad de los soldados del mismo cuerpo habían sucumbido. Ningun otro sitio podía presentar la historia moderna que se pareciese al cerco de Zaragoza; para encontrar en la antigua escenas semejantes á las que allí ocurrieron, era preciso remontarse á tres ejemplos, como Numancia, Sagunto ó Jerusalem. Y á decir verdad, aun sobrepujaba el horror del acontecimiento moderno, al horror de los acontecimientos antiguos, á causa del poder de los medios de destrucción inventados por la ciencia. ¡Tales son las tristes consecuencias del choque de los grandes imperios! Los principes y los pueblos suelen engañarse, ha dicho un escritor antiguo, y millares de víctimas sucumben inocentemente por su error.

La resistencia de los españoles fué prodigiosa, principalmente por la obstinacion, y atestiguó que se hallaban dotados de tanto valor natural, como falta de valor adquirido, que es el que constituye la fuerza de los ejércitos regulares, revelaba su conducta en campo raso. Pero el valor de los franceses, que en número de quince mil hombres atacaron á cuarenta mil enemigos atrincherados, era mucho mas extraordinario aun, puesto que se batían sin ferocidad, sin fanatismo, y únicamente por aquel ideal de grandeza, cuyo emblema glorioso eran entonces sus banderas.

Tal fué el fin que tuvo en la Península esta segunda campaña, la cual empezó en Burgos, Espinosa y Tudela, y fué notable por la presencia de Napoleón en España, por la retirada precipitada de los ingleses, y por una nueva y aparente sumision de los españoles al rey José. Los maniobras de Napoleón eran admirables, y lo mismo sus tropas:

con todo, por grandes que fuesen los resultados, estaban muy lejos de igualar á los que habíamos obtenido contra las tropas sábiamente organizadas del Austria, de la Prusia y de la Rusia. No parecía sino que tanta ciencia, tanta esperiencia, y tanta bravura, habían fracasado contra la inesperencia y la desorganizacion de los ejércitos españoles, como la habilidad de un maestro de armas se estrella á veces contra la torpeza de un hombre que en su vida manejó la espada. Los españoles no se sostenían firmes en campo raso, sino que antes bien huían, abandonando sus fusiles, sus cañones y sus banderas; mas no se lograba cogerlos, y restaba que vencer, por tanto, sus vastas llanuras, sus árdidas montañas, su clima devorador, su odio al extranjero, y su afición á volver á empezar un género de aventuras, en las que solo habían experimentado la pena de huir, lo cual era fácil á su agilidad y á su desnudez: ¿de vez en cuando, restaba también que vencer alguna resistencia detrás de las murallas, como la de Zaragoza! Verdad es, sin embargo, que Zaragoza era el esfuerzo último de aquel género, que habia que temer de parte de los españoles. Por infatigables y ciegos que fuesen, podíase, al fin, cansarlos, iluminarlos, y hacer que apreciase las ventajas del gobierno que les llevaba Napoleón por intermediacion de su hermano. Después de los acontecimientos de Espinosa, Tudela, Somosierra, la Coruña, Uclés y Zaragoza, mostrábanse, en efecto, abatidos y desalentados, momentáneamente al menos; y á no ser que la política general acudiese en su auxilio á fuerza de nuevas complicaciones, iban á ser otra vez regenerados por una dinastía estrangera. Pero el secreto

del destino no se habia penetrado hasta entonces, y era impenetrable. Habiendo recibido Napoleón una carta del príncipe Cambaceres, el cual le manifestaba sus deseos de que le fuese el año próximo, habíale contestado: para que podáis manifestarme ese mismo deseo otras treinta veces, *es preciso ser cuerdo*. Mas, después de haber comprendido que la cordura era necesaria, ¿sabría él serlo? En esto, repetimos, estrivaba la cuestión, la cuestión única. Solamente en sus manos, después que en las de Dios, se hallaba el destino de los españoles, de los alemanes, de los polacos, de los italianos, y desgraciadamente, el de los franceses también.

Mientras que sus ejércitos, después de haber tomado un corto tiempo de reposo, se aprestaban para dirigirse, el del mariscal Soutt de la Coruña á Lisboa, el del mariscal Victor de Madrid á Sevilla, y el de Aragon de Zaragoza á Valencia, bueno será que nosotros sigamos á su persona desde las cimas de Guadarrama á las márgenes del Danubio; desde Somosierra á Essling y á Wagram. Por ende todavía le era lícito esperar algunos días felices, por que aun era tiempo de ser cuerdo, y las últimas faltas, las faltas irremediables, no se habian aun cometido. No era imposible, en efecto, por mas que fuese dudoso, á juzgar por la marcha que imprimia á las cosas, que la España fuese regenerada por sus manos, que la Italia se emancipase de los austriacos, que la Francia se conservase tan grande como él la habia hecho, y que su tumba se encontrase en las márgenes del Sena, sin haber reposado ni un momento á las estremidades del Océano.



INDICE.



PÁGS.

LIBRO TREINTA Y UNO.

BAILÉN.

Situación de España durante los acontecimientos de Bayona.—Espíritu de que se hallaban animadas las diversas clases de la nación.—Indignación sorda pronta á estallar al menor incidente.—Publicación oficial de las abdicaciones arrancadas á Fernando VII y á Carlos IV.—Efecto prodigioso de esta publicación.—Insurrección simultánea de Asturias, Galicia, Castilla la Vieja, Extremadura, Andalucía, y de los reinos de Murcia, Valencia, Cataluña y Aragón.—Formación de juntas rebeldes, declaración de guerra á la Francia, levantamiento general y asesinatos de varios generales.—Primeras medidas adoptadas por Napoleón para reprimir la insurrección.—Regimientos aguerridos sacados de París y de los campamentos de Bolonia y de Bretaña.—Envío de tropas polacas á la Península.—Reprime

el general Verdier el movimiento de Logroño, el general Lassalle el de Valladolid, y el general Frère el de Segovia.—El general Lefebvre-Desnoettes, a la cabeza de una columna, compuesta en su mayor parte de caballería, dispersa á los aragoneses en Tudela, Mallen y Alagon viéndose precisado luego á detenerse delante de Zaragoza.—Acciones por el general Duhesme en las cercanías de Barcelona.—Marcha del mariscal Moncey sobre Valencia, y residencia del mismo en Cuenca.—Movimiento del general Dupont sobre Andalucía.—El mismo general encuentra á los insurgentes de Córdoba en el puente de Alcolea, logra deshacerlos, derriba las puertas de aquella ciudad y penetra en ella á viva fuerza.—Saqueo de Córdoba.—Matanza de los enfermos y heridos franceses en todas las calles.—Detencion del general Dupont en Córdoba.—Peligrosa situacion de la escuadra del almirante Rosily en Cadiz, aguardando á los franceses, que al fin no llegan.—Atacada en la rada de esta ciudad por los españoles, se ve obligada á rendirse después de la mas viva resistencia.—Rodeado por los insurgentes el general Dupont, hace un movimiento retrógrado para que se le incorpore el refuerzo que habia pedido, y va á tomar posicion en Andújar.—Inconvenientes de esta posicion.—Ignorancia completa que se tiene en Madrid del estado de las divisiones del ejército francés á consecuencia de la interceptacion y asesinato

de todos los correos.—Inquietud que inspiran los generales Moncey y Dupont.—Envío de la division Frère en auxilio del primero, y de la division Vedel al socorro del segundo.—Nuevos refuerzos mandados desde Bayona por Napoleon.—Columnas de gendarmeria y de guardia nacional colocadas en la frontera.—Formacion de la division Reille, destinada á levantar el bloqueo que sufría el general Duhesme en Barcelona.—Reunion de un ejército sitiador delante de Zaragoza.—Formacion de una division de tropas aguerridas al mando del general Mouton, para contener el Norte de la Peninsula, y escoltar al rey José.—Entrada de éste en España.—Lentitud de su marcha.—Llénase José de tristeza al ver á todos sus súbditos sublevados contra él.—Acontecimientos militares en las provincias de su tránsito.—Golpe infructuoso sobre Zaragoza.—Reunion de las tropas insurgentes del Norte bajo el mando de los generales Blake y Cuesta.—Movimiento del general Bessieres hácia ellos.—Batalla de Rioseco, y brillante victoria del general Bessieres.—Bajo los auspicios de esta victoria, apresura el rey José su entrada en Madrid.—Acogida que tuvo en la capital.—Acontecimientos militares en el Mediodia de España.—Campana del general Moncey en el reino de Valencia.—Paso por el desfiladero de las Cabrillas.—Ataque infructuoso contra Valencia.—Retirada por el camino de Mur-

cia.—Importancia de los acontecimientos de Andalucía.—La division Gobert recibe órdenes para secundar á la de Vedel y socorrer al general Dupont.—Situacion de éste en Andújar.—Dificultades que encuentra para proporcionar viveres á sus tropas.—Calores escesivos.—Vedel toma posicion en Bailen despues de atravesar á viva fuerza los desfiladeros de Sierra Morena.—Establécese Gobert en la Carolina.—Obstinacion del general Dupont en permanecer en Andújar.—Reunidos los insurgentes de Granada con los de otros de diferentes puntos de Andalucía, preséntanse el 15 de julio delante de Andújar y atacan esta posicion sin obtener un gran resultado.—Vedel que se habia apresurado á dirigirse intempestivamente desde Bailen á Andújar, recibe orden para regresar en tiempo poco oportuno desde Andújar á Bailen.—Mientras esta ciudad queda libre de las tropas francesas, atraviesa á viva fuerza el Guadalquivir el general español Reding, y habiéndose opuesto á su paso el general Gobert, muere en el campo de batalla.—Reemplazo de Gobert por el general Dufour.—Dando crédito á rumores falsos, referentes á que los españoles se habian dirigido por un camino de travesía á los desfiladeros de Sierra Morena, los generales Vedel y Dufour, se apresuran á marchar hácia la Carolina, volviendo á dejar descubierto á Bailen.—Consejo de guerra en el campo de los insurgentes.

—Decidese en él atacar el último de aquellos puntos, atendidas las dificultades que ofrece la toma de Andújar.—Atacada Bailen á consecuencia de esta decision, es ocupada sin resistencia.—Sabedor de esta noticia el general Dupont, pónese inmediatamente en marcha hácia esta ciudad.—Encuentra en ella el grueso de los insurgentes.—Batalla desgraciada de Bailen.—Imposibilitado el general Dupont de forzar las filas enemigas para incorporarse á sus lugartenientes, se ve obligado á pedir una suspension de armas.—Tardío é inútil regreso de los generales Dufour y Vedel sobre Bailen.—Conferencias que produjeron la desastrosa capitulacion de Bailen.—Violacion de estas capitulaciones al muy corto tiempo de haber sido firmadas.—Retiènese prisioneros á los franceses que debian ser conducidos á Francia, con libertad de poder continuar luego sus servicios.—Barbaros tratamientos que experimentaron.—Funestos efectos de esta noticia en toda España.—Entusiasmo de los españoles y abatimiento de los franceses.—Espantado el rey José con la nueva de estos acontecimientos resuelve abandonar á Madrid.—Retirada del ejército francés sobre el Ebro.—El general Verdier que logra penetrar en Zaragoza á viva fuerza, y hacerse dueño de parte de la ciudad, se ve obligado á evacuarla para incorporarse al ejército francés en Tudela.—El general Duhesme, despues de una infruc-

tuosa tentativa contra Gerona, se ve precisado á encerrarse en Barcelona sin haber podido ser auxiliado por el refuerzo del general Reille.—Reaccion producida por estos acontecimientos en Portugal.—Alzamiento general de los portugueses.—Esfuerzos del general Junot para reprimir la insurreccion.—Prontitud con que acude el gobierno británico á secundar la insurreccion de Portugal.—Envío de otros muchos cuerpos de ejército á la península.—Desembarco de sir Arturo Wellesley en la embocadura del Mondego.—Marcha del mismo sobre Lisboa.—Brillante accion dada por tres mil franceses contra quince mil ingleses á Rolica.—Apresúrase Junot á salir al encuentro de los ingleses con escaso é insuficiente número de fuerzas.—Batalla desgraciada de Vimeiro.—Capitulacion de Cintra, estipulando la evacuacion de Portugal.—Réstales ya únicamente á los franceses de toda la Península el terreno que media entre el Ebro y los Pirineos.—Desesperacion del rey José y vivos deseos que manifiesta de regresar á Nápoles.—Sentimiento que espresa Napoleon, pronta y cruelmente castigado de sus faltas.

LIBRO TREINTA Y DOS.

ERFURT.

Hallándose Napoleon viajando por las provincias meridionales del imperio, recibe

la noticia y el tenor de la capitulacion de Bailen.—Esplosion de sus sentimientos á consecuencia de esta noticia.—Orden para arrestar al general Dupont á su regreso á Francia.—Cumple Napoleon la palabra empeñada de visitar la Vendée, y es recibido por los habitantes con el mayor entusiasmo.—Llegada de Napoleon á Paris el 14 de agosto.—Irritacion y audacia del Austria, provocados por los acontecimientos de Bayona.—Esplicacion con Mr. de Metternich.—Empeño de Napoleon en obligar á la corte de Viena á que manifieste sus verdaderas intenciones, antes de tomar un partido definitivo sobre la reparticion de sus fuerzas.—Viéndose obligado Napoleon á retirar de Alemania parte de sus tropas aguerridas, consiente en evacuar el territorio de Prusia.—Condiciones de esta evacuacion.—Necesidad que experimenta Napoleon de estrechar mas que nunca sus relaciones con la Rusia.—Deseos frecuentes del emperador Alejandro por tener una nueva entrevista con Napoleon, á fin de entenderse con él de una manera directa sobre los asuntos de Oriente.—Designase á Erfurt para esta entrevista, y fijase para fines de setiembre.—Preparativos para hacerla lo mas ruidosa posible.—Napoleon, entre tanto, toma sus precauciones militares previniendo todos los resultados que pudiese tener aquella.—Estado de las cosas en España mientras Napoleon se hallaba en Paris.—Operacio-

nes del rey José.—Distribucion que hace Napoleon de sus fuerzas.—Tropas francesas é italianas, dirigidas desde el Piamonte sobre Cataluña.—Partida de los cuerpos del ejército primero y sexto de la Prusia para España.—Marcha de todas las divisiones de dragones en la misma direccion.—Esfuerzos para reemplazar en el gran ejército las tropas distraidas de él.—Nuevo alistamiento de tropas.—Gastos de armamentos.—Medios empleados para contener el de crédito de los fondos públicos.—Efectos que producen en diferentes capitales las manifestaciones diplomáticas de Napoleon.—Intimidada el Austria empieza á demostrar mas moderacion.—La Prusia acepta con satisfaccion la evacuacion de su territorio, é invoca una nueva rebaja en los impuestos pecuniarios.—Diligencia extraordinaria del emperador Alejandro en dirigirse a Erfurt.—Oposicion de su madre hacia este viage.—Llegada de los dos emperadores a Erfurt en 22 de setiembre de 1808.—Estremada corteja de sus relaciones.—Afluencia de soberanos y de personajes ilustres, asi civiles como militares de todas las capitales.—Espectáculo magnífico dado á la Europa.—Ideas políticas que Napoleon se propone que prevalezcan en Erfurt.—Sustituyese la quimera de la division del imperio turco, con la donacion inmediata á la Rusia de la Valaquia y de la Moldavia.—Efecto que produjo esta donacion en el

ánimo de Alejandro.—Corresponde éste á las miras de Napoleon; pero al conformarse con menos, quiere obtenerlo mas pronto.—Ardor que manifiesta por poseer las provincias del Danubio, escitado mas y mas por la impaciencia de su antiguo ministro, Mr. de Romanzoff.—Acuerdo de los dos emperadores.—Satisfaccion reciproca y fiestas brillantes.—Llegada de Mr. de Vincent, representante del Austria, á Erfurt.—Situacion falsa en que lo colocan Alejandro y Napoleon.—Despues de ponerse de acuerdo ambos emperadores, convienen en que se escriban los puntos acordados verbalmente.—Deseando Napoleon que de la entrevista de Erfurt salga la paz, quiere dar principio por hacer declaraciones pacíficas á la Inglaterra.—Alejandro consiente en ello, con tal que no se difiera su toma de posesion en las provincias del Danubio.—Dificultades de redactar el tratado de modo que satisfaga á ambos.—Tratado de Erfurt, firmado el 12 de octubre.—Deseando Napoleon complacer á Alejandro, concede á la Prusia una nueva reduccion de sus contribuciones.—Primera idea de un matrimonio entre Napoleon y una hermana de Alejandro.—Disposiciones que manifiesta acerca de este punto el joven czar.—Contentamiento reciproco de los dos emperadores, y separacion de ambos el 14 de octubre, despues de darse ostensibles pruebas de afecto.—Partida de Alejandro para San Petersburgo, y de Napo-

leon para París.—Llegada de este á Saint-Cloud el 18 de octubre.—Últimas disposiciones suyas antes de restituirse al ejército de España.—Tranquilizado por algun tiempo respecto al Austria, saca de Alemania un nuevo cuerpo de ejército, que es el quinto.—Conversion del gran ejército en ejército del Rhin.—Composicion y organizacion del ejército de España.—Partida de Berthier y de Napoleon para Bayona.—Estancia de Mr. de Romanzoff en París para continuar las negociaciones entabladas con la Inglaterra á nombre de la Francia y de la Rusia.—Acogida que tuvo en Lóndres el mensaje de los dos emperadores.—Esfuerzos de Mrs. de Champigny y de Romanzoff para eludir las dificultades suscitadas por el gabinete británico.—Temiendo la Inglaterra desalentar á los españoles y á los austriacos, rompe de improviso las negociaciones.—Respuesta acre del Austria á las comunicaciones procedentes de Erfurt.—Por el tenor de los manifiestos de diversas córtes, presúmese que la campaña de Napoleon en España será corta.—Combinaciones suyas para hacerla decisiva. . . . 279

LIBRO TREINTA Y TRES.

SOMOSIERRA.

Llegada de Napoleon á Bayona.—Inobservancia de algunas de sus órdenes.—Medios de que se vale para suplir esta falta.

—Partida del mismo para Vitoria.—Ardor que manifiestan los españoles en sostener una guerra comenzada con éxito.—Proyecto de armar quinientos mil hombres.—Rivalidad de las juntas provinciales, y creacion de una junta central en Aranjuez.—Direccion de las operaciones militares.—Plan de campaña.—Distribucion de las fuerzas de los insurgentes en ejércitos de la izquierda, del centro, y de la derecha.—Encuentro prematuro del cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre con el ejército del general Blake, delante de Durango.—Combate de Zornoza.—Derrota de los españoles.—Llega Napoleon á Vitoria, rectifica las posiciones de sus tropas, forma el proyecto de dejarse atacar por los dos flancos, y de marchar en seguida sobre Burgos para caer sobre Blake y Castaños, cogiéndolos por retaguardia.—Ejecucion de este proyecto.—Marcha del segundo cuerpo de ejército, al mando del mariscal Soult, sobre Burgos.—Accion de Burgos y toma de la ciudad.—Los mariscales Victor y Lefebvre, destinados á oponerse al general Blake, lo persiguen con acérrima tenacidad.—Alcánzale Victor en Espinosa y dispersa á los insurgentes.—Movimiento del tercer cuerpo de ejército, al mando del mariscal Lannes, sobre las tropas del general Castaños.—Maniobra sobre la retaguardia de estas, verificada enviando al mariscal Ney á través de las montañas de Soria.—Batalla de Tudela, y derrota de los

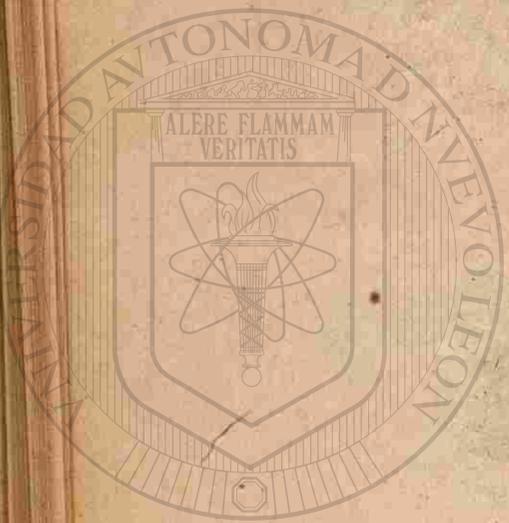
ejércitos de la derecha y del centro.—Desembarazado Napoleón de las masas de la insurrección española, avanza sobre Madrid, sin ocuparse de los ingleses á quienes desea atraer á lo interior de la Península.—Marcha hácia el Guadarrama.—Brillante combate de Somosierra.—Aparición del ejército francés al pie de los muros de Madrid.—Esfuerzos para evitar á la capital de España los horrores consiguientes á la toma por asalto.—Ataque y rendición de Madrid.—Niégale Napoleón á su hermano el permiso para entrar en la corte, y se abstiene él también de entrar.—Medidas políticas y militares de Napoleón.—Abolición de la Inquisición, de los derechos feudales, y de parte de los conventos.—Los mariscales Lefebvre y Ney reciben orden de marchar sobre Madrid, y el último se dirige desde la capital á Castilla la Vieja, para operar ulteriormente contra los ingleses.—Operaciones en Aragón y en Cataluña.—Lentitud forzosa del sitio de Zaragoza.—Campana del general Saint-Cyr en Cataluña.—Paso de la frontera.—Sitio de Rosas.—Marcha hábil para evitar las plazas de Gerona y de Hostalrich.—Encuentro con el ejército español y batalla de Cardedeu.—Entrada triunfal en Barcelona.—Salida inmediata para el campo de Llobregat y victoria de Molins del Rey.—Continuación de los acontecimientos en el centro de España.—Llegada del mariscal Lefebvre á Toledo y del

mariscal Ney á Madrid.—Noticias del ejército inglés, adquiridas por conducto de los desertores.—El general Moore, reuniéndose cerca de Benavente á la división de Samuel Baird, se dirige al encuentro del mariscal Soult.—Maniobra de Napoleón para lanzarse sobre uno de los flancos de los ingleses y derrotarlos.—Partida del mariscal Ney con las divisiones Marchaud y Maurice-Mathieu, y de Napoleón con las divisiones Lipisse y Dessoles, y la guardia imperial.—Tránsito del Guadarrama.—Tempestad, retrasos inevitables.—Avisado el general Moore del movimiento de los franceses, emprende la retirada.—Napoleón avanza hasta la ciudad de Astorga.—Decidese á establecerse en Valladolid á consecuencia de los correos recibidos de Francia.—Confía al mariscal Soult el cuidado de perseguir al ejército inglés.—Retirada del general Moore, perseguido por el mariscal Soult.—Desórdenes y devastaciones ocurridas en esta retirada.—Encuentro en Lugo.—Indecisión del mariscal Soult.—Llegada de los ingleses á la Coruña.—Batalla de la Coruña.—Muerte del general Moore y embarco de los ingleses.—Sus pérdidas en esta campana.—Últimas instrucciones de Napoleón antes de dejar la España, y partida del mismo para París.—Plan para conquistar el Mediodía de la España, después de un mes de descanso concedido al ejército.—Movimiento del mariscal Victor sobre

Cuenca á fin de purgar de una manera definitiva el centro de la España de insurgentes.—Batalla de Uclés, en la cual se hace prisionera una gran parte del ejército del duque del Infantado, antes ejército de Castaños.—José entra al fin en Madrid bajo la influencia de estos sucesos, y con el consentimiento de su hermano.—La España parece dispuesta á someterse.—Zaragoza es la única ciudad que ofrece resistencia en el Norte y en el centro de la España.—Dificultades con que se tropieza al frente de esta importante ciudad.—Envío del mariscal Lannes para acelerar las operaciones del sitio.—Vicisitudes y horrores de este sitio memorable.—Heroísmo de los españoles y de los franceses.—Rendición de Zaragoza.—Carácter y fin de esta segunda campaña de los franceses en la península.—Probabilidades de entronizamiento de la nueva monarquía. . . .

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



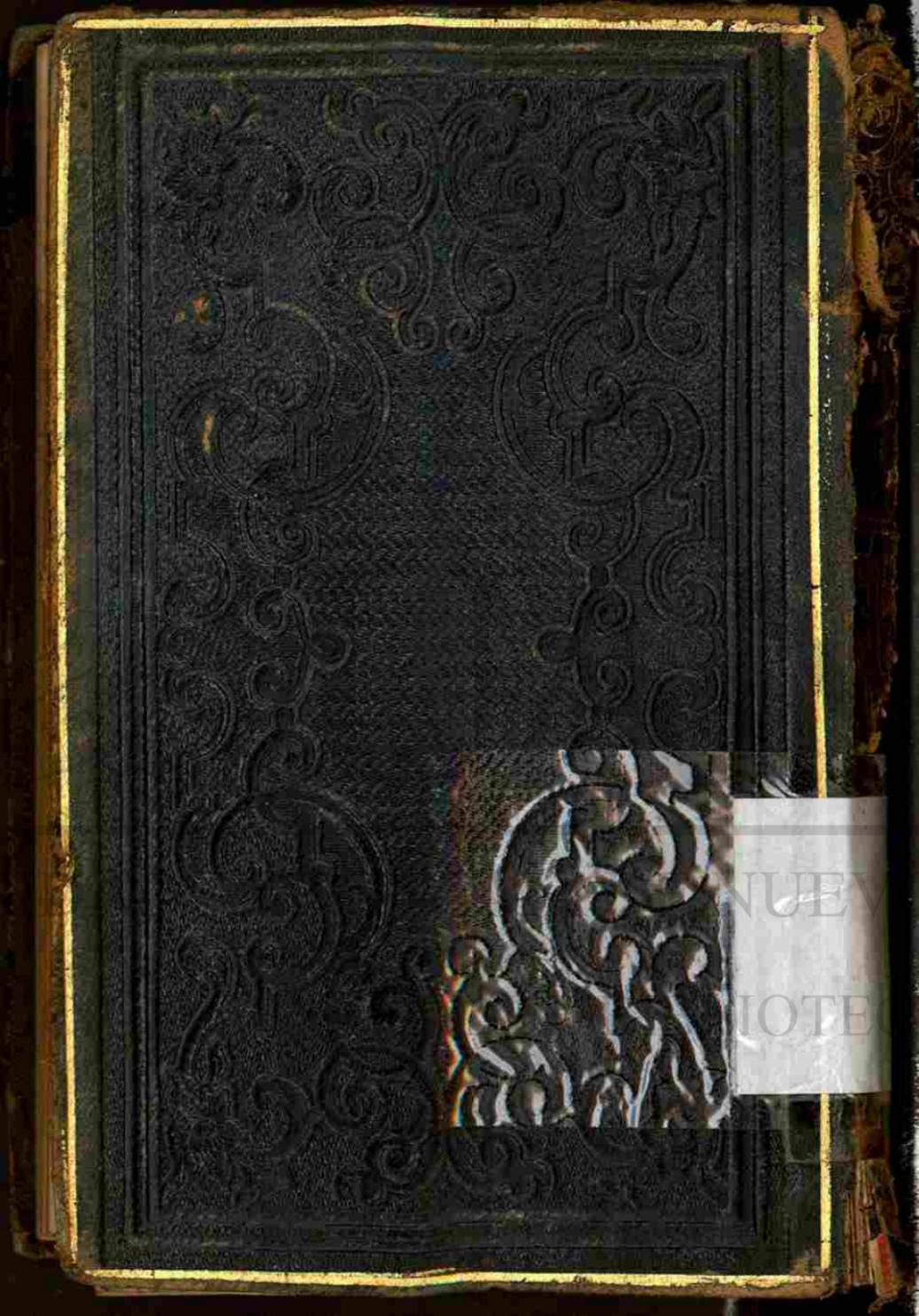
U N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

191#2 2#oy



NUEV
IOTE